

L U I S D E L G A D O

El navío *Príncipe de Asturias*

COMBATE DE TRAFALGAR

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

Siempre es triste abordar los períodos de decadencia de nuestra Historia. En lo que respecta a la particular de la llamada Real Armada, llegamos al momento más sombrío. Pero siempre se resurge de las cenizas. Sin embargo, aunque la Armada continuó con las misiones encomendadas a lo largo de los dos siglos siguientes, en este nuevo volumen, el autor abordará lo que supuso el broche sangriento y final a nuestra presencia en grandes combates de escuadra. Dentro del plan estratégico ideado por Napoleón, con plena sumisión española, navegaremos con los personajes por aguas antillanas, para asistir después a los combates de Finisterre y, por fin rematar la historia en aguas de Trafalgar con dolor, sangre y tristeza amadrinados en una sola driza. Y aunque después del combate todavía disponíamos de buques suficientes y arsenales para fabricarlos y mantenerlos, la Armada se difuminó como por encanto. En realidad, se trataba ya de un cuerpo sin alma. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, el autor incorpora los necesarios hechos novelescos de los personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva al lector. Los hechos históricos narrados, así como los escenarios, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas, se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El navío Príncipe de Asturias

Combate de Trafalgar

Una saga marinera española - 09

ePub r1.0

Titivillus 23.11.15

Título original: *El navío Príncipe de Asturias*
Luis M. Delgado Bañón, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Que quien a Dios ha negado,
también su rey negará;
y que esté bien avisado
el luterano malvado,
porque presto morirá.
Y su sangre en este día
derramaré con crudeza,
dando fin a su porfía,
desejando su heregía,
cortándole la cabeza.*

Romance compuesto por don Álvaro de Flores, para cantar la victoria del general español Francisco de Luxán sobre las naves de los piratas Drake y Hawkings, en el encuentro naval acaecido cerca de Veracruz en 1568.

*Navegando hacia Santiago,
renunciad a todo halago.
Habéis de pasar mal trago
en la mar.
En Sandwich o Winchelsea,
en Bristol o donde sea,
todo el mundo se marea
al embarcar.*

Canción popular entre los peregrinos que partían de Bristol hacia Compostela.

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

He obtenido los gráficos de derrotas y posicionamiento de buques en los diferentes combates que aparecen en este noveno volumen, de las obras El combate de San Vicente, de don Pelayo Alcalá Galiano, así como La campaña de Trafalgar. Corpus Documental de don José Ignacio González-Aller Hierro. Precisamente a éste último se debe el correspondiente a los movimientos previos al combate de Trafalgar, un magnífico trabajo que, junto a su habitual generosidad, agradezco una vez más.

Quiero dedicar esta obra, donde abordo uno de los temas principales de mi colección de novela histórica naval «Una Saga Marinera Española», a quien lo merece tanto o más que nadie. Desde mis primeros trabajos, escritos allá por los años sesenta con mucha ilusión y escaso oficio, una sola persona ha sido capaz de leer de forma incansable y animosa todo lo que de mi mano ha salido, que no es poco hasta la fecha. Evita Alvariño es mucho más que una gran amiga, y no sólo por estar casada con mi viejo compañero, así como excelente colaborador y crítico Benito. Entre sus muchas cualidades, Eva ejerció una labor de optimismo permanente y contagioso, elogiando mis trabajos incluso cuando no lo merecían, ese impulso que necesita y tanto agradece el escritor. Además, con sinceridad y aunque ella no lo sepa, casi siempre me ceñí a sus consejos por derecho.

Creo que mis dedicatorias se alargan demasiado, pero ésta lo merecía como ninguna. Bueno, Evita, va por ti este volumen con todo mi cariño y agradecimiento.

Prólogo

Si cuando escribía el prólogo del volumen sexto, La fragata «Sirena», anunciaba que con la guerra a la Convención francesa embocaba el principio del fin, en este noveno ejemplar de la serie puedo declarar que me acerco al final absoluto, cuando aquella gran Marina, que se creó a lo largo del siglo XVIII con notable esfuerzo de personas y bienes, se diluía como por encanto, al punto de que la Real Armada de España dejara de existir como potencia naval en el concierto internacional.

Siempre es triste abordar los periodos de decadencia en nuestra historia. En lo que respecta a la particular de la Real Armada, llegamos al momento más sombrío, cuando se demuestran como ciertas las palabras de don José de Mazarredo, cuando aseguraba en 1796 que la Armada es hoy sólo una sombra de fuerza muy inferior a la que aparenta, y se acabará de desvanecer en la primera campaña. No erró el gran marino vasco, ese general de mar que pudo suponer la solución, si se hubiese aceptado como debía su gesto de honesta sinceridad, muy por encima del silencio por el que optaron otros compañeros hacia las más altas magistraturas, faltando de esta forma a la lealtad debida y el valor, que no sólo en el combate se demuestra.

Pero siempre se resurge de las cenizas, dice el viejo refrán. Sin embargo, aunque la Armada continuó con las misiones encomendadas a lo largo de los dos siglos siguientes, dentro de sus posibilidades, en este volumen trataré aquellos últimos momentos en los que era considerada como una de las tres grandes Marinas europeas, una catalogación que no volvimos a conseguir con el transcurrir de los años.

Como norma de la colección, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, que pueda ser leída con independencia aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos acaecidos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nuevo ejemplar.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los ocho ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano de tierra adentro, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos. Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible

crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, *La cañonera «23»*, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera sufrido por su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna. Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte, como por encanto, en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, *La flotante «San Cristóbal»*, basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero, Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, *El jabeque «Murciano»*, tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, siguiendo los consejos de su admirado general Barceló, embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y

fuerzas navales.

En el quinto volumen, La Fragata «Princesa», llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, Gigante arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata Princesa, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con los intereses británicos y los buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

El sexto volumen, La Fragata «Sirena», ofrece un trueque de amistades, impensable años atrás. Con Francia en plena orgía revolucionaria, la Convención declara la guerra a medio mundo. De esta suerte, entramos en alianza inesperada y de conveniencia con los británicos, tras luchar contra ellos a lo largo del siglo que agonizaba. Corren los primeros meses de 1793 cuando Gigante, ya en el empleo de teniente de navío, embarca en la fragata Santa Casilda como segundo comandante, unidad en la que asiste a las jornadas de Cerdeña. Posteriormente y una vez más bajo el amparo del jefe de escuadra don Federico Gravina, desembarca en el puerto de Tolón para defender la plaza de los ataques revolucionarios.

El volumen séptimo, El Navío «Triunfante», aborda la segunda parte de la guerra a la Convención, hasta alcanzar la paz de Basilea en 1795. Gigante, en el empleo de capitán de navío, continúa al mando de la fragata Sirena, para pasar posteriormente como segundo comandante del navío que da título a la obra. A bordo del Triunfante asiste en la costa catalana a las operaciones de apoyo naval a las fuerzas del Ejército, que luchan en el frente oriental y libran decisivas batallas con los franceses.

El Navío «Santísima Trinidad», el buque más poderoso del mundo, ofreció título al volumen octavo, en el que abordaba la nueva guerra contra la Gran Bretaña, tras el acuerdo firmado con la Francia revolucionaria, ese extraño Pacto de Familia con quienes habían guillotinado previamente al familiar. Y como foco central debí encarar el combate habido contra los ingleses en aguas del cabo de San Vicente, la página negra y un tanto humillante de nuestra historia naval, edulcorado como se merece por otras acciones, en las que el orgullo y valor personal de los hombres de mar suplieron las carencias de todo tipo que arrastraba nuestra Institución.

Por fin, en este nuevo volumen que llega a sus manos y como ya he comentado en las primeras líneas, deberé abordar lo que supuso el broche sangriento y final a nuestra presencia en grandes combates de escuadra. Dentro del plan estratégico ideado por Napoleón, con plena sumisión española, navegaremos con mis personajes

por aguas antillanas, para asistir después a los combates de Finisterre y, por fin, rematar la historia en aguas de Trafalgar con dolor, sangre y tristeza amadrinados en una sola driza. Y aunque después del combate todavía disponíamos de buques suficientes y arsenales para fabricarlos y mantenerlos, la Armada se difuminó como por encanto. En realidad, se trataba ya de un cuerpo sin alma.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva al lector.

Como fin de estas líneas, les adelanto que en el próximo volumen, cuando la colección alcance su primera decena, comenzaré las acciones que podemos enmarcar en la que acabó por llamarse como Guerra de la Independencia. Cambiaremos la utilización del poder naval en su estado más puro, por el escarceo de unidades y empleo de la imaginación, unidos a un valor extremo en muchas ocasiones. Embocaremos una alargada situación bélica con España levantada en armas contra la ocupación francesa, en la que el papel de las escasas unidades de la Armada es desconocido para el público en general pero, como tantas otras veces en años posteriores, de gran importancia para el devenir de la contienda.

Luis M. Delgado Bañón

1. Luciendo entorchado

No es tarea sencilla retomar estas páginas, continuar el examen de mi vida y, en abierta redundancia, el de la Real Armada a lo largo de cada una de las millas navegadas en tantos años, que no son pocas. Porque entrado en sinceros, compruebo que la maroma se alarga con excesivo dolor amadrinado a sus costuras, como si le exigieran un remolque de escuadra incapaz de conceder. Durante muchos días, ahora que el cuerpo llama a desbarate sin posibilidad de carena, tomo el papel y la pluma, decidido a rematar la obra emprendida, dudando por primera vez de mis fuerzas. Juro por todas las rabizas de Argel, que el simple recuerdo de aquellos días, cuando rematé el cuadernillo anterior con la pérdida del gran amigo e inseparable compañero, me impide exponer con palabras los sentimientos que marcan a fuego las venas, como si sufriera unas tercianas de muerte. Y la indolencia vence una y otra vez a este pobre aparejo, desarbolado por más de vergas y masteleros, con escasas drizas para su necesario laboreo. Qué fácil resulta, Dios mío, apartar las nubes negras del pensamiento y dejarse llevar por la marea en su curso definitivo.

Pero debo continuar, que como hombre de mar nunca fui aficionado a dejar correr la capa sin amparo, ni abandonar la esperanza de una posible y necesaria arribada a puerto seguro. De esta forma y para facilitar la maniobra, he decidido dar un salto en el tiempo, pasar de largo, en principio, sobre las corrientes contrarias, aunque luego, una vez con arrancada suficiente y navegando con vientos generosos por el anca, pueda rellenar los claros con el necesario detalle. Así lo decidí en un principio y no es hora de mudar el pensamiento, que ningún dato de importancia debe quedar sin luces, o esta alargada y comprometida empresa podría verse ceñida a la mala sin remisión.

Por las razones expuestas, me veo en estos momentos como si fuera el día de ayer, porque la memoria juega a tontoneo de luces cuando los años crecen sin medida, paseando por la toldilla del navío Argonauta en aquella tarde de viento tristón y con cariz incierto del 9 de abril del año del señor de 1805. Nos encontrábamos fondeados en la bahía de Cádiz, dispuestos para salir a la mar en la división que, bajo el mando del teniente general don Federico de Gravina y Nápoli, debía unirse a las fuerzas del almirante francés Pierre Charles de Villeneuve procedentes del Mediterráneo y hacer derrota hacia las Antillas, con plena sumisión por parte de nuestro Soberano a los designios del emperador francés.

Pero debe sonarles esta canción a sonata corrida hacia popa y en repetición de escarcha, porque con diferentes matices, así jugaron los vecinos del norte a lo largo de todo un siglo con nuestros intereses. Bien es cierto que, en las circunstancias a encarar sin demora, la sumisión y falta de orgullo en nuestros más altos dirigentes alcanzaba cotas de humillante indignidad, difícil de tragar por boquera ancha o estrecha en una guerra no deseada y sin unas mínimas posibilidades en cuanto a hombres, armas y hacienda. Como decía el inolvidable Pecos cuando entramos en

esta última e incomprensible contienda, era de ciegos pensar en guerrear contra el inglés cuya Marina disponía por aquellos años de 201 navíos de línea, 242 fragatas y 446 corbetas^[1], lo que hacía un total de casi novecientas unidades bien armadas y tripuladas, mientras nuestros exigentes aliados, republicanos todavía, tan sólo aportaban en ese particular aspecto 39 navíos y 9 fragatas. Qué lejanas quedaban aquellas sabias palabras del inigualable marqués de la Ensenada, cuando aseguraba a su Rey la necesidad de crear una Armada que, junto a la francesa, pudiera igualar o superar a la britana, así como un Ejército que, con el inglés, superara al de la Francia. Pero cayó de la política aquel hombre sabio y entregado al recto ideal, empujado por quienes caminaban por vereda propia, sin mirar hacia el bien general. De esta forma, todo quedó en una ilusión mientras España miraba hacia tierra y, en consecuencia, se empequeñecía poco a poco.

Debemos recordar que de aquella gran Armada heredada por nuestro Señor don Carlos IV de su padre sin merecerlo, venida a menos en unos pocos años por desidia de las más altas magistraturas, se encontraban disponibles para ser armados poco más de 40 navíos y un número inferior de fragatas. Parecían olvidadas aquellas palabras de Su Majestad, dirigidas al elevado príncipe de la Paz, cuando le aseguraba que deseaba a toda costa la paz para sus pueblos, sin quebrar con la Francia ni romper con la Inglaterra. Ésa es la misión encomendada a quien gobierna los reinos con mediana sabiduría, conseguir las metas establecidas aunque se presionen los flancos a muerte y, en todo caso, ser capaz de escoger al amigo que en mayor medida beneficie la causa propia, sin llegar a sufrir jamás una mínima humillación que la orgullosa España no merecía. Pero, bueno, ya sabemos que nunca fue ésa nuestra habilidad con el paso de los años.

Como ha sido habitual en el correr de mi vida, cuando aquellos pensamientos se abrían en desesperanza por el pecho, Setum se encontraba a mi lado, en silencio. Este hombre de conducta inigualable en tantos aspectos, se mantenía amadrinado a mi vida como criado, secretario y amigo aunque, en realidad, era un miembro más de nuestra familia en primera persona y por derecho propio. Y también él había sufrido los avatares enhebrados a mi existencia como si se tratara de la suya propia. Siempre deberé agradecer a nuestra Señora de Valdelagua, a la que tanta devoción he profesado desde la niñez, haber recibido el regalo de ese sabio africano de piel negra como brea de calafate, que además de haber salvado mi vida en muchas ocasiones, había decidido dedicarse al cuidado de mi persona por el resto de sus días, con tintes de lealtad elevados hasta el infinito o más allá. Y como la tristeza era mutua, escuché sus palabras tendidas a la baja.

—Cuántas veces hemos observado estas aguas y costas de especial hermosura, señor, siempre dispuestos para hacer la guerra a bordo de diferentes unidades de la Real Armada y en defensa de España, aunque algunas..., algunas cabezas elevadas que la representan no lleguen jamás a merecerlo.

Rara vez entraba el africano en análisis de circunstancias políticas, aunque la

confianza concedida era total para cualquier comentario de su parte. Y como de costumbre, atinaba al ciento quien por sangre de sus ancestros poseía el don de la inteligencia y el conducto natural de entrever la realidad.

—Atisbo la más pura verdad en esas palabras por tristes que sean, Setum, un razonamiento que habría creído imposible llegar a pensar siquiera tiempo atrás. Pero ya los años entran en racimo y la sinceridad se nos hace más necesaria.

—No entone esas palabras como anciano de tribu, señor —Setum me ofreció una sonrisa de aliento—, que sólo calza cuarenta años recién cumplidos. Recuerde que su admirado general don Antonio Barceló mandaba escuadra cumplidos los setenta. Lo que sucede es que el paso del tiempo se asemeja demasiado a las torrenceras que descienden por las quebradas. Conforme avanzan en su recorrido, se aceleran sin freno posible. A ver si en esta campaña gana el empleo de teniente general, que merece más que nadie.

—Poco confío en esta campaña que se nos abre por la proa en corrientes inciertas, y tú lo sabes mejor que nadie. Como decía el general Mazarredo, mal se puede hacer una guerra sin pagas, hombres de mar ni adecuado armamento. Y en el caso presente debería añadirle el de la moral, aunque todos elevemos mentiras al copo. Además, si algún día recibiera tal honor, volvería a pensar en Pecas y las nubes negras entrarían en juego. El pequeño sí que merecía la faja y los entorchados de oro. Parece mentira que una y otra vez aparezca en nuestros recuerdos, aunque hayan transcurrido casi ocho años de su muerte. En estas aguas precisamente, allí mismo —señalé con el dedo hacia el sudeste mientras mi voz se hacía más grave—, recibió la puta bala mosquetera que le taladró el pecho y lo separó de nosotros para siempre.

—También yo lo recuerdo cada día, señor, como si fuera ayer cuando le curé la pierna maltrecha en el cautiverio africano. Entonces era un niño, y así permaneció para mí hasta el último suspiro, cuando lo tenía tomado por la mano en aquel sinistro hospitalillo con la muerte entrándole a bocanadas.

Quedamos en silencio, mientras recreábamos la vista sobre las aguas azules. Una vez más comprobé la verdadera fisonomía geográfica de aquel rincón incomparable, donde la mar, los ríos y los caños parecen haber depositado a su paso con especial gozo unas gotas mágicas y menudas, que emergen orgullosas para formar esas bellas ciudades con nuestra historia prendida en sus faldas. Es posible que, en el mismo momento de la creación, el gran Dios se decidiera por embastar aquel laberinto milagroso, en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la península ibérica.

Como saben quienes han leído estos cuadernillos en oportunidad, he navegado por los cinco continentes y, sin embargo, les aseguro que pocos paisajes son comparables a esa ensenada plena de luz, donde nuestros ojos disfrutaban del esplendor en los trescientos sesenta grados del horizonte, sin que sea posible pasar por alto uno solo de sus rincones. En nuestro giro podemos disfrutar de la Isla de León, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota y, como inigualable colofón, la hermosísima

ciudad de Cádiz, que ya los fenicios adoraban como rigurosa estrella siglo y medio antes de nuestra era cristiana, para dar paso a todas las civilizaciones que demostraron el significado de las columnas de Hércules. Una ciudad hecha a la mar y a su defensa, tras haber sido atacada por tirios y troyanos a lo largo de los siglos.

Apartaré por ahora esos pensamientos, porque antes de continuar con el relato de aquellos momentos, previos a emprender una nueva campaña de guerra y entrar en los detalles que nos arrastraron a lo largo de aquel funesto y sangriento año de 1805, debo hacer un paréntesis necesario. Como les anticipaba y siguiendo la norma habitual en mi narración, es necesario ponerles al día de mi vida y de la Institución a la que entregué mi existencia desde que sentara plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, porque el salto cronológico desde el cierre de los últimos pliegos ha sido semejante a los de pértiga de galera lanzada a los vientos. Y regresa el sufrimiento sin remisión, porque he de entrar en aguas negras quiera o no, para amoldar el trapo en conveniencia. Pero es hora de abandonar la desidia y lanzarme a la brega, o no seré capaz de cubrir la derrota impuesta.

Cerré el acontecer de mis historias en el cuadernillo previo cuando, en la mañana de un caluroso y soleado 16 de julio de aquel terrible 1797, un año que se debía haber arrancado de los calendarios al lasconazo, dimos sepultura al cadáver de Pecas, de Santiago de Cisneros y Ruiz de Espinosa, sexto duque de Montefrío. Como había expuesto en sus últimos deseos, la ceremonia de la inhumación de sus restos se llevó a cabo bajo la pequeña ermita de la hacienda de Santa Rosalía, en estricta intimidad familiar. El pequeño gran hombre quería reposar junto a su hermana y mujer mía, deseando que tanto su viuda como yo reserváramos puestos adjuntos para la vida eterna.

De esta forma me despedí del viejo e inseparable compañero, del hermano, del leal confidente, aunque quienes sepan de mi vida comprenderán que se trataba de mucho más. No había perdido solamente un extraordinario amigo sino el significado de la propia vida, porque Pecas se había entrelazado a ella desde el primer momento, cuando comencé un nuevo discurrir por este mundo de dolor y pecados. Y aunque han pasado los años, todavía la sola mención de su nombre me hunde en la más negra desesperanza, porque estoy seguro de que la añoranza de su ausencia me acompañará hasta estibar mi cadáver junto al suyo.

Tal y como Pecas había expresado en fervoroso deseo, a voz y por escrito, su viuda María Antonia y yo nos unimos en matrimonio tras los meses de luto preceptivo. Esa íntima ceremonia la llevamos a cabo en la misma ermita de Santa Rosalía, ya consagrada por el obispo de la diócesis de Cartagena sita en Murcia, a petición expresa de nuestra parte y con la debida presión, convertida en catedral familiar para bodas, entierros y bautizos, que allí quedaron jirones de mi alma sin remedio. Los únicos asistentes fueron nuestros hijos que, con absoluta normalidad, pasaron a llamarnos padres por voluntad propia en vez de tíos, aunque ya de hecho formáramos una sola familia desde el momento mismo de sus nacimientos. De esta

forma, mi amor escondido brotaba a la luz, al tiempo que comprendía que los sentimientos eran de doble vía, también amparados en el saco de la debida lealtad.

Es norma de ley que no se pueden comparar con acierto experiencias parejas vividas en diferentes estadias de nuestras vidas, y digo esto por abordar un segundo matrimonio con parecidos sentimientos de amor al primero, aunque los años muden la piel en acuerdo. Una vez casado con María Antonia, me sentí feliz aunque todavía brotara el dolor de la ausencia. En poco se parecía la situación a aquella otra ceremonia nupcial habida en la hacienda extremeña de El Bergantín, cuando todavía curaba de mis heridas abiertas en pecho y alma. Pero ahora, aparte los años echados a la espalda que todo lo cambian, el factor principal en disidencia era la ausencia del pequeño Pecas, imposible de reemplazar. Es difícil o imposible explicar en palabras esa extraña conjunción de amor y dolor, que ya experimentara desde el mismo momento de tomar la decisión de unir nuestras existencias. Pero así es la vida, que corre como la mar con novedades aparejadas en el día y la noche, con los vientos y mareas a favor o en contra que los dioses se dignan en conceder.

Recién entrado en el nuevo estado, otra situación nos alcanzó para abrir especiales sentimientos. En octubre de aquel mismo año tan pleno de acontecimientos de todo tipo, mi primogénito, Gigante, sentaba plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cartagena. Aunque se exigía el cumplimiento de los catorce años como edad mínima para el ingreso, ya con anterioridad al combate habido en aguas de San Vicente había solicitado la oportuna exención a la Secretaría de Marina por motivo de fortaleza y conocimientos, que le fue concedido con extraordinaria alegría de quien debía seguir mis pasos en el acontecer de la Real Armada, por mucho que no le estimara camino de rosas. La verdad es que, en este particular caso y no es pasión de padre, la petición estaba más que fundada, porque el joven mostraba hechuras de mocetón, muy acorde al apodo impuesto en casa desde sus primeros días, que ya arrastraba la familia por tercera generación.

Aunque se tratara de función esperada, sería difícil olvidar el momento culminante de la empresa cuando, regresado a casa desde la Secretaría de Marina, portaba bajo el brazo los documentos necesarios para su incorporación a la Real Armada. Nos encontrábamos todos reunidos en el palacio de Montefrío, incluidos Setum y Okumé, entrados en un caluroso mes de agosto, cuando les dirigí la palabra con la connivencia de María Antonia, única que se encontraba al corriente de la maniobra. También en los recuerdos se abría una parecida escena cuando aquel inolvidable personaje llamado don Gaspar de Fontellanos, allanó mi entrada en la Real Armada por caminos escondidos y me entregó unos documentos parejos a los que ahora portaba en las manos.

Sin esperar más tiempo, recorrí los cierres de la carpeta para sacar de ella los pliegos necesarios. Me dirigí a todos con la debida solemnidad.

—Debéis estar muy atentos a mis palabras, hijos míos. Son muy importantes las que vais a escuchar de mi boca en estos momentos, una de esas especiales ocasiones

que se abren en la vida de cada uno —tomé el pliego entre las manos, con ese ligero temblor que los nervios conceden en determinados momentos a las extremidades del cuerpo por la especial agitación de la sangre, para proceder a su lectura, al tiempo que giraba el cuerpo hacia mi más querido hijo—. Su Majestad nuestro Señor don Carlos IV, cuya vida Dios guarde muchos años, ha tenido a bien, don Francisco de Asís Santiago Martín de Leñanza y Cisneros, Martínez de los Cobos y Ruiz de Espinosa, de concederle el privilegio de sentar plaza como caballero guardiamarina en la Escuela Naval de Cartagena, donde deberá presentarse en el plazo máximo de cuatro meses. Aquí tienes, hijo mío, la correspondiente Carta-Orden, firmada por el Secretario del Despacho de Marina, el teniente general de la Real Armada don Juan de Lángara y Huarte.

El rostro de Gigante se abrió a las bandas, como si hubiese recibido un preciado don celestial sin esperarlo a distancia. Aunque el joven se barruntara la maniobra desde días atrás, era llegado el momento que, sin duda, consideraba como único y principal de su vida, por lo que se encontraba embargado por la emoción hasta la galleta^[2]. Después de todo, no era más que una repetición de la historia en mi entorno familiar. Como no era capaz de enhebrar palabra, continué mi perorata con el mismo tono cortesano y autoritario, acorde a la situación.

—Asimismo, te hago entrega de los documentos que justifican la nobleza de tus cuatro apellidos, por medio de los justificantes levantados ante la Justicia a petición de sujetos fidedignos, rigurosamente compulsados de partidas originales y declaraciones de favor, en tu lugar natal de Cehegín, municipio del reino de Murcia, partido judicial y vicaría de Caravaca. Estos documentos deberás ofrecerlos en el momento de tu presentación en la Escuela Naval, para su inspección y posterior asiento, con la inscripción de revista en la Contaduría del departamento marítimo.

Por fin y exagerando mis movimientos, le hice entrega de los pliegos, enmarcados en un cartapacio con sello dorado en la tapa y trabado con un balduque bermellón. Y ahora ya con un tono mediano de chanza, aunque con la emoción más profunda en mis palabras, elevé el tono de voz para declamar las siguientes palabras.

—Le expreso en nombre de toda la familia y con el mayor cariño nuestra más sincera enhorabuena, caballero^[3] guardiamarina Leñanza.

Otra vez el silencio, mientras el joven, un niño con cuerpo de mozo bragado, tomaba la carpeta con rendida emoción. Y sin más contemplaciones, se fundió contra mi pecho en un fuerte abrazo. Pero ya los hermanos y primos, así como quien actuaba como su verdadera madre, María Antonia, lo jaleaban y besaban con entusiasmo. Cuando pudo trazar sus primeras palabras, fue para preguntar sobre el destino inmediato.

—¿En la Escuela Naval de Cartagena habéis dicho, padre? Y deberé presentarme antes de cuatro meses. Fue allí donde cursasteis los estudios de guardiamarina con el tío Santiago. ¿Verdad?

—Así es. En ese Colegio Naval, como así lo llaman en la ciudad departamental

del levante, conocí a mi gran amigo y compañero el primer día de curso. Y ya no se separaron nuestras vidas una sola pulgada, para bien o para mal, hasta que apareció el reguero de la muerte. Pero debes saber —intenté enmendar la derrota para no cubrir el momento de tristeza—, que al fundarse la Real Compañía de Guardiamarinas, ésta se estableció en el gaditano castillo de la Villa, en las cercanías de su catedral. En 1769, el marqués de la Victoria ordenó el traslado de la academia a la cercana Isla de León. Sin embargo, el auge tan impresionante que sufrió la Armada en tiempos de nuestro anterior Monarca, con la construcción de un gran número de nuevas unidades y la necesidad de buenos y numerosos oficiales para sus dotaciones, obligó a la creación de nuevas compañías en las dos restantes cabeceras de los departamentos marítimos: Ferrol y Cartagena. Por esa razón, al despacharse las nuevas Cartas-Órdenes a favor de guardiamarinas de nuevo ingreso, se expresa el departamento marítimo de destino. En tu caso, nacido en la villa de Cehegín y residente en la Corte, podrías haber escogido, pero he creído, como sucedió en mi caso, que deberías sentar plaza en Cartagena. Ese colegio admite menos alumnos en estos días, hay buenos profesores y las tranquilas aguas mediterráneas son mejores y más placenteras para formar a los nuevos hombres de mar, como es tu caso. Pero, bueno, también influyó en la decisión que tanto tu tío Santiago como yo cursáramos en ese edificio situado en la plazuela de San Agustín, aunque debe estar en construcción el nuevo cuartel de guardiamarinas en el hermoso paseo que bordea la muralla marítima.

—¿Y cuando deberé presentarme, padre?

—No te aceleres, Gigante, que esta semana no es la señalada —sonreí con cierta alegría interior, al observar la felicidad e impaciencia de mi hijo—. En primer lugar, deberás acudir a la sastrería de Martín Bollares, en la calle del Carmen, para que te confeccione los uniformes adecuados a tu nuevo empleo. Vive todavía el viejo sastre que los confeccionó para mí en la ocasión, hace dieciséis años. El sabe bien todo lo que es de menester, porque se encuentra al día de los cambiantes reglamentos que afectan al vestuario reglamentario en la Armada. Ten en cuenta que deberás presentarte en la Escuela Naval de Cartagena ataviado con la uniformidad que te corresponde, aunque éste nombramiento sea provisional hasta formalizar el asiento. Por otra parte, aunque dispones de cuatro meses para llevar a cabo la presentación, deberías hacerlo en la última semana del mes de septiembre. Según me han comentado en la Secretaría, comienza un nuevo curso y así no has de incorporarte en desventaja con los demás, que nunca es buena tal condición. Ya sé que te gustaría partir mañana mismo hacia allá, pero deberás aguardar dos o tres semanas solamente. Y prepara bien los machos, que no es vida de rosas la que deberás encarar con la decisión tomada.

—Ya lo sé, padre. No os preocupéis, que seré digno de nuestra familia y nuestra casa. Por cierto...

Parecía temer en elevar una pregunta, por lo que lo animé en esa dirección.

—Pregunta sin miedo, hijo.

—Hace algunos meses me dijo que Okumé podría acompañarme. Supongo que...

—Desde luego. Por desgracia, aunque consideremos a Okumé como un miembro más de la familia —dirigí al joven negro y forzado una cariñosa mirada—, tendrá el mismo problema que debió sufrir Setum a mi lado a lo largo de muchos años. Tanto en los meses de estancia en la Academia, como después cuando seas destinado a cualquier buque, la única solución para que te acompañe y no se separe de ti es que cumpla el puesto y condición de criado, aunque sólo sea para cubrir las normas de embarque. Pero debes saber que siempre dejé bien claro a bordo, que Setum era mucho más que eso, al punto que ha llegado a mandar más que yo en algunos buques, con su gumía encajada en la faja.

Todos rieron, al tiempo que el africano se adelantaba, esgrimiendo la gumía que le entregara en el cautiverio africano, justo en el momento de nuestra huida, muchos años atrás.

—Cuando llegue el momento de la despedida, armaré a Okumé como es debido y con mejores piezas que esta gumía a la que, sin embargo, quiero tanto como a mi alma.

Para sorpresa de todos, Okumé, que era poco parlanchín en familia, se adelantó para ofrecer unas inesperadas palabras hacia mi persona.

—Don Francisco, bastante he disfrutado de su generosidad hasta el momento. Y no me refiero solamente a que consiguiera mi manumisión como esclavo, sino haberme admitido en esta casa como uno más de la familia, detalles que jamás olvidaré. Marcharé con Gigante allá donde vaya, como criado o con la denominación que se considere necesaria. Pero al igual que Setum le protegió en muchas ocasiones, así haré yo con su hijo.

—Muchas gracias, muchacho —me acerqué a él hasta tomarlo por los hombros—. Ya sé que el plan trazado por Setum funciona de acuerdo a sus ideas. Espero que la suerte os proteja a los dos y Nuestra Señora de Valdelagua os acompañe con la buena estrella que me ha concedido hasta el momento. Tan sólo te pido que si navegáis por las altas latitudes, allá en aguas del norte de California, no le cortes la mano a mi hijo como hizo Setum con la mía.

Ahora las risas saltaron a coro, mientras Setum protestaba en falsete. La verdad es que fue un momento de especial emoción, que abría surcos bien marcados en el cerebro. Pero todavía quedaba alguno más por la proa y necesitamos pocos días para encararlo.

Una semana después, Gigante se presentó por sorpresa ante la familia, vestido con el uniforme de caballero guardiamarina, confeccionado en la sastrería que Martín Bollares, tal y como había supuesto, mantenía en la calle del Carmen. Y juro por Dios que sentí un nudo en la garganta que me imposibilitaba articular palabra, al tiempo que blancos y negros pensamientos se abrían en el pecho, al observar al mozo embutido en la casaca de fino paño azul sin cuello, ojalada hasta la cintura y forrada de serguilla roja, con solapas y puños rojos con galón y ojales de oro. Continué el

repaso que me transportaba años atrás, observando la chupa roja, adornada también con galón y ojales de oro, el calzón azul bien ajustado a las carnes, las medias blancas y, por fin, como prenda de cabeza, el sombrero con galón, presilla de oro y escarapela encarnada de cerda. En cuanto a los zapatos, eran de piel negra brillante, curvados en la punta, tacón de madera pequeño y hebillados en plata.

Mientras el mocetón mostraba orgullo y felicidad difíciles de igualar, jaleado por sus hermanos y el bueno de Okumé que seguía, sin dudarlo, las trazas de su maestro Setum, no pude dejar de pensar en otro inolvidable y lejano día. Porque semejante ceremonia había llevado yo a cabo años atrás en la humilde casa de Fuentelahiguera de Albatages ante mis padres y hermanos, esa familia que pasó a otra estado antes de perecer al completo, un secreto bien guardado en la saca hasta el momento. Aunque se tratara de experiencia abierta en felicidad, debí mostrar tanta congoja en el rostro, que María Antonia se acercó hasta tomarme por la mano con especial cariño.

—A pesar del rostro que muestras, te veo feliz hasta la última vena.

—Tienes razón, querida. Decía mi padre que los hijos son una extensión de la propia sangre hacia el futuro, alargando nuestra existencia con el curso de los años. Y puedo jurar que no erraba una mota en sus palabras aquel buen hombre. Siento un inmenso orgullo al contemplar a este mozalbete vistiendo las galas que, en mi cerebro, creo haber lucido yo mismo hace pocos días. Tan sólo siento muy dentro..., tan sólo siento que...

—Que Santiago no lo vea —María Antonia entristeció el semblante antes de continuar—. Puedes estar seguro que tal pensamiento anida en cada uno de los presentes. Pero estará observando esta escena con felicidad desde allá arriba. Puedo imaginar sus comentarios.

—También yo.

Aunque Gigante creyó que el tiempo se estancaba en los siguientes días, contando uno a uno los que restaban para marchar hacia Cartagena, por mi cabeza pasaron las jornadas como bala rasa disparada a corta distancia. Antes de darme cuenta, el mozo abandonaba Madrid con Okumé en el carruaje, dispuesto para comenzar una nueva vida, su propia derrota a bordo de la Real Armada. Le deseé de todo corazón vientos bonancibles, mar generosa y suerte para marcar vueltas en vida alargada, con ruegos elevados en tal sentido desde mi pecho. Sentí tristeza, es cierto, pero también disfruté al comprobar su inmensa alegría. Y no dejé de reír al comprobar que Okumé, adiestrado por Setum en su nuevo cometido hasta la última pulgada, estibaba en el carruaje un par de fardos donde se podían adivinar buenas paletillas de cordero y algunas frascas recubiertas de esparto. La historia se repetía sin variación y el tercer miembro de la familia Leñanza, el tercer Gigante de la saga, se incorporaba a lo que había sido nuestra meta día a día, a servir en la mar a la Real Armada.

La vida continuó a milla largada. Pero antes de regresar a esos momentos que se nos abrían en la bahía de Cádiz, presto para salir a la mar en nueva campaña de guerra, debo llevar a cabo un repaso de lo acaecido en nuestra vida familiar, así como

los momentos más importantes que afectan a la historia de la Armada, en aquellos años de negros abiertos. Cabalgaré de todas formas a tranco largo en esta rápida exposición, porque desde la muerte de Pecas habían transcurrido casi siete años con muchas acciones de todo tipo, y era muy larga la tela cortada en ese tiempo, una tela, en verdad, de paño grueso.

2. El reposo del guerrero

Para que les sirva como recordatorio del momento en el que cerré esta narración semanas atrás, estableceré las condiciones en las que se movía la Armada y nuestras vidas por aquellos días. Después del combate de San Vicente, la escuadra vencida y desmoralizada hasta la sentina, se había dirigido al puerto de Cádiz para restañar unas heridas de difícil curación. Una vez relevados los mandos que debían someterse a los pertinentes consejos de guerra, exigidos desde las más altas magistraturas con motivo de la, calificada por todos, deshonrosa derrota, el general Mazarredo había tomado el mando de la escuadra, nombrando a don Federico Gravina como segundo cabo de la misma. Y pronto se notó la experta mano del gran marino vasco, esperanza cierta de la Real Armada, cuya sinceridad lo había apartado del puesto que debía detentar en común opinión de propios y extraños.

Ese fue el momento en el que tanto Pecas como yo entramos de nuevo en escena, a requerimiento de don Federico Gravina, que me amparaba bajo su mando una vez más. Como dijera años atrás, nuestros destinos coincidían en la mar una y otra vez, cual encanto enhebrado por ser superior. La razón de la llamada era que la escuadra del almirante Jervis se había decidido por el bloqueo de los buques españoles surtos en Cádiz, con intenciones de entrar a saco en el puerto español, destruir las unidades de la Armada, así como bombardear y saquear el puerto si la ocasión se presentaba a la mano. Y debíamos especial agradecimiento al general Gravina, por concedernos posición de servicio en la condición de procesados, aunque la excepción fuese necesaria para la defensa y practicada con otros compañeros como el brigadier don Antonio de Escaño, nombrado mayor general de la escuadra por don José de Mazarredo, su indiscutible mentor y protector. Y no entraba el amiguismo en la elección, sino las indiscutibles cualidades de ese genial cartagenero, al que el destino deparaba responsabilidades de arpón ballenero.

Los dos ataques llevados a cabo bajo la batuta del recién ascendido contralmirante Nelson a la plaza gaditana, con aquellas bombardas gigantescas que los gaditanos apodaran con su habitual ingenio y desprecio al peligro como Bombos, se habían saldado con una estrepitosa derrota. Aunque se tratara de un gran hombre de mar y extraordinario estratega, en este caso su desmedida confianza, así como una cierta improvisación, lo llevaron al fracaso gracias a la utilización por nuestra parte de una *armadilla*^[4] compuesta a la ligera, con más ardor guerrero y orgullo personal que medios a disposición. Pero como dijera mi inolvidable compañero días antes en horrenda premonición, cuando sufríamos la humillación popular tras la derrota de San Vicente, la indignidad sólo se puede borrar con sangre. Y no erró Pecas en este caso, porque fue precisamente en la segunda de las intentonas británicas, llevada a cabo en la noche del 5 de julio de aquel nefasto año de 1797 cuando, al mando de una de las unidades establecidas en La Caleta, fue alcanzado por una bala inglesa en el

pecho que le produjo la muerte.

El general Gravina, conocedor de la especial unión establecida entre los dos inseparables compañeros, aquellos antiguos guardiamarinas de Barceló, me concedió licencia para proceder a los trámites que la pérdida obligaba. Y aunque regresé al lado de mi general dos semanas después, ya se había evaporado el peligro grueso sobre la escuadra bloqueada y el puerto gaditano. De todas formas, me mantuve en el puesto con la armadilla preparada en prevención, aunque los britanos cruzaran derrotas a mayor distancia y con la necesaria precaución tras la respuesta recibida, sin dejarse ver en demasía por las cercanías de la bahía.

No encajó bien el almirante Jervis el fracaso de su fuerza en el intento que vaticinaba como glorioso por adelantado, con esa afición britana de celebrar los éxitos guerreros en indecoroso avance. Para su beneficio, no había largado la buena nueva a la metrópoli y llegado a acuñar moneda con motivo de la pronta victoria, como en el caso del ataque llevado a cabo por el almirante Vernon sobre Cartagena de Indias en el año 1741, que desarboló por derecho con extremo arrojo y decisión el teniente general don Blas de Lezo en heroica defensa.

La verdad es que el exigente almirante, elevado poco antes a la más alta nobleza con ese título de Lord Saint Vincent que tanto escocía en nuestras venas, había llevado a cabo la intentona de Cádiz para elevar la moral de sus dotaciones, con muchos meses sin tocar puerto y negativas experiencias de motines a bordo. Era sabio conocedor de que ninguna condición como el botín a repartir mueve tan al alza los corazones del marino inglés. Si a esta situación añadimos que, en los días posteriores a la derrota, tuviera noticia del arribo al puerto de Tenerife de un buque de la Compañía de Filipinas con abundante caudal y rico cargamento, podemos suponer su reacción con facilidad. Sin dudarlo un momento, el nuevo lord pensó que se trataba de la ocasión ideal para distraer algunos de sus hombres del ocioso bloqueo, al tiempo que rellenaba la faltriquera de todos en proporción, sin olvidar la propia, condición que nunca es de desdeñar en almirante britano. Para llevar a cabo el golpe de mano sobre la isla tinerfeña, Jervis volvió a dar el mando a su protegido y favorito, don Horacio Nelson. Y el genial marino volvió a padecer los mismos defectos que originaran el fracaso sobre Cádiz, en esta ocasión con mayores pérdidas de hombres y bienes.

Partió Nelson hacia las islas Afortunadas con una división compuesta por tres navíos, cuatro fragatas, una balandra y una bombardera, fuerzas consideradas como suficientes para abordar un puerto escasamente defendido. Pero debido posiblemente a su excesiva confianza, no tuvo en cuenta con el debido detalle las condiciones de vientos y corrientes en las costas tinerfeñas, así como la posible defensa de la ciudad por unos pocos hombres, bravos a reventar venas y dispuestos a todo. Incapaz de comprender su error tras los primeros fallos y malogrado el plan del desembarco inicial, Nelson se decidió por la acción a toda costa, poniendo por fin de forma temeraria 1000 hombres en tierra bajo el mando del capitán de navío Thomas

Troubridge. Y se produjo el desastre para las armas de la Gran Bretaña porque la ciudad, defendida bajo el mando del teniente general don Juan Antonio Gutiérrez, prevenido y con tiempo suficiente tras la primera intentona, copó a los britanos entrados en el corazón de la ciudad, que debieron acabar por rendirse.

El intento, que no buscaba realmente la toma de la isla, sino tan sólo el rico botín de puerto y ciudad, se saldó con la herida en el brazo derecho del almirante Nelson que obligó a su inmediata amputación. Pero también perdía la vida el capitán de navío Richard Bowen, marino extraordinario y uno de los favoritos de don Horacio, aquel que al mando de la fragata *Terpsicore* intentara cobrarme presa cuando regresaba con el navío *Santísima Trinidad* en penosas condiciones, tras el combate de San Vicente. El general español aceptó la capitulación de las fuerzas de Troubridge, dando paso a efusivas demostraciones de hidalguía, más propia de guerra galana enhebrada en siglos pasados. El Gobernador sentó a su mesa a los oficiales vencidos con extrema generosidad y cortesía, mientras Nelson le enviaba obsequios y se brindaba a conducir a la península los despachos oficiales en los que se daba a conocer la derrota britana. Al mismo tiempo, don Horacio ratificaba su promesa de no volver a combatir jamás las islas Canarias.

Como me narrara ese buen amigo e historiador que era el capitán de fragata Fernández de Navarrete, presentaban las islas Canarias mala fortuna para las armas británicas, porque en sus aguas fueron derrotados a lo largo de la historia Drake, Raleigh, Blake y Jenings, entre otros famosos marinos de los últimos siglos. Por fortuna para nuestras armas, la historia se repetía, mientras don Horacio Nelson regresaba junto a su almirante con un brazo menos y el rabo entre las piernas, una herida aquella que le molestó por el resto de su vida, además de obligarle a aprender a escribir con la mano izquierda.

En el parte rendido a su almirante, Nelson acusaba la baja de 44 hombres muertos por las armas, 177 ahogados, 123 heridos y cinco desaparecidos. Y para rellenar el vaso de las noticias negras, había que sumar la pérdida de siete jefes y oficiales, así como cinco heridos. El total de bajas se elevaba por lo tanto a 361 hombres. Por parte española, sin embargo, se anotaron tan sólo 32 muertos y 42 heridos. La verdad es que tanto la escasa fuerza regular acantonada en la isla, como las improvisadas milicias demostraron que el valor suple en muchas circunstancias las carencias de armamento y dotación.

Como es lógico pensar, pronto aparecieron los ardorosos vates que cantaban la victoria, de forma especial cuando se corren tiempos poco generosos para las armas propias como aquellos, siendo digna de mención aquella redondilla que decía:

*Maté a Bowen atrevido,
a Nelson le quité un brazo,
a veintidós de un balazo
muertos, al inglés vencido.*

Debo reconocer que sentí la herida recibida por don Horacio Nelson, al que mucho respetaba como persona y hombre de mar, pero me alegré al ciento de la nueva derrota, circunstancia fácil de suponer. Porque esa victoria terrestre, unida a las exitosas jugadas llevadas a cabo en aguas de la bahía gaditana por nuestra armadilla, en defensa del puerto y escuadra, nos hacía retomar el orgullo perdido. Sin embargo y para contrarrestar a la baja, por aquellos días tuvimos conocimiento de la triste pérdida de la isla de Trinidad de Barlovento a manos inglesas, sufrida unos meses atrás. Siempre las noticias de ultramar nos alcanzaban con retraso extendido, especialmente cuando de derrota se trataba. Era la Trinidad una isla hermosa, rica e importante para la Corona, primera en la cadena de las Antillas menores y más próxima al continente. Aunque el pueblo español se hubiese acostumbrado a las mermas de nuestras posesiones en las Indias a lo largo del siglo, su pérdida supuso un duro golpe, de forma especial por las condiciones en que se llevó a cabo.

El jefe de escuadra don Sebastián Ruiz de Apodaca, al mando de una división compuesta por cuatro navíos y una fragata, había arribado a la isla con hombres y pertrechos poco después del comienzo de las hostilidades, para aumentar su defensa ante un posible ataque. El 16 de febrero, dos días después del combate del cabo de San Vicente, se avistaba en el horizonte una escuadra britana compuesta por nueve navíos, tres fragatas, cinco corbetas y una bombardera, con objetivo claro de intentar la toma de la isla. Mandaba la fuerza el contralmirante Henri Harvey, que izaba su insignia en el navío Prince of Wales de 98 cañones. Refugiada la división española en el puerto de Chaguaramas, Ruiz de Apodaca, tras reunir Consejo de comandantes, decidió que no era posible combatir contra escuadra de tal magnitud y ordenó dar fuego a sus buques para evitar el apresamiento. Pero por desgracia, el abandono de nuestras unidades fue de tal precipitación y tan poco ajustado a la necesidad, que los britanos llegaron con rapidez, al punto de sofocar las llamas del navío San Dámaso y marinarlo en provecho propio, una circunstancia que jamás debió producirse.

No acabaron con esta pérdida nuestras desgracias. También las fuerzas dispuestas en la isla bajo el mando del brigadier don José María Chacón, reforzadas con las de la escuadra destruida, aceptaron la oferta de capitulación ofrecida por el general sir Ralph Abercromby con extraordinaria rapidez y escasos disparos, que no debo escamotear la realidad. Y aunque la comparación de fuerzas favorecía por largo al inglés, minada la salud de las nuestras por las permanentes epidemias de fiebre amarilla, la pérdida se consideró deshonrosa con razón. En contra de Chacón se alegró el hecho de que las fuerzas britanas sufrieran un solo herido, mientras las españolas anotaban siete bajas. La verdad es que se esperaba una defensa más comprometida y organizada, aunque los ejemplos de escasa acometividad aparecían en nuestro escudo con demasiada frecuencia. Y con la necesaria reserva puedo asegurarles que pensé en otras defensas llevadas a cabo años atrás, en clara inferioridad pero con el ardor suficiente para suplir tal condición. En fin, aunque en teatro lejano, se trataba de una nube negra que entraba en cubierta por rebote, en momentos de escaso rumor

positivo.

Por mi parte, viendo que poco tenía que hacer con la armadilla de lanchas en Cádiz, y sin fuerza moral para intentar un nuevo embarque en la escuadra, todavía con el Consejo de Guerra pendiente aunque me anunciaran por adelantado el fallo sin castigo y, por el contrario, con reconocimiento en parabienes y recomendaciones por el tornaviaje rendido hacia Cádiz tras la derrota, solicité del general Gravina la necesaria exención del servicio. Fue una de esas decisiones tomadas en la noche, al abrigo de negros nubarrones y pensamientos en bucle cerrado. Lo concedió de inmediato pero, atento con mi persona como siempre, me recomendó un descanso sin notificación oficial. Don Federico reconocía mi estado emocional y profesional, aunque se estimara como cierto y motivo principal mi posición oficial del momento. No debemos olvidar que me mantenía en servicio con extraordinaria excepción, por encontrarme todavía en situación de procesado, por injusta que fuese.

De esta forma, regresé a la villa de Madrid, donde ya se encontraba la familia al completo, momento en el que llevé a cabo las últimas acciones para que mi primogénito sentara plaza en la Real Compañía, tal y como les he comentado. Y como no he de mudar la conciencia y mantenerme en la debida sinceridad, he de reconocer que andaba meditando abandonar el servicio activo en la Real Armada para siempre, aunque no sea fácil explicar los motivos, que no sólo la pérdida de Pecas entraba en función de macabra orquesta. Siempre he defendido que sin moral por alto no es posible rendir servicio de armas, y la mía andaba bajo mínimos en todos sus aspectos, por mucho que María Antonia, aquella extraordinaria e inteligente mujer, intentara el alivio por sabios y cerrados caminos. Por esa razón, quedé a cuartel como tantos otros brigadieres en la Corte, mientras observaba cómo Gigante marchaba ufano hacia la Escuela Naval establecida en Cartagena. Y pueden estar seguros de que, en esos momentos, habría dado mi única mano, la derecha, por poseer su edad y, más importante, su explosiva ilusión de servicio.

A pesar de correr la moral propia a la baja y la imperiosa necesidad de aclarar los bienes expuestos en la testamentaría de mi cuñado, que no era cuestión menor, no crean que me desentendí de los asuntos de la Real Armada, ni mucho menos. De todas formas, sí es cierto que aquel gusanillo de la llamada a la mar y a la guerra se encontraba dormido, descreído quizás con los vientos que corrían desde las más altas cabezas, con indigna y continua inclinación hacia las órdenes recibidas del Directorio francés. No miento una mota al asegurar que los aliados del norte trataban a la orgullosa España como si se tratara de humilde criado al servicio del amo, y por desgracia el siervo acataba toda indicación con rendida pleitesía.

Para cumplir la misión de mantenerme al día de lo bueno y lo malo en nuestra Institución, que no era poco, sin necesidad de correr pasillos por la Secretaría, aquella extraordinaria habilidad de mi añorado Pecas, decidí ofrecer alguna periódica recepción en el palacio de Montefrío, al que invitaba como norma habitual a diferentes jefes y amigos de la Armada. Como de costumbre y norma a lo largo de mi

carrera, obraba a favor la situación de desahogada situación económica que disfrutaba, bien diferente a la de muchos compañeros con pagas atrasadas y familias en penuria difícil de creer.

El año de 1798 fue rico en noticias de todo tipo. Pero por encima de cualquier consideración, comenzaba a sonar a disparo de bombardas el nombre de un personaje que de tan negativa forma llegó a influir en nuestra historia particular, poco favorable en los últimos años, y me refiero a quien acabó por llamarse Napoleón Bonaparte. Aquel joven artillero que nos atacara en Tolón con lo que se clasificaba como nuevos métodos de emplear la artillería en la guerra, cuando acudimos con los britanos a defender la ciudad en manos de los realistas, se había convertido, gracias a los hechos de armas que se sumaban en éxitos de extraordinario relieve, en el gran personaje de la república aliada. Convertido en pocos años en el general victorioso de los ejércitos republicanos, fue conquistando sin pausa la Lombardía, los principados, la soberanía de los Pontífices y la señoría de Génova hasta convertirlos en repúblicas nominales o, más cierto, nuevos departamentos de la Francia que se expandía en trazas imperiales. Y con la caída de Venecia, el verdadero Imperio acabó por suscribir un tratado de paz humillante. Como pueden comprobar, no éramos los únicos en torcer la cerviz ante el francés, aunque no sirva de excusa el mal de tantos.

Los británicos comprendieron que, una vez más, se veían solos ante las tres potencias marítimas europeas, aunque hubiesen deshecho a la holandesa en el combate de Camperdown. Y como en los mentideros diplomáticos se hablaba de una posible iniciación de conversaciones para la paz, nuestra Corte creyó como cierta la posibilidad de recuperar Gibraltar sin disparar una bombardas, abrir de nuevo los negocios de pesca en Terranova o la revisión de los acuerdos que nos llevaron a abandonar los establecimientos de Nutka, tras la posesión y población por nuestra parte, y hablo en primera persona^[5]. Se esperaban con optimismo tales beneficios, por el decidido apoyo concedido a nuestros vecinos del norte. Pero una vez más, que nunca aprendimos a tomar aliado en conveniencia, quedamos con la saca en blanco, porque las noticias en poco se aproximaban a nuestros deseos. Francia ni siquiera admitió la presencia española en las posibles conferencias y estimó nuestras peticiones como inadmisibles. Un jarro de agua fría que no era capaz de abrir los ojos a nuestros gobernantes, desoyendo el sabio cantar de que quien baja la cerviz en claudicación un día, se mantiene postrado de hinojos de por vida. Y la demostración quedó patente cuando nuestros diplomáticos negociaron a favor del príncipe de Parma, momento en el que el Directorio francés se mostró dispuesto a compensar con la isla de Cerdeña, siempre que se le concedieran en pago de los buenos y generosos oficios nada menos que la Luisiana y la Florida. Las imposiciones eran más duras cada día y a todas ellas mostraba la sonrisa don Carlos y sus ministros.

Por su parte, Mazarredo continuaba adecuando la escuadra con sus 25 navíos, al punto de sentirse capaz de batir el bloqueo impuesto por los britanos, aunque faltaran hombres de mar, dineros y pertrechos, un mal de difícil o imposible solución a corto

plazo, sin esa alargada y necesaria paz que todos reclamaban en tono bajo. Como escribía el mayor general de la escuadra, don Antonio de Escaño, si se hubiera tratado de elegir gente buena y moza, no alcanzarían los existentes para dotar los equipajes^[6] de doce navíos. Sin embargo y para demostrar que los vientos habían cambiado a tono, el 6 de febrero se dio la orden de salir a la mar, ejecutándola en buen orden y conjunción. Los navíos ingleses del bloqueo, escasos en número, salieron a escape hacia Lisboa para dar noticia al grueso de la fuerza del almirante Jervis. Avisado Mazarredo de la potente escuadra britana en marcha hacia él, regresó ajustado en orden y sin precipitación a Cádiz, tras maniobrar en conjunto durante una semana en las playas de Ayamonte. Al menos y según sus propias palabras, sirvió aquella experiencia para disminuir los efectos de la mar sobre los hombres poco avezados a los buques en movimiento, al tiempo que se despachaban navíos y fragatas en comisiones necesarias hacia las Indias. Una de aquellas salidas obtuvo una pronta y más que positiva respuesta, porque el navío Monarca regresaba en heroico y veloz tornaviaje trasatlántico con dos millones de pesos, que urgían a la Real Hacienda como el aliento del moribundo, tras haber apresado cuatro mercantes de Jamaica y dejado a popa a dos navíos britanos que lo persiguieron como lebreles por el canal de la Bahama.

Mazarredo se mantuvo en Cádiz a lo largo del año pero con actividad diaria, porque el bloqueo era más teórico que otra cosa. Las fuerzas sutiles organizadas ofendían al inglés a diario. En los días de calma los atacaban durante la noche, mientras se protegían las llegadas del comercio y las salidas de las necesarias unidades en comisión hacia las Indias. Por esta razón se decidieron de nuevo los britanos a atacar las lanchas cañoneras con los navíos Alexander y Powerful, pero las pequeñas unidades, las cucarachas en función de mosca cojonera, demostrando un fantástico adiestramiento, los enjaularon en guadaña de muerte, cañoneándolos de continuo y desde diferentes posiciones, ocasionándoles más de cien bajas y daños de envergadura.

Con humor entrado en vinagre, el almirante Jervis dio orden de reforzar y atacar la bahía con tres navíos línea, los Real Jorge, Namur y Edgar, así como la fragata Boston. En esta ocasión se llegó a encuentros de arma blanca dignos de galera romana, demostrando que el valor se abre por las venas cuando es conducido en conveniencia. Y para alegría especial, las lanchas atrajeron a la fragata de 40 cañones hacia Rota con severa astucia, donde la hicieron varar y obligar a su incendio para que no cayera en manos españolas. Sin embargo, nuestros hombres consiguieron rescatar con rapidez toda su artillería, munición, anclas y cualquier material utilizable, que no sobraban la pólvora y los bastimentos en nuestros arsenales. De esta forma, las unidades de Mazarredo continuaron con su misión de mostrarse capaces de romper el bloqueo a voluntad, al tiempo que se mantenía abierta la imprescindible línea de conexión con las provincias americanas.

En los meses finales de aquella primavera, se produjo para sorpresa del mundo la

toma de Malta por Napoleón, acabando en pocos días con la existencia de la ínclita Orden de San Juan, su flota y sus tesoros. Debo reconocer mi desprecio personal hacia ese petulante advenedizo, personaje indigno y acanallado como pocos a lo largo de la Historia. A continuación, el pequeño corso, como era llamado el famoso general en corrillos cerrados, puso su proa hacia la tierra de los faraones, hasta conseguir su conquista en furiosa cabalgada, venciendo a todos hasta clavar sus banderas en Alejandría y el Cairo.

Pero no estaba el inglés dispuesto a ceder la mano al completo y tomó cumplida venganza en su terreno, que siempre fue la mar. El almirante Nelson buscó la escuadra francesa utilizada por el general para el transporte de sus tropas por el Mediterráneo, ese pretendido lago francés de pura teoría, hasta dar con ella en la rada abierta de Abukir. Y allí los batió por derecho y revés con el sistema que ya se denominaba como táctica inglesa, atacando siempre en superioridad gracias a su extraordinaria habilidad para la maniobra, que experimentara en mi propio cuerpo durante el combate de San Vicente. Nelson los derrotó sin compasión en lo que acabó por llamarse combate de Abukir o del Nilo, dejando las tropas francesas sin posibilidad de retorno.

Nuestra nación pudo aprovechar la derrota francesa, porque tras ella el emperador ruso organizó una alianza a la que se sumaron Turquía, Austria, Cerdeña y Nápoles, dejando el ejército francés de Bonaparte aislado, así como la entrada en escena de una escuadra ruso-turca en aguas griegas y una anglo-portuguesa en bloqueo de Malta. Nápoles sufrió la primera reacción, al ser sus fuerzas derrotadas por las francesas que ocupaban Roma, de forma que invadieron su territorio, teniendo que huir la familia real a Sicilia en la escuadra de Nelson, recién nombrado barón del Nilo, declarándose su protector. Pero al establecerse la nueva alianza, se le ofreció a España tomar parte decisiva y abandonar a los franceses de forma definitiva. Sin embargo, nuestro gobierno se negó en redondo, con demostraciones claras de fidelidad a la república que, en amorosa compensación, denegó la reivindicación española sobre Nápoles. Una demostración más, por si eran escasas hasta el momento, de que la alianza franco-española sólo servía a unos intereses, es decir, a los de Francia.

Pero la peor de las noticias la recibí en casa durante una recepción ofrecida a algunos compañeros y amigos, entrados en un mes de diciembre frío y ventoso. El primero en correr la mala nueva fue el brigadier Félix de la Maza, recién llegado de la Secretaría.

—Debo comunicarles, señores, una muy mala noticia que se acaba de recibir en el despacho de nuestro Secretario esta misma mañana —dudó unos pocos segundos, mientras acaparaba la atención de todos y se establecía un profundo silencio—. Hemos perdido la isla de Menorca por segunda vez en este siglo. En esta ocasión por medio de las armas y sin vergonzante tratado como aquel suscrito en Utrecht. Además y aunque nos duela, la pérdida arriba con vergüenza propia amadrinada a las conchas.

—¿Se ha perdido Menorca? —preguntó el capitán de navío Moncada, joven y valeroso oficial muy crítico a la voz, lo que le había valido más de un revolcón profesional—. ¿Cómo ha sido posible tal calamidad? Tenía entendido que disponíamos de fuerzas suficientes en la isla para asegurar su defensa.

—Aunque nuestro Secretario comentó esta mañana que la acción inglesa podía deberse a la negativa de nuestro gobierno para romper la coalición con los franceses, estimo que se trataba de un plan trazado al punto con anterioridad. En los primeros días del pasado mes de noviembre, abandonó el puerto de Gibraltar una división britana bajo el mando del comodoro John Duckworth. Según parece, nadie calculó el destino que podía tomar dicha fuerza.

—No es fácil adivinar tal cuestión —aseguré con firmeza—. Son muchas las divisiones o escuadras que en la plaza gibraltareña recalcan para reparación o simple abastecimiento.

—Y desde que las lanchas cañoneras se trasladaron a la bahía de Cádiz para su defensa, no son molestados los britanos por unidad alguna en la bahía algecireña —arguyó Moncada, que solía ver la nube negra en todo movimiento de nuestras fuerzas.

—El caso, señores —continuó de la Maza—, es que la mencionada división, compuesta por dos navíos de 74, tres fragatas y una balandra, protegiendo más de veinte velas en las que se había embarcado un cuerpo de ejército al mando del general Charles Stuart, hizo proa hacia las Baleares. Una vez llegados a la isla menorquina, desembarcaron sin oposición alguna mil hombres en la entrada de la ría de Mahón.

—¿Sin oposición? ¿Se rindió la fuerza española allí establecida para su defensa? —volvió a preguntar Moncada con malicia.

—Una vez desembarcada la fuerza expedicionaria inglesa —de la Maza parecía no haber escuchado la pregunta—, iniciaron la aproximación al puerto de Mahón. Para sorpresa de los mismos britanos, nuestros hombres se retiraron a Ciudadela, estableciendo allí una teórica defensa, abandonando el fuerte de San Carlos, así como los pequeños baluartes establecidos para la defensa de la ría y nuestra estación naval.

—¿Retirados a Ciudadela? —ahora era yo quien entraba por derecho con abierta incredulidad—. Parece cuestión difícil de creer. No es ésa la misión establecida, sino guarecer Mahón, su arsenal y estación, donde es más fácil atrincherarse. ¿Se hicieron fuertes en la ciudad occidental?

—Esa parecía ser la intención de nuestros hombres —de la Maza entonaba a la baja—, aunque tiene razón al observar que no era ése el punto fundamental a defender. Los ingleses, una vez tomado Mahón, se desplazaron por la isla para amenazar a las fuerzas españolas acantonadas en Ciudadela. Y ahí nos alcanzó a todos la segunda sorpresa, de peor catadura.

—Se rindieron con escaso fuego —aseguró Moncada como si hubiera presenciado las acciones.

—Aunque todos sabemos de su enfermizo optimismo —de la Maza entonaba con sorna—, ha acertado en esta ocasión. El Gobernador de Ciudadela, tras establecer la

defensa con fuerzas más que suficientes para resistir por largo, ordenó fuego a las defensas adelantadas cuando los ingleses quedaron a la vista. Pero para sorpresa de todos, con algunos comentarios en contra de sus propios oficiales, sin haber causado un solo herido entre los britanos ni merma en los propios, ofreció la capitulación de sus fuerzas el día 16. Tan sólo impuso la condición de que sus hombres pudiesen evacuar la isla con equipaje y haberes, así como ser conducidos a puerto español peninsular en libertad de hacer la guerra.

—¿De hacer la guerra? ¿Dónde? —era el jefe de escuadra retirado por enfermedad, don Domingo Llaneaza, quien mostraba su indignación—. ¿Por qué no la hizo allí en la isla, donde era su deber?

—Tiene razón, señor —contestó de la Maza con tristeza, como si hubiese sido uno de los culpables—. Su Majestad ha ordenado formar el pertinente Consejo de Guerra para examinar las conductas que, en general, se consideran como propias de rendición indecorosa. La verdad es que al leer el número de hombres y armamento destinados para la defensa de la isla, debemos reconocer que podían haberse comportado de una forma más..., más...

—Más gallarda y valerosa —certifiqué con tristeza—. Aunque poco nos agrade, señores, desde el rendimiento del castillo de Figueras en la guerra contra la Convención, con los sucesos habidos posteriormente en Fuenterrabía, San Sebastián, combate de San Vicente y pérdida de la Trinidad, son demasiados los borrones que han caído sobre las Armas de España en penosa cascada. Bien es cierto que nuestra penuria de hombres y armas es de...

—Por favor, no entonemos disculpas en las que ninguno creemos —Llaneaza elevaba la voz, aunque cualquier esfuerzo le afectara a su dificultosa respiración—. Hemos perdido el norte se mire por donde se mire y no debemos escudarnos en la miseria que nos rodea, aunque sea cierta y denigrante en nación con tal imperio colonial. Siempre fuimos ardorosos en la defensa de nuestras posiciones y con el necesario sacrificio, que para eso elegimos la profesión de las armas. Son muchos los ejemplos a exponer, en clara inferioridad respecto al enemigo. Debe ser que la sangre de nuestros antepasados, roja y con vigor, se reblandece con el paso de los años. ¡Qué vergüenza!

—Tiene toda la razón en sus palabras, señor, por mucho que nos duela —aunque me escocía el comentario, no tuve más remedio que coincidir con el anciano—. Mucho nos costó recuperar la isla de Menorca, con desembarcos y asedios sangrientos, allá en los primeros días de 1782. Viven muchos de los que allí quedaron tullidos para siempre, con honor. Sentirán vergüenza al tener conocimiento de esta nueva derrota.

De esta forma, esa isla tan española caía de nuevo bajo la órbita inglesa, un punto de apoyo que estimaban fundamental en el Mediterráneo. Al menos, la pérdida de la isla llevaba aparejada un episodio naval en el que no quedó tan malparado el crédito de nuestras armas. Las fragatas Tomona, Proserpina, Casilda y Dorotea, encuadradas

como división bajo el mando del capitán de navío don Félix O'Neil, libraron un valeroso combate contra el navío britano Lion y dos fragatas. Las acciones, a las que se unieron días después las fragatas Flora y Soledad, se saldaron con la pérdida de la Dorotea, desarbolada por los fuegos del navío y con 52 bajas a bordo, aunque se cobraran a cambio cinco corsarios y la balandra Tridente. Pero al aparecer el grueso de la división con la fuerza naval de desembarco, debieron picar espuelas las gacelas y salir con espuma a popa, perseguidas por los ingleses.

Aquel año de 1798 se rendía por negras y a la mala. Pero lo que más dolía en mi interior, hasta arrancar jirones de vergüenza en las venas, era la imposición permanente de nuestro gobierno ante la Francia. Debo reconocer en estas líneas que siempre admiré a los britanos en la mar, con un sentimiento de envidia interior imposible de erradicar, al tiempo que alababa la política de sus dirigentes, al comprender desde el primer momento que una nación con ambición ultramarina debe basarse, por encima de cualquier otra consideración, en una poderosa Armada. Y la hicieron crecer con acierto y el paso de los años, hasta el punto de ser capaces de guerrear en la mar contra todos sin demérito. Por el contrario, a lo largo del siglo XVIII imitamos a nuestros permanentes aliados franceses con sus defectos en cuanto al concepto marítimo, formación del personal y funcionamiento, y de su mano recibimos todos los descalabros, sin encontrar el momento de independizarnos de su política y maneras, equivocadas para cualquier mente medianamente despabilada.

En el caso particular que nos encontrábamos a finales de 1798, a pesar de que era España el único apoyo de los republicanos, ellos exigían más y más con increíble descortesía en modo y forma, sin un mínimo decoro hacia nuestro Soberano, como si toda la España debiera mantenerse a su servicio y a favor de sus empresas, en vez de tratarla con el debido respeto y agradecimiento. Y si meses antes exigían la permanencia de la escuadra de Mazarredo en Cádiz para entretener al inglés en su bloqueo, ahora, con su ejército aislado en Egipto, requerían de todas nuestras unidades para librarlas de la penosa situación. Las notas que se recibían a través de la embajada francesa en Madrid habrían ofendido al más pequeño de los reinos, pero parecía que nuestro Soberano y su gobierno se habían acostumbrado a tragar estopa en vinagre, sin mostrar el menor rastro de ofensa en el rostro. Y como he expuesto en otras ocasiones, sigo pensando que todo el mal se cebó en la nefasta guerra contra la Convención, porque la invasión por tierra de los republicanos hasta amenazar las Castillas, generó un miedo al francés difícil de superar por algunas cabezas coronadas.

Como Su Majestad insistía en complacer al francés, el Secretario de Marina, don Juan de Lángara, expuso la realidad de nuestra fuerza naval. La escuadra de Mazarredo, con 22 navíos de línea, debido a la escasez de gente de mar y pertrechos se podía estimar útil de verdad en 15 solamente. En Ferrol se podía pensar en armar con rapidez cuatro navíos y dos fragatas, mientras en Cartagena, las escasas unidades a disposición eran necesarias para su defensa y protección de convoyes.

Por fortuna, las directrices estratégicas del Directorio francés eran mudables como la mar y las cortesanas, porque pasaban de un plan a otro a cabalgada de lance y sin pausa. Un día pretendían la expedición a Irlanda, exponiendo la necesidad de 12 navíos españoles, mientras pocas jornadas después entonaban la urgencia de una expedición a Santo Domingo, con el apoyo de 10 navíos españoles. Pero por fin, se decidían por mantener las comunicaciones con Malta, para lo que estimaban imprescindibles casi todas las unidades de la Real Armada. Por nuestra parte tan sólo argüíamos una y otra vez, a la baja y sin mostrar los deseos que como aliados nos correspondían, la intención de recuperar la isla de la Trinidad, petición que ni siquiera era considerada por nuestros fieles aliados. Pero como perfecto colofón, ninguna idea se llevó a la práctica.

Al menos y como reconocía el general Mazarredo, aquella pasividad forzada no venía mal a su escuadra, aunque la falta de caudales era un factor extremadamente negativo. Ni siquiera se podía responder al imprescindible acopio de víveres, sin hablar de las pagas a los marineros, cuyas caras se torcían a la mala por momentos. Pero el general vasco continuaba con sus planes de adiestramiento y acoplo de dotaciones, esperando la ocasión para demostrar que disponía de más de quince unidades capaces de maniobrar y guerrear en la mar como de ellas se podía esperar.

Para rematar aquel maléfico año, uno más en la serie que tan poca gloria había ofrecido a nuestras armas, debo recordar en compensación emocional que ya comenzaba mi primogénito, Gigante, a dar sus pasos iniciales en la mar. Un nuevo Leñanza marcaba aguas en los buques de Su Majestad, lo que me hizo sentir una emoción y orgullo difíciles de mostrar con palabras. Su primer destino como guardiamarina embarcado lo llevó a cabo a bordo del Soberano, magnífico navío de dos puentes y 74 cañones construido en el arsenal de La Habana en 1791, bajo el mando del brigadier don Luis Villabriga, uno de los pertenecientes a la escuadra del general Mazarredo. Y puedo declarar con orgullo que disfruté de su correspondencia cuando, exaltado de espíritu y ardor patriótico, me confesaba su bautizo marineramente en buque dispuesto para guerrear al inglés.

Ya desde el primer momento le hice ver la conveniencia de dirigirme sus experiencias por escrito, para que este recuento pormenorizado de la saga familiar, que conmigo entraba en la segunda generación, se alargara en la tercera y más allá con el correr del tiempo, mientras un Leñanza apareciera en la lista de oficiales de la Real Armada. Sin embargo, debo declarar que debí cerrar las escotillas del pensamiento, cuando me comentó los primeros disparos llevados a cabo en una ligera refriega en la bahía gaditana, al proteger la entrada de dos fragatas procedentes de Veracruz. Por fortuna y para mi tranquilidad, no había sufrido todavía situación de sangre corrida en cubierta, aunque todo habría de llegar, condición que me alegraba por él y entristecía en las tripas, al pensar en la posibilidad de que fuese herido. Pero así debe ser la vida que han de correr los oficiales de la Real Armada, con los rastros del honor abiertos a proa y popa, sin entrar nunca por la vereda abierta del deseo

propio.

3. El tiempo corre en negro

Aquellos años de guerra sometida, hasta que se alcanzó la paz de Amiens en 1802, entraron de proa a popa con vientos cascarrones y aparejo al copo, demasiada velocidad para llevar a cabo el adecuado análisis que la situación obligaba. Las noticias me llegaban de todos los cuadrantes y con envidia maligna, por lo que era mejor para la salud del alma no detenerse en exceso, aunque mi sangre saltara a borbotones en más de una ocasión. Pero resulta que muchas veces en la vida, aunque tapes las orejas con lona doble, te alcanzan los murmullos al compás y con detalle menudo lo quieras o no.

El año de 1799, cercanos a rematar el siglo de la creación de la Real Armada, esa poderosa fuerza naval asentada en bases firmes que se hacía respetar en el mundo y pudo abrirse en gloriosa ventura para España, si la montura hubiese dispuesto de adecuado jinete, se perfiló en los mismos lindes tenebrosos de los dos anteriores. Aunque ya he comentado que nuestro Gobierno se mantenía postrado de hinojos ante los deseos del Directorio, no perdíamos la esperanza de que los aliados cooperaran con buques y hombres para recuperar la isla de la Trinidad y, de forma muy especial, la de Menorca, una llaga esta última que seguía supurando en dolor y vergüenza. Con este fin a la vista, se agrupaban fuerzas de nuestro Ejército, hasta alcanzar los 15 000 hombres, al tiempo que se aumentaban las fuerzas navales en crucero con las islas, especialmente fragatas. Pero a pesar de las promesas y cruce de directrices, no parecían navegar los franceses en esa dirección sino, como de costumbre, a ralentizar cualquier proyecto de posible beneficio español, para exigir con orden prioritaria, en cambio, los auxilios necesarios para sus propias empresas.

El establecimiento de los britanos en Mahón nos retrotraía a épocas pasadas, cuando desde la isla menorquina se acosaba a nuestro tráfico naval con guadaña de muerte. Por esta razón y en superioridad franca, perdimos las fragatas Santa Teresa y Guadalupe, hecha astillas esta última junto al cabo de San Antonio en varada de muerte, así como el jabeque^[7] África, una excepción en los de su clase, batido durante hora y media por la fragata Espoir y el navío Majestic, hasta acabar por rendirse al abordaje con elevado número de muertos y heridos. Hemos de reconocer que su comandante, el teniente de navío don José Salcedo, actuó en esta ocasión con extrema bizarría, de forma que le alcanzó el ascenso al inmediato empleo por el valor demostrado en el combate.

Por fin, llegó la orden francesa de la definitiva operación sobre Irlanda, tercer proyecto en tal sentido, una quimera que nunca acababa por realizarse. Por nuestra parte y siguiendo las órdenes del amo, salió de Ferrol el 28 de abril una división naval bajo el mando del jefe de escuadra don Francisco Melgarejo, compuesta por cinco navíos, dos fragatas y un bergantín, izando su insignia en el tres puentes Real Carlos^[8]. Embarcaban 2900 infantes con 14 piezas de campaña, bajo el mando del

teniente general don Ricardo O’Farril, exigido por los emisarios irlandeses comprometidos, dado el origen familiar del jefe español que marcaba su apellido. Pero una vez llegada la fuerza al puerto francés de Rochefort, Melgarejo pudo comprobar con desesperanza que ninguna disposición habían tomado los dirigentes de la Francia en tal sentido, con ese cambio permanente en las directrices de la guerra que nos mantenían en sobre cerrado, como si el aliado no debiera conocer al punto los detalles de la estrategia que se seguía en la contienda. Ya sé que es difícil de creer, pero pueden estar seguros de que no les miento ni exagero una mota.

Por mucho que picara la avispa sobre la carne en vergonzoso escarnio, reponíamos el brazo en suerte para la próxima faena, sin enmendar una cuarta el rumbo. Por aquellos mismos días salía de Brest una escuadra francesa bajo el mando del vicealmirante Bruix con 25 navíos y proa hacia el sur, en demanda del cabo de San Vicente. Tanto el gobierno español en su conjunto como don José de Mazarredo en particular, una vez en conocimiento de la salida de la fuerza francesa, estimaron la oportunidad para las fuerzas coligadas como favorable hasta la galleta. Nuestro general estableció vigías y oportuna descubierta para encontrarse preparado al punto. Supuso como evidencia incuestionable que, unida su escuadra a la francesa, podían batir la escuadra de lord Keit que bloqueaba la bahía gaditana, porque entre ambas fuerzas alcanzaban la notable cifra de 42 navíos. Y como los sueños corren sin gasto, nuestro general estimaba que, al tiempo, unidos en formidable escuadra, sería posible escoltar los hombres del Ejército preparados para desembarcar en Menorca.

Podemos imaginar la reacción de Mazarredo cuando recibió aviso de los torreros de la costa, en el sentido de que el almirante francés, con fuerte temporal del sudeste que impedía la salida de nuestras fuerzas, en lugar de recalcar en la bahía para conformar una escuadra de luces, pasaba de largo y a la vista. Por fin, se adentraba en el Mediterráneo y continuaba derrota sin dudarle hasta entrar en el puerto de Tolón. Pero dispuesto a la acción, Mazarredo, una vez las condiciones con un mínimo a favor, se hizo a la mar con los 17 navíos a disposición, aunque para dotarlos de personal y pertrechos hubiese de tomar la marinería de los navíos de azogues España y América, así como de todas las urcas y unidades menores del departamento, arrumbándolas en el arsenal de La Carraca o desarmándolas hasta mejor ocasión.

Mazarredo pensaba oponerse y batir a la fuerza britana de 15 navíos si le entraban al cuero, evitar al tiempo la llegada de sus refuerzos, así como buscar y unirse a las unidades de Bruix, ignorante de su navegación directa hacia Tolón. Pero una vez más entraron en vigor las directrices de nuestra Corte, vacilante y desordenada como siempre, ordenándole dirigirse a Cartagena, Alicante y Barcelona, recoger las tropas expedicionarias y liberar el puerto de Mahón por cuenta propia, una de las pocas decisiones positivas en los últimos meses sin necesidad de permiso. Dispuesto a ello salió a la mar la escuadra española aunque, con el destino negado por negro y a la ronza, no pudiera llevar a cabo el plan previsto. Para desgracia propia, los días 16 y 17 de mayo un temporal del sudoeste cercano a la manta negra, esa que el maligno

suele enviar sobre las aguas mediterráneas cuando entra de bruces y a descaros, cayó sobre los buques de Mazarredo. La capa fue de las de estera y pedernal, al punto de que 11 de los 17 navíos desarbolaron de palos o masteleros, traspasado por corto el meridiano del cabo de Gata. El comandante general se vio obligado a entrar con reliquias y faldas sucias en el puerto de Cartagena. Y sin perder un segundo, solicitaba la urgente reparación de su fuerza, al tiempo que despotricaba contra los cielos con palabras de grueso calibre, imprecaciones de ventola pocas veces escuchadas de su boca.

Mientras tanto, el jefe de escuadra Melgarejo se consumía de pasividad e indignación en el puerto de Rochefort, al comprobar cómo disminuían las raciones y energías a bordo de sus unidades, sin empresa alguna por encarar. Comprendió que la operación sobre Irlanda pasaba definitivamente al olvido, por lo que solicitó el regreso de sus navíos a Ferrol, necesarios para la defensa de nuestras costas atlánticas si, por fin, Mazarredo se unía a los franceses en el Mediterráneo. Fue entonces cuando la más inadmisibile claudicación alcanzó las altas cabezas rectoras de nuestro destino. Como los franceses manejaran infantiles excusas para mantener a Melgarejo en su provecho y zona propia, protestó nuestra Corte en cortesía y sin severidad, exigiendo el regreso de nuestros buques. Y juro por todas las barraganas del harén otomano, que no podía creerlo cuando recibí los detalles de la noticia en casa de un político dejado de lado por los nuevos aduladores, don Agustín de Maldonado, viejo amigo de la familia Cisneros aunque todavía mostrara trazas de vehemencia y pasión en sus palabras.

—¿Decís que el Directorio ha elevado enérgica protesta contra nuestro Gobierno? —preguntaba extrañado por mi parte—. ¿Cómo es posible tal reacción? Las alegaciones de la Corte no admiten refutación alguna. Es indudable que los ingleses tienen ahora mismo campo libre para atacar Ferrol y Cádiz, así como jugar con cualquier estación de nuestra costa. Sin unidades de defensa, pueden entrar en saco llano sin oposición.

—Amigo Leñanza, podéis creer lo que os digo como si se tratara de verdad revelada. Pero lo más vergonzoso del caso es que la protesta francesa presenta tintes de agravio, falta de un mínimo decoro y profunda enemistad, en vez del merecido y debido agradecimiento a tan leal aliado. Estos lebreles republicanos, sin una mínima consideración en las relaciones internacionales, se dirigen a Su Majestad como si se tratara de potrillo enloquecido a quien se debe apretar el bocado. Según parece, nuestro embajador Azara hubo de escuchar en París palabras en grueso y tono avinagrado, con frases más propias de espabilador de faltriqueras que las normalmente empleadas en el uso diplomático. Y debió quedar muy impresionado nuestro representante, porque envió un correo extraordinario a lomo de postas y cueros al rojo, exponiendo el enojo de los políticos franceses. ¡Enojarse porque pedimos nuestros propios buques para la protección de los puertos españoles!

—¿Qué ha contestado nuestra Corte? —pregunté en voz queda aunque,

acostumbrado a todo, me temía lo peor—. Ya es hora de pararle los pies a esa infame plebe, mequetrefes elevados sin razón.

—¿Parar los pies decís? —ahora el viejo político sonreía con tristeza—. No andan las aguas en esa torrencera, aunque bien lo desearía. Para nuestra desgracia, y expongo una opinión personal, en la Corte se mantiene el miedo al francés bien metido en la sangre, amigo Leñanza, desde que nos invadieran en la anterior guerra. De esta forma, ante el pavor corrido entre nuestros gobernantes, Su Majestad les ha enviado a sus aliados pronta carta en la que se excusa, suponiendo que no debieron comprender con exactitud nuestras intenciones, que nunca eran las de enojarles. También expresaba su intención de complacerles en todos los requerimientos que estimaran oportunos para el mejor servicio de las armas aliadas, es decir, para las del Directorio. Su Majestad llega a decir:... nada más conforme a mis deseos que el complacerlos, y así expido las órdenes para verificarlo, posponiendo a ellos toda consideración... Os aseguro que cuando un buen amigo me dio a leer el borrador, me sentí inundado por la más espesa vergüenza. No imagino a nuestro antiguo Señor, don Carlos III, signando tal indignidad. Y si nuestro Monarca inclina la cabeza de tal forma, imagine qué deberán hacer los demás.

—Entonces, ¿en qué situación han quedado nuestras fuerzas? ¿Y la escuadra de Mazarredo?

—Como contestación a las excusas de nuestro Señor, los franceses exigieron la unión de las escuadras de Mazarredo y Bruix, que se ha llevado a cabo en Cartagena, cuando nuestros buques acababan de ser puestos a punto.

—No sólo a punto —intervino el brigadier Rocamora, un buen amigo del político, invitado al refrigerio—. Nuestro gran vizcaíno consiguió en el puerto cartagenero desarmar el navío Oriente y, con su dotación, tripular sobre la marcha el Guerrero. También se armó el navío de tres puentes Reina Luisa con gente sacada de algunas fragatas y tropa del departamento, lo que aumentaba su fuerza en consideración.

—¿Dónde izaba su insignia Mazarredo? —pregunté con el gusanillo de la curiosidad clavada en la piel.

—En el navío de tres puentes Purísima Concepción, a la cabeza de la primera división, con el brigadier don Antonio de Escaño de mayor general y el capitán de navío don Francisco de Uriarte como comandante del buque. La segunda división quedaba bajo el mando del segundo cabo de la escuadra, don Federico Gravina, con insignia a bordo del Príncipe de Asturias y el brigadier don Juan Vicente Yáñez de comandante. Y por último, la tercera al mando del teniente general don Domingo Grandallana, a bordo del Santa Ana, con el brigadier Baltasar Hidalgo de Cisneros como comandante.

—¿Ha dicho que el navío insignia de Gravina lo mandaba don Juan Vicente Yáñez? —pregunté, incrédulo.

—En efecto. Recuerdo que este jefe era en Rosas su comandante, a bordo del navío Triunfante. Según se comentó en corrillos, lo dejó a solas para beberse la taza

de plomo derretido con aquel temporal de chispas —Rocamora entonaba con cierta sorna.

—Así es. He de reconocer, aunque duela, que no guardo buen recuerdo de él.

—Ya sabe, Leñanza, que don Federico mantiene y defiende a los que considera de los suyos, con escasas excepciones.

—¿Qué movimientos tomó la escuadra combinada? —pregunté para cambiar la banda, que no gustaba de entrar en críticas a compañeros y superiores sin la necesaria confianza y con civiles en escena.

—De allí se trasladaron a Cádiz, con la única buena noticia del apresamiento que hizo nuestra fragata Carmen de la balandra britana Penélope, de 18 cañones, que por suerte embarcaba los caudales para pagar el semestral de la guarnición britana de Menorca. Pero allí comenzaron los roces entre los dos jefes de las escuadras respectivas. Ya conocen el carácter de don José de Mazarredo, que exigía el traslado de nuestras tropas para la reconquista de la isla balear.

—Que habría sido lógico pensar, con todo el personal y armamento alistados al punto —insistió Maldonado con enfado—. Pero como es de suponer, no coincidían Mazarredo y Bruix en cómo se debía utilizar aquella poderosa escuadra de 40 navíos. Nuestra Corte expuso con extrema cortesía, cercana al ruego, la posibilidad de retomar la isla perdida. Pero el Directorio se negó de forma tajante, exigiendo el traslado de la fuerza conjunta al puerto de Brest para acometer las operaciones en curso. Y tiene su miga esta declaración, porque todavía se preguntan en la Corte sobre esas operaciones que, por lo visto, sólo los franceses conocen.

—Y para colmo de males —recalcó Rocamora con tono amargado—, una vez arribados al puerto de Cádiz, como el navío francés Censeur se encontraba con las maderas podridas y listo para el desbarate, incapaz de navegar una milla más, se le cedió nuestro dos puentes San Sebastián, recién carenado del arsenal y con plumas de ángel. Se llevó a cabo una especial ceremonia, en la que se le cambiaba el nombre por el de Alliance, dándose de alta en la Marine National. No sólo hacemos lo que el francés desea, sino que le regalamos unidades en dulce y sin cobro.

—Supongo que no se emprendería la acción sobre Menorca —pregunté en afirmación.

—Por supuesto que no —Maldonado cargaba tintas, mientras gesticulaba con pasión—. La escuadra combinada puso la proa hacia el canal de la Mancha, para fondear en Brest días después. Ni siquiera aceptó el francés la sugerencia de Mazarredo, de atacar a la escuadra britana que, según comunicaba una fragata en descubierta, los seguía con 30 navíos. Alegaba nuestro general que la escuadra combinada era superior y con los puertos españoles suficientemente cercanos para recibir apoyo. Pero nada quería saber el francés, salvo fondear sus anclas en Bretaña. De esta forma, con la excepción de escasos buques para mantener la protección en crucero por Cádiz y Cartagena, todas nuestras unidades más poderosas quedan a disposición del francés.

—Ni siquiera aceptó Bruix la propuesta de Mazarredo, lógica como todas las del vizcaíno, de que al paso se les unieran las unidades de Melgarejo, aisladas en Rochefort y expuestas a un envite britano. Es una estrategia absurda como pocas —aseguró Rocamora—. Si en algún paraje es fácil quedar bloqueado por los britanos, es en los puertos situados frente a su casa, con relevos y aprovisionamientos de fácil ejecución. Al menos, el bloqueo de un puerto lejano como el de Cádiz les cuesta dineros y esfuerzo. Pero allí será sencillo y ya se encuentran bloqueados Bruix y Mazarredo por imponente fuerza britana. No creo que puedan salir de esa madriguera hasta que se declare la paz.

—Ni lo permitirán los franceses —insistió Maldonado—. Y mal correrán los vientos para nuestros hombres, porque no parece estibarse a favor del Directorio la situación política en estos días. Supongo que allí, aislados, nuestros hombres pasarán todo tipo de penalidades.

—¿Por qué decís eso? —no sabía por dónde navegaban los pensamientos del político.

—Porque los ejércitos republicanos han sido derrotados en Alemania e Italia, mientras los soldados de Egipto continúan aislados en las arenas. También han sido arrojados de Corfú y en Nápoles arrancan hacia el norte los oponentes con fuerza. Es muy posible pensar que toda aquella zona regrese a sus legítimos soberanos.

—La verdad es que, aunque se trate de un revés para nuestros aliados, me alegro por el Reino de Nápoles, que no se merecía tal destino —aseguré con sinceridad.

—Y en la misma Francia se mueven los dirigentes con evidente nerviosismo —continuó Maldonado— El pueblo y algunos políticos acusan al Directorio por las claras de los fracasos. En fin, que a los franceses sólo les queda el auxilio de esta pobre y renqueante España, postrada a sus pies. Y más pobre cada día, porque escasean las unidades navales capaces de traer caudales de las Indias, que tan necesarios son para la guerra y rellenar el saco vacío de la Real Hacienda. El mismísimo emperador de Rusia ha hecho llegar a nuestro Señor proposiciones para que se libere de una vez y para siempre del yugo francés, con ofertas beneficiosas de todo tipo, apoyadas al ciento por la Gran Bretaña. Era el momento de clavarles el aguijón de muerte a los republicanos.

—No abandonará esta alianza nuestro Señor —alegué, apenado.

—No sólo no ha aceptado las generosas ofertas de apoyo económico, fuerzas de tierra, buques y muchas otras, sino que se ha tenido buen cuidado de que tales ofrecimientos lleguen a los oídos de nuestros aliados. Y en vista del panorama, más o menos oscuro, el Emperador ruso nos ha declarado la guerra, aunque medien otras consideraciones que poco tienen que ver con nuestra negativa. Pero a este paso acabaremos por guerrear con el mundo entero del brazo de esos desalmados.

La verdad es que aquella tarde regresé a casa con el alma bajo los pies, aunque ya era condición amoldada al cuerpo por largo. Pero no estimen como única razón de mi pesimismo aquellas nuevas recibidas en naufragio. Era en esos momentos de

discusión, cuando más añoraba la presencia de Pecas, como si me faltara una pierna o parte importante del cerebro. Pensaba en su especial habilidad para sacar a la luz información reservada, los oportunos y agudos comentarios, su agilidad en la discusión, así como el humor que rebosaban todas sus declaraciones, hasta cuadrar el círculo de la esperanza. Bien sabe Dios que creía escuchar sus pensamientos tras mis orejas, como si intentara dirigir mi conversación.

Por desgracia, en la misma onda continuaron las noticias durante los siguientes meses. Nuestra escuadra las pasó en colores de penitencia, secuestrada de facto en el puerto de Brest por el bloqueo inglés y los deseos franceses, una conjunción cercana a las brasas del infierno. Y como los britanos acechaban noche y día para sacar fortuna y botín, debimos improvisar una nueva armadilla, a imagen de la empleada en Cádiz tras el combate de San Vicente, táctica en la que dimos lecciones al francés, ajeno a tal oportunidad guerrera.

Mientras tanto, también Melgarejo resistía los ataques nocturnos del inglés, utilizando en su defensa la misma táctica de pequeñas unidades armadas al cañón contra las bombarderas, un sistema en el que ya sentábamos cátedra sin discusión. Por fortuna para él, recibió la esperada orden de Mazarredo, aceptada por los franceses, de unirse a la escuadra estibada en Brest en cualquier ocasión que estimara propicia. Aunque no se trataba de tarea sencilla, en el primer descuido britano, poco atentos al bloqueo de una simple división, intentó ejecutarlo el jefe español y dio la vela una tarde entrada en chubascos y chispas. Pero cuando se encontraba cerca del puerto bretón, el 2 de septiembre, se avistaron 40 navíos britanos que le cerraban el paso. La fortuna le alcanzó al general español por haber destacado a la fragata Paz en descubierta, mandada por el teniente de navío don José María Heredia, que le ofreció aviso con suficiente margen de maniobra. Melgarejo no lo dudó un segundo y viró en redondo, aproando con decisión hacia el sur, para llegar a Ferrol días después sin novedad. Al menos, la maniobra había salido redonda para las fuerzas españolas.

En Brest comenzó a suceder lo que era de esperar. Con Francia en apuros serios y sin recibir una sola moneda la escuadra combinada, aumentaron las deserciones de los marineros franceses, mientras Mazarredo discutía a diario con el almirante francés. En un intento de remediar esta situación, el marino vizcaíno fue trasladado a París para entrar en discusiones estratégicas con los ministros del Directorio, hasta que le llegó de Madrid la orden de ejercer como plenipotenciario, quedando nuestra escuadra bajo el mando interino del general Gravina, aunque siguiera Mazarredo izando su insignia como comandante general. Y aunque el nuevo embajador intentaba auxiliar a sus hombres, mucho sufrieron las dotaciones españolas, sin víveres ni medios para adquirirlos y con escaso cuidado para los enfermos desembarcados a tierra, porque de ellos no cuidaban los rectores franceses que allí deseaban tenerlos recluidos. Y también en los respetos^[9] de mar faltaba de todo, siendo como era necesario estar listos para dar la vela, por si acaso se perdía la plaza ante los posibles ataques de ejércitos enemigos desde tierra, cada vez más cercanos.

Sin embargo, un suceso vino a cambiar el signo político general. El célebre general Bonaparte, abandonado en tierras egipcias, se determinó a tomar la acción con extrema temeridad. Consciente de los problemas que se abrían en su patria, decidió abandonar aquellas lejanas tierras a bordo de dos fragatas que consiguieron eludir la vigilancia britana, desembarcando con clamor de multitud en Provenza el 6 de octubre. Aunque abominable personaje sin escrúpulo alguno, su clara inteligencia le mostró un país ansioso de orden y normalidad, condición que decidió aprovechar en provecho propio. Convencido de que era llegado el momento, promovió tras el telón el golpe de estado que acabó con el Directorio, siendo sustituido por el Consulado, un primer paso para conquistar el poder de forma absoluta, que pronto le alcanzaría.

Debo reconocer que ese Bonaparte mudó la cara de la guerra en escaso tiempo. Llevó a cabo inesperados y audaces movimientos en Austria e Italia, al tiempo que negociaba la paz con Inglaterra y conseguía que el Emperador ruso abandonara la alianza. En cuanto a los españoles y su Gobierno, nada significó el cambio. Si antes hincábamos la rodilla ante el Directorio, ahora lo hacíamos con el Consulado, aunque el Primer Cónsul hablaba en primera persona y exigía para él como un nuevo dios supremo. Pero ya digo que lo nuestro era obedecer y sin elevar la voz en ningún sentido. España continuaba navegando con velas altas en temporal, lo que nada bueno puede presagiar para el aparejo.

A partir de aquel momento, el resto del año y el siguiente se movieron las condiciones en las mismas cuerdas. El primer Cónsul exigía una y otra vez, planificando movimientos de las escuadras que sólo en su mente se podían realizar. Mazarredo, terco e iluminado como gran estratega, ponía objeciones que pocos podían rebatir, demostrando la imposibilidad de sacar adelante tales empresas, aduciendo siempre que la primera acción debía ser la de trasladar la escuadra de Brest a Cádiz, dividir las fuerzas enemigas y enfocar cada misión con la debida cautela y planificación. Y aunque por parte francesa se gestionaban órdenes directas a los buques y conversaciones en París por otros derroteros, la conjunción Mazarredo-Gravina funcionaba al ciento, para enfado e incomprensión de los aliados.

De esta forma, las decisiones sobre política naval, descabelladas muchas de ellas, quedaban en el aire una y otra vez. Y el negro se oscurecía al tiento, por difícil que sea de creer. Porque ahora los franceses no sólo exigían determinadas opciones para los buques de nuestra escuadra secuestrada en Brest, sino que solicitaban en la práctica el resto de las escasas unidades repartidas en los departamentos marítimos españoles para levantar el bloqueo de Malta, retomar el ejército aislado en Egipto y otras misiones de imposible realización. Mazarredo escuchaba con exquisita atención los proyectos, para mostrar los riesgos a continuación, al tiempo que susurraba de vez en cuando las palabras mágicas de Trinidad y Menorca, que hacían torcer las caras de los ministros franceses.

Napoleón era un hombre de tierra sin ninguna visión marítima, y ya se sabe que

ése es el mayor peligro para establecer una política naval adecuada. Por fortuna para nuestra Armada, dedicaba más tiempo a sus empresas terrestres, lo que rebajaba la presión sobre Mazarredo y nuestro Gobierno. Sin embargo, la situación en España y sus puertos era de peligro inminente y de ello intentaron aprovecharse los britanos, con ataques de fuerza y desembarco en Ferrol, así como posteriores amenazas en Cádiz, que se defendieron con plumas y extraordinario tesón hasta rechazar los peligros. Al menos en la defensa del suelo patrio se dio la dura y con demostraciones de valor dignas de elogio.

Por desgracia, el goteo de pérdida de unidades en nuestra Armada continuaba, porque las misiones encomendadas de protección a convoyes hacia Indias o simple tráfico entre península e islas excedía nuestras posibilidades. De esta forma, perdimos las fragatas Carmen y Santa Florentina, el bergantín Vivo, el jabeque Carmen y la goleta Águila, salvándose de la quema los navíos Miño y Astuto que, junto a la fragata Rosa, habían sido enviados a Trieste por pertrechos antes del comienzo de la guerra. La división consiguió el feliz regreso a Cartagena en un descuido inglés, con atrevimiento y buena suerte de nuestra parte.

Y no acabaron en estas cuerdas las pérdidas, si así pueden llamarse las siguientes, porque algunas las ofrecimos con guante blanco. Me refiero al esperpéntico acuerdo firmado con los franceses, en el que reconocimos la retrocesión de la Luisiana, así como la entrega de seis navíos, con la absurda contrapartida del aumento territorial a Parma, que tanto apetecía para su hermano nuestra Reina María Luisa y, por lo tanto, nuestro Señor. Napoleón conseguía todo al dictado del tambor; dineros de una nación arruinada, unidades de una Armada enfermiza con desgaste permanente y sin poner la quilla de un navío en los últimos seis años, así como el cambio del ministro de Estado, don Mariano Luis de Urquijo, que fue exonerado del cargo y perseguido por haber contrariado los deseos del Primer Cónsul. También se quitó el pequeño corso la mosca engorrosa y cojonera que significaba el general Mazarredo en París, siendo sustituido como embajador y hasta de comandante en jefe de la escuadra, que pasó a las manos del teniente general don Federico Gravina, siguiendo los deseos del francés. Mucho sufrió el gran marino de Bilbao con esta decisión, camuflada como urgente necesidad de sus servicios en Cádiz. El buen marino sólo había querido defender los intereses de su patria y, de forma especial, el destino de los buques de la escuadra ante los escandalosos deseos de un inepto en asuntos de marina, como era el Cónsul francés.

Mucho dolió entre los miembros de la Institución la entrega de los seis navíos a nuestros aliados, dos de ellos de la escuadra de Brest, los Conquistador y Pelayo, así como cuatro de Cádiz, los San Jenaro, San Antonio, Intrépido y Atlante. Hasta un ciego podía comprobar cómo nuestra Armada caía más y más, sin poder atisbarse la profundidad del agujero. No se construía un buque en los arsenales, se perdían unidades en accidentes y combates, y para rematar la faena entregábamos las mejores unidades al francés. Se trataba, sin duda, de la mejor estrategia para conseguir que la

Real Armada pasara a ser una simple anécdota entre las Marinas europeas.

Pero debo ser sincero y declarar que, de aquellos días y en lo que respecta a mi persona, me llamó a repique de sangre y temblor de extremidades los sucesos de Algeciras, porque en ellos entraba en juego la sangre de los Leñanza, con mi primogénito en danza de olas negras. Y cuando la extensión de nuestra propia sangre aparece en el horizonte, se nubla la vista y hasta el conocimiento.

4. La bahía de Algeciras

Mi hijo primogénito, el tercer Gigante de la saga familiar, continuaba bregando servicio a bordo de los buques de la Real Armada por aguas de Cádiz, o eso es lo que yo creía. Como dice el refrán con su habitual sabiduría, ojos que no ven, corazón que no siente. Qué gran verdad, Dios mío, encerrada en tan pocas palabras, y cómo nos aferramos a ellas con el paso de los años. Pocos meses atrás, había conseguido por fin la anhelada charretera^[10], la prenda más deseada a lo largo de la carrera en todo oficial de guerra, ese ascenso al empleo de alférez de fragata que te incorpora de lleno a la lista de oficiales de la Real Armada.

El niño, que para mí aún lo era, había ganado el ascenso como recompensa por su valeroso comportamiento a bordo del bergantín Palomo, de 18 cañones, en su combate contra la balandra inglesa Albertine, también con dieciocho piezas, que acabó por salir en dirección a Gibraltar con el aparejo al copo y rasas entrándole de enfilada por el espejo. Como es fácil comprender, la noticia había producido una gran alegría en la familia y espeso orgullo en mi pecho, aunque también pudiéramos endosarle cierta preocupación, por mucho que no lo mostrara en el rostro. Las últimas noticias recibidas de su mano, hablaban de un ligero curso de perfeccionamiento de artillería, para retornar a uno de los buques que se mantenían de vigilancia y crucero en las aguas de la bahía gaditana, posiblemente a la fragata Santa Sabina.

Deben tener en cuenta antes de continuar que, a partir de ahora, cuando les hable de los sucesos acaecidos a quien debía sucederme en el servicio de la Real Armada, sangre de mi sangre, percibirán un cambio en el tono de las palabras y hasta en el pulso de mi letra al correr sobre el pliego. Pero es situación normal en nuestras vidas, sin posible remedio. Uno vibra de forma diferente cuando enfoca el propio sentir, impaciente por entrar en combate, cual fue mi caso durante muchos años, que al abordarlo como padre de un joven oficial, recién abierto a la vida. Se produce cierto desdoblamiento en nuestros cerebros porque al tiempo que, en el fondo de nuestro corazón, deseáramos alejarlo de todo peligro, también queremos que se cubra de gloria en combates reñidos y alcance las más altas cotas en su carrera, porque ése es su más ferviente deseo.

Como les decía, Gigante había sido destinado a la fragata Santa Sabina, en esa mutación casi permanente que se producía en las dotaciones y mandos de los buques de la Armada, nada deseable para el bien del servicio. De allí recibí su último recado, redactado con letra apresurada y comentarios llenos de ardor guerrero, así como evidentes deseos de entrar en combate de nuevo contra el inglés. Me tranquilizaba, sin embargo, que no apareciese en el horizonte amenaza naval de orden, una vez rechazados los ataques y pretensiones britanas en la zona. De ahí mi extrañeza cuando en la tarde de un día caluroso por más, a mediados del mes de julio de aquel maléfico año de 1801, uno más de pesadillas sin cuento para nuestras armas, me

alcanzó Setum en el escritorio con el rostro blanco como la cera, condición cierta aunque difícil de creer en los de su raza. Y aunque ninguna novedad de importancia esperaba, ya los vientos me cantaban la negra canción por la sesera, de lejos y en avance.

—Señor, creo que..., creo que hemos de partir sin pérdida de tiempo —la voz de Setum sonaba con debilidad y preocupación.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se trata de Gigante ha sufrido algún percance?

La pregunta brotó desde muy dentro del alma, sin ningún aviso en tal sentido. Pero antes de que Setum pudiera contestar, entraba en escena María Antonia, resuelta y con decisión.

—No temas, Francisco, que Gigante se encuentra con vida y sin riesgo de perderla.

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Entró en combate? ¿Fue herido de gravedad? Por Dios, contestadme.

—Por lo visto, se encontraba a bordo de una de las lanchas cañoneras estacionadas en el Apostadero de Algeciras...

—¿En las cañoneras? —no dejé que Setum acabara sus palabras—. No es posible. Recibí su última carta desde la fragata Santa Sabina.

—Así era, señor. Pero parece ser que se presentó como voluntario para marinar alguna de esas lanchas apostadas frente a la Roca que, en conjunción con las baterías establecidas en la costa, intentan lanzar moscardas contra las unidades britanas que acuden a Gibraltar en bandolas o con graves problemas.

—No debe extrañarte su conducta, querido. Según tengo entendido, lo mismo hicieron su padre y su tío Santiago a edad parecida —María Antonia me tomó de la mano, apretándola con cariño.

—¿Cómo se encuentra el muchacho? ¿Ha perdido algún miembro? ¿Se recuperará de las heridas sin merma? —preguntaba a bote pronto, sufriendo como si hubiese sido herido yo mismo.

—Cálmese, señor, que el joven es fuerte y ha pasado el peligro. Sólo nos llegaron escasas noticias a través de Okumé. Se entabló combate con los ingleses y Gigante resultó con alguna herida en la pierna sin mayor importancia. Se encuentra en Algeciras, en casa de un señor llamado Beltrán de Mureda, reponiéndose con rapidez.

—Por Dios, Setum, no me mientas —miré hacia el africano con inequívoca determinación—. Quiero saber la verdad. ¿Por qué se encuentra en casa de ese señor de Mureda, a quien no conozco? Y si las heridas son ligeras, ¿por qué continúa en periodo de recuperación?

—Tranquiliza el ánimo, Francisco. Setum te ha dicho todo lo que sabemos. Según parece, debieron ser bastantes los heridos y algún señor de la zona ofreció su casa para que se utilizara como hospitalillo improvisado. Por tal razón, supuse que desearías salir en esa dirección sin pérdida de tiempo. He ordenado preparar el carruaje con todo lo necesario.

—No perdamos tiempo en ese caso.

Como pueden comprender, pocos minutos después arrancábamos a tiro de bombarda hacia el sur, con Sebastián estibado a las riendas. Y puedo jurar por la salud de mi alma, que jamás vi tomar un carruaje el camino con tal parsimonia, o así me lo parecía en el cerebro atacado desde todos los cuadrantes, analizando las posibles heridas que se pueden sufrir a bordo de un buque abierto al combate, una relación que en poco aplacaba el ánimo. La verdad es que todo me rondaba en negro, dudando de las palabras escritas por Okumé, que podía esconder la verdad para no largar metralla por adelantado. Por fortuna, Setum actuaba como freno y bálsamo mental.

—¿Heridas en la pierna sin mayor importancia? ¿Era eso lo que explicaba Okumé en el recado? ¿Crees que decía la verdad ese muchacho?

—No encontrará respuestas por mucho que largue preguntas a los vientos en andanada doble. Deje de atormentarse, señor, que nada ganará en el empeño. Son muchas las leguas que nos restan por la proa. Si continua manejando esas ideas sin freno en la cabeza, acabará por enfermar y creará problemas en lugar de alivio. Okumé es inteligente y no mentiría en tema de tal importancia. Estoy seguro de que el joven se encuentra en buen estado, aunque haya sufrido algún revolcón y derramado un poco de sangre. Ya sabe que no suelo errar en mis presentimientos. Intente descansar y no repita a Sebastián que fustigue a los animales, o dejen el cuero en las rodadas y deberemos navegar sin aparejo. Intente descansar.

—Eso es fácil decirlo.

—Beba de la frasca de aguardiente y le ayudará en la modorra.

Aunque dirigía la mirada hacia el campo, como si de esta forma pudiera recortar las leguas a recorrer, aquel viaje se eternizó como jamás lo he sufrido. Por fortuna, el cuerpo estragado acaba por buscar su chaza en conveniencia, y sin probar bocado a pesar de los ofrecimientos de Setum, entré en un pesado sueño, preñado de escenas terribles, con Gigante mostrando heridas de muerte en todas las posibilidades.

Guardo un terrible recuerdo de aquella travesía campera, con puertos y veredas empinadas donde los animales desfallecían, calor y frío a lo largo del día y necesidad de atravesar zonas de posible peligro que, en verdad, poco me importaba, aunque Setum ajustara las armas en prevención. Sí que recuerdo con exactitud nuestra llegada el día 20 de julio, con una temperatura que hacía correr el sudor por nuestros cuerpos como sangre por cubierta en combate corrido.

Arribamos a la bahía algecireña en las primeras horas de la tarde, todavía con el sol en castigo de justicia. Aunque fuera tarea difícil, el ánimo se había serenado lo suficiente, que todo en la vida tiende a remansar la marea por la llana. Siguiendo los consejos de Setum, así como los ruegos de Sebastián, hicimos noche en una posada llamada La Flotante, incapaces de continuar al ritmo. El significativo nombre del establecimiento no era casual y, de esta forma, los recuerdos se volcaron en racimo, porque el ventero había asistido a aquella sangrienta jornada del ataque conjunto a la

plaza gibraltareña a bordo de la Tallapiedra^[11], donde había perdido una pierna. Bebió conmigo mientras recordábamos detalles olvidados, mostrando su orgullo al señalar el palo que utilizaba como remo sinistro y el honor de dar posada a un brigadier de la Real Armada. De esta forma pude largar lastre mental, mientras trasegábamos un vino espeso y peleón que, sin embargo, confortaba el alma.

Aunque mi cerebro andaba en derrota fija, tuve que evocar otros tiempos al observar aquel mágico cuadro de la bahía algecireña, esas aguas donde había entrado en combate por primera vez, muchos años atrás, con Pecas amadrinado a mi vida y Cristina en pensamientos de amores imposibles. Es en esos momentos cuando la edad y los años se clavan en la carne, porque hasta los recuerdos más penosos se abren en azul por nuestro cerebro. Atisbé de lejos el cuartelillo naval donde trabajara en blanco y negro junto al general Barceló, ese inolvidable personaje que tanto influyera en mi carrera. Pero no era cuestión de perder un solo segundo, por lo que preguntamos a un grupo de parroquianos por la casa del tal señor Beltrán de Mureda. Y debía ser persona conocida porque, sin vacilación, nos indicaron el camino que tomaba la dirección de Castellar, donde pocas yardas después debíamos encontrar nuestro destino sin pérdida.

Por fin avistamos el inconfundible caserón, más cercano a corral de grado con tejado de fortuna, puesto a servicio de la Armada de forma generosa por el dueño. Y no perdí mucho tiempo en pesquisas, porque en la misma puerta reconocí el uniforme de un cirujano primero, a quien ataqué de proa sin vacilación. Tras identificarme por alto, quien decía llamarse Celestino Amorrortu se puso a mi servicio con extrema diligencia, al tiempo que nos ofrecía las primeras explicaciones.

—Fueron bastantes los heridos, tanto en el inicial combate de buques y cañoneras, como en la desgracia posterior. Pero su hijo, el alférez de fragata Leñanza, ha sido bastante afortunado. Tan sólo presentaba una herida en el muslo, poco profunda, limpia y sin mordida, otro par de lasconazos de menor entidad en el pecho y brazo, quemaduras ligeras en la espalda y una fuerte conmoción por golpe en la sesera. Este último era el aspecto más preocupante, porque anduvo con el sentido perdido durante un par de días. Pero el joven mejora con rapidez, que a esa edad sobran los ungüentos.

—¿Puedo visitarlo y hablar con él? —temía una exagerada parla del galeno porque, en verdad, desesperaba por ver a mi hijo y estrecharlo entre los brazos.

—Por supuesto. El joven desea regresar a su destino en la fragata Sabina cuanto antes y estaba a punto de darle el alta, aunque debería mantenerse en reposo y vigilancia algunos días más.

—No se apesume, que estos jóvenes pierden la cabeza por entrar en fuego. Se repondrá al ciento, como recomienda. Ya me ocuparé de que se cumplimente tal recomendación.

—Me parece adecuado y juicioso, señor. De todas formas, se hará lo que digáis.

—En estos momentos, desearía verlo.

—Por supuesto. Si tenéis la bondad de seguirme.

Apresuramos el paso tras don Celestino, con Setum pegado a nuestra popa como una sombra, aunque el galeno le dirigiera una inicial mirada de recriminación que corté con otra mía de confianza hacia el africano. Para mi sorpresa, no nos dirigimos hacia una sala con enfermos, esa escena que se representara en mi cerebro durante tantas horas, sino a un alargado y hermoso patio, impropio del aspecto exterior del caserón, con pequeños parterres florecidos, árboles frutales y una fuente adornada de azulejos. Nadie que hubiese avistado el edificio en la distancia, habría presumido tan hermoso rincón. En él se encontraban algunos enfermos tomando el aire puro y al sol, posiblemente los más recuperados.

Comencé a escarbar con la vista entre los enfermos, impaciente por localizar a mi hijo. Pero no necesitamos mucho tiempo, porque en pocos segundos pudimos reconocer a Gigante en el centro, caminando con cierta dificultad, apoyado en el hombro de Okumé. Debo reconocer que el corazón se dio la vuelta en el forro y tuve que reprimir la andadura, para no lanzarme en dos zancadas. Fue Okumé, sin embargo, quien dio el aviso, para forzar su paso hacia nosotros.

Nos estrechamos con fuerza. Creo que en aquel interminable abrazo largué la tensión almacenada durante el eterno recorrido, en el que todo tipo de negros pensamientos se abrían en el cerebro. Respiraba de felicidad en tripas, al comprender que allí estaba, fuerte y entero, aunque una venda le rodeara todavía la frente, y otra le cruzara en bandolera por todo el pecho. Me separé más de una vez para observarlo con detalle, comprobar la visión inicial de forma repetida, pero sus palabras cortaron la inspección.

—Puede estar tranquilo, padre, que me encuentro bien de salud —sonreía el mozo, feliz de mi presencia—. No fue más que un pequeño incidente.

—¿Pequeño incidente dices, jovenzuelo? Pues temieron por ti los galenos cuando no regresabas del más allá, con los pensamientos perdidos quién sabe dónde —aunque intentaba recriminarlo, la sonrisa abierta en mis labios mostraba la verdad.

—Puedo asegurarle que esa parte de la historia no la recuerdo. Pero las heridas cierran sin problemas. Tan sólo las quemaduras de la espalda molestan cuando reposo en el catre. Pero debe saber que si no fuera por Okumé, en las aguas habría quedado para siempre. Ya le debo una vida.

Miré hacia el corpulento africano con inmenso agradecimiento en la mirada. El joven se apresuró a intervenir.

—No tuvo mayor importancia, señor. Los dos salimos despedidos cuando volaron los cartuchos de nuestra batería en el navío Real Carlos. Por fortuna, no perdí el sentido y pude encontrar a Gigante a escasa distancia de mí. Nos mantuvimos agarrados a los restos de la arboladura, hasta ser recogidos por un falucho pesquero. Aunque las quemaduras aparentaban más de lo real, era preocupante la herida en la cabeza y que hubiese perdido el sentido. Pero la tiene muy dura y aguantó bien el envite —sonrió con fuerza, con esa ligereza que la juventud concede a los peligros.

—Bien sabe Dios que te lo agradezco, Okumé, como si hubieses salvado la mía propia de las brasas del infierno —apreté su hombro con el verdadero afecto que sentía—. Ya sabes que estas circunstancias jamás se olvidan, especialmente cuando acaecen a los hijos. Pero hablabas del navío Real Carlos. ¿Qué hacíais en un tres puentes por la bahía de Algeciras? ¿Se libró combate de escuadras? —me giré hacia Gigante—. ¿No habías embarcado en las lanchas cañoneras?

—Es largo de contar, padre.

—Pues comienza desde el principio. Las narraciones aclaran los pensamientos.

—Perdone, señor —entró Setum por derecho y con decisión—, pero antes de forzar la bomba de los pensamientos en este joven alférez de fragata, me gustaría echar un vistazo a sus heridas.

Sin esperar respuesta, mi fiel africano levantó las vendas de Gigante con extremo cuidado una a una, reconociendo las quemaduras y las tres heridas, así como el golpe recibido en la frente, cuyos efectos todavía se percibían con claridad. Como pueden comprender, aquella inspección presentaba más valor para mí, que si hubiese girado visita el mismísimo médico de cámara de Su Majestad. Por fin, Setum elevó el diagnóstico con su habitual confianza y seguridad.

—Nada que nos deba preocupar, muchacho. Esas marcas de fuego en la espalda tardarán más en cicatrizar, aunque no alcancen el tamaño y profundidad de las de tu padre, cosechadas en aquella jornada maléfica de las flotantes. Cuando tomemos posada te las lavaré y rociaré con unas hierbas que embeben los jugos malignos al pelo. Pero debes descansar unos días, que esos golpes en la sesera van y vienen con demencia si no se les concede el necesario alivio.

—Debo regresar a mi fragata en...

—Eso lo decidiré yo, muchacho —alegué con autoridad—. Y no te lo digo como padre solamente, sino como brigadier de la Real Armada.

—En ese caso, deberemos obedecer sin rechistar —alegó Okumé con voz entonada en medias guasas, que nos hicieron reír.

De acuerdo con el galeno que regía los destinos del improvisado hospitalillo, Gigante recibió el alta médica con permiso eventual de curación por heridas habidas en combate, a cargo del brigadier conde de Tarfí, su padre. De esta forma y con su recomendación, tomamos posada en la carretera de Cádiz, a media legua de Algeciras, en la venta que llamaban La Ventolera, nombre acertado al ciento de las condiciones. Y como los dineros abren voluntades sin mengua, acaparé para nuestro uso las tres estancias que tal nombre merecían, con acuerdo y reverencias del ventero que observaba una bolsa bien rellena en mi mano.

Era espacioso y limpio el establecimiento, honrado el servicio y con buen yantar a disposición, por lo que allí mismo decidí llevar a cabo la recuperación completa de mi hijo. Bien es cierto que el joven se encontraba casi listo para volver a la vida normal, es decir, a la guerra a bordo de la fragata Sabina. Debo reconocer que también pesaba en la decisión mi deseo de disfrutar de su compañía por unos días,

circunstancia nada fácil con su carrera naval en desarrollo. Por fin, comidos en abundancia y con una frasca de buen vino a mano, atacó los flancos de mi primogénito, que ya me entraba la curiosidad por ambas bandas.

—No hay nada como los buenos alimentos para levantar el ánimo y mejorar el color de las mejillas. Vamos, Gigante, cuéntenos ahora los sucesos de guerra.

—Despacio y sin perder un solo detalle, como habría dicho don Santiago, que Dios guarde en su gloria —era Setum, a quien también picaba la curiosidad.

—De acuerdo, aunque no soy tan hábil en los cuentos como mi querido tío. Como sabéis, me encontraba destinado en la fragata Sabina, patrullando los accesos a la bahía gaditana con más pena que gloria. El peligro inglés había pasado de largo y tan sólo dedicábamos algunas noches en beneficio del escaso tráfico menor, único que nos han dejado los bótanos del demonio a disposición y con reparos. Sin embargo, hace algunas semanas el comandante general del departamento solicitó voluntarios para marinar las lanchas de fuerza establecidas en el apostadero de Algeciras. Parece que se quiere potenciar estas armadillas de una vez, como tantos reclaman. Incluso se hablaba de establecer otro apostadero con división propia en Tarifa, para intentar morder al tráfico inglés que nos oprime a muerte y arrebatarnos alguna presa, o atacar unidades con problemas de aparejo y arribada forzosa a la plaza gibraltareña. Bueno, padre, me refiero a las lanchas cañoneras, como le gusta nombrarlas —sonrió el muchacho con gesto de excusa—. Me presenté para la empresa y fui escogido.

—Por desgracia, que en esas lanchas no me dejan embarcar a su lado —saltó Okumé, enfadado.

—Ya me tocó a mí vivir esa misma faceta hace bastantes años —recalcó Setum con el mismo tono de voz—, y por tiempo alargado.

—Cuando llegamos a la bahía —Gigante retomó su narración—, me asignaron a la cañonera número 12, bajo el mando del teniente de navío don Bernardo de Rojas. Mi misión era dirigir el fuego del cañón de a 24, e incluso marinar la lancha a popa en ocasiones, como ya hizo el tío Santiago con usted. Por desgracia, ninguna lancha portaba el número 23 en el costado, que tanto me habría gustado^[12].

Me llenó de orgullo el recuerdo ofrecido, confirmando aquella teoría familiar de que los hijos no son más que una extensión de nuestra propia vida. Pero ya continuaba el joven alférez de fragata con su peligrosa aventura.

—Salimos tres veces en caza de mercantes, aquellos que en la noche con luna se ceñían por más a esta costa. La verdad es que poco conseguimos, salvo desmochar el bauprés a una goleta, que se nos escapó por palmos y, a la contra, nos desbarató una de las lanchas. Pero todo cambió al ciento y se complicó por largo cuando aparecieron los buques franceses.

—¿Habéis tenido problemas con los franceses? Sería el colmo de los...

—Nada de eso, padre —Gigante pidió calma con sus manos—. Parece ser que había salido de Tolón una división francesa compuesta por tres navíos, una fragata y una goleta, bajo el mando del contralmirante Linois, con la intención de tomar el

Estrecho. A esa fuerza debían unirse en Cádiz los navíos entregados generosamente por nuestro Gobierno, al mando del contralmirante Dumanoir, y los españoles de la escuadra de Ferrol aprestados en ese sentido. Se rumoreaba que su destino cierto era las Antillas, aunque no podría asegurarlo, porque a los alféreces de fragata no nos llegaban suficientes informes de las mayorías^[13].

—Ni a los brigadieres, hijo mío. En esta guerra decide el francés por su cuenta y en secreto.

—Eso comentaban los jefes a menudo. Pero una vez la división de Linois tanto avante con Punta Europa, recibió aviso por medio de la goleta Briose, de que a escasas millas se encontraba una escuadra britana bajo el mando del almirante sir James Saumarez. Según aseguraba, estaba compuesta por siete navíos; César, de 80 cañones, Pompée, Spencer, Venerable, Hannibal y Audacious, de 74; las fragatas Thames y Bénédict, de 40, y el cúter Fox, una fuerza más que respetable. Aunque no le precisaron la dirección del inglés y, en mi opinión, habría podido atravesar el estrecho en cubierto durante la noche, el francés entendió como más prudente evitar un posible encuentro y se decidió, por fin, a embocar la bahía de Algeciras.

—Eso es como meterse en la ratonera, por mucho que se busque la protección de las baterías establecidas en tierra —exclamé con seguridad—. Una última medida a tomar, si el peligro es inminente.

—Así lo entendía. De esta forma, en las primeras horas de la tarde del pasado 4 de julio, fondearon los buques franceses con evidente espíritu de defensa, porque largaron los ferros en línea, a escasas yardas de nuestro embarcadero. No era tonto el almirante Linois porque, de esta forma, quedaban sus unidades entre la isla Verde, defendida por el Sur, como bien sabe, por una batería con siete piezas de a 24, así como por la batería de Santiago al Norte, con seis piezas de a 18 y hornillos para disparar bala roja que tanto duele a los buques.

—Bien que las sufrió tu padre a bordo de las flotantes —aseguró Setum que gustaba de mostrar conocimientos.

—Habría debido intentar enmascararse en la noche y arribar a Cádiz, aprovechando la estación cercana a luna nueva —aseguré por mi parte—. Esa situación de defensa, acoderados a tierra, suelen acabar en desbarate propio. Debemos recordar que los britanos, con su base gibraltareña a la vista, combaten en casa. No aprenden nuestros aliados, que así los arrasó don Horacio Nelson en Abukir.

—La situación que adoptaron ofrecía cierta seguridad, con la fragata Muiron acoderada por corto a la isla. A continuación y por orden se situaron el navío Indomptable, de 80 cañones, el Desaix, de 74, y el Formidable, también con 80 piezas que arbolaba la insignia del almirante Linois. Y como el mando francés se temía con sobrada razón la llegada del enemigo más pronto que tarde, saltó a tierra para conferenciar con el jefe del Apostadero de lanchas y faluchos de Algeciras, cargo que desempeñaba de forma interina el brigadier don Bernardo Deslobes. Nuestro jefe le ofreció todo el apoyo posible sin dudarle. Por una parte, le hizo ver la buena

disposición de nuestras baterías, en cuanto a artilleros y munición disponible, aspecto del que dudaba el petulante almirante. Y aunque no lo crea —el joven expresaba su indignación—, exigió inspeccionarlas en persona, como si dudara de que en nuestra Armada...

—Calma, Gigante, y no te agites. Narra los sucesos de forma desapasionada. Conozco bien las opiniones del francés sobre nuestros buques e instalaciones, especialmente cuando se encuentran en tierra. Porque después, una vez abiertos en conjunto con nuestras fuerzas por la mar, suelen dar la blanda con demasiada periodicidad.

—Tiene razón, padre. Bueno, además de ofrecerle todo el apoyo posible en cuanto a armamento y hombres, dentro de nuestras posibilidades, se pusieron a sus órdenes siete de las lanchas cañoneras, las que se encontraban en mejor estado, las número 2, 3, 4, 7, 8, 12 y 13, con las dotaciones más adiestradas.

—Y te tocó en suerte dar el bocado a la torta.

—Por fortuna —volvió a sonreír con ingenuidad—. Cuatro de las lanchas se colocaron en los extremos de la línea francesa, entre ellas la número 12, a besar con la batería de Santiago, mientras las otras tres cerraban el copo entre la fragata y la isla Verde. Como puede suponer, nos encontrábamos dispuestos a todo y con ardor en la sangre, tanto para joder al inglés, como demostrar a ese engreído almirante de lo que éramos capaces. Embarcamos tanta munición de cañón y fusilería a bordo para la ocasión, que la regala de la lancha se encontraba a nivel del agua y con evidente peligro, pero así se decidió porque se esperaba una acción de orden sin posible duda. Deben tener en cuenta que la mar y el viento obraban a favor de los cielos. Y si los ánimos estaban caldeados, el comandante de la lancha, don Bernardo, nos largó una arenga de las que estiran la piel en llagas. Es un valiente y sabe manejar a sus hombres como nadie.

Gigante se tomó un ligero respiro, mientras atacaba la frasca de vino, que debimos reponer con rapidez, al tiempo que Okumé seguía tragando carne sin reposo. Como sugirió mi fiel africano, aquel muchacho parecía haber sufrido cuarentena de ayuno. Pero tanto Setum como yo deseábamos llegar a la cumbre y le entramos en prisas.

—Continúa, muchacho. Supongo que llegaron los ingleses en pocos días.

—Desde luego. Con las primeras luces de la mañana siguiente, se dejaron ver sus velas con proa clara hacia nuestra posición en la bahía. Entraban doblando Punta Carnero con caricias a las piedras, impulsados por un vagajillo perezoso del sudoeste que les soplabla en suerte. En la distancia pudimos observar cómo preparaban los anclotes a popa, con la clara intención de acoderarse por corto y batirnos a muerte. Poco después se separaban en dos grupos, para doblar a la división francesa y romper entre dos fuegos, esa maniobra tan al gusto de los britanos que con sus carronadas barren las cubiertas en sangre, entrados en combate a tocapiñoles. Pero estuvo atento el almirante Linois, que de forma acertada picó los cables de sus anclas, dejándose

acariciar por la ventolina para caer hacia la playa, hasta que desde las lanchas escuchamos cómo las quillas de sus barcos rascaban el fondo, arenoso y sin problemas de un futuro libramiento.

—Bien hecho. En caso contrario y como dices, habría sido envuelto.

—Picaban la hora novena de la mañana, cuando el primer navío britano entraba en distancia, abriendo fuego con las dos baterías al bulto. Respondimos en segundos, tanto los franceses como nuestras baterías de tierra y las cañoneras. Debo aquí señalar que muy mal lo pasamos en los primeros tiros. Con el fuerte retranqueo del cañón, se balanceaba la cañonera en exceso y nos entraba agua por la borda en trocha abierta, aunque sin mayores problemas.

—Y comenzó un combate a muerte y con sangre corrida —salieron mis palabras sin pensarlo, mientras imaginaba la acción y veía la figura de mi hijo a bordo de una de esas pequeñas lanchas, armadas con un poderoso cañón de a 24.

—Los tres primeros navíos largaron sus anclotes a tiro de pistola de los franceses, mientras los demás intentaban envolver las líneas, medida un tanto insensata dada la escasa distancia a tierra que se les había concedido. Por esta razón, el navío Hannibal, de 74 cañones, varó con fuerza frente a la batería de Santiago, momento en el que le entramos al degüello, a tan escasa distancia que podíamos observar con detalle los tatuajes de los marineros britanos. La verdad es que a este navío nos lo comimos entre los fuegos de la batería, los de la torre del almirante, así como los de las tres cañoneras. Por nuestra parte, la número 12, nos dejamos caer al remo hasta entrarle por la bombilla con hierro a muerte, aunque también recibíamos raciones de balerío grueso y fino por las orejas. Se generalizó el fuego entre las dos parte, con sangre salpicando tablas hasta las cofas.

—No exagera una mota, señor —aseguró Okumé con vehemencia—, que lo presencié todo desde la batería de Santiago, donde me presenté como voluntario para auxiliar en la línea de municionamiento.

—Lo creo —musité en voz baja.

—La misma maniobra realizada por el Hannibal intentó llevar a cabo el navío Pompée por el Sur, hasta acabar por varar como su gemelo, en este caso junto a la isla Verde. También fue batido como liebre por jauría de galgos, desde mar y tierra. Mientras tanto, los cuerpos centrales se rifaban las rasas sin descanso, con elevados daños y mortandad sin cuento. Le juro, padre, que fue una jornada gloriosa, difícil de olvidar porque era mi primera acción de guerra auténtica, un alargado combate que no parecía tener fin.

—¿Arrió la bandera algún navío britano? —pregunté esperanzado.

—El Hannibal, una vez sin palos, masteleros ni vergas utilizables, así como una carnicería extendida entre sus cubiertas, acabó por arriar el pabellón y rendirse. Y el mismo camino siguió el Pompée, que también había arriado su bandera y cesado el fuego en parecidas circunstancias. Sin embargo y para suerte de este último culebrón britano, debido a su posición hacia fuera de la bahía pudo ser auxiliado por los botes

de su escuadra y otros llegados de Gibraltar, que le tendieron un remolque de vida, momento en el que volvió a izar su bandera y recuperó el honor. Pero debo declarar que ya por entonces me encontraba en el agua, nadando hacia tierra.

—¿Hundieron tu cañonera?

—Uno de los últimos disparos del Hannibal, antes de cesar el fuego, nos entró por proa a la lumbre del agua, levantando la cañonera como si fuera un muñeco de trapo. Tras el estruendo producido y astillazos en vuelo peligroso, nos vimos en el agua en pocos segundos. Gracias a Dios y por milagrosa intercesión de Nuestra Señora de Valdelagua, me encontraba ileso de pies a cabeza, aunque parezca difícil de creer, por lo que intenté ayudar a dos heridos que se encontraban a pocos metros de mí. Por desgracia, uno de ellos se me fue hacia el fondo sin posibilidad y la cara enrojecida de sangre. Pude tomar el segundo y alcanzar la playa del Bastión sin problemas añadidos, aunque agotado por el esfuerzo de llevar por el pecho a un artillero que había perdido el brazo derecho y acabó por morir en tierra.

—¿Y el resto de los navíos?

—Sangre y leña sin cuartel. Un destrozo general porque el combate, a medio tiro de pistola, se alargó durante horas con valor en alza por ambos bandos. Cruzaba la meridiana cuando se cesó el fuego. Los britanos se retiraron a Gibraltar, auxiliados por botes y faluchos, algunos enviados desde la plaza. El navío Cesar, insignia de Saumarez, andaba con el palo mayor a punto de rendir, así como reliquias en casi todas las vergas. De todas formas, el más dañado fue el Pompée, sin palo ni verga utilizable, así como el Venerable, con el mesana rendido y los velachos en plumas. Según comentaron, los britanos habían sufrido 135 muertos y 240 heridos.

—Los franceses tampoco quedarían para dar el aparejo a los vientos.

—Muy dañados todos, desde luego, aunque la presa del Hannibal elevaba los corazones. Se certificaron por nuestros aliados 206 muertos, entre los que había que contar a los comandantes de los navíos Indomptable y Formidable, así como 320 heridos. Las carronadas y el ritmo de fuego inglés muestra la diferencia. En cuanto a nuestras fuerzas, nos echaron apique cinco de las siete cañoneras. Por desgracia, murió el alferez de navío Jerónimo Lobatón, un buen amigo, así como tres contramaestres y dos marineros, nueve heridos de gravedad, catorce heridos en las baterías, y una veintena de paisanos de Algeciras. La acción se llevó a cabo tan cerca de la población, que muchas balas britanas arrasaron alguna que otra casa. Sin embargo, padre, no me gustó..., no me gustó el ambiente posterior.

—¿A qué te refieres?

—Pues, la verdad, al escuchar las conversaciones de los franceses, parecía que con tres navíos habían batido a siete britanos, ellos con su sola presencia. No sentó bien entre nuestros hombres, porque las baterías de tierra y las siete lanchas se batieron el cuero como el que más, y sin nuestro apoyo no sólo no habrían cosechado tal triunfo, sino que habrían sido apresados.

—No te preocupes, que eso es normal con nuestros aliados del norte. Y cuando

nos dejan en la mar con el trasero entre nubes, también salen por troneras con excusas de niño. Lo importante es quedar tranquilo con la propia conciencia. Pero continua, porque supongo está la historia inacabada.

—Y habla con razón padre. Falta bastante tela por cortar.

Gigante sonrió, aumentando el interés creado con su narración. El gesto de su cara me hizo recordar a su tío Santiago, el inolvidable Pecas, ejemplar único en ralentizar las narraciones para elevar la tensión entre los oyentes. Pero ya volvía el joven al tema.

—Fue una victoria aliada, sin duda. Pero los buques franceses habían quedado muy dañados y era escaso el apoyo que desde nuestras instalaciones de Algeciras se les podía prestar, siendo un apostadero para unidades menores. Especial desazón sentían al comprobar que no podían reemplazar la arboladura deteriorada, salvo los propios medios de a bordo y algún apoyo de brazos españoles. Se decidieron por armar bandolas y aparejos de fortuna, con alguna ayuda de nuestros hombres.

—Sin embargo, el almirante Saumarez tenía a su disposición el arsenal gibraltareño, con todo el material que se pueda desear y, más importante, personal de maestranza muy competente en restañar heridas de los buques.

—En efecto. Además, a la fuerza de Saumarez se le había unido el navío Superb, de 74, que entró en la plaza cuando los buques se retiraban. Porque estos britanos aparecen en la mar de continuo, con su despliegue por los mares de todo el mundo conocido. Por esa razón se envió recado urgente a Cádiz, para que se enviara auxilio por parte de nuestra Armada.

—Comprendo —ahora entendía el inicio de la narración—. Fue entonces cuando entró en la escena el navío Real Carlos. Y debió suponer una preciosa ayuda, porque un tres puentes con 112 cañones no es prenda a desdeñar.

—Aunque los franceses protestaban ya en las primeras horas de la siguiente mañana porque no llegaba el auxilio deseado, el día 8, tan sólo cuarenta horas después del combate, se hacía a la mar desde Cádiz una escuadra española en auxilio. Y no podían alegar nuestros aliados en este caso particular que no concediéramos importancia a la empresa, porque el comandante general del departamento marítimo, don José de Mazarredo, del que tan bien habla cualquier oficial de la Armada, enviaba una división de fuerza con el teniente general don Juan Joaquín Moreno a la cabeza, izando su insignia en el poderoso navío Real Carlos.

—Tiene suerte el departamento gaditano de contar como mando superior con el general Mazarredo, apartado de cualquier puesto importante por ser de los pocos que anda con la verdad en la boca y capaz de poner en orden las reglas de los dioses. También el general Moreno es bravo. ¿Qué sucedió entonces?

—Espere, padre. No crean que ahí se acababan las bocas de fuego a disposición —el joven elevaba las manos abierto en sonrisas—. Al buque insignia lo acompañaban el navío San Hermenegildo, también de tres puentes y 112 cañones, así como los de dos puentes San Fernando, Argonauta y San Agustín, acompañados por

la fragata Santa Sabina. Y para colmar el vaso de las dichas, poco después de la salida se les unía en la bahía gaditana la división francesa bajo el mando del brigadier Le Roy, que izaba su insignia en el navío de dos puentes Saint Antoine, nuestro San Antonio entregado a los franceses, cuya visión con la bandera tricolor en el pico de la cangreja levantaba los ánimos a la contra de muchos oficiales.

—Es comprensible. Esa medida ha levantado muchas ampollas entre los miembros de la Institución. No sólo no se construye un navío en nuestros arsenales desde 1794, sino que les entregamos cinco como especial obsequio, y les dejamos escoger los mejores.

—El Saint Antoine era, acompañado por las fragatas Liberté, Indienne y Vautour. En conjunto, una poderosa fuerza que arribó a la bahía de Algeciras el día 9 de julio.

—No se quejaría el almirante Linois, que con esa escuadra se podía batir a Saumarez al gusto.

—Ya sabe, padre, que con los británicos nunca se puede estar seguro. Ese fue el momento en el que embarqué en el Real Carlos con Okumé a mi lado. Según comentaba el comandante, brigadier Ezquerro, con las prisas se había abandonado Cádiz escaso de personal, siendo auxiliado por el Apostadero de Algeciras con todo aquel que se encontrara en condición de servir. Y fue una sorpresa para mí, porque a la vista de la fragata Sabina, pensaba regresar a mi destino.

—No es mala experiencia navegar en un tres puentes, aunque los oficiales jóvenes disfruten más a bordo de una fragata ligera de alas.

—Esa era la razón de mis deseos. Pero volviendo al tema principal, la verdad es que el general Moreno pidió a Linois dar la vela de inmediato y pasar a Cádiz sin pérdida de tiempo. Pero no deseaba el francés abandonar la presa inglesa conquistada, el navío Hannibal, que destrozado como estaba necesitaba mucha faena en sus maderas para poder envergar una vela. El francés deseaba mostrar su especial trofeo como propio, aunque hubiera recibido mucha bala roja procedente de la batería de Santiago.

—No son muchos los bótanos que arrían su pabellón. Supongo que, de esa forma, se perdió un tiempo precioso —alegué con cierta tristeza.

—Desde luego. El almirante Linois, al verse tan protegido y con auxilio de pertrechos procedentes de los buques arribados, perdió cuatro días preciosos. El general Moreno tenía razón, al asegurar que era mejor dejar al Hannibal acoderado en tierra y llevar a cabo los trabajos de los demás buques en el arsenal gaditano, sin la amenaza del inglés que podía recibir unidades de refuerzo en cualquier momento. Por fin, se dio la vela el día 12, tras no pocas discusiones. Y a pesar de todos los esfuerzos, el Hannibal debió ser remolcado por la fragata Indienne como una boya, pues tan sólo se consiguió arbolar el macho del trinquete y con obenquería de fortuna.

—Mucho retrasaría la marcha.

—Tanto que pocas horas después se decidió su inmediato regreso al fondeadero algecireño, bien cerca de la playa, y llevar a cabo la derrota a Cádiz sin el trofeo.

Unos días perdidos para nada. Por fin, libre de lastres, se formó la línea de combate después de la meridiana, con los ojos puestos en Gibraltar. En un principio nos favorecía el viento fresquito de levante que, sin embargo, cayó por la tarde casi a cero, en un calmerío de muerte. De esta forma, no pudimos doblar Punta Carnero y embocar el estrecho hasta la anohecida, momento en el que la Sabina comunicaba al general que abandonaban el puerto gibraltareño cinco navíos y cuatro fragatas de la escuadra de Saumarez, con ánimo de seguir nuestras aguas. Y para sorpresa nuestra se mantenía la insignia en el navío Cesar, cuyos palos y jarcias habían sido renovados en tres días, una verdadera hazaña de su dotación.

—Es habitual esa pericia y dedicación en los equipajes bátanos. De todas formas, eran cinco navíos contra nueve —alegué en contra, aunque recordara el combate de San Vicente en sueños negros.

—El general Moreno desembarcó del Real Carlos y mudó su insignia a la fragata Sabina, donde también le acompañó el almirante Linois.

—Una moda francesa que hemos copiado, en desacuerdo de muchos, comenzando por don Antonio de Escaño que es uno de nuestros mejores tácticos.

—También el comandante y oficiales del Real Carlos opinaban en esa dirección. La Sabina tomó la cabeza de la formación, seguida por los tres franceses en línea de frente, a medio tiro de cañón entre ellos, que armaban bandolas y aparejos de fortuna, bien conservados por los navíos Argonauta, San Fernando y San Agustín. Cerraban la formación los dos navíos de tres puentes con el Saint Antoine. De todas formas, la navegación se ralentizaba en exceso, con los franceses de proa caminando a ritmo de tortuga. Tengan en cuenta que en el Real Carlos apenas necesitábamos los bolsos de las gavias y poco más para mantener el puesto, lo que nada bueno presagiaba. Ya se sabe que el poco andar beneficia al enemigo, que puede escoger la dirección deseada. Sin embargo, todo pareció caminar en orden, con la división britana a suficiente distancia y sin intenciones aparentes de entrarnos por brevas, que era mucho el poder artillero en oposición. Pero parece que la suerte no nos acompaña en esta guerra de día ni de noche, padre.

Gigante ensombreció el semblante, mientras observaba sus manos con cierto detenimiento y tomaba un descanso en su narración. Comencé a imaginar lo peor, cuando mi hijo retomó la parla, con la voz tendida a la baja.

—Navegábamos casi de empopada, con viento fresquito de levante y en noche cerrada, tan negra como guarida de lobos. Como es de suponer, nos manteníamos preparados al ciento, con los hombres en sus puestos de combate, listos para abrir fuego al segundo, cañones en batería y mechas dispuestas, que nunca se puede confiar en los ingleses. Cercanos a la medianoche, me encontraba de guardia en el alcázar, como refuerzo del oficial de la batería allí instalada. Ya les digo que la visibilidad era de cero yardas, a boca cerrada y con todas las unidades en oscuro, con prohibición absoluta de encender una vela. De pronto y a corta distancia, nos sorprendió una andanada por la aleta de babor, seguida por otra de terrible

contundencia por el través de la misma banda, que levantó astillas en toda la cubierta. Fue un momento de duda, porque no comprendíamos cómo el inglés podía haber alcanzado aquella posición, a medio tiro de cañón por el través. Como pueden suponer, respondimos al fuego de inmediato, mientras las distancias se acortaban. Llegamos a tener al enemigo a tiro de pistola, cañoneándonos sin descanso, con heridas de muerte en aparejo y dotación. Y no marraban en los tiros, porque llegué a escuchar cómo se rendía el mesana con poderoso estrépito. En ocasiones es mejor combatir sin luces. Y digo esto porque escuchaba lamentos a mi alrededor, pero no observaba las mutilaciones y la sangre.

—Sería el navío insignia britano, con 80 cañones, quien os atacaba.

—Eso creíamos, padre, eso creíamos —Gigante volvió a inclinar la cabeza—. Se alcanzó tal punto de cercanía entre los buques, con el resplandor de los cañonazos y los destrozos en cubiertas, que nuestro comandante ordenó el lanzamiento de granadas y frascos de fuego^[14], como hizo usted con aquella fragata argelina. Y me apresté a ello, encendiendo la mecha hasta sentir el fuego en los dedos, como se recomienda. Fue una acción difícil de expresar con palabras. Los hombres caían a nuestro alrededor como línea de infantes acometidos por la caballería. En nuestro buque prendió el fuego, en especial al reventar los cartuchos de dos piezas de la segunda batería. En pocos minutos, las llamas lamían cubiertas y palos, iluminando la noche como si fuera un día de sol radiante. Ese fue el momento de percatarnos del error, de tan terrible error.

—No puede ser cierto lo que temo en estos momentos —comencé a sufrir en mis adentros, al pensar la posible solución que se abría en cuerdas.

—Es cierto, padre. Con las llamas del Real Carlos elevadas a las alturas, y las del teórico enemigo a escasas yardas, comprendimos que nos cañoneábamos entre los dos navíos españoles de tres puentes, un espantoso error de dimensiones colosales. Según parece y nos contaron posteriormente, a medianoche se acercó el navío Superb y descargó sus baterías de babor sobre nosotros, aunque algunos proyectiles alcanzaron al San Hermenegildo, que se creyó atacado por el inglés, respondiendo con rapidez por su través, donde se encontraba el Real Carlos. Nos destrozamos mutuamente, en pelea encarnizada como si lucháramos contra el Maligno. Por desgracia, los incendios se tornaron de tamaño imposible de sofocar, volando los depósitos de las chazas y, posteriormente, las santabárbaras. Más de dos mil hombres volando por los aires de forma más o menos voluntaria. En mi caso, sólo recuerdo que se produjo una terrible explosión cubiertas abajo y salí en vuelo libre. Por fortuna, Okumé saltó en mi compañía y consiguió mantenerme a flote, hasta conseguir asirse a unos restos de la arboladura.

—¡Santo Dios! Dos navíos de tres puentes, las joyas de la corona, destrozados en un espantoso error. Qué terrible pérdida para la Armada. Supongo que la mortandad sería elevada.

—Espantosa. El navío Superb britano, quien había originado la catástrofe, recogió

2 oficiales y 36 hombres del Real Carlos. Otros 40 consiguieron salvarse en la falúa que, por milagro divino, permaneció a flote. Llegaron a Cádiz el día 13 medio desnudos y desfallecidos, con el guardiamarina Manuel Fernández Flores a la cabeza. Otros 7, amarrados al chinchorro medio desvencijado, consiguieron sacar del agua al segundo comandante, capitán de fragata don Francisco Vizcarrondo, al teniente de navío Juan Barlonés y dos contramaestres. Fueron recogidos al día siguiente por una fragata, cuando derivaban hacia Tánger. Por su parte, los del San Hermenegildo tuvieron más suerte por encontrarse cerca del navío Saint Antoine, que tomó con sus redes 262 hombres de su dotación.

—¿Y vosotros?

—Por fortuna, un par de faluchos de pesca recogieron unos pocos hombres entre aquel mare mágnim de dolor y llamas. Okumé consiguió izarme en uno de ellos, que nos transportó hasta Algeciras, aunque todo eso me lo contaron días después.

—Mucho me costó encontrarlo —medió Okumé—. En primer lugar topé con un hombre de pareja corpulencia, a quien intenté reanimar. Le faltaba un brazo al pobre y presentaba muescas de muerte en la cara. Pero pronto comprendí que no era su hijo. Y por bendita casualidad, a un metro se encontraba Gigante, con la cabeza metida en el agua.

—¡Qué horror! Parece que los cielos nos niegan una mínima suerte. Menos mal que somos los defensores de la fe católica y Dios nuestro Señor nos ampara contra los herejes luteranos.

—Pues no acabó aquí la marea negra para nuestras fuerzas, padre.

—¡Por Nuestra Señora del Rosario! ¿Más desgracias todavía?

—Según parece, el Saint Antoine, descolgado del grueso, fue batido por los navíos Cesar y Venerable, así como por la fragata Thames, al punto de arriar su pabellón y rendirse al inglés. Corta vida disfrutó ese navío en manos francesas. Al amanecer tomaron cuenta en nuestras fuerzas del trágico suceso.

—¿Al amanecer dices? ¿No habían observado los combates, los incendios y las explosiones? ¿Siguieron navegando los buques de cabeza como si se tratara de fuegos artificiales de Corte?

—Eso parece, aunque no podría asegurarlo. También nos explicó el jefe del apostadero que cuando la fuerza aliada se encontraba a la altura de Sancti Petri, quedó el navío francés Formidable retrasado, con nuevos problemas en su aparejo. Como es de suponer, fue atacado por el navío britano Venerable y la fragata Thames, hasta llegar a tiro de mosquete. Por fortuna, reaccionó bien el francés, cuyos disparos desbarolaron al navío britano, que acabó por varar en las piedras, aunque fue salvado por sus compañeros. Al menos, el Formidable consiguió entrar en Cádiz con el resto de la fuerza.

—Queda retrasado un navío con problemas en su aparejo y lo dejan solo contra el inglés —movía la cabeza hacia ambos lados, sin lograr comprender lo que mi hijo narraba—. Que baje Cristo de los cielos y lo comprenda. Mira cómo los britanos

ampararon al suyo, ese apoyo permanente que se conceden. Por nuestra parte, parece que hacemos la guerra en unidades separadas.

Quedamos en silencio, como si nada fuera necesario añadir a lo narrado por mi hijo. No podía imaginar una catástrofe tan espantosa y con resultado tan negativo para nuestras armas. Habíamos perdido dos navíos de tres puentes, unas fortalezas formidables que escaseaban cada día más en nuestra Armada, y de las que no podíamos soñar en una futura reposición, tal y como bajaban las aguas de la política. Y aunque es posible tal desgracia en la noche, cuando todo se vuelve en contra en la mar, existen disposiciones en nuestras ordenanzas para que tal suceso no llegue a producirse. Tampoco comprendía bien, mientras manejaba la información en la sesera, la disposición adoptada por la fuerza aliada, ni la escasa reacción en los buques de cabeza. Escuché mis propias palabras, largadas con negros sentimientos.

—Está claro que no disponemos de un mínimo favor de los cielos. Una jornada que se tradujo en victoria, acabó por ser nefasta y sangrienta para nuestra Armada. De los doce navíos de tres puentes construidos en la segunda mitad del siglo pasado, perdimos dos en el combate de San Vicente, y dos más en este suceso de suerte desgraciada y difícil comprensión. Mal camino llevamos en esta guerra que puede dejarnos con escasa disposición de fuerza naval entre regalos, incendios y acosos del inglés. —Así es, padre.

Otra vez se estableció el silencio, como si fuéramos incapaces de continuar la conversación y hubiese caído una manta negra en nuestros corazones. Fue Setum quien se decidió a levantar el ánimo, aunque se tratara de empresa imposible.

—Demos gracias a los dioses porque estáis aquí los dos, sanos y fuertes, tras esa terrible masacre. Ya llegarán tiempos mejores.

—Dios te oiga —intenté ofrecer una sonrisa que quedó a medio camino—. Pero no parece el campo en condiciones de dejar crecer la hierba. Al menos, hemos de reponer las fuerzas de estos jóvenes en unos días.

—Debo volver a la fragata Santa Sabina cuanto antes, padre.

—Desde luego, hijo mío, pero con las fuerzas a tope. Antes debes curar la herida en la pierna y que se cierren las quemaduras. Setum te ayudará en la faena. Y con buenas paletillas de cordero, acompañadas de vino espeso, se cumplirá el milagro con mayor rapidez.

Nos mantuvimos en la posada durante una semana más, un periodo de alargado disfrute por mi parte, con animadas charlas que tanto echo de menos en estos días. Setum cuidaba las heridas de Gigante, especialmente las quemaduras de la espalda que comenzaron a secar en beneficio, ayudadas por aquellas hierbas que el africano escanciaba con rezos añadidos. Y en pocos días pudimos comprobar cómo el mozo recuperaba su fortaleza al ciento. Quién pudiera recobrar esa fortaleza física y moral que otorga la juventud. Y como a esa edad todo se abre en color de gloria, el joven tan sólo pensaba en tomar desquite y combatir al inglés. Sentía envidia al escuchar sus palabras, así como tristeza al analizar la verdadera situación de España y de su

Real Armada.

5. Mercedes reales

Para beneficio de nuestra Armada, cuya fortaleza se tendía a la baja poco a poco sin posible freno, no hubo más encuentros o desgracias navales de importancia en los meses restantes de aquella guerra, digna de ser borrada de los libros de Historia hasta la última letra, salvo pequeñas escaramuzas sin mayor importancia. No obstante y aunque ya no sorprendieran a nadie, se llevaron a cabo algunos gestos por parte de nuestro Gobierno, cebados de esa indignidad que se extendía sin medida sobre la esquilhada piel de toro, disminuyendo el orgullo nacional hasta límites difíciles de sospechar.

El Primer Cónsul de la República, Bonaparte, con objeto de acentuar la presión sobre la Gran Bretaña, comenzó en firme los trabajos de concentración de diferentes armadillas en los puertos de la Normandía y la Bretaña, capaces de embarcar en su conjunto cincuenta mil hombres y, aprovechando alguno de los periodos de niebla cerrada tan habituales en el Canal, invadir de forma definitiva a su sempiterno enemigo. No era más que un nuevo intento de quien desconoce la regla básica e imponderable de la guerra en la mar, cuyo dominio es imprescindible para una empresa de tal envergadura. De todas formas, a tal punto llegó la amenaza, que los britanos encargaron al afamado y popular lord Nelson el mando de las fuerzas navales de la defensa.

Una vez concentradas las fuerzas britanas, don Horacio intentó de nuevo el desbarate de las armadillas en la rada interna, antes de que pudieran reunirse en el puerto de Boulogne, por medio de bombarderas y brulotes amparados en poderosa escuadra. Pero aunque fuera un hombre considerado como magnífico estratega, gran experto en la táctica naval pura y con especial visión para el combate de escuadras, volvió a fracasar en sus intentos de invasión a tierra durante el mes de agosto, un aspecto de la guerra en el que no parecía afinar su extraordinario olfato mariner, como habrán podido constatar en mis cuadernillos. Y en el nuevo fracaso, repetición de otros anteriores con parecidas características, tomaron parte de forma destacada los marinos españoles de la escuadra secuestrada de facto en el puerto de Brest, con el capitán de fragata Miralles en plan adoctrinador de los franceses. Es de reconocer que en esa especial táctica defensiva, nuestros hombres sentaban cátedra sin discusión.

La táctica de Bonaparte acentuó los deseos y necesidad general de poner fin a tan dilatado periodo de guerra, que ya se extendía demasiados años, momento en el que gobiernos y pueblos reclaman un periodo de tranquilidad. De esta forma, comenzaron las conversaciones con el debido secreto, hasta alcanzarse los acuerdos preliminares de paz en Londres en el mes de octubre. Y ya sonaban sirenas de alarma en los corrillos españoles, porque como ocurrió tantas otras veces a lo largo del siglo XVIII, es peligroso entrar en conversaciones de paz, siendo representados por la Francia.

Tuve conocimiento de tales noticias por pura casualidad, cuando entrados en el mes de diciembre de aquel espantoso año, recalé por la Secretaría de Marina para recabar información sobre las últimas normativas referentes al funcionamiento de la Real Compañía de Guardiamarinas. La razón que me movía era que mi hijo pequeño, Francisco, recién cumplidos los trece años, comenzaba a exigir de forma repetida su derecho a seguir los pasos del hermano mayor y sentar plaza como caballero guardiamarina. Y aunque tenía intención de retrasar tal momento en lo posible, ya que el pequeño era fiel estampa de su tío Santiago, pequeño y menudo aunque muy listo de entendederas, deseaba estar al día de las posibilidades.

En la Secretaría recibí el placer de encontrar, sin esperarlo, al capitán de navío Sebastián de Moncada, viejo compañero de curso en la Escuela Naval de Cartagena, con quien me fundí en un fuerte abrazo. Era alargada nuestra separación, porque no nos veíamos desde que embarcamos en los jabeques para las operaciones sobre Argel de 1784. Sebastián regresaba de París, donde había trabajado al lado de don José de Mazarredo, permaneciendo en la legación tras la forzada marcha del gran general algunos meses más. A la conversación se unió su hermano Evaristo, teniente de fragata, desembarcado del navío San Telmo, perteneciente a la escuadra fondeada de largo en Brest, por motivo de grave enfermedad de la que todavía convalecía. Después de recorrer nuestras vidas en los últimos años y evocar sin remedio la pérdida de Pecas, abordamos las noticias más recientes, especialmente por mi parte. La verdad es que desde el regreso de Algeciras, me había mantenido apartado de todo, como si una losa negra pesara sobre el pecho.

—Dime, Sebastián, es cierto que ese Bonaparte nos trata como a perro faldero, sin un mínimo de decoro.

—Así es, sin duda, y no podrías imaginar hasta qué punto. Como un ejemplo más, fíjate en los términos del tratado provisional, que llaman como Preliminares de Londres, donde se establecen las bases de la futura paz.

—¿A qué términos te refieres?

—La base principal para el acuerdo de paz es la devolución de todas las conquistas llevadas a cabo durante los años de guerra.

—Esa medida nos beneficia, porque recuperaremos las islas de Menorca y la Trinidad. Y si se obra con equidad, deberíamos recuperar la parte de la isla de Santo Domingo y la Luisiana entregadas a Francia.

—No seas iluso, Francisco. De esas últimas posesiones ni siquiera se llegó a hablar, por ser un tema hispano-francés sin posible solución. Pero en cuanto a devolver todas las conquistas, de cualquier nación entrada en la guerra, se hace una sola excepción. ¿Imaginas cuál puede ser? —ofreció una triste sonrisa—. Pues la de nuestra isla de la Trinidad.

—¿Es eso cierto, hermano? —pregunto el joven Evaristo, impetuoso y bravo oficial que todavía necesitaba de cayado para arrastrar su pierna maltrecha—. Supongo que no serán aceptados tales términos por nuestro soberano, cuando se

alcancen los tratados definitivos por las naciones beligerantes.

—Los tratados definitivos, en la parte que nos afecta, se formalizarán al punto y letra que designe ese malnacido de Bonaparte. Se comenta que Su Majestad don Carlos se encuentra dolido como jamás se sintió a lo largo de su reinado, por el abandono francés de sus intereses.

—Y es para estarlo —interviene con decisión—. Pero no es suficiente con sentirse dolido, sino reaccionar con energía y decisión, sin doblar la columna día y noche. Hemos puesto nuestra Armada a la entera disposición del francés, a favor único de sus empresas y en defensa de sus costas y bases, mientras quedaban sin la necesaria protección nuestros puertos peninsulares y ultramarinos, así como el comercio marítimo que bajó de nivel hasta dejar de existir en la práctica. Cuando España ha sido la única y fiel aliada de los franceses, hasta alcanzar extremos rayanos en la falta de decoro personal, cómo es posible que no defiendan nuestros intereses. Todo ello sin contar las añadidas declaraciones de guerra que recibimos, como la de Rusia, o la ruptura de relaciones con el Imperio turco, por la única razón de nuestra amistad con esa sanguinaria república regida por un advenedizo.

—Un advenedizo que manda y ordena sobre nuestro Señor sin un mínimo sentido del decoro y la necesaria cortesía diplomática. Según parece, al elevar una tímida protesta por nuestra parte y exigir la devolución de la Trinidad, Napoleón recriminó con extrema dureza a nuestro Gobierno, por no haber ocupado el sur de Portugal en la campaña, que habría sido la manzana adecuada para obtener la esperada compensación.

—Bueno, no debería extrañarnos —entoné con inevitable tono lastimero—, porque en todas las guerras perdimos territorios, especialmente cuando fuimos de la mano de los franceses o representados por ellos en los acuerdos iniciales. Tan sólo don Carlos III supo manejar el pastel en la Paz de Versalles, y con ciertas limitaciones, que tampoco consiguió recuperar Gibraltar tras una guerra con los mejores resultados del siglo. Supongo que, al menos, ya podrá regresar nuestra escuadra estacionada en Brest. O mejor debería decir secuestrada, como se comenta en corrillos.

—Esa es otra lanzada de sangre que no vais a creer. Bonaparte ha decidido, en acuerdo privado con la Gran Bretaña, escarmentar de una vez por todas a los negros feroces de la isla de Santo Domingo, levantados contra los blancos de forma salvaje. Según parece ha organizado una expedición de categoría hacia esa isla. Y exige la presencia de cinco de nuestros navíos estacionados en Brest.

—¿Has dicho que exige, hermano? —la incredulidad del joven Evaristo era real—. Si se han firmado los preliminares de paz, no rige ya obligación alguna por nuestra parte. Ya es hora de que regresen aquellos buques, que han sufrido todo tipo de penalidades sin cuento, si es que son capaces de envergar una vela y salir del fondeadero. Cuando abandoné aquel puerto, faltaba a bordo de todo, comenzando por la cabuyería más menuda.

—Esas alegaciones fueron las presentadas por nuestro gobierno de forma cortés y moderada, como siempre que nuestro Señor se dirige a ese petimetre engolado del Primer Cónsul. Pero saltó como liebre encelada el pequeño corso, y en un despacho furibundo contestaba a nuestro embajador Azara en forma más propia de truhanes y salteadores de faltriqueras. Recuerdo muy bien las palabras exactas, porque leí el documento en París. Decía ese advenedizo: Le haréis saber que, según los tratados, deben servirnos sus navíos; que los haré marchar por fuerza y que no olvidaré esa prueba de mala voluntad por parte del Ministerio. Y decidle que se expone, ni más ni menos, a que me apodere de toda su escuadra surta en Brest, porque, en fin, estoy cansado de habérmelas con un Gabinete tan imbécil. Deseo tener mañana la contestación, porque es necesario que la escuadra se dé a la vela antes de diez días.

—¿Aceptó nuestro Señor que se le dirigieran en tales términos? —no podía creer las palabras que escuchaba.

—Por favor, Francisco. ¿En qué mundo vives? Así nos tratan desde hace bastante tiempo. Con Mazarredo en París, todavía se mostraba cierto orgullo y resistencia, exponiendo de forma razonada nuestros puntos de vista. Esa fue la causa, sin duda, de que Bonaparte ordenara su relevo inmediato y deshacerse de su incómoda presencia. Y ahí se encuentra, arrumbado sin trabajo el mejor hombre de la Real Armada y uno de los pocos que saben bien el significado de las palabras sinceridad y lealtad, mal comprendidas por quienes sólo desean escuchar el trinar de los pájaros. Su Majestad don Carlos tragó estopa por tronera estrecha, y siguiendo las directrices de París, ratificó el nombramiento de Godoy como Generalísimo de las armas de mar y tierra, con una autoridad como jamás había delegado el Rey, al tiempo que aceptaba la orden.

—Entonces, ¿qué sucederá con nuestros barcos estacionados en Francia?

—Pues que bajo el mando del general Gravina, han salido de Brest hace un par de semanas cinco navíos, el Neptuno, con la insignia del general, así como los Guerrero, Paula, San Pablo y Asís. Completan la división la fragata Soledad y el bergantín Vigilante, que ya deben andar con proa hacia las Antillas. Y aunque el almirante Villaret-Joyeuse es de menor graduación, ha sido designado para mandar el cotarro, aunque hayan nombrado a Gravina como comandante de la escuadra de observación. El resto de nuestros buques permanecen en Brest, bajo el mando de don Antonio de Córdoba, hasta que consigan alistarse para el regreso.

—Tampoco se debía haber prestado nuestro general a esta fantochada. Podéis estar seguros de que don José de Mazarredo no lo habría consentido —aseguró Evaristo con firmeza.

—Lo habrían obligado —respondí con desaliento.

—Habría pedido la inmediata exoneración del cargo, cosa que poco importa al vasco —recalcó Sebastián—. Es fácil decir que sí a cualquier propuesta u orden.

Aunque se trataba de noticias difíciles de creer, todo era cierto como la existencia de la mar y el viento, una mar que parecía encabritarse por nuestra proa en crespones

de luto. Gravina tomó parte en la expedición de castigo hacia las Antillas, que acabó por contar con 33 navíos, 21 fragatas y un alargado número de velas para el necesario transporte de más de diez mil soldados. Nuestro general cooperó con los franceses a la rendición del fuerte Delfín y otros puntos de la costa de Santo Domingo, defendidos por los negros levantados en sangre, conducidos por el no menos sanguinario Toussaint Louverture. Una vez las operaciones ceñidas en tierra por el interior de la isla, Gravina puso proa a la Habana, para regresar a continuación a la península con unos caudales que nuestra Real Hacienda necesitaba como el agua para los sembrados. Al mismo tiempo lo hacían las divisiones de Alcalá Galiano y Salcedo, enviadas a las Indias para ese necesario recurso del que nos había privado hasta el momento, con escasas excepciones, el dominio marítimo de los britanos.

Por fin, el 27 de marzo de 1802 se firmó la paz entre las cuatro naciones marítimas beligerantes en la ciudad de Amiens, una paz deseada por todos y, de forma muy especial, por la España arruinada hasta límites difíciles de soportar. Debemos tener en cuenta que si ya llamaba la atención el déficit del erario español entre los años 1793-96, alcanzaba los 820 millones de reales en 1797 y los 1200 millones en los años siguientes hasta 1801. ¿Quién es capaz de afrontar una guerra en tales condiciones? Era necesario comprender que una contienda contra la Inglaterra, dominadora de todos los mares, imposibilitaba el arribo de caudales a la península, con lo que la ruina se acrecentaba sin medida. Y como se preveía, tan sólo España sufría pérdida territorial, debiendo ceder Su Majestad Católica la hermosa isla de la Trinidad a Su Majestad Británica en toda propiedad y soberanía.

De esta forma, se daba carpetazo a una de las guerras más nefastas sufridas por nuestra patria a lo largo de un siglo. En cuanto a soberanía, aparte la isla mencionada, se debían sumar las mermas de Santo Domingo y la Luisiana, por causa de la amistad y alianza con la República francesa. Y respecto al apartado particular y doloroso de nuestra Armada, además de los seis navíos entregados graciosamente a nuestros aliados, había que sumar en los cinco años de guerra notables pérdidas, entre las que debemos destacar diez navíos y similar número de fragatas rendidas ante el enemigo, aparte las mermas habituales por motivos de navegación o temporal.

No todo era, sin embargo, un problema de pura contabilidad en la Armada. A las bajas expuestas había que sumar el importante aspecto del descrédito moral que suponían el combate de San Vicente, el incendio de la escuadra de Ruiz de Apodaca en la isla Trinidad, el infortunado desastre de los navíos Real Carlos y San Hermenegildo en el estrecho de Gibraltar, la desagradable sorpresa de la fragata Hermione en Puerto Cabello y la más vergonzosa del jabeque Gamu, de 30 cañones, apresado al abordaje por el bergantín inglés Speedy de 14 piezas, a plena luz del día y a la vista del puerto de Barcelona, con indecorosa y cobarde conducta de la dotación, sin haber presentado combate ante una unidad de porte y dotación muy inferiores. Estas eran las prendas que más dolían, porque un buque puede ser repuesto si hay voluntad de mantener una Armada que España, con su poderío ultramarino,

necesitaba. Pero la moral cae hacia la bodega con demasiada rapidez, al punto de que ya nadie quiere arrostrar el peligro de perder la vida en defensa de su tierra.

Tan sólo en el curso pudimos depositar nuestro orgullo a lo largo de la guerra, a pesar del escaso número de embarcaciones disponibles para tal uso. Y entre las muchas acciones habidas, destacaba por encima de todas el caso de una lancha con base en Algeciras, armada con un cañón de a 24 y dos de a 6, que se lanzó en las aguas del estrecho contra el bergantín de guerra britano Admiral Pasley, de 16 cañones, tomándolo al abordaje con chuzos, pistolones y plumas de valor largadas al viento. El patrón, un tarifeño llamado Miguel Villalba, consiguió 16 presas a lo largo de la contienda a bordo de su pequeña lancha, con 95 cañones tomados y 300 hombres rendidos. Como decía el general don Antonio Barceló, el ardor y la valentía de los hombres suplen en muchas ocasiones las deficiencias del material. No era, por lo tanto, que la sangre de nuestros hombres de mar se hubiese licuado como el vino en el agua, sino que no se aportaban desde las alturas las condiciones mínimas para elevar la moral en conveniencia.

Como remate, viene a cuento mostrarles la sabiduría de la gente sencilla cuando, finalizada la contienda, se repetía la canción popular que desde muchos años atrás anunciaba los resultados de los Pactos de Familia, cuya prolongación con la República cosechaba parecidos resultados:

¿A quién se ofende y se daña?

A España.

¿Quién prevalece en la guerra?

Inglaterra.

¿Y quién saca la ganancia?

Francia.

Con que así saco en sustancia,

que con peligro inminente,

amenazan claramente

a España, Inglaterra y Francia.

Una vez entrados en la venturosa paz y levantado el veto por quien ya se denominaba como Cónsul perpetuo de la República francesa, regresaron nuestros buques a España, aunque tuvieran que fabricar la cordelería a bordo con cáñamo comprado por algunos oficiales. Fue el momento en el que nuestra Corte se dispuso a celebrar negociaciones para los enlaces del Príncipe de Asturias con la infanta María Antonia de Nápoles, así como la del heredero de las Dos Sicilias con la infanta María Isabel. Y aunque nunca fue mi norma elevar crítica alguna sobre las reales personas, no se encontraba el erario nacional para aquellos dispendios, con celebraciones principescas alargadas sin fin. Debemos tener en cuenta que por aquellos años, el presupuesto de la Casa Real superaba el tercio del correspondiente a la Real Armada,

cuando en el Reino Unido de la Gran Bretaña, tal proporción era de quince a uno. Creo que el dato es suficientemente revelador y no merece mayores explicaciones.

Como fue norma habitual, para los anunciados desposorios se trasladó la Real Familia a Barcelona, donde los contrayentes arribaron a bordo de las divisiones enviadas a las costas italianas bajo el mando del marqués del Socorro y don Domingo de Nava. De acuerdo al ceremonial marítimo y por petición expresa de los príncipes napolitanos, salió a recibirlos en nombre de la Armada el teniente general don Federico Gravina a bordo del navío San Joaquín. Y como fue norma habitual en el reinado de don Carlos el Cuarto, las recompensas y gracias otorgadas por la Corona se extendieron sin medida, inmerecidas en muchas ocasiones. En cuanto a la Armada en particular, se concedió el ascenso a capitán general del marqués del Socorro, 14 tenientes generales, 12 jefes de escuadra, 36 brigadieres y un progresivo número en los demás empleos. Y fue aquí donde saltó la sorpresa en bala de grueso calibre, porque no podía imaginar las decisiones tomadas.

Por mi parte, mantenía una vida tranquila en casa, llevando los asuntos de la familia, pasado a cuartel y bastante apartado de las noticias de la Armada, que me llegaban de largo y con sordina. Sin embargo, como norma habitual y repetida, la nueva liebre saltó el día 3 de octubre, si los recuerdos se cuadran por mi cerebro en conveniencia. Debía ser a media mañana cuando Setum me alcanzó un sobre plegado a lacres, con rostro de impaciencia en el rostro.

—Debe ser noticia importante, señor. La han traído directamente de la Secretaría de Marina.

—¿De la Secretaría de Marina? ¿Para mí?

Tomé los pliegos doblados en la mano, dudando en abrirlos. Una voz me entonaba voces grises en la distancia, que no se amoldaban a los deseos del momento. No sé por qué, me mantuve en actitud pasiva durante algunos segundos, tantos que el africano acabó por reventar.

—¿Puedo saber qué le sucede, señor? Parece que la sangre se le ha quedado prendida en el tímpano. Esos pliegos de la Secretaría pueden aparejar nuevas importantes.

Por fin, rompí los lacres con cuidado. Pronto comprendí que se trataba de la Gaceta de Madrid^[15] correspondiente a la fecha del día, acompañada de un billete con unas pocas letras escritas a mano. Reconocí la firma del jefe de escuadra Martín del Horno, buen amigo y pariente de la familia Cisneros, destinado en la Secretaría. Decía de forma escueta: Mi más sincera enhorabuena, primo. Un fuerte abrazo de tu buen amigo y compañero.

Con los nervios en aumento, atacé la Gaceta desde la primera página. Mientras tanto y de reojo, pude comprobar cómo Setum rebuscaba en los gestos de mi cara por si podía averiguar algún rastro de la noticia. Pronto alcancé los ascensos concedidos por Real gracia de Su Majestad. Corría la vista por delante del pensamiento cuando, incapaz de creerlo, leí mi nombre entre los brigadieres promocionados al empleo de

jefe de escuadra. Y pueden creerme cuando aseguro que debí empeñar la lectura de forma repetida, para creer como cierto lo que allí se exponía. Escuché mis propias palabras, como llegadas de muy lejos.

—¡Santo Dios! Me han concedido la faja^[16].

—¿Le han ascendido a jefe de escuadra? —el rostro de Setum expresaba la misma incredulidad que mi propio pensamiento, aunque su sonrisa se alargaba sin medida—. Bendito sea Alá, el más grande y generoso, que siempre obra en acuerdo de ley.

—En efecto, debe haber sido obra de Alá, porque nada hice para merecer tal prebenda en la guerra.

Setum, que elevaba los brazos hacia arriba, como agradecimiento especial a su Dios, se giró hacia mí con un gesto inequívoco de reproche en el rostro.

—¿Cómo se le ocurre pronunciar tal barbaridad? En primer lugar, señor —endurecía la voz por momentos—, ya le he dicho en repetidas ocasiones que no se debe jugar con tales expresiones. Y ya entrando por la escotilla en desorden, sabe muy bien que se ha hecho acreedor a la promoción como el que más. Se producen muchos ascensos en personas que no sólo no lo merecen, sino que más bien deberían haber sido desterrados de la Corte por falta de valor. Solamente con el regreso que llevó a cabo a bordo del navío Santísima Trinidad tras el combate del cabo de San Vicente, así como su actuación a bordo de las lanchas en la defensa de Cádiz, acapara méritos más que suficientes.

—Deja de engañarte, amigo mío. Llevo más de dos años a cuartel en esta villa, sin haber cooperado una sola onza en la guerra que acabamos de rematar. Si he entrado en este regio sorteo debe ser por razón de mi título nobiliario o un error del Secretario. También es cierto que esta lista es demasiado alargada para una Armada que se descompone por momentos. Nada menos que 17 jefes de escuadra promovidos a teniente general y 12 brigadieres a jefe de escuadra. No hay buques suficientes en nuestra Marina para tanto entorchado de honor.

—Estoy seguro, señor, que de ese alargado número de brigadieres, así como de los ascendidos al empleo de teniente general, un elevado tanto por ciento no han arriesgado la vida en tantas ocasiones como usted. Si don Santiago se encontrara con vida...

—Pecas se habría escandalizado.

—Sabe que no dice la verdad, señor. Don Santiago lo habría celebrado como se merece, descorchando una botella del mejor vino.

—¿Quién habrá susurrado mi nombre para ser incluido en esta lista? ¿El general Gravina, quizás? Por cierto —me entró una intranquilidad momentánea—, que debo presentarme ante Su Majestad para agradecerle el ascenso, como ha de hacer todo general sin remedio. Necesito un uniforme con los nuevos bordados.

—Anime esa cara, señor. Ya era hora que cambiara la plata por el oro^[17] en los entorchados. Debo aligerar el paso sin pérdida de tiempo. Llevaré sus uniformes a la

sastrería de don Martín Bollares. ¿Cuándo ha de presentarse a Su Majestad?

—He de solicitar audiencia por medio del Secretario a la mayor brevedad.

—Pues lo hará en la jornada venidera, no lo dude.

En la mañana del día 4 de octubre, vestí por primera vez el uniforme grande con la divisa correspondiente al empleo de jefe de escuadra. Aunque ya la juventud quedaba largada a popa y, con el paso de los años, los sentimientos de gloria se amortiguan como las olas al cruzar la restinga, debo reconocer que observaba los entorchados al quite y de reajo, sintiendo una especial satisfacción y orgullo al observar el especial brillo que el oro concede sobre el paño azul marino. Sin embargo, también es cierto que al arribar a la Secretaría de Marina, un sentimiento de ligera vergüenza se adhería a los anteriores, como si esperara recibir alguna pregunta sobre los especiales méritos que concurrían en el ascenso. Por fortuna, se apareció con claridad el rostro de Pecas en el pensamiento, que me alentaba a seguir adelante con orgullo. Como tantas veces habíamos repetido en nuestras conversaciones con crítica acidez, no seguía la selección de premios y castigos en nuestra Armada una norma adecuada a una Institución de prestigio, y suponía uno de los males que debía ser remediado sin pérdida de tiempo para el mejor servicio de Su Majestad.

No tardé mucho en encontrar el escritorio del jefe de escuadra Martín del Horno, casado con una prima de mi inolvidable compañero. Precisamente en su casa habían renacido los amores pecaminosos con la criolla californiana, que cerca estuvieron de costarme la vida o algo más. Pero era buena persona, aunque Pecas, con su afilado verbo, lo hubiera definido como apocado oficial, amparado en la fortuna familiar de su horrenda esposa y querida prima Teresa. En cuanto observó mi presencia en la puerta, abandonó su asiento, para ofrecerme un efusivo abrazo.

—Repito mi enhorabuena, Francisco. ¡Cómo reluce el oro! —señaló los entorchados—. Ya sabes que tanto Teresa como yo te seguimos considerando como un querido pariente.

—Soy consciente, Martín, y mis sentimientos son recíprocos. ¿Estás muy ocupado? Me gustaría charlar algunos minutos contigo.

—Nada importante acaece entre los pasillos de la Secretaría por estos días. Me pongo a tu entera disposición. Acompáñame, por favor.

Seguí los pasos del pariente, hasta alcanzar un pequeño saloncito adosado a la pieza. Una vez cerrada la puerta, de acuerdo con la afición de Martín por el secretismo, me ofreció tomar asiento, haciéndolo él a continuación hasta quedar enfrentados.

—¿Qué se te ofrece? Ya sabes que puedes contarme lo que estimes oportuno, dada mi habitual discreción.

—La verdad, Martín, aparte de mi obligada presentación al Secretario para solicitar audiencia de agradecimiento con Su Majestad, me gustaría saber..., querría... Bueno, hablando por derecho. ¿Por qué me han ascendido?

—¿Qué dices? —Martín mostraba su incompreensión—. ¿Has perdido el juicio?

Jamás escuché una pregunta tan disparatada. Así, de entrada, podría decirte una y mil razones por las que has merecido muchos más ascensos de los recibidos. Recuerda tu actuación en las Altas Californias, donde perdiste la mano. También la refriega en solitario a bordo de la fragata Sirena contra la división francesa, el regreso del combate de San Vicente, tu actuación con el pobre Santiago en la defensa de Cádiz. ¿Deseas escuchar otras razones? ¿Por qué te haces esas preguntas?

—Por favor, Martín. Llevo dos años apartado del servicio, a cuartel en la Corte, sin méritos propios.

—No hablemos de méritos, Francisco, que en esta guerra no se han cosechado muchos, para nuestra desgracia. Has entrado en la lista porque alguien habrá susurrado tu nombre. Y no le des más vueltas en la sesera.

—¿Quién ha podido ser mi valedor?

—No tengo la menor idea porque mi negociado nada ha tenido que ver con las promociones. Lo que sí sé con seguridad es que Su Majestad en persona ha influido para que la lista fuera extensa. Y ha causado sorpresa entre nuestros compañeros porque, como sabes, la inquina de la gran Señora hacia los miembros de nuestra Institución, comenzando por tu querido general Gravina, se mantiene al alza cada día.

—En don Federico pensaba, precisamente.

—Es posible, aunque no haya dispuesto de mucho tiempo desde su arribo de las Antillas. Lo que sí ha causado decepción y asombro es que no se haya contado con don Antonio de Escaño para la faja. Es uno de los oficiales más brillantes de la Armada, en unánime acuerdo, y ahí queda como brigadier, postergado para el ascenso. Parecen haber olvidado que se ha partido el alma con la escuadra secuestrada en Brest, como mayor general de Mazarredo y, posteriormente, de don Federico. Y si Gravina hubiera entrado en juego, Escaño habría sido ascendido, no lo dudes. Ya sabes que tu admirado general no abandona jamás a los que considera como suyos, y ése es tu caso precisamente.

—Tienes razón. Mi buen amigo Antonio de Escaño es uno de los oficiales en los que más confía el general Gravina, con toda la razón, porque nadie como él para establecer códigos, cuadernos de señales y táctica general de una escuadra. También a mí me extrañó no ver su nombre entre los agraciados. ¿Y el Secretario? Debo presentarme a él.

—Misión imposible. Don Domingo Pérez de Grandallana se encuentra en Barcelona con la Corte en pleno para los reales desposorios. Y don Federico con ellos. Por cierto, que a Gravina se le ha concedido, por fin, licencia para pasar a Palermo y visitar a su anciano padre, una vez entrados en paz.

—Ya era hora. Fue vergonzoso que se le negara la anterior petición, sabiendo que hace más de veinte años que no lo ve y dispondrá de escasas ocasiones. Eso significa que, por fortuna, no ha muerto todavía.

—Ya sabes que en esa negativa mucho tuvo que ver nuestra Señora la Reina, que tiene al general entre ceja y ceja. Un extranjero, según sus propias palabras.

—Es vergonzoso que se tilde a Gravina de extranjero, tras los muchos servicios prestados a Su Majestad. Además, es falso de solemnidad. Su padre...

—Tienes razón. Pero ya sabes cómo se mueven los sentimientos de la Señora y sus influencias entre determinadas personas.

—Bueno, ya que no consigo indagar lo que deseaba, ponme al día. ¿Cómo andan los asuntos en la Armada?

—Sin variaciones, lo que equivale a una mala situación. Por fin regresó la escuadra de Brest, un verdadero milagro porque no disponían absolutamente de nada, tras purgar durante demasiados meses sin recibir un ducado. Gravina lo pasó muy mal, tanto cuando quedó al frente de la escuadra de forma interina, con Mazarredo en París, como después una vez nombrado comandante general de la escuadra. Pero ya sabes que don Federico es hábil y supo lidiar el toro. Ahora, entrados en la paz, todo el gasto se dedica a la Real Casa, que nada hay en las arcas para los arsenales. Y falta haría, porque la situación de los buques es penosa hasta límites difíciles de creer. No hará falta, como en tantos otros casos de paz abierta, enviarlos al desarme, porque en tal situación andan la mayoría.

—Es triste que hablemos de esta forma sin que nos escandalice. ¿Y don José de Mazarredo? Es el único capaz de decir la verdad a quien sinceridad se debe.

—La verdad conduce al destierro. El desastre de Algeciras se le volvió en contra, cuando había obrado con absoluta rectitud.

—¿Te refieres al destrozo mutuo entre los navíos Real Carlos y San Hermenegildo? Ahí se encontraba mi hijo, que salvó el pellejo de milagro. ¿Por qué se cebó el desastre en contra del general?

—Mazarredo fue nombrado Comandante General del departamento marítimo de Cádiz, cuando Napoleón consiguió que lo apartaran de París, porque le razonaba a la contra día sí y al siguiente también. Una sumisión más al francés. En el momento de abandonar la capital gala, dejó la escuadra de Brest bajo el mando de Gravina. Cuando la división francesa de Linois quedó malparada en Algeciras, Mazarredo recibió la petición de auxilio. Reaccionó al momento, convocando reunión con el almirante francés Dumanoir, que se hallaba en Cádiz, y el general Moreno. Activo como siempre, decidió enviar la división naval en apoyo bajo el mando de Moreno, con toda cordura y acierto. Por desgracia, tuvo lugar el descalabro de los dos navíos, producto de la mala suerte y, tal vez, ligera imprevisión de algunos mandos. Pocos días después, elevaba Mazarredo el parte correspondiente de las acciones a la Secretaría. Y para sorpresa general, fue desaprobado por el Gobierno, diciéndole que se había arrojado a una empresa poco premeditada y sin esperar las debidas órdenes, por lo que había sido muy del desagrado de Su Majestad cuanto se había ejecutado.

—Y al recibir tal reprimenda, contestaría don José como es habitual en él.

—Por supuesto. Alegaba en su defensa una detallada exposición de los motivos que le habían aconsejado tomar tal decisión, que como Capitán General del departamento le conferían las Ordenanzas. Además, estimaba la decisión como

acertada, teniendo en cuenta que las fuerzas britanas eran inferiores, mermadas por el combate anterior y, en caso de nuevo encuentro, con gran posibilidad de ser batidas por la escuadra combinada. Y de hecho, la acción de salvar a los buques franceses fue un éxito, empañado por la desgracia de los dos navíos enfrentados en la noche por error. Además, incidía en que no es posible pedir permiso al Gobierno para que un general de mar lleve a cabo una misión con cierta urgencia, que ejecuta de acuerdo a las responsabilidades de su cargo y en el mejor servicio de Su Majestad.

—Perfecta contestación. Supongo que sería desterrado —alegué con ironía.

—Les habría gustado, pero no podían porque le asistía la razón hasta las barbas. Por desgracia, es de los pocos generales que toman las decisiones propias de su cargo, por importantes que sean, sin necesidad de preguntar a la Corte. Pero su sinceridad es, según parece, el peor enemigo, aunque sea difícil de creer. En vista del desastroso estado de los buques en Cádiz, la falta de pertrechos en el arsenal, la imposibilidad de reclutar marineros y artilleros, así como el vergonzoso atraso en las pagas, bombardeaba al Secretario y al Gobierno cada día. Es el único capaz de exponer la realidad de cómo se mueve la Armada en estos días, esas verdades que no gustan escuchar a quien debiera remediarlas. Además, el hecho de que la Secretaría de Marina se agregara de 1799 a 1802 a la de Guerra y perdiera su autonomía económica por pasar a la vía reservada de Hacienda, en poco lo favorecía, situación que ha vuelto a la normalidad con el general Grandallana.

—¿Tan duros eran los informes de Mazarredo?

—Bastante reales. Tengo en mi despacho uno de los escritos elevados por el general, que es digno de ser leído. Espera un momento.

Del Horno salió de la sala, para volver pocos segundos después con un legajo en sus manos. Debía estar aburrido el pobre, como habría asegurado Pecas.

—Mira, este escrito de su mano de fecha cuatro de agosto del pasado año, después de exponer con extremo detalle la desastrosa situación económica de su departamento, dice: tan crecidos atrasos como los que causan la presente miseria, agotado todo recurso individual, vendidos ya los ajuares y cuanto cada uno tenía de qué poder sacar algún dinero en su malbarato, precisados hasta oficiales de altos grados a pedir limosna, viéndome precisado a socorrer cada día a uno y a otro con una ración de Armada. Todos, todos acuden a mí con sus lamentos, manifestándome la falta de fuerza material y la angustia de su espíritu para hacer con utilidad su fatiga que no pueden resistir; ni sé yo qué responderles, sino llorar con ellos y asegurarles que lo expongo a las autoridades competentes. Es imposible que haya en el mundo una situación más lastimosa que ésta. La miseria, esta miseria que ya viene de muy atrás, pero que se ha acrecido en razón de tan largo tiempo de estar absolutamente desatendida, tal miseria, repito, no es menester buscar más causa a todos los males de la desdichada Marina; ella es la que la tiene desierta de marineros y vacía de todos medios; y ella, al fin, la que ha desalentado al Cuerpo de oficiales, desde los mayores a los menores grados, con la experiencia y conocimiento de que ningún celo y ningún

saber alcanza a desempeñar un cargo y ha de ser consecuencia precisa perder la honra en él, por lo cual ansían todos verse exonerados del que tienen y hallar cualquier cosa que los aleje de la mar.

Martín guardó el pliego, mientras me dirigía una triste mirada.

—Desde luego, don José de Mazarredo los tiene bien puestos —comenté, divertido—. Nadie escribiría un informe como éste al Gobierno.

—Porque es el único con suficiente valor para hacerlo, sin pensar en su propio beneficio sino en el general de la Armada. Por desgracia, no todos recorren la misma vereda.

—¿Fue exonerado del cargo?

—No les dio tiempo. Dolido y apenado, viendo cómo se derrumbaba poco a poco lo que más quería, solicitó permiso para trasladarse a descansar a Bilbao, aduciendo mal estado de salud. Como puedes suponer, le fue concedido con toda rapidez, en el mes de septiembre. Pero como desde Bilbao vuelva a dirigir otro escrito, que lo hará, será desterrado de nuevo. Espero que en esta ocasión no se alegue ante Su Majestad el estado de locura, como en la ocasión anterior, porque no hay general más cuerdo en España.

—Estoy de acuerdo contigo. Comprendo su postura, porque también yo padezco parecidos sentimientos. No sólo me aparté del servicio activo por la muerte de Pecas.

—Lo comprendo. De todas formas, no creas que en estos momentos, con la escasez de unidades en servicio, es fácil conseguir destino para un brigadier o un jefe de escuadra. Te voy a dar un dato difícil de creer, porque los efectivos de nuestra Armada, me refiero a unidades, han caído de forma vergonzosa. En estos días, con 1470 oficiales en la lista de la Armada, sólo disponemos de 91 buques, muchos de ellos incapaces de envergar una vela, entre navíos, fragatas, corbetas, bergantines, jabeques y urcas. ¿Dónde pueden ejercer los capitanes de navío, brigadieres y jefes de escuadra?

—Es triste recordar que en 1791 disponíamos de 304 unidades a flote, con 76 navíos de línea y 51 fragatas, listos para salir a la mar —alegué a la baja.

—Y ahora mismo, puedes estar seguro porque he leído el último estado de fuerza esta misma mañana, disponemos de 53 navíos en activo, pero solamente 29 en estado de poder ser armados. Y digo poder ser, si se entregan los fondos necesarios.

—¿Y el resto?

—Pues tres de ellos en carena alargada sin fondos, 17 pendientes de urgente y necesaria carena o se desbarataran en puerto, y 4 sin reconocer siquiera.

—No se para que vengo a la Secretaría. Sabía que regresaría a casa con la moral bajo los suelos.

—Anímate, Francisco. Con esta paz, esperemos que alguien sea capaz de enmendar el rumbo hasta alcanzar puerto de refugio.

—No crees en esas palabras, Martín. Mientras se mantenga ese Bonaparte al frente de la Francia, y parece que asciende en su poder, no habrá paz duradera. Esta

situación será efímera, aunque nos pese. Y si entran en guerra Francia y Gran Bretaña de nuevo, nos arrastrarán a ella, aunque tengamos que presentar batalla con harapos y ballestas como todo armamento. Por cierto, ¿qué tal funciona el general Grandallana como Secretario? Según creo, no cuadraba al ciento con don Federico Gravina.

—Bueno —del Horno miró hacia ambos lados, como si sospechara la presencia de alguien en las cercanías—, podría decirte que es bastante político, aunque con algunos detalles interesantes. Es decidido y emprendedor. Y quiere cambiar las ordenanzas, especialmente en lo que a los mandos se refiere.

—¿Cómo es eso? ¿En qué sentido?

—Su idea es promulgar la Real Ordenanza naval para el servicio en los baxeles de S. M., en pocos días. En ella recoge las enseñanzas que, en su opinión, debemos tomar de lo acaecido en el combate de San Vicente. Su idea es potenciar el papel individual de generales y mandos. En pocas palabras, exigirles a los comandantes de buque que tengan iniciativa, que sean agresivos y valientes, y que se proporcione el debido apoyo mutuo entre unidades. Es decir, emplear el sistema de los britanos.

—Pues me parece de lo más acertado.

—A mí también. Sin embargo, creo que estas ordenanzas llegan un poco tarde. Además, hay quien piensa que no debería ser necesario exponer por escrito alguna de dichas exigencias. ¿Cómo puedes recabar de un comandante que sea agresivo y valiente? Es una actitud que se debe suponer como intrínseca y necesaria en todo oficial.

—Lo malo es que, como dices, tales conceptos llegan un poco tarde, cuando nuestra fuerza naval desaparece. Porque supongo que los planes de construcción de nuevas unidades siguen en el desván de los recuerdos.

—Ese es el peor aspecto. Si no se reponen las unidades perdidas, acabaremos por ser una Marina sin influencia alguna en el concierto europeo.

—Bueno, no quiero robarte más tiempo ni entrar en otras negativas cavilaciones. Solamente una pregunta más. Debería presentarme al Secretario y pedir audiencia con Su Majestad. Y al mismo tiempo, también desearía saludar al general Gravina antes de su partida hacia Palermo.

—En ese caso, has de viajar a Barcelona y sin perder demasiado tiempo. El general Gravina, que fue encargado por Su Majestad en persona para que organizara la participación de la Armada en las celebraciones, hacia allá partió en los primeros días de septiembre y, si nada lo remedia, saldrá para Nápoles con la división de Alcalá Galiano, después de los agasajos reales. Se prevé una licencia alargada.

—Pues marcharé a Barcelona, si es necesario.

—Me alegro de esa decisión y te propongo mi compañía. He de salir mañana mismo hacia allá, con algunos asuntos del Secretario.

—Por mi parte, encantado y agradecido.

De esta forma, como si recibiera un viento frescachón que no cuadraba en mi aparejo desde tiempo atrás, decidí lanzarme a lo que consideraba como una aventura,

una navegación con derrota incierta. Aunque pretextaba la necesidad de presentarme al Secretario, sabía que se trataba de una pueril excusa, por encontrarse ausente y disponer de razón sobrada para esperar el regreso a Madrid de Su Majestad. La verdad es que deseaba entrar en vereda, como si en pocos minutos hubiese sufrido un ataque de severa inquietud. Marcharía con del Horno hacia Barcelona, y que nuestra Señora de Valdelagua guiara mis pasos en esa nueva andadura.

6. Barcelona

Debo reconocer que, en contra de lo imaginado, el largo trayecto desde Madrid a Barcelona se hizo ligero y ameno, con un Martín del Horno que, conforme trataba y conocía más a fondo, se convertía ante mis ojos en un personaje amistoso, familiar y de mayor inteligencia a la supuesta hasta el momento. Estoy seguro de que el mismísimo Pecas se habría asombrado de esta opinión. Por fortuna, Teresa, su insoportable y parlanchina mujer, no pudo acompañarnos a causa de una grave y repentina enfermedad de su hermana, lo que debió complacer en mucho al sufrido esposo que, de esta forma, podía librar en solitario una jugosa comisión de servicio.

Después de la clásica discusión en términos de pura cortesía, me dejé convencer por Martín para embarcar en su carruaje, mientras a popa seguía nuestras aguas el mío, con abultado equipaje a bordo y Setum al mando. Aunque no era muy probable que Su Majestad dedicara por aquellos días algún tiempo a las necesarias audiencias para los nuevos generales, dada su actividad familiar y cortesana, era necesario encarar la estancia bien provisto en cuanto a vestuario y galas se refiere, que nunca viene mal prevenir en cubierta.

Llevamos a cabo el recorrido previsto con placidez y sin prisas, haciendo noche en las hermosas villas de Santa María de Huerta y Bujaraloz, ambas desconocidas para mí, hasta rendir viaje en la capital catalana en la tarde del día 7. Y propenso mi espíritu en aparejar añejos recuerdos, ese viaje trajo a la memoria sin remedio aquel otro embastado con Cristina hacia la Corte desde tierras manchegas, pocas semanas antes de embarcar en el jabeque Murciano. Porque Martín utilizaba, sin duda, el mismo sistema que solía emplear Pecas en sus desplazamientos, con paradas en casas señoriales o palacetes de lejanos parientes, desconocidos en muchos casos. Pero decidido a dejarme llevar con indolencia y sin esfuerzo, acepté el plan establecido por del Horno, que en tanto facilitaba mi trayecto. Y en la misma Barcelona, aunque protestara en sinceros para tomar alojamiento por mi parte, fui invitado por unos primos de Teresa con tanta insistencia, que no pude rechazar la oferta.

Según comentaban nuestros anfitriones catalanes, la ciudad condal se había engalanado de forma extraordinaria para recibir a Sus Majestades y que disfrutaran los especiales acontecimientos familiares como, según sus propias palabras, merecían. A tal efecto, los alojamientos reservados para las Reales personas, así como el dedicado en honor del poderoso príncipe de la Paz, se habían preparado con especial esmero, como verdaderos castillos encantados. En los grandes patios rodeados de claustros se habían formado colinas, crecido árboles y brotado fuentes. Y como pude comprobar en persona, en el correspondiente a don Manuel Godoy se había realizado figuración exacta del monte Parnaso, con riscos y bosquesillos, extensiones de césped y pequeños arroyuelos, rematando la faena creadora en su máxima representación con las nueve Musas y el mismísimo Apolo, encaramado en

la peña más alta.

En cuanto a la Armada y de la mano del general Gravina, sabedor don Federico del amor que el Rey dispensaba a las cosas de Marina y su afición por la pesca, dispuso la fragata Santa Sabina y el lugre Dafne para que el Soberano saliera a pasear en ellos. Además, hizo instalar en la galería alta de una magnífica casa que dominaba el puerto barcelonés un verdadero semáforo con todos los adelantos conocidos, arranchado de tal forma que don Carlos podía hacerse la ilusión de encontrarse en el puente de un hermoso navío. Pensé para mis adentros la opinión que Pecas habría expresado sin dudarlo al escuchar tales comentarios, sobre ese general permanente adulator de las más altas magistraturas, términos que solía utilizar para denominar a Gravina en nuestras discusiones sobre ese personaje, al que tanto agradecimiento debía por mi parte. Como pueden comprender, aunque mi gran amigo había muerto cinco años atrás, todavía parecía acompañarme en los pensamientos y conversaciones mentales.

La verdad es que fue un acierto y una suerte emparejar mi visita a la del jefe de escuadra del Horno. De esta forma, pude presentarme con facilidad al Secretario de Marina, teniente general don Domingo Pérez de Grandallana, quien al tiempo de felicitarme por mi merecido ascenso con extrema cortesía, nos comunicaba la decisión de Su Majestad de celebrar la prevista audiencia con los generales de reciente promoción, una vez regresados a la villa de Madrid. No sólo no sentí la negativa sino que, por el contrario, pude quedar con entera libertad para buscar al general Gravina, sabedor de que su partida hacia costas napolitanas en compañía de las personas regias estaba prevista para la mañana del día 12.

También gracias a Martín tuve conocimiento de que don Federico se encontraba embarcado en la fragata Soledad, fondeada en el puerto bajo el mando del brigadier don Dionisio Alcalá Galiano, en la que pensaba trasladarse a las costas italianas. Y tras recabar mi visita por conducto de recado particular, recibí nota de mano del general, en la que me citaba a bordo de la fragata para la mañana del día 10.

Por fortuna, el día previsto amaneció nublado a cerrazón y ventoso del nordeste, con lo que el paño de la casaca pesaba menos sobre el cuerpo. Tomé una de las falúas empavesadas en honor y a disposición en la escala real, instalada en el puerto a propósito durante aquellos días para facilitar el embarque de los importantes personajes, engalanada con flores y banderas en cascada. Una vez embarcado, solicité del patrón el pertinente barqueo hacia la fragata Soledad, cuya silueta adivinaba entre los diferentes buques de la escuadra.

Pisé cubierta cuando la campana del buque picaba la segunda hora de la guardia corrida, por lo que temí haber sido madrugador en exceso. Sin embargo, me tranquilizó recordar la propensión del general a madrugar a diario. Al verme a bordo de aquella hermosa gacela, puedo jurar que sentí las lágrimas cercanas a la fuente. No me crean ñoño o entrado en esa prematura vejez de sempiterna añoranza, pero bien saben los hombres de mar que las fragatas presentan un perfume especial, difícil de

olvidar cuando se ha percibido. Aunque no debía dejarme llevar por los recuerdos, los tiempos en los que mandaba con incontenible orgullo la fragata Sirena se volcaron en mi cabeza, produciendo una mezcla de dolor y placer recobrado. Ya lo decía don Juan María de Villavicencio a bordo de la Casilda, cuando aseguraba que el mando de una fragata jamás se olvida.

Los recuerdos se cortaron en picada porque ya me atacaba el oficial de guardia, un joven guardiamarina a quien cursé mi petición de visita al general. Y mientras me rogaba seguir sus pasos con toda deferencia, le interrumpí al observar a don Federico paseando por cubierta en compañía del brigadier don Dionisio Alcalá Galiano, un buen amigo y compañero. Me dirigí hacia ellos sin dudarle, hasta llegar a su altura en el alcázar. Gravina, al verme, se abrió en sonrisas.

—Mucho me alegro de volver a verte, Francisco, tras este alargado paréntesis.

Me tomó en un apretado abrazo, al tiempo que sentía especial orgullo en los forros por el tuteo concedido con nombre de cristianar, señal de especial confianza. Y sin solución de continuidad, me giré para ofrecer un nuevo y caluroso abrazo a Dionisio.

—También yo me alegro, señor, que es demasiado el tiempo transcurrido. En primer lugar, permítame felicitarle por la Gran Cruz de la Orden de Carlos III que Su Majestad ha tenido a bien concederle, así como la preparación del apartado naval de estos festejos, verdaderamente notable en todos sus aspectos.

—No me entres con velas de halago —golpeó mi hombro con afecto—. Como me encuentro entre dos de mis hombres de mayor confianza, puedo asegurarnos que esa Gran Cruz se la debo en buena medida a Bonaparte, mal que me pese. Aunque os sorprenda, fue el Primer Cónsul quien así me recomendó a nuestro Señor, tras la operación llevada a cabo sobre la isla de Santo Domingo.

—Ya la merecía con tinte sobrado, tras las operaciones de Rosas.

Intercedí en adulación, conecedor de los antecedentes. Gravina sonrió mientras torcía la cabeza con gesto de franca ironía y se dirigía a Dionisio.

—Francisco ha estado tanto tiempo con su vida marinera aparejada a la mía, que sabe muchos de mis más escondidos secretos. Pero es cierto que cuando nuestro Señor me concedió la llave^[18], esperaba esta Orden que ahora se me ha otorgado. Fue una tontería por mi parte distanciarme de don Manuel Godoy por tal detalle, aunque pronto volvieran las aguas a su cauce. En fin, recuerdos de otros tiempos. Por cierto, Francisco, que me habría gustado contar contigo en la comisión a las Antillas.

—También a mí, señor. He estado un poco apartado de todo, aunque este olor a mar y brea de calafate parece darme nuevos bríos.

—Eso espero. Aunque se diga lo contrario, no fue camino de rosas la derrota hasta las Antillas. Arbolaba mi insignia en el navío Neptuno, pero hacía tanta agua, que debí dejar la división bajo el mando de Villavicencio y entrar a reparar en el arsenal de Ferrol. Y aunque perdí dos semanas, los vientos nos fueron extremadamente propicios y con Cayetano Valdés al mando, recalamos en el cabo

Samaná en 20 días, antes de la llegada de los franceses. Fue una travesía estupenda, disputando con Cayetano las observaciones astronómicas cada día, como guardiamarinas a babor y estribor^[19]. Según parece, gustó nuestra participación en la comisión antillana al Primer Cónsul y a la Corte, así como los caudales arribados. De esta forma, las malas lenguas que tanta antipatía y desconfianza me confieren a diario sin merecerlo, debieron callar.

Aunque Gravina, fiel a su prudencia, no deseaba entrar en detalles, tanto Dionisio como yo sabíamos que se refería a la Reina y sus periódicos latigazos a través de Manuel Godoy. Pero ya cambiaba el tercio para salir del trance.

—Por cierto, ¿llegasteis a coincidir vosotros dos en las expediciones de descubrimiento por las Altas Californias?

—No, señor, aunque por escasas semanas de diferencia. Por culpa de la pérdida de esta mano —levanté a la vista la pieza de madera tallada por Setum—, debí regresar antes de que Dionisio y Cayetano Valdés, precisamente, salieran de San Blas hacia el Norte.

—En efecto —confirmó Alcalá Galiano—. Después de la expedición de Malaspina y Bustamante, el nuevo virrey de Nueva España, conde de Revillagigedo, nos despachó a las goletas Sutil y Mejicana hacia las altas latitudes para que, con mayor detalle, repitiéramos el registro de senos y ríos, especialmente el estrecho de Juan de Fuca. No parecía estar contento con lo expuesto por Malaspina, que pocas dudas arrojaba sobre la inexistencia del Paso. Pero ya Francisco había regresado a España, aunque mucho se hablaba en San Blas de su persona y sus trabajos.

Se hizo momentáneamente el silencio. Gravina me miró a los ojos, como si deseara preguntarme alguna cuestión con cierta seriedad.

—Bueno, Francisco, supongo que tu visita se deberá a algún asunto... ¿Deseas que hablemos a solas?

—Nada de eso, señor. Tengo toda la confianza con Dionisio. Mi venida a Barcelona ha sido por motivo de mi promoción a jefe de escuadra y, en consecuencia, la necesaria presentación al Secretario de Marina y petición de audiencia a Su Majestad. Bueno —moví la cabeza hacia ambos lados—, no es del todo cierto lo que acabo de decir, aunque tales hechos hayan conformado la necesaria excusa. La verdad es que al leer mi nombramiento en la gaceta quedé asombrado. Y sentí un irrefrenable impulso de acudir a Barcelona. Quería..., la verdad es que deseaba preguntarle por mi ascenso. Sencillamente y por derecho, no creo haber hecho nada para merecerlo. Otros con más méritos quedaron en la orilla.

Don Federico me miró con especial cariño, como al hijo que se ha guiado en la carrera durante años, lo que era muy cierto. Gracias a su apoyo había recabado destinos a flote en época de penurias, aunque bajo sus alas rindiera peligrosos servicios.

—¿Comprendes ahora mi admiración por este hombre, Dionisio? Creo que es el único oficial de guerra que considera su promoción como inmerecida. Nada de eso,

Francisco. Mereces la faja tanto o más que nadie, bien lo sé yo. Pero si has creído ver mi mano en tu ascenso, te equivocas de parte a parte. Nada tuve que ver en esa extensa relación de reales prebendas, puedes estar seguro. Se hizo, como tantas otras veces, por conductos alejados de la propia Armada.

—Ya debieron ascenderte cuando regresaste con el Santísima Trinidad a Cádiz en lamentables condiciones, en lugar de formarte aquel vergonzoso Consejo de Guerra —intervino Dionisio con esa decisión y vehemencia que lo caracterizaba.

—Pero quedaron fuera oficiales ejemplares, lo que me hace sentirme mal. Por ejemplo, no puedo comprender que Antonio de Escaño haya quedado postergado.

—No debe preocuparte ese especial apartado. Don Antonio de Escaño ha sido ascendido al empleo de jefe de escuadra, como merecía.

—¿Ascendido Escaño? Pues no venía incluido en la Gaceta.

—Esa es otra historia, con larga estela corrida a popa. También a mí me sorprendió cuando leí la relación en la Gaceta, prueba de que no entró mi mano en la selección. Bueno, sería más correcto decir que me soliviantó sobremanera el hecho de que uno de los mejores oficiales y el mejor táctico, el mayor general por quien todo comandante general de escuadra suspiraría, quedara arrinconado de esa manera. Y tanta era mi indignación que me fui a ver a Grandallana sin perder un segundo. Le pedí que me acompañara a visitar a Su Majestad, porque deseaba su presencia ante lo que tenía que decirle con urgencia. Le sorprendió mi actitud al Secretario, pero accedió sin dudarle al comprobar mi determinación. Y partimos de inmediato hacia la real estancia, a la que ambos tenemos acceso por disponer de llave. La suerte nos favoreció porque fuimos recibidos por don Carlos sin pérdida de tiempo. La verdad es que iba envalentonado y con la sangre en alza aunque, cuando nuestro Señor nos preguntó la razón de la urgente visita, quedé sin vergas ni masteleros durante unos segundos. Pero no era momento de achantarse y me adelanté hacia él, con los nervios amadrinados por corto a las tripas.

Gravina cesó su parla durante unos segundos, como si recordara con detalle aquellos momentos que narraba con especial pasión.

—Debo reconocer que me lancé a la mar sin maderos de salvación. Pero con todo respeto, largué a Su Majestad, con el tono más firme y sincero que pude ofrecer, las palabras siguientes, y las recuerdo como si las acabara de pronunciar hace pocos segundos: Señor, me creo obligado a hacer presente a un rey justo la injusticia que se ha cometido con el primer oficial de la Armada, postergándolo en la promoción que acaba de publicarse; y, sin nombrarlo, Vuestra Majestad y su Secretario conocerán que hablo del brigadier Escaño, tan digno de ceñir la faja; por lo que postrado a los Reales pies, no pido gracia, sino justicia.

—¿Accedió Su Majestad a la solicitud? ¿No le extrañó la petición? —pregunté, impaciente.

—Don Carlos quedó sorprendido, un poco desconcertado quizás. Me contestó con suaves palabras y promesa añadida, que en menos de tres días sería remediada la

falta. Y cumplió a fondo, porque dos días después tan sólo era Escaño jefe de escuadra.

—Con todo el respeto, señor, debía haber sido el Secretario de Marina quien solicitara ese merecido ascenso —Galiano levantaba pasión en venas por momentos, norma habitual en él—. El general Grandallana...

—No entremos en críticas personales, Dionisio, que a nada conducen. Pensemos en la próxima navegación, que tanto anhelo.

—También me alegro de que pueda ver a su padre por fin —intervine para rebajar las cuerdas.

—Son muchos los años sin poder abrazarlo, más de treinta. Y cuando me negaron la petición anterior, dudaba que llegara a verlo con vida. Por fortuna, es un hombre con salud y fuerte como un toro. Disfrutaré algunas semanas a su lado porque, posiblemente, sea la última ocasión. Es triste pensarlo, pero la vida continúa avante como la marcha de los cronómetros.

Se estableció un nuevo silencio, mientras Gravina dirigía la mirada hacia la mar, en la dirección que pronto tomaría para dirigirse hacia su tierra natal. Me sorprendió su pregunta.

—¿Qué piensas hacer, Francisco? Llevas demasiado tiempo a cuartel y la Armada no puede permitirse perder el servicio de un oficial como tú.

—No es fácil encontrar destino para un jefe de escuadra, señor —mentía a sabiendas pero no podía ofrecer la verdad en aquel punto, aunque Gravina era suficientemente inteligente para captar las razones—. Ni siquiera para un brigadier, como bien sabe Dionisio. Muchos más quedarán a cuartel tras los ascensos habidos. Pero ya sabe, señor, que me tiene a su disposición de forma permanente. Por desgracia, en la guerra anterior se mantuvo en Brest medio secuestrado.

—Puedes quitar ese medio, añadido en cortesía. Muy mal lo pasamos en aguas francesas, bien lo sabe Nuestra Señora del Rosario, con una penuria de dineros y medios difícil de explicar y creer. Y cuando don José de Mazarredo fue exonerado del cargo, que ésa es la verdad a pesar de los disfraces adosados, empeoró la situación para mí, porque las presiones de París alcanzaron un punto difícil de soportar. El ministro de Marina francés o el Primer Cónsul en persona se dirigían a mí como si fuera uno de sus súbditos, o la escuadra bajo mi mando mostrara el pabellón tricolor. Fue una experiencia difícil.

—¿Y ahora? ¿Qué sucederá?

—Como le decía hace pocos minutos a Dionisio, soy bastante pesimista porque el sol se abre desde levante, se quiera o no. Hablé con Grandallana y con el príncipe de la Paz, que como sabéis me otorga especial confianza, requiriendo de ellos la necesidad de acometer el debido esfuerzo en nuestros arsenales, retomar la construcción naval con los planos de las últimas unidades, que muestran una gran categoría. Es necesario reponer navíos y fragatas. Pero contestan que las arcas están vacías.

—No lo parece con este real despliegue —alegó Dionisio en voz baja.

—Llegamos a la paz —Gravina pareció no haber escuchado las palabras de Galiano—, sin esperanza de enderezar el rumbo. Debemos mantener la vieja casaca, aunque haya de ser zurcida en repetición. Y por desgracia, la guerra volverá más pronto que tarde.

—Necesitamos una paz alargada y fondos para la Armada, señor —alegué con decisión.

—Desde luego, Francisco, eso nadie lo niega. Pero mientras Bonaparte se encuentre al frente de la Francia, que seguirá si no aumenta su poder más todavía, continuará la guerra contra los ingleses. Pueden estar seguros de que los britanos no permitirán la hegemonía que el pequeño corso desea detentar en Europa y, por lo tanto, en el mundo conocido. Además, una persona que asume el poder de forma tan absoluta, basado tan sólo en las conquistas ganadas en el campo de batalla, es difícil que pierda esa costumbre. Y por mucho que lo intente, nunca invadirá las islas británicas.

—Pues la distancia a cruzar por el Canal es bien corta —dijo Dionisio—. Tuvo las barcazas previstas y con las tropas preparadas.

—Intentar la invasión de Inglaterra sin el dominio previo de la mar, es una empresa con proa hacia el desastre más absoluto. Y Bonaparte no parece comprenderlo. Cuando prepara algún plan de operaciones navales, y os puedo asegurar que he asistido a alguna de tales representaciones, parece creer que los barcos, las divisiones navales y las escuadras son como compañías, batallones y ejércitos de tierra. No comprende, como les ha sucedido en ocasiones a algunos de nuestros compañeros del Ejército, que la mar dicta sus normas particulares y a ellas debemos ceñirnos sin remisión. Además, tampoco comprende Bonaparte que es tarea de muchos años preparar una Armada capaz de dominar un teatro marítimo. Ese será su fin, no os quepa duda.

—¿Y nosotros? —pregunté por segunda vez.

—Pues, la verdad —parecía dudar en exponer sus pensamientos, aunque nos concediera una extrema confianza—, no creo que nuestro Gobierno se enfrente con Bonaparte y sus deseos. Estaremos de nuevo entre dos fuegos, una desgraciada norma que se extiende demasiado en el tiempo. Si no entramos en alianza con Francia, nos amenazarán sin ambages con una invasión en toda regla, lo que ya se dejó entrever en la guerra pasada. Y si apoyamos a los franceses, los britanos esquilmarán nuestro comercio marítimo y alguna pieza de Indias, llevando a la Real Armada hacia el desastre final. Nuestra pobre España no tiene salida posible.

—Se lo pensaría dos veces ese Bonaparte antes de invadirnos —Galiano agitaba sus brazos—. Debemos comportarnos con dignidad. Somos un país soberano con un imperio colonial y dueños de nuestro destino. Si intentan invadirnos, que lo hagan. España es un bocado demasiado grande para ese advenedizo.

—Dionisio —Gravina volvía a emplear el tono paternal—, el ejército que ha

formado la Francia en los últimos años es de dimensiones colosales, el más importante de Europa con gran diferencia, capaz de hacer la guerra a todo el continente y vencer. Nos barrerían en un santiamén.

—Prefiero ser barrido con dignidad por la Francia y que empleen su ejército en nuestra tierra, a ser expoliados por la Gran Bretaña con vergüenza amadrinada a nuestras almas. ¿Cómo es posible hacer la guerra a los britanos sin buques, pagas ni hombres?

—Hay algunos movimientos que pueden engendrar esperanzas —entendí que Gravina deseaba ofrecer algún dato positivo—. Don Manuel Godoy, una vez nombrado Generalísimo, ha decidido organizar su Estado Mayor de todas las armas. Por esa razón eligió a Domingo Pérez de Grandallana como Secretario del ramo de Marina. Luis María de Salazar se encuentra redactando una nueva ordenanza de matrículas de mar que he ojeado y encuentro de gran valor, así como necesaria sin falta para remediar los problemas en nuestras dotaciones. Pero son muchos los males a barrer y escasa la menestra a disposición.

—Como dijo en su informe el bailío^[20], no hay cuerpo vigoroso con cabeza flaca —Galiano entraba a saco—. Si me permite la franqueza, señor, hemos tenido secretarios indolentes y débiles, y el resultado natural ha sido dejar el cuerpo cadavérico y a la Armada tan inútil, que sólo sirve para gastar. Necesitamos una junta gubernativa de generales expertos, honrados y sinceros, una especie de Almirantazgo que, encargándose de lo gubernativo, militar y económico, dirija el cuerpo con reglas constantes y sólidas, que no se altere el sistema y se evite la variedad de ideas que cada ministro expone al capricho del día. Y desde luego, punto de la mayor importancia, sin admitir injerencias superiores de quien no dispone de los suficientes conocimientos —Gravina torció ligeramente el gesto ante el ataque que, sin nombrarlo, Galiano dirigía hacia Godoy—. Con don Antonio Valdés, don José de Mazarredo y otros generales de prestigio, podrían establecerse las bases de la reestructuración que la Armada necesita.

—Tienes mucha razón, Dionisio. Precisamente me comunicó el príncipe de la Paz, que está dispuesto a formar un Consejo de Almirantazgo con esas ideas. Básicamente, formaban las recomendaciones elevadas por don Antonio Valdés.

—En ese Consejo, señor —intervine con sinceridad—, debéis estar presente con los personajes citados. No nos podemos permitir el lujo de que las principales y más brillantes cabezas de la Armada anden desperdigadas y desatendidas por Burgos y Bilbao.

—También estoy de acuerdo contigo, Francisco. Es posible que cuenten con Valdés, pero dudo mucho que Mazarredo aguante un Consejo presidido por don Manuel Godoy como Generalísimo —sonrió con desgana—. Conociendo a los dos, saltarían las chispas como del pedernal, y el herido sería, por desgracia, nuestro querido vizcaíno.

En ese punto llamamos por necesario afecto y deferencia. Tanto Dionisio como yo,

aunque admiradores del general Gravina con ciertas retrancas por mi parte, sabíamos de su estrecha amistad con don Manuel Godoy. Y se trataba de un detalle difícil de creer, porque el príncipe de la Paz le largaba metralla de vez en cuando sin razón alguna, una actitud que don Federico toleraba con resignada postura. Decidí cambiar el tema para no enturbiar la conversación.

—Desde hace algunos años, me hago la misma pregunta, que no consigo responder con certeza. Llevamos un tiempo alargado en el que los ingleses nos superan por largo en todos los combates de escuadra, incluso en los librados entre ligeras divisiones. Nuestros buques arrían el pabellón con demasiada rapidez, mientras los britanos rara vez lo hacen. Ya sé que su disciplina es férrea y a muerte con quien se rinde sin causa más que justificada. ¿Por qué son inferiores nuestros buques si, como tantas voces autorizadas aseguran, están mejor contruidos que los britanos?

—No es fácil responder a esa pregunta —Gravina parecía pensar.

—Mi opinión es clara en ese tema —aseguró Galiano de forma tajante—. Debemos reconocer que nuestros buques son inferiores en combate, sin tener en cuenta la diferencia artillera y la superioridad de las dotaciones britanas desde un punto de vista mariner. Esa inferioridad se debe en gran parte a la modalidad en su construcción. Aunque nuestros navíos son similares en cuanto a dimensiones y capacidades, los britanos son superiores en fortaleza y fiabilidad, unos conceptos que desarrollan desde hace años. El aumento que hemos llevado a cabo en nuestra artillería, aumentando los navíos de 74 cañones hasta 82, y algunos de 80 por encima de los 90, es una medida equivocada al ras. Estamos complicando las condiciones marineras de nuestros buques sin favor especial en el momento del combate, porque su ritmo de fuego es muy superior. En cuanto a la estructura, su menor arboladura los hace más resistentes a los temporales y aguantan mucho mejor en combate, de tal forma que es más difícil desarbolarlos, al tiempo que el menor peso en las velas y vergas hace más rápida la maniobra.

—Ahí entra también la destreza y disciplina de la marinería en las maniobras. Llevan años con los buques permanentemente en la mar. Son capaces de mantenerse en bloqueo durante meses. Como dijo un almirante britano, nosotros sufrimos en un día de mar más que ellos en un mes. Pero la principal razón es que no disponemos de verdaderos hombres de mar, o en una proporción mínima.

—Estoy de acuerdo. Pero otra desventaja es la mayor dotación de nuestros buques, que enlaza por supuesto con su escaso adiestramiento y habilidad marinera. Para marinar nuestros navíos y hacer uso de la artillería, necesitamos muchos más hombres que el inglés, lo que redundará en mayor costo. Bueno, hablo en teoría porque nuestras pagas no llegan —Galiano se permitió una ligera sonrisa—. Pero también hace necesario embarcar una cantidad superior de víveres y aguada, reduciendo el espacio disponible a bordo y aumentando el hacinamiento de los hombres. Por último, defiendiendo la opinión de que los navíos ingleses son más veleros y maniobreros,

porque cuidan con especial esmero el forrado de cobre, sin sufrir esa permanente penuria que hace imposible tal medida con la periodicidad adecuada en nuestras unidades. Ellos llevan a cabo una perfecta planificación de la vida del buque, y aquí nos movemos a rebato de corneta y sin los dineros necesarios. Los britanos saben de la importancia de dominar la mar, vital para su defensa y sus aspiraciones coloniales, una lección por aprender en España. No hay más que leer las opiniones de don José de Mazarredo, que todo lo explican aunque muchos no quieran aceptarlas como verdaderas.

Las palabras de Galiano, con su vehemencia habitual, exigieron un nuevo silencio. El rostro de Gravina denotaba cierta desazón, por lo que intenté un nuevo rumbo.

—Bueno, Dionisio, he oído que además de acompañar a los personajes regios y dejar a nuestro general en Palermo, llevarás a cabo una expedición científica más.

—Pero por mares más cálidos que las que realizamos en la costa occidental americana. Una vez que deje a don Federico en la casa paterna, se me ha encargado continuar la derrota hacia el archipiélago griego, seguir hasta Constantinopla y llevar a cabo el tornaviaje por la costa africana. La principal misión es la de rectificar diversos errores de posición que han observado algunos comandantes en nuestra cartografía mediterránea.

—No me importaría mandar una fragata de nuevo —las palabras me salieron del alma.

—Eso nos sucede a muchos —afirmó Gravina, recuperada su actitud sonriente—. Espero disfrutar de esta travesía, que emprendo de excelente humor, aunque sea en el aspecto puramente personal y familiar. Tengo especial deseo de recalar en Palermo y reconocer en la distancia Santa María dell’Ammiraglio, la catedral, San Cataldo, la capilla Palatina y, si es posible, el palacio de los Gravina, desde cuya azotea oteaba la mar en mi niñez. Espero que me dejen descansar algunas semanas con mi padre y no me llamen de la Corte con urgencia, por lo que eso significaría.

—No lo aseguraría con demasiada certeza, señor.

La conversación continuó por otros derroteros. Gravina decidió contarnos las excelencias de su tierra aunque, como aseguraba, tenía casi olvidadas aquellas costas y sus costumbres. Comprendí el amor que don Federico sentía por el Reino de Nápoles, sin que ello fuera un posible motivo de crítica a su persona o argumento de su falta de españolidad, jamás demostrada y que siempre rebatí con pasión.

Por fin, decidí que era llegado el momento de la despedida. Don Federico me ofreció un nuevo abrazo, al tiempo que largaba sus últimas recomendaciones.

—Mira, Francisco. Ya que me aparto por algún tiempo de los asuntos de nuestra Marina, acude a la Secretaría e intenta mantenerte al día de los problemas de la Armada. Si se crea algún grupo consultivo, colabora con decisión. Y envíame tus opiniones por escrito, que no deseo perderme detalle alguno del diario acontecer en nuestra Institución.

—Así lo haré, señor. Y cuando regrese, ya sabe que me tiene a su disposición para empresas de mar o tierra, aunque prefiero las primeras.

—Lo recordaré, amigo mío. Aunque soy consciente de que me critican por ello, ya sabéis que cuido de mis hombres —una nueva sonrisa de complicidad se abrió en su rostro—, y vosotros os encontráis entre ellos, sin duda.

Tras despedirme de Dionisio Alcalá Galiano y desearle toda clase de venturas en su comisión científica, tomé la falúa a disposición para regresar a tierra. Y cuando a fuerza de brazos me alejaba de la gacela, retornaba a las tripas el runruneo interior, esa querencia por la mar que se había mantenido dormida pero que, de forma inevitable, acaba por regresar a nuestras almas.

La misma mañana en la que la fragata Soledad cobraba las anclas y se hacía a la mar con el resto de la escuadra en dirección a las costas italianas, abandonaba Barcelona en mi carruaje con Setum a la vera en dirección de la capital de los reinos. Aunque Martín insistió en que continuara el viaje con él y retrasara el regreso algunos días, lo convencí de que la misión emprendida por mi parte había finalizado. De todas formas, quedamos en vernos por Madrid, asegurándole una visita a la Secretaría para solicitar la Real audiencia y escudriñar las posibilidades de un posible destino. La vista de la mar y los olores a bordo de la fragata Soledad habían despertado el gusano adormilado, aunque poco apetecía los pasillos de la Secretaría sino la mar abierta e infinita, con sus luces y tinieblas.

7. Malos vientos

Una vez de regreso en la villa madrileña, me felicité en sinceros por haber emprendido aquel repentino viaje, reafirmando la habitual sentencia de que, en esta vida, es necesario seguir los impulsos de la sangre y los vientos en muchas ocasiones. No sé cómo había sucedido, pero el espíritu se mantenía todavía en una profunda conmoción, tramontana mental con olas en ampollas que agitaban la sesera, entrado en un ejercicio de recomposición. Estimo como cierto que esa especie de carena cerebral con revuelo de pensamientos, me hizo recuperar la necesaria sal en la sangre, echar de menos ese medio en permanente movimiento que fuera durante tantos años el norte permanente de mi vida. Y como los sentimientos más profundos suelen trasladarse hacia la piel a milla largada como reguero de pólvora, María Antonia reconoció el cambio, entonando la canción al gusto, un ejercicio más en la infinita sabiduría de esa extraordinaria mujer.

—Te veo más animado y bien que me alegro, Francisco. Ha debido ser la brisa marinera del Mediterráneo, que te devuelve a la vida.

—¿Tanto me había apartado de ella? —aunque entonaba en media chanza, necesitaba la confirmación.

—Lo sabes tan bien como yo, querido —me ofreció una sonrisa, mezcla de benevolencia y cariño—. No quise intervenir hasta ahora porque lo juzgaba contraproducente y, como suele decir Setum, siempre se debe permitir que las olas alcancen la playa en su momento.

—¡Válgame el cielo! No te sabía simpatizante de los refranes marineros, tan alejados del normal pensamiento femenino.

—Bueno, según decís los hombres de mar, componen una Biblia de obligado cumplimiento —volvió a sonreír, divertida—, especialmente cuando las dicta Setum —miró hacia el africano con cariño—. Pero parece que este ascenso, aunque fueras el único miembro de la Armada que lo estimara inmerecido, te ha devuelto esa febril impaciencia que se mantenía amadrinada a tu vida, tan necesaria para que algunos hombres puedan sobrevivir.

—Es mucho lo que tengo que agradecerte, María Antonia. También dice un sabio refrán que los obsequios del cielo suelen caer en noches de tormenta cerrada, y tú has sido uno de ellos.

—Deja esos pensamientos del pasado y vive la vida en presente. ¿Qué piensas hacer?

—Pues, la verdad, creo que me acercaré por la Secretaría, a ver si pesco alguna pieza.

—¿Hay posibilidad de algún destino embarcado?

—Hoy por hoy lo considero como misión prácticamente imposible, a no ser que salte una liebre inesperada que no se atisba por el horizonte. Nos encontramos en

situación de paz, y tan sólo se producirán comisiones de buques aislados o pequeñas divisiones, normalmente de fragatas y unidades menores, para embarcar los caudales en Indias que tanto se necesitan. Según aseguran, no hay un ducado en las arcas para otra cosa.

—Debería hablar con el jefe de escuadra don Martín del Horno —intervino Setum con su habitual seguridad—. Es un buen hombre y lo estimo sincero, a pesar de las opiniones nada edificantes que tanto don Santiago como usted albergaban sobre él.

—Como de costumbre —María Antonia alegaba entre risas—, Setum tiene razón sobrada en sus palabras.

Tal y como todos recomendaban en precisa concordancia, comencé a visitar los pasillos de la Secretaría con cierta periodicidad. En primer lugar decidí, con el beneplácito de María Antonia, que el pequeño Francisco, un nuevo Pecas a primera vista aunque nunca le aplicáramos dicho apodo en casa, sentara plaza en la Real Compañía en el otoño del próximo año de 1803, cercano a cumplir los quince años. Y llegado el caso, si las condiciones se mantenían, debería hacerlo en el departamento gaditano, porque las escuelas navales paralelas de Cartagena y Ferrol comenzaban a ver rebajada su actividad por falta de alumnos. La verdad es que las razones que propiciaron su creación, el enorme aumento de unidades en la Real Armada y aparejada exigencia de oficiales de guerra, dejaba de existir.

Al mismo tiempo y aunque fuera tarea difícil para mi introvertida personalidad, intentaba enfocar la actividad profesional con miras abiertas en futuros. Siempre fue ésta la faceta que encaraba el inolvidable Pecas, especialista consumado, a quien tanto echaba de menos, de forma especial cuando se presentaban casos parecidos. Pero fue Martín del Horno quien se convirtió en un sincero y leal amigo, dispuesto a defender mis intereses, ese apoyo que siempre he necesitado en tierra. Y ya a finales del mes de noviembre me ofreció tomar parte en una Junta Consultiva creada por el Secretario, para analizar los graves problemas de la Matrícula de Mar y sus posibles soluciones, basados en el trabajo llevado a cabo por don Luis María de Salazar. Lo acepté sin pensarlo dos veces, recordando las sabias palabras de aquel gran hombre, el brigadier don José Girón, que guiara mis pasos durante algunos años desde mi embarco en el jabeque Murciano, cuando aseguraba que no sólo en la mar se ganan las batallas, aunque no se reciba ración de boca.

De esta forma, al tiempo que mi cuerpo retomaba aires y la sangre se movía al alza, rematábamos aquel año de 1802, uno más de infeliz recuerdo para España y nuestra Armada por los términos emplazados en la paz, aunque fuera situación deseada por todos. Pasamos las fechas señaladas en familia, donde tan sólo echamos en falta la presencia del joven Gigante, imposibilitado de asistir por encontrarse a bordo de la fragata Mercedes, en derrota de alargado tornaviaje desde la isla de Puerto Rico.

Los miembros de la Casa Real y su numeroso séquito mantuvieron las

celebraciones embastadas en Barcelona, para continuar en alargado viaje de retorno a la capital madrileña, en el que hicieron generosa escala en Valencia, antes de arribar a la villa de Cartagena. Y si los Príncipes de Nápoles habían abandonado el puerto de la ciudad condal con la escuadra del marqués del Socorro, los Reyes de Etruria acompañaban a don Carlos y doña María Luisa en el último periplo hasta abandonar las tierras hispanas desde el puerto cartagenero el 29 de diciembre, a bordo de la escuadra mandada por el general don Domingo de Nava.

Entrados en el año de 1803, el 27 de febrero se instituyó el Consejo de Almirantazgo, esa organización requerida por tantos, si se ajustaba a las necesidades de nuestra Armada. Pero no llegaron a él como primeros espadas quienes por categoría lo merecían. Ni don Antonio Valdés abandonó su retiro en Burgos, a pesar de haber diseñado su preciso funcionamiento, ni don José de Mazarredo se alejó de Bilbao para darle vida a la criatura recién nacida. Bajo la imprescindible presidencia del generalísimo y almirante príncipe de la Paz, fueron nombrados consejeros los generales Álava, Escaño, Salcedo, Salazar, así como otros de diferentes ramos. Y había material de primera calidad entre aquellos hombres para llevar a cabo una digna tarea, si la cabeza hubiese decidido que ése era el fin a conseguir y las circunstancias de la política europea no se hubiesen precipitado.

Porque mientras la Corte daba las últimas bocanadas a las regias celebraciones, comenzaba a resquebrajarse la paz tan jubilosamente aclamada por Europa entera. Tal y como me había expresado el general Gravina a bordo de la fragata Soledad en acertada premonición, es misión difícil o imposible aplacar las aguas de una torrentera, salvo momentos puntuales, si no se corrige el curso de los ríos. En primer lugar, ni el Gobierno británico llevaba a cabo la evacuación convenida de la isla de Malta, ni Francia, con sus movimientos en Suiza e Italia, respetaba las estipulaciones suscritas en su conjunto.

Los primeros síntomas del verdadero estado en las relaciones entre las dos potencias, se ofrecieron por medio de ciertas publicaciones británicas en las que se injuriaba sin careta a sus sempiternos enemigos, con insultos y altaneras provocaciones que eran respondidas en igual medida desde el otro lado del Canal, así como intervenciones diplomáticas entradas en descaro por ambas partes. Era luz meridiana que las aspiraciones y ambiciones de la Francia y la Inglaterra eran incompatibles entre sí como el aceite y el agua, de forma que el día 12 de mayo se rompían las relaciones entre los dos países, aunque no se hiciera pública la declaración oficial de guerra hasta el día 22. Como es fácil suponer, en el intermedio llevaron a cabo los britanos la primera presa, el lugre L'Affronteurde 14 cañones, manteniendo su inveterada afición de abrir portas a bordo antes de la formal declaración. Sin olvidar en ningún momento que el botín constituye una verdadera obsesión en muchos miembros de la Royal Navy.

Como es de suponer, nuestra nación intentaba mantenerse fuera de tal confrontación, aunque fuese una piedra demasiado dura para ser batida con

dentaduras débiles. Pero era verdad irrefutable que necesitábamos la paz como ningún otro país europeo. Don Carlos repetía una y otra vez su conocida frase, que más bien expresaba un imposible deseo: La paz para mis pueblos; no quebrar con la Francia ni romper con la Inglaterra. Y para mí que no entendía bien dónde recalcaba más el peso nuestro Señor, si en la quiebra o la ruptura, significados que se mantenían en el aire.

Como pueden suponer, en la Comisión sobre las Matrículas de Mar, que languidecía como tantas otras por falta de caudales con que acometerlas, pasamos a discutir la situación. Y aunque en mi opinión la partida quedaba con las cartas marcadas en cuadro y a la vista, no todos opinaban en esa línea.

—No se trata de que nos convenga un partido más que otro, señores —opinaba yo en la discusión abierta entre diversos compañeros—, sino que necesitamos la paz sin otra opción a la vista.

—Esa es una posibilidad teórica, aunque concuerde con ella —alegó el general don Ignacio María de Álava, personaje clarividente que, como otros miembros del Consejo de Almirantazgo, cursaban por las diferentes ponencias—. No nos dejarán mantener la neutralidad verdadera porque ambas partes creen, aunque la estime como declaración errada por alto, que podemos ser la llave desequilibradora de la balanza. Si nos ponemos del lado de la Francia, entraremos en situación pareja a la padecida en la última guerra, de nefasto recuerdo. Y si nos dejamos caer a la órbita britana, que sería más interesante desde un punto de vista naval y para el mantenimiento de nuestro imperio ultramarino, vital para la Real Hacienda, Francia nos invadiría sin dudar.

—Pues en ese caso —declaraba el ingeniero general don Tomás Muñoz—, me declararé neutral, dejando claro que somos un país soberano y en nada nos compromete la alianza pactada en San Ildefonso en 1796, por haberse alcanzado paz acordada posteriormente. Por San Juan Nepomuceno que nadie puede obligarnos a declarar la guerra o entablar la paz salvo nuestro Soberano. Y si Francia decide invadirnos, que se atreva, aunque no creo que ese Bonaparte llegara a tanto.

Se hizo el silencio, porque eran muchos los presentes y nadie deseaba hincar el diente a las claras. Todos sabíamos el pavor que se había padecido en la Corte cuando las avanzadas del general Moncey amenazaban a las Castillas, durante la guerra habida contra la Convención. Y ese sentimiento temeroso se había grabado con inmenso poder en ciertos corazones de las altas magistraturas, lo que no se podía declarar a voz en púpito.

—Ya de entrada, hemos aceptado que Bonaparte venda el territorio de la Luisiana a los Estados Unidos de América en 80 millones, rompiendo lo pactado con Su Majestad Católica —dije con retranca—. Francia se había obligado a devolver esos territorios a España, si llegaba el caso de que no le conviniera conservar dicha colonia. Ese hombre no sabe mantener lo signado, salvo cuando a él le interesa.

—La razón se mantiene en demasiadas ocasiones con un ejército como el francés

—alegó con rotundidad don Antonio de Escaño, quien hablaba poco pero con extrema precisión—. Ya protestó nuestro embajador ante tal medida, a lo que se le respondió, como de costumbre, de forma poco acomodada a la cortesía y corrección necesaria entre dos países soberanos. Todos sabemos que en nada nos obliga lo pactado en 1796. Pero, por desgracia, el dirigente francés se cree en posición de ordenar sobre España lo que estime oportuno, como si fuera uno más de sus territorios. Y ya se sabe que si al perro no se le azota al primer envite negativo, acaba por morder al amo.

Por mucho que habláramos entre nosotros, la suerte para España parecía estar largada al copo y con crespones negros. Nuestra situación era, desde luego, de muy difícil solución. Pero siempre opiné que es en esos momentos, precisamente, cuando el gran gobernante debe hacerse valer y decidir la mejor derrota para la nave, sin tener en cuenta el interés propio o la seguridad personal. Francia comenzó exigiendo nuestro apoyo y para dejar clara su postura, situaba un cuerpo de ejército en Bayona, una medida que en poco ocultaba sus intenciones. Mientras tanto, los británicos indicaban también con meridiana claridad que estaban dispuestos a cercenar nuestro escaso comercio marítimo, cerrar nuestros puertos peninsulares y ultramarinos, y comenzar las acometidas contra ellos. En resumen, demasiada estopa para tragar por boquera sin entrar en pujos violentos.

De las condiciones en que se fue abriendo nuestro futuro tuve cabal noticia por boca de Martín del Horno, gracias a la información de su cuñado, Jesús de Santesmases, que trabajaba en la secretaría del ministro de Estado Cevallos.

—No centres tus disparos por completo sobre don Manuel Godoy, Francisco —me decía una de aquellas alargadas mañanas de despacho y papeleo—. El primer Cónsul ha declarado que aceptaría nuestra neutralidad, aunque el Tratado de San Ildefonso nos obliga...

—No nos obliga, Martín. Ya no rige su artículo 18 porque se trata de nueva guerra.

—Eso lo sabemos todos. Pero quien manda, manda. Repito que Bonaparte está dispuesto a aceptar nuestra neutralidad, si sustituimos el auxilio de tropas y buques estipulados en ese Tratado por un subsidio metálico y determinadas concesiones.

—¿Pagar nuestra neutralidad en dineros y componendas? Eso sería vergonzoso.

—¿Prefieres que nos invadan?

—Que lo hagan. Ya sé que nos barrerían, aunque deberían mantener muchas fuerzas de ocupación en España y Portugal que pueden serles necesarias en otros puntos de Europa. Además, la Corte puede pasar a Nueva España y mantener la necesaria dignidad desde allí. Seríamos nosotros los que, en unión del inglés, acometeríamos los puertos franceses y su comercio. Cualquier medida menos inclinar la cerviz ante el francés una vez más, que ya se demostró el resultado.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no parece esa la derrota establecida por nuestro Señor ni por su ministro Cevallos. Por eso te decía que no lanzaras los dardos

solamente contra Godoy, porque éste se niega a abonar los subsidios. Creo que ha llegado a decir a Su Majestad que prefiere romper con la Francia a pagarlos.

—En ese caso, por primera vez estaría de acuerdo con el príncipe de la Paz. ¿Crees que los britanos aceptarían el pago de subsidios? Después de todo, no es más que una falsa neutralidad.

—No lo aceptarán, estoy seguro. O se mantendrán con esa política de medias tintas, protestando contra los subsidios y repartiendo hachazos contra alguna de nuestras posesiones en las Indias.

Por desgracia, y sigo defendiendo una personal posición, se aceptaron los subsidios por parte española. Según tuve conocimiento, como Godoy se enfrentaba a los deseos de Bonaparte y rechazaba entregar seis millones de reales mensuales, que desde ninguna oportunidad podríamos pagar con el verdadero estado de nuestra hacienda, fue presionado con severa astucia. No veía el primer Cónsul con buenos ojos al valido desde que suspendiera la invasión de Portugal y llegara al Tratado de Badajoz, pero sabía de su carácter y habilidades. De esa forma, como la salud del Monarca parecía resquebrajarse, Godoy entendió que su única salvación era ponerse a las órdenes del francés, un poderoso protector, siempre que éste le asegurara el futuro. Porque en el caso de que el Príncipe de Asturias alcanzara la Corona en escaso tiempo, sería fulminante para su porvenir, con lo que entrevió la oportunidad que se le ofrecía, única posible para su persona. De esta forma, cambió la derrota para seguir los dictados del nuevo jefe sin mayor discusión. Y si a ello sumamos la amenaza directa y final de Bonaparte, de que si no se aceptaba romper con Inglaterra, o abonar los subsidios, el general Augerau atravesaría la frontera en son de guerra, podemos imaginar la respuesta.

Me encontraba un tanto desanimado con los movimientos políticos y la total inacción de la Armada, porque en poco se resolvían sus muchos y graves problemas, cuando recibí la noticia de que, en la primera quincena de octubre, había regresado de su viaje por tierras italianas el general Gravina. Fue como un soplo de brisa en el desierto, porque aunque creía saber mucho sobre sus ideas y habitual conducta, lo estimaba como extremadamente honrado y capaz de empujar el carro en conveniencia. Estaba seguro de que en esos momentos, Pecas habría opinado que quien siempre se mueve bajo las faldas de los poderosos, sin hablar jamás a la contra, no puede ser buen general. Y estaba de acuerdo en muchas de tales argumentaciones, aunque apreciaba a don Federico como a un ser muy querido, aparte de deberle inmensa gratitud por las muchas ocasiones en las que me había otorgado su confianza y favor.

En el mes de septiembre de 1803 sentaba plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas mi hijo Francisco. Y me preocupaba su presencia en buques de combate al comprobar su fragilidad corporal, aunque lo compensara con una privilegiada inteligencia. Setum, sin embargo, me recordaba la vitalidad de Pecas y su fortaleza mental, para asegurar que ese chico alcanzaría los más altos grados de la

Armada. En fin, una separación más de la casa familiar, duro trago que se compensaba al observar su inmensa alegría. No dejé de pensar que se trataba del cuarto Leñanza lanzado con entusiasmo a la aventura marinera, continuando esa unión de nuestra sangre con el medio mágico e infinito.

Tal y como estaba previsto, se firmó en París el Tratado de Subsidios el 19 de octubre de 1803. Recuerdo que María Antonia, preocupada por la política como pocas mujeres, me preguntó por los detalles.

—Pues deberemos pagar ese fabuloso subsidio de seis millones de reales en forma mensual, que no sé de dónde se sacarán, a no ser que dejemos morir de hambre a la población. Además, nos comprometemos a mantener la seguridad de sus fuerzas navales en nuestros puertos, obligar a que Portugal concurra con un millón mensual de subsidio, conceder libre tránsito a las manufacturas francesas hacia el país vecino y otros muchos beneficios. Sin contar que, ya de entrada y para dar gusto a los franceses, Su Majestad deberá destituir a los gobernadores de Málaga y Cádiz, así como al comandante de Algeciras, por haber ofendido teóricamente en el ejercicio de sus funciones a los franceses. Una indigna vergüenza.

—Esas condiciones suenan como de escasa neutralidad, Francisco. No se puede considerar neutral a un país que ayuda a una de las partes de forma tan descarada. No lo aceptarán los ingleses.

—Nadie lo duda y ya lo han expuesto los britanos con meridiana claridad. Aunque el Tratado fuera secreto, ha sido pronunciado con bocina larga por los franceses en propio y denigrante interés. Por esa razón ha avisado a la Corte nuestro embajador en Londres. Los ingleses aseguran que no respetarán nuestra neutralidad, si hacemos efectivos los subsidios y apoyos acordados.

—Se nos presenta un futuro negro e incierto, Francisco.

—Ya lo sé, querida.

—Bueno, al menos parece que los franceses se han alejado de nuestra frontera —
María Antonia intentó sonreír, sin conseguirlo.

—Una vez firmado el Tratado, han levantado el campo de Bayona, aunque esa misma medida debiera sonrojarnos. Hubo una época en la que entrábamos en alianza con los franceses por deseo de nuestro Señor, mientras que ahora lo hacemos en base a la más vil de las amenazas, ante la cual no somos capaces de reaccionar. ¡Pobre España!

Con este ánimo entramos en el nuevo año de 1804, aunque ya comenzábamos a sufrir ligeros coletazos de los britanos, dispuestos a mostrar que no admitían la posición española de esa falsa neutralidad. Y debían ser los últimos días del mes de marzo del nuevo año, cuando recibí recado para visitar al general Gravina en su domicilio. Mucho me alegró la escueta nota porque, aparte de mi aprecio personal, deseaba mantener su amistad y favor, que he de ser sincero en estos pliegos. De esta forma, llegué a la morada de don Federico a las cinco en punto, hora convenida en la invitación, siendo trasladado por su mayordomo, el fiel Antonio Mazanini, sin

pérdida de tiempo a su presencia.

Como en anteriores ocasiones, fui recibido con muestras de alegría y extrema deferencia, norma habitual en su conducta. Me alegré de la presencia de don Antonio de Escaño y don Ignacio María de Álava, así como el secretario Barreda, que parecían recién llegados a la residencia. En efecto, don Federico, después de ofrecernos un refrigerio con extrema cordialidad, que aceptamos gustosos, entró en preguntas sobre nuestra salud y la de las respectivas familias, como querido pariente que se interesa al detalle por nuestras vidas. Pero como es fácil comprender, pronto abordamos la situación internacional, que tanto concernía a España en general y de forma muy particular a la Armada, cuando la Gran Bretaña se encuentra por medio. Don Antonio de Escaño fue taxativo y preciso como siempre.

—Tal y como era de esperar, Inglaterra no acepta nuestra costosa neutralidad, aunque no seamos capaces de pagar más que una mínima parte de lo acordado.

—Cualquier ignorante sabe que no hay un real en las arcas —aseguré en voz baja.

—Inglaterra no lo acepta en la práctica, por supuesto, tal y como preveíamos, aunque asegure oficialmente lo contrario —alegó Gravina con gesto preocupado—. Pero se mantendrá en un periodo de incertidumbre, en el que morderá nuestro comercio al gusto, aunque elevemos protestas por vía diplomática.

—Los mordiscos comenzaron sin recato y a las claras —entró Álava con su habitual vozarrón y gesto contrariado—. El gobierno britano, bien por imponerse en alas o amedrentar a Su Majestad Católica, ha autorizado a sus buques, sin declararlo, bien sean de la Royal Navy o corsarios de fuste, para que reconozcan en la mar a nuestros buques. Según parece, la orden verbal es la de apresarlos al gusto con cualquier ignominioso pretexto, en contra de las reglas más elementales del derecho internacional. Después reaccionan con cínica y fingida formalidad, pidiendo excusas que nadie cree porque es el mismo Gobierno quien planea la situación. Pocas semanas después de la firma del Tratado de Subsidios, fue atropellado el bergantín correo Esperanza por el corsario britano Thomas, sin posterior reconocimiento.

—Peor fue el caso de la corbeta de guerra Urquijo —dije con cierta indignación—, atacada y apresada por la fragata britana Eolo de 44 cañones en aguas de la isla de Santo Domingo. Y no se trató de simple registro o inspección de carga, sino de combate corrido con una duración superior a las dos horas, en el que murió su comandante, capitán de fragata don Manuel Fernández Trilles, otro oficial y trece marineros. Una vez saqueada, fue conducida a Puerto Real en la Jamaica, donde el almirante inglés la puso en libertad.

—Y la única satisfacción ofrecida por el Gobierno británico —Barreda entraba por troneras con su habitual vehemencia—, ha sido la nota presentada por lord Hawkesbury a nuestro embajador en Londres, donde alega que el comandante del buque inglés no se encontraba autorizado para detener al paquebote español, por lo que cometió un acto ilegítimo. ¡Qué poca vergüenza! Una aceptación de ilegalidad que no devolverá la vida a los muertos ni el cargamento depredado a sus dueños.

—Ya sé de todas esas acciones —Gravina intentaba serenar los ánimos— así como otros apresamientos como los sufridos por los bergantines Nuestra Señora de los Dolores, Riesgo y Nuestra Señora del Carmen, goleta Amalia, corbeta San José y algún otro que se me escapa de la memoria. Pero ésa es la conducta que era de esperar. Nos acosan para, a continuación, elevar ligeras disculpas, achacando todo el problema a la extraña situación adoptada por el gobierno español. Y por desgracia, no rebajarán las cuerdas sino que, posiblemente, nos ofrezcan algún golpe de gracia muy superior.

—Ni siquiera nos permiten al armamento de navíos y fragatas propias en nuestros puertos, en territorio nacional, como ha sucedido en Ferrol, impidiendo su salida la escuadra britana mandada por el almirante Cochrane —expresé con creciente vehemencia.

—Para ello se escudaron en que dicha salida podía ser aprovechada por los buques franceses bloqueados en dicho puerto —dijo Escaño—. Esta situación es mala porque nos deja imposibilitados de tomar cualquier acción, constreñidos por unos o por otros. Y la peor parte se la lleva la dignidad nacional, si es que aún queda algún gramo en la despensa.

Las palabras de Antonio sonaron a bombarda mental, de forma que se hizo en la sala un grave y alargado silencio, mientras observábamos al general Gravina de reajo. Álava intentó aliviar el momento, entrando en un tema que también yo deseaba abordar. Se dirigió al general con una sonrisa.

—Se escuchan rumores, Federico, de que vas a ser elegido para un puesto de gran responsabilidad.

—Ya sé por donde disparas, amigo mío. Podéis estar seguros de que, a pesar de los rumores extendidos desde hace algunas semanas, nada sabía a ciencia cierta hasta hace dos días. Tuve noticia durante una cena, invitado por el príncipe de la Paz, a la que acudieron el ministro Cevallos, el marqués de Branciforte y algunos amigos más. Parece ser que Su Majestad ha decidido nombrarme embajador en París, un puesto que poco deseo, bien lo sabe Dios.

—Deberás lidiar con quien, según se asegura, será nombrado en pocos días como Emperador de los franceses, y tomará su egregio puesto como Napoleón I. No deja de ser graciosa esta deriva de la república francesa, regicida y sanguinaria, hasta convertirse en Imperio —alegó Álava en chanza.

—Así son nuestros vecinos del norte —me apresuré a añadir—, que se creen el centro del mundo. Entonces, señor, ocupará la embajada en París. ¿Ha sido decisión de nuestro Gobierno?

—Cuando murió en enero el embajador Azara, no era fácil sustituirlo dada su buena amistad con Napoleón y Talleyrand. Según parece fue a Hervás, el banquero que permanece como encargado de negocios, a quien se le ocurrió la feliz idea de comentar mi nombre a quien pronto será emperador. Y lo aceptó de inmediato.

—Una aceptación de Bonaparte es una orden para nuestro Gobierno —arguyó

Escaño con seriedad.

—Para mi desgracia, tal idea recibió la mejor acogida por parte del príncipe de la Paz y de Su Majestad. Aunque sin duda se trata de inmerecido honor, es un toro de altos cuernos que deberé lidiar con escaso trapo en las manos. Bonaparte quiere que entremos en la guerra de forma declarada, porque sabe que no podremos asumir el costo de los subsidios. Y por mi parte deberé ralentizar esas prisas y mantener la neutralidad que estimamos como necesaria, al tiempo que le expongo la imposibilidad de pagar el subsidio por nuestra parte, con las epidemias habidas y las desastrosas cosechas, que el pueblo se muere de hambre. Y esta tarea ante un personaje todopoderoso, cuyo despotismo conozco hasta la mínima pulgada. Prefiero cualquier temporal corrido en la mar, aunque se trate de manta negra mediterránea a bordo de una pequeña goleta, que este dulce envenenado.

No sé por qué, en aquellos momentos dudé de la sinceridad de Gravina al declarar esas palabras. Es posible que las discusiones mantenidas en tantas ocasiones con Pecas sobre don Federico hubieran calado muy hondo, pero creo que en el fondo apetecía el puesto por la categoría aneja, que no era el general de los que desdeñaban honores y prebendas cortesanas.

—También se rumorea, que tu nombramiento..., que la decisión de Su Majestad gustaba poco a personas elevadas en la corte.

Álava entraba con excesiva confianza en un tema bastante delicado, aunque Gravina pareció aceptarlo con una sonrisa.

—Tienes lengua peligrosa, Ignacio. Pero, bueno, es conocida la aversión de nuestra Reina hacia mi persona, y sólo en este reducido círculo lo reconocería. Algún día me gustaría saber el verdadero origen de lo que considero como un rechazo personal inmerecido. He sabido de buena tinta que reaccionó en contra, llegando a decir que teme mi actitud en la embajada por ser italiano y ejercer preferencia de Nápoles sobre España. También me cataloga como vividor y servil, para acabar diciendo que aborrece a los extranjeros. Mucho me duelen estas palabras porque son injustas a la vista de los servicios prestados a la Corona durante tantos años. No hay nada más denigrante para quien se siente español por los cuatro costados, como es mi caso, que lo designen como extranjero de dudosa lealtad.

—No detiene nuestra Señora sus críticas a tu persona, sino que las extiende a toda la corporación sin el menor recato —insistía Álava—. Nos trata de inútiles, engolados, quisquillosos oficiales que sólo buscan el propio lucimiento personal en tierra, mientras evitamos pelear con los britanos en la mar por el pavor que nos producen. Su Majestad la Reina no merece...

—Por favor, Ignacio —Gravina levantó su mano con objeto de parar la parrafada que se adivinaba en nuestro compañero, lanzado sin reparo—. Ya sabes que no me gusta ese tema y menos aún hablar de las reales personas sin el debido respeto, aunque me duelan algunas de sus observaciones.

Otra vez se hizo el silencio, que aproveché para hablar del futuro.

—¿Cuándo tomará posesión de su cargo, señor?

—No lo sé con seguridad, pero estimo que partiré hacia París en cuanto me aclaren algunas misiones y lleve a cabo las conversaciones privadas que son de menester. Está previsto que entre por Bayona y allí reciba los honores correspondientes a mi cargo.

La conversación decayó poco a poco, especialmente por parte de Álava que comprendía su error al haber picado demasiado alto. Pero debo reconocer, al igual que otros aspectos negativos, que no era don Federico rencoroso en absoluto y mantenía un extremo aprecio a sus hombres, a su camarilla, como algunos declaraban, y Álava siempre formó parte de ella sin posible omisión.

Tuve conocimiento de que don Federico Gravina había llegado el 8 de mayo a París, presentándose en el domicilio del ministro de Relaciones Exteriores, el famoso Talleyrand, aquella misma noche, ese cínico personaje que tanto odiaba a España y todo lo español. Y poco después vivió de cerca el fulgurante ascenso de Bonaparte, a quien tras ofrecerle el Senado el Consulado por diez años, lo estimó insuficiente, moviendo los hilos para que le fuera ofrecido el trono imperial de una Francia que no era Imperio, aunque tal nueva halagara a sus súbditos, seculares amantes de esa grandeza que tan sólo se consigue por otros medios.

El aspecto claramente pesimista de aquel encuentro en la residencia de Gravina, hizo mella en mi espíritu a la baja. Comencé a entrever con absoluta claridad, que de esa nueva guerra nada bueno podía aparejarse a nuestra decadente España, batida por los caballos de todos sin misericordia. Y para mayor desánimo, sin que apareciese por nuestra parte algún detalle que ofreciera una mínima dignidad nacional. Y aunque lo habría deseado, no marré en las predicciones una mota, como demostraron los hechos posteriores, donde los Leñanza entraron en saco cerrado y con sangre aparejada.

8. Ataque definitivo a la neutralidad española

La situación política se mantuvo en parecidas cuerdas durante algunas semanas, con el mismo sistema que tanto obraba en disfavor de nuestros intereses. Aunque detentáramos esa falsa neutralidad que algunos estimaban como mal necesario, se nos coceaba en baranda por proa y popa, tanto desde la pérfida Albión como por el indecoroso emperador de las Galias. Las relaciones entre España y Gran Bretaña eran amistosas en apariencia, asegurando el gobierno de Londres de forma reiterada sus pacíficas intenciones, cuando hasta un ciego podía ver que descargaban golpes en provecho propio al más puro estilo del pirata Morgan, una condición unida por sangre y siglos de historia al pueblo britano.

Pero había en las islas quien estimaba que podía ser más productiva todavía la situación de guerra declarada, entre ellos el belicoso mister Pitt y, aunque me doliera en los fondos al saberlo, el mismísimo almirante don Horacio Nelson, caballero y gran marino pero con una atracción ante las presas y el botín aparejado difícil de ocultar. El primer ministro, con esa precipitación y ánimo guerrero que siempre lo caracterizaba, tras el penoso incidente del armamento de los navíos españoles en Ferrol, con nuevo desdoro del orgullo hispano, no sólo se limitó a impedir la entrada y salida de nuestros buques de dicho puerto, aunque se tratara de un necesario transporte de tropas a Bilbao, sino a dictar orden de apresamiento a todo buque español que se encontrara en la mar, con especial atención a los que transportaban caudales desde las Indias. De esta forma, Pitt era consciente de que, más pronto que tarde, se ofrecería el golpe definitivo que el orgullo de la sometida España no pudiera soportar. Era, desde luego, cuestión fácil encontrar el momento adecuado.

La oportunidad se presentó como fruta madura cuando en el Reino Unido se tuvo conocimiento de que partían desde el Río de la Plata hacia España cuatro fragatas con los caudales y efectos de la Real Hacienda acumulados en Lima, el tesoro del virreinato del Perú como se le llamaba por llano, de forma inocente. Y hablo de clara inocencia por parte española, porque no se había llevado a cabo con el secreto que una situación de guerra o beligerancia enemiga en tiempo de paz impone, el embarco del preciado cargamento y su partida desde el puerto del Callao de Lima, así como los movimientos posteriores. La salida había tenido lugar el 3 de abril con la división formada por las fragatas Mercedes, Clara y Asunción, bajo el mando del jefe de escuadra don Tomás de Ugarte. La orden del Virrey peruano era dirigirse a Montevideo y, una vez allí, agrupar a su división dos fragatas más establecidas en dicho apostadero, y embarcar otro rico cargamento procedente de Buenos Aires, traspasando el mando de la división al jefe de escuadra don José Bustamante y Guerra.

Por desgracia, las tres fragatas debieron afrontar un duro y corrido temporal mientras intentaban doblar el cabo de Hornos, ese accidente geográfico que se planta

a veces como muralla de fábrica en la mar, con elevado sufrimiento en buques y dotaciones. De esta forma, las unidades arribaron a Montevideo el 6 de junio con importantes desperfectos en cascos y aparejos, especialmente en la fragata Asunción, desarbolada muy por alto. Para mayor desdicha, el jefe de escuadra don Tomás de Ugarte arribaba a puerto postrado en cama con una grave enfermedad, que originó su muerte pocas semanas después. Las necesarias reparaciones obligaron a una alargada estancia próxima a los dos meses, con la necesaria sustitución de la fragata Asunción por la Fama, así como la incorporación de la Medea tal y como estaba previsto. Tanto retraso y trasiego de los valores embarcados originó, sin duda, que las noticias de la acaudalada carga llegaran a oídos britanos.

Por fin, la división se hizo a la mar desde Montevideo el día 7 de agosto, con intención de hacer derrota directa a la península. Y aunque yo no lo sabía, a bordo de la fragata Santa Clara se encontraba el ya alférez de navío Santiago Leñanza, mi primogénito, que había partido en febrero de 1803 de Ferrol. En compañía de la fragata Mercedes debían trasladarse al puerto del Callao de Lima, navegación en la que emplearon 115 días y 162 respectivamente, con demasiadas incidencias en blanco y negro. Y digo que no lo sabía porque estimaba a mi hijo a bordo del bergantín Golondrina, en derrota hacia las Antillas, ignorando que había permutado embarque con un compañero en el puerto gallego.

Como tantas veces les he comentado, me mantengo firme en el empeño de que estos cuadernillos escritos con pluma larga y al tiento, en los que ya somos dos las generaciones de Leñanza contando nuestra vida en la Real Armada, se extiendan en las generaciones venideras, si a bien tiene Jesucristo y su Santa Madre que nuestra sangre continúe sirviendo a España en la mar. Por esa razón, tras el desastre habido cerca de la bahía de Algeciras, comuniqué a mi hijo Gigante ese deseo de que fuera pasando por escrito sus principales experiencias personales. Por fortuna, así lo hizo el joven, razón por la que estimo conveniente darle en esta ocasión y por primera vez la palabra, o la pluma debería decir, para que sepan con detalle lo sucedido a esta división naval que navegaba con destino a España, en desconocimiento absoluto de la nueva y siniestra situación establecida por el Gobierno británico.

* * *

Decidido a seguir la línea marcada por mi padre, estoy dispuesto a exponer por escrito, cuando la situación me lo permita, los sucesos principales de la Real Armada amadrinados a mi persona. Y puedo declarar que comencé esta narración cuando, a bordo de la fragata Fama, levamos anclas del puerto de Montevideo para dirigirnos a España en compañía de tres gacelas más, las Medea, Santa Clara y Nuestra Señora de las Mercedes. Habíamos sufrido relevo en el mando semanas atrás, por tomarlo a la llegada a Montevideo el jefe de escuadra don José de Bustamante y Guerra, a la sazón gobernador de la plaza, personaje a quien todos admirábamos por saber de su

extraordinaria campaña científica a bordo de las corbetas Descubierta y Atrevida, en compañía de su desgraciado compañero don Alejandro Malaspina.

Aunque me encontraba embarcado en la fragata Clara desde la salida de Ferrol, había permutado destino en aguas del Río de la Plata a la Fama por orden del comandante de la división, con objeto de equilibrar dotaciones. Era ésta una condición poco apetecida normalmente por el oficial, que ya ha entablado sus huesos en conveniencia, pero circunstancia muy repetida, demasiado quizás, en nuestras agrupaciones navales. Y aunque rebajaba el porte de una fragata a otra en 6 cañones, me alegraba el detalle de que se tratara de gacela mucho más moderna, maniobrera y velera como pocas, que había sido construida en el arsenal cartagenero en 1795.

Si bien se podían considerar las cuatro unidades como fragatas de fuerza, con 40 cañones de porte en la Medea y Clara, 36 de la Mercedes y 34 de la Fama, navegamos con serias limitaciones. La situación de paz que estimábamos sin posible duda, así como la necesidad del abultado cargamento, nos hizo permitir sin preocupación de otro tipo abarrotar las bodegas con fardos de lana de vicuña, cueros de lobo ligados y pipas de su grasa, cajones y sacas de cascarilla, barras de estaño, galápagos de cobre, tablones de madera, cajones y zurrones de ratania, así como un generoso número de lingotes de plata, sin contar los caudales del Gobierno, de particulares y soldadas, que sumaban casi los cinco mil duros o pesos fuertes. Pero para mayor complicación guerrera, se dispusieron camarotes entonados a disposición de pasajeros más o menos distinguidos y sus familias, de regreso a España tras años de servicio en las Indias, entre los que se podía contar con el capitán de navío don Diego de Alvear, embarcado con su esposa y siete hijos a bordo de la fragata Mercedes. Sin embargo, nombrado a última hora por don José de Bustamante como mayor general de la división, debió transbordar a la Medea, buque insignia, separándose de su familia hasta el arribo a puerto.

Tras varios días de vacilaciones y contraórdenes del general por motivos desconocidos para mí, esa situación que tanto avinagra el espíritu de la dotación a bordo, levamos anclas en la mañana del 9 de agosto. Aunque todavía nos encontrábamos en estación invernal del hemisferio sur, se abrió la primera singladura del tornaviaje en un día esplendoroso, con horizontes claros, sol en altura y cariz inmejorable, como si la mar y los cielos desearan bendecirnos con la mayor ventura en el inicio del trayecto, rico en cientos de millas, que nos aguardaba por la proa. Y mucho disfruté a bordo durante los alargados días de mar, con la agradable condición de las familias embarcadas para su traslado a España, a las que cultivábamos a bordo con la necesaria cortesía y dedicación. De forma especial y en mi caso, trabé buena amistad con el brigadier de los Reales Ejércitos don Pedro Masdeu y su esposa Catalina. Arrastraban a su cargo alargada prole de seis hijos, así como una sobrina amparada. Y ya debo declarar que destacaba por encima de todos la sobrina, Eugenia, joven de quince años y espectacular belleza, a quien me ofrecí a acompañar en cubierta y explicar los precisos detalles del buque, cuando libraba de guardias o

trabajos, con la mirada de la tía prendida siempre a corta distancia.

La navegación se hizo en su mayor parte con vientos propicios y bonancibles, salvo tres días de gloriosa encalmada, cercanos al cambio de hemisferio, ese calmerío en rizados que llaman por las aguas antillanas y de los que muchos sufrí a lo largo de mi vida en la Armada. Cruzamos la línea^[21] una vez cumplida la singladura^[22] número veintiuna, sin más contratiempos que alguna calentura epidémica propia de los chubascos ecuatoriales, pero sin pasar a mayores aunque con debilidad extrema en los cuerpos oprimidos por la fiebre. Pero la buena mar y las calmas eran situación ideal para los pasajeros, poco habituados al permanente movimiento, con lo que se pudieron habituar a la vida a bordo con cierta placidez, sin sufrir los rigores que la mar impone en demasiadas ocasiones y el cuerpo sufre en llagas sin fin.

Especial divertimento para los pasajeros supuso la secular ceremonia, que se sigue en todo buque cuando se cruza el paralelo o línea correspondiente al Ecuador. Ese es el momento en el que, según algunos viejos hombres de mar, conseguimos partir la esfera terráquea en dos mitades al cuajo y se traspone la misma vida por entero. Asistieron encantados a la ocasión, aumentada si cabe en su honor con representación de bullanga en jarcias y tributos al dios Neptuno, aunque los viejos nostramos no acataran las chanzas al gusto y largaran sus cruces, signos especiales y rogatorias hacia la mar, con esa antigua y reverencial creencia que siempre profesaron los de su cuerpo al dios de las aguas.

Como no habíamos avistado un solo buque en el horizonte desde que diéramos la vela en el Río de la Plata, tan sólo mar y mar en extensión mágica e infinita, causó inmensa alegría cuando, encontrándolos a unas doscientas millas del cabo Espartel, divisamos una embarcación de nuestra misma vuelta. Cuando ya nos acercamos lo suficiente, pudimos comprobar que se trataba de un bergantín sin pabellón, por lo que llevamos a cabo el preceptivo reconocimiento, hasta comprobar que se trataba de embarcación francesa con cargamento particular, procedente de las islas del Pacífico. Le deseamos suerte en su empeño, nada sencillo en la situación de guerra mantenida contra la Gran Bretaña y con los buques ingleses infectando las costas europeas a la yarda continua. Expliqué la situación a la familia Masdeu, cuyas mujeres quedaron aterrorizadas ante el peligro que podría correr el pequeño y hermoso bergantín, lo que dio pie a la entrada en tema del brigadier.

—Aunque no me son de especial simpatía los franceses, desde que luchara contra los revolucionarios en el frente de Los Pirineos en 1794, donde fui herido, he de reconocer valor a estas pequeñas unidades que intentan burlar a la poderosa marina británica.

—Ya sabe, señor —respondí al alza y con autoridad, para mostrar mis conocimientos ante la familia—, que los comerciantes en la mar arriesgan lo que sea preciso para llevar sus cargamentos hasta puerto y cobrar primas especiales en tiempos de guerra. Pero si llegado el caso se ven perseguidos, largarán al agua hasta la última pipa de aceite, para correr en volandas sobre las olas y salvar su buque y el

pellejo.

—Debe ser espantoso asistir a un combate en la mar, Dios mío —la joven Eugenia pronunció sus palabras con voz temerosa.

—Tanto como en tierra aunque con mayor movimiento —forcé una sonrisa de tranquilidad—, y su padre conoce bien el tema. Pero no es nuestro caso, en paz con la Inglaterra, aunque nunca podamos fiar al ciento en esos marinos con sangre de piratas en las venas.

—Por cierto, señor oficial —intervino la madre con tonillo al bies—, ¿de dónde habéis sacado ese esclavo tan corpulento que os acompaña por el buque como una sombra? ¿Es costumbre arraigada en la Armada, quizás?

—No se trata de ningún esclavo, señora, sino de un buen amigo en funciones de secretario, aunque por necesidad de las ordenanzas deba ocupar plaza de criado a bordo. Es persona a la que dispenso especial aprecio.

Quedó un poco cortada la señora con mi respuesta, por lo que Eugenia, inteligente y al quite, enmendó la proa con rapidez.

—¿Creéis posible que nos ataquen los británicos? —preguntó con el pavor reflejado en su rostro.

—Nada de eso. Además, se toman las debidas precauciones por si llegara el caso.

—Dios no lo quiera.

No quise entrar en detalles sinceros, porque las directrices dispuestas por el jefe de escuadra Bustamante preveían el posible roce con algún buque inglés, dadas las conocidas transgresiones llevadas a cabo con algunas de nuestras unidades, aunque se acabara por reconocer la debida neutralidad. De todas formas, por nuestras cabezas circulaba la posibilidad de que se hubiera declarado la guerra en los meses de ausencia, lo que nos colocaría en penoso trance con los buques cargados al lomo y tanta familia a bordo. Por esa razón, el comandante de la división había ordenado preguntar a cualquier unidad que se ofreciera a la vista, acerca de las últimas noticias circuladas sobre la contienda europea.

Se abría el crepúsculo matutino del día 30 de septiembre con buena visibilidad, cielos despejados y viento fresco^[23] del noroeste, que templaba las aguas en corderos, cuando avistamos por la amura de estribor dos bergantines que ceñían al palmo de vuelta encontrada, bien cargadas las bodegas con la obra viva^[24] en fondos. Por encontrarse la Fama adelantada, se nos dio por el general la orden de reconocimiento, lo que llevamos a cabo sin perder un minuto, forzando la vela hasta largar al viento alas y suspiros. Y no crean que llevábamos el trapo recogido, porque andábamos navegando a un largo como duques en ejercicio y con mucho aparejo al viento, aunque debiéramos fachear en ocasiones por ser la Fama la más velera de las cuatro fragatas.

Una hora después, tanto avante con el primero de los bergantines, y como no respondiera a nuestras señales de reconocimiento por banderas, disparamos un cañonazo por su proa que causó alarma entre el pasaje, aunque se hubiera explicado

por el comandante, capitán de navío don Miguel Zapiain, la razón que nos asistía. Nada más sonar el retumbo de la pieza correspondiente a la batería del alcázar, acortaron la vela ambas unidades hasta quedar en facha. Con inusitada rapidez dieron su bote al agua, que se encaminó en nuestra dirección. Era el capitán del mercante en persona, quien ofreció explicaciones a nuestro comandante en el sentido de que se trataba de buques británicos del comercio, salidos del puerto de Gibraltar, ratificándonos la situación de paz existente entre nuestros reinos. Al mismo tiempo nos comunicó como nueva especial, el ascenso de Bonaparte hasta las alturas como emperador de la Francia, con la que seguían manteniendo contienda abierta. También nos explicó que al paso por la bahía gaditana, había encontrado a una división inglesa dedicada al bloqueo de algunos navíos y fragatas francesas. Siguiendo la norma, reconocimos el segundo bergantín con nuestro chinchorro, ratificando su capitán las mismas noticias.

Aumentó el trabajo para nuestro barco, tras muchos días de recreo y navegación solitaria, porque creció el número y la periodicidad de las unidades a la vista y su necesario reconocimiento, las más de ellas unidades britanas o españolas en derrota hacia Europa, sin nueva especial a señalar. Debimos esperar al día 4 de octubre para que un brik^[25] danés, procedente del Estrecho, nos comunicara que existía la mayor armonía en Europa entre la Gran Bretaña y España, al tiempo que nos ratificaba el bloqueo britano sobre Cádiz, que confirmaba anuncios anteriores. La verdad es que me presté como voluntario para la mayor parte de los reconocimientos porque, de esta forma, era fácil enhebrar conversación con la familia Masdeu y, de forma especial, con Eugenia. Pero ya la tía comprendía algunas miradas de mi parte y las sonrisas de la joven en vuelta, por lo que decidió acortar distancias con la sobrina como si necesitara de adecuado resguardo.

De todas formas, la cercanía al Estrecho y la presencia de los britanos en bloqueo no sonaba con música celestial a mis oídos, por lo que deseaba encontrarme en Cádiz a la mayor brevedad, especialmente por el pasaje embarcado y la difícil situación a bordo si fuera necesario abrir fuego con toda la batería. Setum pareció entreverlo en mi rostro, porque preguntó con rapidez.

—¿Cree que esos malditos britanos intentarán alguna acción sobre nosotros? Si supieran con exactitud nuestro precioso cargamento, algunos comandantes se jugarían la carrera por morder en nuestras bodegas.

—Ya lo he pensado. Parece que se confirma la situación de paz entre ambas naciones y nada extraño debería suceder, aunque hayamos escuchado algún incidente desagradable acaecido a buques españoles. Lancemos cruces a la mar y esperemos la arribada a Cádiz sin novedad.

—No le vendría mal demostrar su arrojo guerrero ante esa linda damisela, señor —Setum sonreía por largo, mostrando su blanca dentadura—. Estoy seguro que hasta la madre, que la mantiene a distancia de seguridad, caería rendida a sus pies en pocos segundos.

—Calla la boca, africano, o haré que te den cañón^[26] —golpeé el brazo de Setum con cariño.

—Esa misma frase se la escuché a su señor padre en más de una ocasión, dirigiéndose a Setum —parecía feliz por la comparación.

—Pues habrá que seguir la tradición.

Por fin, el día 5 de octubre amaneció con extraordinaria visibilidad, pudiéndose observar muy por largo la costa que, según apreciación del piloto, se trataba de la sierra de Monchique y el cabo de Santa María. Pensé para mis adentros con cierta felicidad que al día siguiente podríamos entrar en el puerto gaditano, y rematar aquella alargada comisión que diera comienzo en Ferrol muchos meses atrás. Suponía una alegría por la seguridad del pasaje aunque, en verdad, también cierta tristeza por tener que separarme de esa preciosa joven. El viento, fresco de fuerza, había rolado al levantar los velos el crepúsculo hasta quedar tontón entre el cuarto y primer cuadrante, lo que nos obligaba a ceñir hasta rascar la palma con la proa franca hacia tierra. Fue cuando el sol comenzaba a mostrar el disco, el momento en el que observamos muy a barlovento, al redoso de la sierra, cuatro velas. Viví toda la acción que les paso a relatar con extremo detalle desde los primeros segundos, por encontrarme de guardia en el alcázar. Poco después, el vigiador de la cofa informaba que se trataba de cuatro unidades de fuerza que, con todo el aparejo y navegando a un largo, parecían dirigirse por derecho hacia nuestra posición.

Debo reconocer que siempre gocé de un especial sentido que me ha alertado de ciertos peligros, como si la sangre se moviera a ritmo cuando algún vuelo entraba en picado. Por esa razón, no me extrañó escuchar la voz del alférez de fragata Chacón, de guardia como batidor de señales.

—Señor comandante, señal de la capitana. El general ordena ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, así como formar en línea de batalla, mura a babor, de acuerdo a las instrucciones establecidas.

—Estoy de acuerdo con el general —el capitán de navío Zapiain, tranquilo y desenvuelto, dirigía de nuevo su anteojo hacia los buques avistados—. Pero nada de cornetas y tambores, que no deseo alarmar al pasaje sin necesidad. Que se circule la orden a la voz y con sordina cerrada de momento. Todavía les resta bastante distancia a esas unidades que, si no me equivoco, son cuatro fragatas britanas de gran porte y bien artilladas.

De acuerdo a las órdenes dictadas por nuestro comandante, la dotación ocupó los puestos asignados para el combate en silencio y cierta dejadez, que he de entrar por sinceros. Una vez más, al contemplar a nuestros marineros y artilleros pensé que, llegados al combate, poco fiaba en su bravura y permanencia en los puestos, porque era mucha la carne de presidio con mirada torcida, embarcada en Ferrol para cubrir el equipaje. Pero así andaba la Real Armada por aquellos días, como explicara mi padre en nuestras muchas conversaciones, un mal difícil de erradicar con las faltas a millares en la matrícula de mar. Pero debo reconocer que para mí era la norma

habitual y conocida, porque no había vivido los tiempos mejores a que se referían los oficiales antiguos.

Sin embargo, parecíamos entrar en una situación irreal. Por mucho que conociéramos el sistema britano, que en poco tiene en cuenta los preceptos internacionales de paz o guerra cuando hay lingotes de plata y pesos fuertes a la vista, el hecho de encontrarnos en situación de paz, con tantas familias a bordo y niños corriendo por las cubiertas, parecía hacernos olvidar la real situación, porque el acercamiento de las fragatas con fuerza de vela y portas abiertas pocas dudas dejaban a la imaginación.

La división inglesa llegó a nuestra altura, virando en redondo hasta disponerse en línea de combate paralela a la de nuestra división. De esta forma, los buques bátanos formaban en línea de bolina^[27] a barlovento, mura^[28] a babor, con extrema facilidad. La fuerza, compuesta por las fragatas Infatigable, Medusa, Amphion y Lively, quedaba emparejada con la nuestra a tiro de pistola que, de proa a popa, formaba con la Fama, Medea, Mercedes y Clara. Y sin que sirva de excusa, debo señalar en primer término la enorme diferencia en los armamentos, sin contar con la maestría demostrada por sus hombres en la virada, llevada a cabo sin una voz y precisión de falúa. La Infatigable, capitana del comodoro sir Graham Moore, era en realidad un navío rebajado de clase, con 26 piezas de a 24, 16 carronadas de a 42 y 4 obuses de a 12 pulgadas, un pescado duro de pelar en espinas. La Medusa, nuestra cercana pareja en la formación y posible enemigo directo en caso de llegar a la sangre, montaba 28 cañones de a 18, 16 carronadas de a 32 y 4 obuses de a 9, al igual que la Amphion, mientras la Lively las superaba en dos carronadas solamente. Fue entonces, al observar los gestos en los oficiales ingleses y los artilleros prestos en las piezas del castillo, cuando no me cupo duda alguna de sus intenciones, aunque mantuve esta opinión amparada en cerco. Así se lo comuniqué al teniente de fragata don Guillermo Bosichi, bajo cuyo mando me encontraba en las baterías de castillo y alcázar.

—Creo, señor, que estos britanos llegan al olor de los caudales y con intenciones abiertas de tomarnos por las buenas o las malas.

—No es posible, Leñanza. Podemos suponer que intenten alguna triquiñuela habitual en su conducta, alegando derecho de inspección u otro condicionamiento, pero acabarán por aceptar la situación internacional que vivimos.

—Dios le escuche, que la comparación entre las dos fuerzas y la situación de nuestras baterías mueve el corazón en tinieblas. Espero que se haya encartuchado suficiente munición.

—No sea pesimista.

En aquellos momentos y aunque se deseara mantener al pasaje ajeno a la verdadera situación, las familias aparecían en cubierta, al exigirles abandonar sus improvisados camarotes, donde debían servirse las piezas artilleras. Escuché la voz del brigadier Masdeu, dirigida al comandante.

—¿Se han ocupado los puestos de combate? —no parecía excesivamente

preocupado, aunque mesaba las guías de su bigote con mayor cadencia a la habitual.

—Así es, señor. Pero no deben preocuparse en exceso, no es más que...

—Por favor, comandante. Soy capaz de ver la realidad con mis propios ojos. Además, conozco bien lo que para estos britanos del demonio significan los tratados y circunstancias legales de paz o guerra. No son más que una pandilla de piratas bucaneros que llegan al olor de los caudales. Ya sabe que tiene mi sable a su disposición para lo que haya menester.

—Muchas gracias, señor. Ya que ejerce bastante influencia sobre el pasaje, le rogaría que lo convenciera para que se instalara en la cubierta baja a resguardo, por lo que pueda suceder, aunque le repito que no debemos alarmarnos en exceso.

—Así lo haré. Pero regresaré al alcázar como un soldado más.

En aquel momento, cuando todavía las dos últimas fragatas de la línea britana entraban en la formación, pudimos observar en la Medusa que encabezaba su línea de bolina, a un oficial que dirigía su dorada bocina hacia nosotros. No entendí bien sus palabras, al ser pronunciadas en portugués, pero ya el piloto, gallego de nacimiento y ejercicio, las repetía en castellano para el comandante.

—El buque inglés nos ordena ponernos en facha sin demora, señor.

—¿Nos ordena? Qué escasa catadura moral la de estos hombres —el rostro del comandante mostraba una clara irritación, aunque no perdía su tranquilidad—. Contéstele que sólo aceptaremos órdenes de nuestro general, cuya capitana es la siguiente a popa, como puede observar por el gallardete.

Contestó el piloto en la línea marcada por nuestro comandante, acción que debió repetir dos veces más, por insistir el inglés en su orden. Precisamente cuando el britano nos conminaba por tercera vez a fachear sin demora, incluía la información de que también su general se encontraba en la fragata emparejada a la Medea y que, sin duda, nos ordenaría tal maniobra. Pero quedamos sorprendidos en aquel preciso momento porque escuchamos un cañonazo que vino a perturbar el ambiente como zarabanda de avispas. La capitana inglesa había disparado con bala en aviso y por la proa de la Medea, medida inesperada por todos. Ante este requerimiento, el jefe de escuadra Bustamante ordenaba cargar las mayores, al tiempo que facheaba con la gavia, acción que, a la orden, imitamos el resto de las fragatas.

Desde mi puesto en el alcázar, dada la escasa distancia entre unidades, pude observar cómo un bote de la capitana inglesa era echado al agua, para dirigirse sin dudar hacia la Medea con un oficial a bordo. Según tuve conocimiento días después, la capitana britana había preguntado a la voz a su homóloga española el puerto de salida y destino, a lo que se le había respondido que de América para Cádiz. Por cualquier razón, la Infatigable había quedado ligeramente rezagada de la Medea, razón por la que había disparado el cañón con la orden de fachear sin demora, sugerencia dura aceptada por Bustamante y el resto de unidades.

El oficial trepó por la escala de la capitana, siendo conducido a presencia del comandante de nuestra división. Una vez ante el jefe de escuadra Bustamante, el

teniente de navío britano recitó de memoria la orden recibida por sir Grahan Moore, en la que comunicaba que aunque no estaba declarada la guerra entre nuestras naciones, y habían reconocido y dejado pasar libres varias embarcaciones españolas, tenía la orden particular el comodoro de Su Majestad Británica para detener la división bajo su mando y conducirla a los puertos de Gran Bretaña, aunque para ello hubiese de emplear las superiores fuerzas con que se hallaba al presente y que no con otro objeto se le habían encomendado tres semanas antes, entrando en un reñido combate que se debería evitar por la situación de pasaje a bordo de los buques españoles.

Don José de Bustamante contestó al oficial inglés que no comprendía cómo en situación de paz entre nuestras naciones, recibía una conminación de tal orden. Pero al insistir el parlamentario en la misma línea, alegó que debía reunir Consejo de comandantes y oficiales antes de dar una respuesta. Fue el momento en el que el citado oficial salió a cubierta, haciendo una señal con la pañoleta blanca hacia sus unidades, comunicando al intérprete que marchaba a su buque aunque regresaría para conocer la respuesta tomada por el Consejo minutos después. Según palabras del jefe de escuadra Bustamante en el parte posterior, un compromiso de esta especie me hizo convocar a la oficialidad, y enterada del caso y de las reales órdenes con que me hallaba acerca de mi destino, que no podía variar, y de haber de defender con honor, en caso de ser atacado, las armas de Su Majestad, pensaron todos si por ventura se podrían tomar algunas treguas enviando un oficial nuestro a examinar el asunto a la capitana inglesa, recelando no fuese una amenaza política, pareciendo imposible pudiesen llegar a poner en obra las vías de hecho, no estando la guerra declarada, como se daba por sentado. Tras la discusión, decididos todos por el partido más glorioso del combate, si no se hallaba otro recurso, aunque fuese grande el peso moral sobre mis hombros por disponer a bordo de tan elevado número de inocentes, mujeres y niños ajenos a la guerra, se repitió la señal de prepararse a la acción al resto de las unidades, estrechando más las distancias, y se guardaron así las resultas. Pero no había dudas, porque los britanos, una vez llegado a su bordo el oficial de parlamento, rompió el fuego con fusilería y artillería sin mediar pala bra más.

Les he expuesto mis conocimientos posteriores por boca del jefe de escuadra Bustamante. Pero a bordo, mientras se llevaba a cabo el citado parlamento, tan sólo observamos una primera señal en nuestra capitana con el significado de hay peligro, lo que nos hizo preparar artillería y armamento portátil para entrar en combate en cualquier momento. Pero entretanto se había llevado a cabo una extraña variación en la formación. Como la capitana había facheado con gran rapidez, la siguiente en la línea, fragata Mercedes, para evitar abordarla arribó lo suficiente, acción que siguió la pareja britana sin dudarle, para pasar por su popa y colocarse por su costado de estribor. De esta forma, continuaban las dos líneas paralelas, aunque con la Mercedes situada entre la Infatigable y la Lively, mientras la Amphion inglesa quedaba encastrada entre la Medea y la Clara.

Mientras observábamos la señal de la capitana en la que se nos ordenaba prepararnos para el combate y estrechar distancias, regresaba el oficial de parlamento a la Infatigable. Y nada más pisar cubierta, como si se tratara de plan convenido de antemano, rompía el fuego la capitana, siendo imitada por sus compañeras. Ni siquiera dispusimos de tiempo a bordo para la preceptiva arenga del comandante y las rogatorias del capellán. Y he de declarar que no me sorprendió tal medida, porque estaba claro que si no nos dejábamos apresar, la velada acabaría bañada en sangre.

La primera descarga de la fragata Medusa nos entró bien caliente entre las orejas, porque era tan corta la distancia que no sólo los tacos sino la llamarada de la pólvora llegó a penetrar por las portas de nuestros cañones, silenciando un buen número de ellos. Respondimos de inmediato, aunque era palpable la diferencia entre los armamentos, especialmente las carronadas britanas que barrían nuestra cubierta en sangre. La segunda andanada enemiga desbrincó el cañón donde me encontraba, saliendo despedido mi cuerpo hacia estribor, aunque Okumé me levantó con presteza.

—¿Alguna herida, señor?

—Un golpe en la cabeza solamente, que nada malo indica. Volvamos a la faena.

El comandante, sabedor de nuestra inferioridad, intentó abrir distancias con una ligera caída a estribor, fácil maniobra dada nuestra ligereza, aunque quedáramos con buena parte de la artillería fuera de sector. Pero todo se desarrollaba a demasiada velocidad, como si se nos hubiera impuesto un especial apresuramiento desde las alturas. Ordenaba a gritos reponer dos piezas ligeramente destrincadas del castillo, achuchando a nuestros hombres con los infantes, fusiles en mano, cuando dos acciones de orden se sucedieron con escasos segundos. Una andanada de las carronadas lanzaba por los suelos al brigadier Masdeu que, sable en mano y alzado a los cielos, al tiempo que arengaba a nuestros hombres, era barrido por la metralla, dejando un rastro de sangre bajo él. Y aunque ya Okumé se lanzaba en su ayuda, pocas dudas quedaban de sus posibilidades, con el cuerpo destrozado y la mirada perdida en el más allá. Pero al mismo tiempo, se escuchaba una terrorífica explosión, como si todas las almas del infierno clamaran al unísono.

Mientras mis oídos silbaban con chifles de nostramo, y la sangre parecía retumbar en la sesera por el golpe recibido, pudimos observar cómo una fragata había volado por los aires, posiblemente alcanzada su santabárbara. Fue la señal para que muchos hombres, putañeros y presidiarios que no merecían puesto en un buque de la Real Armada, miraran con extremo cariño hacia las escotillas, intentando abandonar sus puestos. Y aunque intentamos impedirlo a sangre, algunos lo consiguieron, especialmente al caer herido de gravedad el teniente de fragata Bosichi, a pocos pies de mi cuerpo. Era condición triste, pero no sólo debíamos mirar hacia el enemigo, sino también a nuestros hombres.

Tal y como se desarrollaba el combate, con rasas, palanqueta y metralla en los ojos, no era cuestión de perder un solo segundo. El comandante intentó adelantar la línea, basados en nuestro mayor andar, aunque las tres andanadas recibidas en plena

cara hubiesen dañado la gavia y el mastelero del trinquete, así como mucho cabo de labor que intentábamos reparar al tiento. De esta forma, nuestra pareja de babor, al ver que perdería el barlovento sin remedio, arribó de fuerza hasta quedar a nuestra popa, desde donde nos batió con guadaña de muerte. Era tal su ritmo de fuego, que el humo impedía observar el desarrollo del combate. Pero en verdad lo presumíamos muy negro para nuestras armas, especialmente con el poder artillero de la insignia britana.

—Nos hemos separado demasiado de nuestros buques —afirmaba el comandante—. ¿Quién ha volado? ¿Ha sido nuestra capitana? ¡Que me informen desde las alturas!

Como si hubiese sido petición divina y perentoria, vi pasar a la carrera hacia popa al segundo comandante, teniente de navío Mariones, con el brazo envuelto en sangre. Llegó a la altura de don Miguel Zapiain con el resuello en voz.

—Ha volado la fragata Mercedes, señor. Espantosa pérdida a la que aparejo en principio gran cantidad de muertos. Nuestra capitana y la Clara han arriado el pabellón, tras sufrir descargas de muerte por ambas bandas.

—¡Malditas sean las rabizonas de Argel y estos piratas asesinos!

Por mi parte, había quedado ligeramente asombrado. Era la primera vez que escuchaba tal noticia, el rendimiento de un buque español ante el inglés, lo que caló muy hondo y con vergüenza, como si se tratara del más nefando de los pecados. Por una parte, el cerebro me indicaba que había sido demasiado corto el combate aunque la razón, por otra, me aclaraba que se trataba de empresa imposible. Serían muchos los inocentes, mujeres y niños incluidos, quienes perderían la vida si se alargaba la acción de sangre corrida. Pero mi comandante andaba a lo suyo.

—Bien, en este caso y sin órdenes en ningún sentido, intentemos aprovechar nuestro andar y salvar a Su Majestad este buque con los caudales que a bordo estibamos. ¡Don Bautista! —se dirigía al primer contramaestre, situado a su lado—. Todo el trapo a disposición y a ver si somos capaces de laborear esa gavia que necesitamos como el aire para respirar.

—Tan sólo temo por ese obenque mayor y los dos brandales a punto de rendir, señor.

—Largue hasta los pañuelos del cuello y que sea lo que Dios quiera.

La maniobra parecía andar al tino de ángeles, porque llegamos a separarnos hasta un tiro largo de cañón de la Medusa, que nos había batido a cerrazón. Sin embargo y para nuestra desgracia, otra fragata inglesa, la Lively, liberada de trabajo tras haber batido y rendido a la Clara, sin una sola mordida en su aparejo, nos atacaba por barlovento, nuestra salida libre. No tuvimos más opción que arribar un par de cuartas que, a la contra, nos acercaba a la Medusa. Las averías del aparejo continuaban en aumento, desarbolados de masteleros en mayor y trinquete, partida la verga seca y el pico, traspasados los palos, pocos cabos de labor en trabajo, muchos balazos a la lumbre^[29] y con cinco pies de agua en la bodega. Y las dos fragatas seguían

batiéndonos sin misericordia por ambas bandas en clamorosa superioridad, aunque el comandante continuaba dando las órdenes sin variar su tranquila conducta, mientras pocos de nuestros cañones eran capaces de responder y a nuestro alrededor caían los hombres. El segundo informaba que ya eran once los muertos de la dotación y cuarenta y tres los heridos, entre ellos el propio comandante, con una pequeña astilla clavada en su pierna derecha, cuatro oficiales más y mi jefe directo, el teniente de fragata don Guillermo Bosichi, con dos balas mosqueteras en el pecho que le llevarían a la muerte pocos días después.

Como si se tratara de un guión escrito desde las alturas, llegó el penoso momento de la derrota. Comprendo que no había más solución, aunque tan sólo la presencia de las mujeres y los niños me brindaba una posible excusa, porque en caso contrario debería mantenerse el combate y aligerar los caudales para que no cayeran en poder de los britanos. Porque como después nos confirmaron, no había duda alguna de que se habían enviado cuatro fragatas en búsqueda de otras cuatro con caudales y pasaje a bordo, con una artillería muy inferior. No era más que la constatación de la vieja ley de la más pura piratería, amparada bajo un pabellón nacional que no merecía tan denigrante actitud. Pero así fue durante siglos el ejemplo que ofreció la Gran Bretaña al mundo. También supimos que la inesperada voladura de la Mercedes favoreció las acciones inglesas. No sólo se rebajaba el poder ofensivo de nuestra división, sino que por el claro dejado doblaban a la Medea que, de esta forma, quedaba entre dos fuegos muy superiores a ella. Y de igual forma la Clara, que arrió su pabellón un cuarto de hora después, atacada por dos unidades.

Una vez rendidos y arriada nuestra bandera a popa, aunque hubiésemos combatido hasta las dos y media de la tarde, sentí el peso de la derrota, un sentimiento que se clava bien dentro y llama a la indignidad aunque no hubiese motivo alguno que alegar en nuestra contra. Nos enfrentamos a dos unidades superiores, con cañones servidos con llave y hombres de extrema profesionalidad, mientras los nuestros, de leva requerida en gran parte, intentaron escurrir el bulto desde el primer momento y en mayor medida al observar la voladura terrible de la Mercedes. Y también fue triste observar la dotación enviada para marinarnos en presa, con personal de la fragata Lively, a la que debieron transbordar cuatro de nuestros oficiales. Observé la bandera britana sobre la española, un espectáculo difícil de olvidar y que me recordaba la estratagema usada por mi padre a bordo del navío Trinidad para engañar al inglés. Pero ya los sueños se cerraban en negro y, en conserva de la citada fragata, enmendamos el rumbo en demanda de las islas británicas.

Una vez embutidos en ese profundo silencio que se percibe tras el combate, difícil de comprender para quien no haya asistido alguna vez a una acción de guerra en la mar, recordé la muerte del brigadier Masdeu, por lo que me apresuré hacia la cubierta baja, para asistir al más desgarrador de los espectáculos. El cuerpo del aguerrido oficial, destrozado de rostro y cuerpo, cubierto de sangre todavía, era velado en

silencio por su viuda y los seis hijos, aunque las lágrimas se derramaran sobre la tablazón sin descanso. También Eugenia mostraba los ojos enrojecidos por la pérdida del tío a quien quería como un padre. La verdad es que no supe qué decir y me mantuve en silencio, hasta sentir el apretado abrazo de doña Catalina, como si fuera la tabla del naufrago a la que asirse en negra desesperanza.

He de reseñar algún detalle de lo sucedido en los días siguientes. Mientras en tenebroso ceremonial se lanzaban los cuerpos lastrados con bala hasta las profundidades, se intentaba curar a los heridos, función en la que recibimos auxilio de los britanos que, una vez cobrado el botín bucanero, volvían a obrar con sentimientos de digna caballerosidad, esa mutación maligna a la que parecen haberse acostumbrado desde el nacimiento. Por fortuna para los pasajeros en trance de dolor, navegamos con buena mar, condición necesaria porque eran muchos los balazos a la lumbre del agua, elevados los daños en estructuras y ser necesario picar las bombas sin descanso. El día diez dudaron los ingleses en aligerar del buque el preciado cargamento, por el riesgo cierto de hundimiento, lo que mucho aclaraba algunas conductas. Pero por fin y gracias a Nuestra Señora de Valdelagua, como habría dicho mi padre, arribamos sin mayor novedad al puerto de Gosport, a escasas millas de Porstmouth, el día 16 de octubre. Por su parte, la Medea y la Clara arribaron al puerto de Plymouth el 19.

Una vez hecho el recuento a la llegada, tuvimos conocimiento del verdadero desastre sufrido por la fragata Mercedes, que debería espantar de vergüenza a cualquier nación civilizada. Entre dotación y pasaje, con más de trescientas almas a bordo, tan sólo consiguieron ser recogidas por los botes de los buques britanos y españoles 52 hombres de la dotación, entre ellos el teniente de navío don Pedro Afán, gravemente herido. Se trataba de circunstancia normal, por encontrarse el pasaje en las cubiertas inferiores y no salir despedidos con la explosión. El resto, en total unas 263 personas, entre las que se debía contar casi toda la familia del mayor general don Diego de Alvear, compuesta por su mujer, siete hijos y un sobrino, habían perecido en la mar con la explosión y el rápido hundimiento. Para su fortuna, transbordó con él a la capitana su hijo mayor, cadete de dragones de Buenos Aires. Pero también sucumbieron ocho mujeres más y elevado número de niños, que recibieron por digna sepultura la mar abierta. Y no cuadraba aquí el refrán que mi padre repitiera en ocasiones, atribuido a su admirado general don Antonio Barceló, cuando aseguraba que en la tumba del verdadero marino no se necesitan flores, porque las aguas lo recogen en su momento entre pétalos blancos. Esas mujeres y niños sí que necesitaban tumbas con flores y en tierra firme.

Al menos, los 871 000 pesos fuertes y el rico cargamento que embarcaba la fragata Mercedes se fue el fondo de la mar, sin aumentar el botín a repartir entre los piratas y sus jefes del almirantazgo, Gobierno y Corona maldecida. Y para más escarnio, el jefe de escuadra Bustamante tuvo que escuchar de boca del comodoro Moore, todo un sir británico en ejercicio, las palabras de sentimiento por las pérdidas,

así como que no considerara a sus buques como apresados, sino detenidos y siendo conducidos hacia puertos de la Gran Bretaña, aunque hubiese sido necesario hacer uso de las armas. Estimo que hay que ser oficial británico para alegar tamaña indignidad, sin que el rubor embadurnara su cara. Porque de ser cierta su alegación, no comprendo cómo se izaban los pabellones británicos sobre el nuestro, clara señal de apresamiento, a no ser que la indecencia de ese comodoro hubiese bajado hasta la sentina más purulenta.

Una vez en los diferentes puertos britanos, se decretó cuarentena a todos los buques, tanto apresadores como apresados, calificando como fiebre amarilla las calenturas que nos sacudieran en la navegación a la altura del Ecuador, desmentidas científicamente por nuestros galenos, que no fueron escuchados. Y si había duda alguna sobre los cargamentos embarcados, dos días después de la llegada se nos ordenó por oficio del almirante inglés con mando en el puerto de Porstmouth, echar a tierra los caudales pertenecientes al gobierno español, para que fueran conducidos a Londres y allí ser entregados al banco de Inglaterra. Y debimos dar cuenta a nuestro embajador, don José de Anduaga, de las necesidades perentorias a bordo, porque hasta los sueldos y economías de la oficialidad debimos entregarlas a los britanos para su ingreso. También le dimos cuenta de la violentación de algunas cajas de metálico y desaparición de varios sacos, actos llevados a cabo por la guardia britana. Tan sólo me cumplió la gracia de ser nombrado por el comandante en el parte del combate elevado a la Superioridad, donde se solicitaban gracias especiales para mi persona, así como para el teniente de navío don Camilo Valois, guardiamarina don Mariano de Cañas, uno de los heridos, el primer cirujano don Antonio Pérez Jiménez y los pilotines don Antonio Prego y don Simón Costaramont.

A partir de entonces asistimos a protestas diplomáticas que nos llegaban en sordina, un juego tan vergonzoso como las acciones habidas, aunque me hizo gracia la respuesta que el ministro de Estado britano, lord Harrowby, dio al embajador español, al comunicarle que la orden de detener a las unidades con caudales procedentes de Indias se hacía por vía de precaución, cargando la responsabilidad de la acción a la actitud guerrera del general español. La propia prensa inglesa recriminó la conducta del Gobierno británico, pero pronto comprendí que todo eso no era más que vuelo de palomas sobre el estiércol, que acaba de desvanecerse con los vientos generosos.

A partir de entonces, permanecía con las dudas y la incógnita que se cernían sobre mi futuro personal. Había asistido a una denigrante acción, que jamás habría creído posible llevara a cabo una nación civilizada. Sentía pena por los muertos, así como por la pérdida de buques y vidas, aunque el sentimiento de rencor y vergüenza superaba por largo a todos los demás. Y en el fondo comprendía, aunque con escasa experiencia en los asuntos de estado, que sin duda posible el encuentro entre las divisiones de fragatas significaría la pronta guerra abierta con la Gran Bretaña. Mucha indignidad había soportado España hasta el momento, pero el combate habido

cerca del cabo Santa María superaba cualquier nivel conocido.

* * *

9. Guerra con la Gran Bretaña

Aunque pueda parecerles extraño, tanto para el bien de mi espíritu como tranquilidad del alma, no tuve conocimiento de que Gigante se encontraba entre las dotaciones de los buques apresados, hasta que debí librar una letra de cambio a su nombre por requerimiento de una entidad financiera internacional. Por fortuna, además de indicarse el nombre y localidad de residencia, se adjuntaba una escueta línea donde se aclaraba su excelente estado de salud. Un par de semanas antes había sabido del desastroso combate, gracias a las noticias corridas como reguero de pólvora por toda España, pero ya les dije que entendía a mi primogénito navegando tranquilamente por las aguas antillanas a bordo de un hermoso bergantín, una palabra esta última a la que me saben estrechamente unido. De nuevo entraba en danza el conocido refrán, ojos que no ven corazón que no siente, y de esta forma evité pasar algunas semanas de zozobra y angustia, hasta saber si habría sobrevivido al vergonzoso encuentro naval.

Días después de librar el documento financiero, recibí correspondencia de mi hijo a través de nuestra Legación en el Reino Unido, fechada en la ciudad de Porstmouth, donde de forma escueta me narraba su situación y un ligero análisis de lo sucedido con la división española. Aunque Gigante intentaba mostrar su habitual optimismo y elevado espíritu de servicio, las palabras de su mano destilaban tristeza y profunda decepción. Pero en las siguientes misivas comencé a entrever una paulatina subida del ánimo, condición normal cuando la juventud se mueve en alas y los pensamientos vuelan a repique de gloria.

Debo aquí reconocer, porque es de ley, que el trato ofrecido por los britanos a los prisioneros fue excelente, superando cualquier expectativa. Los oficiales pudieron escoger lugar de residencia y viajar por los territorios de la Gran Bretaña con entera libertad, condicionados solamente con la palabra dada de no abandonar las islas. No desaprovechó la ocasión el muchacho, visitando diversas ciudades y territorios, incluidos algunos arsenales de la Royal Navy, al tiempo que perfeccionaba sus conocimientos de la lengua inglesa. Y para mi sorpresa, incluso se les asignó generosa soldada de oficial embarcado, de forma que allá donde se encontraran el día primero de mes, bastaba presentar su pasaporte a la autoridad militar, administrativa o municipal para recibir con extrema puntualidad sus haberes. Como decía Gigante, era la primera vez a lo largo de sus años en la Real Armada que recibía su paga al día y sin atrasos. Claro que con los caudales ingresados por la Gran Bretaña en el vergonzoso apresamiento, podían pagar un regimiento durante bastantes años.

En general, la prensa internacional fue negativa y contundente contra las acciones llevadas a cabo por los buques ingleses, arremetiendo en directo contra el Gobierno del señor Pitt y su persona en particular. Especial sorpresa me produjeron algunos pasajes del artículo publicado en una gaceta londinense, en el que tras anunciar en las primeras líneas que no es del día considerar la justicia de la guerra con España, sino

la justicia y la buena fe en el modo de empezar la guerra, a continuación se extendía con frases de tremenda dureza, aunque llamó mi atención muy en particular el párrafo en el que se aseguraba:

Aplaudirá el populacho necio la presa de los galeones, sin examinar si se hizo en guerra o en paz; mas los hombres sensatos se lamentarán de un proceder que compromete la buena fe de las naciones y que consigo arrastra infinitas malas consecuencias.

Aunque clasificaran como galeones a nuestras fragatas, recuerdos del pasado tal vez, ésta era la norma habitual en los diarios londinenses. Pero también en Francia se cargaban las tintas en rojo contra los britanos, dejando a las claras con cierto regocijo, sabiamente dirigidos por su Gobierno, que no se abría otro camino decoroso para España que entrar en la guerra y, de esta forma, lavar su orgullo herido en vergonzosa afrenta. Un diario de París, con cierta ironía, señalaba:

Los marineros españoles no serán considerados como prisioneros de guerra, sino simplemente personas detenidas en prevención y tratados como cualquier marinero británico. ¡Qué detalle de humanidad y bien querer, no matar a los hombres después de haberlos volado en sus buques sin declaración de guerra! Los prisioneros españoles deben estas acciones de gracia al magnánimo señor Pitt.

Por otra parte y como era de esperar, en España fue de considerable proporción el clamor popular, solicitando de modo inmediato la reparación del ultraje recibido a cualquier precio. Claro que nuestro pueblo, engañado de forma repetida por sus dirigentes en los aspectos que a la milicia se refieren, desconocía tanto la situación verdadera y calamitosa de la Real Armada, como la ruina del erario español, cuyo déficit se disparaba y los ingresos, aún en tiempo de paz, se habían visto reducidos a 675 millones de reales anuales. Debemos recordar que en los nueve años de guerra pasados, los gastos se habían elevado a siete mil millones de reales, y con la previsible entrada en nueva contienda, los ingresos se reducirían de forma drástica al dejar de arribar en fortuna los caudales de Indias.

Mientras tanto, nuestro Gobierno parecía esperar una explicación en formal disculpa por parte de Su Majestad Británica, que compensara el vergonzoso atropello y lavara la cara ante la opinión pública, aunque fuese con gotas dispersas y al desgaire. Pero no era ése el camino escogido por el señor Pitt, ni mucho menos, sino mantener la senda emprendida con tenebroso empecinamiento. Pocas semanas después de la vergonzosa afrenta, la fragata Matilde, en trayecto de Cádiz a Veracruz cargada con azogues, fue atacada sin aviso previo por el navío Donegal y la fragata

Medusa, siendo trasladada al puerto de Porstmouth tras su rendición. Y situación pareja corrió la fragata Anfítrite con el mismo navío britano, en cuyo combate perdió la vida su comandante, capitán de navío Varela, y veinte hombres. Como algunos compañeros alegaban en chanza desafortunada, llevábamos camino de cubrir el puerto de Porstmouth con más buques españoles de los presentes en alguno de nuestros arsenales.

La situación política no presentaba salida posible, sin perder la escasa dignidad remanente, por mucho que España quisiera mantener esa falsa neutralidad, una coraza de arena que los vientos acababan por dispersar. Nuestro gobierno comprendió que no quedaba más camino que la guerra a la Gran Bretaña y sumisión definitiva a los deseos del emperador francés, situación que fue declarada con patriótico manifiesto el día 12 de diciembre.

Precisamente el día en el que se anunciaba el nuevo conflicto bélico con los britanos, me encontraba en la Secretaría de Marina. Y fue en la charla mantenida con los jefes de escuadra Martín del Horno y Antonio de Escaño, cuando tuve conocimiento de los nuevos acontecimientos.

—¿Guerra a la Gran Bretaña? —pregunté sin expresar sorpresa, para continuar con tono burlón—. Era condición necesaria y mucho se ha tardado. No es recomendable que nos apresen a la Armada entera en tiempos de paz, elevando protestas a través de nuestro ministro en Londres.

—Siempre me ha gustado tu ironía Francisco, aunque algunos no lleguen a comprenderla —Escaño sonreía—. Pero nada debemos temer en esta nueva contienda, porque Su Majestad ha encargado al príncipe de la Paz, como Generalísimo, la dirección de la guerra.

Martín del Horno se removió inquieto en su sillón, temeroso como siempre de las palabras perdidas.

—Parece que también tú cultivas la ironía, Antonio. ¿Ha tomado ya alguna sabia medida don Manuel Godoy, que solucione nuestra penuria nacional? ¿Acaso se decide, tras diez años de paralización, a ordenar la construcción de algún navío? Aunque prefiera dedicar los fondos nacionales a los fusiles del Ejército, debería comprender que si no renovamos las unidades navales perdidas, especialmente navíos, acabaremos sin Armada.

—No seáis tan críticos —intervino Martín—. Algunas medidas se han tomado, como el envío de don Domingo Pérez de Grandallana para hacerse cargo del departamento marítimo de Ferrol.

—¿Abandona la Secretaría don Domingo? —pregunté, ahora con sinceridad—. ¿Quién se hace cargo?

—Don Francisco Gil y Lemus —aseguró Escaño con decisión—. Una medida, en mi opinión, acertada.

—¿Y la escuadra? —pregunté por norma, aunque un ángel me susurraba de lejos una noticia esperada.

—Como era de suponer, esa fruta de dudoso jugo se le endosa a don Federico Gravina —aseguró Escaño de buen humor, dada su habitual querencia y admiración por el general—. Debe estar cercano su regreso, una vez lidie con los franceses el Tratado para las próximas operaciones conjuntas. Y no es tarea fácil discutir acuerdos con el elevado emperador. En cuanto lo remate, supongo que saldrá como correo de postas hacia la Corte, para pasar a la escuadra con rapidez.

—Has asegurado que era de esperar el nombramiento de Gravina —terció Martín—. No estoy de acuerdo. La gran Señora se negaba y, según tengo entendido, llegó a exclamar que nada quería saber sobre Gravina y los malos españoles que allí tenemos, refiriéndose a París. Creo que Godoy lo ha escogido para agradar al emperador Bonaparte.

—Es noticia corrida entre nuestros compañeros, el rendido amor de nuestra Reina por la Real Armada y por don Federico en particular —Escaño contenía sus palabras con evidente esfuerzo.

—Nueva guerra con los britanos y de la mano del francés. La Historia se repite de forma tozuda. No es un dulce apetecible —mascullé en voz queda, como si hablara para mis tripas.

—Razón tienes, Francisco —también Escaño entonaba a la baja—. No sé por qué, me viene a la cabeza con extremo detalle aquella reunión que mantuvimos en Cádiz, después del combate de San Vicente, en la residencia del general Gravina. Dijiste una frase que recuerdo perfectamente: Esta página indigna de nuestra historia sólo se puede borrar con sangre. Y tu cuñado Santiago, ese jabato de corta alzada, pocos días antes de caer herido de muerte, remató con unas palabras que no puedo olvidar: Que corra, pues, la sangre en la necesaria cantidad. Por desgracia y en vista del estado de lo que resta de nuestra Real Armada, si llegamos a librar combate de escuadra con los britanos, creo que es lo único que podremos ofrecer a la Patria, nuestra sangre en abundancia para lavar el orgullo y mantener el honor al menos.

Se hizo el silencio, mientras los tres dirigíamos la mirada hacia el suelo. Porque éramos conscientes de lo que se nos venía encima. Una Armada bajo mínimos, sin pertrechos, dotaciones, pagas ni haberes, debería enfrentar a los britanos con el auxilio francés, un auxilio de dudosa efectividad en los momentos críticos. Elevé una pregunta para romper la suerte.

—¿De dónde sacará el príncipe de la Paz los dineros necesarios para hacer frente a la guerra? Según se comenta, el déficit llegó a las alturas y los empréstitos con las bancas principales rebasaron el tope.

—Ya se alegó tal medida ante el emperador —recalcó Martín—. Bonaparte contestó a nuestro Señor con un tono poco apropiado, aunque ya sea costumbre inalterable en sus escritos, que vendiera dignidades y títulos, dispusiese la enajenación de los bienes de la Orden de Malta, así como contribuciones especiales al clero y diversas clases del Estado. Incluso susurraba entre líneas las posibles ventas de las propiedades eclesiásticas.

—¿Cómo hicieron los revolucionarios? Bueno, la verdad es que gracias a esa medida consiguieron poner en pie un ejército de un millón de hombres, que acabó por invadirnos en la guerra a la Convención. De todas formas, es una barbaridad arrebatar a la Iglesia sus propiedades —reconocí con decisión.

—La recomendación francesa debió llegar a oídos de algunas altas magistraturas de la Santa Madre Iglesia. Según comenta la Gaceta, se han comenzado a recibir donativos del clero en generosas cuantías, entre los que debemos destacar el correspondiente al cardenal don Luis de Borbón, arzobispo de Toledo y arzobispo administrador de Sevilla. Ha ofrecido de sus rentas personales 50 000 reales mensuales por todo el tiempo que dure la guerra, más 25 000 como administrador de Sevilla. Además, piensa colaborar con los hijos y mujeres de los diocesanos que a la guerra concurren y destaquen por su valor. Según asegura el cardenal con sus propias palabras, para poder hacerlo con mayor largueza, he mandado con esta fecha reducir mi mesa y la de mis familiares a sólo un cocido, con su principio y postre.

—Qué generosidad la del cardenal —me mantuve con ironía—. Deben ser sus rentas de altura. Pero no creo que alcancen para la pólvora y la galleta.

—Desde luego que no. Pero esa cuestión la ha lidiado don Manuel Godoy en directo con el banquero francés Ouvrard —la voz de Martín apenas se escuchaba—. Y ha sido un tanto..., un tanto...

—Por favor, Martín —no pude contener mi irritación—. Arranca de una vez, que ninguna oreja indiscreta escucha en este salón.

—Tuve conocimiento del contrato a través de mi cuñado, que ocupa un elevado puesto en la Real Hacienda, aunque nada hayan tenido que ver sus funcionarios con ese negocio. Parece que Godoy ha firmado un contrato con el banquero francés, en el que figura asociado Su Majestad don Carlos. A ese Ouvrard se le entrega, en la práctica, el control absoluto del comercio con las Indias.

Aquel fue el escopetazo definitivo. Escaño y yo nos miramos y, aunque parezca difícil de creer, no era incredulidad lo que mostraba nuestros rostros, sino indignación y vergüenza.

Abandoné la Secretaría con el espíritu arrinconado en la sentina, como tantas otras veces. Todo se cernía en negro y con mar en crestas de dolor para España, una situación que deberíamos sufrir de capitán a paje, aunque la Armada sería utilizada como débil espolón ante muralla de fábrica. Debía ser el peso de los años, pero los presentimientos que siempre desechara hacia la estela, se mantenían ahora aferrados al pensamiento sin posible escape. Se acercaban momentos de sacrificio y sentía cierto temor, no por mi persona, bien lo sabe el dios de los mares, sino por los Leñanza que seguían aguas por mi popa a medio tiro de cañón.

Al menos, en la Secretaría me habían comunicado que se esperaba el regreso de los prisioneros o detenidos en Gran Bretaña al puerto de Ferrol. Era la única satisfacción del día, pensar en la posibilidad de abrazar a mi hijo cuanto antes.

Aunque pueda parecer extraño, dada mi conducta de los últimos años, a partir de

la conversación mantenida con mis compañeros, sentí una inquietud sólo comparable a la que padecí de guardiamarina cuando deseaba embarcar en las flotantes para el definitivo ataque a la plaza de Gibraltar. La guerra que enfrentábamos podía ser definitiva y la sangre bullía en mis venas, deseando tomar parte en ella, aunque fuera como el último grumete de cualquier buque. Por esta razón, aceché como pedigüeño al quite la llegada del general Gravina a la Corte. Día tras día, por una u otra razón, preguntaba a amigos y enemigos, para estar en conocimiento de su llegada. Aunque lo suponía con mil problemas a resolver, estaba dispuesto a ejercer como habría hecho Pecas y abordarlo con toda la fuerza que se mantenía en mi alma.

Mientras rondaba los pasillos de nuestro ministerio, tuve conocimiento de que se había autorizado la salida de los prisioneros españoles en Inglaterra hacia puerto español. Y mucho se discutió la obligación impuesta por los britanos de que empeñaran su palabra de honor en no combatir durante la nueva guerra abierta. Por mi parte, la dualidad establecida en mi pecho se reflejaba una vez más. Una lejana y escondida voz aplaudía tal medida en los bajos, por lo que significaba en cuanto a protección del joven. Pero como oficial de la Armada protestaba de llano como muchos compañeros, considerando tal palabra como no dada u obligada en deshonor, por no haberse rendido aquellos hombres en situación de guerra. Y así parecía respirar el mismísimo Secretario, por lo que se dejaría a la conciencia de cada oficial tomar la decisión final. Por mi parte, pensaba recomendar a Gigante que no se ciñera a la palabra dada, por exigirla quien ni siquiera conocía el significado del honor.

Entramos en el nuevo año de 1805 con sentimientos contrapuestos y notable mengua en la familia. Gigante no había arribado todavía a puerto hispano, mientras el joven Francisco se encontraba embarcado como guardiamarina en una fragata de la escuadra de Cádiz. Al menos, Rosalía se había convertido en una preciosa mujer, los hijos de Pecas y María Antonia crecían con salud, mientras la madre intentaba cubrir los huecos con su permanente sonrisa y buen hacer. Setum, por su parte, hablaba de ascensos y honores para todos en la presente guerra, aunque sabía tan bien como yo la verdad que se nos abría a proa.

La espera de don Federico se alargó sin cuento, pero por fin conseguí el fruto a mi perseverancia. Tuve conocimiento de que el 31 de enero, abatido tras alargado y penoso viaje, llegaba a la casa que su hermano, nombrado como Nuncio de Su Santidad, poseía en Madrid. Y como venía dispuesto a no perder un minuto, salía de viaje al día siguiente hacia el Real Sitio de Aranjuez, donde se encontraba la Corte. Mucho debió conferenciar con Su Majestad y con el príncipe de la Paz, porque retrasó algunos días su regreso. Sabía que era la ocasión, posiblemente única, por lo que me presenté en la residencia del Nuncio dispuesto a todo.

La suerte me amparó una vez más. Don Federico, según palabras de Mazanini, se encontraba a solas, esperando la visita de algunos generales para una hora más tarde. Mientras le pasaban mi petición de visita, dispuse de algunos segundos para hablar con Barreda a solas, quien fiel a su costumbre se explayó sobre las dificultades

sufridas por el general en París, especialmente con los hombres de Godoy, descarados espías en la propia casa que informaban al gusto sobre sus movimientos. Por su boca supe de la nota enviada por Izquierdo al príncipe de la Paz, escrita con su habitual resentimiento hacia la Armada, en la que le recomendaba los pasos a seguir para cumplir el Tratado en lo que a la Armada respectaba:...enviar tres comisionados, no marinos, a los tres Departamentos Marítimos, para que asistan a todas las operaciones y den cuenta de todo; retirar de los Departamentos todo oficial general de la Armada inútil, todo oficial que no sea apto para tomar el mando; todo hombre que siga el sistema de que no pueden nuestros navíos pelear con los de los ingleses; en fin, que no haya gratificaciones de mesa para los oficiales sino cuando estén navegando, y en su mitad o en la tercera parte cuando el navío se encuentre en puerto. Así saldrán a la mar...

Quedé espantado con aquellas palabras, deseando retorcer el cuello de aquel sacamantecas descarado y resentido. Sin embargo, Barreda opinaba que don Manuel Godoy, habituado a jugar con todas las cartas de la baraja y en falso doblete, había estrechado al general a su llegada a Aranjuez como hermano más querido, al tiempo que le ofrecía todas las facilidades para ocupar su puesto. Y no pudimos continuar la conversación porque ya aparecía en la sala quien conformaba todas mis esperanzas.

Como tantas otras veces, Gravina me abrazó con el especial afecto que en verdad sentía por mí. Debo reconocer que lo encontré ojeroso y ligeramente avejentado, aunque comprendía que los últimos días debían haber sido de una gran agitación. Comencé mi parla con un ligero rodeo, dudando en atacar el meollo.

—¿Qué tal le fue la estancia en París como ministro de España, señor? Creo que asistió a la coronación del Emperador Napoleón.

—Bien desearía borrar esos meses de mi hoja de servicios. Ya sabes, Francisco, que los hombres de mar nos movemos como gamo con zancos en esos menesteres. En los primeros meses, mi obsesión era calmar las ansias de Bonaparte e intentar que rebajara los subsidios impuestos por el Tratado. Llegué a alegar una y mil calamidades que sacuden nuestra empobrecida España, sin contar las recientes epidemias de fiebre amarilla, la escasez de grano y tantas otras penalidades.

—Pero una vez entrados en guerra, se acabó ese problema.

—En efecto, pero debía manejar con el emperador y sus ministros el nuevo Tratado y nuestra aportación, especialmente naval, a unos proyectos que, por cierto, nos mantiene a escondidas como si fuésemos espías enemigos.

—Pero tenemos derecho a saber con detalle cuál es el fin que se persigue en cada momento de la guerra —exclamé, furioso.

—Nada es fácil con Bonaparte, que no se fía ni de sus propios ministros o generales. En fin, han sido meses que siempre recordaré de especial dureza.

Aunque no quería caer en pensamientos grises, me pareció escuchar la voz de Pecas en la lejanía, aduciendo que no era don Federico la persona adecuada para haber llevado a cabo tan importante ministerio, una persona sumisa en exceso con los

superiores y a quien tanto ofende llevar la contraria, aunque sean ministros extranjeros. Pero no era momento de ablandar la sesera en esa línea y le entré al cuero.

—Señor, sé que no dispondrá de un solo segundo para cuestiones menores y siento repetirme una vez más a lo largo de tantos años. Pero necesito decirle que, como el más humilde de los guardiamarinas, deseo fervientemente embarcar a su lado en esta nueva contienda.

Gravina me miró con esa sonrisa burlona que tan bien conocía, lo que tranquilizó al punto las aguas del cerebro, mientras tomaba asiento y me ofrecía el sillón contiguo. Sentí crecer los nervios en la barriga, recordando aquella lejana jornada en la que me presentara como voluntario al general Barceló para marinar sus cañoneras en la bahía algecireña. Dicen que, con el paso de los años, los sentimientos regresan a la juventud y ése debía ser mi caso.

—Estaba seguro de que te encontraría a mi regreso. Parece ser una norma establecida al fuego en nuestras vidas —mantenía la sonrisa tranquilizadora—. Pero debo serte sincero. Soy consciente de las lagunas abiertas en mi formación como general de la Armada. Por esa razón, desde París comuniqué al príncipe de la Paz que deseaba a don Antonio de Escaño a mi lado como mayor general de la escuadra, aunque ostente un empleo demasiado superior para tal puesto. Pero es sin duda el mejor y debemos aprovecharlo. Conseguí la firma de su destino estos días pasados en Aranjuez. Debes tener en cuenta...

—Lo comprendo y aplaudo, señor. Cualquier general sabe que nadie como Antonio para ocupar ese puesto. Es nuestro mejor táctico y el que más a fondo domina tratados de maniobra, cuadernos de señales, ordenanzas y todo lo necesario que un mayor general ha de conocer, aunque ya sea jefe de escuadra. También don José de Mazarredo opinaba en la misma línea y lo mantuvo a su lado cuando pudo. Pero no le pido ocupar un puesto determinado, ni siquiera el de cabo de escuadra. Tan sólo quiero participar en la guerra a su lado.

—Ya te dije hace muchos años, que nuestros destinos se encontraban amadrinados para el bien y para el mal. Parece que no marré en mis presentimientos. Pero como bien sabes, es faena de lomos duros la que hemos de afrontar en los próximos meses. Y puedes estar seguro de que deseo tenerte junto a mí. Creo que Escaño y tú formaréis un buen equipo a mi lado, aunque muchos dirán que es un lujo disponer de dos jefes de escuadra en la capitana. Pero poco me importan los comentarios de alcoba. Te incorporaré a la escuadra, aunque sea como asesor personal o...

—Es indiferente el puesto a cubrir, señor. Me une una buena y estrecha amistad con Antonio, a quien mucho admiro, y no aparecerán roces entre nosotros. Sabe que serviré a su lado con toda lealtad.

—Ya lo sé, Francisco, nunca lo he dudado.

Se interrumpió nuestra privada conversación por la llegada del teniente general

don Ignacio María de Álava y el jefe de escuadra don Antonio de Escaño. De esta forma, regresamos al tema parisino y las pruebas que allí debió sufrir don Federico. Sin embargo, fue Escaño quien entró directamente en el tema naval concreto.

—Creo, señor, que Su Majestad ha firmado el Tratado con la Francia, donde se detalla nuestra aportación.

—En efecto. Ese fue el último toro que debí lidiar como embajador. En él se exponen las fuerzas francesas disponibles, con especificación de los puertos, así como las que el emperador estima como mínimas por nuestra parte, aspecto de difícil consecución si, como entiendo, nuestros arsenales andan bajo mínimos.

—¿Qué se espera de nosotros? —preguntó Álava a ritmo de disparo.

—En Ferrol deberemos disponer ocho navíos de línea, siete como mínimo, con víveres para seis meses y agua para cuatro, así como cuatro fragatas para combinar operaciones con los cinco navíos y dos fragatas de la Francia que se encuentran en dicho puerto. Estos buques, con las fuerzas del Ejército presupuestadas, deberán encontrarse listos para hacerse a la mar entre el 20 y 30 de marzo próximo.

—No será fácil —expresó Escaño lacónicamente.

—Nada será fácil, Antonio. Pero siguiendo la línea marcada, en Cartagena y con las mismas características, se encontrarán alistados seis navíos de línea. Y por último, el punto que me afecta directamente, en Cádiz deberemos aprestar 15 navíos de línea, 12 como mínimo, con el mismo abastecimiento de los de Ferrol, también listos para salir a la mar antes del 30 de marzo. Preveo que esta fuerza deba enlazar con la escuadra del almirante Villeneuve. Esta faena la tomaré de mi mano como sabéis, razón por la que, en cuanto me libere el príncipe, saldré para Cádiz. Tú deberás hacerlo ya —señaló a Álava—, y es mi idea que quedes al frente de los buques restantes cuando me haga a la mar.

—De acuerdo. Pero ya sabes que será muy difícil encontrar hombres para equipar esos buques.

—Precisamente impuse una nota final al Tratado, como embajador y oficial de la Armada, en la que aseguraba que los 30 navíos podrían estar listos para las fechas señaladas, pero que sería empresa hartó complicada reunir los equipajes, así como los seis millones de raciones que serán necesarias para los seis meses de operaciones previstos. Sin embargo, el príncipe me ha asegurado, y no debo dudar de su palabra, que dispondremos de los fondos imprescindibles para las campañas, aunque no sé de dónde saldrá el milagro.

—¿Y las pagas del personal? —preguntó Escaño, escueto y directo como siempre.

—También recibí compromiso del príncipe en ese aspecto, que sabéis me preocupa mucho.

Debo reconocer que aquellas palabras sonaban en mis oídos a cantos de sirena embrujada, porque no era la primera vez que las escuchaba sin confirmación posterior. Y por el rostro que mostraban mis compañeros, entendí que las nubes

volaban en el mismo sentido por sus cerebros. Conseguir la recluta voluntaria o forzosa de hombres suficientes para marinar 30 navíos en un par de meses era empresa imposible, y todos lo sabíamos, a no ser que aceptáramos a bordo hasta los endemoniados y posesos de todos los reinos. Álava entró en una pregunta, que todos deseábamos presentar.

—¿Se sabe el destino de esas escuadras?

—Ya sabéis que Napoleón esconde sus planes en la alcoba y bajo siete claves. En cuanto a los términos del Tratado, el emperador se reserva dar conocimiento durante un mes del destino de las escuadras al Rey de España y al príncipe de la Paz.

—Eso es inadmisibile —Barreda entraba a saco.

—Todo es difícil con el emperador, pero así se mueven las aguas. Por cierto, Antonio —Gravina deseaba cambiar el tema—, ya ha firmado Su Majestad tu nombramiento como mayor general de mi escuadra. Y como soporte mental —esgrimió una sonrisa—, nos acompañará Francisco a bordo. Creo que formaremos un buen equipo.

—Mucho me alegro —Escaño era sincero y golpeaba mi brazo con afecto—. Aunque le falte una mano, es capaz de transmitir su valor a las dotaciones. Además, es el mejor general para planificar el adiestramiento de nuestros hombres.

—Estoy de acuerdo. Bueno, señores, esto es todo. Mucho trabajo se nos abre por la proa. Como os decía, es mi intención salir para Cádiz en los próximos días, en compañía de Antonio y Francisco. Arreglen los temas familiares, aunque para ti, Antonio, sea más fácil.

—Ventajas de la soltería, señor, aunque no sea por motivos religiosos.

—Algún día —terció Álava—, debería contarnos Antonio ese lance de amores sufrido en Indias, del que acabó herido de gravedad. Según dicen, salió en defensa de una dama, aunque parece ser que nadie sabe la verdad.

—Es mucha la faena que se nos presenta, para entrar en temas sin importancia —Escaño sonrió en torcido, largando cabos a popa.

—Ignacio, debes salir para Cádiz inmediatamente —Gravina recalca sus decisiones—. Es mi idea que tomes a tu cargo el armamento de los navíos, mientras Juan María^[30] se dedica al aprovisionamiento. Díselo de mi parte. Celebraremos la próxima reunión en Cádiz. Y a vosotros dos os tendré al día para el traslado.

Abandoné la residencia del Nuncio con el espíritu en alas. Aunque no consiguiera un destino determinado, encontrarme junto a Gravina y Escaño en la escuadra, con la vista dirigida en las próximas operaciones, parecía insuflar aire nuevo en los pulmones. Eran muchas las nubes negras por el horizonte, pero preferí dejarme llevar por el rumor de las aguas sin pensar en otra cosa. La vista de la mar infinita calmaría los males, estaba seguro, y volvería a vivir la vida que me impuse desde los primeros años de mi existencia.

10. La escuadra

Debimos apresurar los preparativos para el viaje, con Setum enfrascado en marea de pedidos, apresto de uniformes, instrumentos y baúles al copo. Era sabio el africano que, sin comentarios por mi parte, adivinaba que se podía tratar de una campaña alargada en meses. Y no sobró el tiempo, porque ya el día 10 de febrero nos largaba aviso urgente el general Gravina, de que al día siguiente, con las primeras horas del alba, partiríamos para Cádiz. Llegó de nuevo ese marcado sufrimiento con el rumor de las despedidas familiares, en especial de los que más lo sentían, un ejercicio perdido allá lejos en la memoria del tiempo. Pero era María Antonia una mujer de cuerpo entero, de las que traga el vinagre para devolverlo en buena añada, mientras es capaz de sufrir una tramontana cerrada sin mostrarlo en su rostro. Los dos sabíamos que el futuro se abría en negro y, a pesar de eso, no llegó a perder jamás aquella sonrisa de cariño y esperanza.

El único pensamiento que reconcomía mis más íntimos sentimientos, si los dejaba rodar por la pendiente sin aparejo de retenida, era la idea de que, una vez más, la Real Armada de España quedaba a disposición y disfrute personal de Bonaparte, un innoble personaje al que llegué a repudiar hasta límites pecaminosos desde el fondo de mi alma. Dolía pensar que aquella alianza no presentaba el necesario aspecto de una mutua colaboración, sino que el emperador francés ejercía como jefe máximo de las fuerzas hispano-francesas, sin obligarse siquiera a concertar y discutir los futuros planes de campaña que se mantenían cerrados en su abigarrada mollera. Se perseguía como única meta la establecida por él y para gloria de la Francia, sin que los intereses españoles aparecieran por ningún cuadrante. En el Tratado firmado, tan sólo se nombraba la posible recuperación de la isla de la Trinidad, pero ni una sola palabra sobre la dolorosa prenda de Gibraltar, lo que nunca habría sido admitido por don Carlos el Tercero ni por su padre.

Mucho me temía las posibles elucubraciones tropicadas en el cerebro del pequeño corso, tan ignorante de las cosas de la mar. De todas formas y como aseguraba don Federico Gravina, el plan único y final del emperador era la invasión de Inglaterra, para lo que necesitaba dominar o encontrar libres durante unos pocos días las aguas del Canal. A partir de ahí, su mente terrestre planificaba diversas combinaciones de escuadras, con erráticos movimientos por los mares y océanos, como si se tratara de compañías del ejército en campo llano. Había que distraer al inglés el tiempo suficiente, aunque para conseguir su propósito se perdieran de una sola tacada todos los buques españoles. Y aunque alguno de sus almirantes intentaban explicarle que los movimientos de escuadras a lo largo de una carta marítima en poco se parecen a los despliegues terrestres que, hemos de reconocer, llevaba a cabo con genial maestría, sonreía el pequeño corso como pelele endiosado que no necesita de consejos.

Durante el largo trayecto hacia el sur, Gravina nos comentó en líneas generales las conversaciones mantenidas en los días precedentes con el príncipe de la Paz y el general Beurnonville, embajador francés enviado por el emperador, para concretar algunos detalles del inmediato futuro. Pero aunque intentara esparcir el manto de la concordia, quedaba establecido con plena claridad que no se llegaban a discutir en detalle los planes de campaña, sino que el francés exponía los designios de su jefe como dogma de ley y muy al hilo grueso, posiblemente porque tampoco él los conocía. Y aunque don Federico nos concedía confianza grande, navegaba entre dos aguas por sus compromisos personales que, en verdad, no eran fáciles de defender. Pero también nuestra lealtad era alta, lo que nos impedía entrar a saco en algunas materias que debían quedar a cubierto.

El general Gravina, fiel a su Rey como siempre, acudió a Aranjuez para despedirse de él en la jornada precedente a la partida, momento el que Su Majestad le ratificó y amplió si cabe las facultades otorgadas como comandante general de la escuadra del Océano. De esta forma, tomaba el control del grueso de nuestras fuerzas, mientras las escuadras menores de Ferrol y Cartagena quedaban bajo el mando de los generales Grandallana y Nava respectivamente. Insistió don Carlos en la necesidad de alistar los buques para la fecha ordenada por el emperador, a lo que don Federico alegó una vez más los problemas de pertrechos y, de forma muy especial, de hombres de mar, prometiendo, sin embargo, el máximo empeño de la Armada.

Por fin nos lanzamos a la aventura, que así la enjuiciaba yo en mis adentros. Tras un penoso trayecto sin descanso para animales ni personas, salvo el mínimo imprescindible, arribamos a la gloriosa ciudad gaditana en las últimas horas del día 13, embocando directamente los carruajes hacia la casa particular de don Federico. Y a pesar de nuestras protestas, allí nos instalamos provisionalmente, hasta decidir en qué buque de la escuadra izaría su insignia.

A primeras horas de la mañana, tanto Escaño como yo acompañamos a Gravina a la misa en la parroquia cercana de Santiago. Debo recordar aquí las profundas convicciones religiosas del general, con una devoción que excedía la nuestra por millas. Una vez celebrado el santo sacrificio, tomamos a buen ritmo el camino de la calle de la Pelota, para continuar por la plaza de San Juan de Dios hasta alcanzar la puerta del Mar, que ofrecía salida al muelle. Y de acuerdo con el recado enviado a nuestro paso por la isla de León en la tarde anterior, allí nos esperaba la falúa del general primorosamente empavesada, como si debiéramos asistir a una inspección de escuadra.

Ordenamos al patrón dirigirse hacia el arsenal de la Carraca. Aunque nos encontrábamos a mediados del mes de febrero, el ligero viento del sudoeste y los primeros rayos del sol confortaban el cuerpo lo suficiente, aunque Escaño cerraba el casacón al cuello, como si temiera recaer en las fiebres que lo habían atacado semanas atrás. Pero para mí fue un bálsamo tranquilizador recibir aquella primera brisa de la bahía, al tiempo que el olfato se engolfaba en el dulce olor de la mar, que

así nos parece cuando lo hemos añorado en la distancia durante meses. Por fin, avistamos el embarcadero en la lejanía para, poco después, comprobar que ya nos esperaban a cantil del muelle don Juan Joaquín Moreno, comandante general interino del departamento marítimo, don Juan Ruiz de Apodaca, al mando del arsenal, así como Ignacio María de Álava y Juan María de Villavicencio. Y sin perder un segundo, decidió Gravina llevar a cabo un detallado recorrido por el establecimiento. Sin descanso pasamos inspección ligera a los buques, diques, almacenes, parques y cualquier elemento de interés. El general quería comprobar con sus propios ojos los trabajos llevados a cabo desde la declaración de guerra, de acuerdo a las órdenes dictadas personalmente por el príncipe de la Paz en la primera quincena del mes anterior.

Es verdad celestial que cuando esperamos tiempos cerrados en rumazón de muerte, una pequeña luz, por tenue que sea, nos hace ver el horizonte con suficiente claridad. De esta forma, tan negativo era el panorama estimado en nuestros pensamientos, que tanto el general Gravina como Escaño y yo encontramos mejor de lo previsto el estado general de los buques, aunque era mucha la labor a proa y escaso el tiempo disponible. Así lo comentamos al finalizar la extenuante jornada, mientras atacábamos un ligero refrigerio en la residencia del general Moreno.

—Debo reconocer, amigos míos, que mucho habéis trabajado en estas pocas semanas. El resultado queda a la vista y por largo sin duda alguna. Y ya de entrada puedo deciros que estoy de acuerdo por completo con la elección de los buques que se han ordenado armar.

—Pero escaso el tiempo disponible —era Moreno quien entraba en rebaja de quites, con su habitual realismo—. Con toda sinceridad, Federico, no creo que el día 20 del próximo mes de marzo se encuentren listos para salir a la mar los doce navíos, que marcaba como imprescindibles don Manuel Godoy en su precisa comunicación. Como es fácil comprobar, faltan pertrechos en racimo y carena en algunos buques, sin contar con la peor asignatura que será, sin duda, la escasez de hombres y víveres. De todas formas, parece que las órdenes dictadas directamente por el príncipe a los diferentes proveedores funcionan. Incluso se han recibido 4500 quintales de cobre para el forrado de los cascos de las unidades, sin contar el apoyo de las fábricas catalanas, aunque nos falte madera, jarcia, artillería, pólvora y sean escasos los operarios de la maestranza para abarcar tanto aliño.

—Necesitamos grano de forma urgente —Villavicencio era el responsable del acopio de víveres, especialmente respecto a la fabricación de la imprescindible galleta marinera^[31]. Debemos ampliar el campo de actuación hasta las provincias cercanas si es necesario.

—¿Y los hombres? —preguntó Gravina.

—La situación es dramática aunque se prevea una tenue luz al final del túnel. A la habitual falta de matrícula, debemos añadir las bajas por las epidemias sufridas en Cartagena y, con mayor severidad, en Cádiz, donde afectó a 50 000 personas y 10

000 fallecieron. Por esa razón y ante nuestras peticiones en llanto, Godoy ha ordenado el traslado inmediato de 2500 hombres de Ferrol a esta plaza —Álava parecía disponer de todos los detalles en su cabeza—. Estimo unas necesidades de la escuadra que rondarán los 4000 hombres de mar y, según preveo, con las expediciones en curso nos faltarán todavía unos doscientos. Como podéis imaginar, no hablo de verdaderos hombres de mar sino de ligeras aproximaciones, con mucha leva y escaso género de sal en sangre. La situación era tan negra que conseguimos jurisdicción para tomar a cuenta casi toda la gente dedicada a la pesca, razón por la que se ha autorizado a los patrones de los faluchos para incorporar a bordo gente de tierra con los mismos derechos de los matriculados.

—¿Y los artilleros? —insistía Gravina con el rostro serio.

—En mi opinión, y ya sabes que no pecho de pesimista, no se cumplirá la promesa de los 400 artilleros del Ejército, condición que estaba cantada por imposible. También el príncipe, que entra por derecho en temas demasiado menudos —se notaba cierto tono crítico y despectivo en Álava—, ha decidido sustituirlos por tropa de los batallones de Infantería de Marina adiestrada al efecto, como se ha hecho en Cartagena para armar los seis navíos que se deben alistar en aquella plaza. Lo que desconoce don Manuel Godoy es que el resultado no ha sido nada satisfactorio. Por otra parte, considero un problema la escasez de llaves de fuego para los cañones. La fábrica de la Carraca no da más de sí, porque tan sólo es capaz de producir en un mes las necesarias para un navío. Debemos solicitarlas a Vizcaya y San Sebastián, donde se están construyendo más de dos mil, aunque sean de fusil. Y en último caso, se han hecho pruebas satisfactorias, aplicando a los montajes llaves de pistola acopladas por medio de tacos de madera en cuña.

—Lo perfecto nunca se alcanza —afirmó Gravina—. Es un problema que arrastramos desde años atrás, en el que nos aventajan por largo britanos y franceses. Churruca trabaja en ese aspecto, con diversas opciones en comparación. ¿Y la artillería?

—Hay de todo en la cesta —continuaba Álava—. Debemos ceñirnos a los informes de Rovira y al grupo de trabajo que llevó a cabo las comparaciones. Cañones recamarados y obuses en vez de carronadas, condición con la que personalmente discrepo. Además, me temo que su instalación sin medida genere más problemas que beneficios. Los planes establecidos para cada tipo de navíos, puede llegar a sobrecargarlos y no es bueno disponer de tanta boca artillera, con el municionamiento y servidores que se necesitan.

Se hizo un ligero silencio, como si cada uno de nosotros pensara en distintos problemas. Ruiz de Apodaca preguntó lo que para él constituía el principal tema.

—Entonces, señor, ¿ratifica los doce navíos señalados para su alistamiento? Debo saberlo cuanto antes.

—Por supuesto. Puedes darlo por firmado. Si recuerdo bien son Santísima Trinidad, Santa Ana —Gravina iba contando con los dedos de su mano, mientras

cerraba los ojos—, Argonauta, San Rafael, Terrible, Bahama, Glorioso, San Leandro, España, América, Castilla y..., creo que me falta uno.

—Navío Firme —contestó Apodaca con rapidez—. Deberá nombrar los comandantes cuanto antes, condición de la mayor importancia para que las prendas vuelen a bordo al gusto.

—Mañana mismo traeré la lista con los nombres, para elevarla a la Secretaría. Pero —parecía dudar—, tras la visita girada por el arsenal, me ronda una idea por la cabeza. ¿No estimáis como posible armar también el Rayo y el San Justo?

—Bueno —Ruiz de Apodaca se rascaba la cabeza, dubitativo—, al Rayo le falta casi todo el aparejo, menos la jarcia mayor. También hay que suministrarle los cables y la mitad del trapo. En cuanto a la artillería, no dispone de una bala de a 36 ni obuses de a 24, porque no queda ni un ejemplar en el arsenal, uno de los problemas elevados en mi informe. El San Justo anda en parecidas condiciones y, además, no dispone de casi ninguna pieza de la primera batería. Sin embargo, debo recordarle que don Manuel Godoy, en escrito dirigido al general Moreno, hablaba de doce navíos con exacta puntualidad.

—Lo pensaré, pero más vale que sobren y disponer de un par en reserva, por si surge algún problema inesperado. Se lo comunicaré al príncipe, al tiempo que incluyo la propuesta de los comandantes. Bueno, ahora quiero explicaros el plan estratégico decidido por el emperador, o lo que de él conocemos, que no abarca al punto y la coma.

Gravina dejó en el aire las últimas palabras, mientras nos aprestábamos a escuchar con atención.

—Como sabéis, la idea recurrente del emperador ha sido siempre la invasión de Inglaterra, hasta conformar una verdadera obsesión. De esta forma, ha concentrado en Boulogne un número de tropas que varían a lo largo del tiempo, de acuerdo con las necesidades de la guerra que se abren en el teatro europeo en cada momento. Inicialmente, pasó por su cabeza la idea de que saliera el almirante Villeneuve de Tolón, pasando sucesivamente por Cartagena, Cádiz, Ferrol, Rochefort y Brest, hasta engrosar una fuerza naval cercana a los 60 navíos. Con tan poderosísima escuadra y las unidades menores de esos puertos, pretendía barrer a los ingleses que bloquean el Canal y proteger el desembarco del Ejército desde Boulogne.

—No es tarea fácil barrer a los ingleses de la mar —acuñó Escaño.

—Desde luego —confirmó Gravina—. La única debilidad de los britanos es su dispersión, forzados a los bloqueos, con escuadras y divisiones muy repartidas por los mares y océanos, de acuerdo a la estimación en las fuerzas enemigas. Si Villeneuve consigue engañar al almirante Nelson y esquivarlo en el Mediterráneo, puede ganar un tiempo precioso. De todas formas, no era ésa mi idea, que discutí por largo en París. En mi opinión, la reunión de nuestras fuerzas aliadas debería hacerse en un punto más lejano, alguna isla de las Antillas podría ser la solución. Una vez allí, atacar y recuperar islas, con lo que se arrastraría al escenario alguna escuadra inglesa.

Ese sería el momento de regresar en conjunto y de forma súbita a los puertos del Canal, despistando a los ingleses, aunque sé de la proliferación de sus fragatas en descubierta. Pero hoy por hoy, estimo que Bonaparte está más empeñado en la Europa continental y no piensa en el desembarco cercano, aunque regresará a esa idea tarde o temprano.

—En ese caso —preguntaba Moreno—, ¿para qué debemos estar listos el 20 de marzo?

—Villeneuve debe haber salido de Tolón hace días. Recogerá a su paso por Cartagena a los navíos del general Nava, así como a nosotros días después, que se estima en la fecha señalada. Al mismo tiempo, el almirante Missiessy deberá abandonar Rochefort y unirse a nosotros en la Martinica para llevar a cabo algún ataque sobre las Antillas británicas. Pero, la verdad, no sabemos si hay una segunda parte del plan, todavía desconocida para nosotros, por triste que sea reconocerlo —Gravina torció el gesto—. Ese aspecto es el que falla sin medida a la estrategia del emperador, porque no es fácil dictar órdenes y contraórdenes para escuadras situadas a miles de millas, con los imponderantes que pueden abrirse en la mar.

—En ese caso. ¿Recuperaremos la isla de la Trinidad? —preguntó Álava con media sonrisa.

—La verdad, no creo que se encuentre entre los primeros objetivos del emperador, aunque aparezca su nombre en el Tratado. Ya veremos cómo se abre el futuro.

—Me gustaría hacerte una pregunta franca, Federico —era Moreno quien se aprestaba al quite—. ¿Qué opinas sobre Villeneuve, a quien el emperador otorga la máxima responsabilidad de su Marina?

Gravina dudó algunos segundos, antes de intentar la respuesta. Por mi parte, sabía que no se mojaría al ciento en sus comentarios.

—He hablado en París varias veces con Silvestre Villeneuve. Se trata, sin duda, de un hombre valiente que desea escalar los más altos puestos. Su preparación táctica es confusa, y os ruego que esta opinión quede entre nosotros, pero eso puede remediarse con buenos colaboradores, como es mi caso —nos dirigió una sonrisa a Escaño y a mí—. Entre sus compañeros se le achaca sin rebozo falta de autoridad e iniciativa, aunque no podría corroborarlo.

—En el combate de Abukir, donde mandaba la retaguardia, dio la blanda hasta la cofa. Y fue bastante censurado por sus propios compañeros.

—Podemos decir sin entrar en error, que en Abukir fue Nelson quien triunfó de plano. Aunque muchos lo duden, la Marina francesa se parece en estos días bastante a la nuestra. Buenos buques, pero escasos hombres de mar.

—¿Dónde piensas izar tu insignia, Federico? —preguntó Villavicencio.

—Pues si te soy sincero, no lo sé todavía. Desearía un navío de tres puentes, desde luego, para que la plana mayor disfrute de espacio suficiente. Pero veo que son de los más atrasados, así que ya veremos la situación conforme avancen los trabajos.

Si nos hemos de dirigir a las Antillas, preferiría uno bien velero. La verdad, no entra en mis deseos escoger el Santísima Trinidad, aunque lo hayan embonado^[32] y corrido la cuarta batería. Es el único navío de cuatro puentes en el mundo pero, según he escuchado, adolece de los mismos problemas. Francisco, que lo mandaba en el combate de San Vicente, podría darnos clases sobre el tema.

—El gran ingeniero Romero Landa —agregó Moreno— estimaba como necesario embonar la cubierta, con lo que se aumentaría la manga, medida que aplaudo. Sin embargo, otros pretendidos expertos consiguieron autorización para correr las cubiertas altas y formar la cuarta batería en firme, medida que estimo desacertada porque se ha perdido la ventaja del embono. Pero, como dices, se ha convertido en el único cuatro puentes que existe en la mar.

—De momento, recomiendo el Argonauta —aseguró el comandante general del arsenal—. Estará en perfectas condiciones en pocos días y es un navío magnífico, velero y de excelente maniobra, sin contar que se trata del último construido antes de la paralización de los arsenales.

—Es posible que me decida por él. Por cierto, necesitaría saber el costo global del alistamiento de todos los buques.

—De momento y a ojo —recitaba Ruiz de Apodaca—, podemos calcular unos seis millones de reales. Además, unos cuatro millones al mes para mantener operativas las doce unidades señaladas. Y aunque se trate de canción repetida, la caja está vacía.

—Me prometió el príncipe el envío inmediato de esas cantidades. Mañana le comunicaré la necesidad de esos diez millones, de forma inmediata.

Cuando regresamos a Cádiz, debo confesar que me encontraba al límite de las fuerzas. Había sido un día agotador en extremo y ya se encontraban lejanos los tiempos con tal dedicación a una empresa. En ese sentido, me extrañó la fortaleza de Gravina, a pesar de su estampa achacosa y fatigada. Después de un día interminable y tras una cena ligera, donde Antonio y yo echamos de menos carne roja en abundancia, se dispuso a escribir cartas, una afición suya que recordaba de los tiempos de Tolón, allá por 1793, cuando me movía a su lado en tierra. Estaba seguro, aunque no lo comentara con mi sombra, que su correspondencia con Godoy sería amplia y diaria, así como con el Secretario de Marina, aunque los términos pudieran ser distintos. Pero decidí evitar tales pensamientos, que en poco favorecían el trabajo. Debía dormir para cubrir los esfuerzos y poco tardé en nadar sobre sueños azules.

Las semanas siguientes fueron de las de ronza y entuerto, con escasos momentos dedicados a la simple observación de la bahía o el descanso corporal. Menos mal que Álava y Villavicencio no sólo cumplían con sus cometidos profesionales al ras y más allá, sino que también eran de colmillo alargado y pudimos cubrir las necesidades del cuerpo con generosidad, porque Gravina parecía monje eremita en ese aspecto de la necesaria manduca.

La faena era de tan largo cuello, que hasta el quinto día no pude abrazar a mi hijo

Francisco, embarcado como guardiamarina en la fragata Magdalena. El muchacho se encontraba bien de salud y a rebosar de espíritu combativo, deseando, por los comentarios escuchados, que su fragata fuese escogida por fin para salir a la mar con la escuadra del Océano. Aunque sabía que gozaba de muchas posibilidades, no alenté las expectativas en exceso, por si su moral se resentía en caso contrario. En este aspecto luchaba de nuevo en mi interior, como padre y compañero. El joven quería salir a la mar y guerrear con el inglés sin atender al cómo ni el dónde, circunstancia habitual a su edad, un espíritu que no debía cortar en absoluto. Por esta razón, decidí que si la Magdalena no era una de las fragatas elegidas, lo embarcaría en alguna unidad de las que saliera con la escuadra.

Por mi parte, al asumir por orden superior el necesario adiestramiento de las dotaciones, me caían sobre los hombros sacos de lona sin cuento. Tal y como era de esperar, el material humano a disposición dejaba mucho que desear, aunque ya se trataba de cuento corrido a popa y en penosa repetición, por haberlo sufrido en las fragatas y navíos donde embarcara en los últimos años. Podíamos establecer sin pecar de pesimismo, que a bordo de cada navío no se alcanzaban los sesenta hombres de mar auténticos como media, y esa habilidad no es de las que se consiguen en unas pocas semanas en tierra, bien lo sabe Dios. Por dicha razón establecí un programa detallado y con horas de amparo para los ejercicios doctrinales y marineros, tanto a bordo como en tierra, especialmente estos últimos para los artilleros o los que debían cubrir sus puestos sin formación específica.

Gravina se decidió, en contra de la opinión de Escaño y mía, por ordenar el alistamiento de dos navíos más a los especificados en principio, lo que comunicó a Godoy, al tiempo que nombraba a los comandantes para su ratificación. Y como entraba dentro de lo posible, recibió una misiva del príncipe que en mucho lo amargó durante algunos días. El generalísimo, en vez de felicitarlo por su extrema dedicación, como esperaba nuestro jefe, le comunicó textualmente que apreciaba el celo del servicio que ha movido a V. E. a dar este paso. Aunque es asunto que no corresponde a su encargo. Y aunque en pocas oportunidades concordé con las decisiones del Guardia de Corps enaltecido a las alturas, en este caso tenía razón sobrada, que no se podía ofrecer a los franceses el máximo nivel del pedido sino mantener a resguardo fuerzas restantes, por lo que pudiera suceder en un futuro.

El tiempo fue cabalgando a lomos del viento, esas estrepadas que, precisamente, no deseas en momentos delicados o con estopa a proa. Y a la dura realidad debía añadirse alguna desgraciada noticia de vez en cuando. A los pocos días de entrar en faena, tuvimos conocimiento de que don Domingo de Nava había dimitido de su puesto como comandante general de la escuadra de Cartagena, sin haber siquiera tomado el mando, debido a su achacoso estado de salud. Con extrema rapidez, el príncipe de la Paz nombró para sustituirle el jefe de escuadra don Justo Salcedo, nombramiento que nos agradó a todos. Y mucho debería laborar mi buen amigo Justo, para tener listos los seis navíos que se le requerían, si eran ciertas las noticias

que corrían de penurias sobre el arsenal cartagenero y epidemias en la ciudad.

También sufrimos problemas con las asignaciones de fondos, que no siempre llegaban a la mano en el momento de liquidar formularios. Pero como era costumbre habitual, se trampeaba como comerciantes de cieno, incluso con adelantos de prestamistas en nombre del príncipe de la Paz. Y aunque el general aseguraba por escrito a su benefactor y buen amigo Godoy que se encontrarían listos los doce navíos para la fecha prevista, tanto Escaño como yo lo dudábamos en serio, aunque miráramos hacia poniente ante la insistencia de don Federico.

En cuanto a la situación estratégica que podía correr por la inestable cabeza del emperador francés, se fue aclarando ligeramente en los primeros días de marzo, aunque debiéramos especular ante informaciones sin concretar en su conjunto. Gravina recibió un documento reservado por parte del príncipe de la Paz, en el que se le reclamaba tener listos lo antes posible 6 navíos solamente, que deberían unirse a una escuadra francesa que pasaría por Cádiz en los primeros días de abril, bajo el mando del almirante Villeneuve, quedando para más adelante exponer con detalle las operaciones previstas. Tan sólo añadía, que la llegada del navío francés Aigle a la bahía gaditana, sería la señal para salir al encuentro de Villeneuve. En aquel momento pensé para mis adentros que, posiblemente, ni el mismísimo Rey de España sabría con certeza la maraña estratégica del asunto, pero mucho nos alegramos al ver reducida nuestra tarea de momento a la mitad. Lo discutimos en la residencia del general, entrados una vez más en sinceros y por derecho.

—Ha sido una bendición de Dios esta oportuna rebaja, señor —Escaño manejaba la línea recta sin remilgos.

—Bueno, se podían haber alistado los doce, aunque sin personal, por supuesto.

El general Gravina sabía que no eran ciertas sus palabras, lo que confirmó con una ligera sonrisa.

—Incluso para rellenar los equipajes de estos seis navíos, deberemos seleccionar personal de otras unidades, si queremos salir a la mar con cierta seguridad —insistí en apoyo de Escaño—. Si encontráramos al enemigo pocos días después, sin tiempo para que tanto hombre de tierra se haga a la sal y a los bandazos, lo pasaríamos muy mal. Debemos llevar a cabo muchos ejercicios a bordo, con cada alma situada en su puesto de combate. Ojalá emboquemos una navegación de altura y alargada en el tiempo, que es el mejor ungüento para este mal.

—Es muy posible que así sea. Podéis tomar las medidas que creáis oportunas. Creo que esta significativa rebaja se debe a la visita girada por el mariscal de campo Junot a la Corte. Conociendo cómo se cuece la menestra en París, preveo un plan con nuevas ideas del emperador, lo que no deja de ser peligroso.

—Un plan que no conocemos ni en trazo largo —apuntilló Escaño con seriedad.

—Es muy posible que, a estas alturas, ni siquiera lo conozca el príncipe de la Paz al completo. En los próximos días, según me anuncia en su última carta, recibiré documentación lacrada que deberé abrir en la mar, una vez unido a la escuadra del

almirante Villeneuve, donde se especifican las operaciones en curso. También del almirante en persona recibiré más instrucciones. Pero no creo equivocarme si aseguro que nuestro próximo destino será el mar de las Antillas. Además, al conseguir esta rebaja a seis unidades, se puede utilizar algún navío en buenas condiciones para intentar el traslado de caudales desde las Indias, un factor de la mayor importancia. Ya me avisa el príncipe que seleccione comandantes buenos y atrevidos para esa posible y fundamental tarea.

—Hacia las Antillas —Escaño parecía hablar consigo mismo—. ¿Y después? Sufro al pensar que arrumbemos a un puerto francés y allí quedemos bloqueados por alguna escuadra inglesa.

—No te preocupes, Antonio, que eso no sucederá de nuevo mientras yo mande esta escuadra. Según parece, ejecutaremos un nuevo plan del emperador, una vez fracasado el anterior. Según me comentaba el príncipe en su carta, el almirante Villeneuve salió de Tolón el 17 de enero con once navíos, siete fragatas y 3500 soldados. La verdad es que burló a Nelson por completo, gracias al espionaje llevado a cabo con éxito en París y Madrid. El almirante inglés corrió como loco los mares de Nápoles, Sicilia y Grecia, hasta costear Egipto, dejando libre la mar al francés para seguir su plan. Pero don Silvestre Villeneuve sufrió un fuerte temporal en el golfo de León, que le hizo regresar a Tolón, con su escuadra dispersa, para llevar a cabo las necesarias reparaciones.

—Ya veremos qué detalles se explican en ese documento lacrado —Escaño entraba a la baja.

—Por cierto —Gravina pareció no haber escuchado las últimas palabras de Antonio—, pretendo izar mi insignia en el navío Argonauta en los dos próximos días, con toda la plana mayor. Creo que es acertada vuestra recomendación de escoger este navío, aunque debemos apretar los cuerpos. Así se lo he notificado a Moreno y Apodaca. Ya podéis preparar los equipajes.

—Estaremos estrechos y siento que yo restrinja más todavía el espacio útil —alegué con razón, porque en un navío de dos puentes acabaríamos sin remedio como chinches en costura.

—Nos amoldaremos sin problemas. Cuando regresemos, tendremos algún navío de tres puentes a disposición.

—Por cierto, señor —era Escaño quien entraba en tono de petición—, que el Argonauta no dispone de cronómetro alguno en su cargo, aunque se solicitara hace meses. De acuerdo a sus instrucciones, elevé consulta al Real Observatorio de Marina, pero alegan que sólo disponen de un ejemplar y me parece que no desean desprenderse de él.

—¡Qué miseria, Dios mío! —Gravina mesaba sus cabellos con furia contenida—. Navíos sin cronómetros y con barómetros a falta de la necesaria calibración en años, incluso en el buque insignia. Y si algunas unidades disponen de esos elementos necesarios para poder navegar con precisión, se debe a la compra particular de sus

comandantes. Antonio, ordena al Observatorio que nos envíe ese ejemplar de forma inmediata. Y si es necesario, emplea las amenazas más duras.

—Lo haré encantado, señor.

Dejamos la casa de Gravina bien entrados en marzo, cuando el príncipe de la Paz le autorizó a izar su insignia en el navío de dos puentes y 80 cañones Argonauta. La verdad es que era escaso a bordo el espacio disponible para la plana mayor de la escuadra, que por fin quedaba configurada al completo. Además de Escaño y mi extraña figura como asesor del comandante general de la escuadra, aparecía como ayudante general el capitán de navío don Tomás de Ayalde, aquel tan criticado por Pecos por haber rendido ante el inglés la fragata Mahonesa, con escaso combate y condenado por el pertinente Consejo de Guerra a servir seis meses como aventurero en el buque insignia de Mazarredo. Pero se trataba de uno de los hombres de Gravina y, como siempre, los cuidaba con mimo. El segundo ayudante general era el capitán de fragata Rosendo Porlier, valiente donde los haya, como había demostrado en mil y una ocasiones. Para ayudante secretario, Gravina no dudó un instante y nombró a su inseparable Tomás Barreda, capitán de fragata graduado, cuyo ascenso le había denegado don Manuel Godoy en ese permanente tira y afloja, coz y palmada, con que el príncipe beneficiaba al general. Para el resto de los ayudantes se habían nombrado a los tenientes de navío Miguel Álava, Juan Tíscar y Antonio Palacios.

Fuimos recibidos a bordo del Argonauta el 22 de marzo, siendo rendidos los honores que marca la ordenanza por su comandante, el brigadier don Rafael de Hore, acompañado por el segundo, capitán de fragata don Pedro Calvillo. De todas formas, puedo adelantar que el día 3 de abril se izó a bordo por primera vez la insignia de preferencia^[33] del general Gravina en el tope del palo mayor, concedida por el príncipe de la Paz como especial dádiva, uno de los detalles que tanto gustaban a don Federico aunque no pudiera comprenderlo. Y ya de entrada nos regalaron la agradable noticia de que se acababa de recibir a bordo, de acuerdo a la petición del general, el único cronómetro útil que existía en el Observatorio de Marina. Al menos, pensé con penosa alegría, podríamos situar la escuadra con cierta seguridad sobre la carta. No saben la importancia de este detalle, aunque parezca pequeño, aquellos que no se encuentren al día de los mecanismos de la navegación astronómica.

Otro golpe negativo e inesperado para Gravina fue el nombramiento de don Juan María de Villavicencio para relevar al teniente general de la Armada Juan Araoz en la Comandancia de Marina de la Habana. Poco gustó a don Federico aquel baile permanente de destinos, enterado en este caso particular de rebote y por terceros, cuando pensaba otorgarle el mando de la tercera escuadra. Pero así se movían los nombramientos, incluso en los comandantes de buque, con cambios repentinos que en poco beneficiaban el buen servicio. Era opinión de todos que el príncipe de la Paz entraba demasiado en asuntos que tan sólo al Secretario de Marina o al comandante general de la escuadra correspondían, pero por lo visto ningún general le cantaba tres verdades a la cara, como habría hecho sin dudarlo don José de Mazarredo.

Por aquellos días, Gravina decidió que los seis navíos seleccionados para unirse a la escuadra del almirante Villeneuve fueran, además del insignia, el San Rafael, Bahama, España, Terrible y Firme. También nombró al navío Glorioso como posible séptimo, de acuerdo a su plan de disponer siempre de algún reserva, aunque no llegamos a contar con los hombres necesarios para completar su equipaje. De esta forma, entramos en los últimos diez días del mes de marzo, cuando debían haber estado preparados aquellos doce navíos de la idea inicial, y todavía nos faltaba mecha para completar las dotaciones de estos seis. Y no crean que parábamos un segundo, porque zurrábamos la badana sin descanso y de sol a sol. Al mismo tiempo, se acondicionaban los buques para recibir las tropas del Ejército acordes al plan todavía ignorado, que se compondrían, de acuerdo a la orden de Godoy, de dos mil hombres de infantería, cien de artillería, cuatrocientos de caballería desmontados y el tren de artillería correspondiente.

Me alegré al saber que Gravina había decidido nombrar a la fragata Magdalena para que se incorporara a la escuadra, aunque era cuestión cantada. Y pensaba dar la buena nueva a Francisco, cuando me alcanzó una bola negra contra los ojos. Por medio del segundo comandante de la citada fragata, teniente de navío don Manuel Agüero, tuve conocimiento de la enfermedad contraída por mi hijo, unas fiebres que en principio se creyeron epidémicas con alarma elevada. Ya pueden imaginar mi zozobra, cuando salí a espuestas hacia el Real Hospital, donde se encontraba postrado en el lecho el pobre joven. Sin embargo y gracias a la intercesión de Nuestra Señora de Valdelagua, pareció remitir la enfermedad a cuadrantes y quedar en unas fiebres de alta graduación que, sin embargo, lo dejaban fuera del servicio durante algunas semanas como mínimo. Además, los galenos recomendaban un alargado periodo posterior de cura y descanso en la sierra, por lo que decidí enviarlo a nuestra casa en Madrid, donde María Antonia lo pondría en juego. Fue un golpe muy duro para el joven que, de esta forma, veía perder su gran oportunidad. Tuve que prometerle su embarco en un navío al regreso de nuestra comisión, y que sólo se preocupara de su restablecimiento.

Y ya por fin retomo la situación enhebrada al comienzo de este cuadernillo, fondeado en la bahía de Cádiz el día 9 de abril, a la espera de la escuadra francesa del almirante Villeneuve que, según noticias de rigor, debía haber abandonado Tolón el día 29 de marzo y recoger en su camino los seis navíos bajo el mando de Salcedo en Cartagena. También se habían embarcado en nuestra escuadra las tropas del Ejército, aunque sólo hubiera sido posible alcanzar los 1600 hombres, y con ímprobos esfuerzos del Comandante General de Andalucía. A pesar de haberlo intentado hasta el último día, desistimos de agregar el navío Glorioso a los seis programados, como intentaba Gravina. La escasez de personal era muy grande y no restaba tiempo para forzar la máquina, porque ni de Ferrol llegaba el total de hombres prometidos. Por fortuna, a Setum le gustaba el navío Argonauta, donde ya había estibado nuestras pertenencias, paletillas, vino y aguardiente incluidos. Así me lo comentó con su

alegría habitual.

—Aunque no se trate de un tres puentes y debamos arrinconarnos demasiado entre lonas, señor, mucho me gusta este navío.

—Coincidimos en esa opinión. Al menos, podemos presumir de navegar en la unidad más moderna de la Armada. Junto con el Neptuno son los dos últimos navíos construidos, ambos en el arsenal ferrolano, en 1795 y 1796. Llevan la firma del ingeniero don Julián de Retamosa que, según se comenta, construye los navíos más veloces del momento, aunque pierdan muchos enteros en belleza y galanura. Para nuestro general es el mejor de todos sin discusión y uno de los más veleros. Retamosa, siguiendo las doctrinas de su predecesor, don José Romero y Fernández de Landa, aligera los pesos en cubiertas utilizando pino, al tiempo que suprime los adornos innecesarios.

—De todas formas, nunca olvidaré al Santísima Trinidad con sus 136 cañones, una catedral flotante, aunque nos chamuscaran los bigotes entre sus cuadernas. Después de aquella experiencia, 80 piezas artilleras me parece escaso número.

—Pero este buque orza al palmo y vibra como un bergantín. Y no es pequeña broma los 30 cañones de a 36, 32 de a 24 y 16 de a 8.

—Más los obuses, emplazados bien arriba para rociar las cubiertas botanas. Los he contado y creo que son 12 piezas de a 30 y 4 de a 4.

—En efecto. Pero en la primera ocasión se aumentará este número de piezas. Se ha estimado como posible incorporar 8 obuses de a 24, medida con la que desacuerdo.

—¿Por qué no empleamos las carronadas, como hacen los ingleses?

—Acabará sabiendo más de artillería que algunos guardiamarinas —le ofrecí una sonrisa—. Fue ésa una discusión larga en el tiempo, dirigida por el ingeniero Rovira y diferentes comisiones, entre las carronadas, los cañones recamarados y los obuses. En el fondo se persigue lo mismo, aumentar los calibres con menos peso de bala y diferentes sistemas en las cureñas que simplifiquen los disparos, para lanzar metralla o bomba en montajes de un solo fuego. Pero entre tú y yo, me quedaría con las carronadas o los recamarados, que estos obuses estorban demasiado el trabajo a bordo y no los veo de tanta utilidad.

—¿Ha entrado en combate alguna vez este buque?

—Con sangre corrida en cubierta no, que yo sepa. Ha tenido algunas desgracias, como caerle un rayo en el palo mayor cuando navegaba a la altura del cabo de Palos en 1802.

—Según los viejos nostramos^[34], esa es razón para desembarcar de cualquier buque sin dudarlo un segundo —Setum presumía también de sabiduría marinera.

—Si hiciéramos caso a las prevenciones de los contra maestres, evitaríamos demasiadas costas del mundo y la mitad de la escuadra. Bueno, este navío también tiene un especial laurel en su historial. Fue el primero en transportar el virus vacuno a La Habana hace cuatro años.

—Me gusta el Argonauta —Setum miraba en su derredor, como si escudriñara las cualidades del navío.

—Es un hermoso navío aunque, según algunos pesimistas, demasiado arbolado, opinión con la que muestro mi desacuerdo. Fíjate que el lastre es de 8500 quintales de hierro y zahorra, muy equilibrado. Asegura el comandante que la batería baja de sotavento queda libre con marejada gruesa. Pero estimo que es un buque compensado de medidas y velero como el que más.

—Sin embargo y entrando en verdades, estaremos estrechos como guardiamarinas. Un jefe de escuadra merece una balconada más amplia.

—No olvides que, aunque moderno, sigue siendo un navío de dos puentes. La dotación normal es de 14 oficiales de guerra, 3 guardiamarinas, 11 oficiales mayores y 35 oficiales de mar. Sin contar al comandante.

—¿Vamos bien de dotación, señor?

—No y lo sabes tan bien como yo. Sólo necesitas observar las caras de los marineros y grumetes para sacar una idea bastante exacta. Se ha aumentado la tropa de infantería hasta los 212 hombres y 60 la de artillería. Pero todavía baja la escala en los artilleros de preferencia y ordinarios, que debían sumar 120 y se han cubierto con ramas de todos los árboles. Por último, la negra completa entra con la marinería. De los 156 marineros y 122 grumetes embarcados, no creo que lleguen a setenta los que conocen su oficio más o menos bien. Los primeros días serán fundamentales, con mucho ejercicio y escasa menestra.

—¿Cuánto suma el total de la dotación?

—Contándote a ti, 732 hombres, incluida la plana mayor, que ocasiona algún problema de habitabilidad. Y bastante lo sufren los oficiales del buque, arracimados al quite en deferencia de grado.

—¿732 hombres? No es tanto —Setum forzó un gesto de insignificancia—. El Trinidad superaba los mil hombres.

—¿Tanto echas de menos ese buque? También lo pasamos mal en sus cubiertas, cuando nos batían cuatro navíos britanos al tiempo junto al cabo de San Vicente. Y sin olvidar el tornaviaje a Cádiz, que siempre lo recordaré.

—También yo, señor. Pero es el mastodonte de los mares y ahora con cuatro puentes. Embarcaremos en él cuando ascienda a teniente general y le den el mando de la escuadra del Océano.

Como de costumbre, las conversaciones con Setum acababan de la misma forma, abiertos en sonrisas y de buen humor. La verdad es que se trataba de un bálsamo para mis pensamientos, con esa especial habilidad de elevar la moral de los que se encontraban a su alrededor. Pero también es cierto que conforme pasaba el tiempo, era más difícil recuperar las buenas sensaciones, como si los músculos del alma se encontraran podridos por la broma^[35] con los años transcurridos en la mar.

11. Con la mar a proa

Desde el día 5 de abril nos encontrábamos fondeados en la bahía gaditana los seis navíos seleccionados y la fragata Magdalena, en espera de nuestro cercano futuro. Sentimientos de ida y regreso, blancos y negros, se abrían sin descanso en mi pecho. Por un lado, me lanzaba a las alturas el simple hecho de pisar cubierta, observar la mar cada día y respirar esa mezcla de brea, sal y humanidad, un conjunto que bien puede definir un buque de la Real Armada aunque no se disponga de vista ni olfato. Pero también entraba a la contra comprobar el verdadero estado de los equipajes, con las últimas levas arranchadas entre cañones. Y no sólo me refiero a su actitud a bordo, rostros putañeros y malencarados dirigidos en permanencia hacia la costa más cercana, sino a su escasa preparación como hombres de mar y guerra, aquellos que deberían defender el pabellón llegado el inexorable momento del combate.

Tal y como supimos días después, el almirante Silvestre Villeneuve, siguiendo el nuevo plan ordenado por el emperador, había abandonado el puerto de Tolón en la fecha prevista del 30 de marzo con once navíos, seis fragatas y dos bergantines, embarcando en su escuadra 3000 soldados de tropa expedicionaria bajo el mando del general de división Lauriston. Con vientos flojos de levante se presentó pocos días después, el 7 de abril, en Cartagena para aumentar la fuerza con los navíos de don Justo Salcedo, como estaba previsto. Por desgracia, dicha división no se encontraba todavía preparada para hacerse a la mar, solicitando el general español un periodo de necesaria espera, 48 ó 72 horas como máximo según sus propias palabras. Villeneuve, creyendo desde el primer momento que la escuadra del almirante Nelson bebía sus aguas, no quiso aguardar una sola jornada, continuando su derrota hacia Cádiz sin aumentar la fuerza en la cantidad prevista.

Con la decisión tomada por Villeneuve entraba galgo y liebre en el mismo cesto, porque don Horacio Nelson andaba un tanto despistado de los movimientos franceses una vez más, fondeada la escuadra britana del Mediterráneo en el golfo de Cagliari y mal informado por sus fragatas destacadas en descubierta. Pero también era cierto que los navíos españoles se encontraban con demasiadas mermas para hacerse a la mar en un corto periodo de tiempo. Debo romper aquí una lanza por mi buen amigo Justo quien, habiendo tomado el mando pocas semanas antes y olvidadas las mermas en víveres y pertrechos, torcía sus venas ante la falta de personal, multiplicada en este caso por la epidemia de fiebre amarilla sellada en Cartagena, que impedía el embarco de un elevado tanto por ciento del equipaje hasta cumplir la cuarentena impuesta. Semanas después, con sus unidades preparadas, recibió orden del príncipe de la Paz de dirigirse a Cádiz y unirse a la escuadra del general Álava, quien quedaba al mando de los buques remanentes de la escuadra del Océano.

Villeneuve barajó la costa mediterránea española sin perder una milla y con todo el aparejo largado a los cielos, aunque alguno de sus buques renqueara en demasía.

Tras abandonar el saco malagueño y arrumbar en demanda del Estrecho, el almirante francés preparaba las cubiertas en cruces para afrontar la división británica del almirante John Orde, en bloqueo de la bahía gaditana desde dos meses atrás. Pero el britano, al ser informado por la fragata Melrose de la fuerza francesa en aproximación, muy superior a sus cinco navíos, salió con borbotones a popa hacia poniente, tras haberle fallado la prevista reunión con las fuerzas del almirante Cochrane, encargado de la persecución de la escuadra encomendada a Missiessy en el primer plan de Bonaparte. El almirante Orde, tras ser perseguido por las fuerzas de Villeneuve, optó por dirigirse al Canal, dejando libre el acceso al Estrecho. Mientras tanto y de acuerdo a los planes previstos, el almirante francés destacaba al navío Aigle para dar aviso de su pronta llegada a Gravina y su necesaria preparación.

Nuestra fuerza, a la que se había sumado el citado navío francés, esperaba en la bahía con cierta inquietud el arribo de la escuadra francesa, esos momentos de tensión previos a la decisión definitiva, una situación que revivía en mi alma con olvidado placer. Por fin, Villeneuve fondeaba en el placer de Rota el día 9 de abril a últimas horas de la tarde, a la vista de los buques de nuestra división. Y mientras observaba sus movimientos, me dirigí nuevamente a Setum, situado a mi lado en la toldilla del Argonauta.

—Parece que comenzamos la fiesta una vez más, viejo amigo, y ya son bastantes las muescas marcadas en el cuerpo.

—Sí, señor. Y he de reconocer que lo echaba de menos, con tan alargada estadía en secano. Para bien, estos franceses han despejado las aguas de britanos y tenemos libre la salida.

—Por ahora. Se encuentran dispersos en estos días y formando pequeñas escuadras, es cierto, pero actuarán en conveniencia llegado el momento, no lo dudes. Esperemos que no le alcancen refuerzos a John Orde y nos esperen en San Vicente.

—No me miente ese accidente geográfico, señor, que para mí no existe en las cartas náuticas —Setum lanzaba cruces hacia la superficie de la mar, como un viejo nostramo.

—También a mí me costará atravesar sus aguas.

—¿Y ahora qué, señor? No soy experto en estrategias navales, pero parece que nos mantenemos como el halcón, preparado para la acción pero con la caperuza bien encajada en la cabeza. ¿Sabemos por fin cuál es nuestro verdadero destino?

—Cuando salgamos a la mar, lo que estimo llevaremos a cabo en pocas horas, abrirá don Federico las órdenes recibidas del príncipe de la Paz. Y supongo que en escasos minutos se reunirán los generales o se enviarán a don Federico algunas nuevas instrucciones por parte del almirante francés. Pero no me cabe duda de que nos espera una larga derrota hacia las Antillas.

—Si he de serle sincero, declararé que nada me importa ese destino —Setum sonreía, como si lleváramos a cabo un transporte a las Indias de disfrute personal y sin problemas añadidos—. Espero que gocemos de buena mar y escasas encalmadas,

como en aquella navegación a bordo del San Ildefonso.

—Ya me gustaría disfrutar de una situación parecida a la de esos días, que tan lejos se presentan en mi memoria aunque hayan transcurrido solamente diecisiete años. Pero en poco se parece la cubierta corrida de proa a popa. Además, partimos sin saber nada de Gigante y con el joven Francisco en el lecho, unos pensamientos que intento evitar. La verdad es que mi espíritu se tiende a la baja con demasiada reincidencia.

—No se puede empeñar una campaña de guerra con el cerebro en esa situación tan negativa, señor. Todo entrará en acuerdo de flores para el bien de la familia. Gigante regresará de su confinamiento en pocos días, dispuesto a embarcar y batirse con el inglés, mientras Francisco se recupera sin problemas, aunque esas fiebres sean malas y trastoquen los humores con demasiada facilidad. Pero doña María Antonia es inteligente y lo dejará como nuevo, no lo dude. Alegre esa cara. Dentro de poco será usted quien mande la escuadra del Océano.

—Aunque te parezca extraño, no lo deseo en estos momentos, puedes estar seguro.

—Ahí seguimos con la manta negra en los pensamientos —Setum movió la cabeza hacia ambos lados en señal de desesperanza—. Creo que le agenciaré una frasca de aguardiente de Cehegín, para erradicar esos miasmas cerebrales que lo consumen.

—Puede ser una medida oportuna.

Como es fácil comprender, no eran cuadros abiertos en luces los que abanicaban mi cerebro. Sin saber la razón exacta, negros pensamientos me atacaban en los últimos días, especialmente desde la repentina enfermedad de mi hijo. Además, al observar la última maniobra a bordo del Argonauta para enmendar el fondeadero el día anterior, cobraba conciencia de la verdadera situación marinera y profesional de nuestros buques, muy lejana a la que todo mando desea. Y es de tener en cuenta que se trataba del navío insignia, donde habíamos podido escoger bocado entre la mugre presidiaria y la leva gallega. ¡Qué sería de los demás en estos días!

Andaba prendido en disquisiciones mentales tan poco propicias, mientras observaba el fondeo de los buques franceses, un tanto desordenados y con maniobras de escasa calidad marinera, lo que pintaba una situación a bordo muy cercana a la nuestra. Fue entonces cuando observé cómo un bote del insignia francés, el navío de dos puentes y 80 cañones Bucentaure, aproaba en nuestra dirección con los brazos a fuerza. Supuse que comenzaba la danza y, como tantas otras veces, no erraba en mi predicción. Me dirigí a la cámara del general Gravina, para esperar allí las noticias que llegarían con la embarcación francesa.

Pocos minutos después, acompañado por el comandante del Argonauta, se presentaba en la cámara del general un teniente de navío francés, delgado y alto como percha de galera, con un abultado cartapacio bajo el brazo. El joven hizo una ligera reverencia, más propia de palacio, antes de entrar en detalle.

—Teniente de navío Fleury, señor general, ayudante del almirante Villeneuve. Le presento los mayores respetos de parte del almirante al mando de la escuadra francesa.

—Muchas gracias y considérese en buque propio —contestó Gravina con esa especial elegancia que desplegaba ante los extranjeros—. ¿Convocará su almirante a Consejo de generales?

—Tengo órdenes de comunicarle la necesidad de abandonar la bahía a la mayor brevedad posible. El almirante Villeneuve pospone la reunión para una ocasión más oportuna. Debo entregarle —señaló el cartapacio— las instrucciones para la derrota establecida, así como una copia de los códigos de señales, formaciones y maniobra que se utilizarán por nuestra Marina en estas operaciones, confeccionados recientemente.

—¿Puedo saber la causa de esta urgencia en abandonar la bahía? ¿Algún dato de relevancia que desconozca? —Gravina no parecía satisfecho con la repentina decisión establecida por el francés.

—La escuadra británica del Mediterráneo, bajo el mando del almirante don Horacio Nelson, sigue nuestros pasos a corta distancia y se le supone de fuerza consistente. Aunque la división británica que bloqueaba estas aguas ha salido de huida en dirección al cabo de San Vicente, el almirante estima que pueden unirse y formar poderosísima escuadra.

—Es extraño —Gravina parecía pensar—. Tenemos destacadas fuerzas ligeras en descubierta, a levante de Punta Europa, con esa misión y lo sabríamos con tiempo suficiente. Pero conteste al almirante que seguiré sus movimientos sin dudar.

—Así se lo haré saber, señor.

—Por favor, teniente. ¿Qué unidades componen la escuadra francesa? —Antonio Escaño preguntaba con voz queda.

—La primera división la forman los navíos Bucentaure, insignia el almirante Villeneuve, y Neptuno, ambos de 80 cañones, así como los Pluton, Mont Blanc, Berwick y Atlas de 74. La segunda división la componen los navíos Formidable, insignia del jefe de división, contralmirante Dumanoir, e Indomptable, de 80 cañones, y los Swifisure, Intrepide y Scipión, de 74, a la que se unirá el Aigle, destacado hace algunos días. Nos acompañan, integradas, las fragatas Hortense, Rhin, Cornelié, Hermione, Sirene y Themis, así como los bergantines Argus y Furet como batidores.

El ayudante quedó en suspenso, como si estuviera dispuesto a aumentar la información.

—Muchas gracias. Si no ha de comunicarme nada más, puede retirarse a su buque, Fleury —Gravina le ofreció una sonrisa—. Seguiré aguas del almirante Villeneuve y que Dios nuestro Señor otorgue vientos generosos a la escuadra combinada en esta campaña.

—Así lo deseamos, señor general.

Una vez a solas, Gravina recorrió los balduques del cartapacio, pasando a

Escaño los códigos de señales y formaciones previstas sin mirarlos, mientras él se sumía en la lectura de las instrucciones para el trayecto que ya se concretaba como la isla de la Martinica. Nuestro general movía la cabeza hacia ambos lados, como si no comprendiera bien lo que leía.

—¿Algún problema, señor? —pregunté para que arrancara con las nuevas, así como las instrucciones reservadas de Godoy, cuyos lacres debía haber picado horas antes.

—Es increíble que después de leer las instrucciones del príncipe de la Paz, así como las intenciones del almirante Villeneuve, no vea clara la maniobra estratégica de conjunto que pretende el emperador. ¿Cuándo piensa informar a sus almirantes del fin perseguido? Este Bonaparte siempre desea guardar una carta en la manga, olvidando que no es tan fácil cambiar las órdenes a una escuadra, una vez en la mar.

—Nuestra escuadra combinada, con 17 navíos en conjunto, no es de fuerza extraordinaria, si pensamos en la posibilidad de que Nelson y Cochrane consigan unirse —adelantó Escaño.

—Esas prisas del francés son absurdas —dije con suficiente convicción—. Si Nelson se encontrara cerca de Punta Europa, lo sabríamos con suficiente anterioridad. Estimo que si llevaba a cabo un bloqueo lejano del puerto de Tolón, como gusta, es posible que ande como tuerto en danza, buscándolo por el Mediterráneo.

—Es posible. Bien, escuchadme, a ver si nos aclaramos entre los tres. La orden inicial para esta escuadra combinada es poner rumbo directo a la isla de la Martinica y reponer víveres y aguada en su puerto principal, Fort de France^[36]. Debéis recordar que esta información debemos pasarla a los comandantes de las unidades de inmediato, por si alguna queda separada en la navegación. Punto de encuentro, Fort de France en la isla de la Martinica. A partir de allí, llevaremos ataques a posesiones inglesas, así como apoyo a las fuerzas francesas de Santo Domingo. Cuando arribemos a las Antillas, deberá encontrarse en aquellas aguas la escuadra bajo el mando del almirante Missiessy, compuesta por cinco navíos y cinco fragatas, que fue enviada a ese escenario de acuerdo con el primer plan del emperador. También deberá salir de Brest el almirante Ganteaume, con una poderosa escuadra de 21 navíos y algunas unidades menores, para dirigirse a nuestro punto de reunión. Aunque se deja al arbitrio de los almirantes algunas acciones en las Antillas, se destacan algunos blancos como posibles y la orden final de dejar en aquellas islas como refuerzo los cuerpos expedicionarios franceses embarcados. Pero en este punto aparece la sorpresa, porque nada más sabemos. Se supone que el emperador enviará las órdenes oportunas por medio de alguna fragata ligera, y ésta es opinión mía personal, indicando los pasos siguientes. De todas formas, podemos suponer que con una fuerza superior a los cincuenta navíos, Bonaparte retoma su ilusión por el desembarco en Inglaterra desde el puerto de Boulogne, y que nuestro destino final será el canal de la Mancha.

—¿No se comenta la posibilidad de recuperar la isla de la Trinidad? —pregunté

con interés.

—No, y veo difícil esa posibilidad que cuadraría muy bien con nuestros intereses.

—El Canal como destino último. Mientras no tomemos el puerto de Brest como abrevadero definitivo, quedo contento —musitó Escaño, que no había olvidado todavía los muchos meses allí mantenido en práctico secuestro.

—No seas cenizo, Antonio —Gravina parecía de mejor humor, tras las primeras impresiones negativas recibidas del francés—. Eso no sucederá.

—¿Atraeremos a Nelson o alguna otra escuadra britana hacia las Antillas? —pregunté mientras intentaba establecer la correlación de fuerzas en mi cerebro—. Supongo que ése es el plan más o menos velado.

—Como dices, ése era el plan. Pero dudo mucho que el almirante Nelson nos siga hacia las Antillas, una vez en la certeza de nuestra derrota —aseguró Gravina sin dudar—. Su misión en el Mediterráneo era el bloqueo de Tolón, aunque parece que se decidió por hacerlo a distancia, un error. Pero no creo que pique el anzuelo. Supongo que se dirigirá al Canal y también ellos formarán allí una poderosa fuerza naval. Si no se dispersan, la opción del desembarco francés en las islas perderá fuerza, ésa es la verdad.

—Nelson es osado y poco proclive a aceptar órdenes superiores —hablé con seguridad porque conocía bien el paño—. Si consigue enlazar con los buques de Cochrane o cuenta ya con una fuerza cercana a los quince navíos, nos perseguirá hacia las Antillas para batirse.

—Soy de la opinión de Francisco —conformó Escaño.

En aquel momento, penetraba en la cámara el comandante del Argonauta, brigadier don Rafael de Hore, para informar al general.

—Señor, los barcos franceses comienzan a levar las anclas y dar la vela. Pero ninguna señal ha izado la capitana en tal sentido. Supongo que se ajusta a las instrucciones que le entregó el ayudante.

—¡Qué prisas las de este hombre! —no pareció gustar a Gravina la acción del francés—. Podíamos haber mantenido una reunión, por mínima que fuese, y cambiar impresiones. No es una operación de rutina la que embocamos.

—Creo que el almirante Villeneuve siente un reconocido respeto por don Horacio Nelson desde el combate de Abukir, donde salvó el pellejo de milagro —Escaño sonreía.

—No largues culebras por delante, Antonio. Bien, sigamos sus movimientos. Francisco, envíe documentación lacrada a los comandantes de todas las unidades, con el punto de reunión en caso de que pierdan al grueso de la escuadra.

—De acuerdo, señor.

—Vamos, amigos míos, que el francés anda con prisas. Bien sabe Dios que no me preocupan a bordo del Argonauta, porque es el navío más veloz de todos. Pero alguno de los nuestros puede quedar retrasado, si se produce cualquier problema con los cables.

Abandonamos la cámara en distintas direcciones. Entrábamos de nuevo en acción, con lo que la sangre se rifaba en enjuague de vibraciones una vez más. Y en verdad que ya quería verme sin costa a la vista, con la mar infinita a mi alrededor, esa visión que siempre tranquiliza el alma.

Era noche cerrada cuando, una vez estibadas las anclas en las amuras y clavadas las escotillas a buen viaje, largábamos mayores y gavias, ayudados por los dioses con un viento del nordeste fresquito, entablado por fin en alivio. Y no había sido fácil la maniobra, con un viento tontón que nos atochaba entre dos mercantes entrados a destiempo. Por esa razón y para mis adentros, con la situación de algunos navíos en la bahía, presumía faena lenta la salida de nuestra división. Sin embargo, era momento de mirar solamente a proa, porque don Federico no quería perder las aguas del Bucentaure ni una sola pulgada. Y el francés, sin un mínimo decoro y en claro desaire hacia el general español, arrumbaba franco al sudoeste sin mirar a popa ni esperar las dos o tres horas necesarias para que la división española reuniera sus unidades, como es norma obligada al salir de puerto y emprender derrota.

Tanto Escaño como yo comentamos con el general la situación creada, con algunos buques en la lejanía, perdiendo distancia, pero don Federico decidió seguir a rumbo y suponer que nuestros buques conseguirían agruparse en las horas siguientes. Fue el momento en el que el bergantín Argos llegó a nuestra altura, informando su comandante al general Gravina que el almirante Villeneuve lo ponía a sus órdenes como batidor personal. Le contestamos en agradecimiento, al tiempo que solicitaba nuestro general que una fragata francesa se situara intermedia entre nuestro buque y los demás españoles, para facilitar el agrupamiento. Partió el francés hacia el insignia sin perder un minuto y nos pareció entrever que la medida se tomaba, aunque la llegada de la noche se verificó sin cambios. Por si acaso, izamos un farol de pernos en el tope del mayor, de acuerdo a nuestras instrucciones particulares.

El día 11 disfrutamos de una magnífica amanecida, con horizontes claros, cielos despejados, marea tendida y colores a levante con inmejorables auspicios, aunque el viento, encastrado del primer cuadrante, bajara en intensidad. Fue al abrirse las luces cuando tanto el comandante general como Escaño y yo mostramos nuestro enojo a las claras, al comprobar que, de los buques españoles, tan sólo el navío América navegaba con nosotros. Como había supuesto, debió complicárseles la maniobra en la bahía, lo que los había retrasado en demasía. Se ordenó abrir los ojos a los vigiadores.

—No se ve ninguna de nuestras unidades, señor —informaba el comandante del Argonauta.

—¿Cómo es posible? —Gravina enfocaba su antejo, barriendo el horizonte sin descanso—. No pueden haberse retrasado tanto. ¿Habrán sufrido algún percance?

—El escape de los britanos levantó el bloqueo, momento aprovechado por muchos mercantes. La salida estaba complicada para algunas unidades y no dimos respiro, señor —entré por bajo, aunque sentía crecer mi irritación—. Además, hemos navegado con proa al oeste cuarta^[37] al sudoeste y es posible que, de acuerdo a sus

instrucciones, los demás hayan orzado menos.

—Deberíamos solicitar al almirante Villeneuve navegar con menos trapo y enviar alguna fragata para que nos informe —dijo Escaño.

No pareció gustar la última observación a don Federico, que se mantuvo con el largomira en movimiento, como si de esta forma encontrara la solución al problema. Creo que, en el fondo, no deseaba contrariar al almirante francés con peticiones, aunque éstas fueran justas y de ley. Por fin, escuchamos su voz en bajo tono.

—No le gustará a Villeneuve. Este hombre parece obsesionado con la persecución de Nelson.

—Si tan seguro está de la cercanía del inglés, debería comprender que dejar buques sueltos a popa es condenarlos a ser apresados —Escaño no dudaba en sus recomendaciones—. La escuadra debe reunirse y mantenerse compacta, como es norma básica y elemental.

—De acuerdo. Pasa señal al Bucentaure en tal sentido, Antonio.

Se izó la señal por banderas, solicitando disminuir la velocidad. Al mismo tiempo y por medio del Argos, se pasó la petición de que la fragata Hermione, un poco descolgada a popa y la más velera de todas, hiciera una descubierta para comprobar la situación de nuestras unidades. Pero mucho nos sorprendió la respuesta de seguir aguas, sin disminuir una milla el avance, lo que era censurable desde cualquier punto de vista.

—Es difícil comprender la actitud de Villeneuve —aseguraba Escaño—. Aunque sea desde un punto de vista egoísta y personal, debería aguardar y formar escuadra de orden, sin dejar unidades sueltas a popa. Es una falta imperdonable con unidades aliadas. ¿Qué hacemos señor?

Antonio de Escaño, con una lealtad ciega hacia don Federico Gravina, dejaba clara su opinión. Era misión de todo comandante general mantener agrupadas sus unidades. Pero también es cierto que sabía la respuesta a su pregunta.

—No sé si Villeneuve dispondrá de instrucciones desconocidas para mí. Pero como Nelson no se encuentra pisando los talones de nadie y nuestros buques conocen el punto de encuentro en la Martinica, allí se nos incorporarán.

—¿Vamos a continuar solamente con el América, sin noticias del resto de nuestras unidades? —pregunté con gesto de incredulidad.

—El príncipe de la Paz me ha puesto bajo las órdenes del almirante Villeneuve, Francisco, y a ello debo atenerme quiera o no.

Tras mirar a Escaño, callé la boca. No comprendía la actitud del francés, pero tampoco la de don Federico. Desde luego, si yo hubiese sido el comandante general español en aquellos momentos, con o sin autorización de Villeneuve, me habría descolgado de la fuerza francesa y esperado la incorporación de mis buques. Pero no era Gravina de los que ponían en duda cualquier orden recibida aunque, como era el caso, navegara por completo en contra de sus principios. Qué diferencia, pensé, con don Horacio Nelson. Deben tener en cuenta que siempre defendí la opinión de que un

general con mando de escuadra en la mar, debe decidir por encima del bien o del mal, sin mirar de continuo a los cielos.

Olvidados de los buques españoles por superior decisión, con persistentes vientos flojos del nordeste y pequeñas roladas a levante, navegamos como damas de corte en real falúa durante las jornadas siguientes. Aprovechamos el tiempo con ejercicios de mar y guerra, sin que supusiera cambiar la proa una cuarta, lo que no siempre es adecuado. De todas formas, la mejor de las noticias fue comprobar que el navío Argonauta, de acuerdo a las noticias anticipadas por Ignacio María de Álava, tomaba las aguas a la bendición de los dioses, avanteando a todos los franceses si no recortábamos paño en conveniencia. Y a tal punto llegó la diferencia que, en ocasiones, tan sólo manteníamos las gavias en alto para no adelantarnos en exceso. Y como tantas otras veces en los últimos años, pensé con tristeza lo que un navío como aquel, fuerte, maniobrero, bien armado y veloz cual fragata ligera, sería capaz de hacer si contara con hombres de mar auténticos y buenos artilleros. Pero no debía caer en tales disquisiciones sino encarar la empresa con los garbanzos a disposición, al tiempo que disfrutaba de la visión infinita y el ánimo entraba en luces de gloria.

Pero como bien sabemos los que vivimos alargados periodos en ese medio de permanente movimiento, nunca se está en la mar a resguardo perpetuo, ni se puede decir amén sin rogatoria previa, condición que pudimos comprobar en nuestras propias tablas el día 15 de abril. Debían ser las cuatro de la tarde o poco más, con viento fresco del nordeste y marea gruesa en rescoldo del noroeste, cuando el almirante francés ordenó a sus buques formar en dos columnas. Con objeto de cumplimentar la orden, el navío Formidable, insignia del almirante Dumanoir, cayó franco a estribor para llegarnos de barlovento a sotavento y ocupar su puesto. Don Rafael de Hore, con sabiduría marinera en sus venas, fue el primero en elevar sospechas.

—Ese navío francés intenta cortarnos la proa para entrar en vereda. Muy ajustada veo su maniobra y puede chamuscarnos los bigotes, señor.

—No andas desencaminado, Rafael —contestó Gravina.

—Además de mal marinado, ese navío es pesado como vaca sagrada —alegué sin rodeos—. No podrá llevar a cabo la maniobra que se le entiende.

—Ya me comunicó el almirante Villeneuve en sus aclaraciones, que tanto el Formidable como el Intrepide andan en penosas circunstancias de maniobra.

Aunque un ciego habría corroborado nuestras opiniones, el navío continuaba la maniobra emprendida, cerrando distancia sobre nosotros de forma que ya podíamos declarar la situación como peligrosa. Don Rafael de Hore, cerrando los puños, no lo dudó un segundo más.

—Voy a cargar las gavias, señor, o tendremos un disgusto. Con esta marea no es fácil que pueda gobernar ese mastodonte preñado.

—Haz lo que estimes oportuno, Rafael.

Cargamos gavias con rapidez, que no es maniobra complicada. Aunque la acción

se desarrollaba con extraordinaria lentitud, el Formidable se mantenía en el empeño. Por fin, cuando debió comprender la imposibilidad de su maniobra, intentó orzar^[38] a la banda, pero el escaso viento y el perezoso timón lo trabaron a muerte. Ahora ya el comandante gritaba con la bocina.

—Toda la caña a estribor. ¡Cuidado a proa! ¡Largar las almas^[39]!

El intento de orzada del Formidable lo dejó a la bendición de los dioses y casi sin gobierno. Por fin, su toldilla quedó por debajo de nuestra proa, hasta abordarnos sin misericordia. Los ruidos del troncho eran inconfundibles, haciéndonos sufrir y clavar garfios en la piel, hasta que el francés consiguió librarse. Hore saltó como si le hubiesen disparado un balazo en el pecho.

—Este inútil nos va a chamuscar el bauprés sin remedio. ¡Maldita sea la estampa que lo recibió al mundo!

Por desgracia, el mal estaba recibido en caliente. Cuando el Formidable consiguió separarse de nuestra proa, la visión desde popa era poco halagüeña. Y pocos minutos después, el segundo comandante llegaba del castillo con el sudor en la frente.

—Nos han rendido el bauprés, señor. Y me temo que con males de envergadura. El contra maestre primero y el carpintero investigan para conocer el nivel. Necesitaremos bastantes horas y, de momento, ni una sola vela del trinquete a proa.

—Informen a la mayor brevedad.

En efecto, el francés nos había rendido el bauprés por estribor entre las columnas y la trinca de dentro, sobre la cabeza de la capuchina. También partió el botalón del foque, la verga de la cebadera, el pescante de dicha amura, el tajamar por las gruesas de los barbiquejos, la pieza del espaldar, las dos batayolas, las gambotas de proa y medio león^[40], en este caso sin posible reposición porque ya navegaban sus fauces con independencia a popa. Con la caída del buque hasta alcanzar la empopada, se comenzó a trabajar. Gravina estaba preocupado por la posible merma de velocidad.

—¿Son fáciles de reparar las averías en la mar, Rafael?

—Creo que sí, señor. Por fortuna, disponemos de los mejores carpinteros de la escuadra, especialmente don José María Santana, capaz de construir un retablo en el espejo con mar gruesa. Pero aquí llega el contra maestre primero, don Miguel García, que también es de lo mejor que circula por la Armada.

Estaba convencido de que así se haría, aunque sea difícil creer lo que unos buenos profesionales de la Armada son capaces de componer a bordo, por mucho que la mar se levante en ampollas. Ya lo había vivido en mis carnes otras veces, cuando un buque desarbolado es capaz de navegar con algunos remiendos de fortuna que más parecen milagros de santero. Pero ya llegaba el contra maestre para informar a don Rafael de Hore.

—Ya estamos en faena, señor comandante. Se desguaza el mallete de las columnas y conseguiremos formar al bauprés, que está rendido a tronco, en base a una rueca con troza de gimelgas con cuatro reatas, colocándole otra rueca sobre ésta con el trozo del botalón que nos quedó a bordo...

Dejamos al comandante con el carpintero y el segundo escuchando los detalles de la delicada compostura, mientras Escaño bramaba, una de las escasas ocasiones en que le vi perder ligeramente los nervios.

—¡Es incomprensible! ¡Cómo se puede gobernar un navío de esa forma, como haría una ramera de Argel!

—Calma, Antonio, que no es para tanto —Gravina entraba en rebajas, aunque pareció hacerle gracia la expresión del cartagenero.

—Perdone, señor, pero la acción de ese comandante es para colgarlo del peñol o abrir fuego sobre él.

Mientras se trabaja a tope en nuestro buque, el almirante Villeneuve nos envió a su bergantín para notificarnos que arreglaría su vela a la nuestra. Pero Gravina, orgulloso como pocos, contestó textualmente que no obstante de ser de tanta consideración la avería, se lisonjeaba de que no atrasaría una milla la derrota de la Armada. La verdad es que el personal de a bordo trabajó como escultores en mármol, con esa extraordinaria habilidad de nuestros contraмаestres, maestros mayores de carpintería y calafates, realizando la reparación provisional en escaso tiempo y sin que el buque dejara de navegar más que un par de horas, aunque resentidos en la maniobra de proa. Tanto así que, ocho horas después del abordaje, comunicaba Gravina a Villeneuve que el navío Argonauta había remediado una avería tan enorme y de tanta consideración, y se encontraba en disposición de continuar cualquier derrota. Pronto olvidamos el incidente, aunque Escaño, con esa ironía suya tan especial, cuando veía algún buque francés a distancia de medio tiro de cañón, avisaba al general para caer a la banda contraria.

El día primero de mayo, tras dos jornadas con vientos caídos a la superficie de las aguas y velas tendidas al suspiro, retornó ese nordeste flojo que parecía amadrinado a nuestras cubiertas, momento en el que, tras observar la meridiana, el almirante francés enmendaba la derrota seis cuartas a estribor, con proa directa hacia la Martinica. Y así continuamos, sin noticias de nuestros buques, lo que preocupaba en mucho a don Federico aunque callara la boca con sentimiento de culpabilidad. Porque nuestra marcha era de tortuga y debían habernos alcanzado. Villeneuve, que debía sentirse en deber con Gravina por la precipitada salida, destacaba a las fragatas Hortense y Hermione en busca de información, con orden de ida y regreso. Y aunque nada descubrieron, al menos tomaron la presa de la corbeta británica Cyane, que navegaba bajo el mando de Lord Cadogan.

Sin más incidentes dignos de relatar, en la amanecida del día 13 de mayo, azul y calurosa por más, descubrimos por la amura de estribor el contorno de tierra. Pocos minutos después, era Antonio de Escaño quien reconocía la formación en altura como el monte Vauclair, así como los puntos notables de la costa oriental de la isla de la Martinica. Y sin esperar más que una media hora en aproximación, el almirante Villeneuve ordenaba aproar en demanda de Fort de France, barajando el perfil en conveniencia.

Fue en las primeras horas de la mañana del día siguiente, cuando recibimos el preciado regalo de los dioses con una especial visión. Navegábamos a media legua del citado puerto, cuando se rebajó la línea de la sangre en nuestros cuerpos al avistar a los navíos Terrible, Firme y España, así como a la fragata Magdalena, que tomaban el bordo para entrar, ligeramente adelantados a nuestra formación. Gravina exclamó sin ocultar su felicidad.

—Benditos sean los cielos y Nuestra Señora del Rosario.

Pero como siempre alguna frasca de vino sale punteada en vinagre, Escaño entró en la cuenta.

—Falta el navío San Rafael, señor. Y es condición extraña que no me alcanza a la sesera.

—Supongo que nos darán noticias de él en pocas horas —alegué con exagerado optimismo.

Largábamos las anclas en las aguas transparentes de la rada de Fort de France, cuando ya se acercaba a nuestro costado a buen ritmo de boga la falúa del navío Terrible. Y pocos segundos después, se presentaba en el alcázar su comandante, capitán de navío don Francisco Vázquez de Mondragón, para ofrecer la pertinente novedad al general Gravina, que lo recibió con parabienes.

—Qué alegría he sentido el verlos, Francisco. Resúmame lo sucedido desde que los dejé abandonados.

—Al vernos a solas, señor, como comandante más antiguo tomé el mando de los buques a la vista y, tras agruparlos, aproé en demanda de esta isla, de acuerdo con sus instrucciones. Se me unieron algunos mercantes con destino a Tierra Firme, para navegar con seguridad, hasta que tomaron camino propio.

—Bien hecho —Gravina lo tomó por los hombros con afecto—. Me quitas un gran peso de encima, aunque todavía nos falta el San Rafael. ¿Tuvo noticias de él?

—La fragata Magdalena me informó que creía haberle visto varado en el bajo de la Palma, al intentar abandonar la bahía. Pero estimaba la circunstancia como ligera porque ya recibía auxilio del arsenal, y es posible que haya tomado vereda por su cuenta.

—Dios le oiga para que la fiesta sea completa. ¿Ninguna novedad en la navegación?

—Solamente un ligero encuentro, señor. Cuando nos hallábamos a la altura de la isla de Madera, avanzados unas siete leguas, sufrimos una amanecida un tanto cerrada y escasa visibilidad. Cuando se abrieron las luces, descubrimos a tiro de cañón a dos corsarios britanos, el bergantín Lord Nelson, de 12 cañones, y la goleta Anguista, de 16. Aunque no quería perder tiempo y entrar en contacto con la escuadra a la mayor brevedad, como el navío España nos retrasaba el andar un par de millas, dispuse de tiempo suficiente para exterminar a estos enemigos. Se rindieron sin disparar una culebrina. Como eran buques viejos y sin posibilidades, que nos habrían retrasado, tomé a su gente, 63 hombres, hundiendo yo mismo al Lord Nelson,

mientras de la goleta se encargaba la fragata Magdalena, a mi orden. Tomé su documentación así como algunos víveres, pocos y de baja calidad, porque se dirigían en lastre fondo desde Gibraltar a cargar en Madera.

—Bien hecho. Que disfrute tu dotación del ron, que supongo llevaría embarcado —Gravina le guiñó un ojo en clara connivencia.

—Escasas barricas por desgracia, señor —Mondragón también sonreía—. Ya han sido utilizadas a bordo con fines medicinales y como blanco de los ejercicios artilleros. Nada queremos de esas bebidas tan propias del inglés.

Todos reímos la salida del comandante, un hombre bien plantado y en el que se podía confiar. Y con el enigma del navío San Rafael quedamos, aunque tampoco disponíamos de mucho tiempo para descanso o celebraciones. El almirante Villeneuve comunicaba a Gravina su deseo de llevar a cabo una reunión en aquella misma tarde, al tiempo que preguntaba si las unidades españolas tenían noticia sobre la escuadra del almirante Nelson. Comenté con Escaño una vez más, que la obsesión del almirante francés por el marino britano era extrema por más y con tintes de excesiva prevención. En fin, el tiempo hablaría por sí solo, porque es mucha la arena que resta por embarcar.

12. Martinica

La reunión que debíamos mantener con el almirante Villeneuve y su plana mayor en la mañana del día 15, siguiente a la de nuestro arribo, se retrasó una jornada completa, con motivo de que eran bastantes las noticias a recibir de las autoridades locales y unidades sueltas fondeadas en la rada, con lo que la situación estratégica podría aclararse en gran medida. De esta forma, dedicamos el resto del día a ordenar ideas con don Federico, además de recibir a bordo al resto de los comandantes que deseaban cumplimentar al general y exponerle los problemas aparecidos en la travesía.

Al haberse declarado la reunión con los franceses como junta de generales, nos aprestamos solamente Escaño y yo para acompañar a don Federico Gravina. Y estimé acertada la medida, porque al ser un navío de dos puentes el buque insignia, sin cámara de tamaño para muchos invitados, agrupar a comandantes y planas mayores en reducido espacio con las altas temperaturas que en la Martinica se sufrían, podía ser de gran inconveniencia y escaso disfrute.

Fuimos recibidos a bordo del Bucentaure con honores de grandeza, como musitaba Escaño por bajo en sorna. Y en pocos segundos, Villeneuve y Gravina se abrazaban en cubierta como dos viejos amigos. La verdad es que se conocían bien de los tiempos de nuestro general como embajador en París, aunque no podíamos decir que se hubiera abierto entre ellos esa línea de camaradería y mutua confianza, tan necesaria cuando dos escuadras entran en formación coaligada. No obstante debemos recordar que el almirante francés mandaba su escuadra y nuestro general los buques españoles con independencia orgánica y logística, aunque con órdenes del príncipe de la Paz a don Federico de atender los requerimientos de Villeneuve con extrema puntualidad.

La verdad es que el aspecto del navío Bucentaure era soberbio de maderas y cañones, al menos en su visión exterior, con una marinería ejemplarmente vestida, esa asignatura que no éramos capaces de superar en la Real Armada, con nuestros hombres vestidos con harapos y prendas de raposas al quite en su mayor parte, por mucho que protestaran los generales al mando. Sin embargo, también se veían caras de través y algunos gestos en la marinería que no alumbraban grandes promesas. Una vez en la cámara del almirante, primorosamente amueblada, don Silvestre tomó la palabra. Y aunque yo comprendía bastante bien la lengua francesa, tomaba demasiada carrera nuestro anfitrión, una acción desaconsejada por mera cortesía con extranjeros.

—En primer lugar, señores, debo declarar que lamento profundamente el abordaje producido entre el navío Formidable y el buque insignia español, al tiempo que les felicito por la extraordinaria profesionalidad de sus hombres, capaces de reparar las averías en tan escaso periodo de tiempo. Y he de reconocer con sinceridad que no lo creía posible, en vista de los daños que desde este buque se apreciaban en su proa.

—Le agradezco sus palabras, almirante, aunque esas reparaciones de fortuna son condición normal en toda marina y sin mayor importancia. Siguen trabajando a bordo para consolidar la maniobra de proa.

—También he de felicitarle por la prontitud en su salida a la mar, con una situación en la bahía gaditana de viento y marea muy complicada, lo que equivale a una victoria.

—No es mérito mío personal sino de mi mayor general, don Antonio de Escaño —señaló a nuestro compañero con la mano—, a quien he dejado a cargo de mis veces en la tarea.

Gravina hablaba un francés exquisito y cortesano, sin apartar un segundo esa generosa sonrisa que parecía prendida en su boca desde que pisáramos la cubierta del insignia aliado. Pero en aquel momento, por mi parte dirigía la mirada hacia el contralmirante Dumanoir, que callaba sin decir palabra alguna, cuando era quien debía haber asumido la culpa de la penosa maniobra llevada a cabo por el buque donde izaba su insignia y pronunciar algunas palabras en honrosa disculpa. No me cayó este hombre bien entre las cejas desde el primer momento, por encontrarlo demasiado presuntuoso y prepotente, con algunos comentarios posteriores que me entraron en vinagre. Tampoco entendía que el tema de la salida desde Cádiz, con las prisas impuestas y retraso de nuestras unidades fuera digno de nombrarse, lo que comenzó a calentar la sangre en demasía. Pero ya Villeneuve nos informaba de la situación.

—Según me han comentado las autoridades de la isla, parece que el plan embastado por el emperador se ha roto en parte como una lámpara desprendida contra el suelo, lo que me es difícil de comprender.

Dejó sus últimas palabras en el aire, como si esperara alguna pregunta que no apareció, por lo que decidió continuar.

—El almirante Missiessy arribó a mediados del mes de febrero a este puerto con sus cinco navíos y cinco fragatas, de acuerdo al plan inicial que quedó desbaratado por nuestro necesario regreso a Tolón, tras sufrir el temporal que nos desbarató varios buques. Desde aquí se dedicó a llevar a cabo diversas operaciones de castigo contra las islas británicas de la Dominica, Nieves, San Cristóbal y Montserrate, imponiendo contribuciones de guerra a sus autoridades pero sin llegar a ocupar ninguna de ellas, como estaba ordenado en las instrucciones, aunque se trate de un comentario cerrado. Regresó a Fort de France el 12 de marzo, donde le esperaba la noticia de la imposibilidad de reunirse con mi escuadra y ceñirnos al plan previsto. Por esta razón, continuó sus incursiones por las islas, reforzando con sus tropas expedicionarias las posiciones sitiadas por los rebeldes en Santo Domingo. Por desgracia y aunque en mucho le rogaron las autoridades de esta isla que expulsara a los britanos de la Roca del Diamante, ese picacho acantilado ocupado en 1803 con objeto de abrigar corsarios y amenazar con escaso costo la seguridad y navegación de los que se dirigen al principal puerto de la Martinica, no lo llevó a cabo aunque nada sabemos

de sus necesidades y prioridades. Bueno, he creído percibir que las relaciones del contralmirante Missiessy y las autoridades de esta isla no eran..., no eran todo lo cordiales que debieran.

—No parece tarea difícil tomar esa Roca y, sin embargo, de mucha utilizada para la población de esta isla. Se trata de un grano molesto y peligroso, sin duda —contestó Gravina—. ¿Dónde se encuentra el almirante Missiessy entonces? Debería haber recibido el nuevo plan de operaciones.

—Por lo que se ve, no fue así. Cuando arribó a Fort de France la fragata Aurore con el nuevo proyecto del emperador, ya había salido en tornaviaje para Francia, donde habrá llegado. Pero no es ése, por desgracia, el único cambio que puede entrar en escena.

—¿Se refiere al almirante Ganteaume? —preguntó don Federico en adivinanza, aunque era la pieza que restaba por colocar.

—En efecto. Según las últimas noticias, sin confirmar de forma absoluta porque se trata de información visual proporcionada por una fragata mercante, aunque se encontraba preparado con sus 21 navíos en Brest para dar la vela hacia estas islas y reunirse con nosotros, parece que han cambiado las prioridades y se le ordenó permanecer en aquel puerto. Nada puedo elucubrar sobre dicho particular porque desconozco las causas o razones, y hasta es muy probable que solamente se haya producido un simple retraso. En caso contrario, debería haber sido informado. También me han comunicado que, según parece, los ingleses se reagrupan en el Canal, hasta formar poderosísima escuadra. Si la razón de nuestra presencia en estas aguas, además de ofender a las posesiones británicas, era la de atraer alguna de sus escuadras para despistarlos y regresar al puerto francés de Boulogne, lo que es una simple suposición por mi parte, se habría fracasado en toda regla. Pero tampoco lo podemos confirmar porque no sabemos cuál era el objetivo final de las operaciones en curso —a Villeneuve le costaba exponer por las claras su incomprensión a los métodos empleados por el emperador—. De todas formas, sería una pena no contar con una fuerza del calibre de la escuadra de Ganteaume, aunque quizás me adelante a los acontecimientos y pueda aparecer en esta rada durante los próximos días. En fin, que aquí quedamos en solitario de momento. Supongo que llegarán instrucciones en algún sentido, más pronto que tarde.

Nuevo silencio del almirante francés y una mirada de Gravina hacia sus subordinados, en la que parecía pedirnos calma y no entrar en debate. Villeneuve volvió a tomar la palabra.

—Estimo como conveniente y prioritario rellenar los buques de ambas escuadras con víveres y aguada, así como ofrecer algunos días para descanso de dotaciones y que puedan afirmar las reparaciones en el buque insignia español, si lo consideran necesario. También en nuestros buques afloraron problemas, aunque de menor cuantía. En una reunión posterior, con más noticias recibidas, será posible planificar con detalle algunas acciones de castigo contra las islas inglesas. Podríamos intentar la

toma de la isla Dominica o Santa Lucía, así como esa Roca del Diamante que tanto nos requieren las autoridades locales.

—También es posible retomar la isla de la Trinidad, escasamente defendida y donde dispondríamos de bastante apoyo interior —Gravina tocaba el tema con extrema delicadeza—. Según mis noticias, todos los españoles y franceses allí afincados, odian la presencia del inglés y verían con buenos ojos la operación.

—Ese parece un bocado mayor y sería un envite único para nuestras tropas embarcadas, aunque se haya recibido propuesta de apoyo español por el Gobernador de Cumaná. ¿Tiene alguna necesidad especial para sus buques? Ya sabe que nos tiene a su disposición para cualquier apoyo que estime necesario —Villeneuve se dirigía a Gravina con tono generoso, cortando de cuajo el tema anterior.

—Dada nuestra salida de Cádiz con las dotaciones en precario, por la prisa impuesta, sería de gran utilidad para mi fuerza una leva general de los españoles embarcados en los buques corsarios que centran sus operaciones en esta isla y en la de Guadalupe.

—Pasaré su petición a las autoridades competentes. Mucho tiene que ver en ese asunto el capitán general de la Martinica, vicealmirante Villaret-Joyeuse, con quien creo le une una buena amistad —Villeneuve sonrió como si dispusiera de más información de la que estaba dispuesto a conceder.

—En efecto, lo considero un buen amigo.

—¿Sabemos algo sobre la escuadra del almirante Nelson? —preguntó Dumanoir.

—Nada nuevo —Villeneuve movió la boca en desagrado de forma instintiva—. Después de todo, es lógico pensar que recibiría instrucciones para unirse a las fuerzas del Canal, si llevan a cabo esa anunciada concentración de sus escuadras. Por lo que se ve, los ingleses temen el tantas veces proyectado desembarco de nuestras fuerzas en sus islas.

—Don Horacio Nelson vendrá tras nosotros —afirmé con rotundidad—. No suele admitir que se le escape una presa, y su misión era encontrarse al acecho de su escuadra, señor. Además, las instrucciones recibidas suelen afectarle en poco, si estima que puede rendir mayor servicio a su señor con otras acciones.

—Muy seguro le veo de esa opinión —Villeneuve me ofreció una sonrisa—. Parece conocer bien al indómito almirante.

—En efecto. Navegué y combatí en una fragata bajo su mando, la Minerve, aunque en calidad de prisionero. Y les aseguro que no suele admitir un fallo en lo que considera como misión impuesta.

Se hizo el silencio, como si no quedara tema alguno por tratar. Gravina se vio obligado a elevar una última pregunta.

—¿Las posibilidades de hacer víveres en esta isla son grandes?

—Las autoridades de la Martinica me han indicado que será problemático abastecer a unas escuadras con 15 000 hombres a bordo, por lo que será necesario solicitarlos en parte a otras dependencias. Eso significa que los precios, ya elevados

como norma, sufrirán una subida en algunos productos que en poco nos beneficia.

Torcí el gesto de través sin demostrarlo a luces, porque no era buena esa nueva para nosotros. Sabía que en el momento de abandonar Cádiz, el general Gravina había recibido del general Moreno, del monto total disponible para la puesta a punto de la escuadra y sus gastos generales, tan sólo la cantidad de seis millones de reales para toda la campaña. Era una suma de acuerdo con los fondos remanentes y estimada a ojo, porque no sabíamos con detalle la duración de las operaciones. De esta forma, si se elevaban los precios o se alargaba nuestra ausencia en el tiempo, podría redundar negativamente en el acopio de víveres. Pero ya Villeneuve parecía querer cerrar aquella primera y desangelada reunión.

—Bien, avancemos en lo que tenemos a disposición de momento. Como les decía, espero recibir noticias más concretas sobre nuestra misión, si se confirman los cambios conocidos, sobre los que todavía albergo bastantes esperanzas, especialmente en el arribo de la escuadra del almirante Ganteaume. Podemos prever en principio la salida a la mar para el día 25, aunque nos reuniremos de nuevo para analizar las posibles líneas de actuación. ¿Le parece bien, general Gravina?

—Desde luego, almirante.

Regresamos al Argonauta sin pronunciar palabra, aunque era capaz de comprender las ideas que circulaban por los cerebros de Gravina y Escaño. Aunque hubiera deseado aclarar algunos aspectos de la reunión, decidí esperar a la cámara del general y serenar los humores. Pero fue en aquel momento, cuando nos encontrábamos a escasas yardas de la popa de nuestro buque, cuando observamos un navío de dos puentes por fuera de la bocana, cargando gran parte de su aparejo y preparando la maniobra para fondear las anclas. No pude reprimir un grito de sincera alegría.

—¡El navío San Rafael regresa con la familia!

—¡Bendito sea Dios y su santa misericordia! Otro peso menos sobre los hombros—Gravina mostraba también su satisfacción—. No podemos quejarnos de la suerte entablada en esta jornada. Ese Montes ha demostrado en más de una ocasión que se trata de un hombre bragado donde los haya. Es todo un éxito su travesía en solitario, sin encontrar enemigo superior.

Al escuchar aquellas palabras del general, pensé en sentimiento cerrado que, si tan peligroso era haber atravesar el océano en soledad, tal acción sólo tenía un culpable. Pero fiel a mi teoría, deseché tales pensamientos con rapidez.

—Ya estamos todos —Escaño palmeaba como niño—. La verdad es que no daba una sola moneda por esta feliz reagrupación.

Una vez a bordo del Argonauta, por indicación del general lo seguimos hasta su cámara. Y mientras don Federico observaba por la balconada la figura del San Rafael en maniobra de fondeo, se dirigió a nosotros.

—Creo que puedo leer vuestros pensamientos con bastante claridad, amigos míos. Poco os ha gustado que en esta primera reunión se aparcara de un plumazo la

reconquista de la isla de la Trinidad.

—Desde luego, señor, tanto en el fondo como en la forma —afirmé con rotundidad—. Sólo se han mencionado objetivos franceses. Entiendo que llevamos a cabo una operación conjunta aunque, la verdad, en poco me extraña el resultado.

—No será fácil esta coalición, Francisco, y lo sabes bien —Gravina me miraba con seriedad y, por primera vez, con cierta tristeza en el semblante—. Debemos tratar al francés con exquisito cuidado, nos guste o no. Es necesario recordar que somos sus aliados por pura obligación, en base a la amenaza de las armas y de una invasión en toda regla. Podemos picar en la costra con extrema delicadeza, pero sin llegar a romper el huevo. Esas son las instrucciones recibidas con extrema claridad del príncipe de la Paz en nombre de nuestro Señor, y a ellas debemos ajustarnos sin remedio. Además, no olvidemos que, una vez llegado el vicealmirante Villeneuve a las islas de este continente, toma el título de comandante en jefe de las fuerzas navales en dichas aguas.

—De las fuerzas navales francesas, debemos entender —me arrepentí con rapidez de haber pronunciado estas palabras, pero ya entraba Escaño al quite de auxilio.

—Estimo, señor, que la operación sobre la Trinidad es factible a escaso precio. ¿Qué hizo Missiessy durante tantas semanas? Tan sólo castigar las islas e imponerles tributos de guerra, para aumentar la bolsa. Como más se puede ofender al enemigo es tomando sus posesiones, acción que jamás suele dudar el inglés. Además y como bien sabe, se insiste desde Cumaná a la toma de la isla, con ofrecimiento de hombres y haberes. Incluso podríamos llevarla a cabo con nuestras tropas embarcadas y auxilios de Tierra Firme, especialmente los ofertados por diferentes Gobernadores y, en especial, por el de Caracas, que ha llegado a preparar los medios para la operación militar. Debe ser emprendedor y arrojado este hombre, el general Cagigal, que estaba dispuesto a afrontar la operación con el auxilio de otras estaciones de Su Majestad Católica en la zona. Estima que con 1000 de sus hombres y 500 franceses en apoyo podría llevarse a cabo la operación, tal y como propuso al capitán general de la Martinica. Pues suplamos ese medio millar de franceses por los nuestros.

—Estoy de acuerdo al ciento contigo, Antonio, y no lo dudaría un segundo en otras circunstancias. Pero en estos momentos, nada podemos embastar por nuestra cuenta, sino portarnos como aliados ejemplares. No olvides que el carteo de Villeneuve con su ministro Decrés, su protector y gran amigo, es intensísimo. Una operación independiente por nuestra parte podría ser considerada como falta de cooperación o mil aspectos distintos. Sé bien como se mueven las informaciones en París entre Decrés, Tayllerand y Bonaparte, con intereses creados por cada uno en particular.

Pensaba para mis tripas que esa posición exigida por Gravina, no podía ser considerada en puridad como de aliados ejemplares sino, más bien, como corderos en servicio de carnes. Y me movía en preparar una adecuada respuesta, cuando nos anunciaron la llegada del capitán de navío don Francisco Montes, comandante del

navío San Rafael. Pocos segundos después accedía a la cámara con una alargada sonrisa en su curtido rostro. Gravina lo abrazó como a un hijo perdido.

—La perdiz que faltaba para el asado se encuentra ya bien caliente en la perola. Mucho me alegro de verte, Francisco. Tengo entendido que varaste a la salida en el bajo de la Palma.

—Mucho siento no haberme podido integrar a tiempo en la fuerza bajo su mando, señor. Pero al recibir la orden de dar la vela, me encontré atochado entre el Santiago^[41] y el bajo de la Cabezuela durante los primeros momentos. El práctico, que espero purgue pronto sus muchos pecados náuticos en los infiernos, me garantizó paso franco a popa de una fragata marchante, atravesada a destiempo. Por desgracia, tocó nuestra quilla en el bajo de la Palma, con elevada fortuna al hacerlo con dulce suavidad y sobre arena limpia. Como la maniobra de todos se había retrasado, me encontraba ya al extremo de la vaciante^[42] y sin remedio. Pero aunque ya me llegaban refuerzos del puerto, pude avanzar con facilidad a la espía^[43], aunque la calma posterior y el viento tontón de poniente no me permitieran la salida durante bastantes horas. Por fin, con el terral de la noche abrí la puerta y largué alas.

—Después de todo, pudo ser mucho peor, por lo que debemos alegrarnos. ¿Has seguido derrota directa? —preguntó Escaño, tomando nota como siempre para los posteriores informes.

—No, señor. En principio todo amenazaba en negro al rolar el viento, que se entabló por tirantes entre el tercer y cuarto cuadrante. Pero una vez arrimado a la costa africana, me dejé caer hasta el cabo Blanco y aproveché el bordo conveniente, para seguir una derrota que evitara un posible encuentro con enemigos superiores. Y se abrieron las cruces en luz de oros, porque navegué como Cristóbal Colón en su viaje del descubrimiento. Reconocí esta costa esta mañana con las primeras luces del crepúsculo. Pero creí que la fortuna volaba a popa, porque casi me chamuscan los bigotes en cuarentena esos malditos bribones.

—¿Qué bribones? ¿Tuvo encuentro con unidades britanas? ¿La escuadra de Nelson? —preguntó Gravina con marcado interés.

—No, señor. Al barajar la costa de esta isla por el sur, observé en la cúspide de esa maldita Roca del Diamante la bandera francesa, por lo que metí la cabeza en la madriguera al no tomarle el necesario resguardo. Sabía de estas estratagemas britanas tan deshonorosas en la mar, pero parece que los pecados se extienden también a tierra. Mientras arriaban el pabellón tricolor e izaban la Union Jack^[44], me cañoneaban desde las baterías al copo con granada, metralla y bala. Por fortuna, tan sólo me agujerearon en duplo el estay de gavia, pues esos jenízaros desvergonzados disparaban muy por alto. Caí a la banda y pensaba dirigirme a la Guyana, por entender que la Martinica se encontraba en poder del inglés. Pero por gracia de los cielos, cuando abría espuma a popa pude avistar en la bahía de Fort Royal un gran número de buques de línea fondeados. Como estaba ya escaldado en pruebas, los reconocí a distancia y con las debidas precauciones aportas abiertas. Pronto reconocí

con claridad los palos del Argonauta, donde estuve embarcado de segundo comandante, y nadé millas hacia aquí en amparo. Por fin, señor general, el navío San Rafael se encuentra fondeado al abrigo y sin mayor novedad.

—Bien hecho, Francisco. La verdad es que mucho he sufrido durante la navegación desde Cádiz por la ausencia de todos, pero ya me alcanza la calma al espíritu. Sabía que los buques estaban en buenas manos.

Continuamos charlando con Montes, persona ingeniosa y optimista que elevaba la moral de todos los que se encontraban a su lado. Incluso cuando exponía las mermas existentes en su navío, algunas de importancia, lo hacía de forma que parecía ser todo un mal menor y reparable con facilidad. Por fortuna, don Federico decidió abrir el cofre y ofrecernos unas frascas de buen vino, aunque no fuese muy aficionado a elevar los espíritus con el líquido rojo que, sin duda posible, renueva nuestra sangre cada jornada de forma necesaria.

Los días siguientes fueron de absoluta tranquilidad, demasiada quizás para una escuadra en operaciones de guerra. Gravina se dedicó a las visitas de protocolo, especialmente con su buen amigo el almirante Villaret-Joyeuse. Por él supimos de las malísimas relaciones habidas con Missiessy, quien se negó a tomar la Roca del Diamante, a pesar de que se le arguyera por boca del capitán general, que resulta vergonzoso que con la superioridad que contamos, la bandera inglesa flote todavía a nuestra vista sobre un peñón tan cercano. La verdad es que, al escuchar estas últimas palabras, me llegó a la cabeza con nitidez la estampa de la Roca gibraltareña y la permanente vergüenza que ya alcanzaba un siglo, porque parecíamos haber olvidado en esta nueva guerra que la bandera británica se mantenía bien izada en suelo español.

El relleno de víveres se complicó más de lo esperado. Y no sólo se debían los problemas a los elevados precios que los productos alcanzaban, con mercaderes en ganancias prohibitivas que los franceses debían haber cortado a mano de sable, sino a la escasez verdadera de las posibilidades de la isla. Era necesario recordar que abastecer de víveres a una fuerza de 15 000 hombres para algunos meses no era empresa de dulce. A tal punto llegó la penuria, que el general Gravina ordenó reducir una cuarta parte de la cantidad de pan correspondiente a la ración ordinaria de los miembros de las tripulaciones y guarniciones de la escuadra, debiéndoseles abonar en dinero la cantidad equivalente cada quince días. Y aunque ningún hombre reduce su ración al gusto, si las monedas llegan con puntualidad, como era el propósito, cambian la cara a la sonrisa para poder gastar en productos de mayor gusto y necesarios para un mínimo aseo personal, otro de los fines buscados por nuestro general.

Para sorpresa general, especialmente de Escaño y este humilde servidor, la siguiente reunión a bordo del Bucentaure se llevó a cabo el día 21 de mayo, entre don Silvestre Villeneuve y don Federico Gravina en solitario, como si hubiese decidido el francés que, de esta forma, la situación sería más acomodaticia a sus planes. Y es

posible que no marrara el almirante de la escuadra. Pero llegando a los hechos, ninguna acción de alcance se decidió en aquel nuevo parlamento, tal y como nos narró después el general. Y pueden estar seguros de su sinceridad con los más cercanos colaboradores, que en ese aspecto no solía fallar jamás el comandante general de la escuadra del Océano, al menos en aquellos días.

—¿Seguiremos cruzados de brazos entonces? —preguntaba Escaño con su habitual parsimonia—. ¿Sabe este almirante que nos encontramos en situación de guerra, con neta superioridad naval y guerrera, lo que no se produce muy a menudo con los britanos? Es una ocasión preciosa que deberíamos aprovechar sin pérdida de tiempo.

—La verdad, y que este comentario quede cerrado en la cámara, no comprendo bien a este francés, a no ser que me esconda alguna carta, lo que tampoco descarto. En esta ocasión parece confiar plenamente en la llegada de Ganteaume, aunque en el intermedio podría lanzarse por alguna conquista aunque sea bocado menor, como esta Roca del Diamante que clama a los cielos en la misma puerta, a seis millas de la isla. Como dice Antonio, nuestra superioridad en estos momentos es absoluta y deberíamos aprovecharla. También es cierto que Villeneuve no está muy seguro de sus unidades, según parece. Esta mañana me ha criticado por las claras y sin rebozo el estado de sus navíos, tras el carenado sufrido en Tolón. De forma especial se queja de la pésima calidad de los hierros empleados, advirtiéndome que a diario se quiebran o rompen los cáncamos y ganchos de los cañones, los zunchos de los molinetes y otras desventuras que producen accidentes peligrosos para los hombres. Y no es bueno que tenga tal concepto de sus propias unidades, que en poco lo animan a cualquier empresa.

—También nosotros andamos con problemas, algunos serios, por la precipitación en la salida de Cádiz —Antonio entraba en detalles sin necesidad de leer documentos, porque solía recordarlo todo al punto y la coma—. Según informes de los comandantes, a pesar de los vientos generosos que nos han acariciado hasta esta isla, aparte de nuestro bauprés que parece aguantar con las reparaciones, se han inutilizado dos masteleros mayores, dos de velacho, dos de juanete mayor, una verga de gavia, otra de velacho, una de juanete y catorce botalones. Se intentan reparar, así como componer dos cofas. Y todo por la falta de tiempo para reconocer los buques en armamento, que ahora sufrimos. Podremos aligerar los males en un elevado tanto por ciento, pero la mala calidad de los botalones, medio podridos, hará muy difícil su reposición. Calculo que pocas unidades podrán largar alas y rastreas^[45], sin elevar una mirada de continuo a las alturas.

—Y en la artillería, sufrimos la falta de llaves de fuego en tres unidades —metí cuña para corroborar—. Se están ajustando las llaves de pistola que, según algunos artilleros experimentados, durarán poco tiempo en combate.

—Ya lo sé, pero no era cuestión de llorar al francés con nuestras penurias. Al menos, quedamos por arriba sin abrir los pañuelos. En cuanto al próximo futuro, tan

sólo hemos llegado a la conclusión de salir a la mar el día 25 y, si las condiciones se presentan favorables, atacar a la isla Dominica o la de Santa Lucía. En caso de que se decida la invasión de alguna, estima necesario traer las tropas destacadas en otros puntos del Caribe. Pero después de dos horas de charla, nada en concreto. La verdad, dudo que acometa esos ataques, aunque se incluyan en sus órdenes. Me adelantó que están bien defendidas por los ingleses, pero debería reconocer que nuestra superioridad es apabullante.

—¿Llegaron a tratar sobre el tema de la Trinidad? —largó Escaño en voz queda, sabiendo que era la pregunta a flor de mis labios.

—Nada dijo Villeneuve y no me pareció oportuno entrarle de nuevo con ese tema. Espero que, con el paso del tiempo, se vaya aclarando algún objetivo concreto aunque, en mi opinión, el almirante tampoco tiene claras sus prioridades. Parece ser que en estos momentos su única obsesión es esperar la llegada de Ganteaume y sus veintiún navíos. Para mí que también aguarda la llegada de instrucciones posteriores, una línea utilizada a diario por Bonaparte, considerada como muy errónea por sus asesores, de quienes no confía.

—Parece que ese Bonaparte no confía ni de su sombra —exclamó Escaño.

—Así es y esa postura lo perjudica todo. De ahí le viene esa negativa manía de entregar las operaciones en pasos parciales y sin exponer jamás el conjunto. Como bien sabemos, esa teoría en la mar puede ofrecer resultados terribles.

—¿Han comentado la penuria de víveres?

—Le he solicitado a Villeneuve la salida de algunos mercantes para embarcar víveres en Tierra Firme o alguna posesión francesa, pero tampoco este aspecto quedó decidido. Y en cuanto a la leva de españoles, algo conseguiremos gracias al apoyo de Villaret-Joyeuse, que me ha asegurado el embarque de los aquí establecidos y los corsarios españoles de Guadalupe. Espero que no se retrasen en exceso. Es gente de mar que en mucho nos refuerza.

—Serán bienvenidos —musité sin excesiva alegría.

Tal y como esperaba, ninguna nueva de importancia o que pudiera aclarar nuestro próximo futuro. De esta forma, aumentamos el ritmo de los ejercicios de mar y guerra, al tiempo que acoplábamos los equipajes entre las diferentes unidades, en especial para el Santiago y San Rafael, con demasiadas mermas en sus artilleros, gracias a las levas efectuadas que comenzaban a llegar a bordo con escaso espíritu colaborador. También se concedió libertad de pesca, al tener conocimiento de que un pez espinoso y de color rojizo al que llamaban coloretta, entraba en los anzuelos como moscas al panal y era de sabor agradable, lo que redundaba en un gasto menor de los víveres. Y siguiendo la norma, se adquirían a los pesqueros con precio admisible grandes ejemplares parecidos al pez espada gaditano, que era delicia general. Setum acabó por condimentar una salsa de su invención que fue exigida por don Federico en su mesa, aunque no era hombre muy propenso a la gran cantidad de especias que el africano utilizaba en sus adobos.

El día 24 se encontraban todos los buques españoles preparados para la salida a la mar, prevista en la mañana del día siguiente. Pero fiel a la improvisación y continuo cambio de parecer del almirante francés, a quien ya íbamos tomando la cadena mental en su justa medida, llamó a nueva reunión con nuestro general, en la que decidió suspender la salida de la escuadra. De momento, Villeneuve se conformaba con desplegar a las fragatas Hortense, Hermione y Themis para que cruzaran a barlovento de las islas inglesas, con objeto de hostigar el tráfico de unidades britanas entre islas y procurar recursos a la escuadra y a la colonia con las posibles presas, al tiempo que podían inquirir noticias sobre fuerzas propias o enemigas, la escuadra de Nelson entre otras. Al mismo tiempo, la Hortense debía destacarse más tarde a la isla de Guadalupe, para embarcar tropas francesas allí estacionadas y aumentar las propias de la escuadra. Según se deducía de la información facilitada a Gravina, el almirante Villeneuve se mantenía confiado en el arribo de los buques de Ganteaume y prefería mantenerse preparado para cualquier eventualidad. Escaño y yo no lo comprendíamos.

—¿Llegaremos a saber algún día cuál es el objetivo final de estas operaciones, si es que existe en alguna cabeza? —pregunté con la confianza que nos unía.

—Mira, Francisco, más vale agachar la cabeza y cerrar los ojos. Tan sólo haremos lo que diga el francés y cuando Villeneuve lo estime oportuno, por mucho que nos moleste. Te advierto que lo paso mal por nuestro general, a quien tanto aprecio, con un papel a jugar que no deseo al peor de los enemigos.

—Bueno, Antonio —dudé unos pocos segundos antes de sincerarme—. Debemos colaborar con el francés, por supuesto, pero sin llegar a doblar la columna ciento ochenta grados, con el peligro de romperla.

—Sabes que pienso como tú. Pero si nuestro Señor don Carlos se postra de hinojos ante el emperador y admite ser tratado como su humilde servidor, qué puede hacer un general, aunque mande la escuadra del Océano. Se nos ha asignado el papel de bufones de corte y no queda más remedio que poner buena cara y, si fuera posible, sacar alguna tajada en provecho de España, aunque sea empresa bastante difícil.

—También yo estimo en alto grado a don Federico y es mucho lo que le debo a lo largo de bastantes años. Y mucho recome mis entrañas el papel que le han asignado. Pero todo tiene un límite, Antonio. Por ejemplo, el no haber esperado a sus buques tras la salida de Cádiz. Debió plantarse desde el primer momento. He sabido que hasta los franceses opinaban en el mismo sentido. El general de brigada Reille, subalerno de Lauriston, llegó a exclamar que por no esperar dos o tres horas, se comprometía la seguridad de nuestros buques y la general de la escuadra combinada. Y ahora don Federico también se pliega en demasía a los deseos de Villeneuve. No por rebajar la testa te mostrarán más respeto, sino al contrario. ¿Imaginas a don José de Mazarredo en circunstancias parecidas?

—Por favor, Francisco —Escaño movía la cabeza en pesadumbre—. Mazarredo es cuestión aparte y sin posible sustituto. Sería el único general con suficiente

prestigio para ser escuchado por cualquiera. Esa fue la razón de que no gustara al emperador cuando se mantenía en París. Porque contestaba en negativo a las propuestas francesas, pero aclarando con razonamientos irrefutables todas sus alegaciones. Por supuesto que don José no habría admitido abandonar a su división en aguas de Cádiz. Pero por esa razón se encuentra medio desterrado. En fin, es una conversación ésta que me baja el humor a los suelos y prefiero rechazar.

—A mí también. Tan sólo nos queda recomendar a nuestro general lo que estimemos más adecuado.

—Pero sin dejarlo atochado contra los bajos, Francisco. Sabemos como es y el papelón que le han servido en bandeja. Seamos optimistas y esperemos una cercana paz.

—O un descalabro del emperador en Europa.

—Nos arrastraría con él.

—Es posible que sea la mejor de las soluciones.

Éste era el ánimo entablado en nuestros corazones por aquellos días, mientras los buques seesteaban en puerto y la guerra parecía entablada en otros mares. Sin embargo, los negros pensamientos se mantenían en mi cerebro, sin posible alivio. Para colmo, hasta Setum cerraba la boca y se tragaba sus predicciones, lo que en poco hacía albergar optimismos, que bien conocía al africano. No quedaba más solución que esperar y, de momento, estar preparados para las acciones que don Silvestre Villeneuve estimara como posibles, de acuerdo a unos planteamientos desconocidos por nosotros posiblemente, también por él.

13. La Roca del Diamante

Pronto comprendimos que el almirante Villeneuve, irresoluto y dubitativo por más en la mayor parte de los casos, también era propenso a decisiones repentinas e inesperadas, aunque fuera en temas de escasa enjundia. Mantenido durante demasiados días y sin razón aparente en el fondeadero de Fort Royal, retenía la poderosa escuadra bajo su mando sin dedicarse a las operaciones de castigo a las que se encontraba obligado, como si deseara no empañar el éxito personal que se arrogaba por haber engañado hasta el momento al almirante Nelson en el escenario Mediterráneo. Sin embargo, posiblemente para enmascarar esa falta de acometividad, se decidió de la noche a la mañana por apoyar con alguna de sus unidades la toma de la Roca del Diamante, que intentaban abordar las autoridades de la isla con sus propios hombres, si disponían de un mínimo apoyo naval. Una vez que las fragatas salieron a cruzar derrotas, tomó la decisión de que se llevara a cabo el asalto en la amanecida del día 30.

El general Gravina tuvo conocimiento del proyectado ataque el día 27, tras ser llamado a consulta por el almirante francés aunque, como otras veces, se trataba de comunicar una decisión tomada e irrevocable. Villeneuve había decidido dar el mando de la operación conjunta al capitán de navío Cosmao-Kerjulien, comandante del Plutón, y en ella tomarían parte además del navío citado, el Berwick, la fragata Sirene y los bergantines Argus y Furet, así como cuatro lanchas y cuatro botes de los buques de la escuadra armados para la ocasión. El capitán general de la isla cooperaba con 240 hombres con armamento y munición, puestos a disposición del almirante. Gravina, por su parte, se ofreció de inmediato a colaborar en el ataque, llegando a la decisión de que dos de las lanchas y el mismo número de botes, entre el grupo de tropas que llevaría la responsabilidad del ataque en tierra, fueran españoles.

Una vez el general Gravina a bordo del Argonauta, tras la reunión mantenida con Villeneuve en el Bucentaure, nos mandó llamar a Escaño y a mí, así como al capitán de fragata don Rosendo Porlier, segundo ayudante general de la mayoría, sin pérdida de tiempo. Y como su mayor general comentaba, debía ser con motivo de esas prisas a las que permanentemente nos sometía el mando francés, sin unos objetivos medianamente claros en el horizonte.

—¿Por qué ha llamado con urgencia a Porlier? —me preguntaba Escaño con extrañeza.

—No tengo la menor idea. Algo ha debido cocerse en la reunión, que debe ser servido en el plato sin pérdida de tiempo.

—Dios nos tome de la mano confesados y en gracia.

Una vez reunidos en la cámara del general, don Federico se movía de forma nerviosa, lo que nada bueno auguraba. Y no tardó mucho en explicarnos la operación proyectada y la decisión de que tomaran parte las fuerzas españolas, cuyo mando

deseaba ofrecer a Porlier. Tanto Escaño como yo asentimos en acuerdo porque, después de todo, se trataba de una fácil elección, por ser el citado jefe experto en tales empresas, como había demostrado de forma repetida en ocasiones anteriores.

Llegado Porlier a la cámara y entrados los cuatro en discusión, tomamos con rapidez la decisión de que las lanchas armadas fueran las pertenecientes a los navíos San Rafael y Terrible, mandada la primera por el teniente de navío don Martín de Olavide, con el alférez de fragata don Francisco de Hoyos. La segunda era asignada al teniente de navío don Agustín Roncalli, embarcando en ella el alférez de navío don Andrés Santiso. Fue entonces cuando Gravina volvió a preguntar a Porlier.

—¿De verdad deseas embarcar en uno de los botes?

—Debe ser así, señor, porque serán los primeros hombres en arribar a la Roca. El bote del navío España, como han propuesto, será mandado por el teniente de navío don José Lavadores, con el alférez de fragata don Ramón Seguro a su lado. De esa forma, el bote del Argonauta debe quedar bajo mi mano y navegará en cabeza de nuestra línea. Por supuesto, tal y como desea, señor general, llevaré a mi lado a su sobrino, el alférez de navío Nortolbartolo.

—Se lo agradezco mucho, Rosendo, porque el joven está deseando hacer méritos de guerra y debemos premiar su espíritu combativo. Las tropas españolas y francesas, designadas para el desembarco en las lanchas y botes, serán transportadas a bordo de los navíos Plutón y Berwick, que les ofrecerán el oportuno remolque hasta el momento del definitivo embarque de sus hombres. Teniendo en cuenta que los buques cuadrarán frente a ese peñasco a poniente, se formarán dos divisiones, siendo la española bajo su mando la que deberá expugnar la Roca por su parte derecha, en la zona conocida como el Desembarcadero. Mientras tanto, los franceses lo harán por la izquierda, una vez que los navíos, las fragatas y los bergantines hayan ofendido con sus fuegos en buena medida las baterías enemigas, intentando acallarlas.

—Ése será un aspecto de la mayor importancia, señor, si queremos disminuir el número de bajas. Aunque no es fácil acallar bocas de fuego en tierra, si se encuentran bien instaladas.

—Desde luego. De todas formas, no será sencilla su tarea durante los primeros momentos, porque los britanos tienen montados en la parte alta del peñasco cañones de a 24 y a 18 en montajes giratorios, muy apropiados para fortificaciones en tierra, mientras que en las faldas disponen de baterías individuales con cañones de a 12, algún obús, posiblemente de a 32, y varias carronadas de a 48. Los defensores deben superar los cien hombres, aunque hay quien asegura que alcanzan los 200, y almacenan víveres y municiones en abundancia en dos cuevas de respetable tamaño. La verdad y aunque nos pese, deberíamos imitar en mucho a los ingleses de cómo mantener y aprovisionar posiciones fortificadas, incluso ésta que se encuentra en el mismo zaguán del enemigo. Pero siempre aparece el mismo factor en la sombra, y ése no es otro que el dominio de la mar.

—No deben emplear mucho tiempo en arribar a la Roca, si el viento es favorable.

Con exactitud, ese peñasco se encuentra a ocho millas desde la entrada de la bahía de Fort Royal, y una milla al sudeste de la extremidad sudoeste de la isla. La Roca es muy acantilada y tiene forma cuadrada —Escaño pasaba las páginas de un derrotero^[46] español, al tiempo que movía la mano sobre un plano alzado a plumilla por los franceses—, con dos cables más o menos de lado y una altura en el picacho de 175 metros. Tendrán que trepar con escalas y manos a la brava, porque esos bellacos se encastrarán en las alturas para resistir, y dejando rodar piedras solamente pueden complicarnos la vida. En cada una de nuestras lanchas embarcarán 40 hombres con municiones, escalas y los útiles de guerra que estime necesarios. Por parte francesa tomarán parte cuatro lanchas y cuatro botes, que embarcarán la tropa de la colonia, compuesta por 240 hombres, bajo el mando del primer teniente de navío del Bucentaure.

—Deberá encontrarse con sus unidades en el muelle de Fort Royal en las primeras horas de la tarde del día 29. Se pretende que los navíos se hagan a la mar con los primeros albores del crepúsculo matutino del 30, o alguna hora antes —le confirmé a Porlier.

El designado para mandar las tropas españolas asentía con la cabeza en silencio, mientras tomaba algunas notas en un pliego doblado al cuarto.

—En estos momentos se encuentran armando nuestras lanchas y botes con las piezas a disposición, cañones de a 24 para las primeras y obuses de a 12 para los segundos —Gravina lo tomó por el hombro de forma paternal, antes de continuar con extrema confianza—. Bueno, Rosendo, con que realice el trabajo a mitad de rendimiento del que llevó a cabo en la bahía de Cádiz contra el inglés, cosechará un sonado triunfo.

—No se preocupe, señor, que arrancaremos la bandera britana de esa Roca, aunque sea a mordiscos de tiburón.

Despedimos a nuestros hombres con deseos de suerte, bienaventuranza y éxito en la empresa, aunque éramos conscientes de que algunos podían perder la vida o regresar en penosas circunstancias. Gravina ofreció un especial y apretado abrazo a su sobrino, sin musitar una sola palabra. Sin embargo, podía leer en su mirada el deseo de que el joven no arriesgara la vida en exceso, condición difícil de cumplir en un joven con ansias de gloria. Tal y como estaba previsto, las fuerzas españolas se trasladaron al muelle del puerto en la tarde del día 29, para pasar posteriormente al navío Berwick que debía conducirlos hasta la Roca, mientras las tropas francesas de la Martinica embarcaban en el Pintón con el mismo objeto. Las lanchas y botes eran afirmados en remolque de seguridad, para su traslado al objetivo.

Debían rondar las cuatro de la tarde de aquel día, cuando las unidades previstas daban la vela y maniobraban en conveniencia, llevando a remolque las lanchas y botes seleccionados. Y aunque el viento flojo parecía favorecer la empresa en aquellos primeros momentos, al encontrarse los buques fuera de la rada, aumentó la brisa en pico al tiempo que rolaba al norte con querencia del noroeste, lo que unido a

la fuerte corriente contraria imposibilitaba tomar el barlovento suficiente para embocar la faena en la forma prevista.

Todo parecía indicar que en las primeras luces del día 30 no sería posible llevar a cabo el ataque, si no cambiaban las condiciones meteorológicas de forma considerable.

El general Gravina había decidido aceptar la invitación francesa y trasladarse a un observatorio establecido en la punta que llamaban El Promontorio con las primeras horas del día siguiente, donde podríamos seguir con los anteojos el curso de los acontecimientos al mínimo detalle, como si asistiéramos a la representación de un acto teatral. Quedamos en acompañarlo los miembros de su plana mayor, así como los comandantes de todas las unidades. Pero no llegamos a incorporarnos al puesto de observación, porque un ayudante francés nos avisaba con tiempo suficiente de que las malas condiciones de viento y corrientes no variaban, por lo que se retrasaba en 24 horas la operación. Los buques en la mar se mantenían en baile de cuerdas, intentando ocupar poco a poco la situación favorable a lo largo de todo el día 30.

Como después nos narró Porlier con detalle, la alargada permanencia de las lanchas y botes en la mar, con olas de proa y fuertes bandazos, causaron no pocas averías, e incluso habría naufragado alguna de ellas si los oficiales al mando no hubiesen desplegado una incansable actividad. No obstante, fue necesario componer algunas regalas en uno de los botes, recibir de los navíos auxilio de palos y remos, así como un timón para la lancha del navío San Rafael, perdido en un balance de orden. También debieron reponerse los víveres a disposición en la misma lancha, por habérselos tragado la mar sin remedio. Pero por fin, tras una penosa y alargada espera, el navío Plutón daba a las seis de la mañana del día 31 la señal para que las tropas embarcaran en los botes y lanchas, así como prepararse para el inmediato desembarco.

Instalados en nuestro confortable palco teatral, pudimos observar con claridad cómo se formaban las dos divisiones proyectadas y su despegue definitivo. Al tiempo que la francesa se dirigía hacia la parte norte de la Roca del Diamante, las lanchas y botes de nuestros buques caían más a estribor, para aproar en demanda de la zona señalada para ellos. Y mientras los hombres encaraban sus destinos en las pequeñas embarcaciones que bandeaban más de lo aconsejado, abrían fuego las unidades mayores contra las baterías inglesas de la roca, que también rociaban de balas la mar y el cielo, aunque con especial dedicación a las pequeñas unidades que se dirigían hacia ellos.

El capitán de fragata Porlier enmendó el rumbo de su división en conveniencia, para mantenerse con suficiente barlovento ganado sobre la Roca.

Mientras el navío Berwick y el bergantín Furet seguían disparando a buen ritmo contra las posiciones en tierra, las lanchas y botes españoles se dirigían sin dudarlos hacia su zona de desembarco, al tiempo que comenzaban a disparar con sus cañones y obuses. Por fin y una vez entrados en corta distancia, sus hombres llevaban a cargo

descargas de fusilería. Pero no cesaban en responder los britanos, con piques cerrados en distancia entre las lanchas, que nos hacían temer un desaguisado si la suerte se volvía contraria. Para mi tranquilidad sabía por experiencia, desde los ataques llevados a cabo en las cañoneras contra la Roca gibraltareña, que no es tarea fácil para una batería en tierra acertar contra un blanco pequeño en movimiento, pero conforme las lanchas y botes se agrupaban para acceder al punto de desembarco, las posibilidades aumentaban en considerable proporción.

Eran las nueve y media cuando a la lancha del navío Terrible, bajo el mando del teniente de navío Roncali, le cabía el honor de ser la primera en pisar la Roca del Diamante, aunque sobre sus hombres se cebaran algunos fuegos de más. Fue entonces cuando, al observar la bandera española tremolando sobre un pequeño picacho cercano a la mar, escuché la voz del general Gravina, con tintes de honrosa satisfacción.

—Buena idea la de Roncali, de hacer ondear nuestro pabellón. Son unos jabatos.

La verdad es que no lo dudaron aquellos hombres, que se lanzaron contra la batería cercana, compuesta por tres cañones de a 12, haciendo que sus sirvientes se retranquearan con rapidez hacia las alturas. Pero ya llegaban el resto de las embarcaciones españolas, que apoyaban a sus compañeros sin dudarlo, cuando ya se encontraban en crítico momento. Las tropas de la lancha mandada por el teniente de navío Olavide, en colaboración con la del España y el alférez de navío Nortaltbartolo, tomaban al asalto una carronada de a 48 y un obús de a 32, aunque ya era la fusilería la que más entraba en juego. Poco después, el sobrino del general Gravina era comisionado para destruir los botes ingleses que se mantenían en sus pescantes. Y el joven tuvo la feliz idea de hacerlo solamente con el más pequeño, dejando preparado el segundo a resguardo, por si acaso era necesario para sus hombres.

Pero la faena entraba en su momento más comprometido, refugiados los ingleses en los picos de las alturas, tras haber cortado las escalas de cuerda. Fue entonces, cuando ya llevaban media hora de lucha los españoles en solitario, el momento en el que desembarcaron las lanchas francesas con 250 hombres, tras haber sufrido mucho por la fusilería enemiga en los últimos metros. Tal y como había profetizado el general Gravina, pareció ser el momento escogido por los britanos para comenzar a deslizar piedras de generoso tamaño ladera abajo, así como metralla y fusilería desde las alturas, con tal peligro para las embarcaciones que las francesas, una vez desembarcados los hombres, debieron retirarse con la mayor rapidez, hundiéndose dos lanchas y un bote que se retrasaron en la maniobra. También estuvo cerca de marchar a los fondos la lancha del navío Terrible, alcanzada con fuerza, aunque consiguió ganar suficiente distancia mientras achicaban agua con todos los medios a disposición.

Fue un combate alargado durante todo el día, eterno para alguno de los hombres, con acciones de valor extremo y escaladas peligrosas por las rocas. Y sufríamos en la distancia, al observar cómo caía alguno herido o las piedras barrían alguna columna.

De todas formas, la suerte nos favoreció muy por alto, con la bendición de los cielos en coro de ángeles. Por fin, a las nueve de la noche, se reembarcó la tropa en las lanchas y botes a disposición, con trece heridos, incluso un joven guardiamarina del Argonauta, con un balazo en una pierna.

Nos retiramos a bordo satisfechos. No quedaba más tarea en la isla que tomar los prisioneros y rematar la faena, a lo que se alistaron tropas francesas de refuerzo y con nuevos cargos de munición. Y no era escaso el botín de armas y víveres encontrado en una cueva que llamaban La Estrella, aunque con bajada complicada del material hasta el embarcadero. Nuestros hombres arribaron a la rada de Fort Royal a las tres de la mañana, sin agua, víveres ni cartuchos que disparar, dedicándose en primer lugar a repartir los heridos entre las diferentes unidades, salvo los tres considerados de mayor gravedad, que fueron trasladados a tierra. Gravina, que esperaba en la meseta del portalón, ofreció un fuerte abrazo a Porlier, quien a duras penas se mantenía de pie. Nos acompañó a la cámara, donde se le ofreció comida y bebida, al igual que se hacía con el resto de los hombres. Fue Porlier el primero en abrir la boca, tras beberse de un solo trago un generoso vaso de vino.

—Habrás visto, señor, que fuimos los primeros en desembarcar y nos mantuvimos allí a solas durante media hora. Pero la verdad es que los franceses han demostrado la misma bizarría, y todavía acaban de dismantelar a los pocos que se mantienen en las alturas. Estábamos equivocados en el número de los defensores, que estimo cercanos a los 200, si no superan esa cifra. En una roca tan pequeña, los fuegos parecían llegarnos desde la rosa completa.

—Me ha gustado el detalle de hacer ondear nuestra bandera.

—No olvide, señor, que también fuimos los que bajamos a tierra el pabellón británico. Fue el patrón de la lancha del navío Terrible, don Antonio Forte, con más agallas que el Cid Campeador y brazos del tamaño de un mastelero, el que se lanzó a la cresta de un picacho hasta romper el asta a empujones. Y la traemos a bordo como merecida prenda de guerra. Pero también debo destacar al artillero de mar Juan Cañas, del navío San Rafael, que clavó una carronada a pecho descubierto en la primera batería, en unos momentos en los que parecía necesario llevar a cabo un ligero repliegue. Pero son muchos los que sería preciso destacar, por lo que he pedido a los comandantes de las lanchas un informe con los nombres de los que estimen merecedores de especial gracia.

—Los elevaré en el parte que rendiremos de la acción, así como los de los oficiales que me indique y el suyo propio, recomendando a la piedad de Su Majestad el merecido reconocimiento —aseguraba Gravina con decisión—. Pero ya de entrada y con las competencias que me están otorgadas como comandante general de la escuadra del Océano, estimo conveniente concederles por vía de gratificación un mes de sus respectivas pagas, así como los ascensos que entran en mis atribuciones, para los hombres que consideren merecedores de tal prebenda.

—Mucho se lo agradezco, señor. Recibiré un parte detallado en cuanto pueda

ponerme a ello.

—Sin prisas, Rosendo. Ahora descanse con sus hombres, que no tiene buen aspecto y se le reconoce la extrema fatiga por todo el cuerpo. Lleva dos días largos en danza y con entradas a muerte. Debe reponerse, que los partes se cuecen mejor en frío.

—Muchas gracias, señor.

De esta forma se recuperó la Roca del Diamante para los franceses, aunque en ella no hubieran tomado parte tropas de la escuadra del almirante Villeneuve, sino las propias de la isla. Nuestros hombres habían colaborado con valor elevado a las nubes, lo que merecía una especial consideración por parte francesa. Por esa razón, al quedar a solas con el general Gravina, Escaño y yo parecimos gozar del mismo pensamiento. Tan sólo nos hizo falta una mirada de complicidad.

—No se podrá quejar Villeneuve del valor y colaboración de nuestros hombres — comenté de buen humor—, así como el empeño en una de sus empresas.

—Supongo que el almirante felicitará a nuestras tropas. La verdad es que disponemos de hombres con extraordinario valor. Tan sólo han de ser bien mandados y disponer de material adecuado.

—Con la euforia de la conquista —Escaño entraba a la gallega y con media sonrisa—, es posible que el almirante francés reconsidere la oportunidad de emprender la toma de la isla de la Trinidad. Creo que si le expusiera la disposición de nuestras fuerzas a participar por entero en esa empresa, así como el deseo de Su Majestad Católica en la citada reconquista, podría ceder.

Gravina parecía pensar la respuesta. Paseó durante algunos segundos por la cámara, con los brazos enlazados a la espalda. Volvió a hablar, aunque su voz parecía haber perdido la euforia creada hasta el momento.

—Aprovecharé la reunión a la que me ha citado mañana, para insistir en el tema de la Trinidad, si veo que puedo encararlo con buena marea. Por cierto, que ha entrado una fragata de 44 cañones en la rada, en compañía de las Hortensia, Hermione y Themis, que parecen haber finalizado sus operaciones contra el comercio británico.

—Sí, señor —confirmé—. Se trata de la fragata Didon que, según escuché a un bote francés, llega desde el puerto de Lorient.

—Es posible que traiga las noticias que con tanto interés espera el almirante, si es que han de llegar algún día. En fin, mañana veremos.

Escaño y yo nos retiramos, cuando ya restaban pocas horas para la amanecida. De todas formas, todavía comentamos unas pocas palabras en el alcázar.

—¿Crees que sacaré el tema de la Trinidad? —pregunté en voz baja.

—Pues, la verdad, no estoy seguro. Depende del humor que estime en el almirante. Y sería cuestión de ley, que no estamos embarcados en empresa francesa solamente.

—Vamos, Antonio, eso no lo crees realmente. Se hará lo que ellos digan. Este

Villeneuve es capaz de regresar a Europa sin haberse empleado en ninguna operación de guerra, que hasta la Roca del Diamante fue tomada por fuerzas de la isla y españolas. Por lo que se ve, reserva sus hombres para acciones futuras aunque, la verdad, no alcanzo a comprender dónde empleará las tropas expedicionarias, con las que se podrían barrer algunas islas batanas, sin contar La Trinidad.

—Tampoco yo lo comprendo. En fin, si esa fragata trae consigo nuevas instrucciones, todo es posible.

—Ese es mi temor, porque los pensamientos del emperador Bonaparte pueden abrirse por los cuatro puntos cardinales. Pero como informe que la escuadra de Nelson se encuentra por estas aguas, saldremos con borbotones a popa hacia Europa.

—Cada día que pasa te pareces más a tu cuñado Pecas, que en paz descansa — Escaño reía de buen humor.

—Es posible que tengas razón. Será porque todavía lo echo mucho de menos.

Nos retiramos ya que el cansancio nos vencía, y pocas horas después deberíamos estar al copo de nuestras posibilidades. Un lejano rumor me decía que en la mañana siguiente se producirían noticias de interés, y no solían equivocarse esos viejos enanos encajados en mi cerebro.

14. Movimientos en las Antillas

Como se había expuesto en la reunión mantenida con el general Gravina el día anterior, al mismo tiempo que franceses y españoles retomaban la Roca del Diamante, hasta dejar bien clavada la bandera tricolor en su picacho, entraba en la rada de Fort Royal la fragata Didon, de 44 cañones, bajo el mando del capitán de navío Milius. Pasó inadvertida su presencia en principio, por tomar la bahía en compañía de las tres fragatas destacadas, con las que se había encontrado en la mar a levante de la isla Dominica. Y como los duendes me susurraran en la noche precedente, no se trataba de cuestión baladí esta arribada porque, en efecto, era de mucho interés la información que incorporaba.

Poco tardaba el almirante Villeneuve para llamar a consulta, lo que hacía en las primeras horas de la mañana siguiente. Y mucho nos sorprendió que la junta a bordo del Bucentaure se dictara para generales, con lo que nos aprestamos Escaño y yo con nuestro uniforme grande engalanado, aunque nos hiciera correr el sudor por el cuerpo a chorro de ola encapillada. Una vez en la cámara del almirante, aunque siempre me precié de leer con facilidad en los rostros de las personas, nada podía detectar en el de aquel extraño hombre, a quien tan difícil era encasillar de acuerdo a sus actuaciones. Villeneuve entró por directo en el tema, sin rodeos ni el habitual e intrascendente parloteo cortesano con que nos solía regalar en avance.

—Señores, parece que se aclara el plan estratégico de Su Majestad Imperial, que presenta como eje principal la utilización de las fuerzas de mar coaligadas en una común empresa contra la Gran Bretaña. Nos afectará muy en especial la ausencia de la escuadra del almirante Ganteaume, si se cancela de forma definitiva su salida de Brest. Así parecen apuntar los datos en mi poder con bastante probabilidad, con lo que todo el peso acabará por girar sobre nuestras fuerzas en los primeros momentos. El almirante Magon salió a la mar desde Rochefort con dos navíos y un refuerzo en tropas de 860 hombres, con la misión de dirigirse a estas aguas y comunicarnos los detalles del nuevo plan. Pero dos días después zarpaba la fragata Didon desde Lorient con un duplicado de dichas órdenes, que ha llegado con antelación. De esta forma, en cuanto arribe Magon a esta rada veremos aumentada nuestra escuadra combinada, aunque no en la forma tan notable que yo esperaba.

Se produjo un primer silencio a los que tanto acostumbraba el almirante Villeneuve, como si esperara que entráramos en interrogantes que, desde luego, no venían al caso todavía.

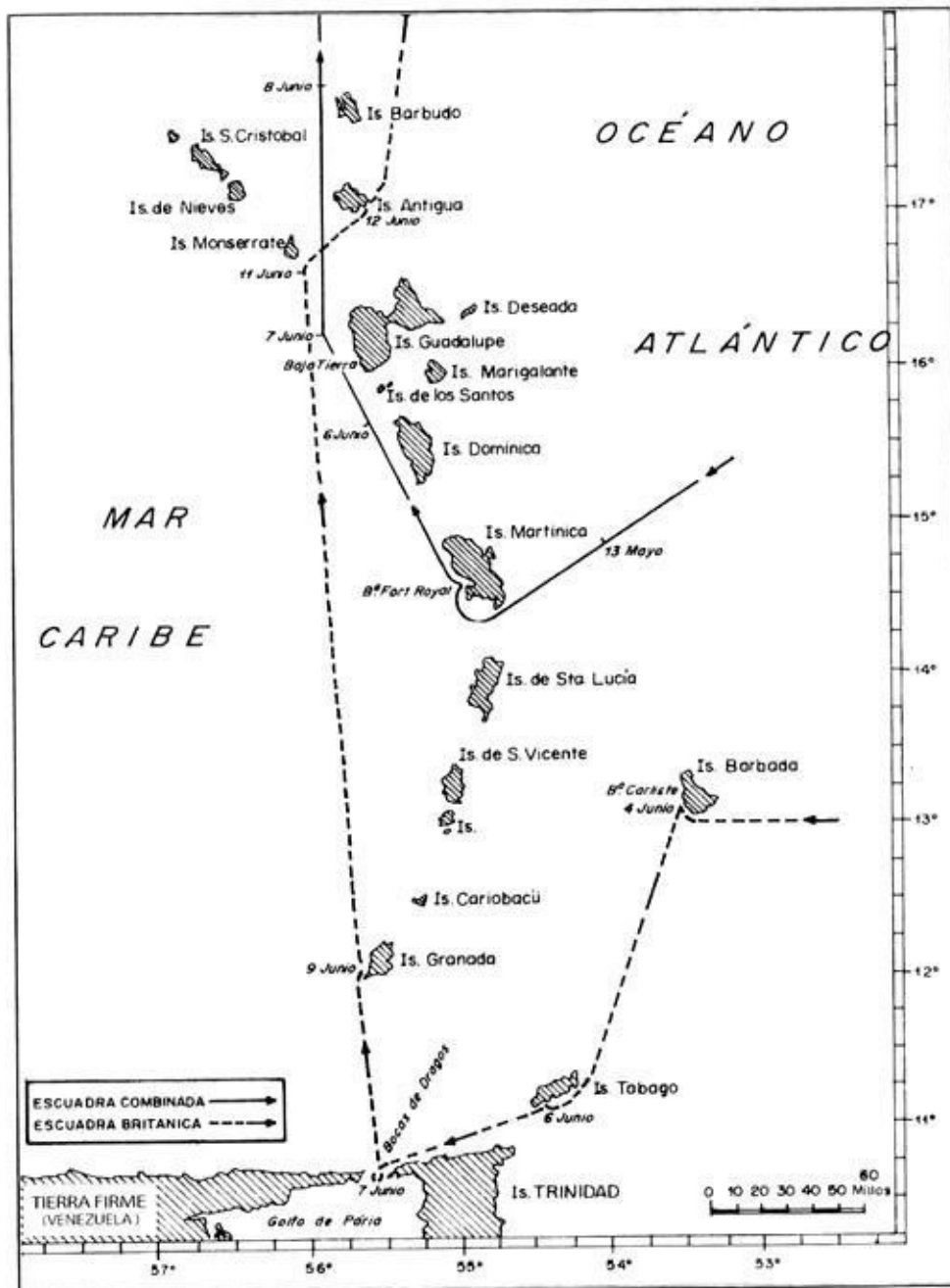
—De acuerdo a este nuevo plan establecido, una vez incorporada la división de Magon, si en un plazo de 35 días no he recibido cambio alguno a las instrucciones por medio de alguna fragata, deberemos regresar a Europa. Con tiempo suficiente, antes de encontrarnos a la altura de Ferrol enviaremos un aviso al contralmirante Goudron para que se incorpore con los 15 navíos franceses y españoles que se

encuentran en dicho puerto, rompiendo el bloqueo impuesto hasta el momento por una escuadra inglesa de ocho o diez navíos. A continuación nos dirigiremos hacia Brest para contactar con la escuadra del almirante Ganteaume, en cuyo momento y bajo mi mando las fuerzas aliadas superarán los 50 navíos, cantidad que se estima suficiente para aproar a Boulogne, donde nos esperará Su Majestad Imperial en persona. Y aunque nada se comenta sobre las acciones posteriores, es fácil suponer que el emperador ha retomado el plan inicial de la invasión de Inglaterra, unas órdenes que dictará allí mismo. También en las instrucciones recibidas, general Gravina —se dirigió a don Federico con una sonrisa en su rostro—, me comenta el ministro Decrés la satisfacción del emperador por su rapidez en dar la vela desde Cádiz y, de esa forma, uniros a esta fuerza. Asimismo les comunico que estas instrucciones recibidas deben considerarse a nivel de secreto de estado, dada su importancia.

—Ya era hora de llevar a cabo esa operación de desembarco, tantas veces dilatada en el tiempo, y vencer al inglés en su propia tierra —apuntó Dumanoir de forma orgullosa.

—Para invadir las islas británicas —comentó Escaño con prudencia—, será necesario dominar el Canal durante bastantes horas, un objetivo que puede presentar sus dificultades.

—Según parece, la escuadra del almirante Nelson se mantiene todavía en el Mediterráneo, buscando desesperadamente mis fuerzas, a las que estima navegando en dirección a Egipto —se marcaba una sonrisa de triunfo en el rostro de Villeneuve—. Por otra parte, los almirantes Calder o Cochrane deben encontrarse en el bloqueo de Ferrol, aunque no podemos descartar que se hayan retranqueado a posiciones más cercanas al Canal y contacten con el almirante Cornwallis, que se mantenía a las puertas de Brest. Quiero decir que no debemos descartar, más bien al contrario, que se mantenga la dispersión britana de sus escuadras, lo que beneficiaría el plan de forma contundente. Sin embargo, puedo decirles sin reparo, que no alcanzo a comprender esa espera impuesta a esta fuerza de 35 días en las Antillas. Si hemos burlado al inglés, sería más oportuno regresar cuanto antes y encarar la operación definitiva.



Movimientos de Nelson y Villeneuve en las Antillas

—¿Nada se concreta sobre operaciones a llevar a cabo por estas aguas en ese periodo de tiempo? —Gravina entró a la callada, aunque estaba convencido por mi parte de que preparaba el terreno en conveniencia.

—Bueno, se me recomienda emprender ataques para apoderarnos de las islas británicas de Barlovento, pero siempre que no comprometa el fin superior que les he mencionado. De acuerdo con el capitán general de la Martinica, pienso embarcar 800 ó 900 hombres de las tropas de su guarnición, para relevar a los enfermos de la fuerza expedicionaria y aumentarla, así como unos 700 de la guarnición de la isla Guadalupe, con lo que, unidos a las de Magon, podremos disponer de un pequeño ejército de desembarco cercano a los 9000 hombres —Villeneuve volvía a sonreír, como si las noticias que se abrían en el horizonte fuesen extraordinariamente

positivas—. Debo indicar, no obstante, que el conjunto de estos hombres deberán quedar en estas islas, con sus trenes de armamento, antes de regresar al escenario europeo, para aumentar su defensa.

—En ese caso, almirante —me atreví a preguntar—, si hubiese llegado la escuadra del almirante Ganteaume a la Martinica, supongo que su objeto sería el de distraer y atraer alguna otra escuadra britana.

—Es de suponer que fuera así y habría sido una operación perfecta, porque habríamos disminuido sus posibilidades en el Canal. El emperador o nuestro ministro Decrés han debido creer que con la correlación de fuerzas actuales, es suficiente para empeñarse en la operación del desembarco.

Un nuevo silencio. Sin embargo, en esta ocasión daba pie a la entrada que, según mis entendederas, debía afrontar el general Gravina.

—En ese caso, almirante, con tan numerosa fuerza y tras haber tomado la Roca del Diamante, estimo que se haría un gran daño a los intereses britanos si conquistáramos la isla de la Trinidad. Ya conoce que es el principal objetivo de Su Majestad Católica en este mar.

—Comprendo los deseos españoles para acudir a tal empresa, que también comenta con claridad el emperador en sus instrucciones. Una vez arrojados los ingleses de sus colonias en las islas de Barlovento, se deberá someter también la isla de la Trinidad, que deberá quedar defendida por las tropas embarcadas en su escuadra. Pero como les decía, debemos andar por pasos y de acuerdo a las instrucciones recibidas. Y aunque se habla en concreto de la isla de Santa Lucía, estimo como más conveniente comenzar por la isla Barbudo, dada su especial situación respecto a Guadalupe y Martinica, o la Barbada, que entra en cruce de derrotas desde barlovento. Pero el objetivo principal en estas aguas es, sin duda, asegurar la posesión y defensa con suficientes fuerzas expedicionarias de la Martinica, Guadalupe, Santa Lucía y Dominica.

—Es lógico, apuntó Dumanoir.

—Puede ser lógico, desde luego —precisó Villeneuve—, pero aunque en Francia se estimen estas conquistas como operaciones sencillas, sabemos bien que los británicos, una vez en conocimiento de nuestra llegada a las Antillas, se han fortificado en todos los puntos, mientras sus mercantes se mantienen en puertos cerrados o han sido trasladados a la inexpugnable Jamaica.

—Con los 9000 hombres de ese poderoso contingente, más las aportaciones españolas de Tierra Firme, la campaña de la Trinidad podría llevarse a cabo con rapidez, exigiendo una rendición britana —Esaño hablaba con fluidez y una sonrisa en sus labios, como si encontrara que esta conquista cuadraba al ciento con los propósitos de Villeneuve—. Al mismo tiempo, se levantarán en apoyo todos los franceses y españoles de la isla.

—Bien, esperemos la llegada de Magon, que debe producirse en muy pocos días. Después, ya tomaremos el general Gravina y yo las resoluciones que estimemos más

adecuadas al momento.

Se dio fin a la reunión sin que sacáramos nada positivo en nuestra bolsa. Villeneuve entregó a Gravina una misiva personal del ministro francés de Marina para él, donde se reiteraban muy por encima las instrucciones, así como un buen número de alabanzas en rizados que tanto gustaban al general. Pero no expresaba el rostro de don Federico felicidad extrema, como si algún rumor interno lo incomodara en exceso. Como es fácil suponer, una vez a bordo del insignia español, le entramos a muerte por esa banda.

—No parece muy satisfecho con la reunión habida, señor, aunque parece que ya se despejan bastantes incógnitas —Escaño poseía una especial habilidad para abrir la caja de los pensamientos.

—Creo que el plan del emperador es claro en líneas generales aunque, la verdad, no me cuadra al ciento. En primer lugar, no comprendo esa vacilación en el envío de Ganteaume, ni su verdadera misión llegado el caso. Por otra parte, también es difícil comprender ese plazo de 35 días para embocar el objetivo definitivo, un plazo de tiempo que sólo puede beneficiar al inglés. A no ser, claro, que uno de los objetivos principales del plan conjunto sea la conquista de todas las islas en poder del inglés, en cuyo caso sería difícil comprender esta inacción a la que estamos sometidos. Como resumen, y esto debe quedar entre nosotros a puerta cerrada, mantengo la duda de si Villeneuve me tiene al día de toda la información o guarda bajo casaca algún punto de especial interés. Y no entendería como leal con un fiel aliado ofrecerle información parcial.

—En mi opinión, señor —entré por varas sin careta—, Villeneuve no está preocupado por las operaciones en estas islas, sino en el destino final solamente. Y por supuesto, aunque en el plan del emperador se hable de la recuperación de la isla de la Trinidad como uno de los objetivos, estimo que se mantiene como bocado final y sin considerarse prioritario, en contra de lo prometido por el emperador a nuestro Señor con Carlos.

Gravina pareció ligeramente desconcertado, lo que solía sucederle cuando se le exponía alguno de sus temores sobre la mesa y a las claras.

—Es cuestión harto difícil, por no decir imposible, dirigir las operaciones de diferentes escuadras con exactitud y al punto desde tanta distancia —Gravina retomaba las elucubraciones estratégicas, aunque sus pensamientos bailaban por otros derroteros—. Ya falló, según parece, el almirante Missiessy, que debía haberse apoderado de la isla Dominica, acción que continuaría de forma obligada y sin pérdida de tiempo Villeneuve. Es mucho el valor estratégico y material que los ingleses dispensan a estas islas, y más que apreciable el daño que recibirían si fueran conquistadas y convenientemente defendidas. Además, por esa razón embarcamos un número tan elevado de tropas expedicionarias a bordo, que consumen demasiados víveres y aguada y, llegado el momento, serían un estorbo en combate.

Una vez más, entramos en disquisiciones sin mayor importancia, alejándonos del

meollo de la cuestión. Pero Escaño, muy práctico, retomó el camino.

—Entiendo, señor, que debemos alistar nuestras unidades para salir a la mar en pocos días, en cuanto asome la cara por la rada ese contralmirante Magon con sus dos navíos.

—Así es de suponer —Gravina miraba por la balconada hacia las aguas, mientras sus pensamientos parecían perderse en la distancia—. Tampoco comprendo el porqué de esta espera. Tan sólo se incorporan dos navíos y unos pocos hombres. Podíamos comenzar las operaciones sobre las islas de inmediato y que Magon se nos uniera tras su arribo. Ninguna nueva puede ofrecer este almirante, porque la fragata Didón partió de Francia con posterioridad.

—Si hemos de salir a la mar, señor, debemos tomar alguna medida referente al elevado número de enfermos. Las fiebres y calenturas atacan en estas aguas con especial virulencia —sacaba a la luz un tema que me preocupaba, ya que algunos navíos, como el Santiago, y la fragata Magdalena elevaban el porcentaje de sus enfermerías hasta límites peligrosos—. Especialmente delicado es el caso de nuestra fragata, donde se encuentran fuera de servicio las dos terceras partes de su equipaje.

—Ya toqué ese tema con Villeneuve hace algunos días, que afecta a ambas escuadras. Son muchos los soldados hacinados entre puentes con fiebres altas, aunque no queramos pensar en males epidémicos. Llegado el caso de abandonar la Martinica en operaciones, tal y como se prevé, dejaremos en la rada una fragata francesa y nuestra Magdalena con los enfermos, tomando algunos de sus hombres útiles. Que descansen y se recuperen, auxiliados por los cirujanos franceses porque pocas medicinas restan en nuestras enfermerías. Como hemos de regresar a Fort Royal, la recogeremos en su momento antes del tornaviaje hacia Europa. Y en caso contrario, dejaremos órdenes precisas al capitán de navío Caro para que se desplace a la Habana con toda la tropa y marinería que se mantenga enferma. Por cierto, espero que la leva de españoles continúe y podamos encajar nuestros equipajes con un mínimo de fiabilidad. Aumentan los enfermos y disminuye el personal, ya de por sí escaso.

—Saldremos a la mar en condiciones inferiores a como arribamos a estas aguas, señor —afirmó Escaño—. También ordené reforzar las guardias de cubierta, porque han aumentado los desertores en la última semana de forma escandalosa. Pero volviendo al tema anterior, debo recordarle que los franceses disponen de fragatas suficientes para dejar una a popa. Pero nuestro caso sería bien diferente, porque es la única gacela a disposición.

—Vamos, Antonio, debes pensar en escuadra combinada. Nos serviremos de las francesas si necesitamos su concurso llegado el caso. No podemos navegar con esa fragata preñada de enfermos hasta la galleta.

Continuamos con temas de escasa entidad y problemas menores de la escuadra. Pero debo declarar que el rumor instalado en mi interior desde la salida de Cádiz, esa desazón permanente preñada de malos presentimientos, se mantenía en cuerdas o aumentaba algunos puntos con el transcurrir de las semanas. Cada vez gustaba menos

de la postura adoptada por el francés, y me refiero al almirante Villeneuve en particular a quien, conforme pasaba el tiempo, consideraba más y más dubitativo, como si temiera tomar el toro por los cuernos y dedicarse a la faena para la que había sido comisionado. Aunque guardara alguna carta en la manga, como Gravina sospechaba, era difícil comprender nuestra permanencia en la Martinica, gastando víveres y con demasiados hombres a bordo sin una finalidad a la vista, porque yo, al menos, no veía con mediana claridad nuestro futuro.

Tras una nueva reunión mantenida entre Villeneuve y el general Gravina, se decidió preparar la escuadra combinada para salir a la mar en los próximos días, comenzando el embarque de los soldados pertenecientes a la guarnición de la Martinica. Pero ya el 4 de junio, el mismo día que regresaban a Fort de France las unidades destacadas a la Roca del Diamante para instalar su permanente defensa, entraban en la rada de Fort Royale los navíos Achule y Algésiras, bajo el mando del contralmirante Magon. Y ninguna noticia de interés incorporaba el nuevo general, porque tal y como se había decidido, la escuadra debía alistarse para salir a la mar en la mañana del día 6.

De acuerdo con la última reunión mantenida entre los dos comandantes generales de las escuadras, dedujimos que la decisión final de Villeneuve, si no volvía a enmendar los capítulos, era dirigirse por derecho hacia la isla de Guadalupe, embarcar la tropa prevista de dicha guarnición y aproar para pasar entre las islas Monserrate y Antigua. Una vez al oeste de la isla Barbudo y haber amagado un ataque en falsete, franqueadas las Antillas menores y ganado el barlovento, deberíamos navegar hacia el sur en demanda de la isla Barbada, que sería tomada como primera operación de ataque. También se especulaba respecto a esta isla, con la posibilidad de imponer a sus habitantes una fuerte contribución, bajo amenaza de incendiar sus casas y propiedades, una línea seguida en muchas ocasiones por los franceses contra las posesiones británicas en aquellas aguas, con hechos más propios de bucaneros y escaso rendimiento futuro.

Por fin, se dio carpetazo al alargado periodo de sesteo y vaivén festero. De acuerdo con los planes embastados por Villeneuve y Gravina, aunque pesara en la balanza mucho más la opinión del francés, la escuadra combinada dio a la vela en las primeras horas de la mañana del día 5 de junio. Y como hombre de mar debo reconocer que, una vez más a lo largo de mi vida, la vista se recreaba ante aquel maravilloso espectáculo, que siempre lo es observar una treintena de velas surcando las aguas en agrupación naval. Para colmar el vaso de mieles y gloria, la magnífica visión se plasmaba en el cuadro con mar transparente y cielos abiertos en azul, acariciados por un viento fresquito del sudeste que nos entraba por el anca con expresa bendición del dios Neptuno. Lástima que bajo cubiertas, el panorama no se mostrara de colores tan llamativos como las aguas que bebían nuestras proas.

Aunque en mis adentros dudaba de los planes decididos por quien cambiaba de parecer con la primera brisa del crepúsculo, en la tarde del día siguiente nos

mantuvimos en facha durante algunas horas junto a la rada de Basse Terre, cerca de la punta sudoccidental de la isla de Guadalupe, para embarcar las tropas de su guarnición. Y a pesar de las reticencias expuestas por quien detentaba el mando de la isla, a quien hubo de convencer el general Lauriston en persona, una vez embarcadas aproamos francos al norte para pasar entre las islas Monserrate y Antigua, dejando la Barbudo por levante. De acuerdo al plan, el día siguiente, 8 de junio, deberíamos caer a estribor para entrar por barlovento hacia el sur y afrontar la primera operación de envergadura. Sin embargo, bien saben los que han leído alguna de mis aventuras, que en la mar todo es cambiante, como capricho de cortesana o el mismo medio donde los buques se emplean, y un factor inesperado puede amadrinarse a la lumbre del agua cuando menos se espera.

Comenzaba a calentar el sol en la mañana del día 8, con la escuadra ligeramente situada a sotavento y al norte de la isla Barbudo, cuando dos de las fragatas en descubierta dieron aviso de un convoy britano que demoraba por nuestro nordeste. Y al tiempo que el almirante Villeneuve ordenaba la caza, se aumentaba la información en el sentido de que se trataba de quince mercantes con proa hacia Europa y escoltados por dos fragatas. Fue el momento en el que, con sinceridad, sentí no encontrarme al mando de una fragata bien ligera de alas, como aquella inolvidable Sirena que mandara años atrás, para largar trapo al copo y batir aguas tras el convoy.

Más de cinco horas se mantuvo la caza, con el Argonauta avanteando a todos los navíos franceses, a pesar de encontrarnos con la maniobra de proa ligeramente reducida. Pero en verdad se trataba de un magnífico navío, posiblemente el de mejores líneas y más marinero de nuestra Armada. Por fin se alcanzaron las pesadas unidades, siendo capturados catorce mercantes bien rellenos con rico cargamento de azúcar, café, algodón, ron, frutas y otros muchos efectos coloniales, salido dos días antes de la isla Antigua y con destino a las islas británicas. El monto total de los productos apresados se estimó en cinco millones de francos, que no era cifra a desdeñar, aparte de llegar en buen momento con la escasez de víveres sufrida en la escuadra. Por desgracia, consiguió escapar uno de los mercantes, avanteado al grueso y más velero, así como la fragata Barbuda y la goleta Netley que escoltaban el convoy.

Al tiempo que los buques se marinaban en presa, por boca de sus tripulaciones obtuvimos noticias de extraordinario interés, tanto así que produjeron un cambio radical en los planes previstos hasta el momento y, aunque sea en adelante, embocaron en torrentera los acontecimientos que los dioses nos sirvieron a besar el mascarón. Mientras la escuadra capeaba a la espera, los capitanes de los buques mercantes eran interrogados y largaban información a espuestas y con detalle. Y como aquellos hombres, más dados al comercio y las ganancias de fletes que a la obra patriótica, coincidían al ciento en sus apreciaciones, no quedaba más remedio que aceptarlas como auténticas.

A todo esto, nada imaginábamos en el buque insignia español, cuando desde el

navío Bucentaure se llamó a Consejo de generales con inmediata urgencia. Y como era necesario nos alistamos a ella sin perder un minuto, perplejos ante la falta de noticias y con marcado interés en recabarlas cuanto antes. Fue don Antonio de Escaño, una mente clarividente como pocas, quien adelantó una posible solución a la inesperada llamada, mientras en la falúa del Argonauta cerrábamos distancias.

—Las tripulaciones inglesas han debido ofrecer nuevas de marcado interés. Es posible que tengan conocimiento de la llegada a estas aguas de la escuadra de don Horacio Nelson.

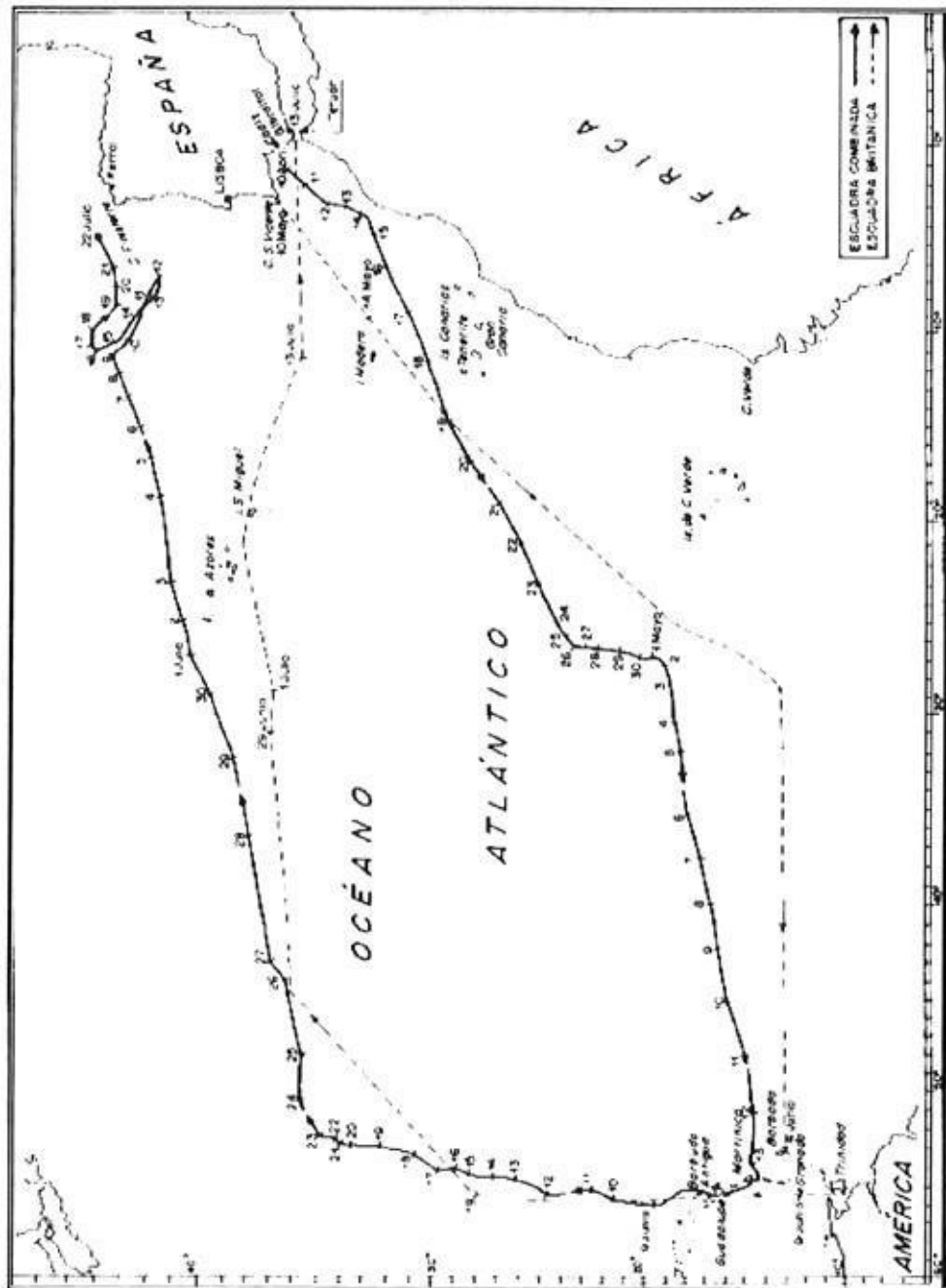
—Los dos parecéis empecinados con la presencia del almirante inglés. No parece muy probable —esbozó Gravina, pensativo—. Pero pronto saldremos de dudas.

Encontramos a un almirante Villeneuve nervioso, presa de febril actividad, lo que rompía la norma impuesta hasta el momento. Y tomábamos asiento en su cámara, cuando ya se lanzaba en estrepada de voces al chorro. Para aclarar posibles situaciones y por primera vez, sobre un atril se desplegaba una carta con el escenario marítimo cercano.

—Es cuestión demostrada, señores, que pocas decisiones se pueden mantener en la mar con suficiente permanencia. Como comprenderán, tras el apresamiento del convoy se ha interrogado a los capitanes y oficiales de los buques mercantes. Todos coinciden en una información de tremenda importancia para los planes embastados. El almirante Nelson arribó con su escuadra, compuesta por 12 a 14 navíos, así como un alargado número de fragatas. Podemos presumir sin asumir elevado riesgo, que se le habrán unido las unidades del almirante Cochrane, lo que eleva la fuerza a un tamaño similar a esta escuadra combinada, si no lo supera por contar con algunos navíos de tres puentes y un poder artillero formidable.

Detuvo su parloteo para comprobar el efecto de sus palabras. Y debo adelantar que no me cuadraban al ciento las noticias recibidas porque, según se especulaba en Cádiz, la escuadra de Nelson no debía sobrepasar los diez navíos y era difícil creer que desde las islas británicas, amenazadas por el francés, se desplegaran otras fuerzas hacia el teatro antillano. Pero bastaba observar la seguridad del almirante francés, para comprobar que había tomado una decisión difícil de revocar.

—La situación ha cambiado por completo en el horizonte. El ataque preparado contra la isla Barbada u otra posesión britana en estas aguas, queda comprometida al máximo. De esta forma, entiendo que se nos abren a proa dos posibilidades tan sólo. La primera sería regresar a la Martinica, desembarcar las tropas expedicionarias y esperar los movimientos del inglés para obrar en consecuencia. La segunda es aproar sin pérdida de tiempo hacia Europa y acometer nuestro destino final como estaba decidido, aunque incumplamos la orden del emperador de esperar 35 días desde la llegada del almirante Magon. Debemos analizar ambos rumbos de actuación con mentalidad positiva y sin olvidar cuál es el punto decisivo del plan estratégico diseñado por Su Majestad Imperial.



Derrotas de las escuadras británica y combinada a las Antillas y regreso

Como ya conocía al almirante francés lo suficiente, no me dejé engañar por su parla y comencé a vislumbrar que la decisión tomada era la de iniciar sin pérdida de tiempo el retorno hacia Europa. Y como si se tratara de intercambio fantasmal de pensamientos, Escaño me pasaba una nota donde podía leerse escuetamente: Proa a Europa y popa a Nelson. Sonreí para mis adentros porque habíamos llegado al mismo razonamiento. Por su parte, Villeneuve comenzaba a analizar las posibilidades expuestas.

—El regreso a la Martinica nos llevaría a un nuevo periodo de inactividad que no sólo no nos beneficia, sino que continuaría mermando nuestras dotaciones, un aspecto que es más penoso para los buques españoles, con graves problemas a bordo para cubrir los puestos de combate. Cada día que pasamos en estas aguas caen unos diez

hombres enfermos de fiebres, sean de la amarilla, epidémicas o no, porque a veces preferimos calzar capucha y no ver la verdad. El objeto de permanecer allí sería únicamente cumplir con el plazo de espera impuesto, por si acaso arribara la escuadra de Ganteaume. Debemos tener en cuenta que la caza del convoy nos ha sotaventado en exceso y si se mantiene este sudeste, lo que es de esperar, podríamos necesitar unos diez días en alcanzar la rada de Fort Royale. Naturalmente, nos encontraríamos expuestos a sufrir un ataque de las fuerzas del almirante Nelson en cualquier momento.

Parecía un discurso bien preparado de antemano, para llegar a la única solución posible, su solución. Por esta razón y aunque el general Gravina nos hubiese pedido mantenernos a la espera, entré en varada de luces.

—De acuerdo a las noticias recibidas antes de abandonar Europa, señor almirante, la escuadra del almirante Nelson se movía sobre un monto sobre los diez navíos. Ya les comenté en su momento, aunque no fuera creído —esboqué una sonrisa—, que este hombre nos seguiría a las Antillas en cuanto tuviera conocimiento de nuestra derrota, aunque no dispusiera de órdenes en tal sentido ni buques suficientes. La Gran Bretaña se encuentra amenazada por un peligroso desembarco. La escuadra del almirante Calder bloquea Ferrol, mientras la de Cornwallis lo hace ante Brest, y es de tener en cuenta que no deben aminorar sus unidades en el Canal. Lógicamente pensarán que nuestra derrota hacia las Antillas no tiene otra razón que atraerlos, para debilitar las fuerzas que se opongan al desembarco. En tal caso y como don Horacio Nelson es valiente pero no irresponsable, dudo mucho que intente entablar combate contra esta escuadra de 20 navíos.

Creí entender que Villeneuve me fulminaba con la mirada, mientras Gravina se removía inquieto en su asiento. Fue el almirante Magon, con su voz ronca, espesa y escasamente protocolaria quien entró en danza.

—La Gran Bretaña sabe de la composición de esta escuadra, así como de la gran fuerza expedicionaria embarcada. Es mucho el daño que se les puede infligir a sus colonias y es posible que hayan adoptado el envío de Nelson y otras escuadras. No pueden perder sus islas antillanas, ni la Trinidad que es un apetecible bocado.

Sentí correr fuego por mis venas, al escuchar ahora la isla de la Trinidad como coartada, cuando en ningún momento se pensaba acometer esa empresa. Pero ya volvía Villeneuve a dominar la junta, tras haber elevado sus brazos.

—Todo es discutible, desde luego, pero debemos tener en cuenta la mejor y la peor de las soluciones. No debemos olvidar que el plan principal y definitivo del emperador es que esta fuerza arribe a Boulogne, tras haber incorporado a los buques de Ferrol y de Brest. Después de todo, la llegada de Nelson a las Antillas beneficia ese plan porque disminuye sus fuerzas en el Canal. Si empeñamos un combate, muchas unidades saldrán malparadas, con escasas o nulas posibilidades de ser reparadas en nuestras islas. Podríamos vencerles, desde luego, pero quedaría desbaratado el fin principal. Por mi parte, estimo que deberíamos dar por agotado el

plazo de espera ante noticias de orden superior, y aproar sin pérdida de tiempo hacia Europa, para continuar con el plan previsto.

—En ese caso, señor almirante —era el general Reille, a las órdenes de Lauriston, quien mostraba gesto preocupado—, ¿qué haremos con todas las tropas expedicionarias a bordo de la escuadra? También era orden taxativa del emperador que esas tropas, tanto las embarcadas en la escuadra francesa como en la española, desembarquen en las Antillas para aumentar las guarniciones de estas colonias. Si la fuerza de Nelson es la que estima, se encontrarán en peligro inmediato Guadalupe y hasta la Martinica.

—No se producirá esa merma que indica. Es mi intención enviar las fuerzas expedicionarias en cuatro o cinco de nuestras fragatas a la isla de Guadalupe, y que después sean distribuidas de acuerdo al plan establecido. Posteriormente y dado su mayor andar, las fragatas podrán incorporarse a la escuadra a la altura de las islas Azores.

—Siempre que no encuentren en su camino a la escuadra de Nelson —Escaño hablaba con suavidad— y sean hechos prisioneros los 9000 soldados. Y en caso de que alcancen la isla Guadalupe sin problemas, ¿cómo pasarán a la Martinica y demás islas? También debemos pensar en el convoy apresado.

—Es una remota posibilidad el encuentro de nuestras fragatas con la escuadra de Nelson ya que, según los informes, se encontraba hace dos días al sur de la isla Granada —apuntó Dumanoir—. Desde la Martinica se pueden enviar las dos fragatas, Torche y Topaze, los bergantines Náyade y Fine, así como las dos fragatas dejadas en Fort de France con enfermos, para recoger las tropas desembarcadas en la isla Guadalupe. En cuanto al convoy apresado, podemos destacar a la fragata Sirene para convoyarlos hasta el puerto francés más cercano.

—Les será difícil a las unidades mercantes ganar barlovento con estos vientos que parecen persistentes —insistía Escaño—. Es posible que les fuera más sencillo aproar hacia Puerto Rico.

Villeneuve volvía a sentirse nervioso, como si estuviéramos perdiendo un tiempo precioso del que no disponíamos. Forzó una sonrisa antes de tomar las riendas de la discusión una vez más.

—Bien, señores, con el intercambio de pareceres se abre la luz. Por mi parte, estimo como medida adecuada el envío de las tropas a la isla Guadalupe con las fragatas Hortense, Hermione, Didon y Themis, con orden de reincorporarse a la escuadra a la vista de la isla Flores. Mientras tanto, la Sirene, de acuerdo a los vientos y condiciones reinantes, se le concede libertad para escoger el puerto de destino y reintegrarse a la escuadra en el mismo punto. Y por nuestra parte, emprenderemos derrota directa hacia Ferrol, para seguir el plan estratégico general diseñado por el emperador.

Aquellas palabras sonaban a orden de magistratura superior. Así pareció pensarlo Villeneuve que, con una nueva sonrisa, se dirigió a don Federico Gravina.

—¿Le parece correcto mi plan de maniobra, general Gravina?

—En efecto. Los problemas expuestos no admiten dudas. Si se consigue poner a salvo las tropas embarcadas, creo acertada la idea de regresar a Europa sin pérdida de tiempo, aún sin cumplir el plazo establecido. Coincido en que si Nelson y alguna otra escuadra se han presentado en estas aguas, será más fácil recoger la escuadra de Ganteaume ante Brest, tras haber engrosado nuestras fuerzas con los buques bloqueados en Ferrol. Por mi parte y en lo que a mis unidades se refiere, ya sabe que mucho me preocupa la escasez de personal, agravada en las últimas semanas por las enfermedades que tanto se dan en estas islas, así como las deserciones habidas en la Martinica. Personalmente y dado el tiempo transcurrido, dudo que el almirante Ganteaume abandone Brest. Si se asegura convenientemente el regreso de las tropas embarcadas a sus islas, estaría conforme, almirante, en regresar de inmediato con proa a Ferrol, para no comprometer desventajosamente las fuerzas navales que nuestros respectivos Soberanos han puesto a nuestro cuidado. Además de tener la orden para el regreso, no debemos probar suerte en estos mares de un combate con fuerzas iguales, cuando no superiores a las nuestras, por la reunión que Nelson hará con el navío «Spartiate» y otros tres o cuatro que tienen en la Trinidad y la Barbada, lo que nos obligaría a pasar a la Habana para reparar las averías de la acción, que difícilmente conseguiríamos, además de exponer a la destrucción epidémica de estos climas y de la estación las guarniciones y tripulaciones en las que las calenturas han comenzado a manifestarse, aunque no con carácter muy maligno. Tan sólo conseguiríamos sepultar inútilmente en América, durante toda la guerra, estas fuerzas que pueden ser empleadas en Europa. En cuanto a la fragata Magdalena de mi escuadra, ya previne a su comandante que si no verificábamos el regreso a la Martinica, marchara a la Habana con toda la tropa y marinería que quede enferma.

—Me parece magnífico su análisis, general, con el que concuerdo de proa a popa. Además, ha tenido en cuenta las unidades britanas presentes en la zona, un detalle olvidado por los demás. Bien, no se hable más —Villeneuve frotaba sus manos entre sí, como si hubiese cosechado un sonado triunfo—. Pasemos a la práctica y organicemos el embarco de las tropas en las fragatas, así como las órdenes a sus comandantes y al de la fragata Sirenepam el destino del convoy. La escuadra combinada, rumbo a levante y proa al destino final, que no es otro que el puerto de Boulogne.

No quedé muy convencido de las teorías expuestas. Una vez más, la estrategia francesa y española coincidían en un punto importante, evitar el combate. Sabía del respeto que el almirante Villeneuve profesaba por don Horacio Nelson, pero no podía imaginar que don Federico se plegara por completo a sus designios. Para España era mejor, desde cualquier punto de vista, derrotar a Nelson en las Antillas, retomar la isla de la Trinidad y mejorar nuestra presencia en ese mar que fue español, donde ya no figuraba nuestra bandera. Los franceses pensaban en el perseguido desembarco, una maniobra puramente francesa y, en mi opinión, abocada al fracaso. La diferencia

entre Nelson y Villeneuve quedaba expuesta de forma palpable. El francés se ciñe al programa, salvo cuando no le conviene personalmente. Nelson navega de Egipto a las Indias, buscando al enemigo para mejor servir a su patria. Para el francés todo son obstáculos y recelos, mientras que para el segundo no entran dificultades a proa. Y por fin, esquiva el combate Villeneuve con fuerza doblemente poderosa, mientras don Horacio busca la ocasión propicia de asestar el golpe de gracia. En fin, dos formas bien diferentes de enfocar la guerra marítima, con resultados también dispares hasta la fecha. Pero nada dije ni comenté con Escaño, aunque su mirada hablaba más de la cuenta.

De acuerdo a las decisiones tomadas, en la mañana del día 9 se confió a la fragata Sirene el convoy apresado, con la orden de intentar la arribada a un puerto francés de las Antillas o, si los vientos persistían contrarios, el de cualquier español, marcando con preferencia el de Puerto Rico. Y en la mañana del día 10 se completaba el embarco de las tropas en las cuatro fragatas seleccionadas, que aproaban hacia la isla de Guadalupe, con incógnitas de futuro que nadie quería entrever. Y la escuadra combinada, libre de compromisos, según palabras de Escaño tendidas en ironía, comenzaba a beber las aguas con proas hacia el levante, aunque en principio el viento nos obligara a nortear en exceso.

Las cartas estaban servidas en el mantel de nuevo y la mar nos esperaba a proa con sus sorpresas y caprichos. Pero no debemos olvidar que, como norma fundamental, ayuda sobre las olas al más bravo y marinero, una ley que jamás cambiará en la mar.

15. Combate de Finisterre^[47]

La escuadra combinada, con formación de marcha en tres columnas y a dos cables de distancia entre ellas, arrumbó hacia Europa, proa al levante. Los buques españoles ocupaban la correspondiente a estribor, con el navío Argonauta del general Gravina a su cabeza. Por su parte, el almirante Villeneuve se situaba en la del centro, con su insignia el Bucentaure abriendo estela, mientras Dumanoir, a bordo del Formidable, comandaba columna de la banda contraria. El almirante Magon, con los navíos Algeiras y Achule, formaba escuadra ligera^[48], barloventado a babor y a seis cables de distancia. Al haber quedado sin fragatas, la misión de descubierta pura, a barlovento y proa, era encomendada a los bergantines.

Aunque he mencionado que la escuadra combinada navegaba hacia levante, sería más correcto decir que intentábamos progresar en esa dirección, porque hasta el día 23 cubrimos la mayor parte del tiempo con rumbos de bolina y componente norte, obligados por vientos flojos del sudeste y sur que habrían desmoralizado a los Santos Inocentes, al comprobar las escasas leguas recorridas en cada día. Pero ya sabemos que a esas alturas del océano y época del año, la mar y los vientos te pueden entrar a muerte y con cuchillo en los dientes, o bien remolonear demasiado entre el tercer y cuarto cuadrante, escasos de fuerza, manteniendo durante demasiadas horas nuestras velas en caída de lágrimas.

Por fin, en la anochecida del día 23 comenzaba a soplar un viento fresco de poniente, condición que nos alegraba el alma por fueros y posibilitó a la escuadra aproar francos a levante, con un avance diario que superaba ligeramente las sesenta leguas^[49]. Además, la mar se cuadraba a bastos en marejada de amistad, lo que mantenía al personal sin sufrimiento a bordo de los buques. De esta forma, entre blancos y negros pero sin mayores problemas, el día primero del mes de julio se incorporaron a la escuadra las cinco fragatas destacadas, con lo que recuperábamos la porción de nuestros hombres dedicados a marinar el convoy britano, un personal del que no podíamos prescindir. Y precisamente al día siguiente, tal y como se había convenido en principio, marcamos las islas de Cuervo y Flores, del archipiélago de las Azores, por el sudeste.

Al navío Argonauta regresó un guardián destacado en los buques apresados, don Ramiro Berguián, quien nos informó de un detalle negativo. Debido a los vientos persistentes de componente sur, el comandante de la fragata Sirene había decidido, ante la imposibilidad de embocar puerto francés con tiempo suficiente, dar fuego a los mercantes ingleses, perdiendo, de esta forma, un precioso cargamento. No nos gustó la medida por encontrarla precipitada y con escaso sentido.

—Mucha prisa se ha dado este francés en liquidar las órdenes —opinaba Escaño, mientras bebíamos una frasca de vino en nuestra cámara—. Podía haber intentado

arribar a Fort de France o, si los vientos le eran contrarios en permanencia, enmendar la proa hacia Puerto Rico, de acuerdo con sus instrucciones. ¡Qué lástima de cargamento y tiempo perdido! Espero que, al menos, no haya dejado llegar al fondo de la mar esas barricas de ron y aguardiente.

—Parece que el capitán de navío Chabert pensaba más en agruparse con esta escuadra y, de esa forma, no avistar al inglés en solitario, que de llevar el cargamento a puerto seguro.

—Te veo excesivamente triste, Francisco, lo que no es propio en ti. ¿Qué malos humores pasan por tu cabeza? —Escaño me miraba con seriedad.

—Lo sabes tan bien como yo, Antonio. No me gusta dar la popa a los problemas para evitarlos. Se podía haber recabado información exacta de la fuerza a disposición de Nelson y si, como estimo, es la mitad de poderosa que esta escuadra, haber intentado batirlo. Habría sido un duro golpe moral a los britanos.

—Parece que le tienes ganas a don Horacio, aunque te precies de su exquisita amistad. No debe pensar lo mismo don Federico Gravina, a quien Nelson llama compatriota desde que recibió el ducado de Bracamonte —Escaño reía, divertido—. Pero ahora en serio, creo que tienes razón y Villeneuve se ha precipitado, aunque esgrima las órdenes del emperador a su gusto y conveniencia. Con 20 navíos y 9000 hombres de tropa expedicionaria sólo hemos tomado una minúscula roca, durante un alargado periodo de tiempo dedicado a la simple observación del paisaje. No es una campaña para sentirse orgulloso, bien lo saben hasta las toninas ciegas. Pero no te preocupes, que pronto oleremos de cerca al inglés.

—¿Crees que nos estarán esperando?

—Es muy posible. El almirantazgo británico suele llevar a cabo un análisis estratégico muy bueno. Claro que, para su beneficio, dispone de tantos buques en todos los mares, bien sean comerciales o propios, que se encuentra permanentemente informado. Si llega a su conocimiento que esta escuadra combinada se dirige a Ferrol para recoger los buques allí alistados, con lo que se constituiría una fuerza considerable, intentarán impedirlo por cualquier medio a disposición. Y no son escuadras lo que les falta a esos muchachos de las islas.

—Es posible que tengas razón. Además, hemos andado muy poco con la derrota elegida, un tornaviaje eternizado. Algunos de nuestros barcos deberían quedar para los departamentos, especialmente los Firme, San Rafael y España, así como un par de los franceses. Retrasan la marcha de la escuadra y sotaventean en exceso.

—Sabes bien que partimos de Cádiz con la única casaca a disposición. Siempre nos comen las prisas, como si partiéramos de cero en cada momento importante. Por cierto, ¿qué olorcillo sabroso es el que me alcanza las narices por barlovento? —Escaño pasaba la lengua por sus labios con satisfacción—. No será posible que Setum haya maniobrado con carnes en coro de ángeles, porque son pocos los víveres de calidad que restan a bordo.

—Hay que ser precavido, señor —Setum entraba en danza con una sonrisa en sus

labios—. Hasta cuando navegábamos por las Altas Californias, entre hielos y brumas persistentes, disponía mi señor de paletillas adobadas al gusto.

—Bendito seas, Setum. Pero dejemos las palabras a la banda y acerca ese material, que no aguanto más.

Una vez agrupadas las fragatas a la escuadra combinada, seguimos con la proa hacia nuestro destino, ocupando aquellas sus puestos en descubierta a barlovento y proa, mientras los bergantines se reintegraban a posiciones cercanas de los dos comandantes generales. Y no tuvimos la suerte de espalda en los primeros momentos, porque el día 3 de julio las unidades francesas destacadas a proa, represaban una fragata mercante española, así como al bergantín britano Jamaica que la marinaba en conserva. Y era buen bocado, porque la Minerva procedía de Lima con más de 400 000 pesos en sus bodegas; plata y oro labrado, cobre, estaño, cascarilla, lana de vicuña, cacao de Guayaquil, azúcar y otros productos coloniales.

Continuamos con vientos cortesanos hasta el día 10, momento en el que cambiaron los platillos, entrando sin aviso ni predicción un viento frescachón del nordeste y mar gruesa aparejada, que produjeron diversas averías en los aparejos de los buques. Fue necesario navegar sin mayores y a media capa, así como ralentizar la marcha, aunque algunos comandantes expresaran su preocupación por la escasa aguada disponible, merma de víveres y, de forma muy especial, falta absoluta de ungüentos y medicinas, con elevado número de enfermos a bordo y los cirujanos sin armas para atacar los males. Pero todo se aclara en la mar, para bien o para mal de las almas. Sobre el día 20 calmó la tobera y los vientos rolaron al noroeste, frescos de fuerza, lo que nos permitió aproar hacia el cabo Finisterre de nuevo, aunque ya el tornaviaje se alargaba en exceso.

Antes de continuar con mi narración, creo necesario ponerles al día de los movimientos ingleses, aunque tuviera conocimiento de ellos tiempo después. Así comprenderán mejor la situación estratégica creada en aquellas aguas.

Don Horacio Nelson, tras ser despistado en el Mediterráneo por el almirante Villeneuve y enterado, por fin, de que la escuadra combinada había arrumbado a las Antillas, la persiguió tal y como yo había supuesto. El 4 de junio arribaba a la isla Barbada, donde era informado de que la escuadra combinada pensaba atacar esa isla o la de la Trinidad en pocos días, con poderoso ejército embarcado. Nelson no lo dudó y siguió los consejos, hasta tener conocimiento de la toma de la Roca del Diamante, momento en el que viró hacia el norte para fondear el día 12 en la isla Antigua, donde todavía las noticias eran vagas y contradictorias. Preso de los nervios y a falta de noticias veraces, tentado estuvo don Horacio de poner rumbo a la isla de Cuba, al ser informado desde la Martinica, donde el espionaje británico cercaba por corto al capitán general, de que era el rumbo elegido por la fuerza hispanofrancesa. Pero en este caso, los informadores habían tomado por error las órdenes dadas por Gravina a la fragata Magdalena, como propias para toda la escuadra. Sin embargo, tras nuevas informaciones y un correcto análisis, Nelson llegó al convencimiento de

que la escuadra combinada había puesto proa a Europa, momento en el que despachó al bergantín ligero Curiex hacia Inglaterra con nota para el Almirantazgo en tal sentido, al tiempo que él mismo ponía rumbo al estrecho de Gibraltar, por estimar que ésa era la derrota elegida por Villeneuve. Pero en un acto de gran inteligencia, también enviaba una de sus fragatas al vicealmirante Calder, jefe del bloqueo en Ferrol, para prevenirle de la posible llegada de la escuadra enemiga. Por fin, el 19 fondeaba en Gibraltar, mientras los hispano-franceses luchaban con los vientos mucho más al norte.

La fortuna en este caso favoreció al inglés, aunque en la mar siempre es necesario disponer de los buques y los hombres adecuados para que la suerte caiga como norma a la misma banda. El bergantín Curiex, en su derrota hacia Europa, avistó a la escuadra combinada el 19 de junio, juzgando por su rumbo y situación que no se dirigían al estrecho de Gibraltar, como anunciara su jefe, sino más hacia el norte. Con su anticipada llegada a Plymouth, tras haber rifado sus velas a muerte, consiguió que el almirantazgo reforzara la escuadra del vicealmirante Calder con la división del contralmirante Sterling, que bloqueaba el puerto de Rochefort.

De esta forma, el almirante Calder se disponía a cruzar derrotas de 30 a 40 leguas al oeste del cabo Finisterre, para interceptar la escuadra aliada si llegaba por esas aguas y, de esta forma, impedir su unión con la de Ferrol, como había interpretado con extraordinario juicio el comandante de un pequeño bergantín, el teniente de navío Bettesworth. Para ello, con los buques incorporados el día 15 de julio, disponía de quince navíos, cuatro de ellos de tres puentes y 98 cañones, dos fragatas, un lugre y un cúter.

Una vez más, las cartas y los vientos se encontraban largados sobre las aguas sin remisión. Cabía esperar un cara a cara, aunque la mar se agrande en los momentos de búsqueda por cientos. Y allí andaba el segundo de los Leñanza, dispuesto a partir leña en defensa de la Real Armada si llegaba el caso.

—El día 22 de julio se abrió la singladura de muy mal cariz, con viento flojito del ONO, marejada larga y bancos de niebla que jugaban en crespones a voluntad del dios Neptuno, con insistentes claros y oscuros. La escuadra combinada mantenía su formación en tres columnas, con rumbo del este cuarta al sudeste. En el crepúsculo de la mañana se había podido observar con suficiente fiabilidad, marcándose una longitud cercana al meridiano de 4º al oeste de Cádiz, con lo que se estimaba una posición a poniente del cabo Finisterre y unas 90 millas. Antonio de Escaño, siguiendo su detallada crónica, apuntaba todos los datos cuando lo encontré en la timonera.

—Un día de perros y rabizonas, como diría don Antonio Barceló —exclamé a su lado mientras, fiel a mi costumbre, tragaba unas gachas preparadas por Setum, que ya se marcaban rancias al coro.

—De perros, rabizonas, toninas y jenízaros inclinados al pecado nefando —Antonio intentaba imitar la voz del bravo marino mallorquín—. Debías escribir para

las venideras generaciones todos los dichos que recuerdas del general Barceló. Y podría ayudarte en la tarea con algunos desconocidos por muchos, aunque no sean apropiados para dejarlos impresos con la pluma sobre los cuadernillos. Tú trataste a un Barceló ya entrado en años, aunque no hubiera perdido su vitalidad. Pero no olvides que yo estuve a sus órdenes en los jabeques, cuando todavía saltaba la borda al abordaje con el chuzo en la mano y el pistolón encastrado en los huevos, aunque marcara quinquenios de más.

—Te acepto el ofrecimiento y sería un buen recordatorio para los que han de seguir nuestros pasos, porque muchos de sus refranes son verdad de ley en la mar y en la guerra. Pero volviendo a nuestro negocio, ya andamos cerca de Ferrol. En un par de jornadas, si no se enfada la gran señora, podremos avistar la ría verde. Espero que el almirante Villeneuve envíe una fragata para avisar al almirante Goudron y a don Domingo Pérez de Grandallana de nuestro próximo arribo.

—En poco afectará tal medida porque, de todas formas, hemos de entrar en Ferrol a la fuerza. Algunos buques franceses disponen de aguada para cuatro días y han entrado en racionamiento de víveres. Y no son pocos los que necesitan retoques en sus aparejos, sin contar con nuestra falta de hombres y elevado número de enfermos, aunque no sé cómo se moverá el arsenal ferrolano en cuanto a posibilidades de personal y pertrechos. Pero si te he de ser sincero, me preocupa la entrada y la salida.

—Ya veo que eres de mi opinión y estás convencido de que encontraremos al inglés más pronto que tarde.

—Siempre lo creí, porque no son dados a ceder la iniciativa al enemigo en la mar —Escaño movió la cabeza con cierta pesadumbre—. Si no se encuentran en la misma puerta de la ría, una vez en conocimiento de nuestra arribada a Ferrol, cubrirán la salida con una poderosa escuadra. Y en ella habremos de incluir al belicoso don Horacio Nelson, que debe andar bebiendo aguas por nuestra popa, avisado de nuestra partida hacia Europa. La verdad, Francisco, temo quedar encerrado en Ferrol.

—No seas pesimista, que no juega contigo ese papel. Una vez agrupados con los buques de Goudron y Grandallana, formaremos una poderosa escuadra, aunque no estoy seguro de que Villeneuve se incline por afrontar un combate decisivo. Todo ello sin contar con las instrucciones del emperador que, sentado a la mesa, puede embastar nuevos planes ceñidos a una carta náutica, donde tan cómodamente se desplazan las fuerzas navales.

—Bueno, elevemos la moral y pensemos que también el inglés puede fallar y la mar es muy grande. Como dices, formaremos una envidiable escuadra, al menos en cuanto a su número —Escaño parecía recontar unidades en su cerebro—. Si han alistado los buques solicitados en un principio de los de Ferrol, más los franceses allí bloqueados, se sumarán diez o doce navíos, con uno de tres puentes al menos. Un refuerzo notable para esta escuadra que superaría de largo la treintena. Por cierto que, una vez en Ferrol, deberíamos cambiar la insignia del comandante general al navío Príncipe de Asturias, el último de los tres puentes construidos y el de mejores

características. El Argonauta es un buque magnífico, nadie lo discute, pero no dispone de espacio suficiente para una mayoría general, como merece la escuadra del Océano. Además, ésa es la razón principal de los navíos de tres puentes, aparte su extraordinario poder artillero.

—Me alegra escuchar tus palabras porque ya se lo comenté al general y está de acuerdo. También piensa como insignia en el Príncipe de Asturias, del que todos hablan maravillas.

—Mar y niebla, todo lo entierran.

Don Federico Gravina llegaba al alcázar, seguido de cerca por el comandante, Rafael de Hore, así como Tomás de Ayalde y Barreda. Parecía de buen humor en aquella mañana. Escaño lo puso al día de nuestra situación, así como de algunos partes recibidos de los buques españoles de la escuadra combinada. De esta forma, nos mantuvimos con comentarios optimistas y planeando los futuros movimientos, aunque las situaciones de niebla en la mar tiendan los ánimos a la baja. Y precisamente parecía que los horizontes se aclaraban en elevado porcentaje cuando, cercanos al mediodía, el teniente de navío don Juan Tíscar, de la mayoría general y de guardia como oficial de observación, se acercaba a la carrera hasta nuestro puesto.

—Señal de la fragata Hermione, señor. Avistamiento de escuadra por el NNE, compuesta por unas 21 velas, la mayor parte navíos.

Aunque en mi interior esperaba recibir una noticia de tal naturaleza en cualquier momento, pareció como si, de pronto, se elevara el telón del teatro, preparados los impacientes espectadores para observar una especial representación. Y como tantas otras veces a lo largo de mi vida en la mar, aunque les cueste creerlo, sentí en la nariz y más adentro ese especial olor de la sangre en avance, un aroma que se amadrina a la pólvora y el humo como casamiento de fuerza. Pero ya Antonio de Escaño, extraordinario táctico y previsor de movimientos, dibujaba un ligero croquis sobre el papel, una cualidad que siempre le envidié. Mientras observábamos sus garabatos con marcado interés, lanzaba sus primeras palabras.

—Supongo que el almirante Villeneuve ordenará formar la línea de combate mura a babor, cayendo a rumbo de bolina con proa al norte, porque no es cosa de perder este barlovento que nos han ofrecido los dioses en beneficio. Y no deberíamos perder un segundo, señor, avisando con decisión que ocupamos la vanguardia.

—De acuerdo, Antonio, preparen la señal en ese sentido para la fragata repetidora.

Debo aquí recalcar una vez más que Gravina, sin tener en cuenta sus veleidades palaciegas y cortesanas, era en la mar un hombre decidido y valiente como pocos. Tan sólo le faltaba, y se trata de opinión personal, esa acometividad e iniciativa propia del inglés, cuando se encuentra bajo un mando superior. Me refiero a la necesidad de comprender que las órdenes pueden ser transgredidas, si se considera con buen juicio que se trata de la mejor opción en beneficio. Aparte de esta merma, como persona inteligente, sabiéndose escasamente formado en los aspectos tácticos y

de movimiento de escuadras, confiaba al ciento en sus hombres, especialmente en su mano derecha que no era otro que el jefe de escuadra don Antonio de Escaño, el oficial de la Real Armada mejor preparado en esos aspectos fundamentales de la guerra en la mar. De esta forma, se demostraba con claridad el pésimo sistema empleado por nuestras autoridades para la promoción del personal, porque Escaño, que ya calzaba 52 años, se habría mantenido en el empleo de brigadier si Gravina no hubiese intercedido por él ante Su Majestad. Una privilegiada cabeza relegada en los ascensos, mientras tantos otros eran promocionados sin méritos de guerra o paz en su hoja de servicios.

Tal y como había adelantado Antonio, Villeneuve ordenaba sin pérdida de tiempo formar la línea de combate mura a babor y proa al norte cuarta al leste, a medio cable de distancia entre navíos, siguiendo su columna a la del general Gravina. Escaño protestó a la baja, asegurando que se deberían cerrar todavía más las distancias entre unidades, a pesar del riesgo amadrinado de la niebla, para ofrecer ese apoyo mutuo tan necesario en combate. Y recordando la formación del almirante Jervis en el combate de San Vicente, concordaba con él al ciento. Pero como tantas veces he asegurado, no era el general Gravina de los que intentan enmendar la plana a un superior, aunque se creyera cargado de poderosas razones. Tras la maniobra ordenada, el insignia francés se colocaba en el centro o cuerpo fuerte de la escuadra, mientras Dumanoir quedaba a retaguardia. Al mismo tiempo, se urgía al navío Pluton, cabeza de los franceses, para acortar distancias con el Firme, último español, cerrando la línea en un todo homogéneo. Por su parte, al almirante Magon, destacado en escuadra ligera a barlovento, se le ordenaba aproximarse y formar a la cola de la línea.

—La Hermione amplía información, señor. 16 navíos enemigos, 3 ó 4 de ellos de tres puentes, navegando de vuelta encontrada en dos columnas. Algún buque menor a su alrededor.

—Ayalde, muy atento a las señales del insignia francés —Gravina se dirigía al primer ayudante general de la mayoría.

—Está el personal de la mayoría al completo con los ojos en cuadro, señor.

La escuadra britana también ordenaba formar en línea de combate, sin variar su proa al sur con leve querencia hacia poniente. Y poco después, aunque la visibilidad navegaba sobre las aguas en madejas al capricho de damas, podía considerarse que la fuerza enemiga se componía de quince navíos, cuatro de ellos de tres puentes y dos rebajados^[50], dos fragatas y dos buques menores.

Los buques españoles ordenaban ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, con lo que la corneta y el tambor comenzaban a sembrar las cubiertas y entrepuentes con música de gloria y muerte, como solía exclamar Pecas en tales condiciones. Y para mi sorpresa, el comandante del Argonauta recibía la novedad de alistamiento en escaso tiempo, una nueva más que positiva. Por su parte, el comandante general de la escuadra, don Federico Gravina, arengaba a los hombres

sable en mano desde la trona de la toldilla con hermosas palabras, aunque no todos prestaran la debida atención y tendieran más hacia sus particulares pensamientos. Era seguido en la misma situación por las palabras del capellán, don Mateo Esterelas, que ofrecía una absolución general a nuestros hombres.

Los recuerdos llegaban a mi cerebro en cascada sin fin, como si leyera un libro cuyas frases estaban escritas de forma indeleble en la memoria. Comenzaban a bordo los ruidos que tantas veces escuchara. Cañones entrando en batería, pajes descalzos en trasiego de cartuchos y balerío, cabos de cañón reclamando algún elemento en falta para su montaje, contra maestres con chifle en demanda de brazos, infantes trepando por las jarcias y gestos de nerviosismo en los hombres, sabedores que podían perder la vida en escasos minutos. Pero en el alcázar del insignia español era la voz de Escaño la que ponía orden, tomada la batuta como director de escena.

—En mi opinión, señor, los britanos, que no disponen del barlovento en esta ocasión por milagrosa conjunción de los cielos y el infierno, pueden intentar dos líneas de acción. La primera sería aproar al cuerpo central de nuestra escuadra, el sistema empleado por primera vez por el almirante Rodney en abril de 1782, cuando batió a los franceses en el combate de la Martinica. La segunda y muy conocida para nosotros, intentar doblarnos la retaguardia y combatir en superioridad. En este caso me inclino más por la segunda opción, dada su posición relativa respecto al viento. Y en ese caso, deberíamos virar en redondo por contramarcha en cuanto oigamos el primer disparo a popa, si la bolina les permite cerrar distancias, o más pronto que tarde en cualquier caso y tomarlos de la misma vuelta. Con un poco de suerte, podríamos ser nosotros los que envolviéramos parte de su fuerza y devolverles la cizaña. Como espero que no lo dude el almirante Villeneuve, prepararemos la señal. ¡Rosendo! —Escaño, activo y decidido en tales momentos, se dirigía al capitán de fragata Porlier, de la mayoría general, sin dudarlo—. Preparen la señal de la virada en redondo por contramarcha.

—De todas formas, Antonio, debemos esperar a que la ordene el almirante.

—Desde luego, señor —Escaño mostraba un rostro compungido que a nadie engañaba—. Pero si no lo hace, deberíamos indicarle el camino. Además, es primordial mantener las distancias de medio cable entre unidades, sin perder una sola yarda, lo que debemos repetir a los franceses a popa del último de nuestros navíos. ¡Rosendo! Que se repita esa señal desde el Firme a los buques que le siguen aguas.

Cerca de las tres de la tarde nos cerramos en niebla, aunque con tiempo suficiente para comprobar que nuestra línea estaba formada en orden. Esta circunstancia me alargó aún más los recuerdos, porque en niebla había combatido con la fragata Sirena, cuando me vi metido yo sólito entre una división francesa que casi me chamusca los bigotes. Es una situación en la mar nunca deseada, salvo que se desee un rumbo de escape, porque parece trasladarnos a otro mundo, el de los muertos quizás, aunque sea difícil de explicar esta extraña sensación. Y a las cuatro de aquella tarde, la niebla se cerraba en crespón de luto, al punto que no podíamos divisar siquiera el bauprés

del navío Terrible, que nos seguía aguas. Traspasados a la toldilla para una mejor observación, si tal don se nos concedía, Barreda mostraba su habitual optimismo, comentando la situación con su permanente sonrisa.

—No debe preocuparnos esta niebla porque, como dicen en la bahía gaditana, es de quita y pon. Saltará por troneras en su momento, aunque no será fácil apuntar los tiros con seguridad. Pero, bueno, siempre queda el bulto a disposición y los tres puentes marcan la carne en la distancia.

—En estos momentos, preferiría que el manto saltara y quedara visibilidad al infinito —masculló Escaño entre dientes.

Unos quince minutos después, de acuerdo a la predicción de Barreda, se alargaba un mechón de niebla lo suficiente, para poder observar la escuadra britana en línea de combate a sotavento, marcándola al N 40° E^[51], con proa al sur. El primer navío de tres puentes y 98 cañones era el cuarto, siendo del mismo porte el sexto y el central, quedando el último en la retaguardia. Sin dudarlo un segundo, pensé que no mandaba don Horacio aquella escuadra, porque no era su forma de atacar al enemigo, asumiendo una táctica de escaso riesgo aparente. La niebla se abría y cerraba al gusto o disgusto, con Escaño entrando en imparable actividad.

—Ya se debería haber ordenado la virada, señor, aprovechando la niebla. Las ocasiones se presentan pocas veces en la mar, y continúan el camino de través si no se toman por el cuello. Hoy podría ser un día glorioso si el francés entra en cuerdas.

—No dudes de antemano, Antonio —Gravina desechaba el antejo porque nada se veía—. Estimo que el almirante Villeneuve es valiente y buen táctico.

—Es posible, señor —comenté sin mirarlo—, pero hasta ahora parece haber dudado demasiado en los momentos decisivos.

No sé si pensaba contestar Gravina a mis palabras porque, pocos segundos después, el teniente de navío Palacios gritaba a pulmón.

—¡La fragata repetidora francesa iza la señal de prepararse para virar por redondo en contramarcha^[52]! Maniobra pendiente de orden.

—Caigamos ya, señor. No podemos perder un segundo —presionaba Escaño.

—El almirante Villeneuve no ha dado todavía la orden de ejecución —Gravina dudaba, fiel a su norma de no desobedecer jamás lo que un insignia marcaba en sus drizas.

—Es el momento oportuno, señor —insistía Antonio—. Como somos cabeza de línea, no tendrán más remedio que seguir nuestras aguas.

—De acuerdo —Gravina se giró hacia Rafael de Hore—. Comandante, virada por redondo a rumbo contrario.

De esta forma, viramos con rapidez, siguiendo del bordo contrario en diez cuartas. Tal y como suponía Antonio, todos siguieron la estela de la liebre sin más remedio. Y justo cuando cruzábamos tanta avante con el insignia francés, don Federico ordenaba preguntar al almirante Villeneuve, con bocina y a través del bergantín Argus, cuáles eran sus intenciones para el combate. La respuesta nos

llegaba en escasos segundos, rogando el almirante francés que, una vez doblada la línea, nos mantuviéramos de bolina con el menor trapo posible. Escaño entró en debate.

—Parece que el almirante no se manifiesta con excesivo detalle. Si piensa en mantener órdenes permanentes por señales, no es la niebla un factor que entre en ayuda —se giró hacia Gravina con decisión—. No creo que sea necesario alcanzar el rumbo de bolina, señor. Con quedar con la proa al sur, dos cuartas a poniente, será más que suficiente. —De acuerdo. Veamos qué hace el inglés.

Poco después, una vez rebasado el navío francés Algésiras, cola de la línea, orzamos ligeramente, de acuerdo a lo previsto, hasta quedar al OSO^[53] y entrar en distancia de tiro con la cabeza enemiga, que intentaba atacar nuestra retaguardia, con el viento mantenido por pernos del noroeste. Los ingleses, una vez observada nuestra maniobra por el navío cabeza en un claro de la niebla y pasada la señal, habían virado por avante con extraordinaria precisión, para quedar arrumbados al norte, con el Hero de dos puentes abriendo surcos. Ganadas estas posiciones, las escuadras quedaban navegando de vuelta encontrada y paño reducido, como si decidieran entrar a muerte cuanto antes, aunque manteníamos el precioso barlovento en la bolsa. Por mi parte, rogaba que se mantuviera el viento del noroeste que nos cuidaba a favor de luces. Y como si se tratara de divina revelación, observamos en la distancia a los dos primeros navíos britanos, navegando con claridad para atacar a nuestra retaguardia. Sin dudar, el general Gravina ordenó romper el fuego contra el primero de ellos, lo que llevamos a cabo con toda el alma, acción que era seguida por el enemigo pocos segundos después.

Setum me había entregado momentos antes, como tantas otras veces, el sable de honor y el viejo pistolón de don Antonio Barceló, que encastré en la faja a martillo. A pesar del estruendo y retumbo del cañón, escuché las palabras de don Federico Gravina sin perder el buen humor, cuando ya todos nos encontrábamos en el alcázar con humo entre las orejas.

—Francisco, más pareces un bucanero antillano que un jefe de escuadra español.

—Así es mejor, señor, por si hemos de entrarle a estos putos britanos por la borda. Nada me importaría romperle los ojos a más de uno con este pistolón. Y juro que no sería la primera vez.

Mientras don Federico Gravina sonreía, el joven guardiamarina que se encontraba de batidor personal del comandante, un niño de quince años, me miró con arrobada admiración. Le contesté con un guiño del ojo y una sonrisa, al tiempo que lo golpeaba cariñosamente en el hombro. Pero no había mucho tiempo para tales dedicaciones, porque el buque inglés de cabeza, supongo que por su cuenta y riesgo, viraba por avante con gran facilidad de maniobra, acción que seguían sus compañeros para quedar de nuestra misma vuelta, lo que presagiaba un combate a la antigua usanza, guerra galana de bordo a bordo. Pero fue el momento de pensar también en nuestro buque, porque las rasas^[54] y palanquetas^[55] britanas nos entraban a cerrazón y de

quilla a perilla. Una serie de balazos hacían saltar la troza mayor, algunos obenques y bolinas, así como dos brandales del palo trinquete, al tiempo que otro barría a proa del alcázar, con astillazos que alcanzaban a dos marineros de los de brazos abiertos. El olor de la sangre se hacía más nítido, mientras el humo de la pólvora se mezclaba en el ambiente como rancho al alcance de la mano. Me dirigí a don Rafael de Hore, al observar en un claro que nuestros piques salpicaban en el agua.

—Comandante, hay que elevar la puntería.

—Ya lo he ordenado, señor. Calculamos las cuñas para menor borda. También entiendo que deberíamos rebajar el paño y sotaventear en ligero, que no todos los navíos aguantan el viento como éste.

—Tiene razón, afirmó Escaño. Actúe en conveniencia sin perder de vista la proa del Terrible.

Las averías aumentaban a ritmo, así como la sangre y los heridos. En los tres palos saltaban escotas, burdas, ostagas, amantillos y brazas, en detrimento de la maniobra, aunque se intentaban ajustar en fortuna por nuestros hombres con rapidez, no siempre con posibilidad. El trapo comenzaba a mostrar las habituales muescas, mientras el comandante maniobraba con la mesana y la gavia para no adelantarnos en el puesto, aunque el Terrible parecía mantenerse a distancia sin problemas. El fuego se había generalizado, porque era continuo el retumbo del cañón y los silbidos, así como las trochas de los impactos.

La primera bola negra en grueso fue la rendición de nuestro bauprés, desbaratadas sus trincas sin remedio de posible composición, lo que esperaba de un momento a otro por encontrarse alistado sobre sedas. También la verga del sobrejuanete mayor y los botalones de dos rastreras saltaban hechas añicos, aunque fuera de tono menor la merma. En cuanto a mi persona, parece que la suerte continuaba en compañía cercana porque, a escasas pulgadas de mí, caía un joven artillero de mar, con el pecho abierto en canal y la mirada perdida en el más allá, como si no pudiera creer que le habían arrancado la vida para siempre. No era más que uno de esos momentos en los que preguntas a los cielos porqué había sido él el elegido y no yo. Pero se trataba de pensamientos fugaces, porque un navío en combate no concede segundos de ensoñación. Escuchaba los informes que recibía el comandante, aunque no cuadraban demasiado en negro.

—Sufriendo el casco a ras, señor. Aparte del bauprés, el codaste y portería se encuentran destrozados y sin posibilidades. Peor cariz presenta el mesana, con dos encastres a flor de cubierta y llorando en suspiros. Dios no lo quiera, pero puede rendirse de un momento a otro. Además, unos quince balazos a la lumbre del agua, con los carpinteros trabajando en el pasillo de combate. Y como es lógico, muy dañado el velamen y mucha maniobra en cuelgue, que se repara conforme la destrozan. Por desgracia, un contramaestre, un guardián y un carpintero se encuentran heridos de gravedad. Los dos primeros no creo que alcancen la noche sin entregar su alma al Todopoderoso.

La niebla seguía jugando al duelo con tirios y troyanos. Entre las cinco y las seis de la tarde, pude comprobar cómo el cabeza de los britanos, que se había batido con nosotros desde el primer momento, se alejaba arribando a muerte, muy dañado de aparejo. Su plaza era ocupada de inmediato por un navío de tres puentes que también mostraba muescas en sus palos y masteleros, aunque nos tomaba con sus fuegos a ritmo de culebra. Ése es el apoyo mutuo que exigía Escaño y tan bien ejecutaban los ingleses, de lo que deberíamos tomar ejemplo. Pero por momentos la niebla se espesaba en paño tan grueso, que debíamos disparar con puntería a los fogonazos, porque andábamos metidos a medio tiro de cañón y la lechada gris caía a manto de sirena. Y debían ser las seis de la tarde, cuando pude observar en un claro a popa, al navío San Rafael con serias averías en la gavia, posiblemente cortada su ostaga, al tiempo que una fragata repetidora nos mostraba la señal de que los navíos franceses de retaguardia no combatían por falta de enemigos en su través. Me dirigí a Escaño.

—Antonio, debemos cargar paño, no vayan a envolvernos estos demonios a proa. Los últimos franceses están fuera de sitio.

—Ya lo he visto. Pero si nos ponemos en facha, les cederíamos la posición de gratis. Ya le he dicho al comandante que fachee la sobremesana y cargue el trinquete. Maniobrando con la gavia será suficiente para mantenernos sin adelantar. Sin embargo, me preocupa de forma especial el San Rafael, que lo vi sotaventado en exceso y con graves problemas de aparejo. Puede quedar enrejado por los enemigos, si no se le presta auxilio.

—Será auxiliado por los franceses que le siguen aguas. Por suerte, ocupamos la vanguardia y son muchos a apoyarnos desde popa, porque entramos los primeros en danza.

—Eso espero.

—Anima el alma, que tú no puedes decaer. Después de todo, da gusto observar cómo combaten nuestros hombres, muy por encima de lo esperado.

—Eso sí que es cierto, teniendo en cuenta que nos faltan 116 hombres a bordo por reglamento. Esta niebla disminuye las diferencias profesionales y nos beneficia en ese aspecto.

Poco después de las seis de la tarde, con las dos formaciones en posición, de la misma vuelta y línea ganada, se combatía sin cesar. Pero los bátanos cerraban más las distancias entre sus unidades, razón por la que algunos franceses de popa seguían sin encontrar enemigo a batir. Pensé que Villeneuve debería recortar popas con proas^[56] y no perder un solo cañón en fuego, aunque era preocupación menor en aquel momento. Escaño hablaba con Gravina y el comandante para no retrasar más nuestra marcha, porque ya los dos navíos de nuestro través comenzaban a avantearnos, un peligro que se debía evitar. En una clara comprobé que el tres puentes britano situado por nuestra aleta, también arribaba con el mastelero del velacho rendido, lo que me hizo gritar de alegría en los fondos. Pero ya maniobrábamos, amurando la sobremesana y largando los juanetes arriados previamente, con lo que fue posible

evitar un excesivo despegue de los britanos a proa.

La niebla caprichosa acabó por cerrarse de nuevo sin resquicio, disparando a veces contra el muro negro, sin referencia alguna pero con el convencimiento de que por allí debían encontrarse los buques ingleses. Y acababan de picar la hora novena, cuando pudimos comprobar en una nueva clara, que los britanos arribaban, cesando el combate, aunque se escuchara algún cañoneo intermitente y lejano a popa. Comprobamos que nuevamente nos habíamos adelantado, por lo que ahora entramos en facha sin dudarlo para reunimos con los nuestros. Fue el momento del negro recuento a bordo, esos segundos que ningún mando desea escuchar. Y para regusto propio, recibimos la noticia de que en el Argonauta habían muerto solamente seis hombres, entre ellos un oficial de infantería y cuatro oficiales de mar, así como un número de heridos que no alcanzaba la decena. Todos fueron visitados por el general Gravina, que dispensaba especial atención a sus hombres, animándolos en su dolor. Debo reconocer que era una de sus mejores cualidades.

Entramos en la noche sin tener conciencia de tal condición, por la cerrazón absoluta de la niebla. De nuevo reunidos en el alcázar, Gravina, Escaño, Hore, Ayalde, Barreda, Porlier y yo, tomamos una sopa de ajo que se había mandado preparar con urgencia para todos los hombres. Y también se repartió vino aunque, en esta ocasión, ofrecí a mis compañeros unas frascas de mi particular remesa, por mucho que Setum torciera el gesto ante tal dispendio.

La noche, cerrados en niebla y sin posibilidad de poder observar una pequeña lucecilla en la distancia, se nos hizo eterna. Habíamos disminuido la vela hasta quedar en facha para beneficiar la reunión pero, por encima de todo, queríamos saber el estado de nuestros buques y, por supuesto, el general de la escuadra. Además, como era posible un nuevo combate al romper el alba, no podíamos perder un segundo, por lo que se preparaba a bordo el municionamiento, encartuchando saquetes a marchas forzadas, mientras los artilleros intentaban dar una cabezada junto a sus piezas. Por fortuna, la mar se mantenía en cuerdas de beneficio y el viento del noroeste en fresco de fuerza, aunque no consiguiera levantar el manto negro. Las averías se apuntalaban y, de forma especial, se renovaba la cabuyería estibada en fortuna. Así, con los nervios entablados en concurso, pasaron las horas una a una. Por mi parte, dormí unos pocos minutos y al salto de moscarda porque nada más pedía el cuerpo. Sin embargo y por imposición de Setum, volví a comer y beber. Era necesario estar preparado para la siguiente jornada, que debía abrirse de nuevo en sangre.

Buques de la escuadra franco-española, sus mandos y posición en la línea de combate

1. Navío Argonauta (80 cañones).

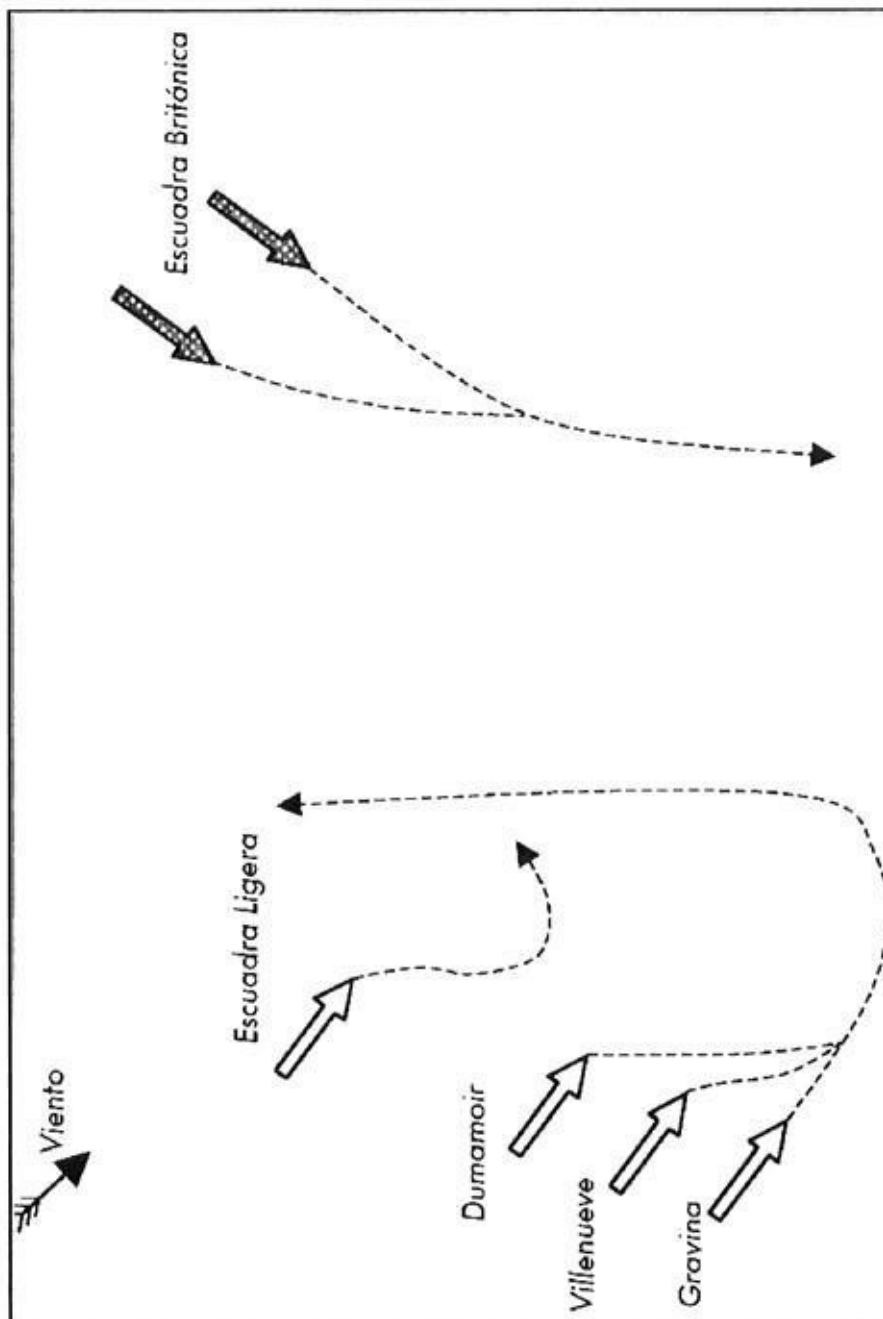
Teniente general don Federico Gravina. Comte. General.

Jefe de escuadra don Antonio de Escaño. Mayor General.

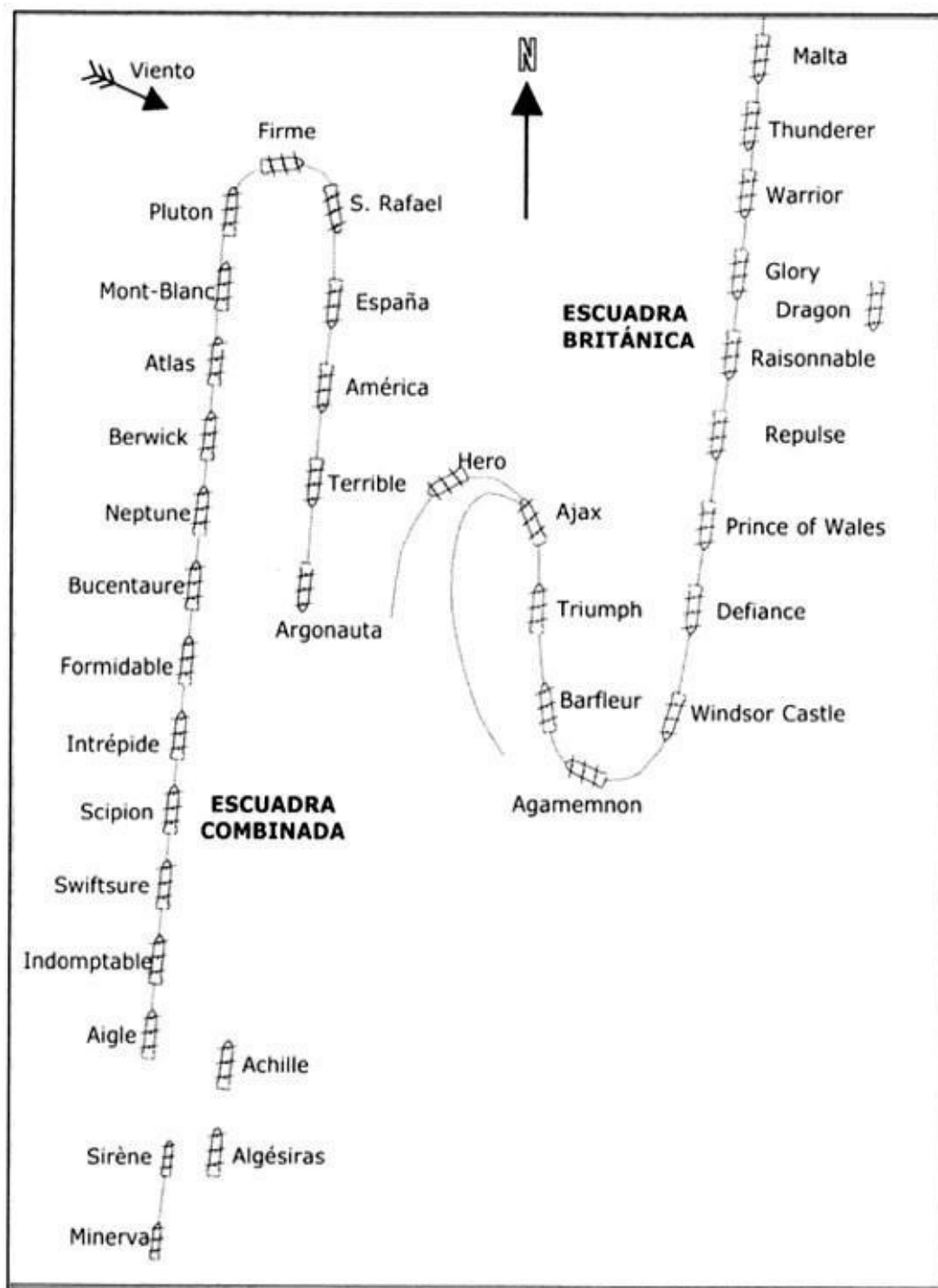
- Brigadier don Rafael de Hore. Comandante.
2. Navío Terrible (74)
Capitán de navío don Francisco Vázquez de Mondragón.
Comandante.
 3. Navío España (64)
Capitán de navío don Bernardo Muñoz. Comandante.
 4. Navío San Rafael (80)
Capitán de navío don Francisco Montes. Comandante.
 5. Navío Firme (74)
Capitán de navío don Rafael de Villavicencio. Comandante.
 6. Navío Pluton (74)
Capitán de navío Cosmao Kerjulien. Comandante.
 7. Navío Mont-Blanc (74)
Capitán de navío Lavillesgris. Comandante
 8. Navío Atlas (74)
Capitán de navío Rolland. Comandante.
 9. Navío Berwick (74)
Capitán de navío Filhol Camas. Comandante.
 10. Navío Neptune (80)
Capitán de navío Maistral
 11. Navío Bucentaure (80)
Vicealmirante Villeneuve. Comandante General.
Capitán de navío Magendie. Comandante.
 12. Navío Formidable (80)
Contralmirante Dumanoir. Segundo cabo de escuadra.
Capitán de navío Lettelier. Comandante.
 13. Navío Intrépide (74)
Capitán de navío de Péronne. Comandante.
 14. Navío Scipion (74)
Capitán de navío Berenguer. Comandante.
 15. Navío Swiftsure (74)
Capitán de navío Villemandrin. Comandante.
 16. Navío Indomptable (80)
Capitán de navío Hubert. Comandante.
 17. Navío Aigle (74)
Capitán de navío Gourrége. Comandante.
 18. Navío Algésiras (74)
Contralmirante Magon. Tercer cabo de escuadra.
Capitán de navío Letourner. Comandante.

Buques de la escuadra británica y sus mandos

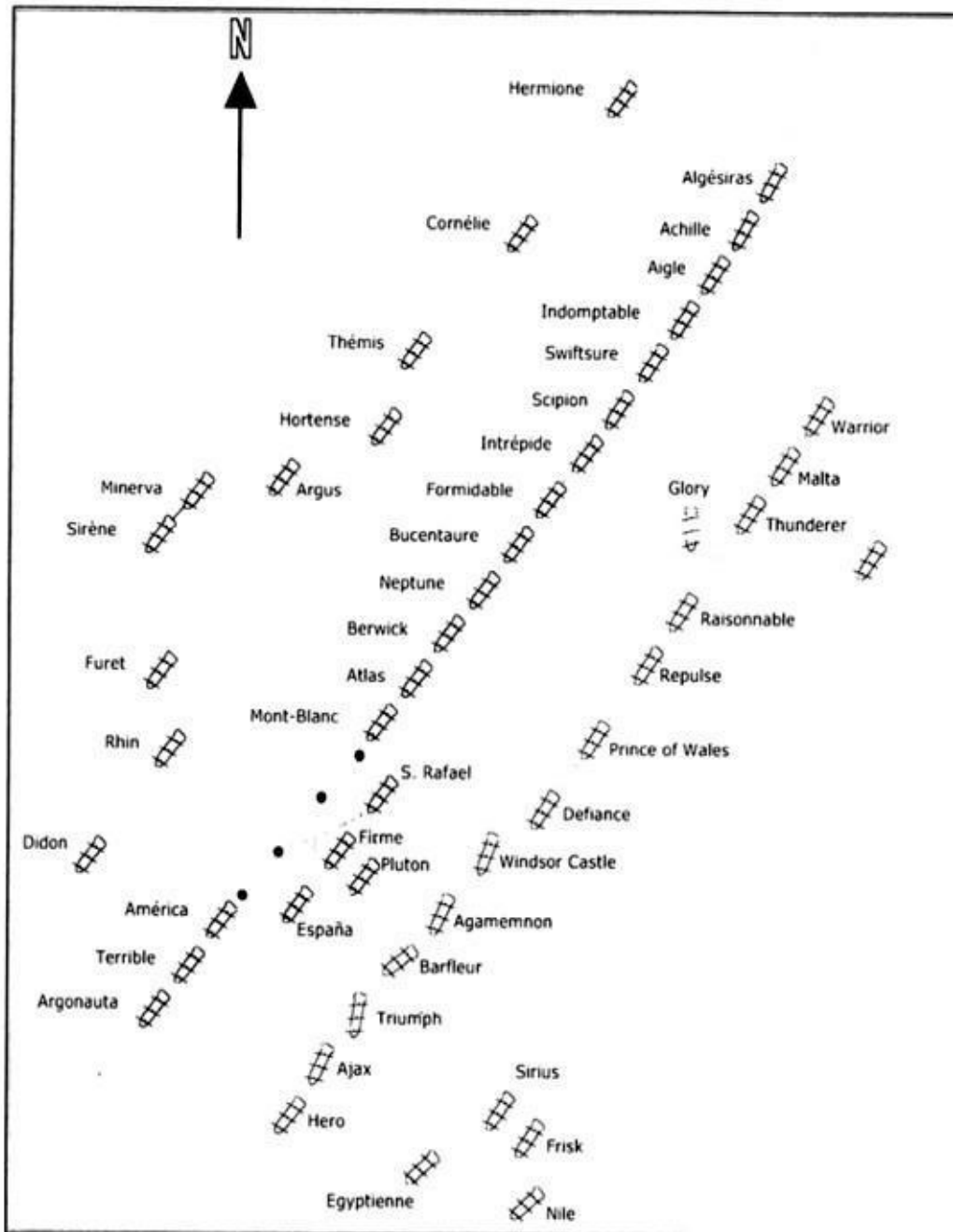
1. Navío Prince of Wales (98)
Vicealmirante Sir Robert Calder. Comandante General.
Capitán de navío Cuming. Comandante
2. Navío Glory (98)
Contralmirante Sterling.
Capitán de navío Warren. Comandante.
3. Navío Barfleur (98)
Capitán de navío Martin. Comandante.
4. Navío Windsor Castle (98)
Capitán de navío Boyles. Comandante.
5. Navío Malta (80)
Capitán de navío Buller. Comandante.
6. Navío Thunderer (74)
Capitán de navío Letchmere. Comandante.
7. Navío Hero (74)
Capitán de navío Gardner. Comandante.
8. Navío Repulse (74)
Capitán de navío Legge. Comandante.
9. Navío De flanee (74)
Capitán de navío Dirham. Comandante.
10. Navío Ajax (74)
Capitán de navío Brown. Comandante.
11. Navío Warrior (74)
Capitán de navío Lince. Comandante.
12. Navío Dragon (74)
Capitán de navío Griffiths. Comandante.
13. Navío Triumph (74)
Capitán de navío Inman. Comandante.
14. Navío Agammenon (64)
Capitán de navío Harvey. Comandante.
15. Navío Reasonable (64)
Capitán de navío Rowley. Comandante.



Situación previa al combate y primeros movimientos



Maniobras de ambas escuadras antes de entrar en combate



Situación de ambas escuadras durante el combate

16. La realidad

Cuando comenzaban a salpicar las primeras luces del crepúsculo, entrados en el día 23, nos concentramos en la toldilla del navío Argonauta, sin necesidad de cornetas ni toques de rebato, la práctica totalidad de la plana mayor junto a nuestro general en jefe, así como el comandante y segundo del buque. Un teniente de navío del equipaje, ajeno a nuestra particular inquietud y auxiliado por un joven guardiamarina, intentaba bajar alguna estrella con su sextante, aunque la línea del horizonte no parecía colaborar en su operación. Pero, la verdad, poco nos importaba en aquellos momentos la situación geográfica ni otras mandangas marineras. Por el contrario, ajustábamos los anteojos con fuerza en el ocular, escrutando sin descanso un horizonte que todavía se empeñaba en ocultar sus trofeos. Y así debiera haberse mantenido durante años, para no brindarnos la mala nueva que nos esperaba a proa sin remisión.

Pero todo acaba por entrar en esta vida de pecados, las buenas y malas olas en rueda de escarcha. Por fin, comenzamos a entrever los contornos de los buques de la escuadra combinada, abierta por nuestra aleta de barlovento, aumentando los detalles de sus perfiles poco a poco. Se mantenía el silencio en amparo, roto tan sólo por el gualdrapazo de alguna vela tendida al desmayo y el lamento quejumbroso de las cuadernas, como si nadie deseara vomitar los demonios que comenzaban a roer los intestinos. El primero en marcar la pregunta, que sería reina del sarao en las horas siguientes, fue el general Gravina, posiblemente debido a la excelente calidad de su antejo, recibido como especial obsequio del emperador Napoleón Bonaparte en París.

—Francisco, Antonio, cuento solamente dieciocho navíos. ¿Veis al Firme y al San Rafael?

—No, señor —me adelanté en responder—. Aunque la línea se encuentra un tanto desbaratada, sus dos huecos han sido ocupados por los franceses. A popa del España aparece un francés que debe ser el Pluton, aunque ande a más de un cable de distancia.

—No es posible —insistía Gravina, mientras continuaba la observación—. ¿Habrán quedado retrasados?

—Me temo lo peor, señor, aunque cueste decirlo —Escaño no dudaba en dar sus verdaderas opiniones, una sinceridad que no todos los jefes saben agradecer—. La última vez que observé la línea de combate, el San Rafael parecía sufrir serias averías en las gavias y se encontraba un poco sotaventado. Si mantuvo esa tendencia, pudo quedar envuelto por los britanos y, Dios no lo quiera, haber sido tomado en presa.

—Eso no es posible —el tono en la voz de Gravina se acercaba más a un ruego—. Tras él llegaban el Firme y el Pluton, sin contar con el resto de los navíos franceses. Habría sido auxiliado.

—Es posible que tanto el San Rafael como el Firme quedaran sotaventados,

metidos entre líneas y a tiro de pistola de muchos buques enemigos —me atreví a opinar en negro, con escasas dudas—. Por desgracia, las fragatas, esos buques de tanta importancia que solemos despreciar, se encontraban a la altura de los buques franceses, sin posibilidad de apoyar con rápido remolque a cualquier unidad sotaventada o en riesgo de inferioridad. Sin embargo, es lógico pensar que los navíos franceses deberían haberlos apoyado. Parece difícil creer que desfilaran junto a ellos a escasa distancia sin prestarles el necesario auxilio.

—Pero si los franceses de cola no entraron en combate —era Porlier, más exaltado, quien mostraba sus temores—. Debieron verlos en trance de negras por su través.

—Por favor, señores, evitemos opiniones negativas, sin datos suficientes a la mano que las justifiquen —cortó Gravina con una energía que pocas veces desplegaba—. No sabemos lo que puede haber sucedido con exactitud. Hasta es posible que se encuentren descolgados a popa, escoltados por una de las fragatas, o que a alguno le volara la santabárbara.

—Esas explosiones se escuchan hasta en la boca del infierno —declaré con marcado tono pesimista.

—Desde luego —corroboró Escaño.

—Bien sabe, señor, que siempre he dudado de los franceses. ¿Cómo es posible que nuestros aliados dejaran tirados y entre los fuegos de los britanos a dos de nuestros navíos? Si con barlovento ganado y franca superioridad de unidades no somos capaces de batir al inglés, y además nos toman en presa alguno de los nuestros, no sé qué debemos esperar del futuro —Barreda se lanzaba hacia las crestas por momentos—. Serán cobardones esa manta de malna...

—No digas barbaridades —el general cortó al tajo y con tono en alto, sin mirar a su secretario. Intentaba calmar unos ánimos que se alzaban a coro poco a poco—. Nada sabemos en concreto todavía.

Don Federico Gravina se movía inquieto, con la preocupación marcada en el rostro. Era consciente de que debía amansar la sangre al alza en sus hombres, ante lo que ya se consideraba por las claras como una inexplicable falta de apoyo en combate por parte francesa. En el alcázar se formaban corrillos de oficiales con rumores crecientes en el mismo sentido. Fue entonces cuando comenzamos a observar con cierta nitidez la escuadra inglesa, por nuestra popa y navegando de vuelta encontrada, separando distancias y con tres navíos a remolque casi desmantelados. Uno de ellos, con tres puentes, era britano sin lugar a dudas, pero no necesitamos mucho tiempo para comprobar que los otros dos eran el Firme y el San Rafael, en penosas condiciones de casco y aparejos, incapaces de navegar por sus propios medios.

Por mi cabeza desfiló a ráfagas un cuadro difícil de olvidar, grabado a fuego en las carnes años atrás. Regresaba sin quererlo al encuentro habido en las aguas del cabo de San Vicente cuando, tras el combate, don José de Córdoba dudaba en reanudar el duelo contra el almirante Jervis para retomar los buques españoles

apresados. Y puedo jurar por la salud de mi alma pecadora, que rogaba a Dios para que no se reprodujera aquella indignidad, porque a unos navíos en remolque no es difícil darles caza. Y si algunos de los buques de la escuadra combinada se encontraban con muescas de sangre y maderas, lo mismo se podía achacar a los britanos, con número reducido de unidades. Miré hacia don Federico Gravina, intentando leer sus pensamientos. Bien saben los dioses de la mar que no dudaba de él y su resolución para empeñarse en nuevo combate, pero sí que guardaba muchos interrogantes en la sesera de las posibles líneas de acción del almirante Villeneuve, así como la sumisión de nuestro general a sus disposiciones.

Antes de continuar y para que dispongan de conciencia exacta de la situación, paso a narrarles el detalle de lo sucedido en lo que acabó por llamarse combate de Finisterre, o combate de Ferrol para los britanos, aunque dicha información la recibiéramos tiempo después.

El almirante Calder, izando su insignia en el Prince of Wales, un tres puentes de 98 cañones, navegaba cruzando derrotas tal y como se le había ordenado, formados sus buques en dos columnas mura a estribor. Su escuadra se componía de quince navíos, cuatro de ellos de tres puentes, dos fragatas y dos buques menores. Los navíos Defiance y Ajax se encontraban destacados a proa, de 6 a 7 millas, mientras la fragata Egyptienne marcaba descubierta a barlovento y dos cables de distancia. Cuando, cercanos al mediodía, el Defiance informó de la presencia enemiga, Calder ordenó formar de inmediato la línea de batalla, cerrada en distancia y mura a estribor, arribando hacia el sur. Su idea era atacar el centro de la escuadra enemiga y tratar de ganar superioridad.

Ya hemos visto que las dos escuadras, tras sucesivas maniobras, acababan por navegar en derrotas paralelas, con la combinada hispano-francesa a barlovento. Una vez generalizado el fuego, tres navíos britanos, Windsor Castle, de tres puentes, Malta y Triumph, así como tres españoles, Firme, San Rafael y España, cebados en el centro del combate, sufrían nutrido fuego enemigo y daños de importancia, algunos vitales para la estructura del buque y su capacidad de navegar. Los hispanos, con graves problemas en arboladuras y gobierno, sotaventearon poco a poco, hasta quedar envueltos por la formación británica. Mientras los navíos ingleses eran apoyados con rapidez por sus compañeros, abandonando la escena en arribada mientras otros ocupaban sus puestos, de los navíos franceses que seguían a los españoles, tan sólo el Pluton, con el capitán de navío Cosmao al mando, obraba como debía en ley de mar y guerra, acudiendo en auxilio, un apoyo que también podía haber sido concedido por las fragatas situadas a sotafuego^[57], que es una de sus misiones específicas en combate. Al menos, gracias a su acertada y valerosa maniobra, el comandante Cosmao conseguía sacar del infernal atolladero al España, aunque no llegara a observar cómo el Firme le reclamaba un remolque de salvación.

Sin embargo y para desgracia de las armas de España, el resto de los navíos franceses desfilaban en su línea galana, mientras el San Rafael y el Firme recibían un

castigo durísimo, combatiendo en algunos momentos contra cinco enemigos y con elevada mortandad a bordo. En el San Rafael, su comandante recibía dos heridas, la segunda con profusión de sangre, se rendían los tres palos hasta abatirse sobre la mar, el casco aparecía acribillado a balazos y entraba el agua al sollado con demasiada alegría. Por su parte, el Firme había recibido un balazo en la rueda del timón, debiendo gobernar con la caña de fierro. Pero poco después le rendían el palo mayor, arrastrando al mesana sin remisión. Los dos buques se vieron obligados a arriar el pabellón a últimas horas de la tarde, cuando se daba fin al combate.

Como triste comprobación de que ambas unidades españolas se empeñaron a muerte y regaron de sangre las cubiertas, podemos señalar que de los 158 muertos y 331 heridos habidos en la escuadra combinada de 20 navíos, 76 de los primeros y 157 de los segundos pertenecían a los dos buques españoles apresados. Por su parte, los británicos sufrían 41 muertos y 162 heridos. Es de resaltar en este aspecto, la fatalidad francesa por haber perdido al capitán de navío Péronne, comandante del Intrépide, así como las heridas recibidas por el de su misma categoría Rolland, comandante del navío Atlas.

Por desgracia, el almirante Villeneuve había olvidado una premisa esencial en la guerra naval, teniendo en cuenta que era quien mandaba la escuadra y ocupaba la posición central de la línea de batalla. Al poseer el don del barlovento y comprobar que la escuadra britana avanteaba, debió aprovechar aquella oferta de oro y ordenar a sus buques de cola, los cinco navíos franceses que prácticamente no entraron en combate, doblar a la retaguardia britana y envolverlos entre dos fuegos. Calder le había concedido una situación que cualquier mando en la mar habría soñado para sí y, desde luego, no habría desaprovechado. Incluso habría sido posible, como le aconsejara de forma repetida el general Lauriston, arribar con toda la escuadra combinada para caer sobre los ingleses en franca superioridad.

Para desgracia de la escuadra combinada, Villeneuve, dubitativo e irresoluto como tantas veces pudimos comprobar, no sólo perdió la gran oportunidad, que era exigencia de guerra, de salvar a los dos navíos españoles, sino la de ofrecer una gloriosa victoria a las armas combinadas de España y Francia. También debe cargarse sobre sus hombros la responsabilidad de no haber enviado alguna de las fragatas en auxilio de los buques españoles comprometidos, ese remolque necesario cuando comenzaban a sotaventear en exceso. Sus disculpas se basaron en la situación de niebla existente, una condición que no convenció a franceses ni españoles. Sin embargo, tras el combate quedaba todavía dueño de la situación, porque los britanos no podían maniobrar con tres navíos en remolque y dos más en penoso estado. Era el momento de la verdad, y no sólo para el francés, sino también para el general Gravina que debía exigir, llegado el caso, las acciones que estimara oportunas para represar sus navíos.

Pero lo que no se podía tragar por boquera con facilidad para los españoles, era la actuación de los buques franceses de cola y la inactividad de Villeneuve para impedir

la captura. Como posteriormente me comentó el general Reille en Vigo, desde el buque insignia se observó al navío Firme desarbolado de sus palos mayores y mesana, arribando hacia la línea enemiga y con riesgo de ser apresado. También comprobaron que el San Rafael, cortada su maniobra, había caído a sotavento. Y citando sus propias palabras, con extrema sinceridad me comunicó: Si en ese momento hubiésemos arribado, como se le aconsejó al almirante, no sólo habría sido posible salvarlos sino afrontar el éxito completo del combate.

Como es lógico suponer, la pregunta que todos los españoles nos hicimos, al tener conocimiento de lo sucedido, fue sencilla. ¿Por qué los cinco navíos franceses de la retaguardia, que permanecieron inactivos en la lucha por no disponer de enemigos por su través, no abandonaron su puesto en la línea para socorrer a sus compañeros españoles? Y no es que dudáramos del almirante Magon, posiblemente el más bravo de los franceses, pero si no recibió la orden del irresoluto Villeneuve, debió tomar la senda correcta por su propia iniciativa. Ya lo había hecho el comandante británico del navío Hero, cabeza de su línea, sin esperar orden de su almirante. No cuadraban en luces las conductas habidas por los franceses en el combate, lo que generó un sentimiento muy negativo que se encastró bien dentro de los oficiales españoles.

Desde el navío Argonauta podíamos comprobar, ya con suficiente visibilidad, la situación táctica de las dos escuadras. Aunque la neblina persistía en manto ligero, observamos a los britanos situados por nuestra popa y navegando de vuelta encontrada. Por esta razón, Escaño no esperó un segundo para ofrecer su opinión a don Federico Gravina.

—Debemos virar sin pérdida de tiempo, señor. Hemos de entrar en caza, porque este inglés puede sentirse satisfecho con los trofeos conseguidos.

—No suele ser ésa su táctica, aunque es posible. Espero que el almirante Villeneuve ordene formar una nueva línea de combate para enfrentarlos de nuevo.

—Viremos sin pérdida de tiempo para mostrarle de antemano nuestra resolución.

Por fin, aunque costaba que nuestro general tomara la iniciativa, viramos en redondo hasta quedar aproados a los ingleses, una maniobra que nos acercaba al resto de las unidades. En ese momento la fragata Didon, enviada a reconocer a corta distancia a los enemigos, informaba que los britanos formaban en línea de batalla con 12 navíos, mientras remolcaban a tres desmantelados, aunque minutos después aumentaba el número a 16, que cuadraba mejor con la realidad. El almirante Villeneuve ordenaba formar la nueva línea de batalla mura a babor, quedando los buques españoles en la retaguardia y el Argonauta cerrando la fila. Como todos pensamos en aquel momento, si el combate del día anterior se hubiera producido con la línea formada en tal sentido, bien distinto habría sido el resultado.

Al mismo tiempo, Villeneuve solicitaba a todos los navíos la situación de maniobra de sus buques, necesidades de reparación, así como el número de caídos en combate, comunicando su intención de transbordar a la fragata Hortense para una mejor dirección, un sistema propugnado por algunos estadistas navales franceses. Y

no cayó tal disposición en cesto de rosas, porque comenzamos el bombeo de ideas alrededor de nuestro general sin descanso. Escaño fue el primero en entrar por derecho al meollo de la cuestión.

—No son informes lo que necesitamos en estos momentos, señor, sino la orden de arrumbar contra el enemigo sin perder un solo minuto, largando a los vientos hasta las pañoletas de los oficiales.

—No seamos impacientes. Conozco perfectamente vuestros sentimientos y los comparto, pero es lógico que el almirante desee saber el estado de los buques tras los intensos cañoneos de ayer.

—En ese caso y si le parece bien, señor —insistía Escaño—, contestaremos que nos encontramos listos para entrar en combate de nuevo.

—¿Y el España? —insistió Gravina—. Es el que más ha sufrido.

—Puede seguir, aunque presente muecas por todo el rosario. No debemos olvidar, señor, que también los ingleses andan muy tocados.

A las ocho de la mañana pudimos comprobar cómo el almirante Villeneuve transbordaba a la fragata Hortense en compañía de su plana mayor y el general Lauriston, quien no se separaba una pulgada de él. Pero no se forzaba la vela ni se tomaban iniciativas claras de empeñar el combate cuanto antes. Así lo comenté por las claras.

—De esta forma nunca daremos caza al inglés. Como somos cola de la línea de batalla, debemos rebajar paño continuamente para no avanzar, y lo mismo le sucede al España. ¿Qué pretende? ¿Por qué no se decide el almirante?

—Lo estará pensando con detenimiento —comentó Escaño con suave ironía. Se giró hacia el general Gravina antes de continuar—. Pero no tenemos obligación de mantenernos mano sobre mano, señor. Podríamos destacar a los navíos más veleros, con nosotros a la cabeza, y empeñar el combate con su retaguardia. Tal y como informó la fragata francesa, tienen muy dañados a los navíos Windsor Castle, Triumph y Malta, así como tres fragatas en faena de remolque. Daremos tiempo a que nos alcancen los demás, una vez entrados a fuego. ¡Por Dios bendito! Este hombre olvida que nos encontramos en situación de clara superioridad. Y como mal menor, podríamos represar a nuestros buques.

—El almirante se empeñará en un nuevo combate, no lo dudéis —Gravina intentaba creer sus propias palabras.

—Tenemos cerca al bergantín Furet, señor —insistió Escaño—. Recomiende al almirante Villeneuve, a través de su comandante, un ataque inmediato o la solución que le apuntaba.

—Antonio, por favor —el gesto de Gravina era de sufrimiento. Por mi parte lo comprendía, ya que creía conocerlo muy bien. Sabía que en su interior luchaba entre tomar alguna iniciativa, y la posibilidad de lo que entendía como ofender a quien ostentaba el mando conjunto—. El almirante Villeneuve dispone de una excelente plana mayor y no es cuestión de andar con recomendaciones desde el primer minuto.

Esperemos a ver qué decide.

El tiempo comenzó a alargarse sin medida, mientras contemplábamos en la distancia a la escuadra inglesa. La indignación subía muchos enteros entre los españoles, no sólo por la actuación mostrada por los franceses en el combate del día anterior, sino también por la falta de resolución en tomar el camino adecuado. Algunos comentaban que el francés nada quería saber de un nuevo enfrentamiento porque, después de todo, no eran navíos franceses los apresados. Pero sin mediar en palabras, algunos pensaban que Gravina se acomodaba demasiado a los deseos de Villeneuve, una sumisión que no se encontraba en las órdenes recibidas. Si el almirante era indeciso por más, había que picarle en los huevos con clavos si era necesario, para aclararle la vereda.

Tomamos el almuerzo a salto de mata, con Setum ejerciendo de mago oriental. Esperábamos impacientes que, de un momento a otro, llegaran las órdenes que todos deseábamos escuchar. Debo reconocer que en el alcázar del Argonauta se mascaba la tensión aunque, por cariño y lealtad a nuestro general, callábamos y rumiábamos a la baja y por separado. Pero la primera onza nos llegó sobre las cuatro de la tarde, cuando se acercó a nuestro costado el bergantín Furet, para comunicar al general Gravina de parte del almirante Villeneuve, que difería su proyecto de ataque al enemigo hasta el día siguiente. Don Federico se hizo repetir el mensaje, como si no consiguiera comprender la realidad. Antonio de Escaño, con la extrema confianza que le concedía su general, fue el primero en saltar a la arena con lanza en ristre.

—¿Esperar a mañana? Cuesta creer estas palabras como ciertas. La verdad, señor, es bastante difícil aceptar una proposición como ésa. La ocasión es inmejorable en estos momentos, mañana la mar y Dios dirán sus palabras. No parece muy preocupado el almirante en recuperar nuestros navíos.

—Ni tener verdadero deseo de empeñar un nuevo combate —apuntillé con rostro indignado—. Parece claro que el inglés se encuentra dichoso con sus presas y, dada la situación de inferioridad que padece, se apartará durante la noche. Hasta es posible que espere refuerzos.

—Tampoco yo lo comprendo, señores, esa es la verdad. Claro que no me encuentro en su piel ni, posiblemente, abarque todos los datos de una operación en la que se nos cuenta lo que ellos estiman oportuno —Gravina hablaba en voz queda, con la tristeza reflejada en su rostro—. Queda claro para nosotros que hemos perdido un día.

—Un día que puede ser decisivo, señor —comentó Escaño con especial respeto, como oficial entregado a su jefe de quien espera un imposible deseo—. Debería contestarle al almirante en tal sentido. Comunique al bergantín que, en su opinión, es un error dejar pasar la noche en esta situación. Las fragatas pueden tomar a los navíos dañados y arrumbar hacia sus islas, con lo que el Firme y el San Rafael serían irre recuperables. Es ahora cuando debemos atacar al inglés.

Gravina parecía dudar, mientras los miembros de la plana mayor lo miraban con

ansiedad. Pero en aquel momento comprendí que no tomaría el camino recomendado por su mayor general. Cada persona mantiene un nivel de valores que no cree posible eliminar ni rozar siquiera. Lo que le pedíamos a don Federico Gravina era superior a sus fuerzas y contrario a esos principios, equivocados en opinión de muchos, que cuadraban su actuación diaria como norma inamovible. Tardó bastantes segundos en contestar, con tono firme, como si hubiese tomado una solución definitiva.

—Señores, demos al almirante Villeneuve una oportunidad, que todos la merecen. Esperaremos a la próxima mañana, tal y como ordena.

Sentí cómo las tripas se me encogían en revuelto. Pero además de lo que aquellas palabras podían significar, me molestaba muy adentro y de forma especial, que el general Gravina considerara la sugerencia del almirante Villeneuve como una orden, cuando él era comandante en jefe de los buques españoles. Y para reconcomer en mayor grado mi alma, estaba convencido de que si se hubiera lanzado a la acción, como le había recomendado Antonio de Escaño, el francés no habría tenido más remedio que seguir sus pasos, enfadado quizás, molesto posiblemente o con los grillos en la cabeza. Pero no era de éstos don Federico y me temí que tampoco contraatacaríamos al día siguiente, aunque lo estimáramos necesario y de vital importancia. Los momentos posteriores al combate seguían idénticos pasos a lo acaecido en las aguas cercanas al cabo de San Vicente siete años atrás, con lo que podíamos dar por perdidos los navíos San Rafael y Firme de forma definitiva.

No conseguí dormir más que un par de horas durante aquella larga noche, segunda de vela en armas con coraza rendida. El viento del noroeste comenzó a tontonear en cuadrantes, rolando hacia el norte, para quedar entablado casi del nordeste. Incapaz de mantenerme por más tiempo en el camastro, debían ser las cuatro de la mañana cuando aparecí en el alcázar. Me extrañó no ver a Escaño, pero el oficial de guardia me informó que se encontraba en la toldilla. Subí la escala renqueando, para observar a mi compañero con la mirada perdida en el infinito. La luna en cuarto menguante, oscurecida a ráfagas, mostraba una mar rifada en agujas que golpeaba con suavidad el casco del navío. Me acerqué a su lado y largué las palabras que no podía contener en mi pecho.

—Hemos perdido dos navíos y, la verdad, no se encuentra nuestra Armada para tales dispendios. A este paso, formaremos una marina de viejos cascarones y buques menores, como arrancamos el siglo pasado. Un gran esfuerzo de cien años tirado por la borda. Pero es peor sufrir el sentimiento de que hemos perdido una ocasión fantástica de batir al inglés, una dulce fruta que se nos ofrece en escasas ocasiones.

—Así es —Escaño se mantenía con la mirada perdida en la mar—. No atacaremos al inglés cuando se abran las luces, puedes estar seguro. Como dices, la ocasión se presentó en la vereda cercana y la dejamos pasar de largo. Con el viento entablado del norte-nordeste, el almirante britano, que debe ser Robert Calder en vista de su actitud, navegará al límite de la bolina hacia levante. Es posible que haya enviado al tres puentes dañado y a los dos navíos españoles a puerto britano,

remolcados por fragatas, mientras él arrumba al Canal.

—A veces, es difícil comprender a nuestro general. Solamente a ti lo diría, pero en estas ocasiones pierde casi todo lo que gana a diario con su elevado espíritu, colaboración y valentía.

—Sobran las palabras, Francisco —por fin se giró hacia mí—. Los dos sabemos perfectamente por donde flaquea el ruano, sin remedio posible. Aunque aprecio mucho y como se merece a don Federico, y me refiero a la persona, en estos momentos echo de menos a don José de Mazarredo. Parece increíble que un hombre como él no haya mandado escuadra en combate, siendo relegado una y otra vez por ser sincero y leal con el mando, que ése es su único y gran pecado. Y por todas las rabizas de Constantinopla que ahora es el momento en el que lo necesitamos de verdad. Don Federico es una buena persona, que se muere por sus hombres y los apoya hasta la regala, no rehúye el combate y se mantiene donde las rasas silban, pero le falta actuar de acuerdo a sus impulsos, aunque no concuerden con las instrucciones recibidas de quien se encuentra a miles de kilómetros con el trasero bien seco. Como norma general, cuando formamos escuadra estamos acostumbrados a una guerra con tintes defensivos, al igual que los franceses de cuyas tácticas bebimos demasiado, sin mostrar esa iniciativa que es tan necesaria para dominar las aguas. No es posible que un navío haga un movimiento sin haber recibido previamente la señal del general. Y, por supuesto, nadie es capaz de tomar acción propia con riesgo, como vimos hacer a Nelson en el combate de San Vicente, desobedeciendo nada menos que al almirante Jervis. Y así continuaremos, hasta liquidar esta Armada que tanto costó levantar, o los restos que de ella nos quedan.

—Tú deberías ser el comandante general de la escuadra del Océano, y lo serás tarde o temprano, si alguna cabeza lúcida queda en España. No protestes, por favor —elevé mi mano derecha para acallar sus palabras—. Todo lo que has achacado a don José de Mazarredo, se puede multiplicar por diez en tu caso. Por esa razón te mantuvo siempre a su lado y en su compañía redactasteis ordenanzas, cuadernos de táctica naval, códigos y señales. Todos sabemos que eres el mejor táctico y maniobrero conque cuenta la Armada. Por desgracia y hablando en sinceros, no eres hombre de palacio ni corredor de pasillos por la Secretaría de Marina. Es increíble que no seas teniente general a tus 52 años y todavía no hayas mandado escuadra.

—Te agradezco esas palabras, Francisco, porque te conozco bien y sé que lo sientes de verdad. Pero lo único que me preocupa en estos días es la Real Armada y me produce un gran dolor comprobar que se desvanece entre nuestras manos. Muchas veces recuerdo las palabras de don José de Mazarredo cuando, con valor encastrado en las venas, escribía al príncipe de la Paz desde su destierro ferrolano y le decía: Es verdad evidente e innegable que hoy la Armada es sólo una sombra de fuerza muy inferior a la que aparenta, y que se acabará de desvanecer en la primera campaña. Vengan a mí los que por lisonja opinen en contrario; hagan descripción de lo que es un bajel de guerra, de lo que es una escuadra, de lo que es una marina militar, y yo

formaré la mía. Después tuvo lugar el combate de San Vicente, el desastre de Algeciras y ahora éste en aguas cercanas a Finisterre. Era necesario dar un bandazo de fuerza al buque, y no se hizo cuando todavía era posible.

—Ya había escuchado esas palabras y debemos reconocer que tenía toda la razón.

—Pero hay un peligro más en el horizonte capaz de arrebatarme el sueño en permanencia, aunque puede ser fruto del pesimismo que me ataca. De momento, a ese mequetrefe enaltecido de Bonaparte le interesan nuestros barcos, especialmente los navíos, que cuenta como si se tratara de batallones, nada más. Pero si nos jugamos el resto de la Armada a un envite contra el inglés, de la mano de nuestros aliados franceses, se acabará de desvanecer como el humo que brota de una chimenea. Y temo ese momento porque el emperador no nos necesitará y podrá hacer con España lo que quiera.

Se hizo el silencio mientras pensaba en las palabras de Escaño, con las que concordaba al ciento. Sin embargo, no comprendía bien lo que había querido decir con su última frase. Aunque me dolía reconocerlo, por ese cariño filial y de agradecimiento que sentía por el general Gravina, era evidente que, una vez desterrado Mazarredo, debería ser él quien mandara aquella escuadra. Aunque la iluminación era escasa y a ráfagas, me dolía observar el rostro de mi compañero, como si asistiese a un duelo nacional. Decidí aligerar las cargas, o intentarlo al menos.

—Confiemos en que el emperador venza en Europa y acabe por desembarcar en Inglaterra.

—Aunque te parezca una barbaridad, no estoy seguro de desear ese éxito. No es bueno que mande en Europa un personaje sin principios. Si en estos días nuestro Rey se rinde a sus pies, puedes imaginar lo que sucedería llegado el caso que expones. Pero es mejor pensar en cielos de vivos colores y preparar los cuerpos para las horas siguientes. Para elevar el espíritu debemos mentirnos de vez en cuando. Por lo tanto, esperemos que sea posible forzar el combate al alba y recuperar nuestros navíos.

Aunque Antonio sonreía, me costó un gran esfuerzo seguir su ejemplo. Seguía pensando en sus palabras y comenzaba a comprender el significado, lo que me hundió todavía más en la desesperanza. Pero como decía, era hora de mentir y pensar que sería posible reanudar el combate pocas horas después. Me mantuve en silencio a su lado, con la mirada perdida en la mar. Tan sólo en aquel cuadro podía encontrar un pequeño consuelo.

Llegó por fin la amanecida del día 24, una jornada en la que, a pesar de los pensamientos expuestos, Escaño y yo, así como otros muchos oficiales españoles, esperábamos la reanudación del combate. Con las primeras luces, mantenido el viento del norte-nordeste y frescachón de fuerza, avistamos a la escuadra británica por la aleta de barlovento. Y debimos esperar a las ocho de la mañana para que el almirante Villeneuve ordenara tomar la vuelta del este para continuar una teórica caza del enemigo que, de esta forma, quedaba por nuestra proa. El Argonauta se mantenía

como cola de la línea de batalla y sin desplegar trapo a las nubes, porque seguía siendo necesario acortar vela para no avanzar a los buques de proa. Como comentaba Porlier con agujas en la barriga, aquello parecía una caza más propia de estanque cortesano.

La realidad definitiva, sin embargo, nos alcanzó cuando, a las nueve y media, el almirante francés ordenaba a la escuadra caer al rumbo sudeste cuarta al leste^[58], lo que demostraba a las claras su intención de abandonar la caza del inglés. No quedaba duda de que los britanos rehuían un nuevo encuentro, una táctica que sería censurada por su gobierno^[59], pero tampoco Villeneuve mostraba deseos de combatir la escuadra de Calder en repetición de faena. Por medio del batidor, Gravina recibió la noticia con palabras del almirante francés, en las que le anunciaba que se abandonaba la caza, por temor a que los ingleses recibieran refuerzos en cualquier momento.

Es fácil comprender la indignación de las dotaciones españolas, ante la conducta mostrada por los franceses en el combate y días posteriores. Los tumores en las cámaras de oficiales se alzaban en crestas sin medida, debiendo los comandantes aplacar los ánimos exaltados de más de un oficial. Bien es cierto que se traspasó la raya con largura, porque se llegaron a formular comentarios injustos, suponiendo que los franceses, con la única excepción del capitán de navío Cosmao, comandante del Pluton, no habían querido combatir y, a propósito, habían abandonado a los buques españoles. Pero como me encuentro en momentos de completa sinceridad, debo declarar aunque me duela, que si mucho critiqué la postura de Villeneuve, tampoco encontré en el teniente general Gravina la decisión necesaria para empeñarse de nuevo contra el inglés o, al menos, mostrar por las claras sus intenciones al almirante francés, en lugar de agachar la cabeza de forma sumisa ante todas sus decisiones. Sin embargo y por suerte propia, don Federico no fue censurado por nadie en nuestra Corte, lo que no sucedió respecto a Villeneuve^[60].

En la mencionada conversación que mantuve días después en Vigo con el general Reille, un personaje agradable y combativo con quien acabé entablando una buena amistad, me comentó de forma reservada que había escrito al príncipe Murat, comunicándole textualmente que era triste ver a los españoles, que tenían el ardimiento que siempre les inspiró el bravo general Gravina, descorazonados por la pérdida que han sufrido; nos causa más pena todavía oírles hablar de sus dos navíos que vergonzosamente hemos dejado apresar por catorce navíos ingleses, de los cuales dos estaban desmantelados y no podían maniobrar, mientras que nosotros estábamos a barlovento y teníamos 18 navíos, de ellos 14 franceses sin que les faltara una sola verga.

Agradecí el comentario al general mientras, por supuesto, callaba sobre la excesiva sumisión que achacaba a nuestro general. Porque en nuestras conversaciones privadas, tanto Escaño como yo insistíamos de forma repetida en que no es obligación del subordinado decir siempre sí al superior, sino mostrarle de forma sincera y leal el camino que entiende se ha de seguir. Y para colmo de despropósitos,

me sentí muy mal al leer los partes elevados al Secretario de Marina y al príncipe de la Paz por don Federico como consecuencia del combate y días posteriores, donde no se hacía la más leve alusión a la posibilidad de haber trabado un segundo encuentro y la pasividad achacada al almirante Villeneuve.

El resultado de combate llegó también al pueblo, siendo aprovechado para atacar de nuevo a la Armada y sus miembros, una norma repetida en el tiempo. Parecía recrearse en mi cerebro la escena de los días posteriores al combate de San Vicente, en los que fuimos vituperados con increíble saña por las calles de Cádiz, aunque en aquella ocasión la sabiduría popular entrara más en razones ciertas. No era el caso del combate de Finisterre, donde ninguna unidad española dio la blanda en ningún momento, más bien al contrario. Sin embargo, las lenguas de la calle y las plumas afiladas de nuestro pueblo ejercen especial actividad creadora en tales momentos. Como muestra puedo exponer unas coplillas que circularon por los puertos, una más en contra de nuestra Institución o alguno de sus miembros:

*Maldigo la bella unión
de españoles y franceses,
a Villeneuve mil veces
y cien mil a Lauriston.
Maldigo a Napoleón
por lo mucho que combina.
También maldigo a Gravina
porque no remedia el daño.
Y por fin maldigo a Escaño,
y a la una y otra Marina.*

Una coplilla más en nuestra contra, aunque en este particular caso se deseara internacionalizarla. Pero al igual que en otras ocasiones di la razón al pueblo, en esta particular era injusta con Lauriston, con Gravina y, de forma muy especial, con don Antonio de Escaño. Pero ya se sabe que con mar gruesa, las gotas salpican a todas las velas.

Volviendo a nuestro relato, con el rumbo ordenado por el almirante Villeneuve perdimos de vista a la escuadra británica en la tarde del día 24. Y no era felicidad lo que se respiraba a bordo, ni mucho menos, aunque nadie deseaba sacar el tema trillado ante un general Gravina que mostraba en las muecas del rostro su abatimiento. La voz del comandante del Argonauta rasgó el silencio, cuando ya comenzaban a caer las luces, dirigiéndose a don Federico.

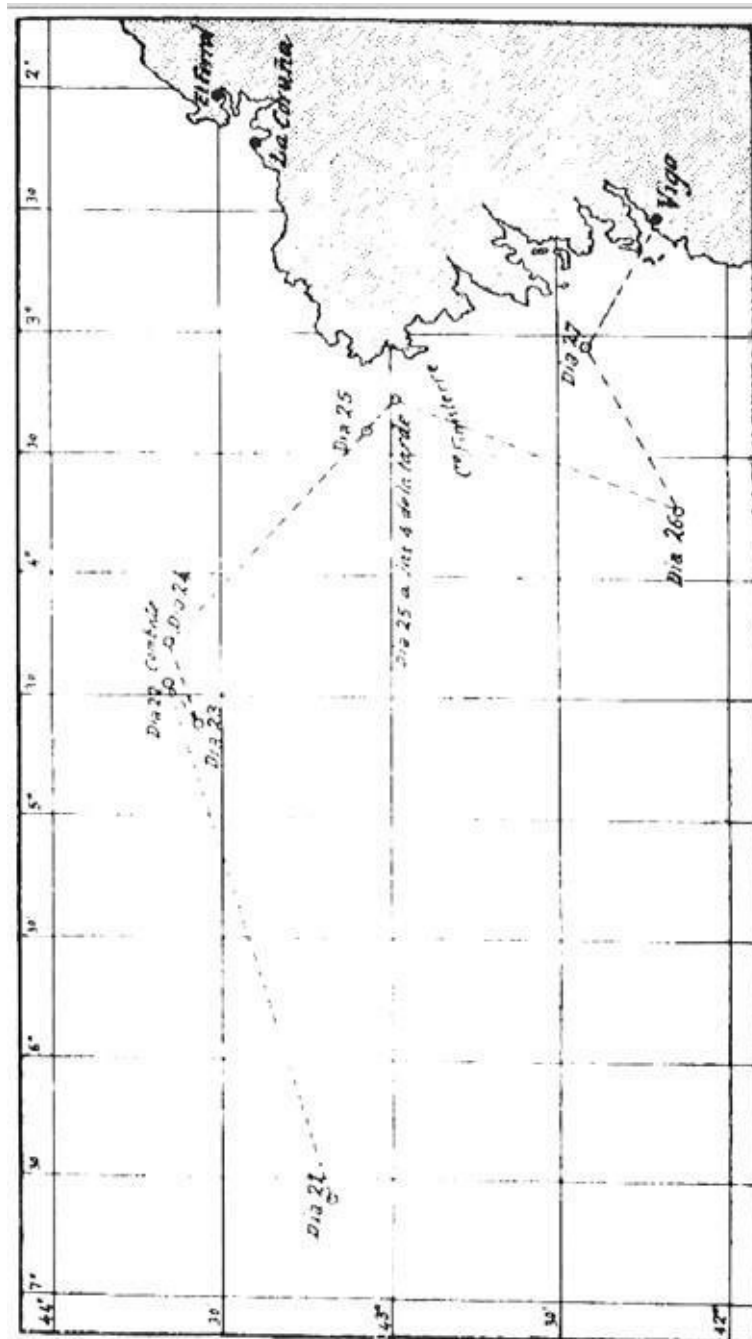
—Parece que con este viento cascarrón y malas trazas a futuros, señor, deberemos tomar algún rizo a las gavias en prevención.

—Ya lo han hecho algunos franceses y el Terrible —costaba escuchar sus palabras—. No intente mantenerse en formación, que ya no viene al cuento y

maniobre como estime oportuno, Rafael, sin perder de vista a la escuadra.

—Muy bien, señor.

Aquella noche tomamos el segundo rizo a las gavias, por endurecerse el viento del nordeste. De todas formas, los buques navegaban sin problemas hacia el sudeste, cubriendo millas al galgo. Sin embargo, la mar parecía decidida a ofrecernos la mala cara cuando menos lo merecíamos. La amanecida del día 25 fue sucia y con horizontes tomados, al tiempo que parecíamos entrar en temporal de orden, con mar ampollada en breve. El comandante cargó los juanetes, tomando el último rizo a las gavias y preparando hombres y cuerpos para entrar en capa forzosa. Algunos navíos parecían andar con problemas, como el Neptune, que señalaba brincas en su palo mayor con peligro de rendir. Y como era de esperar, pasamos a la capa de amparo sin órdenes superiores, que no se necesitan consejos en tales ocasiones.



Derrota de la escuadra combinada del 21 al 27 de julio

Fue en esos momentos cuando Villeneuve preguntó a Gravina si, en vista de la situación, con miedo a desarbolar palos y posible dispersión de la escuadra, algunos navíos poco veleros y tendentes a sotaventear en exceso, no creía conveniente aproar hacia el sur con objeto de arribar a Cádiz para mayor seguridad. Contestó afirmativamente don Federico, por lo que la escuadra, con orden de formar en tres columnas pero, en la práctica, navegando en grupos separados, aproó franca al sudoeste cuarta al sur.

Pero como bien sabemos los que nos hemos movido por las aguas, la mar es caprichosa como cotorrón de alcoba engalanada en flores. Aunque se rompiera al troncho la norma y saltaran por los aires los augurios de los viejos nostramos, cuando bajaba la tarde cayó el viento en faldas, así como la mar que mostraba marea larga de

dulce. Descansamos cuerpos y maderas, pero la sorpresa de la gran señora se mantuvo, porque entrados en la noche rolaba el viento hasta quedar en un sur fresquito más propio de falúa de Aranjuez. Escaño fue el primero en comentar al general Gravina la posible decisión.

—Con este viento, señor, estimo absurdo mantener la proa hacia Cádiz. Estamos muy al norte y nos sería más fácil intentar la entrada en la ría de Ferrol, que era nuestro destino para unir escuadras.

—Estoy de acuerdo, Antonio. Avise con cañonazo al Furet para que se acerque.

No hizo falta que la recomendación de Escaño alcanzara a la capitana francesa, pues ya el bergantín nos traía la decisión de Villeneuve para aproar al nordeste y mantener la inicial idea de entrar en Ferrol, a lo que Gravina concordó sin dudarlo. De esta forma, entramos en la mañana del 26, cuando con el navío Bucentaure por nuestro costado de babor, llamó Villeneuve a consulta al general Gravina. Alistamos la falúa sin pérdida de tiempo, trasladándose nuestro general. Como mis tripas todavía cantaban a destiempo, le entré a Escaño sin dudarlo, mientras esperábamos el regreso de don Federico.

—¿Crees que le comentará nuestro general al almirante Villeneuve su indignación por no haber empeñado nuevo combate?

—No estoy de humor para guasas, Francisco. La consulta debe ser por problemas en la escuadra francesa. Si hace días se comentaba la falta de aguada en sus barcos, es posible que desee tomar puerto cuanto antes.

—En ese caso, es difícil comprender el intento de arribar hacia Cádiz.

—Desde luego y así se lo dije al general. Pero, bueno, veremos qué genial idea se le ocurre ahora al francés.

La reunión de Gravina con Villeneuve fue rápida porque, pocos minutos después, regresaba nuestro general a bordo del Argonauta. Y nada más alcanzar nuestra posición en el alcázar, largó las noticias de interés.

—Señores, navegaremos en demanda de la ría de Vigo, en cuyo puerto fondearemos.

—¿En Vigo, señor? —preguntó Escaño con el tono habitual que empleaba cuando no gustaba de una decisión superior.

—Opina el almirante Villeneuve que el estado de alguno de sus buques es preocupante. Pero como principal factor a tener en cuenta presenta la falta de aguada y necesidad de atender cuanto antes al elevado número de enfermos que mantienen a bordo, tanto de fiebres tropicales como los producidos en el combate. Hay que tener en cuenta, además, este viento que nos acaricia en esa dirección. Intentaremos mantener la formación en tres columnas, con proa al nordeste cuarta al norte.

—La ría de Vigo, señor —apuntó Escaño—, se encuentra defendida con arcabuces de la reconquista y presenta mala situación para recibir un posible ataque. Recordemos el combate de Rande. Además, es un puerto con escasas posibilidades de alimentos y recursos.

—Eso le he comentado al almirante. Pero insiste para desembarcar a los heridos y hacer una aguada que considera urgente, así como algunos víveres frescos. Estima además que el viento se encuentra rolando al norte y nos puede impedir la progresión hacia Ferrol.

—Eso sí es posible —dijo Ayalde, elevando la mirada hacia el cielo.

—Villeneuve enviará mensaje al almirante Gourdon para avisar de nuestra entrada en Vigo y posterior arribo a Ferrol. También solicitará informes de la posible escuadra britana que bloquea dicho puerto.

—Bueno, la verdad es que Vigo lo tenemos muy a mano —comentó Escaño—. Convendría dejar alguna unidad en la boca de las islas Cíes para informar, aunque si la estancia es corta, no llegará a oídos britanos esta arribada.

De esta forma, hicimos por la ría de Vigo sin perder un minuto. Y aunque progresamos poco, con el viento rolando hacia los cuadrantes altos, en la tarde del día 27 entramos en ella con la escuadra formada en línea de convoy^[61]. Por fin, sobre las ocho de la tarde dejábamos caer las anclas en el puerto gallego, mientras dirigía la mirada hacia el estrecho de Rande, rememorando aquel combate con el que diera comienzo el siglo XVIII y donde, según algunos aseguraban, se habían marchado al fondo de la mar preciados tesoros.

De esta forma cerrábamos lo que se acabó por llamar como combate del cabo Finisterre. Pero no disponíamos de tiempo para macerar carnes, sino preparar las cubiertas para un próximo encuentro con los britanos que, en mi opinión, debería producirse en cualquier momento.

17. Vigo y Ferrol

Después de tantos años de servicio en la Real Armada y habiendo barajado la península Ibérica en toda su extensión más de una vez, era la primera vez que tomaba la ría de Vigo. Y aunque no se encontraba el ánimo para batir tambores de gloria ni caer en pensamientos azules, quedé maravillado de su hermosura, esa fantástica lengua de mar que se abre surco a codazos entre prados y cumbres verdes, con el colosal portón de las islas Cíes en guardia permanente. No sé por qué, llegó en aquellos momentos a mis recuerdos la tremenda extensión del departamento marítimo de San Blas en nuestra costa pacífica americana, con cientos de leguas sin variación alguna en su paisaje. Y el contraste era sin duda esta península Ibérica que cierra el continente europeo en punta de lanza, pequeña y excepcional, donde los dioses concedían la gama más extensa que se puede concebir conforme se recorre su contorno, trillado por todas las civilizaciones a lo largo de la Historia.

También Setum recorría a mi lado la costa con visible admiración. Por fin escuché su voz, tras haberse mantenido en extraño silencio durante los últimos días.

—Cuando se observa tanta hermosura creada por Alá, parece increíble que los hombres mueran a diario en la mar y en tierra, sin saber exactamente el ideal que los mueve.

—Nunca te había encontrado tan pensativo, querido amigo. Es posible que tengas razón en tus palabras, pero así se mueve nuestra vida.

—La verdad, señor, poco confío en esta guerra emprendida con demasiadas nieblas. Todavía no sé con certeza por qué o para quién combatimos, si es que lo conoce algún miembro de las dotaciones españolas. Y la escasa confianza disminuirá bastantes enteros si continúa al mando este almirante francés, incapaz de conseguir la victoria cuando se le ofrece tan a la mano.

—Así es. Pero poco podemos hacer para remediarlo. Ya sabes que llevo bastantes días con la moral tendida en la cubierta baja y sentimientos encontrados de lealtad, pero no es el momento de dar la blanda, estoy seguro. Atravesamos un momento penoso para la Real Armada y para España, pero debemos dar un paso adelante aunque signifique el ocaso definitivo de nuestras armas y nuestras vidas.

Setum me miró a los ojos, como si quisiera leer mis pensamientos. Hombre práctico, decidió cambiar la derrota emprendida.

—¿Por qué este río de márgenes tan extensas, mantiene en la boca el agua salada y sin salida de torrenteras hacia la mar?

—Porque no es un río sino una ría, una caprichosa entrada del mar hacia tierra como el torno en las minas. Es una cualidad habitual en esta parte de la costa española, con rías altas y bajas, siendo la de Vigo una de estas últimas. Allí precisamente —le señalaba con el dedo—, tuvo lugar el famoso combate de Rande.

—¿Un combate? ¿Contra los ingleses?

—En efecto y hermanados con los franceses, como fue desgraciada norma a lo largo del siglo pasado.

—No comprendo por qué nos aliamos de forma continua con los franceses durante tantos años, si ha quedado demostrado en numerosas ocasiones que defienden solamente sus intereses. Ya sabe que no entiendo mucho de política, pero hasta un ciego podría comprender que habría sido más positivo coligarnos con los ingleses.

—No es fácil ese arte del politiquero y tampoco me alcanza por largo a las entendederas. Pero tus palabras parecen difíciles de ser rebatidas. Sin embargo, a partir de la decadencia española, el miedo al ejército francés fue grande, demasiado quizás.

—Me hablaba del combate de Rande. ¿Tuvo lugar en aquel estrechamiento de la ría?

—En efecto. Fue el primer enfrentamiento naval de cierta importancia que tuvo lugar en la llamada como Guerra de Sucesión, cuando luchaban por el trono español dos pretendientes, uno francés y otro austríaco. Las flotas y galeones de la plata, detenidos en Cádiz más de un año desde la muerte del último rey de la dinastía de los Austria, don Carlos II, zarparon con escuadra francesa de escolta hacia Nueva España. La flota cargó en Veracruz las mercancías destinadas a la Corona desde el reinado anterior, y emprendió el regreso en junio de 1702. Se encontraba compuesta por 19 galeones, pero sólo podía considerarse como verdadera nave de guerra la capitana. La escolta francesa era de 23 navíos. Decidieron evitar los cabos de San Vicente y Finisterre, entrando en la ría de Vigo, donde se fondearon allí mismo, en esa caprichosa angostura de Rande, para su defensa, dudando de entregar los caudales a los organismos oficiales sin el necesario permiso de la omnipotente Casa de Contratación. Por fin, se recibió orden de desembarcar la plata. Entretanto, el almirante Rooke, aquel que conquistó la plaza de Gibraltar para la reina británica, dividió su flota, enviando parte de ella a las Indias mientras el resto, bajo su mando directo, arrumbaba hacia el Norte. Tras recibir los informes relativos a la llegada de la flota de Indias con riquísimo cargamento, se dirigió sin dudarle hacia esta ría. Ya sabes lo que el botín representa para todo inglés, en cualquier momento y ocasión.

—Creo adivinar que perdimos la batalla y los tesoros —Setum daba por hecho el resultado.

—Con la batalla de Rande se destruyó el resto de la Marina española, unos pocos galeones y galeras, lo que nos hizo crear la Real Armada desde cero, mientras también sucumbían los franceses en estas aguas de forma absoluta y no muy digna. Cuando ya Rooke había finalizado la parte principal de la batalla y saqueado lo posible, el almirante Showell llegó en su apoyo para esquilmar lo que quedaba, especialmente mercaderías de comerciantes particulares. Sin embargo, Rande quedó para la Historia con el misterio de su tesoro sumergido, porque nunca se pudo saber con exactitud las mercaderías de oro y plata que en realidad se embarcaron en Veracruz, algunas para armadores ingleses y holandeses. Podemos asegurar, sin

embargo, que la plata llegó a las arcas de la Corona en su mayor parte, transportadas en carretas de bueyes, aunque quedaran en el fondo de esta mar algunos tesoros. En la acción, los franceses perdieron 7 navíos, quemados o hundidos, siendo apresados 10 de ellos. De los galeones españoles, 11 fueron apresados, siendo pasto de las llamas el resto.

—Ya no me gusta tanto esta ría. Espero que no seamos atacados por los britanos antes de unir nuestras fuerzas a las de Ferrol.

—No sucederá. El almirante Calder navegaba hacia el Canal y parece que dispondremos de tiempo suficiente.

Aquella misma tarde recibió el general Gravina en el Argonauta al regidor de la villa de Vigo, preocupado por la presencia de la escuadra y, de forma especial, por el elevado número de enfermos a bordo de los buques de la escuadra combinada. Porque sólo era necesario dar un ligero vistazo a sus cubiertas para comprender la triste realidad. Era lógico comprender la prevención de los pueblos de la costa a las epidemias, especialmente contra la fiebre amarilla que solían arrastrar muchos buques procedentes de las Indias. Tomamos nota de sus peticiones, así como posibilidades de abastecer a la escuadra, para aportarlas en el Consejo de generales que el almirante Villeneuve había convocado para la mañana siguiente, a bordo del buque insignia.

El día 28 amaneció radiante, con sol limpio y una brisa suave del noroeste. Escaño y yo nos aprestamos con los uniformes grandes a la junta decidida, aunque momentos antes de tomar la falúa, Gravina nos entraba en recomendaciones que ya esperábamos.

—Francisco, Antonio, he de rogaros que mantengáis la mayor prudencia en este Consejo. Os habla en estos momentos más el amigo que el comandante general de la escuadra. El príncipe de la Paz no desea de ningún modo que esta alianza sufra por la sentina y ya comprendéis lo que quiero decir. Hemos de tragar madera podrida, pero así lo requiere España en estos momentos que no lucen por oros viejos. Y si suena alguna sirena a destiempo, no entrar al trapo. Dejadme lidiar esta situación, que tampoco es de luces para mí.

Tranquilizamos al general con sentidas palabras, sin marcar las muescas que nos pedían las venas por aquellos momentos. De esta forma, alcanzamos el navío Bucentaure, para pasar con rapidez a la cámara del almirante. Y no perdió Villeneuve el tiempo en comentarios cortesanos, sino que entró en materia con rapidez, mientras sus almirantes, Dumanoir y Magon, así como los generales Lauriston y Reille se mantenían en silencio.

—En primer lugar, señores, quiero expresar con la más sentida y honesta sinceridad, mi tristeza por la pérdida de los dos navíos españoles en el encuentro naval del pasado día 22. Al mismo tiempo deseo felicitarle, general Gravina, por el comportamiento demostrado por sus hombres en todo momento.

Debí apretar los puños mientras prefería dirigir la mirada hacia el suelo. Temía observar algún gesto en el rostro orgulloso de Dumanoir, que podía hacer fracasar el

plan de medida establecido. Pero ya contestaba don Federico Gravina con su habitual cortesía.

—Le agradezco sus palabras como se merecen, almirante. Ayer recibí al regidor de Vigo a bordo de mi buque insignia, con quien mantuve una alargada conversación. Hará el máximo esfuerzo en proporcionarnos aguada, aunque son muy limitadas sus posibilidades de embarcar víveres. Como los barcos franceses son los que se encuentran en peor estado en ambos aspectos, les daremos prioridad. Pero creo que el factor fundamental y que más preocupa en tierra es el de los enfermos.

—Así es. Es muy elevado el número a bordo de los buques franceses.

—A petición del regidor, prometí que los enfermos serían instalados sin comunicación alguna con los habitantes del pueblo, a cuyo efecto se formará un pequeño campamento que cele y vigile para que nadie contravenga estas disposiciones. Creo entender que las calenturas de las que adolecen los hombres, no presentan síntomas de las conocidas con la denominación de fiebre amarilla. De todas formas, es prudente tomar todas las precauciones para mantener la tranquilidad en los habitantes del país. Supongo, almirante, que una vez solucionados estos aspectos, y de acuerdo con nuestra conversación mantenida hace un par de días, saldremos inmediatamente a la mar e intentaremos incorporar a esta escuadra combinada las fuerzas navales francesas y españolas establecidas en Ferrol.

—Estoy de acuerdo con sus palabras y ésta es mi intención. He podido comprobar lo que ya me adelantó hace días, las escasas o nulas defensas de este puerto, así como los escasos recursos que pueden poner a nuestra disposición. En cuanto embarquemos la aguada indispensable y evacuemos los enfermos que más lo necesitan, de acuerdo con sus instrucciones que comprendo, daremos la vela hacia Ferrol. Debo añadirle que, en mi opinión, las dolencias que afligen a los enfermos franceses nada tienen de epidémicas, sino los casos normales de escorbuto, disentería y algunas fiebres de corte normal. De ahí la necesidad de tomar alimentos frescos que alivien los males. Pero le repito que apruebo su plan de formar un campamento sanitario a suficiente distancia de la población, y mantener la debida cuarentena para su tranquilidad.

—Una vez en la mar, almirante —era el general Lauriston quien tomaba la palabra, con un tono que expresaba una fina ironía—, ¿mantiene su intención de arrumbar hacia Cádiz, si los vientos se mantienen de componente norte?

—Como le decía al general Gravina, la primera intención es arrumbar al norte y agregar las fuerzas de Ferrol, aunque sea necesario romper su bloqueo. Pero si los vientos se empecinan entre el cuarto y primer cuadrante, será necesario pensar en esa solución que apunta —Villeneuve ofrecía una seguridad muy alejada de su propia realidad—. Nuestros barcos disponen de víveres para un mes escaso y puede ser necesario un puerto con grandes posibilidades de abastecimiento. Pero eso dependerá del dios Eolo y sus soplidos.

—Si se diera ese caso, deberíamos avisar a los buques de Ferrol para que abran derrota hacia el sur —apuntó don Federico.

—Desde luego. Por cierto, general Gravina, me gustaría comentarle una decisión que he manejado en los últimos días. Espero que la estime oportuna. Algunos barcos como los españoles América y España, así como el francés Atlas, son una rémora para la escuadra. Con escasas propiedades marineras, sotaventean en exceso y hacen necesario arribar al resto de los buques con pérdidas de generoso barlovento en las bordadas. Además, han sufrido mucho daño en el combate del pasado día 22. Estimo oportuno que queden en este puerto y puedan reparar sus averías. Es posible que en la derrota hacia el norte sea necesario ceñir al palmo. Además, el navío Atlas puede convertirse en un hospital provisional, con capacidad para 800 ó 900 hombres, mientras se instala el campamento que me nombraba.

Pareció dudar Gravina algunos segundos. La verdad es que era cierto lo que el francés aseguraba. El España en particular debía llevar a cabo graves reparaciones, pero tanto ése como el América, pertenecientes a la serie de construcción llevada a cabo bajo la genial mano de don Jorge Juan y Santacilia, sufrían de escasa capacidad para navegar de bolina en comparación con los contruidos bastantes años después. Pero también alguno francés renqueaba por más. En esta ocasión y aunque se nos invitaba a elevar opiniones, tanto Escaño como yo nos mantuvimos en silencio, como si se hablara de coros celestiales en concierto. Por fin, habló nuestro general.

—Me parece correcta su decisión. En Ferrol nos esperan mejores unidades.

—Otro aspecto importante es el de la Minerva, represada por las fragatas francesas cerca de las Azores. He decidido tomar como adelanto la cantidad suficiente en moneda para satisfacer un mes de paga a mis hombres. El resto, unos 408 000 pesos fuertes, así como la fragata, será entregada al comisario de relaciones comerciales de Vigo, hasta que falle el tribunal de presas. Por último, entiendo que, aunque salgamos hacia Ferrol con sólo 15 navíos, nada hemos de temer si el único obstáculo que debemos afrontar es la escuadra a la que hemos combatido, cuya situación es inferior a la nuestra.

Una vez más debí ceñir la vela al cuerpo y pensar en momentos dulces. Entendí que Escaño sufría los mismos dolores, al escuchar aquella estúpida disertación. Mi sangre clamaba por preguntarle a Villeneuve a las claras. Porque si, como aseguraba, era la escuadra britana tan inferior, cómo había permitido que nos arrebatara dos navíos. Pero ya contestaba Gravina, cuyo rostro no denotaba emoción alguna.

—Supongo que la salida del bergantín francés, será para avisar al almirante Gourdon de nuestras intenciones. También yo he mandado correo en ese sentido al teniente general Pérez de Grandallana.

—Así es. Con los buques franceses y españoles surtos en Ferrol, aumentará la escuadra de forma notable.

Una vez de regreso en el Argonauta, nada declaramos a Gravina. La verdad es que eran muchos los pensamientos negros que recorrían mi cabeza, pero decidí no cargar más la espalda de don Federico porque, después de todo, de nada servía. Debíamos olvidar lo sucedido en el pasado combate, o no seríamos capaces de

afrontar con una mínima confianza el próximo futuro. Sin embargo, en esta ocasión fue don Federico quien entró por derecho, una vez a resguardo de su cámara.

—Mucho os agradezco vuestra actitud. Ya sé que, al escuchar algunas palabras determinadas, debisteis tragar sapos y culebras, pero habéis demostrado verdadero espíritu de sacrificio. En cuanto a la próxima derrota hacia Ferrol, debemos estar preparados en todo momento, a pesar de la confianza que expresa el almirante Villeneuve, en la que no creo. Tomaremos los mejores hombres del España y el América que no se encuentren enfermos, para reforzar las dotaciones del Terrible y esta capitana.

—Mañana continuaremos con los ejercicios de mar y guerra, señor —intenté animar los vuelos—. Y entiendo que deberíamos hacer la navegación hasta Ferrol, que debe ocupar pocos días si este viento se mantiene, con el personal preparado para combatir y ordenando ocupar los puestos de zafarrancho un par de veces en cada guardia.

—De acuerdo. La escuadra que enfrentamos el día 22 no parecía navegar en esta dirección, pero puede haberse unido a otra o que el almirantazgo haya destacado algunas divisiones para mantener el bloqueo de Ferrol. La entrada en Vigo presenta la ventaja de que los ingleses deben creernos con proa hacia Cádiz. Pero, bueno, ya se abrirán las luces como lo quiera nuestro Dios, que debe ampararnos en la próxima ocasión.

Dejamos al general Gravina en soledad lo que, en mi opinión, deseaba. Además, de acuerdo con su particular obsesión, comenzaría a rematar los partes y escritos hacia nuestras autoridades, tanto españolas como francesas, dando cuenta de los sucesos habidos en los últimos días, combate de Finisterre incluido. Y como ya he comentado anteriormente, en poco me satisfizo leerlos, porque no metía los dedos bien dentro de la llaga sino que volaba por los riscos como águila de plumas tronchadas, sin entrar en picado cuando la situación lo merecía.

Dimos la vela en la mañana del día 31, una vez ejecutadas todas las disposiciones del almirante Villeneuve y las particulares de nuestro general. Abandonamos la hermosa ría viguesa mientras los cielos se mantenían en azul y el viento fresquito de componente oeste nos bendecía en ventura, para barajar la costa hacia el destino previsto. Por nuestra parte, insistimos en los ejercicios de guerra, con zafarranchos prolongados que poco gustaban al personal, pero necesarios ante un posible enfrentamiento con el inglés. A mediodía del primero de agosto se mantenía la escuadra unida y navegando a un largo, con el viento rolado al sudeste y mar en función de damas, marcándose el cabo Finisterre al nordeste y nueve millas. De esta forma entramos en una segunda noche, sin luces en los buques y preparados para batirnos en cualquier momento, al temer con fundamento que los britanos se encontrarán sobre la boca de Ferrol para impedir la unión de las escuadras.

En la amanecida del día 2 manejábamos a bordo del Argonauta los anteojos sin descanso, con los mejores vigiadores plantados en las cofas. Sin embargo y a pesar de

mis predicciones, no se avistó una sola vela en el horizonte, cuando ya embocábamos la ría ferrolana. De esta forma, perplejos pero decididos, nos adelantamos con el Terrible a la marcha de la escuadra, para marcarles la derrota. Suponíamos sin dudar que los buques franceses seguirían nuestras aguas, como Villeneuve había asegurado a Gravina, pero grande fue la sorpresa al comprobar que el insignia francés hacía señal a la escuadra de ceñir el viento mura a babor, lo que era misión imposible para los dos buques españoles, por encontrarnos ya en la parte más angosta de la entrada. Un batidor nos avisaba con rapidez que el almirante Villeneuve había recibido órdenes terminantes de su Gobierno para entrar en La Coruña, y que ya contactaría posteriormente con el general. El enfado de don Federico fue monumental y poco apropiado a su forma de ser, tanto en gestos como en palabras.

—Por todos los cielos, que no hay quien entienda a este hombre. Esta misma mañana me aseguró que seguiría mis aguas en la entrada a la ría, y de pronto decide cambiar al ciento el plan establecido. ¿Qué es eso de haber recibido instrucciones de su Gobierno? Pienso escribir a Decrés, ministro de Marina francés, en tal sentido. El plan era perfecto. Hace ya sesenta días que salimos de la Martinica y a pesar de los inconvenientes sufridos, parecía abrirse la situación al gusto. Ahora los ingleses dispondrán de tiempo suficiente para enviar una poderosa escuadra que bloquee Ferrol, así como avisos a la escuadra situada ante Brest, lo que impedirá llevar a cabo el plan de la campaña. El hecho de tomar el abrigo del puerto coruñés, dificultará en mucho nuestra salida simultánea. Debería haber tenido en cuenta que para abandonar su fondeadero, necesitará vientos claros de poniente. Por el contrario, para los que aquí nos encontramos han de soplar desde el levante, si deseamos salir de la ría.

—Es posible que haya recibido esas órdenes perentorias.

Escaño entraba para rebajar cumbres, aunque en la cámara del general nos encontrábamos solamente los tres generales, acompañados por Ayalde y Barreda que eran de su absoluta confianza. Fue entonces cuando, para sorpresa de todos, Gravina enjuició al almirante francés con todo detalle.

—El almirante Francés no tiene la fuerza de voluntad, prontitud de ánimo, ese arrojo que decide la victoria; en los momentos críticos no le falta valor, pero es irresoluto y lento en la decisión, pesando minuciosamente el pro y el contra de las cosas, como el mercader que pesa el oro; queriendo precaver todos los riesgos hasta los más remotos, no queriendo dejar nada a la suerte. En cuanto a su talento y conocimientos, aventaja a muchos de su tiempo pero sigue apegado a la teoría de la vieja escuela y aprecia poco los nuevos métodos de la marina inglesa. Porfiado en sus ideas, rechaza todo consejo que se aparte de la vieja rutina, dominado por un terror cerval de disgustar al Emperador Napoleón, tiene el pensamiento fijo en las instrucciones que ha recibido de conservar las escuadras y no dar ocasión de un triunfo a los ingleses; su timidez, mal comprendida por los marinos, le ha hecho perder la confianza de los españoles y de sus propios compatriotas.

La verdad es que mucho nos sorprendió aquel arranque del general Gravina y su

sinceridad. Sin embargo, no cuadraba con la confianza que parecía prestar a muchas de sus decisiones. Creo que le salió del alma y pronto se arrepintió, pasando a otros asuntos de menor interés.

Tal y como supimos más adelante, Villeneuve había recibido instrucciones directas del emperador en el sentido de que debía maniobrar para hacerse dueño del paso de Calais, tras haber unido su escuadra con las de Ferrol, Rochefort y Brest. Pero también le avisaba de que si había sufrido combate o cambiado alguna circunstancia de forma importante, no entrara en Ferrol sino en Coruña, donde se había dispuesto que pasaran a fondear las fuerzas de Gourdon y Grandallana, para una vez levantado el bloqueo de las escuadras de Rochefort y Brest, fondeara con preferencia en Cádiz si lo estimaba oportuno, donde una escuadra de gran importancia podía ofrecer un venturoso futuro. Pero como a un emperador le es difícil mantener la estructura de las escuadras al tiempo, los buques de Ferrol no siguieron la orden por considerar el abrigo coruñés escaso para tanta unidad.

La verdad es que, como comentábamos entre los españoles, no era fácil mantenerse al mando de la escuadra francesa. El almirante recibía órdenes y contraórdenes del emperador y de su ministro de Marina de forma continua, incluso con indicaciones precisas de cómo formar la línea de batalla y entrar en combate lo que, en opinión de cualquier hombre de mar, era una cuestión difícil de creer como cierta. Si a eso se le añade la inseguridad de Villeneuve, así como sus dudas permanentes y falta de resolución, podemos asegurar que la cena estaba servida sin alimentos y con vino mareado. Por esa razón, me levantó la sangre cuando comprobé que don Federico notificaba a Villeneuve, encontrarse preparado para dar la vela en cualquier momento y dispuesto a seguirlo donde quisiera. Era mi opinión, confirmada por Escaño, que, de esta forma, se comprometía al ciento en una empresa en la que no se avistaba ningún provecho para España en general y para la Real Armada en particular. Le hubiese sido fácil argumentar en contra con cualquier excusa, que se abren mil en una escuadra, así como ralentizar acciones, en vez de conjurarse de aquel modo con quien no lo merecía.

Fondeados en Ferrol contactamos con los buques de la escuadra de dicho departamento, que se mantenían bajo el mando del teniente general don Domingo Pérez de Grandallana, cesado en el cargo de Secretario de Marina para emplearse en tan importante cometido. Con rapidez vino a bordo para ponerse a las órdenes de don Federico Gravina, como comandante general de la escuadra del Océano a la que se integraba. Y fue magnífica la visión, al comprobar que se encontraban listos para salir a la mar el navío de tres puentes Príncipe de Asturias, donde izaba su insignia Grandallana, así como los de 74^[62] San Juan Nepomuceno, Neptuno, Montañés, Monarca, San Francisco de Asís, San Agustín, San Ildefonso y San Fulgencio, y la fragata Flora. Además, embarcaban una fuerza de desembarco de 1400 hombres de artillería e infantería. Y aunque no me cuadraba el personaje por barlovento, debíamos reconocer el celo desplegado por el comandante general de la escuadra de

Ferrol, al haber alistado aquel número de buques con las dificultades de pertrechos, hombres y pólvora que sufría el departamento ferrolano. También se encontraban alistados los buques franceses, Redoutable, Heros, Argonaute, Duguay-Trouin y Fougueux, bajo el mando del contralmirante Gourdon, aunque fuera relevado días después por Dumanoir, debido a sus graves dolencias.

Sin embargo, en Ferrol tuvo lugar un desagradable incidente que molestó en mucho a nuestro general, tan propenso a mantener excelentes relaciones con los grandes personajes de la Corte. El caso vino propiciado por el hecho de que el navío Argonauta, aunque magnífico de líneas y maniobra, no reunía las condiciones para ser el buque insignia, con lo que el personal de la mayoría general se encontraba apelmazada con los oficiales de guerra de la dotación. Ya era nuestra idea desde semanas atrás, mudarnos en la primera ocasión al navío Príncipe de Asturias que, además de ser de tres puentes y el buque natural para izar insignia de comandante de escuadra, era el último de su serie y con magníficas cualidades marineras. Fue Escaño quien le recordó el proyecto.

—Le recuerdo, señor, que sería conveniente para el buen funcionamiento de la mayoría, trasladar su insignia al Príncipe, tal y como discutimos hace tiempo.

—En efecto. Sin embargo, creo que por prudencia debería consultar tal extremo con el príncipe de la Paz. Le enviaré un oficio hoy mismo en tal sentido.

Escaño y yo nos miramos extrañados, sin comprender aquellas palabras. Pero no era Antonio de los que callaba, por lo que le entró a los cueros sin remisión.

—Señor, Su Majestad os ha nombrado comandante general de la escuadra del Océano, a la que se ha integrado la del departamento de Ferrol. Teniendo en cuenta su antigüedad en el grado de teniente general, así como la insignia de preferencia que ostentáis, y de acuerdo con el artículo séptimo de las Reales Ordenanzas, estáis facultado para dar el paso sin recabar ninguna autorización superior. Podéis disponer el izado de vuestra insignia en el buque de la escuadra que estiméis oportuno, sin necesidad de explicar a nadie las razones que os mueven a tal decisión, ni solicitar permiso para ello. Creo que sólo sería necesario comunicar al Secretario de Marina que habéis mudado la insignia al navío Príncipe de Asturias en la fecha indicada.

—Antonio, sé bien cómo funcionan los asuntos en la Corte y, en estos días, tengo la impresión de que mi buen amigo don Manuel Godoy me tiene con vistas a menos, lo que mucho me preocupa y desagrada. Ya sé que tengo derecho a tal prebenda, pero sé lo que hago —nos ofreció una desvaída sonrisa—. Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

No me gustaron nada sus palabras, he de reconocerlo. En primer lugar, porque Escaño no era ningún mozalbete sin experiencia, sino quien de verdad llevaba avante aquella escuadra. Pero de forma muy especial, sentía bullir la sangre ante la falta de autoridad y decisión que mostraba don Federico, tan apegado a la vida cortesana, como si su amistad con Godoy, o lo que él entendía como tal, se encontrara por encima de las normas de la Real Armada. Y aunque no lo habría comentado entonces

con nadie, era en esos momentos cuando echaba de menos en el general Gravina la energía necesaria para mandar escuadra.

Aquel mismo día, 2 de agosto, envió el oficio don Federico al príncipe de la Paz en el sentido indicado. Y no tardó mucho el enaltecido Guardia de Corps y semental de Corte en contestar a su buen amigo de forma harto desagradable, una de esas coces que periódicamente le soltaba en el rostro, sin que pareciera hacer mella en el amoroso servilismo que el general le mostraba. La contestación era ambigua por más, donde sin negarle su petición, daba a entender el desagrado con que tal medida se vería en la Corte, reparando que el general Grandallana tiene condecoraciones las más grandes de la Monarquía. Era de todo punto inexplicable que el señor príncipe de la Paz, con su alto cometido, dedicara un solo segundo de su tiempo para pensar dónde podía izar su insignia un general con mando de escuadra. Pero no contento con este oficio, Godoy adjuntaba otro para el general Pérez de Grandallana, laudatorio en extremo por haber entregado el mando a Gravina, lo que era su obligación por ser don Federico más antiguo y disponer de insignia de preferencia. Pero la perla definitiva llegaba al final, cuando le comunicaba que saliera con la escuadra del Océano, pero no como segundo, sino para tomar el mando en caso de enfermedad del general Gravina.

No acabó aquí el maldito entuerto que entristeció el semblante del comandante general hasta límites nunca detectados en su persona. Porque la indignidad y desvergüenza aumentó todavía hasta extremos difíciles de creer. La gota que hizo colmar el vaso, fue la impropia conducta seguida por el general Pérez de Grandallana a continuación, enviando el segundo oficio mencionado a su jefe directo, el general Gravina, pidiendo que lo hiciese público a las escuadras francesa y española. Y ante nuestra estupefacción, don Federico accedía a ello de forma rápida e inexplicable, aunque intentáramos remolcar su capa hacia popa sin resultado.

—Entonces, señor, no mudamos la insignia y continuamos en el Argonauta —preguntaba Escaño con prudencia—. Será extraño y nadie comprenderá que quien manda el conjunto de buques españoles embarque en un dos puentes, mientras el segundo cabo de la escuadra^[63] lo hace en el barco diseñado para el comandante general.

—No debo mudar la insignia tras la contestación recibida de don Manuel Godoy, que mucho me ha dolido, bien lo sabe Nuestra Señora del Rosario. Le estoy escribiendo una carta en tal sentido, una de las más sinceras y difíciles que jamás he abordado, aunque es de las que se deben medir las comas y no creo acabarla antes de salir a la mar.

—Con todo respeto, señor, los dos oficios dirigidos por el príncipe de la Paz son una indigna bofetada a vuestra persona, que no merecéis y no podéis admitir —me decidí a entrar por verdades, con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas—. La antigüedad y las ordenanzas os amparan pero, por encima de todo, os respalda el honor. ¿Cómo puede decir el príncipe que el general Grandallana no sale a la mar

como segundo de la escuadra? ¿Cuál es su puesto entonces? ¿Cómo se denomina en todas las Marinas del mundo tal puesto? ¿Acaso debéis consultarle las decisiones a tomar? ¿Habrá creado el Generalísimo un nuevo sistema en la sucesión del mando? Alega que debe estar preparado para tomar el mando en caso de enfermedad por su parte.

¡Vaya novedad! Todo segundo, de escuadra o buque, está preparado para tal contingencia. ¿Pretenderá don Manuel Godoy, tal vez, interpretar las ordenanzas y reglamentos a su gusto?

—Francisco, las relaciones en la Corte no son tan sencillas como pueden ser las que disfrutamos entre compañeros.

—No se trata de relaciones en la Corte, señor, sino de mantener los principios en la Real Armada. Y en cuanto a relaciones entre compañeros, la actitud del general Grandallana ha sido impresentable y digna de ser reprendida con extrema dureza. Ya le expuse que discrepaba por completo con acceder a esa extraña petición de hacer público el oficio dirigido a este general, cosa que jamás se ha visto en ninguna escuadra y hasta los franceses quedaron estupefactos al leerla. Y se lo digo con cariño y sinceridad, señor, porque rebaja su autoridad personal y profesional.

Pero así era don Federico Gravina y tanto él, comandante general de la escuadra del Océano, el puesto más importante de la Real Armada, como el personal de su mayoría general, continuaron embarcados en el navío de dos puentes Argonauta. Y se levantaba mi sangre en ampollas cuando observaba la insignia del general Grandallana como segundo cabo de la escuadra, en el tope del palo mayor del navío Príncipe de Asturias. Puedo jurar por todos los dioses, que tal acontecimiento habría sido imposible de creer con los tenientes generales don Luis de Córdova, don Juan de Lángara, don Francisco de Borja, don José de Mazarredo o cualquier otro comandante general bajo cuyas órdenes serví.

Pero mientras echaba de menos noticias sobre la familia, que nada sabía de mis hijos desde la salida de Cádiz, se acababa el tiempo de sesteo en fondeadero resguardado. Tras la reunión mantenida el día 5 de agosto a bordo del navío Bucentaure, a la que acudieron por decisión de Villeneuve ambas planas mayores al completo, se decidió salir a la mar el 10. La idea del almirante francés era reunir ambas escuadras en la ría de Ares, antes de proseguir con el plan de campaña que, en verdad, nadie conocía con exactitud, ni siquiera el general Gravina. Y a pesar de las precisas instrucciones de don Federico en cuanto al modo y extrema cortesía que debían mostrar los españoles, se cocían en la perla combinada humores que nada bueno podían presagiar.

Como especial detalle puedo asegurar, que en aquella reunión me pareció descubrir, tanto al almirante Villeneuve como a nuestro general, indecisos y sumidos en un profundo pesimismo, como si encararan una empresa imposible de conseguir o condenada al más estrepitoso fracaso. Creo que el francés era consciente de que tras una navegación tan lenta desde las Antillas, así como el tiempo perdido en Vigo y La

Coruña, los britanos debían estar más que avisados y con suficientes fuerzas concentradas en el Canal para impedir el plan del emperador. Y para desanimar todavía más la mente, no disponíamos de información fidedigna sobre posibles movimientos ingleses, que son tan necesarios. Afrontábamos el futuro a ciegas y con muro negro calzado a proa. Pero en el fondo, lo que más consumía a los españoles era la posibilidad de quedar nuevamente encerrados en la ratonera de Brest, bloqueados por una gran flota britana en sus puertas, y volver a sufrir un alargado y penoso destierro. Pero ya el destino se abriría en luces a ritmo de bombardas, que todo se arrima a las bandas en esta vida de nuestros pecados.

18. Muchas dudas

Siguiendo las instrucciones que se marcaron en la junta de generales mantenida el día 5 de agosto en el buque insignia francés, a mediodía del 10 cobrábamos las anclas en el fondeadero ferrolano y largábamos aparejos a los cielos para ganar la ría con escaso viento a favor. Pero pronto cayó a cero el bendito vagajillo, para volverse contrario en dos horas, tanto así que las últimas unidades preparadas para encarar la salida, los navíos Monarca, San Ildefonso y Terrible, debieron fondear sus ferros de nuevo. Sería necesario esperar el soplo de un viento favorable que les permitiese la maniobra ejecutada por el resto de sus compañeros.

La reunión a bordo del navío Bucentaure se había mantenido, como en la ocasión anterior, con estricta petición del general Gravina en cuanto a posibles discrepancias con los franceses. Debíamos escuchar y sonreír, sin molestar una mota a nuestros queridos aliados. Pero una vez a solas con nuestro general en su cámara del Argonauta, don Federico nos comentaba unos detalles que el almirante le había comunicado en los momentos de conversación particular y reservada entre ambos.

—¿Qué os han parecido las formaciones de marcha y línea de combate escogidas por el almirante Villeneuve, en caso de que se alcance combate contra los ingleses?

—Correcta y habitual en el sistema táctico francés. Es posible que haya llegado a sus oídos el deseo de nuestros comandantes, en cuanto a la posibilidad de intercalar los puestos entre navíos de las dos naciones —expuso Escaño con decisión.

—En nuestra charla reservada me ha comunicado que, a pesar de haber discutido tales posibilidades con su plana mayor, le han sido impuestas de forma directa por el emperador en persona.

—¿Por el emperador? —pregunté extrañado—. Todos sabemos que Bonaparte entra en los detalles de su Marina como potro en remera, pero no que alcanzara tal detalle y exactitud.

—Pues parece que llega hasta el más mínimo extremo. En una misiva personal dirigida al almirante Villeneuve, le comunicaba las siguientes instrucciones: El orden de batalla que me parece más ventajoso es entremezclar los navíos españoles con los franceses, y situar cerca de los navíos españoles fragatas para socorrerlos, utilizando de este modo el gran número de ellas con que contáis.

—Eso quiere decir que no le han afectado nuestros comentarios, como creíamos —recalcó Escaño con media sonrisa en el rostro—. No deja de ser gracioso. Después de todo, me parece una acertada medida del emperador.

—No es misión imperial llegar a tales detalles, por Dios bendito —Gravina parecía enfadado, sin que llegáramos a comprender el motivo—. Siguiendo este sistema, acabará por ordenar el momento de abrir fuego. Un general en la mar debe disponer de suficiente iniciativa.

—No es particularidad exclusiva de Bonaparte, señor —comencé con tiento por

lo que pensaba decir a continuación—. Una táctica parecida utiliza el señor príncipe de la Paz en cuanto a la Armada, a pesar de disponer de escasos o nulos conocimientos en la materia. Debe ser pecado habitual en las altas magistraturas, que se creen capacitados para todo.

No gustó mi comentario al general Gravina, aunque hubo de tragarlo sin réplica por su veracidad. Pero ya entraba Escaño en auxilio.

—Aunque sean órdenes del emperador, las aplaudo al ciento, señor. Tanto lo de entremezclar navíos, como el apoyo de las fragatas, unas unidades que escasean por más en nuestra Armada, habían sido peticiones elevadas por nuestra parte. Y con seguridad las instrucciones de Napoleón se habrán basado en las cartas recibidas del general Lauriston quien, según se rumorea, ejerce de informador personal del emperador y mucho ha criticado ante él la actuación del almirante francés en el combate del pasado día 22.

—Tampoco es bueno ese detalle para el correcto funcionamiento de una escuadra. Parece que todo anda un tanto descalabrado en la marina aliada, lo que nada bueno puede presagiar.

Escaño hablaba en base a una información de mi parte. En efecto, según me había comentado el general Reille, segundo de Lauriston, éste informaba al emperador en una de sus periódicas cartas, que en el apresamiento de los dos navíos españoles, los primeros en entrar en combate, había influido la falta de fragatas cerca de ellos. Y no erraba el general metido a táctico naval, porque para desgracia de Gravina, no disponía de ninguna bajo sus órdenes hasta la llegada a Ferrol, por haber quedado la Magdalena en la Martinica, lo que había sido denunciado de forma repetida por los comandantes españoles. Ese detalle, además de la falta de auxilio de los navíos franceses a sus aliados, había sido la razón de que el emperador criticara la actuación de su almirante, ensalzando sin embargo la de los españoles.

Por otra parte, el emperador francés creía que una vez la fuerza aliada en la mar, arribaría sin duda alguna hacia el puerto de Brest, lo que así le había comunicado el general Lauriston desde el fondeadero de La Coruña. De esta forma, preparó órdenes para las diferentes escuadras y divisiones, pensando en el anhelado desembarco en las islas, para el que ordenaba las últimas instrucciones. Y sin perder un solo minuto, escribía a Villeneuve, conminándolo para seguir el camino trazado una vez arribado a Brest: Hacedos a la mar otra vez sin desperdiciar un momento y entrad en el canal de la Mancha con mis escuadras. «La Inglaterra será nuestra». Estamos prontos: todo está embarcado. Presentaos aquí sólo veinticuatro horas y es negocio concluido.

Pero volviendo a nuestra escuadra y de acuerdo al plan previsto, tanto la división que ya mandaba el contralmirante Dumanoir, como ocho de los once navíos españoles, más la fragata Flora y la corbeta Mercurio, pasamos a la ría de Ares, no sin esfuerzo porque el viento balbuceaba en exceso y sin afirmarse. Era el punto acordado de encuentro y poco después se nos unían los buques de Villeneuve, que

navegaban francos desde su fondeadero en La Coruña. Y allí quedamos para esperar a los rezagados, si el viento se dignaba en favorecer la empresa aunque fuera en mínimos, una espera tediosa que, según afirmaban, llenaba de grillos el cerebro del almirante francés. Por fin, el soplo de Eolo rolaba al leste el tiempo suficiente para que los navíos españoles entraran en la ría de Ares con las primeras horas del día 13. Y una vez comprobada por nuestra parte que los rezagados arribaban sin novedad, se daba la orden de dar la vela a toda la escuadra combinada, arrumbando en los primeros momentos al noroeste cuarta al oeste, acariciados por un viento fresquito del NNE.

Volvía a ser una hermosa vista la contemplación de la escuadra, compuesta en su conjunto por 29 navíos de línea, 6 fragatas, 1 corbeta y 3 bergantines, de los que 11 navíos, uno de ellos el único ejemplar de tres puentes, una fragata y una corbeta eran españoles. Me acerqué hasta la timonera, en cuya caseta Escaño había dibujado el orden de marcha establecido.

—Ya me gustaría tener tu mano para aclarar esquemas de formaciones y líneas de batalla.

—El mucho padecer en un trabajo forma al maestro —Antonio parecía de excelente humor, como siempre al entrar en los detalles de su trabajo—. Creo que este croquis queda suficientemente claro. Tan sólo sufro al observar el navío Príncipe de Asturias, con la insignia de ese sacamantecas enaltecido en la Corte y...

—Olvidemos ese detalle o la sangre se nos avinagrará por adelantado. Veamos —observaba los dibujos de Escaño—. Navegaremos con la escuadra formada en línea de batalla, como si nos esperara el inglés por la proa en pocas millas. Si a Villeneuve le alcanza la noticia de que Nelson llega en su persecución, regresa a la ría.

—No seas mal pensado, Francisco, ni propales habladurías de algunos comandantes españoles. Bueno, la verdad es que concuerdo contigo en esa apreciación.

—El cuerpo de vanguardia queda bajo el mando del Príncipe de Asturias, con tu amigo Grandallana a bordo —golpeé el hombro de Escaño con guasa añadida—, acompañado por cuatro navíos franceses y el Neptuno español, así como una fragata y nuestra corbeta Mercurio. Siento que el Pluton, con el capitán de navío Cosmao, acompañe al Príncipe, que ya me gustaría verlo por mi popa.

—También a mí. Pero debes tener en cuenta, que ya los franceses no llaman cuerpos a los grupos de vanguardia, centro y retaguardia, sino divisiones.

—Bueno, tú estás al día de esas cuestiones, pero yo seguiré a la antigua usanza. El cuerpo central, llamado antiguamente batalla, queda bajo el mando de Villeneuve a bordo del Bucentaure, con tres navíos franceses y dos españoles, así como dos fragatas y un bergantín.

—En esta división falta la fragata Syrene, que ha quedado en puerto. Desconozco las razones y si se incorporará más adelante, que nada han aclarado al respecto.

—De acuerdo. Y por último, el cuerpo de retaguardia o tercera división a popa,

bajo el mando de Dumanoir, con cuatro navíos franceses y dos españoles, acompañados por dos fragatas y un bergantín.

—Te falta nombrar la escuadra de observación, bajo el mando del general Gravina, subdividida en dos divisiones, la primera con el Argonauta en el centro, acompañado por dos navíos franceses, el Nepomuceno y dos fragatas. La segunda la componen tres navíos franceses, dos españoles y dos fragatas. Y eso es todo. Muy en orden de momento, aunque luego la mar y el viento jugarán su papel.

Muy bien. La verdad es que este croquis lo entendería hasta el general Grandallana.

—No te equivoques, Francisco. Aunque mucho nos disguste ese personaje, no es mal táctico y en sus ordenanzas aparecen argumentos que suscribo a ciegas.

—También yo, especialmente cuando habla de copiar el sistema inglés de combate. Pero, bueno, ahora queda la pregunta más importante. ¿Cuál es nuestro destino final?

—Sabes bien que ése es el gran interrogante. Nuestro general sigue creyendo que aproaremos a Brest para seguir el plan del emperador. Pero estimo que Napoleón se equivocó al ofrecerle a Villeneuve la posibilidad de tomar Cádiz, si los vientos eran contrarios o sufría cualquier otra condición extraordinaria. El almirante francés se asirá a ese clavo y no arrumbara al Canal, estoy seguro.

—¿En qué te basas para esa opinión? No se puede deducir de la junta que celebramos a bordo del Bucentaure, más bien al contrario.

—Ya lo sé, pero ese hombre es ladino y esconderá sus cartas hasta el último momento, aunque lleve pegado a Lauriston contra su casaca, que le entra en todo momento a mecha rasgada. Creo que, en el fondo, le asusta cualquier posibilidad, ya sea arrumbar al norte o al sur. Y no me refiero a falta de valor personal, sino miedo a fracasar en el proyecto y sufrir una derrota escandalosa, una visión que, en mi opinión, sobrecoge su alma. Me gustaría equivocarme, pero está contagiando a nuestro general de ese pesimismo.

—Es posible que tengas razón pero, de momento, el rumbo elegido es de componente norte y las instrucciones marcaban una enmienda posterior con proa a Brest, con las bordadas necesarias.

—Villeneuve es indeciso por naturaleza. Además, no sólo desconfía de la capacidad de los buques españoles en maniobra y combate, sino también de los franceses. Creo que alguien le escuchó decir: Tenemos malos palos, malas velas, mala cabuyería, malos oficiales y malos marineros.

—También a mí me había llegado esa onda. Y en una de las cartas a su ministro y protector, según el general Reille, comenta textualmente: Saliendo de Coruña con veintinueve navíos, faltará mucho para que me pueda considerar capaz de sostener un combate contra un número de navíos que sea poco menos que igual, y no temo decir que sentiría mucho encontrarme con veinte ingleses. Tenemos una táctica naval anticuada, y sólo sabemos formarnos en línea, que es cabalmente lo que apetece

el enemigo. No tengo medios, ni tiempo, ni posibilidad para adoptar otra con los comandantes a que están confiados los navíos de ambas escuadras.

—Este hombre es un poco estúpido, y quede tal comentario entre nosotros, Francisco. Si teme con treinta navíos enfrentarse a veinte britanos, lo que debería hacer es renunciar al mando y dejar de quejarse por escrito a su ministro como víctima propiciatoria. Y en cuanto a la táctica anticuada de la línea de batalla, son ellos quienes la imponen. ¿Por qué no doblaron los franceses de la retaguardia a los britanos en Finisterre? Nos faltarán hombres de mar a bordo y artilleros de oficio, pero los comandantes están capacitados para cualquier maniobra —Escalaño se lanzaba con los ojos abiertos en fuego—. Lo que falta, lo que siempre nos ha faltado es un comandante general de la escuadra que sepa lo que se lleva entre las manos. Bueno, conste que no me refiero al general Gravina en particular.

Antonio creyó comprender que se había extralimitado en sus manifestaciones, por lo que derivé la conversación.

—Por cierto, en el conjunto de nuestros buques, ¿cuánto personal nos falta?

—En el día de hoy he cerrado los estados de fuerza. Faltan 308 artilleros y 211 grumetes. Por contrario, sobran 298 marineros, aunque lo sean de nombre en levas de fuerza. De esta forma, compensando los artilleros con marineros, nos faltarían 10 de los primeros y los 211 grumetes.

—Otras veces ha sido peor. Pongamos buena cara a los malos vientos. Y esperemos que progrese al norte, se produzca la invasión de Inglaterra y acabe esta guerra.

—Este almirante que nos manda, un pobre hombre en permanente sufrimiento, estará consumido en estos momentos por las dudas. Pero me jugaría el sable de honor a que, si no sopla viento franco del sur, arrumbará hacia la bahía gaditana, donde estima menor el peligro de salir descalabrado. En fin, ya veremos como se cuece este puchero.

Dejé a Escalaño con sus croquis y estudios tácticos. Y como en aquella mañana me sentía de excelente humor, sin saber la razón que podía moverme en tal sentido, paseé por cubierta junto a Setum, comentando el estado de los diferentes navíos.

—Siempre es una hermosa visión, tanta vela desplegada sobre el horizonte, señor. Parece mentira que esta escuadra disponga de más de dos mil cañones, como el más poderoso de los ejércitos. ¿Es cierto que la pólvora embarcada en Ferrol es de baja calidad?

—Ya veo que tus oídos son finos, africano. Eso declaraban algunos ingenieros en el arsenal. El general pensaba comprobarlo, pero no hemos dispuesto de tiempo suficiente. La verdad, no me preocupa mucho ese aspecto particular.

—Es ésta una gran escuadra. Esperemos que los britanos no compongan una más poderosa.

—La escuadra combinada es de orden, desde luego, pero recuerda que casi todas las frutas muestran en la distancia excelentes colores, amigo mío. Sin embargo, faltan

hombres de mar y, en general, las dotaciones no se encuentran adiestradas como desearían sus mandos. Es de especial preocupación las correspondientes a los buques sumados en Ferrol, con la mayor parte de los hombres sin un solo día de mar en sus espaldas.

—Ya aprenderán.

—Si disponen de tiempo para ello.

A pesar de la realidad que tan bien conocía, el espíritu se movía en alza. Tan sólo me preocupaba la falta de noticias de la familia, aunque era posible que las cartas de María Antonia recorrieran medio mundo antes de alcanzarme. Por mi parte, le había enviado recado desde Ferrol, anunciando como posibles destinos los puertos de Brest o Cádiz. Pero los cielos se mantenían en azul y era momento de disfrutar del olor a mar y la visión impuesta, que ya entrarían las bolas negras en su momento.

Una vez separados convenientemente de la costa y en contra de lo prevenido en el Consejo, una táctica que ya considerábamos habitual en el almirante francés, Villeneuve ordenó la formación de marcha con las divisiones de la escuadra principal en tres columnas. Con rapidez, Escaño me comentó lo que él bien sabía.

—Esta es, en la práctica, el quinto orden de marcha recogido en la obra del general Mazarredo sobre Táctica Naval, que posteriormente corregimos en un nuevo compendio táctico. Y hablo en plural porque trabajé a su lado en la confección, aunque me limitara a seguir sus indicaciones.

—No seas modesto en exceso, Antonio. Todos sabemos que en tus trabajos con don José de Mazarredo, cargabas con el trabajo de fondo.

—Supongo que ahora el almirante destacará la escuadra de observación, bajo el mando de nuestro general, a barlovento y cinco o seis millas de distancia.

Como de costumbre, acertó de lleno el avisado cartagenero, porque el movimiento previsto era la señal que izaba en sus drizas la capitana francesa pocos minutos después. Y ya debía haber hablado de tal extremo don Federico Gravina con Villeneuve en su conversación privada, porque asentía como si esperara dicha coyuntura, aunque nada nos hubiera comunicado en tal sentido. Siguiendo el consejo de Escaño, a su vez destacamos a la fragata Flora más a barlovento, mientras quedaba el bergantín Argus como nuestro batidor personal. Y sin más novedades, el viento del NNE se mantuvo a lo largo del día, con la escuadra combinada navegando al noroeste cuarta al oeste, aunque debiéramos arribar en ocasiones para mantener la formación, que algunos navíos franceses, como el Mont-Blanc y el Scipion, sotaventaban más de la cuenta, condición achacada a inexperiencia en los hombres de mar. La verdad es que con los navíos incorporados en Ferrol, aumentaba la calidad en maderas de las unidades españolas, confirmando el acierto de haber dejado en Vigo las dos reliquias. Esa persistencia en mantener rumbos de componente norte, me hizo entrar en conversación con Escaño y Gravina sobre el cercano y todavía desconocido futuro.

—Creo que equivocaste el pronóstico, Antonio. El almirante francés insiste en navegar hacia el Canal.

—Ése es su propósito —recalcó Gravina sin dudar—. Nuestro puerto de destino es Brest. Solamente en el caso de que se mantengan vientos duros de componente norte, o recibir información de la existencia de poderosas escuadras enemigas, arrumbaríamos hacia Cádiz.

—No cambio mi pronóstico —Escaño marcaba algunos puntos en la carta del piloto mayor—. Viraremos al sur tarde o temprano.

Gravina miró a Escaño con curiosidad, como si su mayor general dispusiese de alguna información desconocida para él. Y fue en aquel momento, las seis de la tarde, cuando la fragata Flora señaló una vela por el nordeste. Escaño reaccionó con rapidez.

—Deberíamos destacar en caza al navío francés Algésiras, buen velero y situado en dicha dirección, acompañado por la Flora.

—De acuerdo.

Una vez transmitido el avistamiento a la capitana francesa y destacadas las unidades, reaccionaba Villeneuve con cierta rapidez. Al tiempo que largaba la señal de zafarrancho a toda la escuadra, destacaba a la de observación en la dirección del avistamiento. Gravina se dirigió a Escaño.

—Vamos para allá, Antonio.

—Con todo el respeto debido hacia el almirante Villeneuve, parece excesivo el destacamento de toda la escuadra de observación. Es muy posible que se trate de alguna fragata en descubierta lejana, maniobra que tan habitualmente utilizan los ingleses.

—Es posible. ¿Mantenemos las dos columnas? —preguntaba Gravina.

—Desde luego, señor.

—Podría ser una fragata perteneciente a la escuadra del vicealmirante Calder —musité mientras cuadraba el anteojo sin fortuna.

—Es una posibilidad aunque, entre estas aguas y el canal de la mancha, podrían encontrarse en estos momentos los buques de Nelson, Cornwallis, Stirling o Collingwood, además de los de Calder. Todo depende de que hayan agrupado fuerzas o se mantengan dispersos en los bloqueos de Cádiz, Cartagena, Rochefort y Brest —dijo Gravina—. Por cierto, que ha sido extraño no encontrar ningún buque inglés a la salida de Ferrol, aunque fuese una fragata o un navío en observación.

—Es mala nuestra situación habitual, faltos de descubiertas lejanas —Escaño movía la cabeza hacia ambos lados—. Los ingleses casi siempre nos tienen situados, mientras nosotros solemos movernos a ciegas, como es el caso actual.

Una hora después, la Flora comunicaba que la vela avistada a barlovento era una fragata inglesa que había realizado señales de reconocimiento, señal de que podía encontrarse alguna escuadra o división inglesa en las cercanías. La fragata tomó proa de la misma vuelta, para mantenerse a una legua de distancia a barlovento. Y aunque no lo supimos entonces, ese avistamiento hizo entrar al almirante Villeneuve en cavilaciones de todo tipo, más negras que blancas, presagiando la presencia de

poderosa escuadra britana a escasa distancia. De todas formas, a las once se ordenó virar en redondo a toda la escuadra combinada, para tomar la vuelta del NNO, mientras el viento había rolado ligeramente a levante, hasta quedar entablado del NE y fresco de fuerza.

Así nos mantuvimos el resto del día, con la única novedad de que el navío San Francisco de Asís notificaba haber sufrido avería en el mastelero de gavia, lo que pensaba reparar sin problemas añadidos, si la mar se mantenía en las mismas cuerdas. Entramos en la noche manteniendo el rumbo de componente norte, lo que aumentaba mis discusiones con Escaño sobre el destino final. Pero la verdad es que nuestros corazones se movían a bastos, porque en el próximo crepúsculo podíamos avistar escuadra enemiga y entrar nuevamente en combate. Y puedo adelantar que era condición deseada por muchos comandantes españoles, intentando lavar la pérdida habida en Finisterre.

La amanecida del 14 fue limpia, con horizontes claros, cielo despejado, así como mar y viento sin variaciones. Se volvió a avistar a la persistente fragata inglesa, mosca cojonera habitual, en la misma dirección, muy velera y de 32 cañones, por lo que ninguna de la escuadra podía intentar su caza. Por la tarde, marcamos la presencia de varios buques enemigos, sin llegar a darles caza ni reconocerlos siquiera, debido a su rumbo de escape. Destacada la fragata Hortense, también acabó por declinar. Y fue definitivamente mala la suerte en la ocasión porque, como supimos semanas después, no se trataba de unidades enemigas, sino de la división de Rochefort bajo el mando del capitán de navío Allemand, en busca de nuestra fuerza por orden del emperador. Otra oportunidad que se perdía.

Entramos en el día 15 sin mayor novedad, con la escuadra navegando agrupada y en orden. La fragata Hortense dio avistamiento de un buque remolcado por otro. Como no se encontraban a nuestra banda, Villeneuve decidió no reconocerlos, aceptando sin dudarle la información de un mercante, en el sentido de que se trataba de unidades pertenecientes a una escuadra britana de 25 navíos, lo que no cuadraba a la vista como posible y resultó errónea de parte a parte. En realidad se trataba de la fragata francesa Didon, enviada por Villeneuve a Rochefort y apresada por los ingleses. Pero aquella misma tarde, tras dar fuego a un buque mercante britano apresado, llamó el almirante francés al general Gravina a su bordo. Se apresuró don Federico para cumplir, mientras arribábamos. Escaño esbozó una sonrisa.

—Ya verás, Francisco, cómo Villeneuve le comunica a don Federico que cambiamos la proa hacia el sur.

—No das el brazo a torcer, cartagenero. En estos momentos nos encontramos al ONO del cabo Finisterre y ochenta leguas. Si hemos mantenido el avance hacia el norte con este viento, continuaremos algunas jornadas más. Es de esperar un cambio al tercer cuadrante, que nos auxiliará en beneficio.

—Me parece que todavía no conoces al almirante francés.

La conversación de Gravina y Villeneuve fue rápida, regresando nuestro general a

bordo del Argonauta una hora después. Se dirigió a Escaño con una sonrisa en su boca.

—Pareces un brujo adivino, Antonio, como ese negro que no se separa una pulgada de Francisco. En un par de horas viraremos para aproar al cabo de San Vicente.

—¿Qué razones expone el almirante para el cambio? Supongo que serán de peso —pregunté, intrigado.

—La verdad sincera es, amigos míos, que todavía no lo comprendo bien. Me ha hablado de persistentes vientos contrarios, así como la posibilidad de dañar a los buques en sus aparejos con tiempo duro de proa, como le ha ocurrido al navío San Francisco de Asís.

—La avería del Asís ha sido una mandanga —alegó Escaño con voz al tranco— Tan poco importante que ya arboló un nuevo mastelero de gavia. No le hemos concedido mayor importancia.

—Ya lo sé —Gravina parecía excusarse—. También me previno de la elevada posibilidad de que los britanos hayan reunido sus escuadras en el Canal, de forma que sean superiores a esta escuadra, incluso añadiendo la que se nos uniría en Brest. Estima que deben conocer con detalle la composición de esta fuerza. También alega que la fragata Didon, enviada el 6 de agosto a contactar con la división de Rochefort bajo el mando de Allemand, no ha regresado a pesar de ser la más velera de la escuadra, por lo que estima ha debido ser apresada.

—En fin, excusas para no progresar al norte, como ya adelanté en su momento.

—Puede ser exagerado calificar como excusas esas razones —Gravina sabía que navegaba a la contra—. Escribiré a su ministro, doliéndose de no poder realizar el vasto plan previsto por el emperador.

—¿Qué le habéis contestado, señor? Os prevengo, como es mi obligación —mostraba por mi parte toda la seriedad posible, cuando pronunciaba aquellas palabras—, que no debéis darle la razón en todo momento, porque puede usaros como uno de los condicionantes para sus decisiones.

—No estimo tan retorcido al almirante Villeneuve, Francisco. Le he comunicado que me tiene a su disposición y que los buques españoles seguirán sus directrices.

—Pues si me lo permitís, señor, creo que deberíais haberle comentado la abierta posibilidad de continuar hacia Brest, como ordenara el emperador. Por supuesto, es posible encontrar en el camino alguna escuadra britana, pero esa razón existirá siempre y en cualquier escenario que nos movamos.

Yo sabía lo que decía porque, según parece, don Federico andaba en las nubes o deseaba estarlo. Como después supimos, fueron las palabras de nuestro general una más de las muchas alegaciones, falsas en elevado número, elevadas por el francés para justificar su cambio de rumbo. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, parecía más evidente que lo verdaderamente importante para Villeneuve era evitar un encuentro decisivo con los britanos.

Una vez cambiado el rumbo hacia el sur y con vientos generosos del nordeste, aunque posteriormente rolaran al OSO, progresamos al gusto en la dirección marcada, proa al cabo de San Vicente. Y en aquellos días, las únicas novedades fueron el problema del navío San Ildefonso con su mastelero de gavia, semejante a las del Asís y reparada igualmente. Por fin, en la amanecida del día 20, a la altura de cabo de Santa María, se avistaron algunos buques por nuestra proa. En vista de su situación, parecía a las claras una división inglesa en bloqueo de Cádiz, por lo que sin perder un minuto destacamos en caza a la escuadra de reserva, navíos Achille y Algésiras, así como fragatas Flora y Hermione, seguidos poco después por el resto de la escuadra de observación. Escaño se quejó a Gravina de no haber seguido su recomendación.

—Sabíamos, señor, que en la boca gaditana se encontraría alguna división menor. Como le dije en su momento, podíamos haber destacado en la noche pasada, barajando la costa a escasa distancia, a esta escuadra de observación, para tomarlos desde levante y con fuegos a las dos bandas. Habría sido dulce el pastel de entrar en Cádiz con cuatro o cinco navíos ingleses apresados.

—Así se lo comuniqué al almirante, pero se opuso a la idea. Según el general Lauriston, y no deben salir de esta cámara mis palabras, el miedo a Nelson lo tiene ofuscado, al creer que es quien bloquea Cádiz. Conste que no me parece correcta la postura del general, más propia de espía enemigo que de colaborador propio. Pero creo sinceramente, amigos míos, que el almirante Villeneuve está deseando entrar en la bahía gaditana.

—De eso no nos cabe duda, señor —remarqué con gesto resignado—. Ha sido una pena no seguir la propuesta de Antonio.

En efecto, la división britana bajo el mando del vicealmirante Collingwood, compuesta por los navíos Colossus, Achille y Dreadnought, escaparon en dirección a Gibraltar al comprobar la fuerza enemiga. Y en la tarde del día 20, cuando ya la escuadra se encontraba en la boca de la bahía, nos incorporábamos de vuelta y sin éxito en la caza. Sin más acciones dignas de señalar, el Argonauta fondeaba sus anclas entre los castillejos de Puntal y Matagorda. De nuevo nos encontrábamos en aquel hermoso e incomparable escenario, del que habíamos partido cuatro meses atrás. Y en vista de los planes embastados por el emperador, la misión encomendada al almirante Villeneuve había fracasado al ciento, quedando en el aire lo que se nos podría exigir en las próximas semanas. Al menos y en cuanto a los buques españoles, sería posible incorporar los navíos alistados por el general Álava en nuestra ausencia, que debían significar un refuerzo considerable.

Aquella noche decidí dormir a pierna suelta, por lo que pudiera saltar a levante o poniente. Sin embargo y aunque Setum olisqueaba un futuro a negros y con mala cara, no podía imaginar que se nos abriera en clara desesperanza. Por desgracia, el crédito personal del almirante Villeneuve había caído hasta los infiernos, no sólo entre los españoles sino también entre sus propios compañeros y subordinados, lo que

no cuadraba en buenas vibraciones para posibles acciones venideras. Pero, bueno, ya llegaremos a eso en su momento.

Los que lean estos cuadernillos que intento aderezar con mano alzada y perfume mariner, se preguntarán qué podía haber sucedido con las diferentes escuadras britanas, al no haber sido avistadas en ningún momento por los hispano-franceses. Y no se trataba de tarea fácil de comprender, porque no eran los ingleses propicios a evitar el encuentro naval, sino muy al contrario. Por esta razón, al igual que en ocasiones precedentes y para que comprendan la situación estratégica generada hasta el momento, pasaré a narrarles a trazo largo los últimos movimientos de las fuerzas inglesas, que pudieron afectar la marcha de la escuadra y el plan ideado por el emperador francés, que debía haberse rematado con la invasión de las islas británicas.

El vicealmirante Calder, una vez asegurados los navíos apresados en combate y todavía al mando de su escuadra, comenzó a cruzar derrotas al noroeste del cabo Finisterre, esperando que se le unieran los buques de don Horacio Nelson, a quien suponía en persecución de la combinada desde las Antillas. El 27 de julio, a escasas millas del cabo y sin haber avistado a los buques de Nelson, arrumbó hacia la ría ferrolana, verificando la ausencia de nuestras fuerzas, por lo que informaba a sus superiores en el sentido de que todo continuaba igual en la zona. Entendía el almirante inglés que los buques de Villeneuve y Gravina se habían dirigido hacia Cádiz, por lo que se mantenía en el bloqueo de Ferrol con nueve navíos, al tiempo que devolvía los del contralmirante Stirling para el bloqueo de Rochefort. La entrada de los hispano-franceses en Vigo había evitado esta primera detección.

De forma inesperada, la escuadra de Calder era obligada por un inoportuno temporal a capear hacia el nordeste de la entrada a la ría ferrolana, no regresando a su puesto en el bloqueo hasta el día primero de Agosto, cuando ya Gravina y Villeneuve se encontraban en Ferrol y Coruña, sin haber avistado buque enemigo alguno. Sin embargo, avisado por sus observadores de las entradas en los diferentes puertos, así como que la escuadra combinada se encontraba lista para salir a la mar, reforzada con los buques franceses y españoles alistados en Ferrol, Calder abandonó el bloqueo para unirse a la escuadra del almirante Cornwallis en Ouessant, dejando un observador tan sólo en la zona. Pocos días después, el 11, también Nelson se unía a Cornwallis, momento en el que este almirante decidía enviar a Calder de nuevo a Ferrol con fuerza suficiente, 20 navíos, para impedir la salida de la combinada o trabar combate.

De regreso en Ferrol, tuvo noticias Calder de la marcha de Villeneuve hacia Cádiz, por lo que hizo rumbo en esa dirección, para llegar a la boca de la bahía el día 30, donde se le unía la escuadra de Collingwood, a la que días antes también se había incorporado el contralmirante Bickerton con sus cuatro navíos, que bloqueaba la escuadra del general Salcedo en Cartagena.

Informado el Almirantazgo de las acciones y, por fin, en conocimiento de la verdadera situación, se envió a Nelson hacia el estrecho. El mismo almirante britano

incorporaba en su mano las órdenes por las que, como resultado del Consejo de Guerra, Calder era relevado de su puesto y debía regresar a Inglaterra. De esta forma, don Horacio Nelson quedaba al mando de la escuadra britana que se situaba en bloqueo de la hispano-francesa en Cádiz. A partir de ahí, el futuro se abría en interrogantes.

19. Alistamientos en Cádiz

Una vez arribados a Cádiz, nuestra principal preocupación era conocer el resultado de las acciones llevadas a cabo por el teniente general don Ignacio María de Álava, nombrado tras la partida de Gravina para el mando de los buques que permanecían en dicho puerto, con la orden de alistar el mayor número posible de ellos. Era de todo punto necesario aumentar la escuadra combinada, especialmente en lo que a navíos de tres puentes se refiere, si se pretendía oponerse a los bótanos en la mar con alguna posibilidad. Y si cuadraba la situación, debía el general Salcedo intentar incorporarse en la bahía con su escuadra de Cartagena, lo que no se había podido llevar a cabo por causa del bloqueo mantenido por Bickerton sobre el puerto Mediterráneo. Tal y como suponíamos, se trataba de ingente tarea la encomendada a Álava, tanto respecto a la necesidad de pertrechos, haberes y armamento como, el punto capital y madre de los problemas, encontrar el personal necesario para dotarlos.

En el arsenal y puerto gaditano, Álava encaró la tarea con ambiciosa determinación, incluso en la caza del marinero, como se llegó a denominar su política de personal. En primer lugar, intentó reunir los desertores de la escuadra de Gravina, una lacra que se extendía por las diferentes unidades de la Armada sin mengua en el tiempo, así como llevar a cabo las levas necesarias, embarco de infantes y artilleros del Ejército, hasta el extremo de tomar los hombres de las almadrabas una vez finalizado el tiempo de sus pesquerías. Y en cuanto a las unidades, escogió para su alistamiento inmediato a los navíos Santísima Trinidad, con cuatro puentes y 136 cañones desde las importantes obras sufridas tras el combate de San Vicente, el Santa Ana, de tres puentes, y los de dos baterías Bahama, Glorioso, Castilla y San Leandro, quedando para una segunda posibilidad los Rayo, San Justo, Vencedor y Miño, así como las fragatas Atocha, Paz y Águeda. Al mismo tiempo, tomaba a su cargo la organización de las fuerzas sutiles, necesarias para la defensa de Cádiz ante un posible ataque británico, anunciado repetidas veces. Y una vez la escuadra del general Gravina fondeada en la bahía, Álava se presentaba a don Federico para ponerse a sus órdenes.

Sin embargo y aunque no lo atisbaran de puertas a fuera, andaba don Federico con la mente atravesada en una particular gestión desde las últimas jornadas sufridas en Ferrol. Fue en aquel mismo día, el siguiente a nuestra arribada a Cádiz, cuando el general nos reunía en su cámara a Escaño y a mí, sus más directos colaboradores, para entrar en detalles sobre un tema muy personal que normalmente encaraba en solitario. Con gesto serio y cierta ansiedad reflejada en el rostro, pasó a comunicarnos una noticia que consideraba del máximo interés.

—Como os dije el día que abandonamos la ría de Ferrol, he escrito una muy meditada nota privada al príncipe de la Paz. Sabéis bien que os considero con una lealtad y colaboración a toda prueba, razón por la que quiero haceros partícipes de

ella, con la obligada discreción. Es, sin duda, una de las más importantes y sinceras cartas que he encarado a lo largo de mi vida, razón por la que me gustaría escuchar vuestra opinión, desinteresada y honesta como siempre.

Tomó de su mesa un par de pliegos con gesto cansado. Observé un ligero temblor en sus manos, lo que era condición variable en intensidad pero permanente desde que sufriera aquel ataque de perlesía en Cartagena, en octubre de 1795, del que, en mi opinión, nunca se recuperó del todo. Comenzó a leer con voz insegura, como si se presentara ante superior tribunal. Les comentaré a continuación solamente las partes principales del escrito.

Mi estimadísimo Príncipe, mi Jefe y Favorecedor. Como verás de oficio, hemos llegado aquí felizmente y pasado entre las escuadras inglesas de Nelson y Calder antes de verificar ellos su reunión, en cuyo caso eran superiores a nosotros, a causa del crecido número de navíos de tres puentes que tienen en sus escuadras.

... pero con sinceridad y franqueza tengo el sentimiento de ver que no merezco tu confianza; sin ésta, conozco que sería perjudicial al servicio del Rey que yo continúe con el mando de esta Escuadra; yo iré gustoso a las órdenes de Grandallana o de Álava como voluntario.

No puedo menos de decirte que sentí tu oficio de contestación al mío pidiéndote pasar al navío Príncipe de Asturias; me conformé; pero sentí tu oficio a Grandallana y me incomodó mucho que el pasándome copia me pidiera en una carta de amistad que lo hiciese notorio a la Escuadra aliada y a la nuestra...

... creía haberte dado una prueba no equívoca de mi ciega obediencia y buen deseo de cumplir tus órdenes, pero al ver cómo escribes de oficio a Grandallana y que no me escribes ni un solo renglón de amistad, me hace conocer no merezco tu confianza. Sin ésta es imposible que mande, porque estaré siempre titubeando o irresoluto en las determinaciones que deba tomar, y eso sería muy perjudicial al servicio del Rey, así que de nuevo te pido y te digo, que mande Grandallana, que mande Álava, iré gustoso a sus órdenes como voluntario. Creo propio de mi hombría de bien escribirte con esta claridad. De comandante como de voluntario cumpliré siempre gustoso tus órdenes.

... Te estimaré me pongas a los pies de SS. MM. y de todas maneras quedo siempre tu sincero amigo.

Conforme don Federico desgranaba estas palabras, sentía un evidente malestar en la boca del estómago, muy cercano a la vergüenza. Sin querer, imaginaba los pensamientos y comentarios que mi gran amigo Pecos habría pronunciado en aquellos momentos, imposibles de repetir en público. Pero la sensación negativa en las tripas

se acrecentaba en el momento de comparar actuaciones y conductas. Veía ante mí a dos hombres, dos caminos diferentes de enfocar una carrera en la Real Armada. Por una parte, don Antonio de Escaño, hombre estudioso y cultivado en las publicaciones profesionales, extraordinario táctico y maniobrero, había demostrado ser un excelente comandante de buque. Ahora en el puesto de mayor general, próximo a cumplir los 53 años, cargaba sobre sus hombros con callada humildad la verdadera responsabilidad profesional de la escuadra del Océano, habiendo sido ascendido al empleo de jefe de escuadra por milagrosa coincidencia. Este gran hombre escuchaba, sin pestañear, lo que, con seguridad, consideraba como dolientes palabras de un servil cortesano, el general Gravina que contaba con 48 años de edad, siete menos que él. Sin embargo, don Federico, con escasa formación académica y profesional, había alcanzado el empleo de teniente general cuando contaba solamente con 36 años. Se trataba de una meteórica carrera sin servicios de categoría que lo acreditaran, algunos propiciados por las más altas magistraturas, sin olvidar aquellos extraños rumores de especial querencia de Su Majestad, con motivos encerrados en sobre lacrado a los que, por mi parte, no daba crédito. Y a esa negativa comparación se sumaban los sentimientos de agradecimiento y lealtad que debía cumplir por mi parte con el general Gravina, a quien mucho debía, lo que me hacía sentir mal, muy mal.

Se mantenía el silencio, como si fuéramos incapaces de contestar a la pregunta que nos formulaba don Federico, ofrecer nuestra opinión sobre una carta que debía quedar en su recado personal. Escaño, más valiente en esas lides, intentó una salida.

—La verdad, señor, se trata de una carta privada a un amigo, aunque éste detente la máxima autoridad de la nación y, en mi opinión, haya actuado en diversas ocasiones con escasa amistad hacia su persona. Ya le desaconsejé en su momento la petición de permiso para una acción normal que no la requería. Aunque es posible que me equivoque, esas palabras que le dirige en estos momentos al príncipe de la Paz, podrían ser consideradas como un deseo de que se decante definitivamente por un mando, y se lo otorgue a su persona sin cortapisas. A no ser, claro, que intente que Su Majestad aclare el asunto —Escaño dirigió la mirada hacia sus manos, tocando la superficie del cristal sin mancharlo—. Echo de menos en esas líneas, señor, hablarle al príncipe y amigo —recalcó de forma especial esta última palabra—, de la ofensa recibida en Ferrol, que así entiendo las acciones con los oficios enviados, al tiempo que le impedía ejercer las funciones que las ordenanzas le otorgan como comandante general de la escuadra, y quedar vejado a la vista de propios y extraños por un general más moderno que, no debemos olvidar, llevó a cabo una actitud indigna contra quien era su superior, y que el mismo príncipe como Generalísimo debería haber reprendido.

Gravina pareció decepcionado por aquellas palabras, como si esperara un acuerdo o ratificación absoluta a su misiva. Creí que era el momento de tomar partido.

—Estoy de acuerdo con las palabras pronunciadas por Antonio de la primera a la última, señor. Debería ser más duro con el príncipe de la Paz si, en verdad, lo

considera su amigo, cualidad que cuesta creer tras la experiencia sufrida en Ferrol, sin olvidar otras anteriores que viví a su lado. En cuanto a lo de servir bajo el mando de Grandallana o Álava, sabéis muy bien, así como el príncipe, que se trata de un imposible por prestigio y antigüedad. Le recuerdo que no es un oficio lo que ha redactado, sino una carta privada y personal, aunque lo que se escribe, escrito queda y puede ser usado en negra vuelta.

En contra de lo que esperaba, don Federico nos obsequió con una abierta sonrisa, al tiempo que masajeaba su cabello, antes de enhebrar sus palabras.

—Qué fácil se contempla la vida desde la cubierta de un buque. Mucho he lidiado en nuestra Corte, así como en otras extranjeras, y podéis estar seguros de que allí nada es del color que aparenta. Pero os agradezco vuestra sinceridad. De todas formas, no esperaré a la contestación del príncipe para continuar asumiendo mis obligaciones, desde luego. Que decida lo que estime oportuno. ¿Cómo sigue el alistamiento?

El brusco cambio de tema nos pilló con paso cambiado, por lo que necesitamos algunos segundos de acondicionamiento mental.

—Con problemas, señor —atacó Escaño—. Es especialmente preocupante la falta de personal profesional, como bien sabe, aunque mucho se apriete desde todas las Instituciones y recibamos un apoyo incondicional del Ejército, al menos de voz. He hablado con algunos comandantes, cuyas opiniones bajan los ánimos a la sentina. El brigadier Alcalá Galiano me comentaba que en su buque, una vez fondeados, suelen tardar tres horas y media en aferrar el aparejo, para quedar en mal estado de todas formas. Y muchos otros desesperan en parecido sentido. Como decía el general Álava al príncipe de la Paz en un oficio sobre el tema, después de diez años sin un solo ejercicio de mar, no es fácil luchar contra escuadras en permanente bloqueo y mantenidos en la mar 365 días al año. En cuanto al alistamiento de los buques, y sin contar los que ya podemos considerar listos para integrarse en la escuadra con las limitaciones expuestas, andan con posibilidades cercanas el Santa Ana y el Rayo, dos navíos de tres puentes que nos llegan como bálsamo de enfermo.

—Por cierto, ¿qué ha sido del navío Glorioso? Según tengo entendido, fue el primero en quedar alistado.

—Así es, señor, y pasó a la bahía con órdenes de navegar para llevar a cabo prácticas de su personal. Los primeros informes de su comandante fueron terribles, es cierto, con la mitad de la dotación desnuda y sin ánimo alguno de aprender su oficio. Por fin, más entrado en cuadernas, se le encomendó la protección de un convoy que navegaba hacia Sanlúcar, escoltado solamente por unos faluchos cañoneros, ante la presencia cercana de una fragata y dos bergantines británicos, sin alejarse más de lo necesario. Mantuvo un ligero escarceo con la fragata sin consecuencias, y se creía que regresaba a la bahía cuando entró la noche. Y nada más se supo de él. Parece ser que tras azarosas experiencias, arribó a Santa Cruz de Tenerife en el mes de junio. Y eso es todo lo que sabemos hasta ahora.

—Se nos presenta un duro trabajo por la proa. Espero que el almirante francés no ande con prisas.

—No puede andar con ellas, señor —expuse con decisión, que ya imaginaba la dirección por donde nos llegaba la bala—. Las dotaciones que navegaron por las Antillas entraron en cuerdas de mar. Los que se agregaron en Ferrol están más verdes, pero mejoran día a día. Pero los navíos que se nos incorporan en Cádiz se encuentran como un monaguillo de pueblo en misa catedralicia concelebrada. Esos buques deben hacer ejercicios en puerto a ritmo largo, antes de pasar a los marineros en la bahía. Y mucho ejercicio de cañón si se consigue la pólvora necesaria.

—Ya lo sé, Francisco, ya lo sé. Pero las condiciones se pueden volver en nuestra contra de la noche al día. Por desgracia, cualquier desatino o aceleración se puede esperar del emperador y del propio Villeneuve.

—Allá él con sus buques, señor —alegó Escaño con gesto enojado.

—Sabéis que eso es imposible. Estamos ligados a su suerte, amigos míos, queramos o no.

En aquel momento habría deseado preguntar a Gravina si estábamos ligados a Villeneuve por orden superior tajante, o era él quien, como había escrito la semana anterior, seguiría los pasos del francés allá donde fuera necesario. Pero callé de momento, que ya llegaría la ocasión de andar en fuegos si entraba la mar por troneras. Como parecía que se daba la sesión por finalizada, abandonamos la cámara con cierto regusto amargo, aunque nada comentara con Escaño, que era mucha la faena abierta en el horizonte y a ella debíamos dedicarnos.

Las noticias comenzaron a llegar a ritmo de pedrero corto y sin descanso. El príncipe de la Paz, fiel a su norma de actuación, cínica y desproporcionada, quitaba hierro a la carta de Gravina. El día 26 dirigía un oficio en el que le otorgaba el mando general de las fuerzas navales presentes en Cádiz, ampliándole las facultades concedidas hasta el momento. En el ejercicio de sus prerrogativas podía disponer de libertad absoluta para reorganizar los mandos subalternos de la escuadra, las mayorías generales y los mandos de los buques, con la obligación de informarlo al punto de todo detalle. Según me comentó el general Reille, podía haber influido la comunicación en tal sentido del general Lauriston al emperador, informándole del altercado habido en Ferrol y de lo poco que estimaba a Grandallana, por considerarlo contrario a los intereses franceses. Sea cual sea la razón, Gravina quedó encantado, aunque la carta de Godoy, de escasas líneas, fuera de las de marea superficial. Pero como Escaño y yo andábamos con la suficiente sabiduría en el tema, estimamos que tras la misiva de Godoy aparecía la mano de Su Majestad, siempre dispuesto a favorecer a don Federico.

Por fin pudimos trasladar la mayoría general de la escuadra al navío Príncipe de Asturias, con lo que fue posible ensanchar los cuerpos y respirar con hondura. Sin embargo, don Federico Gravina concedía cinco días de generosa cortesía al general Grandallana, retardando la ceremonia del izado de su insignia en el navío de tres

puentes hasta el 31 de agosto, una deferencia que yo, Francisco Leñanza, jamás habría cumplido. Porque no debe alimentarse al cerdo con flores y azúcar. Al mismo tiempo, don Federico nombraba al teniente general don Ignacio María de Álava como segundo cabo de la escuadra. Por su parte, el general Grandallana era llamado a Madrid, donde desempeñaría un alto cargo como persona muy querida en la Corte, acabando por ser nombrado Consejero de Estado.

Para marcar alguna nueva personal, tuve noticias de María Antonia, varias cartas de una sola andanada y con diferencia de varios meses en su envío. Pero no cuadraban al gusto del alma, bien lo sabe Dios. Mi hijo Francisco había reincidido en las fiebres y pasado momentos de difícil trance, con noches en delirio que acongojaron a mi pobre mujer. Por fortuna, parecía que la situación se aclaraba y los galenos consultados eran optimistas, aunque la convalecencia debería alargarse demasiado tiempo. El pobre joven desesperaba por no poder encontrarse a bordo de un buque en una contienda de tal importancia, un sentimiento que comprendía. Le contesté con todo mi cariño y agradecimiento, pero la tarea que nos colgaba de la espalda era de tanto peso que no podía soñar en una escapada a la Corte de momento. Y aunque Setum intentara abrir la luz en esperanzas, no me gustaba el cariz porque no era Francisco de gran fortaleza física y propenso en exceso a las enfermedades.

Para compensar la rasa negra, me llegaron noticias alentadoras por la otra banda. El general Álava, sabedor de mi especial interés en el tema, me confirmaba que parte de las dotaciones de las fragatas apresadas por los británicos, aquella monstruosa acción más propia de bucaneros que nos forzó a entrar en guerra, habían llegado en el mes de abril a Santoña en un buque parlamentario británico, mientras el resto lo hacía al de la Coruña del 14 al 17 de agosto, poco después de nuestra partida. Pero en lo que me afectaba directamente, el teniente de navío Miguel Sierra, de la fragata Medea, había sido canjeado por el británico del mismo empleo John Burney, comandante del cúter Fair, apresado por el corsario español San Pedro. Y en el mismo bloque del trueque, el alférez de navío Leñanza, mi hijo Gigante, era emparejado al destino del alférez de navío Stanley, llegando al puerto de Lisboa tres semanas atrás. Y sin pensarlo un solo momento, el muchacho giraba visita a la Secretaría de Marina, con ánimo de descansar unos días en la familia. Pero al saber de la estancia de la escuadra en la bahía gaditana y su posible salida, solicitaba con rapidez el embarco en ella. Apareció en Cádiz a finales del mes de agosto, siendo destinado para mi sorpresa al navío Santísima Trinidad, que mandaba mi buen amigo el brigadier Francisco Javier de Uriarte y de Borja. Había sido expreso deseo suyo y lo consiguió sin mi auxilio, aunque el apellido contara al presentar la petición. El joven parecía desear seguir mis aguas en la Armada. Setum, como era de esperar, aplaudió la decisión del muchacho.

Sentí una gran alegría al abrazarme pocos días después con Gigante, quien ya era un hombre hecho y derecho, con renovadas ansias de entrar en combate contra el inglés y, según sus propias palabras, vengar la afrenta sufrida en la fragata Fama. No

obstante, reconocía haber sido tratado en Inglaterra con extrema cortesía y recibido sus haberes al día, un detalle difícil de conseguir en nuestra Armada. Porque a pesar de las exigencias del general Gravina, el príncipe de la Paz contestaba con la conocida cantinela de la escasez de efectivo en las arcas del Estado, por lo que no había muchos reales para las pagas, que se entregarían al personal cuando fuese posible. Tan sólo se podían mantener las gratificaciones de mesa y otros gastos indispensables. También me traía Gigante noticias de su hermano Francisco, siendo optimista de cara al futuro, aunque a esa edad todo se ve del color de las flores y por mi parte me mantenía con los humores en negro.

El alistamiento se mantenía en vivo, con trabajo a fondo en el arsenal gaditano. También los 18 navíos, cinco fragatas y tres bergantines del almirante Villeneuve eran reparados en sus necesidades al punto, una eficacia ordenada desde las alturas. Al mismo tiempo se embarcaban víveres en las unidades de las dos escuadras, una acción más lenta en nuestro caso porque no sobraban los dineros y los millones de reales volaban a disposición de comerciantes. Pero la peor de las noticias, por lo que suponía de peligrosa aceleración, nos la ofreció Gravina una mañana, tras reunirse con el almirante francés.

Hablábamos de nuestro alistamiento como tantas otras veces en su cámara, repleta la mesa de trabajo con partes, estados de fuerza y mil expedientes, así como los nombramientos de comandantes para las diferentes unidades, cuando alegué que necesitábamos tiempo, petición que corroboró Escaño con un movimiento de cabeza.

—Es condición más que conocida por todos, amigos míos. Pero no sé si dispondremos del tiempo necesario porque, sencillamente, temo la reacción del emperador tras su monumental disgusto.

—¿Disgusto? ¿A que se refiere, señor? —Escaño no quería perder una sola noticia.

—Resulta que al cambiar el rumbo de la escuadra y aproar al sur, hemos perdido una gran oportunidad, un detalle que, con sinceridad, desconocía. Con los movimientos de las escuadras inglesas y los nuestros, aunque éstos últimos fuesen más propios del azar y no de forma predeterminada, habríamos podido embocar el puerto de Brest sin problemas. Tras los envíos de escuadras inglesas de una parte a otra, cuando Villeneuve decidió arrumbar hacia Cádiz, en el Canal se encontraba solamente el almirante Cornwallis con 17 navíos, a los que podíamos haber superado con nuestros 29 y proseguir el plan previsto.

—También podrían habernos bloqueado en ese puerto.

—O no. Cuando Bonaparte, por carta del general Lauriston, supo que la escuadra combinada se dirigía hacia el puerto de Brest, se sintió eufórico, muy propio de su carácter, suponiendo que la división de Allemand se había incorporado a nosotros. Y sin perder un minuto, ordenó al almirante Ganteaume salir a nuestro encuentro, al tiempo que ordenaba prepararlo todo en Boulogne para el pretendido desembarco. Por esta razón, cuando su ministro de Marina le contó la carta recibida de Villeneuve

con las dudas y vacilaciones sobre su punto de destino, así como su pesimismo general, estimó que no procedería hacia Brest. Ya os podéis figurar la reacción de Bonaparte, que no se anda con chiquitas. Con voz en grito, reprochó a Decrés que le hubiera propuesto a semejante hombre para mandar la escuadra. Y no contento con esto, le espetó a la cara las siguientes palabras: Vuestro amigo Villeneuve no es capaz de mandar una fragata. Es una persona sin resolución y sin valor moral. Y si se atreve a marchar hacia Cádiz, ordenadle que una vez incorporados los navíos españoles allí alistados, salga a la mar y arrumbe al canal de la Mancha.

—En ese caso —comenté con alegría—, cuando haya tenido conocimiento poco después de las condiciones favorables en el Canal por esos días, y la decisión de Villeneuve de arrumbar a Cádiz, será capaz de agarrotarlo con sus manos.

—Decrés dejó pasar algunos días, para convencerlo de que era contraproducente la marcha de la escuadra hacia el Canal, por lo que debía retrasar el plan del desembarco en Inglaterra. Y cuando le aclaró que la escuadra combinada había entrado en Cádiz de forma definitiva, el emperador decidió pasar a otros temas y apartar la guerra naval de su mente por unos días. Pero, sinceramente, creo que la suerte del almirante Villeneuve está echada, y a la banda contraria. Además, no debemos olvidar que el general Lauriston echa avispa al puchero cada día, que sólo hay que verlos en una misma cámara para comprender cómo anda el tema de su relación personal. Entre otros comentarios, y esto lo sé de forma reservada, el general comunicó al emperador que no comprende cómo el ministro Decrés, que sirvió bajo las órdenes de Villeneuve, pudo proponerlo para un mando de tal importancia. Porque, en su opinión, sucumbe bajo el peso de una responsabilidad superior a sus fuerzas, al tiempo que ha perdido el crédito entre sus comandantes y oficiales, así como entre todos los españoles. Y no acaban ahí los comentarios negativos.

—¿Todavía más, señor? —preguté en media chanza.

—No lo tomes a broma que puede pasarnos factura, Francisco. Parece que el emperador le ha escrito textualmente a su ministro de Marina: Presumo que estaréis tan indignado como yo por la infame conducta de Villeneuve. Tan confuso me encuentro, que no puedo explicarme, ni concebir, cómo ha sido tan torpe para exponer del modo que lo ha hecho la escuadra de Allemand. No hallo otra razón que la falta de valor para no marchar a Brest, la cual le hizo pensar que no debía reunirse con la escuadra de Rochefort. Os ruego que no me habléis palabra de asunto tan humillante, y que no traigáis a mi memoria el recuerdo de hombre tan cobarde.

—Esa es una andanada de a 36 —musitó Escaño—. La verdad es que siento pena por este hombre aunque, en verdad de cielos, se lo ha merecido.

—Desde luego —corroboré con rapidez.

—No es tan fácil mandar escuadra en estas condiciones y con un emperador que pretende ordenar el rumbo y aparejo de cada nave. Villeneuve ha sufrido mucho y no debemos tildarle de cobarde, porque no lo es.

La verdad es que tanto Escaño como yo no comprendíamos esa debilidad de don

Federico por el francés, tras habernos dejado bajo los cascos de los caballos en el combate del cabo Finisterre y días siguientes. Pero así era nuestro general, con detalles que se salían de la norma y eran de difícil catalogación. Para torcer el tema, salió con una noticia inesperada.

—Su Majestad el Rey ha condonado la pena de muerte a los cuarenta desgraciados que se amotinaron en el navío San Juan Nepomuceno, condenándolos a ocho años de presidio.

—Fue el propio comandante, Churruca, quien así lo solicitó —entró Escaño—. Y debemos andar con cuidado, que parece haberse roto una norma excelente en nuestra Armada con tales sucesos. Los ingleses están muy habituados a los motines a bordo de sus buques, aunque acaban colgándolos de la verga mayor sin dilación.

—El caso es distinto, Antonio —Gravina quitaba hierro a la situación—. No fue un amotinamiento por no recibir pagas o sufrir penalidades a bordo. Los soldados de marina tomaron las armas para evitar que fueran puestos en el cepo tres de sus compañeros, como había ordenado el comandante. Creo que la solución ha sido razonable.

Aunque por mi parte estimaba que esos casos debían cortarse a fuego y con rapidez, era cierto que Gravina era una persona bondadosa. Sin tocar más el tema, nosotros seguimos con lo nuestro, que no era marea corta, aunque las palabras sobre las prisas posibles del francés en salir a la mar no tranquilizaran el ánimo. Porque cualquier persona razonable comprendería que en las condiciones actuales, las posibilidades del arsenal gaditano y su departamento se veían desbordadas ante fuerza tan numerosa, con infinitas exigencias y en una etapa de la Real Armada donde la maestranza y los profesionales se habían perdido en gran medida.

Puedo comentar como detalle anecdótico, que con motivo del día de la Reina Nuestra Señora, ofreció Gravina en su morada gaditana un espléndido almuerzo a todos los generales y comandantes de la escuadra combinada, así como jefes del ejército expedicionario embarcados, hasta cubrir los setenta cubiertos, con el mayordomo Mazanini a punto de entrar en pérdida locura. Y para sorpresa de todos, no asistió el general Grandallana que todavía se encontraba en el Puerto de Santa María, aunque todos imaginaban las razones. El general Lauriston dio el primer brindis a la salud de Nuestros Augustos Soberanos, al que correspondió don Federico con otro por Sus Majestades Imperiales. Y en ese preciso momento, tanto la escuadra española como la francesa, empavesadas y engalanadas, ofrecían los tres saludos que determina la Ordenanza. Debo reconocer que el Gravina cortesano era bien conocido por sus agasajos, al punto de utilizarse la frase de estoy hecho un Gravina en dar convites. Por fortuna para él, siempre se aceptaban los nada recatados gastos de mesa que había requerido en sus diferentes comisiones. Como pueden comprobar, no todo eran penurias en la escuadra.

Aunque mucho se insistía en que la escuadra de Cartagena, bajo el mando del general Salcedo, se uniera a la de Cádiz, era cuestión que tomaba peor cariz cada día,

hasta llegar a ser considerada como misión imposible. Porque la escuadra inglesa de bloqueo aumentaba poco a poco, hasta alcanzar en los últimos días de agosto los 27 navíos, y en los primeros de septiembre 29. Tuvo su oportunidad semanas atrás y se perdió por esas vacilaciones que tanto nos atacan, con órdenes y contraórdenes otorgadas desde puestos lejanos.

Como el general Gravina se había propuesto un número mínimo de 15 navíos, intentó que se sumaran la mayor cantidad de los de tres puentes, pensando en los que podía oponer el inglés. Por esta razón, se sumó a la lista en alistamiento el Santa Ana, con sus 120 cañones. Y como de la lista se caía el Terrible por sus problemas de maniobra, se sumaba el Rayo, un tres puentes más con un porte de 100 cañones. Para encontrar personal suficiente se desarmaron, aparte del citado navío, algunas fragatas y corbetas, porque era el momento en el que ni en los campos podía encontrarse un alma para embarcar en la escuadra.

El mes de septiembre fue uno de los que recordaré toda mi vida, porque nada es peor que luchar contra lo imposible e intentar conseguirlo, que así navegaba nuestra faena. Por fin, si no se producía ningún problema de índole mayor, los buques que deberían quedar alistados cuanto antes bajo el mando del general Gravina eran 15, tal y como deseaba. Con gran poder artillero destacaba el Santísima Trinidad, único en el mundo de cuatro puentes, aunque sufriera en mis carnes sus problemas de maniobra en el combate de San Vicente. Pero corrida su última cubierta y alcanzados los 136 cañones, componía una verdadera fortaleza artillera. A continuación aparecían los de tres puentes Príncipe de Asturias, de 118, Santa Ana, de 120, y Rayo de 100. Y por último, remataban la escuadra los de dos puentes Argonauta (92 cañones), Montañés (80), San Agustín (80), Neptuno (80), Bahama (74), San Juan Nepomuceno (74), Monarca (74), San Francisco de Asís (74), San Ildefonso (74), San Justo (76) y San Leandro (74). Todas las artillerías habían sido aumentadas, especialmente con obuses, marcando de esta forma algunos navíos portes superiores a los habituales, lo que no siempre reportaba beneficios. Hice esta relación a Gravina, mientras Escaño corroboraba mi declaración.

—La escuadra combinada es poderosa —alegó Gravina que aquella mañana, a mediados de septiembre, se encontraba de buen humor.

—Pero no debemos mentirnos, señor, que la realidad es terca y salta a la vista. Los navíos de Cádiz se hallan con el personal en un grado de adiestramiento mínimo, y de ellos, los últimos alistados, Santa Ana, Rayo y San Justo, podrán mantenerse en una línea de combate con esfuerzo, pero su capacidad en combate será muy escasa.

—Es así aunque nos duela. Por el contrario, los britanos que nos esperan a la puerta —Escaño señalaba hacia la boca de la bahía—, con la llegada de Nelson parece que disponen de 30 ó 31 navíos, ocho de ellos de tres puentes. Y como bien sabemos, con un adiestramiento de mar y guerra extraordinario. Es penoso reconocerlo, pero nada tendríamos que hacer ante una fuerza así.

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero es posible que se nos exija un sacrificio.

Por una parte, Villeneuve ha recibido nuevas instrucciones del emperador, en el sentido de que salga a la mar en cuanto se le ofrezca una oportunidad favorable. Deberá dirigirse al Mediterráneo, recoger la escuadra de Salcedo en Cartagena y aproar hacia Nápoles, para llevar a cabo apoyo a las operaciones terrestres. A continuación navegaremos a Tolón, para alistar los buques que lo necesiten.

—¿Para alistar en Tolón? —preguntó Escaño con cierto tonillo jaranero—. Eso será si no nos destrozan los ingleses antes. Debemos mantenernos aquí hasta que se dispersen. Y por supuesto, continuar con la defensa de la bahía, que los ingleses son capaces de intentar forzar la entrada.

—No es ésa la peor noticia —Gravina parecía dudar—. He recibido una comunicación reservada del príncipe de la Paz, en la que me indica la orden firmada por el emperador para llevar a cabo el relevo de Villeneuve por el almirante Rosily, quien en pocos días saldrá para esta plaza. Y aunque se intenta mantenerlo en secreto, como Villeneuve tenga noticia puede ser capaz de..., en fin, de precipitar la salida aunque no fuese el momento oportuno.

—Ya sabéis, señor, mi opinión sobre el almirante Villeneuve —intervino Escaño con seriedad—, pero no lo creo capaz de una acción temeraria, llevar al descabro a la escuadra combinada por un motivo personal.

—También quiero pensar en ese sentido —Gravina parecía desanimado, como si sus pensamientos se encontraran muy lejos—. Entrando en otro tema, debo deciros que en el plan del emperador, hay un punto que mucho me hace sufrir, aunque se trate de un asunto personal. Quiero que lo sepáis, como se lo he indicado al príncipe de la Paz. Si hemos de efectuar hostilidades contra el rey de Nápoles, hermano de nuestro Señor don Carlos, me crearía un grave problema de conciencia. ¡Contra mi patria no voy!

—Su patria es España, señor —arguyó Escaño con decisión extrema.

—Entiéndeme, Antonio —Gravina movía las manos con nerviosismo—. Me siento español por los cuatro costados y he servido al rey de España a lo largo de toda mi vida prácticamente. Pero soy palermitano de nacimiento y, por lo tanto, Nápoles también es mi patria. Por esa razón, ya le comuniqué al ministro Decrés que si el Rey llegara a ordenarme marchar contra esa nación, le suplicaría me hiciese la gracia de darme otro destino.

—¿Otro destino? —me salieron las palabras sin pensarlo, incapaz de creer lo que escuchaba—. No puede decir eso, señor.

—Francisco, soy consciente de que el Rey me ama en gran medida y debo estar agradecido por las muchas mercedes recibidas de su mano, aunque algunos creen que me llegaron por vía de don Manuel Godoy, nada más lejos de la realidad. Por esa razón, Su Majestad debe evitarme el duro sentimiento de ir contra mi patria. Espero que el príncipe me ofrezca garantías en ese sentido.

Aquellas palabras nos dejaron en sepulcral silencio, y no era para menos la moneda largada al aire. En mi modesto entender, como minutos después explicaba a

Escaño, no parecía ser el momento adecuado para elevar preocupaciones en ese sentido, que bastante nos llovía del cielo a diario. Pero así se embastaba la maniobra a proa, con más preocupaciones de las debidas, cuando hasta un ciego habría visto que sólo debíamos pensar en el alistamiento y adiestramiento de nuestros buques, así como que fuesen capaces de combatir contra el inglés con un mínimo de posibilidades. Pero todavía restaba mucho cordero por asar, y no todo con el adobo adecuado.

20. Señal sorpresa y junta previa

Para devolvernos la paz al espíritu, el príncipe de la Paz tranquilizaba con extrema rapidez a Gravina sobre sus escrúpulos patrióticos, o ese extraño sentimiento de doble patria, tan difícil de comprender, que parecía sufrir. La verdad es que se trataba de una habitual solución en don Manuel Godoy, aludiendo a compromisos contraídos con el emperador que, en mi opinión, sólo en su calenturienta mente existían. Pero sin tiempo para otras disquisiciones, lo que pronto debimos encarar fue al renovado peligro de un ataque inglés sobre la ciudad de Cádiz y los buques de la escuadra, que desde diversas fuentes nos anunciaban, especialmente por el embajador español en Lisboa, conde del Campo de Alange. De esta forma, se reforzaron los buques franceses y españoles establecidos en la boca de la bahía, así como las fuerzas sutiles y de observación.

Entre los muchos problemas abiertos en la escuadra por los cuatro puntos cardinales, lo que más me preocupaba en los últimos días del mes de septiembre, eran las prisas que presumíamos en el almirante Villeneuve por hacerse a la mar, sin esperar el momento adecuado. Entraba dentro de lo posible que se decidiera a cumplir las instrucciones del emperador con una urgencia no habitual en él, sin esperar la ocasión oportuna ordenada, con objeto de no defraudarlo y evitar su relevo por el almirante Rosily, que debía llegar en pocas semanas. El alistamiento de los buques españoles mejoraba, pero todavía nos encontrábamos lejos de ofrecer una mínima garantía de operatividad y empleo militar en nuestras unidades. Pero también el almirante francés elevaba quejas de parecida índole a su ministro, alegando mala calidad de los víveres embarcados para tres meses de campaña, especialmente en la galleta marinera que, en alguna de sus unidades, alcanzaba los dos años de vejez. Alegaba deseo de dar la vela en la primera oportunidad favorable, de acuerdo a los deseos del emperador, aunque expresaba las especiales condiciones orográficas de la bahía gaditana y las dificultades de una numerosa escuadra para abandonarla a un tiempo, a no ser que los vientos cuadraran del NE al SE.

Entrados en el mes de octubre, el general Gravina, que se había reunido con Villeneuve durante varias horas el día anterior, convocó junta de generales de la escuadra combinada a bordo del Príncipe de Asturias, alegando que al encontrarse en aguas hispanas se debían alternar al menos los buques insignia para tal cometido. Y reunidos todos en la cámara de don Federico, fue éste quien tonó la voz, para explicar con detalle la amenaza cercana.

—Ya conocen, señores, los informes llegados de Lisboa, Tánger y Algeciras sobre posibles ataques britanos a los buques fondeados en la bahía, así como bombardeos parecidos a los que llevaron a cabo en junio de 1797. Estimo que la situación de los navíos en posición de defensa, intercalados españoles y franceses, es la idónea. Pero es mi intención reforzar las unidades menores, así como fletar barcas-

bous para avanzarlas a la boca de la bahía con sus arpeos y cadenas, situando otras en Rota preparadas para separar los posibles brulotes que nos arrojen los enemigos. También he ordenado aumentar el número de obuses y morteros en el castillo de Santa Catalina, en el Puerto de Santa María, así como los de la punta de San Sebastián, Candelaria y demás baluartes de esta plaza. En conjunto y al igual que fracasó el almirante Nelson hace ocho años en los sucesivos ataques llevados a cabo contra la bahía gaditana, estimo que la escuadra combinada se encuentra bien segura en estas aguas.

—Me parecen muy acertadas las medidas que anuncia y las aplaudo sinceramente —contestó Villeneuve con extrema cortesía, mostrando una sonrisa que escondía como norma habitual—. Por nuestra parte, aumentaremos las unidades menores armadas de la escuadra francesa, para que sean coordinadas bajo su dirección. Entiendo que deben operar bien a la vista durante el día, que sean observadas por los informadores ingleses y, de esta forma, los disuadan de un posible ataque. Por cierto, general Gravina. ¿Se ha confirmado la presencia del almirante don Horacio Nelson en la escuadra de bloqueo?

—Así es, señor almirante —contestó Escaño sin dudarle un segundo—. Nelson entró en Gibraltar el día 27 del pasado mes, con un navío de tres puentes y tres más de 74 cañones. Tras incorporarse, ha tomado el mando de la escuadra del bloqueo por fuera de la bahía, con lo que podemos asegurar que manda un conjunto de 32 navíos, entre ellos ocho o nueve de tres puentes.

—Pero nuestras fragatas en descubierta no han llegado a avistar el cuerpo fuerte de su escuadra, tan sólo una división avanzada de cinco navíos y algunas fragatas —alegó el almirante Magon con rostro escéptico.

—Es el modo habitual de bloqueo que utiliza el almirante Nelson. Ordena mantener el grueso de su escuadra por fuera de las torres de vigía, salvo esas pequeñas divisiones que se alternan en el tiempo, de acuerdo al viento reinante —continuó Escaño—. También se observan buques menores, en continuo trasiego hacia el oeste, supongo que para mantener informado a su almirante de los movimientos o preparativos de la escuadra combinada. Por nuestra parte hemos ofrecido primas a los pescadores, si nos ofrecen información de interés sobre la escuadra enemiga. Estimo que, como norma, el cuerpo fuerte se mantiene a unas cincuenta millas al sudoeste de la bahía, aunque mantienen permanente movimiento hacia los puertos de Gibraltar y Lagos para reponer víveres y aguada.

—Bueno, también nosotros disponemos de una poderosa escuadra —musitó Villeneuve en un suave murmullo—. Ya se encuentran en estas aguas 33 navíos, 18 franceses y 15 españoles.

—El navío Santa Ana, que con sus tres puentes no es de desdeñar, bajó ayer a la bahía, con lo que se completa el cupo —entré en el tema con confianza—. Como dice, señor, sumamos 33 navíos, de ellos cuatro solamente de tres puentes o más, todos españoles.

Aunque el almirante Dumanoir diera un respingo con su habitual gesto de superioridad al escuchar mis palabras, debió tragar estopa en seco, porque no admitía dudas mi información. Los franceses ofrecían 18 navíos a la combinada, pero en número de bocas de fuego a disposición los superábamos. Y si nuestras dotaciones no se encontraban al día de adiestramiento, es cierto, tampoco las francesas podían elevar cantos de gloria.

La junta entró en comentarios de otras necesidades, como los víveres para la escuadra francesa. Villeneuve solicitó auxilio en tal sentido, que le fue ofrecido dentro de nuestras posibilidades. Pero antes de finalizar y sin que se le requiriera para ello, Escaño elevó su voz.

—En cuanto a una posible salida de la escuadra combinada en la primera oportunidad favorable, que así rezan las instrucciones del emperador según nos han manifestado, debemos tener en cuenta las dificultades de abandonar esta bahía. No podemos olvidar que la escuadra británica situada puertas afuera, dispone de un crecido número de navíos de tres puentes, unas unidades que en un reducido espacio y fieles a su táctica, encierran mucha fuerza. Con vientos del oeste no es posible que todos los navíos abandonen la bahía en seis horas de marea favorable. Y con vientos de levante, que suelen ser recios, se nos impediría la progresión hacia el Mediterráneo que es la meta perseguida. La mejor oportunidad sería con vientos de componente norte —Escaño sabía que refutaba la opinión de Gravina con este comentario—, o que un temporal de orden separe a la escuadra enemiga las suficientes millas.

—El general Escaño tiene razón en sus palabras —aclaró Gravina con seguridad.

Se dio por cancelada la junta mientras, una vez más, admiraba el análisis y rotundidad en las exposiciones de don Antonio de Escaño, imposibles de refutar. Y aunque no lo expusiera en la junta por vergüenza propia, esa misma mañana había conseguido que el general Gravina solicitara un crédito excepcional al capitán general de la provincia, para comprar lo mínimo en cuanto a vestuario, por encontrarse la marinería de nuestra escuadra medio desnuda y entrando en tiempos fríos. Pero ya saben los que han leído alguno de mis cuadernillos, que ésa era una de las asignaturas pendientes en la Real Armada desde muchos años atrás.

Metidos en faena hasta los ojos, la primera sorpresa de grado la recibimos en la mañana del día 7. Nos encontrábamos reunidos Escaño y yo con el general Gravina en su cámara, cuando entró el capitán de navío Ayalde, que ahora cumplía también destino como segundo comandante del Príncipe, agitado de manos.

—Mi general, el buque insignia francés ha izado señal de prepararse para dar la vela.

—¿Prepararse para dar la vela? —Escaño parecía no haber comprendido las palabras—. ¿No se mantiene el viento de levante y bonancible?

—Así es, señor.

—No lo comprendo, porque nuestro general mantuvo ayer nueva reunión con el almirante Villeneuve y gozábamos del mismo viento. Además, sabe de primera mano

que a tres o cuatro de nuestros navíos les faltan algunos días de acoplamiento como mínimo imprescindible. ¿Qué decide, señor? —Escaño, que parecía haber hablado consigo mismo, se dirigía ahora a Gravina.

—El almirante me comunicó ayer que se veía obligado a salir de puerto para acoplarse a las órdenes de su Gobierno. Tan sólo le pedí que celebrara una reunión de generales y comandantes a bordo de su insignia, para abordar las prioridades en caso de combate, así como exponer y discutir las formaciones a establecer en la salida y marcha posterior. Pero si ha izado esa señal, debemos repetirla de inmediato para nuestros buques.

Quedamos mudos, porque nada nos había comunicado don Federico de la citada conversación y los extremos expuestos. Escaño, con la voz cambiada, se limitó a comentar.

—Será necesario avisar a todas las fuerzas sutiles desplegadas por la bahía para que abandonen sus puestos y se reincorporen los hombres a la escuadra sin perder un solo minuto.

—Mientras se reincorpora el personal, preparen mi falúa. Deseo mantener una conversación con el almirante Villeneuve.

Partió don Federico hacia la capitana francesa, mientras Escaño y yo esperábamos a bordo con la inquietud reflejada en el rostro. Como es lógico suponer, entramos en el tema sin dilación.

—Antonio, ¿crees de verdad que el general nos informa de todo?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Antonio, que no eres gallego sino cartagenero. Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Siempre me he considerado un oficial leal con el mando, hasta más allá de lo ordenado si era necesario. Y la verdad es que también albergo mis dudas en lo que respecta a tu pregunta. Por una parte estimo que don Federico confía en nosotros a ciegas, pero a veces, como ahora mismo, también yo dudo de que nos informe de todo. En fin, ya veremos por dónde nos sopla el viento. Personalmente, y que quede entre nosotros, estimo esta señal de Villeneuve como una bravata que no se llevará a cabo. Estoy seguro que Gravina le va a recordar la necesidad de mantener la reunión de generales y comandantes.

Como tantas veces, acertaba Escaño de lleno. Gravina regresaba una hora después para anular la orden, con lo que fue necesario enviar de nuevo a los emisarios para que no se desmontaran los sistemas de defensa en la bahía. Y al mismo tiempo nos informaba de una próxima reunión a bordo del navío Bucentaure, que tendría lugar a mediodía del día siguiente, 8 de octubre.

—¿Consejo de generales y comandantes, señor? —preguntó Antonio.

—Eso pensaba en un principio, de acuerdo con nuestro sistema habitual. Pero el almirante Villeneuve estima que sería demasiado el personal a reunir. Le expuse que podía disponer de este navío, con más posibilidades de espacio, pero insiste en que se

lleve a cabo en su capitana. Por parte francesa asistirán los generales de la tropa expedicionaria, los contralmirantes Dumanoir y Magon, los capitanes de navío Cosmao, Maistral y Lavillegris, así como el capitán de fragata Prigny, ayudante comandante de su escuadra^[64].

—¿Igualamos la oferta por nuestra parte? En ese caso deberán asistir, además de nosotros, los generales Álava y Cisneros, así como los brigadieres Macdonell, Hore y Vargas.

—Tiene que asistir Galiano —don Federico fue tajante en este punto—. Dejaremos fuera al brigadier don José de Vargas.

—Señor, don Dionisio Alcalá Galiano es el más moderno de los brigadieres de la escuadra. Aunque sea un personaje extraordinario y excelente amigo mío, puede causar descontento su asistencia.

—Antonio, estás en todo y eres el mejor mayor general que nunca ha existido en nuestra Armada, pero en esta ocasión olvidas un pequeño detalle —Gravina sonreía, como si hubiera cazado a un hijo pequeño en divertida travesura—. Al haber sido nombrado Galiano como Comandante en Jefe del Cuerpo de Pilotos, sin abandonar su actual destino, podemos decir que se encuentra graduado de jefe de escuadra, empleo al que accederá en escaso tiempo.

—Tiene razón, señor, es un detalle que había olvidado. Pero también quería decirle que mañana, con las primeras horas, deberíamos formar junta a bordo con los generales y todos los comandantes de nuestra escuadra, para escuchar sus pareceres antes de acudir al Consejo del Bucentaure. Debemos medir en mucho las palabras que hemos de pronunciar a bordo del buque francés.

—Me parece una idea acertada. Cita a todos para esa reunión a las nueve de la mañana. Y prepara a fondo lo que has de decir a bordo del Bucentaure, de acuerdo con las líneas que discutimos los tres hace algunos días.

—Ya lo tengo preparado, señor, y lo tiene sobre su mesa, aunque voy a volver a consultarlo con Francisco. Tan sólo lo modificaría en algún punto, después de escuchar a nuestros hombres.

—De acuerdo.

Me reuní con Escaño durante toda la tarde, corrigiendo la exposición que, con la aquiescencia de Gravina, deberíamos presentar ante la junta de generales. Estábamos de acuerdo en todo, pero una duda planeó durante algunos minutos, tanto así que decidimos consultarlo con don Federico. Se trataba de si debíamos considerar como medida óptima intercalar los puestos entre españoles y franceses en la formación de la línea de combate, como había ordenado el emperador para que no se repitiera lo acaecido en el combate de Finisterre. No estimó Gravina adecuado que abordáramos ese punto específico, porque así lo decidiría Villeneuve, al ser cuestión ya concertada entre ambos comandantes generales.

Por fin, entrada la noche y atacadas por mi parte unas tajadas de tocino con una frasca de vino, urgido a ello por Setum, decidí tomar un descanso en la toldilla del

insignia, acompañado por mi inseparable amigo, secretario, criado y cualquier otra consideración que se le pudiera atribuir. Mi fiel africano entró en consideraciones que, aunque hombre ajeno a los entresijos de las escuadras, cuadraban siempre en acierto.

—Si salimos a la mar y combatimos contra más de treinta navíos britanos, lo pasaremos muy mal, señor. Y no suelo pecar de pesimismo, sino al contrario.

—Ya lo sé, amigo mío. No podemos comparar ambas escuadras, porque no sólo hemos de contar el número de cañones y hombres. Pero es cuestión más que sabida. Lo normal sería quedar en puerto, bien asegurados contra ataques britanos, y esperar a que los malos tiempos que deben entrar en pocas semanas, hagan de las suyas con la escuadra inglesa. Un temporal de componente norte y barbas azules vendría al pelo. Ese sería el momento de embocar la empresa hacia el Mediterráneo. Y no es sólo el pensamiento de los españoles. Según comentarios de mi amigo el general Reille, también es opinión generalizada entre los oficiales franceses.

—Bueno, al menos nos encontramos en un magnífico buque. Mucho me gusta este Príncipe de Asturias.

—No recuerdo que te haya disgustado ninguna unidad en la que embarcamos — lo tomé por el brazo con afecto.

—Pero ésta mucho más.

—Tienes razón. Es el más moderno de los construidos con tres puentes y, posiblemente, el más maniobrero y de mejores líneas. Y con los últimos obuses montados, no es poca mecha disponer de 118 cañones.

—Ya sabe el señor que siempre soñé con el navío Santísima Trinidad, esa catedral de cuatro cuerpos que empequeñece la vista del horizonte y donde mucho debe gozar nuestro joven Gigante. No obstante, debo reconocer que sufrimos sus especiales cualidades de maniobra en aquel maldito combate de San Vicente y el penoso regreso a Cádiz. Prefiero este Príncipe sin dudarlo. He visto que son elevados los calibres de la artillería.

—En efecto. Montamos 30 cañones de a 36, 32 de a 24, 30 de a 12, 6 de a 8, 14 obuses de a 48, 6 de a 24 y 4 pedreros de a 4.

—Mucho nos acercamos al poder artillero del Trinidad —se mostraba satisfecho—. También he observado el embarque de muchos hombres, por más al reglamento, casi tantos como en el cuatro puentes.

—El aumento de la artillería lo hace necesario. Y han embarcado voluntarios de Cádiz y su provincia que no se esperaban. En total y al día de hoy la dotación se eleva a 1077 hombres, lo que no está mal para un barco con una eslora de 210 pies. Como era de prever y de acuerdo con el Reglamento de Guarniciones y Tripulaciones, sobran 182 hombres de la tropa de infantería, así como 32 de la de artillería. Pero en contra y no es granada de alivio, faltan artilleros, marineros, grumetes y pajes. De forma especial me preocupa la falta de 56 marineros. Y conste que hablo del número, porque a esa cifra se deberían sumar los que cuadran en el equipaje pero no han visto

la mar ni en los grabados de feria.

—Ya he visto muchos de ellos trepando por las jarcias y, la verdad, da pena verlos, dudando hasta donde han de situar los pies.

—¿Has visitado la enfermería? Ya le hablé al ayudante de cirujano mayor, don Fermín Nadal, de tus habilidades. Forma parte del estado mayor.

—Un señor muy simpático, con demasiada edad para un trabajo tan duro. También conocí a los cirujanos de la dotación del navío, dos primeros y dos segundos, aunque me miraran con cierto desprecio. Considero escaso el personal dedicado para cuidar a mil seiscientos hombres entrados en combate de sangre.

—Es una merma permanente en nuestros buques, y así ha sido elevado a la superioridad en múltiples ocasiones. Pero, según parece, no da más de sí el Real Colegio de Cirugía de la Armada.

—¿Y los oficiales del buque?

—¿Mi opinión sobre ellos? —tuve que sonreír ante las preguntas de Setum. Parecía un jefe de escuadra a quien debiera entregar la mayoría general—. En general se trata de buena gente y con valor demostrado. El comandante, brigadier don Rafael de Hore, maneja muy bien el navío, o así me pareció entenderlo en las escasas maniobras ejecutadas, y le sobra experiencia. De segundo cumple ahora el ayudante general de la mayoría, capitán de navío Ayalde, una medida general para disminuir el número de jefes necesarios en la escuadra. Restan por añadir a la dotación, en cuanto a oficiales de guerra^[65], un capitán de fragata, dos tenientes de navío, seis tenientes de fragata, cuatro alféreces de navío, seis alféreces de fragata y cuatro guardiamarinas. En cuanto a oficiales del Ejército embarcados, disponemos de un teniente coronel, un capitán, dos tenientes y un alférez. Por ser el buque insignia, no hay problemas de prestigio y autoridad. Y es un factor decisivo porque, como pudiste comprobar en el combate de San Vicente, muchos buques se rinden tras la muerte del comandante, si es un hombre aguerrido y de categoría elevada ante los ojos de la dotación.

Setum quedó pensativo, como si le faltara todavía alguna información.

—¿Dónde se construyó este navío? ¿En el arsenal de la Habana, como el Trinidad?

—En efecto. Cinco de los tres puentes se construyeron en aquel arsenal donde, además, disminuyen los precios en generosa proporción. El resto lo hicieron en Ferrol. La construcción del Príncipe fue dirigida siguiendo los planos levantados por el ingeniero Romero y Fernández de Landa, una garantía absoluta en mi opinión. Se dio a las aguas bajo la advocación de los Santos Reyes en 1794. Como sabes, es el último de los doce navíos de tres puentes construidos a lo largo del siglo pasado, de los que, desgraciadamente, hemos perdido ya cuatro, dos en San Vicente y dos más en el desastroso duelo fratricida de Algeciras. Pero puedo darte un detalle que desconoces. Gracias a este navío, salió el entonces comodoro Nelson de huida estrepada, conmigo a su lado. En San Vicente se portó bien, con don Antonio de

Escaño al mando, que también es una garantía. Y mucho agradó al Rey don Carlos su embarco en esta cubierta, durante los agasajos de Barcelona con motivo de las bodas reales.

—Las bodas que propiciaron su ascenso —aunque ya reinaba la oscuridad, pude observar la sonrisa del africano.

—No me lo recuerdes siquiera, brujo.

—Es triste pensarlo, pero es muy posible que estas cubiertas se vean en pocos días con sangre salpicando en riada.

—Razón tienes, Setum. Se teñirán de rojo más pronto que tarde.

—Le veo un poco apesadumbrado y con la moral baja, señor. Creo que le agenciaré una frasca de aguardiente de Cehegín, que todavía guardo alguna a buen recaudo.

—Dios te bendiga.

A las nueve de la mañana de aquel 8 de octubre, caluroso de más y con escaso vagajillo de levante, tomamos asiento en la cámara del general Gravina, convocados para junta de generales y comandantes de la escuadra española. Don Federico tomó la palabra abierto en sonrisas, y no eran fingidas porque solía encontrarse a gusto entre sus hombres. Debemos recordar que todos los presentes habían recibido los mandos por su directa intercesión al príncipe de la Paz que era, después de todo, quien mandaba en la Real Armada hasta el punto y la coma.

—Bienvenidos, amigos míos. Como os he visto hablando en corrillo previo, os supongo al día de los acontecimientos. A mediodía asistiremos a una junta a bordo del insignia francés, pero como será reducida, me gustaría saber vuestras opiniones al respecto. En resumen, se trata de discutir ventajas e inconvenientes de una posible salida a la mar para proceder hacia el Mediterráneo. Podéis opinar con entera libertad. Ya sabéis que gusto de vuestra sinceridad, aunque me llevéis la contraria al copo.

Se hizo el silencio, que fue aprovechado por Escaño para urgir.

—No disponemos de mucho tiempo, señores, así que al toro y por los cuernos.

El primero en abrir senda fue el capitán de navío don Miguel María Gastón, comandante del navío San Justo, aquel que librara espléndida batalla con el comodoro Nelson al mando de la fragata Santa Matilde, burlando a la fragata británica Blanche y regresando para habérselas en directo con don Horacio. Era valiente e impulsivo, lo que se mostraba por las claras con sus palabras.

—Con todos los respetos debidos, mi general, no fío una mota en el francés...

—Ni usted ni nadie en esta cámara —interrumpió Escaño en voz queda, un comentario que hizo reír a todos, Gravina incluido—. Perdón por la interrupción, señor, pero me ha salido del alma.

—¿A qué cuento izó ayer la señal para dar la vela de inmediato y salir de la bahía? —continuó Gastón en el mismo tono—. Estimo que el almirante francés anda con bravuconadas, intentando tan sólo que rechazáramos la salida a la mar y cargarnos el mochuelo ante sus autoridades.

—Bueno, no es del todo cierta tal conjetura —Gravina deseaba templar voluntades—. El almirante Villeneuve tiene órdenes concretas de pasar al Mediterráneo en la primera ocasión favorable, y así lo hará. No puede achacarnos falta de voluntad porque ya declaré de forma repetida, tanto a él como a su ministro de Marina, mi disposición a seguir sus aguas, tal y como me ha sido ordenado por el príncipe de la Paz.

Debo añadir en este punto, y quede en forma reservada, que tanto Escaño como yo dudábamos de la aseveración pronunciada por don Federico. Más bien podría decir sin equivocarme, que era el general Gravina quien había unido su destino a Villeneuve, pero no por amistad personal con el almirante, que no existía en realidad, sino por su especial dedicación cortesana, ese ánimo de agradar a los poderosos, como era el caso con el despótico emperador de la Francia. Y tal postura la estimábamos sin paliativos como un gran error, tanto para sí mismo como por el bien de la Real Armada. Porque si don Federico obraba en las cuerdas que yo imaginaba, era el momento de desligarse de Villeneuve, por tratarse de un almirante sin crédito ante el emperador, al contrario del general Gravina que lo mantenía ante Bonaparte por entero. Pero ya entraba don Cosme Damián Churruca en danza, comandante del navío San Juan Nepomuceno, oficial sabio y valiente como pocos, que hablaba siempre por derecho y con meridiana claridad.

—Ya sabe, señor, que no me arredra el combate contra el inglés, como es el caso de todos los presentes. Pero con la debida sinceridad he de declarar que estimo desacertada al ciento la salida de la escuadra combinada de esta bahía. Está muy avanzada la estación, los barómetros, aunque yerren a menudo, anuncian mal tiempo y no pasarán más de dos o tres semanas para que se presente un vendaval de dureza en estas aguas. Creo que la escuadra combinada hace mejor la guerra a los ingleses aquí fondeada, que presentando una batalla decisiva en la que, con seguridad, perderemos algunos navíos. Ellos disponen de suficientes para reponer los que les destruyamos en combate, pero ni España ni Francia gozan de los fantásticos recursos navales de Inglaterra. Además, el reciente combate de Finisterre nos ha hecho ver que la escuadra francesa es espectadora pasiva de las desgracias de la nuestra. Sus buques han comprobado cómo nos apresaban los navíos San Rafael y Firme sin un solo movimiento para represarlos. Y sin pecar de agorero, me temo mucho que en la próxima acción, a las mismas puertas de la bahía, suceda otro tanto.

—No debes temer por esa banda, Cosme. Ya os comuniqué que por orden del emperador, se intercalarán los buques españoles y franceses en todas las líneas.

Gravina intentaba apagar los fuegos a barlovento, rebajar la vigorosa declaración de Churruca, a la que asentían con la cabeza todos los presentes. Pero el guipuzcoano de Motrico estaba lanzado.

—No es cuestión de posición en la línea solamente, señor, sino de espíritu combativo y ofrecer apoyo mutuo al aliado, como si se tratara de unidad hermana. En estos últimos días me he preguntado varias veces, la posible razón por la que el

almirante francés desea salir a la mar cuanto antes, unas prisas que no ha demostrado hasta el momento, sin encontrar una posible respuesta. Ha pasado, de la noche a la mañana, de ser un personaje dubitativo al máximo, a una posición contraria en prodigiosa mutación. Si mantenemos a la escuadra combinada en la bahía, asegurada por alto contra cualquier ataque, como hemos hecho en otras ocasiones con menos fuerza, obligaríamos a los ingleses a sostener un estrecho bloqueo con poderosa escuadra, como la que exhiben ahora de 32 navíos. Pero también deberán bloquear al general Salcedo en Cartagena, libre en estos momentos, y a las fuerzas navales de Tolón. Para estos bloqueos deberán llevar a cabo grandes sacrificios, con el sostenimiento de tres escuadras en la mar en un invierno próximo. Con las averías que forzosamente han de sufrir en tales situaciones, conseguiríamos ventajas equivalentes o superiores a las de un combate. Todo ello sin olvidar, por mucho que nos duela, que, hoy por hoy, un buque britano de dos puentes pone más libras de balerío en el aire que uno español de tres baterías. Con 32 navíos, ocho de tres puentes y sus dotaciones adiestradas hasta la cofa, todos sabemos que no podemos triunfar. Pero, bueno, si de morir se trata en defensa del honor de nuestra Institución, nada opondré y seré el primero en ordenar levar las anclas. Pero si el almirante francés, conocedor de todo lo que he dicho, se empeña en salir a mar abierta y presentar batalla decisiva al inglés, en mala situación táctica por la especial geografía de la bahía y la necesaria derrota hacia el Mediterráneo, es porque sabe que ha perdido el favor de su Gobierno y quiere reparar su crédito antes de la llegada de su relevo. Es sabido por todos, hasta el último paje del bergantín, que el almirante Rosily ha de arribar a Cádiz de un día a otro.

Se hizo el silencio tras la acalorada intervención de Cosme Churruca. El vasco había sido parido en tales cuerdas, para gloria de sus padres desde el nacimiento. Muy correcto y educado en el trato personal y cortesano, se levantaba en vuelos e inflamaba la sangre de todo aquel que lo escuchaba cuando entraba en cuestiones del servicio, el tipo ideal de comandante de buque. Y mientras Gravina parecía preparar su respuesta al torrente lanzado, entró en vereda Dionisio Alcalá Galiano.

—Estoy de acuerdo con lo expresado por el brigadier Churruca, señor, de la primera hasta la última palabra. Si hay que derramar nuestra sangre para mantener el honor de la Armada, saldremos batiendo cornetas y tambores. Pero que no intenten engañarnos o empeñar el crédito de nuestra Marina en base al beneficio personal de un personaje, el almirante Villeneuve, que no ha demostrado hasta el momento merecerlo en una sola libra. Y debemos estar atentos, porque tampoco yo fío una mota en los franceses. Si les es posible, estarán encantados de declarar que la escuadra combinada no sale a la mar porque los españoles no se atreven. En la junta que celebraremos a continuación en el navío Bucentaure, debe quedar muy claro este punto.

Galiano lanzaba otra granada, al tiempo que todos los comandantes asentían vivamente una vez más. Por fin, Gravina levantó la mano para tomar la palabra,

mientras Escaño no paraba de anotar para levantar el acta correspondiente.

—También yo, señores, concuerdo con gran parte de lo expresado por el brigadier Churruca. Tan sólo discrepo de sus consideraciones personales sobre el almirante Villeneuve. No arrastrará la escuadra a un desastre por salvar su prestigio, pueden estar seguros. Además, es un buen táctico, sabe maniobrar con una escuadra y es persona de valor demostrado. En la reunión que hemos de mantener dentro de pocas horas en su insignia, si estamos todos de acuerdo, al ser preguntados cada uno deberéis responder que sois del parecer de vuestro general. De esta forma, don Antonio de Escaño leerá nuestra opinión conjunta que es, básicamente, la que acaba de expresar Churruca, quitando un poco de hierro y algunos comentarios que, por educación y cortesía, no se pueden lanzar entre caballeros. Creo que me entienden. Pero no les debe quedar duda sobre un aspecto muy importante. Nuestra suerte está unida a la de la escuadra combinada y tras lo que decida el Consejo, seguiré aguas del almirante. Os repito que así me ha sido ordenado y no ofrece alternativa. Pero pasando a otro tema de gran interés, complementario de nuestra opinión, recuérdame, Antonio, que hemos de presentar el plan de defensa de la bahía con absoluta seguridad, ante un posible ataque de más de 30 navíos.

—No hay problema alguno, señor. Por muchos botes armados con cañón, bombardas, brulotes, así como fragatas y navíos en apoyo aprestados por los ingleses para la acción, que no pueden ser muchos en este reducido escenario, no conseguirían su objetivo y fracasarían en el intento. Y el almirante Nelson lo sabe, que ya naufragó dos veces en el verano del 97, con fuerzas españolas muy inferiores y sin experiencia en esa guerra defensiva que inventamos para sobrevivir. Don Horacio es un excelente hombre de mar, gran táctico, hábil maniobrero, un marino osado y valiente. Pero en los ataques a tierra ha demostrado en repetidas ocasiones que fracasa con facilidad. Y si no que se lo pregunten a su brazo derecho —Escaño mostró una alargada sonrisa—. Como mayor general de la escuadra, no debo olvidar un punto muy importante. La orden recibida por el almirante Villeneuve del emperador es la de salir al Mediterráneo en la primera ocasión oportuna y favorable. Es un detalle que no podemos olvidar. En cuanto al punto atacado por el brigadier Galiano, creo que es de gran importancia y muestro mi acuerdo. Nunca puede parecer que la escuadra se mantiene en Cádiz por deseo de los españoles. Pero pueden estar tranquilos porque el comandante general don Federico Gravina exigirá una votación de todos los presentes, si la situación no se entabla lo clara que estimamos debe quedar.

Entendí con claridad por dónde navegaban los pensamientos de Escaño. Con su habitual sabiduría, lanzaba una bala roja contra Gravina, aunque parecía dirigida a los comandantes de los buques. De esta forma, la reunión se aligeró porque debíamos preparar la siguiente, a bordo del insignia francés. La verdad es que todo estaba dicho y don Federico conocía muy bien la opinión de sus hombres. En mi cabeza, al igual que Escaño, tan sólo mantenía una duda. Estaba convencido de que Villeneuve se jugaría la suerte de la escuadra por salvar su prestigio, pero dudaba que don Federico

fuese capaz de seguir aquella carta y empeñar el crédito de nuestras armas, así como jugarse una importante parte de nuestra Armada por mantener esa teórica sumisión al francés. Estaba claro que la política se jugaba en París, donde se decidían los movimientos de las escuadras combinadas sin una simple consulta a nuestro Señor. Sin embargo, todo súbdito debe presentar la lealtad suficiente para decir ¡no! cuando así lo exige la situación. Pero no podía perder más tiempo, que ya Escaño me achuchaba por corto a las bandas.

—Vamos, Francisco, que el general quiere salir con la falúa sin perder un minuto más. Echa los rezos a esa Virgen milagrosa cuyo nombre nadie ha escuchado, a ver si hay suerte en el toro que hemos de lidiar, con cuernos como el bauprés del Santísima Trinidad.

—Eres tú quien ha de sacar esa junta adelante, Antonio, y lo sabes —lo miraba a los ojos con la mayor seriedad—. Y no hablo de mandangas, sino de una penosa realidad.

—Si quieres que entremos en sinceros, como no nos alcance una capa del Altísimo, veo el horizonte tomado a negras y con barbas.

Me bajó el ánimo comprobar que la mejor cabeza de la escuadra barajaba aquellos pensamientos. Nos alistamos para dirigirnos al buque insignia francés, donde podía decidirse nuestro cercano futuro. Seguí los consejos de Antonio y elevé una callada súplica a Nuestra Señora de Valdelagua, en la que mucho confiaba.

21. Sube la temperatura a bordo del Bucentaure

Aunque el tiempo había refrescado en los dos últimos días, sentí una intensa oleada de calor en el rostro cuando tomé asiento en la cámara del almirante francés. Mientras algunos de los comandantes españoles llevaban a cabo los saludos de cortesía habituales, más bien fríos, por mi parte dedicaba el tiempo a observar con detenimiento a nuestros anfitriones, intentando escarbar en sus pensamientos, deducir cuál era la táctica planeada y su posible sinceridad. En primer lugar me extrañó la ausencia de los generales Lauriston y Reille, habituales en anteriores consejos, aunque, posiblemente, no se considerara necesaria su presencia por acometerse aspectos tácticos y de guerra naval pura. Pero mejor cuadraba al viento que Villeneuve prefiriera apartar de su lado a quien lo miraba como águila al acecho.

Debo reconocer que tan sólo me ofrecía un rechazo instintivo el rostro ampuloso y cortesano del contralmirante Dumanoir, porque nunca me gustaron los personajes de mirada altiva y empachados con superioridad en velas altas. Por el contrario, el contralmirante Magon, impulsivo e indiscreto, era persona simpática y atractiva a primera vista. Al menos, se le podía considerar como oficial de valor contrastado, un detalle que ya cubre las cubiertas en manto. Sabía que en el empleo de teniente de navío había tomado la isla de Diego García a los ingleses y que, posteriormente, gracias a su valerosa actuación en la toma de Fuerte Delfín en 1802, había ascendido al empleo de contralmirante. Ahora, con 42 años, todavía ofrecía el porte de un joven oficial.

Como era norma habitual en el almirante Villeneuve, fue él quien tomó las riendas de la junta sin perder demasiado tiempo en juegos. Tras ofrecer un caluroso recibimiento a quien consideraba como su buen amigo Gravina, se dirigió a todos.

—Bienvenidos a bordo una vez más, señores generales y comandantes de la escuadra española. Estimo que vamos a acometer un Consejo de gran importancia para el devenir y gloria de esta fuerza naval, aliada en una empresa común —sonreía de forma un tanto forzada, lo que marcaba un extraño rictus en su rostro—. En primer lugar, me felicito con sinceridad de que el navío Santa Ana se haya incorporado a la escuadra en la bahía, una unidad importante que aumenta de forma notable nuestro poderío artillero. Espero que pronto se encuentre su dotación acoplada en conveniencia. Y como no disponemos de tiempo en exceso, entraré directamente en el tema a cuestionar. No creo necesario recordarles que todo lo tratado en esta junta deberá ser mantenido con el debido secreto, porque se basa en informaciones así clasificadas por mis superiores.

No me entró al gusto la última advertencia, porque se trataba de cuestión sabida que los Consejos de generales y comandantes eran de los de lacre y puerta cerrada. Pero como Gravina no torcía el gesto, lo dejé pasar. El almirante tomó medio pliego que mantenía en el borde de la mesa, como si se tratara del guión que debía seguir.

Pero apenas le había dirigido una rápida mirada cuando retomaba la palabra.

—Las órdenes recibidas directamente de Su Majestad Imperial, a las que ha mostrado aprobación Su Majestad Católica, no ofrecen dudas y, en líneas generales, las conocen todos ustedes. Hace especial énfasis el emperador en no quedar arrinconados en esta bahía, sin papel alguno a jugar en la importante guerra que mantenemos. Por esa razón me ha ordenado dar la vela y salir a la mar en la primera circunstancia favorable, así como proceder sin demora hacia el mar Mediterráneo. Y ya con entera claridad, pretendo someter a la consideración de este Consejo sus opiniones respecto al cómo y cuándo dar cumplimiento a dichas órdenes. Se nos ofrecen diversas posibilidades, bien salir de puerto y enfrentar a la escuadra enemiga sin mayor espera, o aguardar a que ellos nos ataquen y con las especiales fuerzas de defensa organizadas, podamos hacerles suficiente daño, de forma que dejen libre la salida del fondeadero. Son muchas las informaciones que nos llegan sobre la composición de la escuadra inglesa que, ya con absoluta seguridad, se encuentra bajo el mando del almirante don Horacio Nelson. Según estima mi estado mayor se compone de un mínimo de 31 navíos y un máximo de 34, ocho de ellos de tres puentes. También sé por el general Gravina que los navíos San Justo, Rayo y, especialmente, el Santa Ana, necesitan de algún tiempo para ordenar su fuerza propia en una mínima disposición, de forma que les permita afrontar operaciones de guerra. En fin, es su sincera y leal opinión la que espero. Y siguiendo nuestra norma, me gustaría escucharla sin mayor dilación, comenzando por los oficiales españoles, en orden inversa a su antigüedad, si dicho sistema le parece oportuno al general Gravina.

Asintió don Federico sin articular palabra, al tiempo que señalaba al brigadier Alcalá Galiano. Y mientras Dionisio comenzaba su intervención, sentí un aumento en la sensación de calor por todo el cuerpo, especialmente en el rostro y cuello, lo que no sólo podía achacarse al paño grueso del uniforme grande que por protocolo vestíamos.

—Señor almirante —Galiano se había levantando, ofreciendo un porte de extraordinaria dignidad. Fiel a su norma habitual, hablaba con decisión y sin titubeo alguno—, como oficial más moderno de los comandantes españoles presentes en este Consejo, debo declarar que en una junta previa mantenida a bordo del navío Príncipe de Asturias, hemos comprobado que tanto los comandantes de los buques como los generales subalternos de la escuadra y nuestro comandante general defendemos una misma opinión respecto al tema que nos consulta. Por esa razón, creemos más rápido y conveniente que esta unánime opinión sea expuesta por el general don Federico Gravina a través de su mayor general, el jefe de escuadra don Antonio de Escaño.

Villeneuve pareció desconcertado, como si no esperara una salida en tal sentido. Miró hacia don Federico, que se limitó a asentir con la cabeza una vez más, una postura que estimaba pasiva en exceso. El almirante dejó el pliego que manoseaba entre sus manos sobre la mesa, tomando asiento tras ella.

—En ese caso, escuchemos con atención lo que ha de exponer el general Escaño.

Antonio no necesitaba de papeles ni guiones para encarar su misión. Con la seguridad y contundencia que solía utilizar para expresar sus opiniones, se dirigió al Consejo, dirigiendo su mirada hacia el almirante Villeneuve y al resto de los franceses en abanico.

—La opinión de los generales y comandantes de los buques españoles es clara y unánime, pueden estar seguros. Lo primero que debemos preguntarnos, con sinceridad, es acerca de las posibilidades reales de esta escuadra combinada para afrontar a la inglesa llegados a combate cerrado, en la especial situación que supondría formar los 33 navíos hispano-franceses tras salir de la bahía. Aunque se hable mucho de esta desventaja táctica, no la encontramos de suficiente peso. Estoy seguro de que dispondríamos de tiempo suficiente para maniobrar y establecer la formación de marcha o combate, porque el almirante Nelson gusta de mantener los bloqueos a cierta distancia. Es indudable que, en caso contrario, sería imposible llegar a formar siquiera una apresurada línea de batalla. Nuestras informaciones son parejas a las ofrecidas por el almirante Villeneuve. Deberemos enfrentar nuestros 33 navíos, cuatro de ellos de tres puentes, y unas pocas fragatas, contra una escuadra de 31-34 navíos ingleses, ocho de ellos con tres baterías, acompañados de un nutrido número de fragatas que los britanos utilizan con especial habilidad. Pero entiendo que ésa es una cuestión menor.

—¿Cuestión menor dice? —preguntó Dumanoir con una sonrisa en su boca y un tono demasiado cercano a la ironía.

—En efecto. Un navío puede disponer de todo el armamento a disposición que le permitan sus cubiertas, cercano a los 140 cañones como nuestro Santísima Trinidad, pero, después de todo, hay que tener en cuenta quién marina el buque y qué artilleros manejan las piezas. Los buques britanos que se encuentran fuera de la bahía, se mantienen en la mar sin la menor intermisión desde 1793, un dato irrefutable que mucho dice a su favor. Las dotaciones se emplean desde entonces en bloqueos permanentes, reñidos combates, navegaciones alargadas, temporales y penalidades sin fin, así como, un factor de la mayor importancia, en ejercicio permanente. Marinan sus barcos a la perfección y el uso de su artillería es admirable. Duplican el ritmo de fuego de cualquier buque francés o español, apuntan mejor según las órdenes y nunca dan un paso atrás. Sin llegar a enjuiciar el caso particular y bastante negativo de los tres navíos españoles mencionados, recién salidos del arsenal y con su dotación en una primera distribución, como norma general no podemos estar orgullosos de nuestros equipajes. Estimo que disponemos de una buena oficialidad, pero escasa calidad en la marinería. Por eso decía, almirante Dumanoir —ahora era Escaño quien se dirigía hacia el francés con una sonrisa muy parecida—, que el número de buques es una cuestión menor.

Antonio pasó la mano por la parte superior de su casaca, como si deseara quitar una mancha de polvo inexistente. Continuó sin perder el aliento.

—Creo sinceramente que en un solo aspecto somos superiores a los britanos, y es

en la utilización de las pequeñas unidades armadas. Los botes de los navíos y los del arsenal armados con poderoso cañón, las barcas-bous, tartanas y cualquier medio a disposición son de un fabuloso poder en escenarios reducidos como esta bahía. Y tenemos excelente práctica, tanto o más que nadie porque creamos escuela en ese especial arte de la guerra defensiva, como demostramos en los asaltos de don Horacio Nelson sobre Cádiz, así como después en Brest, lo que pudieron confirmar en persona alguno de ustedes. Estimo que, por desgracia, el almirante Nelson no intentará una nueva jugada contra esta bahía, porque sería la ocasión fantástica de producirles un serio daño y aligerar la salida de la escuadra. Pero una vez establecidas las consideraciones generales, creo que, entrados en octubre, más pronto que tarde aparecerán vientos duros, de esos capaces de desarbolar un palacio de piedra. Y si son de componente norte, la escuadra britana acabará en capeo de fortuna al redoso del cabo Espartel o más allá, otro momento adecuado para, calmada la furia de los vientos, salir hacia el Mediterráneo. Por último, también debemos analizar la posibilidad de recibir el auxilio de la escuadra del general Salcedo desde Cartagena, así como las unidades alistadas en Tolón. Pueden dar la vela y llevar a cabo una salida hacia el sur, de forma que Nelson se vea obligado a dividir su fuerza. En fin y como colofón, los generales y comandantes de la escuadra española estimamos que las órdenes superiores recibidas de Su Majestad Imperial no pueden obligar sino a lo posible, pues nunca servirían de excusa en el caso de un descalabro que vemos inevitable, si acometemos la empresa en estos momentos.

Escaño tomó asiento con lentitud, mientras el general Gravina asentía una vez más, como si estuviera dispuesto a no abrir la boca en el Consejo. El primero en contestar, abierto el permiso del almirante Villeneuve, fue el capitán de navío Cosmao.

—En líneas generales concuerdo con lo expuesto por el general Escaño, tras su muy lucida intervención. En mi opinión, insistiría en la posibilidad de que la escuadra de Cartagena operara en dirección a Nápoles o llevara a cabo una pequeña diversión tan sólo, para esperar la reacción del inglés.

—Por mi parte —era el capitán de navío Maistral quien tomaba la palabra—, no soy tan pesimista como el general Escaño al comparar ambas escuadras. Comprendo la mala situación de algunos buques españoles, pero no dejamos de ser una escuadra de 33 navíos. El resultado de un encuentro, si llegara a producirse, estaría por comprobar. Y si los vientos nos favorecen, podemos pasar al Mediterráneo sin que el almirante Nelson nos dé caza. Dependeríamos del viento, por supuesto, pero también es una posibilidad.

—Desde luego —Escaño contestaba con una nueva sonrisa y voz dulcificada como jamás le había escuchado—. Esa es la oportunidad favorable que intentaba expresar, comandante. Pero no debemos olvidar lo que significan ocho navíos de tres puentes, operando en vecindad y marinados en conveniencia. Por desgracia, la escuadra francesa no dispone de ninguno, porque sería un inestimable refuerzo a los

cuatro que presenta nuestra Armada. Bueno, estamos equiparando el Santísima Trinidad a los navíos de tres puentes cuando, en realidad, dispone de cuatro y asoma a las portas 136 cañones, casi el doble que un dos puentes. Hoy por hoy es la mayor fortaleza naval del mundo.

Me pareció extraordinaria la entrada de Escaño, para dejar a las claras que los navíos poderosos se encontraban en esta banda. Pero volví a sentir calor. No sé porqué, pero una voz me avisaba de lejos con amenaza de tormenta. Y cuando observé al almirante Magon alzarse de su sillón, supe que llegaba un chubasco de arena.

—Discrepo del general Escaño en gran parte de su exposición —su voz era dura, rozando la descortesía aunque no fuera tal su deseo—. La salida a la mar de la escuadra combinada no es cuestionable. Hemos de abandonar esta bahía queramos o no, aunque se encuentre en la misma puerta la madre de todas las escuadras. Pero tampoco es el caso. Por mi parte estoy convencido de que si combatimos con el valor necesario, la derrota de la escuadra del almirante Nelson será cierta e irremediable.

—Creo, señor almirante —el brigadier don Enrique Macdonell hablaba al tiro y con la respiración agitada, aunque intentara someter los pernos—, que no podemos dudar del valor de nuestros oficiales, así como de las tropas de infantería y artillería. Pero en cuanto a los marineros y artilleros de mar, tengo mis dudas, aplicables a todos los buques de la escuadra combinada.

—También yo creo que la espera en la bahía nos beneficia, por lo que me sumo a las palabras del general Escaño —musitó el capitán de navío Lavillesgris con cierta desgana y sordina en la voz—. Un encuentro con la escuadra de Nelson a las puertas de la bahía podría ser un descalabro que no nos podemos permitir. Debemos esperar el momento favorable.

—Ese momento llegará y, posiblemente, antes de lo que estimamos —aseguró el brigadier don Rafael de Hore—. En el navío Príncipe de Asturias disponemos de dos excelentes barómetros, muy compensados, que en los tres últimos días indican cercanía de mal tiempo. Esa oportunidad de la que hablamos puede estar muy cerca. Buena cosa es si los barómetros bajan.

—Aquí lo que baja es el valor.

Creía haber soñado aquellas terribles palabras como una mala pesadilla, pero eran tan reales como la existencia de nuestras almas. El almirante Magon, con los nervios a flor de piel, había lanzado una granada de especial calibre, una ofensa imperdonable que nos reventó en la cara. Se produjo un silencio de muerte. Me disponía a elevar el cuerpo y responder a tono, cuando sentí la poderosa garra de Escaño que me mantenía clavado contra el sillón. Observé a Gravina, que movía las manos de forma nerviosa en silencio. Aquellos pocos segundos parecieron pesarme en el pecho como un ciento de libras o una penosa eternidad, hasta que escuché la voz de don Dionisio Alcalá Galiano. El mozo nacido en Cabra entraba por brevas y con tono elevado hasta las nubes. Tan sólo pude comprobar, al dirigirle la mirada, cómo una vena roja se le

montaba en el cuello a calibre de estacha proel, mientras pulsaba a ritmo acelerado.

—Me gustaría saber, señor almirante Magon de Clos-Doré, dónde estimáis, con exactitud, que baja el valor. Porque he de deciros con toda sinceridad que donde sí bajó el valor, y de qué forma, fue en el combate habido en aguas del cabo de Finisterre hace tres meses, aunque no a bordo de los buques españoles —Galiano, en pie y con la barbilla adelantada como gallo de pelea, mostraba una magnífica y gallarda estampa que me hizo aplaudirlo en silencio—. Fueron los navíos franceses los que pasaron por el través de los españoles a escasa distancia, mientras combatían a solas con el grueso de la armada britana, sin prestarle el apoyo necesario. Y precisamente el navío Algésiras ocupaba el último puesto de la línea de batalla, por lo que dispuso de más tiempo que ningún otro para maniobrar a favor. Desde su cubierta pudieron comprobar con detalle la penosa situación de nuestros navíos, sin aprestarse al combate como era debido. Y ese buque que navegó de largo, el navío Algésiras, según tengo entendido se encontraba en aquellos momentos bajo su mando, almirante Magón, desde luego con el valor bajo mínimos, tal y como ha expresado. Recordando esa acción, comprendo que digáis que baja el valor y os preocupe el detalle, aunque estimaba que no se repetiría tal vergüenza en el futuro. En tal caso, muy mal lo pasaría la escuadra española en combate ante los buques de Nelson.

La suerte estaba echada en humos negros. Aunque el brigadier Galiano era una persona cortés en extremo y muy educada, solía salir por troneras en casos como el que se abordaba, momentos en los que no se achicaba una mota. Y sin pérdida de tiempo, el gallito contrario, Magón, entraba al trapo.

—No le admito bajo ningún concepto esas palabras, que considero una ofensa, brigadier Galiano —también el rostro del contralmirante se forraba en grana—. Espero una inmediata rectificación. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. Pero soy yo quien no le admite las que pronunció en primer lugar, de las que debéis disculparos sin pérdida de tiempo —Galiano elevaba la voz, mientras la vena roja parecía a punto de reventar en su cuello—. Sois vos quien ha ofendido a los españoles presentes en este Consejo, a no ser que esa bajada de valor de la que hablabais se refiriera únicamente a los buques de su nacionalidad. Y si lo estima oportuno, podemos arreglar la cuestión como caballeros en un encuentro discreto al alba, para el que me pongo a su entera disposición.

La tensión subía enteros y alguien debía rebajarla antes de que partiera las cruces sin retorno posible. Debo reconocer que me sentía con la sangre en hervor pero paralizado, sin saber qué hacer o decir, con la mano de Escaño aferrada en garfio a mi brazo. Pero en mi interior aplaudía a Galiano como se merecía, porque no podía quedar la ofensa entablada sin quite. De todas formas, sentía cierta vergüenza de que fuera el oficial más moderno de los españoles presentes quien hubiera dado la cara a barlovento. Fue el momento en el que el general Gravina elevó su cuerpo con decisión. Escuché sus palabras, con una autoridad como pocas veces ejercía, aunque en mi interior pensara que era él quien debía haber respondido al joven almirante.

—Ya está bien, señores. Somos aliados y no enemigos. Discusiones como ésta sólo pueden beneficiar al inglés, a quien, precisamente, debemos combatir. Exijo, almirante Villeneuve, que se vote de forma inmediata por todos los presentes en el Consejo lo que debe hacer la escuadra combinada y que así conste en acta. Dos parecen las opciones; bien salir de inmediato, como aduce el almirante Magón, o las soluciones expuestas por el general Escaño.

Villeneuve parecía haber pasado a otra estada, superado por la discusión. Pareció, sin embargo, que las palabras de Gravina lo regresaban a la realidad.

—Estoy de acuerdo con el general Gravina. Debe guardar la compostura, almirante Magón, y no dejarse llevar por los nervios, así como ofrecer disculpas por sus palabras. Pasemos a votar lo que ha de hacerse en opinión de cada uno.

Tal y como ordenaban los dos jefes de las escuadras, se pasó a votación personal, comenzando por los españoles. Todos mostraron su acuerdo con don Antonio de Escaño y en el mismo sentido comenzaron los franceses. Y se contuvo la respiración cuando le llegó el turno al almirante Magón, que podía encender la mecha de nuevo.

—Debo aclarar que siento haber perdido los nervios y expresado unas palabras que, en ningún momento, pretendían ofender. Estimo acertado mantenernos en la bahía hasta que se ofrezca una ocasión favorable, pero sin renunciar a la salida en la primera oportunidad.

De esta forma, después de tanta discusión y momentos de trance con duelo de armas a las puertas, se llegó a una opinión por unanimidad, lo que no aparecía ni de lejos minutos antes. La escuadra debía permanecer en la bahía con los sistemas de defensa activados, en espera de que se abriera una oportunidad de mar, viento o temporal que facilitase el paso hacia el Mediterráneo. En tal sentido se levantaba el acta que debía enviar el almirante Villeneuve al ministro de Marina Decrés, así como el general Gravina al príncipe de la Paz, en la que se decían algunas frases muy interesantes:

... Todos han reconocido que los navíos de las dos naciones aliadas están en su mayor parte mal armados, con tripulaciones poco aptas, que muchos de estos navíos no han podido aún ejercitar su personal en la vida marinera...

... estas observaciones sobre el estado de la escuadra combinada han hecho reconocer unánimemente que la flota enemiga que se encuentra en estos parajes próximos es mucho más fuerte que la nuestra, la cual se encontrará además forzada a dar batalla en el momento desfavorable de su salida de puerto. Todos han estado de acuerdo que era necesario esperar la ocasión favorable de que se habla en las Instrucciones^[66], la cual puede producirse porque el mal tiempo aleje a los enemigos de estos lugares, o por la obligación en que se encuentre de dividir las fuerzas de su escuadra...

Me sentí satisfecho al tener conocimiento del acta, remitida por Villeneuve a

Gravina y elevada sin variación por nuestro general a don Manuel Godoy. En la práctica venía a repetir casi todos los puntos expuestos por Escaño, quien también se había ganado el respeto y admiración de los generales y comandantes franceses. Sin embargo y como colofón, el general Gravina ofreció ante el Consejo unas palabras que no encontré apropiadas, porque se cerraba a las bandas en exceso para futuras posibilidades.

—Quiero que sepa, almirante Villeneuve, que de todas formas, cuando estime oportuno dar la vela y abandonar la bahía, la escuadra española seguirá sus aguas sin dudarle un solo minuto. Todos buscamos lo mismo y no es otra cosa que cumplir las órdenes recibidas y conseguir la victoria en esta guerra contra la Gran Bretaña.

—Le agradezco sus palabras, general Gravina, así como a todos los presentes su leal y sincera colaboración. Olvidemos los comentarios inapropiados, propios a veces entre hermanos, y apoyemos la causa común que persiguen nuestros soberanos.

Abandonamos el navío Bucentaure bien entrada la tarde. Gravina despidió a sus hombres en la cubierta del navío francés, sin una palabra más, ni siquiera a Galiano. Aunque se nos ofreció un almuerzo por Villeneuve, lo rechazó el general Gravina alegando que era mucho el trabajo pendiente, lo que no era falso, desde luego. Y llegamos a nuestro insignia con el estómago en los talones, al menos por mi parte, tan habituado a comer en condiciones y de forma regular. Pero antes de que pudiera pedir el auxilio pertinente a Setum, charlamos unos minutos en la cámara de don Federico los tres generales.

—Mal lo he pasado —comenzó Gravina—. Hemos bordeado la catástrofe.

—El ambiente entre españoles y franceses se encuentra enrarecido desde el combate de Finisterre, señor —comenté con decisión—. Y las palabras del almirante Magón eran inaceptables y un insulto a nuestro honor que no se podía consentir. Villeneuve debía haberle llamado la atención allí mismo y disculparse por la actitud de un subordinado tan poco cortés.

—También Galiano se subió al parral en vuelo de alcatraz —Gravina sonreía.

—Galiano estuvo genial en mi opinión, señor —alegó Escaño con voz queda—. Aunque los franceses dicten las normas a seguir en esta guerra y cuenten poco nuestras opiniones, no debemos dejarnos arrollar en deshonor y vergüenza. Dionisio dijo lo que debía decir y en el tono adecuado. No se podía permitir tal ofensa. Y tuvo suerte el almirante Magón porque, llegados a un encuentro al alba, Galiano es un jabato con el sable y pone una bala en el ojo a cuarenta pasos.

—Por favor, ni lo mientes siquiera. Sólo nos faltaba un duelo entre un brigadier español y un contralmirante francés para cuadrar el marco a la paloma. En fin, creo que, después de todo, hemos lidiado bien el tiro. Y se han aceptado tus premisas sin discusión, Antonio, por lo que te felicito. Habéis hecho un magnífico trabajo.

—Muchas gracias, señor —Escaño parecía dudar al enhebrar las siguientes palabras—. Pero como sabe que mi lealtad se encuentra por encima de todo, debo decirle que, en mi opinión, sus últimas palabras nos comprometen en exceso.

—No tenía más remedio.

—Sería así en el caso de que confiara a ciegas en el almirante Villeneuve. La verdad, sigo temiendo que este hombre sea capaz de comprometer la escuadra combinada, cuando tenga la certeza de que el almirante Rosily se encuentra a las puertas de Cádiz. Puede pensar que es la única opción a disposición para recobrar el crédito perdido. Y según se rumorea, anda avisado de sus movimientos, aunque aparente que no sabe las razones por las que ha sido comisionado el nuevo almirante. Me preocupa una interrogante, señor. Al prometer seguir sus aguas, ¿piensa hacerlo aunque la ocasión no sea propicia ni favorable, así como abocada al desastre?

—La palabra se da una sola vez, bien lo sabéis.

—Y la Real Armada sólo dispone de estos navíos y unos pocos más, señor — contesté con tristeza.

Cerramos el capítulo porque no se atisbaba solución por el horizonte. La decisión quedaba tendida a la banda del francés, y en sus manos había comprometido Gravina la suerte de nuestra escuadra. Salimos de la cámara del general con el sentimiento alicaído. No necesitábamos palabras Antonio y yo para comprender la situación y el posible futuro. Por fortuna, el olorcillo de una paletilla con el inconfundible adobo de Setum, levantó mi ánimo hasta la cofa.

Siguiendo la norma trazada en estos últimos cuadernillos, y anticipándoles noticias e informaciones de las que dispuse semanas más tarde, intentaré explicarles cómo enfocaban los britanos la posible salida de la escuadra combinada hispano-francesa y el enfrentamiento que esperaban afrontar con decisión. ¿Qué había sido del almirante Nelson? ¿Cuáles eran sus ideas?

Don Horacio había llegado a las aguas cercanas a la bahía gaditana el día 28 de septiembre a bordo del navío Victory, de poco agradable recuerdo para la Real Armada, porque en ella arbolaba su insignia el almirante Jervis durante el combate de San Vicente. Sin perder tiempo y una vez tomado el mando, el almirante inglés ordenaba para el día siguiente Consejo de generales y comandantes a bordo de su buque, precisamente cuando cumplía los 47 años de edad y se encontraba en toda la gloria de su carrera, que ya traspasaba los límites normales de un gran almirante.

Nelson pretendía exponer a sus hombres el plan de combate que tenía pensado con todo detalle, desde el momento en el que supo la posibilidad de enfrentarse a la escuadra combinada. Y como era de esperar en base a sus acciones anteriores, habitual arrojo y temeridad, no deseaba un combate en líneas de batalla paralelas, como se desarrollara junto al cabo Finisterre. Pretendía atacar a la escuadra enemiga de forma casi perpendicular y por el cuerpo fuerte o central, con objeto de cortar la alargada línea que estimaba como formación segura en el enemigo, cortarla para doblar con sus buques dicha parte más importante y la retaguardia, sin que los avanzados a proa pudieran llegar en su auxilio; es decir, combatir en superioridad, manejando sus navíos de tres puentes al copo. Como ya les he explicado anteriormente, no era una táctica propia de don Horacio, sino la empleada por

primera vez con notable éxito por el almirante Rodney en las Antillas contra los franceses en 1782, así como por Howe en 1794 y por Duncan en Camperdown en 1797.

El almirante Nelson suponía un combate entre 40 navíos británicos y unos 46 aliados, cifras que se habían reducido en la realidad a los mencionados en las líneas anteriores, aproximadamente. Pero independientemente del número final, pensaba formar su escuadra en dos columnas, a cuya cabeza se situarían el propio almirante y su segundo, Collingwood, así como un escuadrón avanzado. Las premisas esenciales eran, como distribuyó por escrito a todos los comandantes, las siguientes:

... Si se descubre la escuadra enemiga por barlovento, y si nuestras dos columnas y la división avanzada pueden alcanzarla, dicha línea probablemente tendrá tal extensión que su vanguardia no podrá acudir en socorro de la retaguardia. Por tanto, es verosímil que yo haga al segundo comandante la señal de cortar la línea enemiga hacia el duodécimo navío, a contar desde la cola o por donde pueda si no le es posible llegar a esa altura. Yo, con mi columna, atravesaré hacia el centro, y la división de vanguardia lo hará tres o cuatro navíos más adelante del centro, de manera que se asegure el ataque del navío del comandante en jefe de la escuadra enemiga, buque que es preciso apresar a todo trance.

Nelson daba por sentado que Villeneuve formaría una alargada línea de combate y su propósito era cortarla con dos columnas y combatir con superioridad numérica. Pero una cosa son las ideas y otra muy distinta llevarlas a la práctica en un medio caprichoso y cambiante como la mar soberana, aunque suela ceñirse a la inteligencia y osadía de los que por ella transitan. Todo se encontraba en el aire en aquellos primeros días de octubre. Pero como siempre ofrecen los dioses de las aguas, la mar y los vientos en feliz o desventurada conjunción dictarían su palabra final.

22. El destino entra en juego

A pesar de la decisión tomada por unanimidad en el Consejo a bordo del Bucentaure, no por ello dejamos asentar las plantas, ni mucho menos, que la faena se mantenía abierta por los cuatro puntos sin disminución. Por una parte, aumentamos las disposiciones de las fuerzas sutiles de defensa, así como los navíos y fragatas en apoyo, que quedaron bajo el mando del contralmirante Magon. Y el resto del tiempo lo dedicamos a la escuadra y sus necesidades que, como es lógico suponer, superaban en crecitas lo que éramos capaces de abarcar, al menos en cuanto a las mil y una reclamaciones de los comandantes de las diferentes unidades.

A pesar de la obsesión francesa por la defensa de la escuadra ante un posible ataque de los britanos sobre la bahía de Cádiz, defendía yo la opinión de que no se produciría en esta ocasión. Creía conocer a don Horacio Nelson lo suficiente para saber que ya había escarmentado en las dos ocasiones anteriores, y con menores fuerzas de defensa en la zona. Además, no podíamos suponer, como alegaba el almirante Dumanoir, que el almirante inglés no se encontrara al día de nuestros movimientos, porque sus fragatas cruzaban derrotas a las mismas barbas de los fuertes, incluso con arrimadas que calentaban los ánimos de los sirvientes de las piezas en algunos castillos, al punto de llegarse a emplear la artillería desde Santa Catalina.

El tiempo transcurría con lentitud, como si el destino deseara marcar sus huellas al tiento, al punto de ofrecer los detalles con extrema minuciosidad. Pero fue el día doce en aquel mes de octubre de nuestros pecados, cuando recibí una sorpresa de las más agradables, aunque también me cruzara las venas con negación. Traspuesta la meridiana, acudió Setum con urgente aviso, en el sentido de que unos oficiales reclamaban mi presencia en el alcázar. Y como el africano no podía esconder su sonrisa alargada, me figuré que corría la tartana en la sombra. Apresuré el paso, dejando mil oficios sobre la mesa. Por fin, al llegar a cubierta descubrí a mis dos hijos, vestidos con el uniforme grande, como si se dispusieran a presentar respetos ante el comandante general. Pero más llamó mi atención cuando escuché sus voces. —A las órdenes de su excelencia, señor general.

Me hizo gracia la salida, porque los mozos guardaban la sonrisa en la faltriquera. Sin perder un segundo me fundí con ellos en un apretado abrazo, mientras Setum les ofrecía cariñosos golpes en las espaldas. Pero pronto me separé, para escudriñar el rostro de Francisco, a quien creía todavía debilitado en extremo. Y no me gustaron los rastros que descubrí en su cara, blanca y macilenta como enfermo recién salido del mal.

—¿Qué haces aquí, Francisco? Tienes mala cara y deberías mantenerte en reposo.

—Con su permiso, padre, no podía permanecer en la Corte un día más o habría entrado en locura infernal. Todos hablaban de un posible encuentro decisivo con la

escuadra britana y era mi deber presentarme. Quiero embarcar. Usted puede conseguirlo.

Sentí crecer el orgullo bien dentro aunque, al mismo tiempo, sufría por largo al observar su aspecto magro y de marcada debilidad.

—No sería adecuado, hijo mío. En primer lugar, parece que la escuadra combinada evitará la salida, dadas las fuerzas que se nos oponen a escasas millas. Pero aun en dicho caso, debes tener en cuenta que para hacer la guerra, es necesario encontrarse fuerte de carnes y mente.

—La mente se mantiene muy por alto y recupero las fuerzas día a día —el joven intentaba mostrar fortaleza con sus movimientos—. Nunca le he pedido ningún favor, padre, en lo relativo al servicio de las armas, porque así ha de ser. Pero en este caso debo hacerlo. Le ruego que me deje embarcar en algún navío de la escuadra. Muchos de mis compañeros se encuentran a bordo de diferentes unidades y creo que es mi obligación.

Dudaba de lo que debía decir y hacer, una lucha interior de la que poco gustaba. Pero fue su rostro en fervorosa súplica lo que me conmovió hasta la galleta, y lo comprendí porque en su caso habría hecho lo mismo. Para colmar el vaso, Gigante entró en auxilio de su hermano.

—Deje que embarque Francisco, padre. La brisa del mar y la actividad en cubiertas le sentarán mejor que las gachas calientes y el reposo en cama. Además, nada mejor que tener a Setum cerca por si recayera en las fiebres.

—Eso por supuesto —entró el africano por derecho—. Y tiene razón el joven, señor, que los galenos de la corte son más peligrosos que las balas britanas. Unas paletillas de cordero adobadas en lastre, acompañadas de unas frascas de vino espeso obrarán el milagro.

Comprendí que la batalla estaba perdida, lo que me endosaba alforjas de alegría y sufrimiento. Por unos segundos, pensé en una posible salida a la mar y el posterior combate contra la escuadra de Nelson, con dos hijos embarcados.

—De acuerdo, muchacho, que se cumpla tu deseo. ¿Dónde quieres embarcar?

—Donde a usted le parezca bien, padre. Creo preferible evitar el buque insignia, que las lenguas son largas y la situación puede abrirse incómoda para ambos.

—Tienes razón. Diré al teniente de navío don Juan Tíscar, de la Mayoría de la escuadra, que te consiga orden de embarco en el navío Santa Ana. ¿Te parece bien?

—¿El Santa Ana? —el joven abría los ojos al tiempo que mostraba una felicidad extrema, como si no creyera la noticia—. Mucho me gustaría, padre. Debe ser hermoso entrar en combate a bordo de un navío de tres puentes y con 120 cañones.

—Ha sido el último en incorporarse a nuestra fuerza y se encuentra recomponiendo su dotación, por lo que será más fácil buscarte acomodo. En dicha unidad iza su insignia el teniente general Álava como segundo cabo de la escuadra, un jefe de absoluta garantía. Además, el comandante es el capitán de navío José de Gardoqui, un bilbaíno valiente y buen amigo. Pero se te abre un trabajo espeso a

proa, porque su dotación anda sobre papel de seda y con escaso adiestramiento.

—No se preocupe, padre, que con las paletillas de Setum y el olor cercano de la mar, me vendrán los colores de salud a la cara en un santiamén. Además, ya debe encontrarse cercana la charretera^[67] y los flecos elevan el espíritu.

Debo reconocer que me hacía vibrar la pasión del muchacho, casi un niño recién destetado, aunque estuviera cerca de cumplir los diecisiete años y rematando su estadía de guardiamarina. También el hermano mayor sonreía de felicidad, que ya era todo un teniente de fragata. Le pregunté por su buque.

—¿Y tú, Gigante? ¿Marcha todo bien a bordo de ese pequeño navío que tan bien recuerdo?

—Todo en orden y sin novedad, padre. Nuestro comandante, el brigadier Uriarte, es una persona admirada por todos. Creo que hasta los grumetes de leva acabarán por dar su vida si es necesario. Y adiestra personalmente a la artillería, empecinado en la puntería exacta y el ritmo de fuego. Pero se diferencia bastante al Trinidad que mandaba en San Vicente, con la cuarta batería corrida y más artillería. Si combatimos contra el inglés, mucho sufrirá quien quede emparejado con este mastodonte.

No podía rebajar aquellos espíritus alzados en vuelos de gloria, por lo que mantuve la conversación en conciertos, sin entrar en la verdadera opinión que me merecía la comparación de los buques. Era triste comprobar que disponíamos de hombres capaces, dispuestos a la mayor entrega, a los que, sin embargo, les faltaba lo principal en un buque de guerra, disponer de los elementos necesarios para ser marinado en conveniencia y poder combatir como es debido en la mar. De esta forma, pasamos a otros temas, al tiempo que me preocupaba por la salud del resto de la familia que, gracias a Dios, se encontraba en buena línea.

Tras ofrecerles una abundante y succulenta comida, agenciada por Setum sin recorte alguno, nos despedimos con un fuerte abrazo. Pero ya portaba Francisco su orden de embarco para el navío Santa Ana, con cuyo comandante charlaría a puerta cerrada y sin que nadie lo supiera. Porque después de todo, era mi hijo, un niño débil a quien se debía cuidar. Y aunque de momento no parecía abrirse el peligro cercano, sentí un nudo en la garganta al despedirme de ellos, porque una voz en oscuro me anunciaba que, en cualquier momento, podía abrirse la caja de los truenos y perderlos para siempre, un sentimiento que debía evitar a toda costa.

El día 16 forzamos una reunión de trabajo con el general Gravina. Durante varias jornadas, Escaño y yo habíamos analizado con detalle las diferentes posibilidades de las formaciones de marcha para la escuadra combinada, así como las líneas de batalla a disposición, para el caso de que algún día se saliera a la mar. Y no era fácil cazar a don Federico, con una inagotable actividad en tierra, militar y protocolaria. Además, en mi modesta opinión dedicaba excesivo tiempo a su carteo personal, tanto con el Secretario de Marina, el teniente general Gil y Lemus, el ministro de Marina francés Decrés, así como, más importante, extensa y detallada, con el príncipe de la Paz, norma habitual en su persona que no me cuadraba en luces. Pero antes de atacar el

tema que nos ocupaba, entró el general con algunas disquisiciones que parecían preocuparle.

—No creo que se ofrezca la oportunidad favorable para salir a la mar. La diversión planeada para el general Salcedo con los buques de Cartagena ha sido aplazada de momento. Y en cuanto a este particular escenario, la estación rigurosa va a entrar en cualquier momento, con vientos de poniente frescos. Y no son buenos para los navíos de tres puentes, forzados a arribar con averías a bordo.

—Así se decidió en el Consejo —dije sin dudar—, y no han variado las circunstancias una mota. De todas formas, señor, y aunque me repita en contra de su opinión, tan sólo temo una acción desesperada por parte del almirante Villeneuve. Aumentan los rumores de que el almirante Rosily ha salido de Madrid para esta plaza con el claro objeto de tomar el mando.

—Recibí ayer carta del príncipe en tal sentido. Parece que ha debido partir de la Corte el día 14, por lo que si aprieta los machos en conveniencia, podría llegar dentro de dos o tres jornadas más a esta plaza. Pero no viene como apuntaban algunos en misión de simple inspección, sino a tomar el mando y enviar al almirante Villeneuve a Francia para rendir cuentas ante el emperador, que no lo espera con ramos de flores. La verdad es que siento pena por este hombre, honrado y valiente. Además, no debemos olvidar que lleva sangre española en sus venas —Gravina nos ofreció una triste sonrisa.

—¿Sangre española? —pregunté, extrañado.

—Eso me dijo hace algunos días. Villeneuve pertenece a una antigua y noble familia, procedente de San Baudilio, cerca de Barcelona. En su origen se llamaban Vilanova, cuya traducción al francés es su apellido actual. Según parece, se instalaron en la Provenza en el siglo XII.

—Pues aunque sea de lejano origen español, los generales en la mar son juzgados por sus acciones —medió Escaño—. Y en este caso particular no ofrecen dudas.

—También incorpora el almirante Rosily nuevos planes del emperador sobre el futuro de estas fuerzas y posibles acciones en el Mediterráneo. De todas formas, os repito una vez más que no llegaría el almirante Villeneuve al extremo que apunta Francisco, exponer la escuadra por evitar el anunciado relevo. Además, el príncipe de la Paz estima que desconoce la llegada de quien ha de ocupar su puesto.

—Pues se comenta con todo detalle en los buques franceses, de capitán a paje —intervino Escaño—. No creo que ande sin la noticia en la saca.

—Me comentó el general Reille —entré en el tema con decisión—, que el almirante se encuentra al corriente de que Rosily ha partido de Madrid hacia aquí.

—Es posible que lo sospeche. Ayer por la tarde, precisamente, me comunicó Villeneuve que madura la idea de ordenar dar la vela a seis o siete navíos, españoles y franceses, bajo el mando del almirante Magon, para intentar cazar a las cuatro fragatas que cruzan frente a la bahía con demasiada insolencia. Y si les es posible, averiguar con exactitud la entidad de la escuadra inglesa.

—No parece esa una misión adecuada para unos navíos —insistí en demanda—, contra esas fragatas que alzan el trapo en vuelo como palomas. Y en cuanto a la composición de la escuadra de Nelson, pocas dudas nos cubren.

—Es cierto. Pero pueden producirse destacamentos, así como aumentos en su fuerza.

—También queríamos, señor, comentarle las posibilidades que se nos abren en cuanto a posibles formaciones, aunque sea un tema recurrente —Escaño hablaba con mesura, como siempre que abordaba un tema importante—. Llegado el caso, podría discutir las con el almirante francés, algo que ya debería estar hablado y decidido al detalle.

—El almirante Villeneuve manda la escuadra combinada y ya ordenará la formación que estime oportuna —Gravina fue demasiado lacónico en su respuesta, como si abordáramos un tema que no le cuadraba en aquellos momentos.

—Pero también podemos ofrecerle nuestra sincera y leal opinión —insistió Escaño—. Ha repetido el almirante Villeneuve en diversas ocasiones, y reproduzco sus palabras exactas, que tenemos una táctica naval anticuada y sólo sabemos formarnos en línea, que es naturalmente lo que desea el enemigo. No tengo medios ni tiempo ni posibilidad para adoptar otra con los comandantes a quienes están confiados los navíos de ambas escuadras. No dudo que todos se mantendrán en sus puestos, pero ninguno se determinará a arriesgarse en resolución atrevida.

—En efecto. Su idea es formar esa línea clásica, con centro, vanguardia y retaguardia, al estimar que no disponemos de la suficiente capacidad de maniobra en nuestros buques, lo que se acerca bastante a la realidad.

—No maniobramos bien, es cierto, pero disiento de esas palabras —Escaño entraba con cierta dureza—. No es bueno criticar la resolución de los comandantes, cuando no se les permite apartarse una pulgada de las señales enhebradas en la capitana.

—Ya se lo indicamos en Vigo y, posteriormente, antes de la salida de la ría de Ares. Por fin, accedió a nuestras observaciones, en cuanto a añadir una escuadra de observación o de reserva bajo mi mando.

—Sin entusiasmo alguno, señor. Debemos tener en cuenta que una línea de combate con más de treinta navíos se alargaría en exceso —Escaño intentaba apoyar sus argumentos con unas figuras trazadas a mano ligera—. Y llegados al combate, el inglés, me refiero en particular al almirante Nelson, atacaría en cuña, probablemente aproado al centro para doblar y combatir en superioridad, su táctica favorita. La idea que le propongo es insistir en que se forma una escuadra de observación, como se enuncia en nuestros manuales, pero con libertad absoluta para situarse donde estiméis oportuno, de acuerdo a la maniobra observada al inglés. De esta forma, podríamos adelantarnos a sus intenciones o acudir hacia la parte de la línea en condición más desfavorable, incluso doblar o maniobrar con ella en conveniencia.

—Me parece adecuado. Pero debería aprobarlo el almirante. Ya discutimos hace

semanas sobre algunas posibilidades.

—En aquella reunión se habló mucho, pero no se alcanzó acuerdo alguno, señor. Todavía, los franceses se rigen por las instrucciones recibidas de su almirante en diciembre del año pasado, unas instrucciones que sólo se remitieron a los buques de su escuadra.

—Esas instrucciones quedaron obsoletas.

—En efecto. Por esa razón deberíamos mantener una junta de generales y discutirlo con suficiente detalle. Y después sería oportuno una reunión con todos los comandantes de los buques, para explicarles a fondo las diferentes posibilidades y reacciones a llevar a cabo.

—No desea Villeneuve reuniones multitudinarias —Gravina hizo un gesto de impotencia.

—Con toda sinceridad, señor —Escaño endurecía el semblante—, no podemos salir a la mar sin un plan de batalla concreto, bien sabido por los comandantes. Es malo fiarlo todo a señales posteriores en la mar, donde a veces el humo y otros factores dificultan su exacta comprensión. Pero si el almirante se resiste, una vez decididas por los dos estados mayores las líneas a seguir, un plan de combate bien claro y ordenado, cada comandante general puede llevar a cabo las oportunas reuniones con los mandos de su escuadra. Debo insistir, señor, que sería ideal una junta con todos los comandantes, como solemos hacer en nuestra Armada, aunque no le guste al almirante Villeneuve.

Gravina parecía un poco ausente, como si no concediera excesiva importancia a lo que le indicábamos. Por fin, pareció regresar al mundo de los vivos.

—De acuerdo, así se lo diré al almirante.

No quedamos Escaño y yo muy satisfechos de la reunión mantenida con el general. Para mí que don Federico pecaba, en determinados momentos de especial importancia como aquel, de cierta pusilanimidad, lo que se confundía erróneamente con su carácter bondadoso, afable y excesivamente oficioso. Pero no se debía ceder en algunos aspectos de importancia con Villeneuve, porque quedaba demostrado hasta el momento la baja estima del almirante francés sobre las reales posibilidades de los buques de la escuadra combinada, y tal situación podía acarrear desastrosos resultados.

Nada más comentamos al respecto, ni siquiera entre nosotros, aunque el rostro de Escaño era un espejo de mira. Y no andaban nuestros temores fuera de la vela, porque el día 18 entraron los truenos en el sollado con lasconazo por el palo mayor. Había sido una mañana con la rutina entablada, intentando cada unidad mejorar el adiestramiento de su dotación, o incluso continuar con diversas permutas entre el personal, cuadrando gente de mar y guerra como mejor se entendiera en cada buque. Pero entrados en la tarde, debían ser las cuatro cuando el oficial de guardia en cubierta, alférez de navío don Juan Medinilla, me alcanzó en el alcázar con cierta urgencia.

—El almirante francés solicita permiso del general para visitarlo a bordo, señor.

—Déle respuesta afirmativa. Yo mismo avisaré al general Gravina.

Pocos minutos después, avistábamos la falúa del almirante Villeneuve con su proa dirigida hacia el navío Príncipe de Asturias. Y una vez pisada la meseta, era recibido por nuestro general, que lo acompañaba hasta su cámara. Escaño y yo los seguíamos a escasa distancia, esperando la señal de don Federico para entrar en ella o no, dependiendo de la discreción que deseara ofrecer a la entrevista. Pero no lo dudó nuestro jefe, moviendo el brazo con claridad para que lo siguiéramos.

Desde el primer momento encontré al almirante Villeneuve un tanto nervioso y acelerado de movimientos, aunque es posible que los acontecimientos posteriores me nublen el juicio en cierta medida e incorporen impresiones no recibidas. Pero sin duda el aspecto de su rostro era enfermizo, así como magro de carnes, posiblemente por los cólicos biliosos de los que sufría a menudo en los últimos meses. No se detuvo un segundo en charla amistosa el francés porque, sin tomar asiento ni esperar unas primeras palabras de cortesía, encaraba la cuestión.

—Querido general, tal y como le había prevenido, era mi idea que en las últimas horas de esta tarde diesen la vela cuatro navíos franceses, tres españoles y la fragata Hermione, bajo el mando del almirante Magon. Debían intentar el apresamiento de las cuatro fragatas enemigas que vigilan la bahía a la vista y escasa distancia. La noche podía ser el momento adecuado y favorable, especialmente ésta que debe lucir la luna. Pero hace un par de horas he tenido conocimiento de unos detalles de especial importancia.

Villeneuve se detuvo en su parla unos segundos, como si deseara crear especial atención a sus palabras. Continuó con la misma convicción.

—He tenido conocimiento por los vigías de la costa, que ha zarpado un convoy inglés desde Gibraltar hacia el Mediterráneo con escolta de cuatro navíos, mientras otro desarbolado quedaba en puerto y uno más atravesaba el estrecho para fondear en él. Esto significa que la escuadra del almirante Nelson se ha visto reducida en seis navíos, una disminución considerable que nos ofrece una hermosa oportunidad. Por esta razón, he comunicado al ministro Decrés que voy a izar la señal para que la escuadra se prepare a dar la vela de inmediato, quedar fondeados sobre un ancla y meter a bordo todos los botes.

—Pero en estos momentos el viento se encuentra en un calmerío absoluto —apuntó Gravina con escasa convicción.

—En efecto. Pero espero que con el terral de la noche o el que se abre entrada la madrugada, se nos posibilite la maniobra. Dejaré en puerto el bergantín Observateur, de escaso andar, repartiendo sus hombres entre el Indomptable y Algésiras. Lo que deseo preguntarle, general Gravina —la voz de Villeneuve se hacía más grave—, es si se encuentra en disposición de seguir mis aguas con la escuadra bajo su mando, como prometió en la reunión que mantuvimos a bordo de mi insignia.

Sentí correr fuego por mis venas ante aquellas palabras, porque era falsa e indigna

la forma en que Villeneuve abordaba la cuestión. A bordo del navío Bucentaure se había decidido, por unanimidad, no salir a la mar salvo oportunidad muy favorable y con garantías de éxito en un posible encuentro con el inglés. Y no era el caso con esa imaginaria disminución de fuerzas, la diversión de Cartagena aplazada y ningún temporal a la vista que alejara las fuerzas britanas. Esperaba por mi parte que el general entrara por derecho en la parte más importante y con suficiente decisión. Pero al observar el gesto de su cara, imaginé las palabras que llegarían a continuación.

—La escuadra española, almirante, está lista y preparada para seguir las aguas de la escuadra imperial, siguiendo las instrucciones de mi Gobierno.

—Sabía que podía contar con su apoyo, general —el rostro de Villeneuve parecía iluminarse en gradas—. Esperemos que la suerte nos sea favorable.

Me consumía en tripas, porque todo lo que escuchaba era falso de solemnidad. Tampoco entraba Gravina en sinceros, porque las instrucciones recibidas del príncipe de la Paz no se abrían en tales condiciones, ni mucho menos. Pude observar el rostro de Escaño, quien parecía decidido a tomar parte en la conversación, aunque no hubiera sido invitado a ello.

—Si me lo permite, señor —parecía dirigirse a don Federico en exclusiva—, también nosotros recibimos la noticia de los vigías, que se las pasamos al insignia francés. Según los informes recibidos, la escuadra del almirante Nelson sólo ha sufrido la baja del navío Donegal, desarbolado. Pero la escolta del convoy mencionado es independiente y ya se encontraba en Gibraltar para la misión encomendada. Incluso es posible que haya recibido algún aumento en su escuadra desde el Canal. Además, con viento terral muy suave, será imposible que la escuadra combinada se sitúe en posición en una sola jornada, porque esa brisa volverá a caer. Y con esas fragatas a la vista, Nelson tendrá conocimiento de nuestros movimientos en poco tiempo.

—Nelson se encuentra a cincuenta millas —contestó Villeneuve con el rostro ligeramente enervado—. Y con la disminución de fuerza que ha sufrido, no se atreverá a encarar nuestra escuadra.

—Don Horacio Nelson atacará esta escuadra aunque se encuentre en desventaja del cincuenta por ciento —metí baza sin poder evitarlo—, no lo dude.

—En ese caso, sería derrotado —el almirante exhibía una sonrisa de triunfo—. Debemos confiar en nuestros hombres.

Otra vez debí apretar los puños para no entrar por brevas. Alegaba confianza quien no la depositaba en ninguno de sus comandantes, con permanentes críticas hacia ellos. Pero el general Gravina decidió cortar toda posible discusión.

—Quedamos preparados para seguir sus aguas, almirante. Daré a mi escuadra las mismas órdenes de prepararse para dar la vela. En cuanto a la formación...

—Adoptaremos su antigua recomendación. La línea de batalla, si le parece oportuno —ahora entraba en cortesías que a nadie engañaban—, quedará constituida en un cuerpo fuerte bajo mi mando directo, formado por tres escuadras, centro,

vanguardia y retaguardia. Por otra parte, tomaréis el mando de la escuadra de observación formada por dos divisiones, abriendo derrota a proa. Las fragatas se dividirán en proporción.

—Con libertad de movimientos —musitó Escaño en voz baja.

—Desde luego —Villeneuve le ofreció una sonrisa—. Pero por supuesto, preferiría saber con anterioridad sus intenciones.

Villeneuve entregó a Gravina un plano trazado, donde se desplegaban las diferentes unidades. Lo observamos con atención, aunque mis pensamientos bullían en otras direcciones y al galope tendido. Del cuerpo fuerte, el centro quedaba bajo el mando directo de Villeneuve a bordo del Bucentaure, mientras la vanguardia mostraba la insignia del general Álava en el navío Santa Ana, y la retaguardia en el Formidable del almirante Dumanoir. Respecto a la escuadra de observación, el general Gravina, con su insignia en el Príncipe de Asturias, formaba la primera división, mientras la segunda quedaba bajo el mando del almirante Magon, a bordo del Algésiras. Y como si se tratara de urgencia impuesta, el almirante Villeneuve abandonaba nuestro buque, tras ofrecer un caluroso abrazo a don Federico, expresando su agradecimiento.

Comprendí en pocos segundos que la suerte quedaba largada sobre las aguas, aunque todavía podíamos atacar a nuestro general y despertarlo del letargo en el que parecía haberse sumido. Y no esperamos un segundo al regresar a la cámara. Yo fui el primero en templar las cuerdas.

—La verdad, señor, no consigo comprender esta urgencia y el cambio de plan impuesto por el almirante. Esa disminución de fuerzas, que parece ser el meollo de la cuestión, es imaginaria. Además, la decisión tomada va en contra de lo decidido en el Consejo hace diez días, y obliga a salir a la mar a la escuadra combinada en la peor de las condiciones, de forma más que temeraria. ¿Qué ha cambiado en realidad para tal giro?

—La desesperación del almirante Villeneuve, porque sabe bien que Rosily se encuentra a punto de llegar a Cádiz —arguyó Escaño con voz torcida—. Además, olvida un punto importante, porque en las últimas instrucciones recibidas del emperador, se expone claramente que debe formarse una poderosa escuadra en el Mediterráneo, pero no librándose combate contra el enemigo sino cuando las fuerzas de éste fuesen realmente inferiores.

—Por favor, amigos míos, centremos la conversación sin recurrir a fobias o comentarios de Corte. Es cierto que en el Consejo se decidió no salir a la mar hasta que se diera alguna de las circunstancias que, es indudable, no aparecen. Pero también es cierto que le di mi palabra y las directrices del príncipe de la Paz navegan en esa dirección.

—Perdone, señor, pero he de entrar en sinceridad absoluta por la lealtad que le debo —parecía que Escaño se preparaba para largar bomba—. No se debe ir en contra de lo acordado en un Consejo, a no ser que otro decida lo contrario. Esa es la

primera petición a reclamar por su parte al almirante Villeneuve, como ya hizo hace algunos días. Debe formarse un nuevo Consejo de forma inexcusable. Pero en cuanto a su palabra, fue dada bajo unos condicionantes que no se abren en estos momentos. Y en cuanto a que debe seguir las instrucciones del príncipe de la Paz, usted mismo, señor, nos dijo que don Manuel Godoy no veía con buenos ojos exponer la escuadra a un combate decisivo, si no era con clara y rotunda superioridad. Y esa superioridad, diga lo que diga el francés, no existe, sino más bien al contrario. Incluso nos comunicó el príncipe que veía con buenos ojos haber adoptado el Consejo nuestro punto de vista.

—Así es —Gravina se movía, nervioso—. Pero no le agradecería que dejara abandonada a la escuadra imperial.

—No dejaría abandonado a nadie, señor. Sin su apoyo, puede estar seguro que Villeneuve no saldrá a la mar. Y con entera sinceridad —elevé un poco el tono de mi voz—, debe comprender que lo único que mueve al almirante es su absoluta desesperación por el inminente relevo. Espera poder tener éxito en una empresa suicida, para recibir el perdón de su emperador. Pero no es ése nuestro caso. Con todo el respeto debido, creo que su obligación sería hacer ver al almirante lo que Escaño ha dicho. Como mínimo, la celebración de un nuevo Consejo. Y si insiste en seguir las aguas de la escuadra imperial, debe recordar que lo hace en contra de la opinión de sus generales y comandantes, sin excepción.

Creí haber rozado el límite permitido, por lo que esperé nervioso la reacción del general. Sin embargo, Gravina se mantenía pensativo, aunque pareció aumentar el temblor de su mano. Se movió hasta la balconada de popa, como si en las aguas pudiera encontrar la respuesta a tantas interrogantes que parecían entablarse en su cerebro. Sus palabras sonaron como venidas de muy lejos, sin girar el cuerpo hacia nosotros.

—No puedo romper la palabra dada y espero que lo comprenderéis. De todas formas, es cierto que confío en que no tendremos viento suficiente para que pueda abandonar la bahía la escuadra combinada. Y el almirante Rosily debe llegar mañana o pasado a más tardar. Villeneuve no dispondrá de tiempo suficiente. Pero seguiremos como si este comentario no hubiese sido nunca pronunciado. Icen la señal de prepararse para dar la vela, quedar sobre un ancla y meter los botes a bordo.

—Sí, señor.

Salimos de la cámara con el ánimo bajo cubierta. Escaño era más prudente, pero ya mi sangre había corrido demasiadas leguas y desde la muerte de Pecas era otro hombre, como si debiera defender su postura.

—Antonio, esta decisión puede significar el fin de nuestra escuadra. Se equivoca el general y antepone una cuestión personal por encima del bien de la Armada.

—Cree que Rosily llegará antes y que sin viento no tendrá tiempo Villeneuve de cumplir su plan.

—Por favor, Antonio, no intentes ahora defender lo imposible. Si el general

quiere ganar tiempo, nada mejor que exigir el nuevo Consejo, como ya hizo hace pocos días. No puedo comprender su postura.

—Pues está muy clara, amigo mío —Escaño me miraba con cierta dureza—. ¿Has visto alguna vez que nuestro general cuestione una sola orden de un superior, que intente mostrarse en su contra si llega de las alturas, que responda con su leal opinión aunque no coincida con la recibida? Pues ése es el caso. Quien vive en una línea determinada muchos años, y a esa línea endosa sus posibilidades de carrera, no puede cambiar. Creo que no puedo ser más claro, y bien sabes que no declarararía tales palabras ni bajo tortura ante la Santa Inquisición. Aunque intente aplacar sus remordimientos con la posible llegada de Rosily, es más importante para él no llevar la contraria a quien estima que manda por orden imperial en la escuadra combinada, lo que no es así ni de largo. Pero no conseguiremos hacerle cambiar de opinión, por esa razón no insistí.

—¿Qué habría hecho el general Mazarredo en esta situación?

—¿Don José de Mazarredo? —Antonio emitió una risa suave—. Por Dios, don José le habría explicado a ese almirante sin cualidades lo que acabamos de decir. Pero por obrar así, se encuentra desterrado.

—Si llegamos a salir a la mar, Nelson nos atacará con 30 navíos más o menos, ocho de tres puentes, y eso significará el fin de nuestra escuadra.

—Lo doy por sabido, amigo mío. Si abandonamos la bahía, lo haremos sabiendo que nos dirigimos al desastre y con mucha sangre corrida por las cubiertas. No daremos la blanda, de eso estoy seguro, aunque fío poco en algunos comandantes, sin suficiente experiencia de mando y combate en la mar, aunque sean paniaguados de don Federico. Nelson nos atacará a tiro de pistola, aunque arriesgue los bigotes. Y nos destruirá. Tomamos vereda de muerte y lo sabemos. Al menos, dejaremos el honor bien alto.

—Es triste pero cierto. En fin, espero que mis hijos queden amparados bajo la divina protección.

—Tendrán la misma suerte que su padre —Escaño me golpeó el hombro con cariño.

Quedé sin aliento. Pero no estimen que se trataba de miedo o precaución ante el combate, que jamás lo tuve y así lo he demostrado a lo largo de los años en todas las ocasiones. Me preocupaba que la Armada quedara bajo mínimos, sin fuerza que oponer en el mundo, con nuestro imperio de ultramar tan necesitado de una Marina poderosa, si queríamos mantenerlo. Pero por encima de cualquier otra consideración, me agitaba las venas en trance que todo se debiera a la desesperación de un francés, que intentaba recuperar el favor de su Soberano. Y me entristecía que nuestro general siguiera su juego, pesando más en la balanza su propio honor personal que el bien de la Real Armada. Por primera vez comprendí que el general Gravina era bueno y bondadoso con sus hombres, pero por encima de todo se encontraba él, su carrera y los honores a recibir. La voz de Setum me llegó con sordina.

—Como no se abre el horizonte en azules, señor, le he traído una frasca de aguardiente.

—No puedo ahora, Setum. Es mucha la faena y, además, me gustaría abrazar a mis hijos antes de salir a la mar.

—Lo tomo a mi cargo. Se encontrarán en este buque en un periquete.

—Asegúrate que no se lo impide el servicio en sus buques.

—Puede estar tranquilo, señor.

Quedé pensativo y desolado, como pocas veces en mi vida. Por desgracia, todo lo fiábamos a que el almirante Rosily llegase a Cádiz antes de la prevista salida, con las nuevas instrucciones del emperador. Me invadió un sentimiento de tristeza y vergüenza difícil de explicar.

Por desgracia, aunque lo supe semanas más tarde, el pasaporte del almirante Rosily fue expedido en San Lorenzo el Real, el 12 de octubre. Y como no nos acariciaba la buena estrella desde muchos años atrás, su partida de Madrid se retrasó hasta el día 14 por avería en el coche que debía conducirlo. Una vez más, la suerte estaba echada sobre las olas y no parecían alcanzar la playa en ventura.

23. La escuadra combinada da la vela

Gracias a Setum y, debo decirlo, la influencia personal que desplegaba como jefe de escuadra embarcado en el buque insignia, conseguí disfrutar o sufrir de la despedida de mis hijos en las últimas horas de aquella misma tarde. Sentí una especial emoción al abrazarlos, sabiendo el camino de sangre que embocábamos sin remisión y las posibilidades ciertas de que alguno saliera malherido. No sin esfuerzo, les dicté mis últimas recomendaciones.

—Espero que cumpláis con vuestro deber hasta la raya y más allá, hijos míos. Valor en alto pero sin locuras ni heroicidades que a nada conducen, más que a ser alcanzados por el fuego enemigo sin ganancia propia —valor y prudencia, pensé para mis adentros, si es que ambas cualidades pueden amadrinarse—. Eleven los rezos a nuestra señora de Valdelagua antes de entrar en combate, si éste llega a producirse, que los recogerá en su manto. Por cierto, Francisco, ¿se adapta bien Jesús como criado a bordo? Me sigue preocupando ese aspecto.

—Parece un viejo lobo de mar. Además, Setum lo aleccionó convenientemente y con amenazas —ofreció una sonrisa juvenil, como si por la proa le esperara un divertido juego—. Por cierto, que muchas veces hemos rezado a esa advocación de la Virgen, y nunca hemos visitado su iglesia o ermita.

—Os prometo una romería especial si nos conserva sanos. También quiero pedir os un favor. Como sabéis, desde mis primeros momentos en la Armada he pasado a unos cuadernillos los momentos más importantes, referidos a las acciones de nuestra Institución. Si acaso entráramos en combate, espero que, una vez finalizado, podáis pasar por escrito lo observado desde vuestro navío. Así deberá seguirse durante generaciones.

—Ya me lo había comunicado Gigante, padre. Y así lo haré, una vez hayamos derrotado la escuadra del almirante Nelson.

Aquellos muchachos salían con elevado espíritu y un tanto ciegos de la realidad, aunque ya Gigante olía el perfume de lejos. Pero era mejor así, que ya llegarían los tiempos de las dudas y bajadas de moral, que se producen con el paso de los años.

Como es fácil suponer, la orden de alistarse sin demora para dar la vela, tomó a los comandantes de los buques españoles con sorpresa y pierna cambiada. No podían imaginarlo siquiera, porque en ningún sentido se les había comentado tal posibilidad como cercana, y creían en vigor las decisiones tomadas en el último Consejo. Como no habían variado las condiciones y el viento no se mostraba a favor, era difícil imaginar una decisión tan sorprendente y repentina. De esta forma, algunos oficiales con familias establecidas en las poblaciones cercanas, no dispusieron de tiempo para ofrecer una última visita de despedida. Porque todos éramos conscientes de que si salíamos a la mar en aquellas condiciones, se nos requería un sacrificio de altura sin remisión posible, un sacrificio que fue aceptado por todos sin elevar una mínima

protesta, o mascullar cantos de barrena en tono bajo. Y tal fue la prisa establecida, que debimos redactar los estados de fuerza de los navíos con extrema urgencia y algún defecto, lo que no solía suceder en nuestra mayoría.

Todo se llevaba a cabo con decisión en las unidades de nuestra escuadra, sin pérdida de tiempo. Ya los buques habían recuperado a sus hombres distribuidos entre los apostaderos de las fuerzas sutiles, recuperaban los cañones de las unidades armadas en defensa, embarcaban los botes y quedaban fondeados solamente con una de las anclas. Al mismo tiempo, se preparaba a bordo la maniobra para largar el aparejo a la orden, y una vez remataban la faena al ciento, lo comunicaban a la capitana por medio de la señal correspondiente. Por suerte o desgracia, si se pudo realizar el alistamiento con tal premura, fue por la situación que se mantenía en la escuadra ante el posible ataque inglés, con lo que nadie era autorizado a pernoctar fuera de su buque.

La escuadra española se encontraba lista aquella misma noche para dar la vela, quince navíos que embarcaban entre sus cuadernas casi doce mil hombres, un poderoso ejército si se le situara en tierra y una población superior a gran parte de los pueblos de España. Dejábamos ingresados en el hospital con diferentes dolencias más de setecientos hombres, aunque habían sido relevados con las últimas aportaciones del Ejército y voluntarios, lo que no evitó la pérdida de un buen número de buenos profesionales.

En cuanto al aspecto táctico, debíamos acomodarnos al cuaderno de formaciones entregado por el almirante Villeneuve a nuestro general. Lo habíamos discutido con excesiva ligereza aunque, en verdad, se trataba de una fiel réplica de las disposiciones tomadas en Vigo. De acuerdo al mismo y llegado el caso de salir a la mar, la línea de batalla de la escuadra combinada sería la siguiente, con la numeración de los navíos para su posicionamiento y cambios de formación:

Cuerpo fuerte de la Armada

Segunda escuadra o vanguardia. Mando del teniente general Álava.

1. Plutón (74 cañones) (fr) Capitán de navío Cosmao.
 2. Monarca (74) (esp) Capitán de navío Argumosa.
 3. Fougueux (74) (fr) Capitán de navío Baudouin.
 4. Santa Ana (120) (esp) Teniente general Álava. Capitán de navío Gardoqui.
 5. Indomptable (80) (fr) Capitán de navío Hubert.
 6. San Justo (76) (esp) Capitán de navío Gastón.
 7. Intrepide (74) (fr) Capitán de navío Internet.
- La fragata Rhin (fr) a disposición del general.

Primera escuadra o centro. Mando del comandante general de la escuadra combinada.

8. Redoutable (74) (fr) Capitán de navío Lucas.

9. San Leandro (74) (esp) Capitán de navío Quevedo.
 10. Neptune (80) (fr) Capitán de navío Maistral.
 11. Bucentaure (80) (fr) Vicealmirante Villeneuve. Capitán de navío Magendie.
 12. S. Trinidad (136) (esp) Jefe de escuadra Cisneros. Capitán de navío Uriarte.
 13. Héros (74) (fr) Capitán de navío Poulain.
 14. San Agustín (80) (esp) Brigadier Cajigal.
- La fragata Hortense (fr) a disposición del almirante.
El bergantín Furet (fr) de batidor.

Tercera escuadra o retaguardia. Mando del contralmirante Dumanoir.

15. Mont-Blanc (74) (fr) Capitán de navío Lavillesgris.
 16. S. Francisco de Asís (74) (esp) C. de navío Flórez.
 17. Duguay-Trouin (74) (fr) Capitán de navío Touffet.
 18. Formidable (80) (fr) Contralmirante Dumanoir. Capitán de navío Tellier.
 19. Rayo (100) (esp) Brigadier MacDonell.
 20. Scipion (74) (fr) Capitán de navío Berenguer.
 21. Neptuno (80) (esp) Brigadier Valdés.
- Fragata Cornelie (fr) a disposición del almirante.

Escuadra de observación o reserva

Primera División. Mando del teniente general Gravina.

1. S. Juan Nepomuceno (74) (esp) C. de navío Churruca.
 2. Berwick (74) (fr) Capitán de navío Camas.
 3. R de Asturias (118) (esp) Teniente general Gravina. Capitán de navío de Hore.
 4. Achule (74) (fr) Capitán de navío Denieport.
 5. S. Ildefonso (74) (esp) Brigadier Vargas.
 6. Argonaute (74) (fr) Capitán de navío Epron.
- Fragata Themis (fr) a disposición del general Bergantín Argus (fr) de batidor.

Segunda División. Mando del contralmirante Magon.

7. Swift-Sure (74) (fr) Capitán de navío Villemandrin.
 8. Argonauta (92) (esp) Capitán de navío Pareja.
 9. Algésiras (80) (fr) Contralmirante Magon. Capitán de navío Le Tourneur.
 10. Montañés (80) (esp) Capitán de navío Alcedo.
 11. Aigle (74) (fr) Capitán de navío Courrége.
 12. Bahama (74) (esp) Brigadier Alcalá Galiano.
- Fragata Hermione (fr) a disposición del almirante.

El día 19, señalado en principio para dar la vela y abandonar la bahía si las condiciones del viento lo permitían, amaneció de buen cariz, con horizontes claros y

cielos despejados. Con la escuadra fondeada en libertad y anclas a pique, lista para maniobrar en demanda de la salida, el viento cuadraba del nordeste y flojo de fuerza. Como me maliciaba un futuro apresurado y tras dormir escasas horas, cerca de las seis de la mañana me dirigí al alcázar donde, para mi sorpresa, hallé a Escaño, absorto y con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Crees que el francés ordenará la salida con este terral de escasas uñas? Si el viento cae entrada la mañana y se tiende a poniente, como es de suponer, sólo podrán abandonar la bahía algunas unidades.

—Ya lo sé, pero es igual. Villeneuve ordenará dar la vela de un momento a otro. Es un hombre desesperado y obrará como tal, para desgracia de esta escuadra y la Real Armada.

—Es triste pensar que nadie es capaz de pararlo.

—Sólo puede detener esta locura quien bien sabemos y no parece dispuesto a ello.

En aquel momento, cuando picaba la hora sexta de aquel hermoso día, el teniente de navío Palacios, oficial de guardia en la Mayoría, bajaba a nuestro lado desde la toldilla.

—Señal del insignia francés, señor. Dar la vela inmediatamente sin aguardar nueva orden.

—Gracias, Palacios. Avisaré al general.

Escaño, tras dirigirme una mirada llena de significado y fatalidad, abandonó el alcázar. Pero de inmediato, la división de navíos fondeada en avance y preparada el día anterior para salir a dar caza a las fragatas inglesas, ejecutaban la orden bajo el mando del almirante Magón. Se componía de seis navíos franceses y el español Bahama, así como la fragata Rhin. Y aunque el viento parecía con tendencia a noroeste, se mantenía la tensión en pulso. Sin embargo, mis pensamientos se vieron truncados al observar la presencia del general Gravina, seguido de Escaño.

—Buenos días, señor. La división avanzada ha dado la vela bajo el mando del almirante Magon. No tendrá problemas.

—No dispondremos de tiempo suficiente para salir —Gravina parecía elevar un ruego, mientras dirigía su mirada a los cielos—. Este terral caerá en poco tiempo.

—Eso parece.

Parecíamos duendes entablados en el más allá. Se mantenía el silencio conforme se abrían las luces en la bóveda. Poco después, el general Gravina ordenaba salir a los navíos Montañés, Asís y Neptuno, situados a media traza, quienes izaban las gavias y comenzaban su faena con excesiva lentitud. El comandante del Príncipe, don Rafael de Hore, fue el primero en comentar la variación.

—Rola el viento al tercer cuadrante y cae de fuerza. Esos tres últimos navíos deberían fondear de nuevo, si no quieren tener problemas con la marea.

Fue una premonición porque, segundos después y sin orden en ningún sentido, dichas unidades cargaban las gavias y largaban sus anclas, incapaces de maniobrar

con el escaso viento. Y para cuadrar la ronda, Villeneuve ordenaba fondear a todos los buques en espera de mayores soplos. Sin embargo, el almirante Magon, como si no la hubiese observado, continuó voltejeando con bordadas cortas cerca de la bahía, intentando reconocer a las fragatas y buques ligeros enemigos, que salieron a toda vela en dirección OSO, donde podíamos imaginar se encontraba la escuadra bajo el mando de Nelson. Nada positivo consiguió el francés con esta maniobra. Pero la salida de las primeras unidades de la escuadra combinada fue observada por el comandante de la fragata Euryalus. Sin perder un segundo, el capitán de navío Blackwood enviaba a la fragata Phoebe, la más velera de todas ellas, para avisar al almirante Nelson.

En las mismas condiciones nos mantuvimos el resto de la jornada, esperando un viento que no acababa de entrar. Gravina parecía complacido por ello, lo que demostraba la sugerencia de Escaño en tal sentido. Los dos estábamos seguros de que nuestro general deseaba la inmediata llegada del almirante Rosily, con la sabiduría y libertad necesaria para abortar aquel despropósito, una espera en la que había depositado su última carta de esperanza. De todas formas, el día se alargó sin medida, que no son buenas las medias tintas y mucho menos en los asuntos de la guerra, con los nervios del personal entablados al bies.

Volví a dormir poco y mal aquella noche, por lo que de nuevo al alba atisbaba los cielos en cubierta, calculando los posibles. El día 20 se abrió con buena visibilidad, aunque la rumazón a poniente no presagiaba buena cordada. El viento nos entraba del SSE y calmoso, lo que propiciaría la salida de toda la escuadra si se mantenía en cuerdas. Comprendí en aquellos momentos que ya, de forma definitiva, la suerte estaba echada por los ángeles, blancos o negros. Y como era de esperar, a las seis de la mañana ordenaba el almirante Villeneuve dar la vela a todos los buques de la escuadra con la mayor rapidez, orden que repetía Gravina desde su capitana poco después. El despliegue de aparejos fue inmediato, comenzando a maniobrar en demanda de la mar abierta.

Por fin, la escuadra combinada se encontraba fuera de la bahía, con el navío Rayo ligeramente descolgado, por haber presentado problemas en la maniobra de sus anclas. Se repuso sin embargo el abuelo, así llamado cariñosamente por ser el buque con más años, cincuenta y seis, sobre las aguas. Y la primera señal del almirante francés fue la de ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, por haber avistado una de las unidades del almirante Magon 18 buques enemigos, falsa impresión que canceló rápidamente la orden anterior. Esta división avanzada se unía al grueso. Escaño hizo un gesto de disgusto.

—No puede encontrarse Nelson tan cercano, y no es de los que separa sus unidades para entrar en combate.

—Desde luego —contesté mientras arrimaba el antejo para escudriñar la situación de los buques—. Pero no me gusta el color de esas nubes, con el viento rolando al tercer cuadrante.

—Creo que es el momento de adoptar el orden de marcha —la mente de Escaño estaba ya centrada en la maniobra—. Comprobaremos si Villeneuve, tal y como prometió, nos concede libertad absoluta a la escuadra de observación bajo nuestro mando. Los barcos andan dispersos y es necesario agruparlos en conveniencia.

Cruzada la meridiana, Villeneuve ordenó la formación de marcha con el cuerpo fuerte en tres columnas, momento en el que ordenaba gobernar al NW cuarta al N. Su columna ocupaba el centro, mientras la segunda o vanguardia se situaba a su babor y la tercera a la banda contraria. Escaño, sin perder un segundo recomendaba a Gravina.

—Deberíamos formar la escuadra de observación a barlovento del cuerpo fuerte en dos columnas, señor, con la primera división a la derecha.

—De acuerdo.

De esta forma, navegaba la escuadra hispano-francesa en cinco columnas, aproados todavía en conveniencia para abrir distancias de la costa.

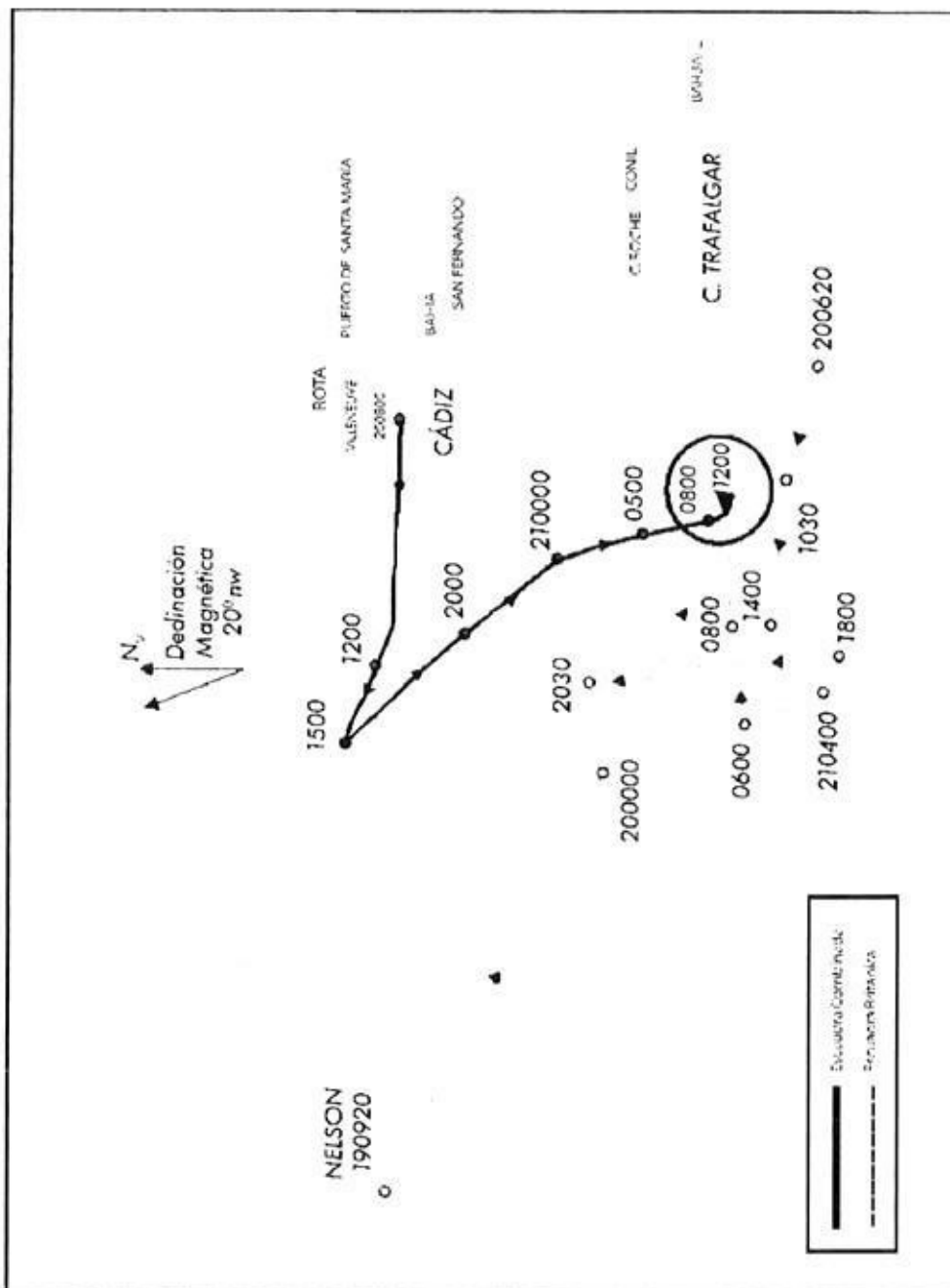
Como las fragatas de Blackwood se acercaban en ofensa, hasta bordear la distancia del tiro de cañón, se ordenaba caza a diversas unidades, sin alcanzarse resultado alguno. Pero no esperó mucho el almirante francés, porque cercanos a las cuatro de la tarde ordenaba a toda la escuadra virar por redondo, para dirigirse costeando hacia el estrecho de Gibraltar. Se decidió por un rumbo S cuarta al SW, mientras el viento nos abría seis cuartas a estribor. Por esta razón, arribamos con la escuadra de observación sobre el cuerpo fuerte para cerrar distancias.

Con el rumbo establecido hacia nuestro destino mediterráneo, comenzaron a caer las luces sin que los buques llegaran a alcanzar sus puestos. Por fortuna, la mar era de dulce aunque comenzaran a tomarse los horizontes, señal que poco nos agradaba, recordando aquellos tristes momentos del combate de Finisterre. Pero no estaba dispuesta la divina providencia a concedernos una sola pulgada de favor, aunque es cierto que en la mar hay que ganarla paso a paso. Poco después se nos avisaba del avistamiento de 18 navíos britanos en orden de batalla. Y algo de cierto debía tener, porque en la distancia se observaban luces y fogonazos, que indicaban señales propias de la escuadra enemiga. Llegadas las informaciones a la capitana francesa, Villeneuve ordenaba formar la línea de batalla mura a babor sin sujeción a puestos, indicando poco después que se llevara a cabo sobre los navíos más sotaventados. Nos movimos inquietos a bordo del Príncipe.

—Parece que este rumbo nos lleva de cara al enemigo —manifestaba Escaño con calma—. Nelson, una vez enterado de nuestra salida, habrá aproado hacia el estrecho, intentando cortarnos la proa. Y con esas fragatas a la vista se mantiene informado al punto, lo que no es nuestro caso. Debemos ordenar a los componentes de la escuadra de observación formar en la línea, señor. Como no nos indican posición, recomendaría ocupar la vanguardia, con el Príncipe abriendo aguas y un farol bien visible en el tope del mesana, arribando para formar sobre el navío más a sotavento.

—De acuerdo, Antonio. Pasa la señal en ese sentido.

Para cumplir las órdenes, debimos arribar en conveniencia. Pero con maniobras en la noche y buques marinados en precario, imaginé que la línea de batalla acabaría un tanto desordenada, lo que ya se apreciaba en bulto con las luces. Pero más mal que bien, la alargada línea de batalla, compuesta por 33 navíos, quedaba formada con proa al SSW, entablado el viento de poniente. Escaño mostraba su mal humor por las claras.



Movimientos previos al combate

—Ya estamos formados como gusta al almirante Villeneuve, una alargada fila de navíos. Qué empeño el de este hombre. Con 33 unidades, ocupamos demasiada distancia, complicando en exceso el apoyo mutuo. Como puede comprobar, señor, se ha perdido cualquier ventaja que pudiese ofrecer la escuadra de observación. Debe

hacérselo ver o, llegado el momento, maniobrar como estime oportuno.

—Cada cosa en su momento, Antonio.

No me gustaba la marea, he de reconocerlo. La presencia del enemigo estaba sin duda a poniente y a distancia adecuada para que don Horacio organizara sus planes, aunque era hombre muy dado a preparar y comunicar a sus comandantes la idea planeada para el combate. Mientras tomaba un bocado en el alcázar, bien entrada la noche, era consciente de que el próximo día, 21 de octubre, tendría lugar un combate empeñado a muerte. Elevé un rezo de forma inconsciente, más por mis hijos que por mi persona, porque aunque mucho me pesara, no esperaba un resultado favorable. Todavía mantenía la esperanza, algo lejana, de que Nelson contara con un número escaso de navíos, que nuestra superioridad artillera fuera tal que pudiéramos afrontar el trance con alguna posibilidad. Sin embargo, una voz bien dentro me avisaba de que no sería así, que los britanos entrarían a fuego con suficiente fuerza. Nelson buscaría la gloria, estaba seguro, mientras nosotros tan sólo podíamos pensar en una muerte digna y honrosa.

El día 21 de octubre, una fecha que pasaría a la historia con diferentes trazas de color, amaneció con horizontes claros y cielos despejados a proa, mientras se mantenía la rumazón en el cuarto cuadrante. Con las primeras luces pude comprobar que la línea de batalla se encontraba formada en desorden, con vientos flojos del WNW que no favorecían la maniobra. Debo aquí recordar que al haberse establecido una distancia entre buques de un cable^[68], la distancia entre el navío cabeza y el de cola era de 32 cables, situación que desesperaba a mi amigo Escaño, porque estimaba que si no obrábamos a la contra así nos tomaría el enemigo. Fue entonces, con las primeras luces, cuando Villeneuve ordenó formar la línea de combate mura a estribor, siguiendo los buques el orden numérico establecido, y que el cabeza ciñese el viento en lo posible, debiendo seguir aguas los demás. De acuerdo a esta orden, así como la distancia entre buques, fue necesario rectificar los puestos, lo que no todos pudieron ejecutar debido al escaso viento. Escaño protestó en vivo.

—No es bueno ordenar ceñida al cabeza de línea con este viento calmoso. Los que puedan ceñir por encontrarse en la línea navegarán con extrema lentitud, mientras que los obligados a larguear tomarán millas y se apelotonarán, dejando huecos de importancia. Y eso de ordenar la línea con los puestos en orden natural es una barbaridad, porque obligará a maniobrar cuando se debe pensar en otras cuestiones de mayor preferencia.

Por fin, debían ser las siete y media de aquella mañana, cuando avistamos al enemigo. Compuesta por 27 navíos, la escuadra de Nelson demoraba al ONO, navegando con todo el aparejo largado, alas y rastreras flameando a los vientos y proa firme en nuestra dirección. Parecía formado en cinco columnas más o menos ordenadas, con tendencia a acuñarlas, arribando a muerte con el barlovento a su favor. Pocos minutos después, el almirante Villeneuve ordenaba virar a toda la escuadra combinada en redondo, arribando para quedar alineados mura a babor.

Escaño dio un respingo.

—¿Qué pretende el almirante? ¿Evitar que nos corten la retirada a Cádiz? Mala cosa es mostrarle al enemigo lo que puede entender como simple debilidad.

—No creo que sea ésa su intención. El almirante intenta que la retaguardia, formada ahora por nuestra escuadra de observación, no sea batida en desventaja notable.

—Si es así, yerra al ciento en mi opinión, señor. Nelson se dirigirá hacia el centro, en dos o tres columnas, con su buque hacia el insignia francés al que intentará apresar, no lo dude. Es posible que destaque alguna división en avance, aunque no lo parece en estos momentos porque andan con el aparejo al copo y deseando llegar a distancia de tiro. Intentará cortar el centro, estoy seguro. Y nosotros formados en esta magnífica y alargada línea.

—No es bueno virar una línea poco antes de entrar en combate —alegué con sinceridad—. Más vale cerrar distancias y ajustar los puestos. Y como dice Antonio, señor, parece que Villeneuve desea mantener la puerta de Cádiz abierta.

—De todas formas —insistía Escaño—, entiendo que, de acuerdo a las instrucciones iniciales, podemos ordenar a la escuadra de observación los movimientos que estimemos oportuno.

—Una vez formada la línea de batalla bajo el mando del almirante, deberíamos pedir su autorización.

—Pues parece llegado el caso, señor. Deberíamos abrírnos y ganar barlovento respecto al cuerpo fuerte. En ese caso, Nelson tendría que elegir entre dividir su fuerza, lo que no sería de su gusto, o continuar la maniobra iniciada y quedar posteriormente entre dos fuegos. Pida permiso al almirante para llevar a cabo esta acción.

Gravina parecía pensar a fondo tal posibilidad, mientras pasaba su mano por la banda azul y blanca de la Orden de Carlos III que le cruzaba el pecho. Por mi parte estaba seguro de que el general concordaba con Escaño, a quien atribuía especial sabiduría en las maniobras, pero le costaba disentir con el superior, aunque fuera en la mínima y en un caso de tal importancia. El rostro de su mayor general, sin embargo, pareció decidirlo.

—De acuerdo. Icen la señal en ese sentido.

Se solicitó el permiso al almirante para llevar a cabo la maniobra expuesta por Escaño. Y aguardamos la respuesta con la codera en tensión, aunque me maliciaba lo peor, que aquella mañana no entraban buenos vientos en la mollera. Pocos minutos después, el almirante ratificaba la orden de mantenerse en línea toda la escuadra combinada. Gravina se mantuvo en silencio. Por mi parte, entre al cuero.

—Es incomprensible, señor. Somos dos escuadras aliadas, pero no podemos consentir que nos lleve al matadero. Es el momento de desobedecer.

—¿Desobedecer? —don Federico me miró como si hubiese elevado una blasfemia hasta las nubes—. La milicia se basa en la disciplina, Francisco, y bien lo

sabes.

—También soy consciente, señor, que don Horacio Nelson, siendo un simple comodoro, desobedeció al almirante Jervis, el más duro de la Royal Navy, en el combate de San Vicente. Y a pesar de su indisciplina con una orden tajante de su almirante, fue ascendido y alabado por su acción.

—No es el caso.

Tanto Escaño como yo cerramos las manos con fuerza. Bueno, en mi caso solamente la de carne, aunque la de madera parecía cobrar vida propia e intentar la misma operación. Según me comentaron tras el combate, el almirante Magon, al observar la respuesta de la capitana francesa, exclamó a los oficiales de su plana mayor que Villeneuve cometía una falta grave. Asimismo, don Cosme Damián Churruca, comandante del San Juan Nepomuceno, exclamaba con espuma en la boca: El almirante no sabe su obligación y nos compromete a todos.

Pero volviendo a la realidad, una vez finalizada la virada, los buques quedaban en extraña posición, con la escuadra de Dumanoir a vanguardia, seguida por el centro de Villeneuve y Álava a continuación, para cerrar la fila la división de Magon y la nuestra en la cola. Tan sólo el Berwick francés y el San Juan Nepomuceno quedaban por nuestra popa. Intenté animar a Escaño.

—Tal y como parece que va a atacar Nelson, puede salirle mal la jugada, si Dumanoir y nosotros orzamos para envolverlos. Porque una vez entrados en combate no valen las peticiones.

—Puede que sea demasiado tarde, especialmente para nuestra escuadra. Nelson abrirá sus unidades para atacar también la insignia del general Gravina. Dumanoir lo tendrá más fácil y es posible que pueda ganar el barlovento con facilidad —golpeó la borda con fuerza—. Se equivoca el francés al mantener esta línea. Cuando intente una reacción, si es que lo piensa, será por encontrarse con la soga al cuello y, por desgracia, sin tiempo suficiente. Deberían haberse prevenido estas posibilidades en una junta entre los generales y comandantes. Tal y como parece que se entablará el combate, las divisiones deberían obrar con absoluta independencia y, si es posible, aquellas que no se encuentren en acción directa doblar al enemigo.

—Tienes razón. Además, como tenemos más viento los de cola que la vanguardia actual, la línea se esta apelotonando por momentos. Rafael de Hore está facheando el Príncipe para que se puedan alinear algunos de nuestros barcos. Y también veo que el Santa Ana vuelve a abrir el viento por estribor para dejar sitio. Demasiadas variaciones. Villeneuve protesta de la escasa capacidad de maniobra en sus comandantes, y no es capaz de ordenar una línea que sea fácil de ejecutar.

—Es un despropósito —Escaño mostraba su disgusto a las claras—. Nos puede alcanzar el enemigo con demasiados buques en facha y sin posibilidad de reacción en su maniobra. ¡Cómo se le ocurre ordenar una virada a roda la línea poco antes de entrar en combate!

—También nuestro general podía obrar en conciencia, sin tantos remilgos.

—No le pidas peras al olmo, amigo mío.

La maniobra de los britanos se observaba ya con meridiana claridad. Formados en dos líneas más o menos ordenadas, aproaban para atacar en cuña sobre las insignias de Villeneuve y Álava. La primera división, a barlovento, se encontraba encabezada por el propio Nelson con su insignia en el Victory (100 cañones), seguido de los navíos Tememire (98), Neptune (98), Leviatán (74), Conqueror (98), Britannia (100), Ajax (74), Agamemnon (64), Orion (74), Minotaur (74), Spartiate (74), mientras el navío África (64) se le incorporaba desde el norte. La segunda, vencida ligeramente a sotavento de la primera, quedaba al mando del almirante Collingwood, con su insignia en el Royal Sovereign (100), seguido de los navíos Belleisle (74), Mars (74), Tonnant (80), Bellerophon (74), Colossus (74), Achilles (74), Dreadnought (98), Polyphemus (64), Revenge (74), Swiftsure (74), Defiance (74), Thunderer (74), Defence (74) y Prince (98). En total, veintisiete navíos, ocho de ellos de tres puentes, con lo que ese detalle representaba en manos britanas.

La maniobra del inglés era, sin duda, atrevida muy por alto, porque sufrirían en los primeros momentos si los aliados disparaban con buena puntería, incapaces ellos de utilizar gran parte de su artillería. Pero volví a opinar que Nelson intentaría cortar nuestra línea y combatir en ventaja a tiro de pistola, era su estilo y quedaba muy claro para mí. Como después supe, en aquel momento, don Horacio pasaba a sus buques la señal, *England expects that every man will do his duty*^[69]. Para ello necesitó izar 31 banderas con sus drizas. Escaño mascullaba ahora en voz baja.

—¡Qué lástima, Dios mío! Perderemos una buena oportunidad, de las que se presentan pocas en la vida, porque la maniobra del almirante Nelson se me antoja bastante suicida.

—¿Suicida? —pregunté con asombro.

—Nada es más marinero y militar que el que una escuadra que está muy de barlovento de otra para caer sobre ella, forme columnas que desplieguen al tiro de los enemigos, formando una línea que entre en el fuego haciendo tanto o más daño como pueden causarle aquellos. Sin embargo, Nelson cae sobre nosotros para batirnos a tiro de pistola, atravesando la línea para reducir la batalla a combates particulares. No creo que esta maniobra sea imitada por muchos. En el caso de dos escuadras igualmente marineras, la que ataque de esta forma debe ser derrotada.

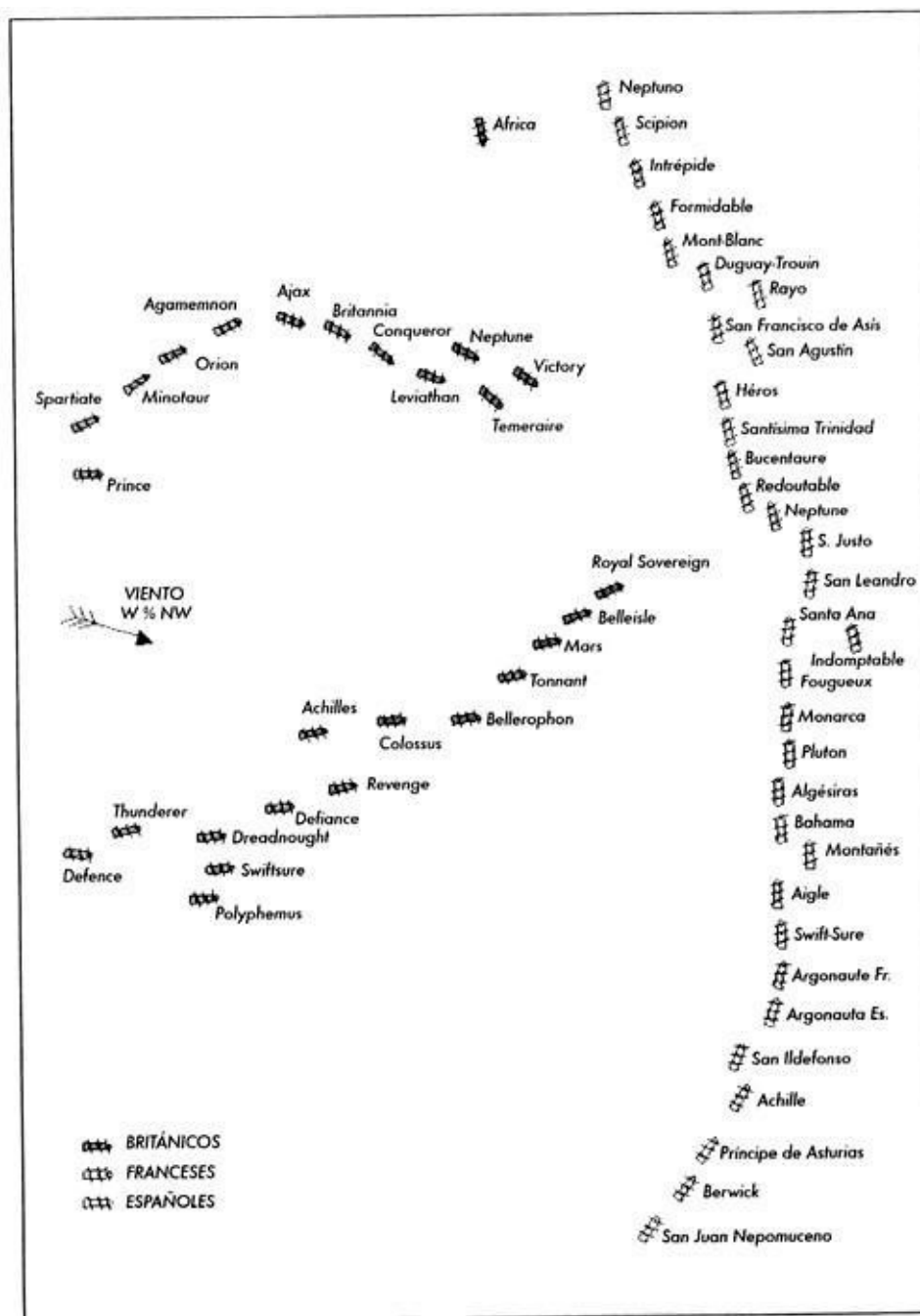
—Pero no es el caso. No marinamos como ellos ni por milagro divino, y la línea está mal formada, con muchos buques en total inmovilidad, dejando huecos clamorosos para que los britanos cumplan sus deseos. Nelson conoce bien a los buques españoles y franceses, razón por la que hace esta maniobra tan arriesgada.

—Pero no lo necesita. Con el barlovento ganado y su poder artillero, podría destrozarnos sin tan excesivo riesgo. Ahora pasarán los primeros momentos recibiendo fuego sin poder hacer uso de sus cañones.

—Pero se repondrán. No olvides la diferencia en el ritmo de fuego de las dos escuadras. Según tengo entendido, el navío Dreadnought, que manda el capitán de

navío John Conn, así como el Orion, consiguieron en los concursos de la Royal Navy alcanzar tres disparos cada dos minutos.

—Eso he oído, para nuestra desgracia. Pues yo, la verdad, me conformaría con uno cada tres, como decía don José de Mazarredo, y es posible que no lo alcancemos.



Posiciones de las escuadras a las 11.45 horas el 21 de octubre de 1805

Siguiendo la misma pauta y tras un leve abordaje del Achule sobre el Príncipe sin mayores consecuencias, debían ser las once y media cuando el almirante Villeneuve ordenaba abrir fuego a todos los buques de la escuadra, conforme entraran en distancia de tiro. Y poco después repetía nuestro general la misma señal. De acuerdo a las normas de la guerra en la mar, ése fue el momento escogido para largar pabellones e insignias a los vientos, nube de grimpolones en orquesta de colores, un

momento emocionante porque todos éramos conscientes de que mucho empeñábamos en tan especial envite. Nos encontrábamos en aquellos momentos al SSO de Cádiz y 9 leguas, a la vista del cabo Trafalgar.

Gravina hizo llamar al capellán, don Pablo Gomila, que apareció ataviado con galas propias de concelebración sagrada, acompañado por el también clérigo don Francisco Díaz Luaces. Llegados a nuestra altura en el alcázar, el general dobló una rodilla, acción que imitamos los presentes. Don Pablo ofreció la absolución general a todos los hombres que sucumbieran en cumplimiento de su deber. Por último, don Federico solicitó de la dotación el máximo esfuerzo, valor y cumplimiento, porque así se lo exigía la Real Armada en servicio de Su Majestad. Y de forma inesperada elevó un grito potente:

—¡Viva España!

La corneta rindió honores, al tiempo que del tambor brotaba el tran-tran habitual en todo combate, ese sonido que abre trazas en la piel y surcos en el corazón. La gloria y la muerte golpeaban a la puerta de nuestras almas. Era necesario abrirla de par en par, con el valor de los hombres de la Real Armada bien encastrado en las venas, dispuestos a un sacrificio que no merecíamos.

24. Frente al cabo Trafalgar

Aunque desarrollaba mi misión a bordo en la plana mayor de la escuadra, no por ello podía sustraerme a la labor particular que se llevaba a cabo en el navío Príncipe de Asturias. Debo adelantar que, en comparación con los demás buques españoles, nuestra dotación era ligeramente superior en calidad de manos, porque siempre la insignia mueve voluntades sin reclamarlo, aunque tampoco pudiéramos lanzar cohetes de gloria hacia los cielos. Por unos segundos me dediqué a escuchar los sonidos habituales, ese rumor conocido que antecede al combate en todo buque y, como tantas otras veces, por difícil que sea de creer, percibir el olor de la sangre en adelanto conforme penetraba por mi nariz. Seguí con la mirada el campo del navío que permanecía a mi vista desde el alcázar. Más de mil hombres en plena acción, embutidos en un buque de 210 pies^[70] de eslora, algunos con el miedo reflejado en sus caras, mientras otros buscaban el alivio en el insulto a los britanos, el último rezo elevado a los cielos o la simple blasfemia, por mucho que estuviese penada con gravedad en las ordenanzas.

Mientras el segundo comandante reunía a los jefes de las diferentes baterías, para exponerles los planes del mando en cuanto a puntería y armamento a utilizar, una intensa actividad se desplegaba en cada palmo del buque. Unos jóvenes pajes largaban arena del cestillo sobre la cubierta para evitar que los marineros y artilleros resbalaran sobre la sangre de sus propios compañeros. Otros, auxiliados por marineros, grumetes, sirvientes de las piezas y cualquier pecho tomado al quite, trasegaban saquitos de pólvora y balerío desde los pañoles, incorporaban aguada para los cañones, cargaban y metían en batería las piezas, al tiempo que los cabos azuzaban a cristianos y herejes con sus gritos. Por su parte, algunos dispenseros arrimaban en acelerada ronda un cazolet de vino avivado con pólvora^[71] a cada hombre para elevar los espíritus, los contramaestres se mantenían en llamada de pito sin descanso y los jefes de las baterías enardecían a sus hombres con órdenes apasionadas. Una sinfonía repetida en el cerebro porque, después de todo, aunque se enfrentaran dos poderosas escuadras a muerte, quedaba como punto principal la labor individual en cada unidad, ésa que te ofrece una muerte honrosa o la suerte salvadora.

Gracias a mis dos hijos, que siguieron la extraña solicitud de su padre con innegable celo y dedicación, podré narrarles aquel glorioso combate con suficiente detalle. Porque con tan alargada línea de batalla y mi posición establecida en lo que quedaba como forzosa retaguardia, habría sido imposible conocer de primera mano y con exactitud las acciones que tenían lugar en otras divisiones. Por esta razón, iré dando la voz a Gigante y a Francisco, que con la pluma pudieron tomar sus propias impresiones, aunque las aderece en conveniencia para formar un todo en estos cuadernillos que ya se alargan como enciclopedia arzobispal.

Al observar cómo las dos líneas britanas se aproximaban a la escuadra

combinada, comprendí con claridad que el almirante Nelson se dirigía sin dudarle hacia el insignia francés, situado entre los navíos Redutable y Trinidad, donde rendía servicios mi hijo Gigante. Con esta situación, supuse que el inglés intentaría cortar la línea a popa del almirante Villeneuve, porque no era beneficioso quedar entre dos fuegos de gran magnitud. Pero para aumentar la preocupación entablada en el cerebro, la segunda columna bajo el mando de Collingwood apuntaba como lanza de coracero contra el navío Santa Ana. El simple hecho de pensar en los 100 cañones del almirante britano, utilizados por artilleros experimentados, movían el espíritu en oleaje, con mi hijo pequeño dispuesto a recibir sus rasas en bautismo de guerra. Y como esta segunda columna alcanzaba nuestra línea en primer lugar, daré la voz a Francisco para que comience la narración.

Francisco

Fue un verdadero sueño embarcar en el Santa Ana. Como otras veces había escuchado a Setum, cuando nos narraba combates navales, travesías por los mares del Sur y extraordinarios temporales sufridos junto a mi padre, un navío de tres puentes se asemeja en mucho a una catedral de tres cuerpos y merece igual o superior reverencia. Razón le sobraba al africano en el juicio, porque tal impresión causaba en el pecho cuando se embarcaba por sus tablas. Debido a estas primeras cavilaciones, me mantuve en una nube dorada durante los primeros días, hasta que salimos a la mar, por mucho que debiera rendir faena gruesa de sol a sol, sin olvidar las guardias de cubierta y seguridad nocturnas. Pero cuando desde la toldilla repasaba la estructura del buque, estimaba como misión imposible que aquel mastodonte pudiera desplazarse sobre las aguas impulsado por las velas, aunque fueran de tamaño descomunal. Pero aunque cueste creerlo, se obró el milagro y abandonamos la bahía acariciados por un viento bonancible. Por desgracia, pude comprobar la razón de los comentarios lanzados día a día por los oficiales, al asegurar que faltaban buenos marineros en todos los palos y faenas. Sin embargo y con sinceridad, era aquella una cuestión menor para mí en la ignorancia propia de la juventud, porque el simple hecho de recorrer las cubiertas elevaba el gozo a las alturas.

Además de todas las consideraciones expuestas, el momento crucial, cuando de verdad sentí las palpitaciones del corazón a ritmo de muerte, tuvo lugar en las primeras horas de aquel día 21 de octubre. Sin esperarlo, el comandante me llamó a su presencia en el alcázar. Y aunque debí trepar dos cubiertas y recorrer media eslora,

en pocos segundos me tenía frente a él, aunque mantuviera la respiración agitada y el corazón en la garganta.

Era el capitán de navío don José Gardoqui un hombre de regular tamaño, entrado en carnes, gesto adusto y pocas palabras, aunque con fama de buena persona y benevolente en exceso con sus subordinados. Había tomado posesión como comandante del Santa Ana en febrero de aquel mismo año, aunque ya hubiese mandado otros dos navíos de tres puentes, los Mejicano y Reina Luisa, durante la pasada guerra contra la Gran Bretaña. Me presenté en el alcázar ante su persona con el uniforme grande y sable en mano, mientras los nervios navegaban por mis venas a un largo. El capitán de navío Gardoqui, que en aquellos momentos charlaba con el teniente general Álava entre sonrisas, se giró hacia mí. Cambió el rostro a seria gravedad al dirigirme sus palabras.

—Creo que es usted el más antiguo de los cinco guardiamarinas embarcados, caballero Leñanza.

—En efecto, señor.

—En ese caso, habiéndose cubierto los puestos de combate, le cabe la prerrogativa de mantener la guardia de honor y tesar la bandera a popa.

—Es un privilegio para mí, señor.

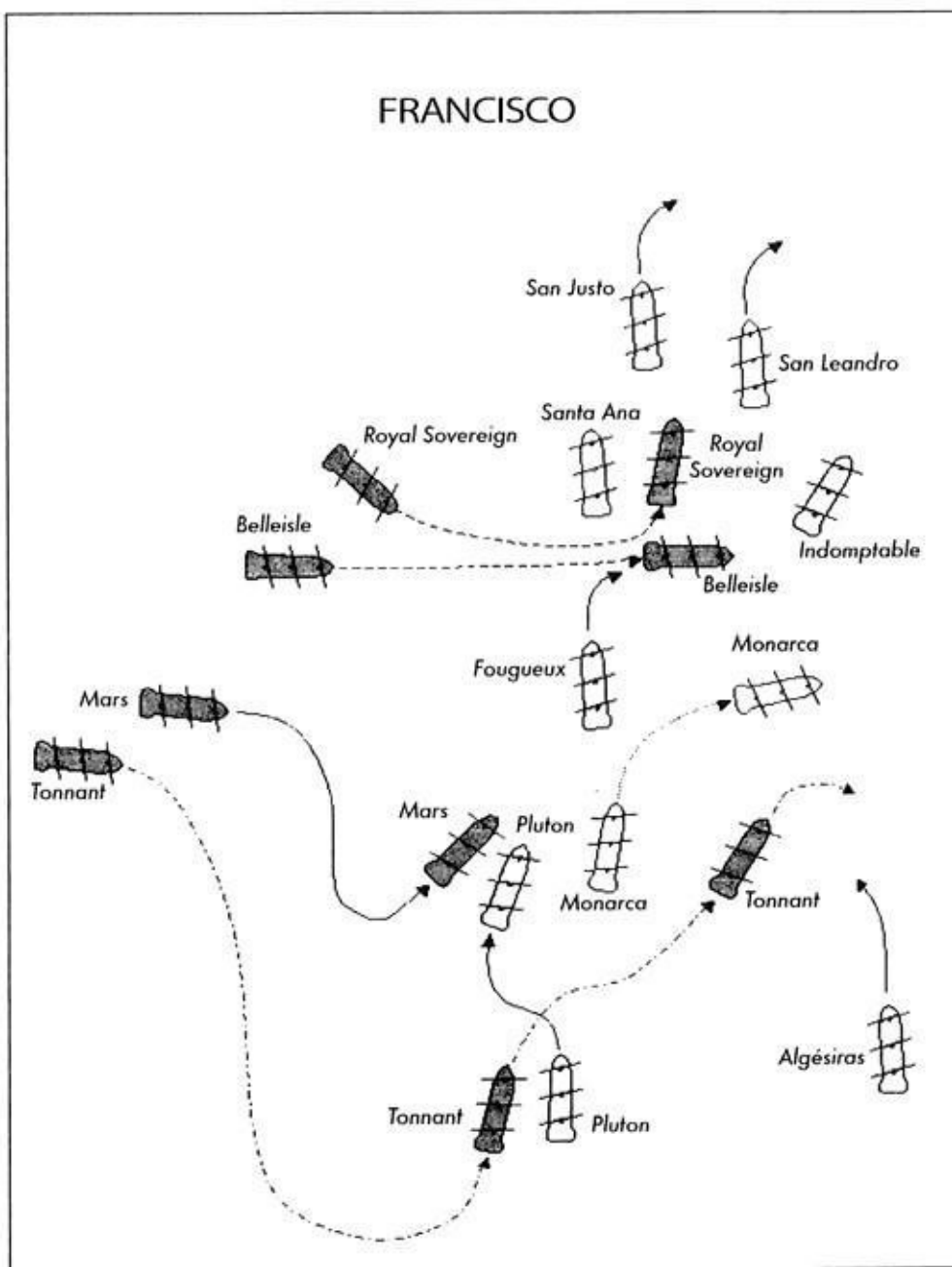
—Un honor y un peligro, caballero, que no es la toldilla y su situación a popa de las más seguras. Allí se encontrará expuesto a toda clase de fuegos, y con esos casacones del demonio disparando sus mosquetes desde las jarcias sobre los oficiales. Cuando oiga el silbido de las rasas, agache la cabeza, aunque no sea persona de mucha alzada —me ofreció una sonrisa—. Cumpla con su deber.

—Así lo haré, señor.

De esta forma y con prisa acelerada, me instalé a popa al mando del pelotón de honor, compuesto por un sargento y siete soldados del cuerpo de Batallones. Plantado delante de ellos, dirigía la mirada a proa, con el sable cruzado sobre mi pecho. Y pueden estar seguros de que en aquellos momentos me creía el rey del universo, prometiendo al mundo que nadie sería capaz de arrancar nuestro pabellón de combate, a no ser que pasara por encima de mi cadáver.

El navío Santa Ana, después de la virada ordenada por el almirante Villeneuve, había quedado como retaguardia del cuerpo fuerte. En aquella zona de la línea se había producido un ligero y desordenado apelotonamiento, porque tanto el San Justo como el San Leandro y el Indomptable quedaban sotaventeados en exceso, los dos primeros por nuestra amura de estribor y el último por el través de la misma banda, mientras seguían nuestras aguas en la línea los navíos Fougueux, Monarca y Pluton. La columna británica que navegaba en nuestra dirección como flecha de arco, parecía dirigirse hacia la proa del Santa Ana para cortar la línea, tal y como nos había indicado el teniente de navío don Juan Donestevé minutos antes. Pero estaba avisado el comandante, que aumentó el trapo en conveniencia y cerró distancias para impedirlo. A causa de esta maniobra, el navío de tres puentes Royal Sovereign, que

izaba la insignia de segundo cabo de la escuadra inglesa, almirante Collingwood, y abría surcos de espuma, cayó ligeramente a estribor con idea de cruzarnos por la popa.



El combate en el centro 1

Aunque repicaba el tambor y observaba los cañones y obuses propios de la toldilla cargados y preparados para abrir fuego, fue el navío francés Fougueux, ligeramente caído a barlovento, quien lo hizo sobre el inglés poco antes de mediodía. De esta forma se iniciaba el combate en las aguas cercanas al cabo Trafalgar, Minutos después también abríamos fuego desde el Santa Ana con los cañones que podían apuntar hacia nuestra aleta. Fue el momento en el que creí escuchar el retumbo del infierno, al tiempo que un humo negro y denso comenzaba a borrar las imágenes.

Pero no parecían afectar al inglés los impactos, que se apreciaban a la vista con escasos daños de importancia, acortando distancia sobre nosotros por momentos. Pensé que el Fougueux debía haber cerrado distancias, aunque no era su culpa sino de los sotaventeados. Por fin, aquella otra catedral con la Union Jack en los topes, metió el bauprés como espolón de galera a besar nuestra popa. Era tan corta la distancia, que podía observar los rostros de los marineros en las cofas y jarcias, los sirvientes de la artillería a través de las portas para afinar la puntería, así como las casacas rojas en la toldilla y el alcázar.

Fue entonces el preciso momento en el que pareció caerse la bóveda celeste sobre mis hombros. Cuando el britano desfilaba por nuestra popa a besar las jardineras, nos lanzó una andanada de doble bala^[72] con sus 50 cañones de babor. Tras el fogonazo que reventó en ojos y oídos, creí que el mundo se hundía bajo mis pies. Había escuchado por boca de algunos oficiales veteranos que las balas del enemigo se escuchan pero no se ven, lo que puedo jurar como falso de solemnidad. Aquella andanada de cien balas a distancia de tiro de pistola, me pareció como si una muralla negra de hierro caliente fuera lanzada sobre nuestra cara por un gigante de extraordinaria fuerza. Y se trataba de una visión fugaz, como un relámpago, porque me vi lanzado hacia proa como se tira de la caña a un guiñapo de feria.

Todos los santos del cielo debieron obrar en milagrosa connivencia para librar mi pequeño cuerpo de aquella muerte segura. Una tabla salvadora se adosó en vuelo contra mi cuerpo, como actúa el taco embutido en el cañón, lanzándome por los aires a cubierto hasta caer sobre una pila de cabuyería que amortiguó el golpe. Para mi sorpresa, recuperé la conciencia en pocos segundos, porque llegué a tiempo de observar al navío inglés virando a babor con toda su caña, para situarse paralelo a nosotros, aunque me sentía magullado en todos los huesos y ligeramente mareado. Echaba de menos la prenda de cabeza y mi sable, perdidos en el más allá. Pero mi primera intención fue la de mirar hacia popa para comprobar que la bandera, mi bandera de combate, se mantenía en su sitio. Fue el momento de mayor desolación sufrido en mi corta vida porque, aunque sea difícil de creer, puedo asegurar que, sencillamente, no había popa.

No crean que exagero una mota, aunque a mi edad sea fácil entrar en observaciones majestuosas o fuera de control. Desde el espejo de popa hasta unos quince pies hacia proa, todo era un tremendo batiburrillo de tablas, cabos, corsetones, mosquetes, cuerpos y un mare mágnam espantoso. La mayor parte de los cañones habían sido desbrincados de sus emplazamientos y barridos, así como casi todo el personal asignado para su servicio. Los soldados del cuerpo de Batallones que montaban la guardia a mi orden, se encontraban tirados sobre cubierta, muertos o heridos de gravedad. Pensé en Jesús, mi criado, que pocos segundos antes se mantenía en las cercanías. Por fin, encontré su cuerpo doblado en extraña postura, con el pecho abierto de rojo negro y los ojos en señal de muerte. Nunca había visto morir a nadie, pero estaba seguro que aquel pobre hombre había pasado a mejor vida.

Cerré sus ojos con mucha pena porque era una persona buena y honrada, metido en la mar por simple lealtad. Pero volviendo a mi tema, jamás pude pensar que una sola andanada pudiera barrer de aquella forma la cubierta de un magnífico navío de tres puentes, aunque fuera de 50 cañones con bala doble y a distancia de duelo. A ojo estimé que se debían haber producido un centenar de bajas, mientras la sangre comenzaba a correr a chorros, buscando surcos entre la arena.

No era momento de mantenerme en aquella posición, sin faena a la vista, por lo que me dirigí a la escala de babor para bajar al alcázar y dar la triste novedad al comandante, al tiempo que solicitaba la presencia del cirujano o sangradores con los gritos de rigor. En ese momento, el Royal Sovereign, una vez caído a babor, se había abarloado prácticamente a nuestro costado y a muy escasa distancia, ocasión idónea para entablar nuestra venganza. Escuché la voz de fuego, un bramido de la garganta de don José Gardoqui al tiempo que elevaba su sable hacia el cielo, momento en el que le lanzamos una andanada de infierno con todas las baterías de estribor, cargadas de bala y metralla. Y aunque también sea difícil de creer, pude observar con mis propios ojos cómo el navío britano, aquella catedral pagana, escoraba a estribor tras recibir el regalo de nuestro comandante, al punto de mostrar dos tracas fuera del agua. Allí comenzó el duelo más sangriento que se pueda imaginar, con dos navíos de 100 y 120 cañones disparándose a tiro de pistola, aunque los britanos nos lanzaran dos rosarios por cada uno de los nuestros y sin desperdiciar una sola de las balas.

Como no creí adecuado andar en pesquisas con el comandante, que bastante tenía con la lluvia de muerte que le llegaba a los ojos, y siguiendo las instrucciones de mi padre sobre la propia iniciativa que debe desempeñar todo oficial, conseguí una bandera del cuarterón del alcázar y la icé en el palo de mesana en la primera driza a disposición. Pero como ya no me preocupaba la guardia de honor ni otra mandanga, sin perder un segundo me presenté al teniente de fragata don Alfonso de Rojas que mandaba la batería del alcázar, para que me asignara un nuevo puesto. Todo esto que les describo es fácil de pasarlo al papel una vez transcurrido el combate y a resguardo, pero en aquellos momentos cualquier movimiento era una auténtica proeza, porque ya los restos de aparejos, cuerpos sin vida o heridos, restos en vuelo y una maraña infernal complicaban cualquier paso. Rojas, herido leve en un brazo, me asignó el mando de un pequeño grupo de cañones, aunque poco importaba el detalle porque estaba dispuesto a usar el botafuego^[73] si era necesario.

El infierno pareció duplicarse o navegar a peor, si tal condición es posible. Mientras tanto, el Royal Sovereign también era atacado a intervalos por los navíos aliados San Justo, Monarca, Fougueux, Neptuno, Pluton, Indomptable y San Leandro, aunque a demasiada distancia, con lo que las picaduras no mordían con tanto vigor. Pero no crean que a nosotros solamente nos endosaba las negras el almirante britano, porque tras él cruzaban la línea los dos puentes Belleisle y Mars, que también comenzaban a largar el racimo caliente sobre nuestras cabezas. El combate se generalizó a pares o tríos, con la ventaja por parte de los britanos que maniobraban al

pelo y en conveniencia, incluso con escaso trapo a disposición. De esta forma, era fácil apoyarse entre ellos, saliendo y entrando del terrible tumulto según les dictaba su propio punto de vista o la necesidad de acometer alguna reparación imprescindible. Pude observar cómo el Belleisle se enzarzaba a muerte con el Fougueux hasta llegar a distancia de abordaje. El francés combatía posteriormente con el Mars, a cuyo comandante decapitó una de sus balas, y con el Temeraire, un coloso de tres puentes y 98 cañones, a quien finalmente se rindió, incapaz de envergar una vela o disparar un cañón.

Comencé a creer que mi padre tenía razón y nuestra señora de Valdelagua me inmunizaba contra las balas britanas, porque veía caer muchos hombres cerca de mí sin recibir un solo rasguño. Y sentí una gran tristeza al comprobar que el teniente general Álava y el comandante caían heridos sobre la cubierta, siendo trasladados a la enfermería. El segundo, capitán de fragata don Francisco Riquelme, tomaba el mando en sucesión, continuando la sangría por babor y estribor.

Creo que llevábamos unas dos horas de combate cuando pude comprobar que tanto el Royal Sovereign como nuestro buque se encontraban totalmente destrozados de arboladura, casco y aparejos, aunque por desgracia y conocida la tremenda superioridad del ritmo de fuego británico, el Santa Ana presentaba un castigo mayor y muchas más bajas. El inglés había quedado desarbolado de los palos mayor y mesana, mientras el trinquete parecía oscilar a comba, con la jarcia partida, la verga del velacho en cuelgue y su costado de babor mostrando cuevas del tamaño de un martinete. Pero el Santa Ana presentaba la triste estampa del desguace, desarbolado de los tres palos, con sus maniobras y velas enredadas sobre cubierta, la popa desbaratada al ciento, el costado de estribor destrozado, abierto en tranca por el combés y a popa del alcázar. Escuchaba novedades en las que se hablaba de que las bajas superaban con creces los doscientos hombres, mientras la sangre corría como riachuelo alegre, los gemidos se mantenían al alza y no se escuchaban ya las órdenes de la bocina.

Me movía como un poseso, intentando trasladarme de un puesto a otro conforme era desbaratada una pieza, saltando o pisando cuerpos a mi paso. Pero la suerte no siempre es duradera y debió olvidarse de mi persona, porque allí se acabó la historia. Cuando ordenaba cargar uno de los pocos cañones que se mantenían en uso en el alcázar, sentí que volaba de nuevo por los aires, como si me hubiesen izado hacia la cofa con una driza trincada a mi pierna derecha. Una bala, no sé si de las que llegaban por babor o estribor, había encontrado mi pierna en el camino y, en esta ocasión, perdía el conocimiento al golpearme contra el tambucho de la timonera.

Recuperé la conciencia en la enfermería. Sentía un dolor espantoso en toda la pierna, que subía en oleadas hasta alcanzarme la cintura y el alma. Era difícil respirar en aquel ambiente cargado, con olor a sangre y ungüentos, mientras escuchaba gemidos de muerte a mi alrededor. Aunque la luz era escasa y vacilante, conseguí ver la figura del comandante a mi lado, con unas generosas vendas enlazadas sobre el

pecho y el brazo, embadurnadas en rojo. Deseaba gritar, bien lo sabe Dios en su santa sabiduría, pero era consciente de que como oficial de guerra de la Real Armada no podía hacer tal cosa sin caer en descrédito o deshonor. Escuché la voz del capitán de navío Gardoqui. Me llegaba de lejos aunque lo observaba a escasa distancia.

—Grite si quiere, muchacho.

—Creo que puedo regresar al combate, señor —fue la primera frase que me alcanzó a los labios.

—Ya no hay combate para nosotros, Leñanza. El segundo ha rendido el buque a uno de los britanos que nos combatía. Piense en ocuparse solamente de su persona. Soy amigo de su padre y debo serle sincero aunque le duela. La herida es muy seria y han de cortarle la pierna. Tan sólo espero que el cirujano haya guardado láudano suficiente para que no sufra demasiado.

—Muchas gracias, señor.

Ya sé que es extraño, pero aquellas palabras del comandante me tranquilizaron, como si ya hubiera perdido la pierna y no significara mayor problema para mi persona. Pero era el dolor, un dolor como jamás pensé que se pudiera sufrir, quien marcaba la pauta, con crecidas que me hacían apretar las manos sobre la estera a reventar. Mientras esperaba la llegada del cirujano, a quien reclamaba don José Gardoqui con gritos, escuché sus comentarios con otro oficial herido, posiblemente el teniente general Álava.

—Los combates en nuestra zona han sido terribles. Se ha rendido el buque del almirante Magon, después de haber muerto. Los británicos Mars y Belleisle se encontraban destrozados, pero siempre aparece alguno en su auxilio que los saca de la boca negra. Esa es la eterna diferencia.

—Creo que el Monarca se ha rendido con 250 bajas a bordo —decía otra voz que no podía identificar—. Y andan desarbolados bastantes de los nuestros y de los franceses, aunque en la distancia no sea posible observar los detalles. Pero presiento que ha sido un desastre. Bueno, un desastre previsto quiero decir.

—Mejor debería decir que ha sido un sacrificio previsto y evitable —ahora era Gardoqui quien hablaba—. Al menos hemos dejado el pabellón bien alto, que sólo hay que observar nuestros barcos y el color de las cubiertas.

La llegada del cirujano quebró las palabras. Dos rostros desconocidos y sudorosos me miraban en silencio con infinita compasión, intercambiando entre ellos gestos y palabras que no comprendía. Me ofrecieron unas gotas de láudano porque no quedaba más, siempre los primeros en caer tienen más suerte, así como un generoso trago de aguardiente de una frasca, que consumí hasta rematarla sin gota. Por fin, un sangrador me colocaba un trozo de cuero en la boca, que mordí con fuerza. Fue ése el momento en el que comenzó un nuevo combate para mi persona. Comenzaron a hurgar en la pierna destrozada, donde percibí el roce de algún elemento frío. Al principio no experimenté nada nuevo, porque ya el dolor era permanente e insoportable. Pero cuando sentí la sierra sobre el hueso y los esfuerzos del cirujano en

el ejercicio, creí morir y juro que lo deseaba porque no podía soportarlo. Antes de perder el conocimiento, tan sólo me invadió una inmensa vergüenza al comprobar que rodaban las lágrimas por mis mejillas, como si hubiese perdido mi último y particular combate.

Gigante

Cuando embarqué en el Santísima Trinidad, aquel mastodonte de los mares, el único navío de cuatro puentes y el más artillado del mundo, sentí las mismas emociones escuchadas años atrás por boca de mi padre y Setum. Aunque habían pasado ocho años desde que mi progenitor lo mandara durante el desastroso combate de San Vicente, todavía algún oficial de mar me hablaba con extremo elogio de su persona, lo que me enorgullecía muy por alto.

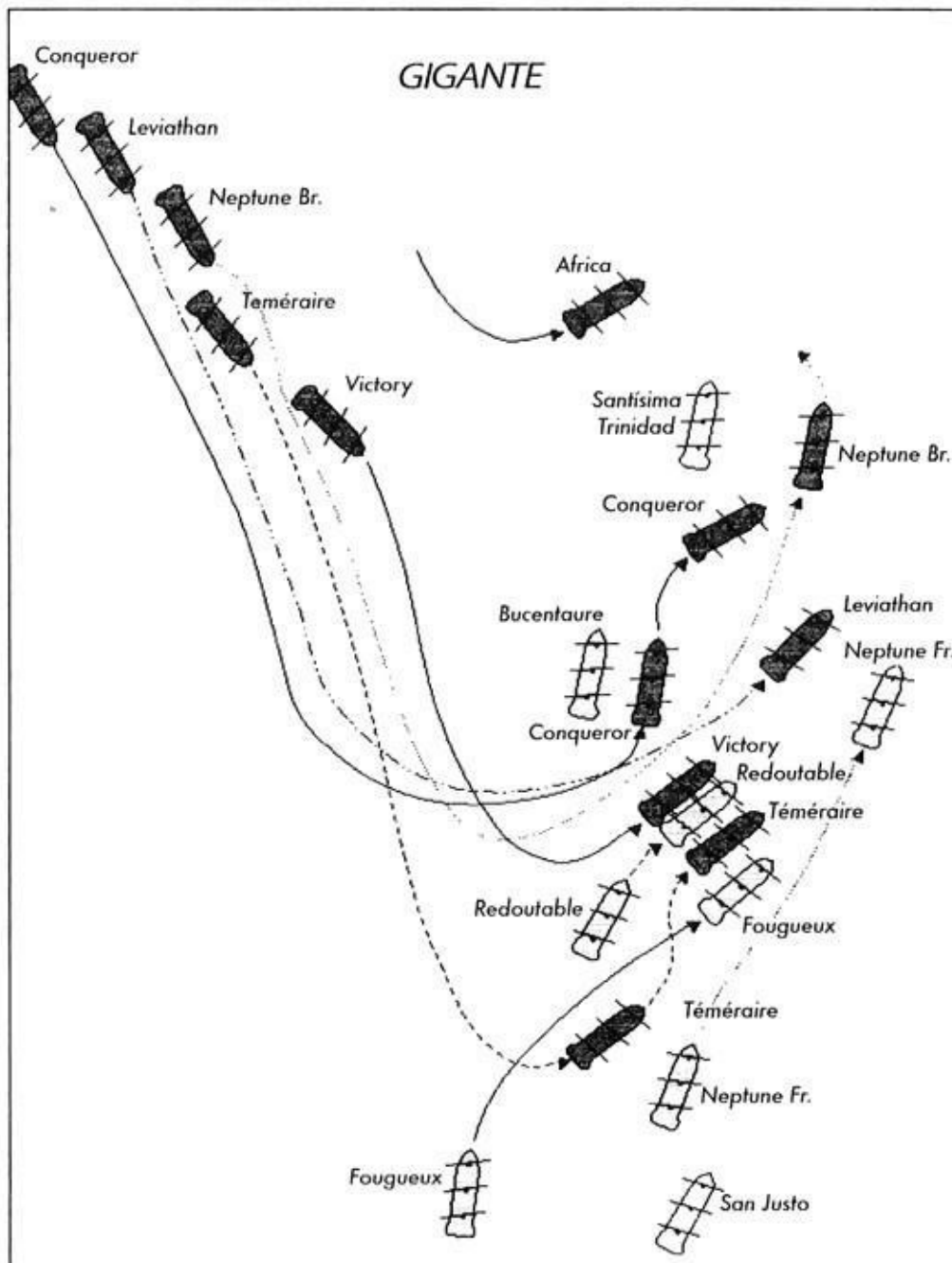
Una vez entregado por mi padre en el arsenal gaditano de La Carraca, allá en el verano de 1797, el buque había sido reparado en profundidad. Entre los trabajos principales, recibía una arboladura nueva, se embonaba su cubierta superior y quedaba rematado el cuarto puente. De ahí pasó a situación de desarme durante varios años, un periodo en el que la penuria mandaba sobre el servicio. Pero ya en el 1805, escogido como uno de los navíos para ser alistados al declararse nueva guerra contra la Gran Bretaña, había sido carenado en firme de obras muertas, costados y cubiertas, así como calafateado de quilla a borda y forrado de cobre nuevo hasta la flotación. En estado de dulce, como se comentaba a bordo, embarqué a finales del mes de agosto, cuando llegaban los buques de la escuadra de Gravina con mi padre en su mayoría general.

El comandante, brigadier don Francisco de Uriarte, era un hombre joven, de los de carrera lanzada a proa y enérgico en el desempeño de su función. Por fortuna, que siempre es una garantía, había mandado los navíos Terrible y Príncipe de Asturias, pero el aspecto principal era que se hallaba al frente del arsenal gaditano cuando se le concedió el mando del Trinidad, por lo que dispuso de excelente oportunidad para que la puesta a punto del buque fuese inmejorable. Sin embargo, conseguir tanta alma para marinar y guerrear aquel buque, un pueblo castellano encajado entre maderas, no era misión sencilla, y con ese problema hubimos de luchar hasta el mismo día de la definitiva salida a la mar. El 1 de octubre izó su insignia a bordo el jefe de escuadra don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Y el 19 levábamos anclas para abandonar la bahía con la escuadra, momento en el que la dotación se elevaba hasta los 1115 hombres,

con 136 piezas de artillería. No obstante, debo reconocer que los problemas clásicos del Trinidad, en cuanto a mala disposición para la maniobra y problemas en el uso de su artillería, se mantenían en vigor, aunque fuera un buque caprichoso como cortesana, dando la blanda o la dura a su deseo y sin que cuadrara siempre con las condiciones de mar y viento. El segundo comandante me asignó como destino a bordo en situación de combate, la segunda brigada de la cuarta batería, con lo que mi puesto quedaba a la altura del nuevo alcázar endosado en púlpito. Y me apliqué a la tarea con fuegos, intentando mejorar la puntería y ritmo de mis hombres.

En cuanto a la línea de batalla ordenada por el almirante francés, en principio teníamos asignado el puesto quinto en el centro del cuerpo fuerte de la escuadra, emparedados entre la capitana francesa y el Heros de la misma nacionalidad. Pero una vez virados en redondo, quedamos el tercero del centro, a proa del Bucentaure. Y no era mala protección para el insignia disponer del cuatro puentes a su vera, porque con mala o buena maniobra no se podía olvidar el porte^[74] majestuoso del anciano.

Al observar la maniobra de los ingleses, no quedaba duda de que el Victory, donde izaba su insignia el almirante Nelson, hacía por derecho sobre el Bucentaure para hincarle el diente con tenazas. Era situación normal entre buques mostrando las insignias superiores. Y si sus 100 cañones de porte imponían respeto, tras él navegaban los Temeraire, Neptune y Conqueror de 98 piezas. Aunque optimista por naturaleza, no dejé de pensar que incluso en combare con el poderosísimo Trinidad, cualquiera de esos buques pondría en el aire en dos minutos el triple de onzas de hierro que nosotros. Pero no era momento de apagar luces sino animar a los hombres, por lo que, tras la habitual ceremonia religiosa y arenga personal del comandante, volvía a insistir en los cabos de cañón para que nuestros tiros fueran efectivos, lo que no era misión fácil con la altura de las portas sobre el agua.



El combate en el centro II

Cuando la cabeza inglesa se encontraba a media legua, el comandante comprendió que Nelson intentaba cruzar la línea entre la popa de nuestro buque y la proa del Bucentaure. El brigadier Uriarte, avisado y ágil de maniobra, ordenó fachear con las gavias y reducir de esta forma el andar del navío, para cerrar distancias. Poco después, cuando la campana picaba el mediodía, se ordenaba fuego con todas las baterías de babor sobre el insignia britano, alternando bala rasa y palanqueta, con un ritmo más que aceptable en los primeros momentos. Y para machacar a muerte la capitana inglesa, la acción era imitada por el Bucentaure con sus fuegos de la misma banda, así como por el Heros y el Redoutable. Pensé que mucho debería sufrir el almirante Nelson hasta conseguir cerrar distancias, imposibilitado de usar su artillería en gran parte, y a la vista quedaba porque se

retiraban gran cantidad de heridos de su cubierta. De forma especial, pude observar cómo una de nuestras palanquetas^[75] barría a ocho soldados de infantería de marina, despanzurrados en la toldilla, al tiempo que se rendía su mastelero del mesana.

La maniobra de nuestro comandante dio los resultados apetecidos. Nelson comprendió que no podía cortar la línea por nuestra popa, orzando ligeramente para hacerlo entre el Bucentaure y el Redoutable, que mandaba el ardoroso capitán de navío Lucas. El Temeraire caía todavía más, para penetrar entre el Redoutable y el Neptuno. Pero ya llegaban en manada y se deshacían las formaciones, quedando trabados en combates particulares donde la facilidad de maniobra del inglés comprometía a los aliados en inferioridad, al tiempo que su eficacia artillera comenzaba a imponerse con claridad. Nelson, por fin, había conseguido romper la línea, porque ésta quedaba partida en dos, con catorce navíos en vanguardia y diecinueve en retaguardia.

En cuanto al Trinidad, después de batirnos con diferentes britanos que pasaban sin permanecer, se colocó por nuestro costado de estribor el Neptune con sus 98 cañones, que comenzó a batirnos a muerte. Pero le respondíamos en solfa, siendo en momentos tan corta la distancia que llegamos a utilizar doble y hasta triple bala en nuestros fuegos. Por desgracia, aislados de españoles y franceses, ese juego en el que los britanos son reyes, llegaron a batirnos en rápida secuencia los dos puentes Conqueror y Leviathan, para dar paso a continuación al Britannia con sus 100 cañones. La mortandad a bordo era grande y los destrozos en aumento, aunque nos manteníamos con una mínima posibilidad de maniobra. En aquellos momentos de trance y dolor, observó el comandante que el insignia francés había sido desarbolado de sus palos mayor y mesana, y se nos echaba encima desde popa con peligro de abordaje. Uriarte intentó forzar la vela con el trinquete, único palo que se encontraba todavía en cuerdas. Era necesario abrir distancia de los britanos que nos batían a muerte y, como ellos, tomar un respiro y reparar lo imprescindible, así como aclarar la maniobra caída sobre cubierta, que estorbaba en mucho el empleo de la artillería.

La idea de nuestro comandante era buena, pero ni siquiera nos concedieron los britanos esa mínima oportunidad, y sin apoyo de algún compañero era misión imposible. Continuaron batiéndonos sin descanso, entrando y saliendo de distancia de tiro para tomar sus relevos, porque nuestro poder artillero todavía era de temer. Pero todo marcaba a malas porque, tras dos horas de combate ininterrumpido, nuestro buque quedaba desarbolado de los tres palos y con un mare mágnim de vergas, jarcias, masteleros, velas y heridos sobre las tablas. Llegó el momento en que todos los hombres con destino en la cubierta alta se encontraban muertos o heridos, desde el general Cisneros hasta el pobre guardiamarina encargado de defender la bandera. En el alcázar, tan sólo el brigadier Uriarte y yo nos manteníamos con vida e ilesos. Por mi parte, solicitaba hombres a las cubiertas bajas con gritos desaforados, momento en el que el comandante cayó al suelo a mi lado, herido por un astillazo en la cabeza. Desesperado, comencé a gritar.

—¡Cirujano para el comandante! ¡Sangrador al alcázar!

No era fácil moverse a bordo. Mientras apretaba un trozo de mi pañoleta contra su herida y lo animaba a recuperar el sentido, pasaron bastantes minutos. Por fin, el brigadier Uriarte pudo ser transportado a la enfermería. Apareció el segundo comandante, don Ignacio Olaeta, en el alcázar, así como el teniente de navío Joaquín de Salas, que traía personal para intentar reponer los cañones destrincados, así como un guardián con media brigada para aligerar la cubierta. Creo que fue entonces cuando el guardiamarina Antonio Bobadilla nos llegaba con la noticia de la rendición del insignia francés, el navío Bucentaure, situado por nuestra popa a dos cables de distancia, lo que tampoco obraba a buenas.

En aquel momento pareció que se retiraban los navíos Conqueror y Leviathan, que nos batían a concierto, como si se hubieran cansado de martirizar al sufrido Trinidad. Pero poco nos duraba el sosiego, porque desde la amura de babor se acercaba un navío de escaso porte y sin daños a la vista. Se trataba del Africa, de 64 cañones, que se incorporaba a su teórica columna desde el norte, posiblemente desplegado antes del combate. Este nuevo navío entrado en escena, al observar el estado de nuestro buque, debió creer que nos habíamos rendido a sus compañeros, porque ni driza disponíamos para izar la bandera, ni contestamos a sus primeras andanadas. Tal fue nuestra sorpresa cuando observamos que echaba un bote al agua y se dirigían hacia nosotros con boga de fuerza. La verdad es que no sabíamos qué hacer, porque no es caballeroso disparar sobre una embarcación ligera en la que aparecía la casaca de un oficial. Llegado a nuestra cubierta, preguntó por el comandante. Como de los tres oficiales presentes era yo el único capaz de mantener una conversación fluida en inglés, fui el encargado de aquellas extrañas y esperpénticas negociaciones. El britano se presentó con orgullo en las crestas.

—Teniente de navío John Smith, de la dotación del navío de su majestad británica África. En nombre de su comandante tomo posesión de este buque, que será marinado por nuestros hombres. Tanto el general que iza su insignia como el comandante, si sus particulares estados de salud les permiten ser transportados, deberán embarcar en el bote para su traslado a mi navío.

Comentadas sus palabras a quien oficiaba de comandante, herido en un brazo, me ordenó que lidiara a mi manera y expulsara del barco aquel sujeto con rostro de imbécil y tonillo insoportable de superioridad. La verdad es que gocé con la conversación.

—¿Quién le ha concedido a usted potestad para impartir órdenes en este barco de Su Majestad Católica? El navío Santísima Trinidad insignia del jefe de escuadra don Baltasar Hidalgo de Cisneros, no se ha rendido.

—Pues no observo su pabellón.

—Debería comprender que es situación normal en combate, cuando mucho se ha sufrido. No puede observar nuestra bandera porque no hay palo ni driza disponible, lo que también es fácil de comprobar a la vista. Pero ahí la tiene en el troncho del palo

mesana, aunque quede un tanto baja.

—Tampoco responden a nuestros fuegos.

—Porque estamos reponiendo la artillería y tomando un ligero descanso, mientras se reparte el rancho a la marinería y se prepara la cámara del general para el almuerzo —sentí ganas de reír porque, en verdad, aquella conversación aligeraba los nervios entablados durante tan alargado tiempo—. Pero ya está bien de conversación estúpida, señor mío. Dispone de un par de minutos para abandonar este navío. No tenemos cañones en uso pero con este juguete —mostraba el pistolón regalado por mi padre, que tanto llamaba la atención— puedo reventarle los ojos en un santiamén, lo que mucho me agradecería porque nada me gusta su cara y mucho menos el tono que emplea.

El inglés pareció quedar sin palabras, como si no comprendiese las mías. Me miraba a los ojos, como si se encontrara ante la visión de un enajenado. Pero aunque necesitábamos tiempo y este idiota nos lo ofrecía, insistí.

—Tiene suerte de la caballerosidad española, señor Smith, porque deberíamos haber batido su embarcación y tomarlo como prisionero. Pero le van quedando pocos segundos y como no abandone este navío con rapidez, perderá su bote y, probablemente, la vida.

El britano salió por piernas, como si escapara de una fiera o un congreso de endemoniados. Dejamos que su bote alcanzara su navío, momento en el que abrimos fuego con los pocos cañones que se habían podido reponer. Ahora fuimos batidos por el África y el Conqueror que se sumaba a la fiesta, aunque no fuera necesario. Caído también el segundo comandante, tomó el mando el tercero, capitán de fragata don José Sartorio, herido en una pierna pero todavía útil para el servicio, quien enviaba información al jefe de escuadra Hidalgo de Cisneros sobre la situación penosa que atravesaba el buque, incapaz de navegar y escasos cañones en disposición de hacer fuego, muchos balazos a la lumbre del agua y setenta pulgadas de líquido en la bodega, lo que era de preocupar por el escaso personal disponible para accionar las bombas. Pocos minutos después se presentaba en el alcázar el único ayudante ileso del general, el teniente de navío Francisco Basurto, que recomendaba resistir y combatir si era posible, o celebrar consejo de oficiales para encarar la posible rendición. Fue un momento de infinita tristeza, porque por mayoría abrumadora se decidió cesar el combate y acabar con la sangría de tantos hombres, sin contar el peligro inminente de hundimiento. De esta forma, arriaba teóricamente su pabellón el buque más grande y poderoso del mundo, tras haber combatido más de cuatro horas contra seis navíos britanos.

Una vez la dotación de presa a bordo, el navío Prince ofreció el remolque necesario, incapaces por nuestra parte de dar una sola vela, mientras el nivel de agua en la bodega continuaba en aumento. No había fuerzas ni espíritu para accionar las bombas, aunque me ofrecí a establecer los turnos, pensando únicamente en la gran cantidad de heridos que podían arrastrarse con el buque en su hundimiento. De esta

forma nos mantuvimos más de dos días, hasta que entrados en el 24 de agosto con el agua elevada en quince pies, los britanos decidieron dejarlo caer a las profundidades. Por una parte sentí cierta alegría, que no pudieran lucir el mayor de los trofeos, como era su deseo, aunque me preocupaba el barqueo de tanto herido, que dio comienzo con rapidez en los botes de los navíos Neptune y Prince. Por desgracia, a pesar de la intensa actividad que desplegamos, el buque se hundió de forma rápida e inesperada, arrastrando con él a unos 80 hombres que se encontraban heridos o mutilados en las enfermerías. El fatal desenlace de aquel inolvidable navío, con alargada historia en nuestra Armada, se producía al sur de la ciudad de Cádiz y unas 27 millas de distancia.

Por los ingleses tuve conocimiento de algunos detalles del combate, nada positivos por desgracia para la armada combinada, aunque mantenía alguna esperanza. Pero la noticia más importante, al menos para ellos, era la muerte del almirante Nelson a bordo de su insignia, alcanzado por la bala de fortuna disparada por un infante de marina del navío Redoubtable, instalado en la cofa del palo mesana, esos fusileros que suelen disparar a las casacas. Le entró por el pecho hasta alcanzar en la espina dorsal, muriendo tres horas después.

Colaboré con el comandante y el general para redactar el parte de guerra, por haberme mantenido en pie hasta el último momento. Aunque no era tarea sencilla, estimamos las pérdidas entre muertos a bordo y ahogados en un número cercano a los 300 hombres y unos 200 heridos. Los britanos arrumbaron a Gibraltar, en cuya plaza quedamos como prisioneros. En fin, un triste final para el navío más famoso, más buscado por el enemigo, más artillado que jamás navegó por los mares del Norte y del Sur. Mi padre lo salvó en el combate de San Vicente y yo asistía a su rendición. Blancos y negros de nuestra triste historia.

25. A bordo del Príncipe de Asturias

Desde el alcázar del buque insignia español, el navío Príncipe de Asturias, observábamos con lógica preocupación los movimientos de la escuadra de Nelson, así como los primeros momentos del combate. Y es fácil imaginar los sentimientos que bullían por andanas en mi interior, al observar los navíos de Nelson y Collingwood metiendo el bauprés a muerte por donde andaban mis dos hijos en porfía. Pero por encima de mi condición de padre, era un oficial general de la mayoría de la escuadra de observación, aunque tal condición táctica hubiese sido arrasada por la decisión del almirante francés, y tampoco podía dedicar el tiempo a otros menesteres que los propios, porque ya venían los lobos contra el rebaño.

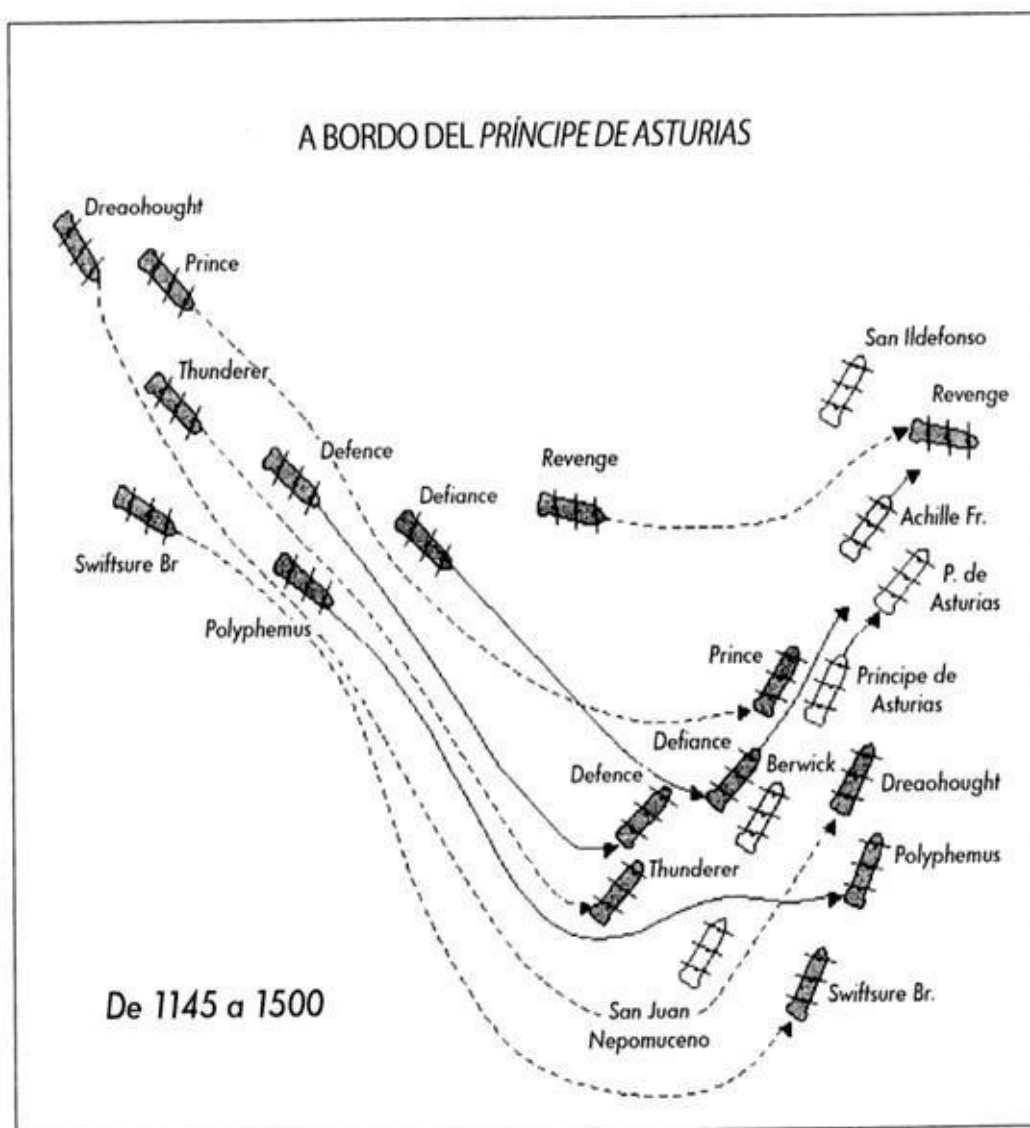
De la columna britana caída a sotavento, comandada por el almirante Collingwood a bordo del Royal Sovereign, los navíos de cola, encabezados por el Revenge de 74 cañones, arribaban en confianza para cruzar la línea aliada y batir la zona de los buques amparados bajo la insignia del general Gravina. Y el cabeza inglés arrumbaba sin dudarlo para cortar la línea entre el San Ildefonso y el francés Achille, nuestro matalote^[76] de proa, mientras los Revenge, Defiance, Poliphemus, Dreadnought, Swiftsure, Thunderer, y Defence seguían sus aguas, variando el rumbo en conveniencia para apostar sus proas en el lugar deseado. También el Prince, que en los primeros momentos se encontraba situado entre las dos columnas, como si dudara sobre su definitiva asignación, parecía decidirse por unir sus 98 cañones a este grupo y enlazaba por su cola.

Uno de los ayudantes de la mayoría marcaba las doce y cuarto como el momento en el que abríamos fuego sobre el Revenge, quien poco después respondía por las dos bandas sobre el San Ildefonso y el Achille, este último ligeramente sotaventeado y demasiado próximo al español. Gravina ordenaba al comandante del Príncipe forzar la vela y cerrar espacios, cargando los fuegos de las tres unidades sobre el britano, aunque ya llegaban sus compañeros para entrar en distancia y llevar a cabo ese juego que tan bien conocían; batir y separar, apoyo inmediato al comprometido, todo ello con maniobras prestas y decididas, marinando los pesados navíos con extrema destreza. De todas formas, muy mal lo pasó en los primeros momentos el cabeza inglés, sometido a fuego vivo de tres navíos, hasta que el Defiance, virando y abriendo fuego sobre el Berwick, llegaba en su apoyo, así como el Thunderer, el Poliphemus y el Swifisure. Dos andanadas gruesas del Príncipe dejaban a uno de ellos desarbolado de mayor y trinquete, con necesidad de arribar para aclarar maniobras, y a otro sin la verga de velacho y mastelero de gavia. Al menos en los primeros compases, nuestro tres puentes marcaba dianas y disparaba con ritmo y acierto.

En pocos minutos se generalizaba el combate de forma terrorífica, a muy corta distancia y con sentimientos de abordaje en el pecho; miles de balas rasas,

palanquetas y focos de metralla en vuelo permanente, con la muerte amadrinada a sus alas. Por nuestra parte cerrábamos el paso al Defiance con acertada maniobra, centrando nuestros fuegos sobre este navío mientras se mantenía a unas doscientas yardas por nuestra aleta de babor. Poco después, sintiéndose acosado y en peligro, era apoyado sucesivamente por el Thunderer y el Defence, que le ofrecían un respiro. Y en mi interior llegué a pensar que los britanos disfrutaban de vientos extras, soplos divinos a favor, al observar sus precisas y rápidas maniobras con tan escaso viento.

Tras una hora de combate desaparejado, disparando sobre blancos de fortuna y sin poder centrar nuestros fuegos en uno de ellos a muerte y con la suficiente permanencia, comenzamos a sentir las picaduras en sangre, casco y aparejos. Se nos escapaba el Defence y maniobrábamos en ligera arribada para presentarle el costado y nuestras baterías al copo, cuando los 98 cañones del Prince nos tomaban desde la aleta de babor a escasa distancia, momento en el que nos rociaba en bastos con una andanada completa de metralla trocada, que nos entraba por claros de popa a proa. Escaño agachó la cabeza de forma instintiva, exclamando a los cielos.



El combate en la retaguardia

—¡Por san Juan Nepomuceno y la santa Virgen del Rosario! Un par más como ésta y nos deshace en astillas. Olvidemos al dos puentes y viremos a muerte contra este malnacido culebrón.

—Nos ha dejado sin jarcia ni estayes en los tres palos a barlovento. Por Dios, espero que dispongan de tiempo para cobrar alguno de fortuna —comprobaba con detalle y preocupación el destrozo, que podía obrar en peligro inminente para el navío, cuando observé al general Gravina apoyado contra la borda y un gesto de profundo dolor en el rostro. Apretaba su mano derecha contra el codo izquierdo, embadurnado en rojo el conjunto.

—Le han herido, señor. ¿Es de gravedad?

—Nada que me impida continuar en el puesto, Francisco. Que arribe Hore al nordeste de una vez, o nos machacará ese tres puentes llegado del infierno.

Ya el comandante, Rafael de Hore, obraba en acuerdo y los contramaestres empleaban sus mejores hombres para intentar asegurar alguno de los palos, medida de imprescindible necesidad aunque aumentara el riesgo. No obstante y para cursar nuestro mal con cizaña, la necesaria maniobra nos emparejaba con los dos primeros enemigos, los navíos Revenge y Defiance, recobrados de los daños iniciales. Estos viejos conocidos nos batieron a modo, aunque también ellos sufrían descalabros de altura por el fuego de nuestros artilleros, especialmente el primero, desarbolado del palo mesana y con el costado de estribor en huecos de escape. La verdad es que nuestros hombres arrimaban corazones a mayor ritmo del esperado y apenas se escuchaban rumores negros o posturas evasivas, aunque los soldados del cuerpo de Batallones se encontraban prestos a abrir la barriga del primero que diese un paso atrás. Creo que fue por entonces, cercanos a las tres de la tarde, cuando el general Gravina cayó desplomado en cubierta como un pesado fardo. Sangraba bastante por la herida pero no había querido abandonar el puesto para una cura, con lo que la pérdida de sangre podía haberlo debilitado. Barreda se lanzó sobre él para tomarlo.

—¡Mi general!

Escaño también se acercaba. Comprobamos la debilidad de don Federico por el color blanco de su cara.

—Peleen sin descanso aunque muera.

—No va a morir, señor. Debe recibir asistencia médica —Escaño ordenaba ahora y se dirigía a Barreda con una clara señal de su mano, que lo tomaba entre sus brazos —. Lleven al general a la enfermería y que le hagan una cura —se giró hacia su jefe —. Le mantendré informado de todo, señor, vaya tranquilo.

De esta forma, quedamos en el alcázar Escaño y yo con algunos miembros de la mayoría. Metí baza de inmediato.

—Tomas el mando, Antonio.

—Tú eres unos días más antiguo que yo.

—No digas estupideces. Eres el mayor general y asumes el mando de la escuadra de observación.

En aquel momento, el capitán de navío Ayalde nos avisaba de que el Argonauta, nuestro mejor navío de dos puentes, retrasado de la línea y barloventado del Achille, se encontraba sin bandera y no abría fuego sobre el Achilles britano que parecía escoltarlo. Pensamos que podían haber muerto los oficiales superiores, por lo que destacamos al teniente de navío Teodomiro López, ayudante de la mayoría, para que pasase a él y comprobara lo que sucedía, tomando el mando del buque en caso necesario, mientras intentábamos apoyarlo. Partió el oficial en el bote y no pudo regresar. Como después supimos, al pisar la cubierta del Agonauta, encontró el navío completamente desmantelado, con gran parte de la artillería desmontada, sin gobierno por haber perdido el timón y unas 300 bajas a bordo, rendido y marinado en presa por personal del Belleisle británico. Mientras tanto, en la ignorancia de la realidad, intentamos forzar la vela con extrema precaución, especialmente con los palos mayor y mesana, atravesados a balazos y sin seguridades de sostén, para avanzar y protegerlo. Pero el comandante estaba más pendiente de la mar que de los fuegos, porque una cabezada de medio orden podía echar los palos sobre cubierta y rematar la triste faena. Por desgracia, el maldito Prince de los 98 cañones, que más parecían mil bocas de fuego inagotable, tras haber maniobrado para mostrarnos todo su costado, volvía a endosarnos dos descargas de metralla seca a corta distancia, que volvió a barrer nuestras cubiertas con elevada mortandad. Como ejemplo, puedo citar que del personal establecido en la toldilla, murieron todos a excepción de un cabo de artillería gaditano, que descendió hasta el alcázar con el sentido medio perdido.

En esta ocasión escuché los silbidos bien cerca, tanto que mi compañero Escaño, pegado a mí, recibía el impacto de un cortadillo de metralla en la pierna izquierda, en su parte media y posterior. Y no cayó al suelo porque se mantuvo entre mis brazos.

—¡Antonio! ¿Dónde te han herido?

—En la maldita pierna izquierda, aunque se trata de mordisco suave sin chupete. Puedo continuar en el puesto sin mayor problema.

—Una cura nunca llega a destiempo.

En efecto, se notaba el efecto de la esquirla en la piel de la bota, aunque no se observaba la herida que podía ser profunda. Mi buena estrella seguía bien atochada a las carnes, con abundante metralla en vuelo sin rozarme siquiera un pelo, por lo que mucho debía agradecer a los cielos. Pero ya llevábamos más de dos horas de combate, de esos que se hacen eternos y sin un solo respiro, comenzando a sentir el agotamiento mental que llega a nublar el sentido. Porque siempre teníamos a dos, tres o cuatro britanos batiéndonos de proa a popa con hierros de todo tipo. Por fortuna, en esta ocasión la dotación se mantenía en cuerdas de gloria y respondíamos con garra aunque, en verdad, cada vez en menor proporción por las mermas en los montajes de la artillería. Pero también los britanos mostraban nuestros recuerdos en sus tablas, especialmente el Revenge y el Defiance, a quienes habíamos desmochado el bauprés y rendido dos masteleros. Pero mientras manejaba estos pensamientos, dirigí una vez más la mirada a la bota de Escaño, para comprobar cómo la sangre rebosaba de sus

bordes superiores, señal de pérdida severa y preocupante. Porque conforme pierdes el líquido de la vida, ésta parece evaporarse con sentimiento de felicidad.

—Antonio, debes acudir a la enfermería.

—Vamos, Francisco, es una herida de nada.

—Si pierdes más sangre, sabes que se te nublará el conocimiento y no es momento de que ocurra tal cosa. Baja a la enfermería, que te corte la hemorragia un matasanos y regresa al puesto.

Conseguimos convencerlo entre todos, y así lo hizo con extraordinaria rapidez, porque pocos minutos después estaba de nuevo a mi lado, cuando intentaba enfocar nuestros fuegos sobre el navío que escoltaba en presa al Argonauta, así como al maldito Prince, a quien rociamos de sangre con un par de andanadas de gloria, hasta hacerlo caer a la banda para respirar aire.

—¿Cómo te encuentras, cartagenero?

—Bien. Ya no sangro casi nada. Parece que el cuerpo extraño de fabricación inglesa está dentro. Cuando llegemos a puerto o al infierno, me lo haré sacar.

—Esperemos que, al menos, sea en el cielo.

Debían ser las cuatro y media, si mis recuerdos no me juegan una mala pasada, cuando Antonio volvió a caer sobre cubierta. No se debía en esta ocasión a causa de la herida, porque pude comprobar cómo la venda fuerte impedía el chorro, pero la pérdida abundante anterior y la tensión jugaban a la contra. Setum lo tomó en brazos como si se tratara de un niño y lo llevó de nuevo a la enfermería, donde tomó asiento y recuperaba la conciencia en pocos segundos, aunque parecía aturdido. Según me comentó el africano, un cirujano le acercó un vaso de vino de Jerez a los labios.

—Bébalo, mi general, que esto reanima el conocimiento y repone la pérdida de sangre.

Así lo hizo Antonio. Aunque mantenía los ojos cerrados y la mano temblorosa, bebió con ansia, cual náufrago sediento. Y como si se tratara de brebaje divino, en el momento en el que se escuchaba el retumbo de una nueva andanada, pareció despertar de la modorra. Según sus propias palabras, el ruido del cañón y el vino de Jerez me han devuelto a la vida, por lo que pidió una nueva ración. Pero la sangre volvía a manar de su herida, por lo que el cirujano, don Fermín Nadal, quiso llevar a cabo una nueva limpieza y cerrar el vendaje.

En el alcázar continuaba el combate en compañía del comandante, aunque ya nuestras posibilidades de ofender a los enemigos disminuían en proporción. Un britano de dos puentes que batía al San Juan Nepomuceno, caía sobre nosotros para separarse del español, momento en el que nos brindaba una descarga floja de metralla. En esta ocasión me tocaba a mí la bola negra, porque otro cortadillo o algunas esquirlas me entraban en el muslo, el mismo que ya sufriera su especial calvario en el sitio de Tolón, lanzándome a cubierta. Pero ni siquiera debí bajar a la enfermería, porque ya Setum rasgaba la tela y me aplicaba una venda fuerte.

—Debería tenderse en la cama, señor.

—No es momento de agasajos, amigo mío. Aprieta la tela para que no sangre. Hemos de aguantar como sea.

—Debo sacarle esas esquirlas para que no creen malos humores en la sangre.

—Ya lo harás más adelante.

El estado de nuestro navío era lamentable y más valía no recrear la vista en su triste estructura con detenimiento, salvo peligro de arrojar las esperanzas a la superficie de las aguas. Pero todavía podíamos brindar con pólvora en corte suficiente como para alejar a los lobos, aunque presentáramos la figura de una boya sin posibilidad de maniobra. Por esta razón se echaron los botes al agua, preparados para mover la proa en conveniencia y presentar el costado en fuegos. Sin embargo, poco después me llegaba una noticia en amargura que derribó mi espíritu hasta la bodega, al punto de dudar en darla por cierta. Don Federico Gravina había sido trasladado a su camarote, con cierta debilidad general pero consciente. Enterado el general de la situación verdadera del buque, estado de la maniobra y artillería, así como el número de bajas, ordenó arriar la bandera porque, según sus palabras, nada más se podía hacer. Por fortuna, pocos segundos después, como si la conciencia lo llamara al orden, preguntó si era posible varar el buque en la costa. Como me encuentro en momento de verdades, debo reconocer que la primera orden llegó al alcázar y la bandera del navío Príncipe de Asturias fue arriada durante algunos minutos, circunstancia que no llegué a discutir porque la insignia del comandante general se mantenía en el tope, y es necesaria su desaparición para considerar a un buque rendido al enemigo. Pero no es fácil olvidar algunas sensaciones, que marcan a los personajes en tablas bajas para el futuro. De todas formas, puedo asegurar que, para mis adentros, siempre dudaré si la orden llegó en verdad del general o del comandante, don Rafael de Hore, que se decidía por acabar la batalla en rendición, cuando no era llegado el momento.

Por mi parte, la pérdida de sangre me dejaba poco a poco ligeramente aturdido, por lo que también fui trasladado a la enfermería en brazos de Setum, ese hombre incólume a los daños y con energía permanente. Allí, en un claro de mis ojos, observé la llegada del teniente de navío Joaquín de Arce, para comunicar al general Escaño que el comandante y algunos oficiales pensaban rendir el buque. Antonio, con los ojos prendidos en fuego y enardecido como pocas veces lo he visto, elevó una maldición que aplacó los gemidos de los heridos a su alrededor. Intentó levantarse como un autómatas, lo que fue impedido por los cirujanos. Sin embargo, fue claro y rotundo con el joven oficial.

—Dígale al comandante y oficiales presentes en el alcázar, pero especialmente al primero, que para rendir este navío es necesario mantener una junta de oficiales, tanto de los pertenecientes a la dotación del buque como los de la mayoría, y que deben contar con mi opinión porque, aunque emplazado en la enfermería, no me encuentro fuera de servicio.

Allá partió Arce quien, llegado al alcázar, comprobó que, como especial

concesión de los dioses, los enemigos se retiraban, al tiempo que llegaban en nuestro auxilio los navíos Neptuno, San Justo y, poco después, San Leandro, mientras el San Juan Nepomuceno, desarbolado, había arriado su pabellón con gran número de bajas a bordo.

Como me encontraba bien y claro de luces de nuevo, en un descuido de los cirujanos y con la ayuda de Setum, me reincorporé al alcázar. Las expresiones parecían serenas y no largué al comandante lo que sentía en mis adentros, pero debía notarse en mi cara. Con el antejo pude comprobar la situación de los buques españoles y franceses a nuestro alrededor. Con infinita tristeza observé demasiadas banderas arriadas y buques en lamentable estado, remolcados por el enemigo. Costaba reconocerlo, pero parecía que los britanos habían ganado la partida de principio a fin y sin remisión posible. Pero para elevar los corazones una cuarta, también los buques britanos se encontraban muy castigados, faltos de palos muchos de ellos, con el Achilles incendiado por la amura de babor, y otro de dos puentes desarbolado al troncho, separándose de nosotros. Parecía que nadie deseaba continuar la masacre, que ya largaba agua roja a la mar. Eran las cinco y media cuando el silencio se hizo dueño de las aguas, como si se hubiera ordenado cesar el fuego desde las alturas. Fue entonces cuando observé por primera vez al Bucentaure, abierto de nuestra proa a estribor, con la bandera britana izada a los vientos. Y para rematar la faena, don Federico Gravina aparecía en el alcázar en una camilla, siendo informado de los últimos movimientos. Tampoco me encontraba orgulloso de su actitud y esa orden de arriar el pabellón, si era suya, aunque rectificara a tiempo. La verdad es que su rostro mostraba un profundo dolor pero se mantenía consciente. Con Villeneuve rendido, nuestro general asumía el mando de la escuadra combinada y así se lo comuniqué.

—Se encuentra al mando, señor. El insignia francés ha arriado su pabellón.

—Que se acerquen los oficiales de la mayoría a mi alrededor, si se mantienen con tal posibilidad. Mantengamos las normas y formemos Consejo.

Siempre había encontrado tal medida un poco absurda, especialmente en momentos como aquel, cuando otros menesteres son más necesarios. No suele ser, después de todo, más que una excusa para dar legalidad a decisiones que no siempre son honrosas. Porque para bien o para mal, se acabaría por hacer lo que el general sugiriera u ordenara, que para eso iza su insignia.

Pero en pocos segundos nos reunimos a su alrededor, Hore, Ayalde, Porlier, Barreda y yo. Escuchamos la voz débil pero serena del general.

—Señores, aunque cueste decirlo, los britanos nos han batido y hemos perdido este combate. Ha sido un martirio al que nos hemos prestado como voluntarios. Espero que todos hayan peleado hasta el límite de sus fuerzas, dejando al menos nuestro honor a salvo. ¿Cómo se encuentra nuestro navío insignia? —se dirigía a su comandante—. ¿Somos capaces de navegar?

—Estamos medio deshechos, señor. No podemos andar una sola yarda por

nuestros medios, más de la mitad de la artillería se encuentra desmontada, sufrimos unos sesenta muertos, entre ellos cuatro oficiales, y 150 heridos, aunque estas cifras ya sabe que son al vuelo. Hacemos agua en la bodega, aunque disponemos de personal suficiente para mantenerla en cuerdas con las bombas, de momento.

—Intentemos salvarlo a toda costa, que pocos navíos quedarán a disposición en la Armada. Icen la señal de reunión a los buques de la escuadra combinada. Que nos dé remolque algún navío de los recién llegados, si se encuentran en disposición, o una fragata.

—El San Leandro parece ser el menos castigado —dijo el comandante.

Gravina se retiró de nuevo a su cámara, mientras intentábamos que nos lanzaran el necesario remolque. En aquel momento se escucharon cañonazos a barlovento, por lo que pensé en enviar a los dos españoles en auxilio, aunque los ruidos cesaron de nuevo. Por fin, izamos la señal de reunión. Y tras varios intentos, comprobada la imposibilidad de que el San Leandro nos diera el necesario remolque, lo llevó a cabo la fragata Themis.

Comenzamos el triste tornaviaje hacia la bahía de Cádiz, el regreso de la derrota, lo que más puede doler a un soldado empeñado en honor. De acuerdo con la señal izada, se nos fueron uniendo los buques que se encontraban con capacidad de hacerlo, comprobando la presencia de los españoles Rayo, Montañés, San Francisco de Asís, San Justo y San Leandro, así como los franceses Indomptable, Argonaute y Pluton, nueve navíos de los 33 que habían comenzado el combate. En la distancia se apreciaban cascos españoles y franceses remolcados en presa, algunos con severos problemas y bastante metidos en el agua. Pensando en mis hijos comprobé que tanto el Santa Ana como el Trinidad andaban desarbolados al ciento y con bandera britana en los topes, aunque este último aumentaba su obra viva en buena medida, metiendo los penoles de las cebaderas en el agua. Prefería evitar tales pensamientos, pero rogaba a Nuestra Señora de Valdelagua que los hubiera preservado con vida.

El viento se mantenía flojo y del WSW, aunque comenzaba a rolar hacia el sur, donde la rumazón se agrietaba en negro con malos futuros. No era momento oportuno para sufrir un temporal, que podría llevarse muchos buques al infierno. El tiempo se alargaba sin medida pero nuestro andar era pobre y vacilante, con los marineros en los palos tratando de asegurarlos. Aunque era la ocasión de dar respiro y restañar algunas heridas, el personal se mantenía en sus puestos de combate, los cañones arrimados a las portas y las mechas encendidas, preparados para hacer fuego porque algunos britanos desfilaban a distancia propia para desconfiar.

Setum se acercó para señalar la herida de mi pierna, que volvía a sangrar. Pero no estaba dispuesto a someterme a las manos del cirujano en aquellos momentos.

—Debemos extraer la metralla, señor.

—Más tarde, Setum. Peor se encuentran don Federico y Antonio. No es más que un refilón.

—De eso nada, señor, que la metralla está bien dentro.

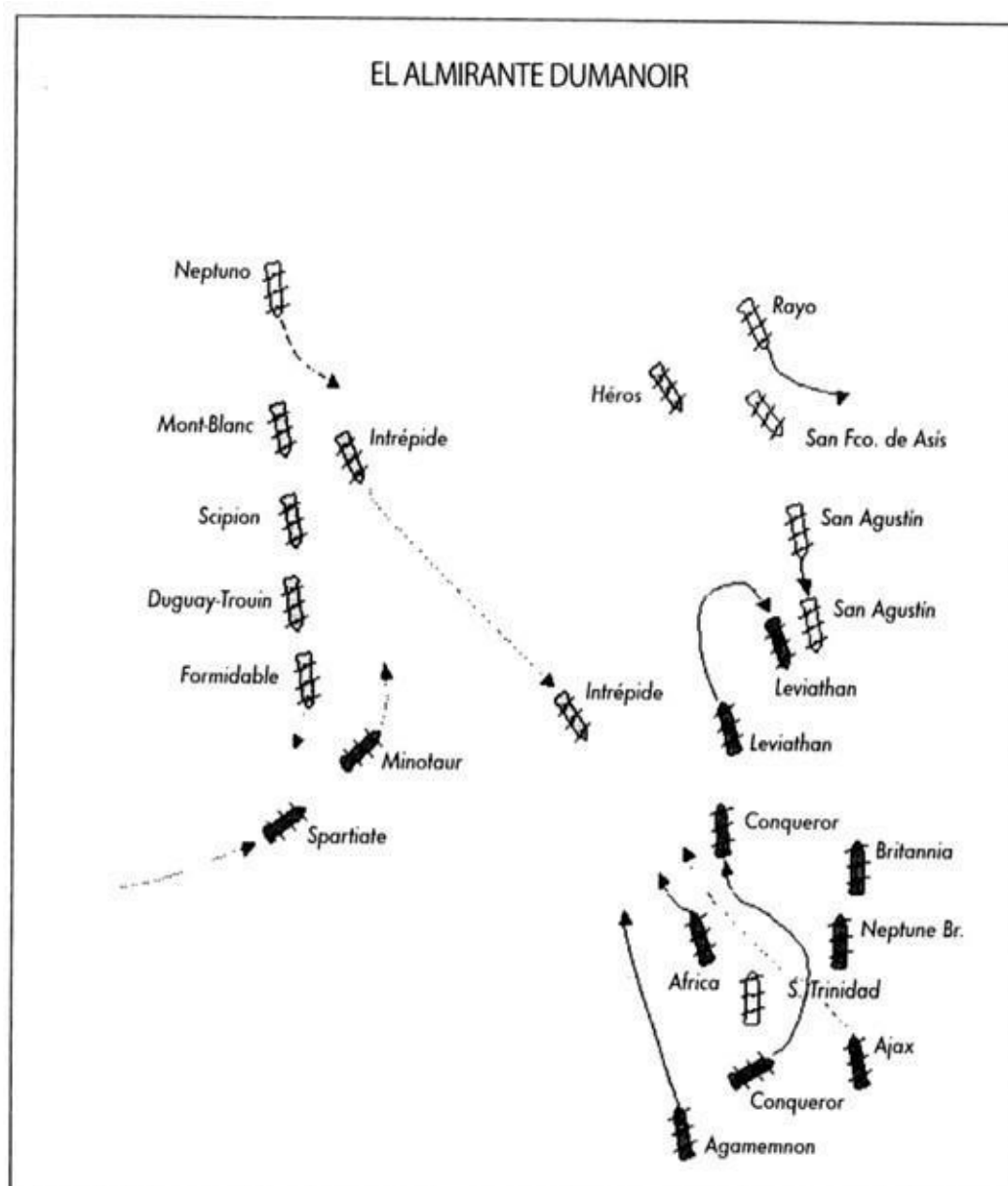
Con mucho sufrimiento de mi persona y del propio navío, conseguimos alcanzar el placer de Rota en las primeras horas del día 22, donde largábamos las anclas en bendición de Dios. Y allí nos batía la mar al gusto, pero debíamos esperar al día siguiente para intentar tomar el resguardo de la bahía. La acción era llevada a cabo en lento rosario por los navíos reseñados, así como los franceses Héros, Algésiras y Bucentaure, estos dos últimos represados por rebelión de la propia dotación que, de esta forma, estaba a la dotación de presa como prisioneros a bordo. Sin embargo, el almirante Villeneuve, como era norma de la guerra en la mar, había sido trasladado al buque inglés que lo capturara, siendo conducido a Gibraltar.

Las horas siguientes fueron de dolor y desasosiego, llevando a cabo el triste recuento conforme nos llegaban las noticias en mayor o menor detalle, algunas con informaciones contradictorias. De los que habían combatido en el centro de la línea de combate, el Fougueux, completamente desarbolado, se había rendido al Téméraire, habiendo muerto su comandante, el capitán de navío Baudouin. El británico Tonnant, un jabato en el combate, había conseguido rendir al Algésiras, con 227 bajas a bordo y el almirante Magon mortalmente herido. El San Juan Nepomuceno, tras un largo y sangriento duelo con los navíos Defiance y Dreadnought, en el que quedó desecho de arboladura, debió rendirse también al Tonnant, último en atacarle, cuando ostentaba el mando el teniente de navío Núñez Falcón. Su comandante, don Cosme Damián Churruca, había recibido el impacto de una bala de cañón en la pierna que lo derribaba en cubierta. Con un torniquete provisional y visos de muerte en los ojos, se negaba a resignar el mando, apoyando la pierna tronchada en un taburete. No obstante, debía hacerlo poco después cuando ya expiraba, habiendo muerto el segundo comandante, capitán de fragata Moyúa, minutos antes. El Bahama, tras combatir con cuatro navíos britanos y su comandante, don Dionisio Alcalá Galiano, muerto por impacto directo de una bala de cañón en la cabeza, se rendía al Colossus. También arriaban el pabellón, tras dos horas de combate, el Monarca y el Aigle. Y en cuanto al Argonauta, la mejor flor del jardín, como entonara poéticamente el general Gravina, con el segundo al mando y más de 300 bajas a bordo, castigado de proa a popa, se rendía a las dos y media. Tales eran sus daños, que se fue a pique cuando lo remolcaban a Gibraltar.

Más a proa de la línea, en la zona atacada por el almirante Nelson, ya hemos visto lo acaecido al navío Santísima Trinidad, arrastrado hasta el fondo de la mar por gracia de Dios, que no era trofeo para entregar a los britanos. El Victory de don Horacio atacó al Bucentaure a tiro de pistola con triple bala y espantoso destrozo, antes de enzarzarse a fuego de muerte con el Redoutable. Fue entonces, a las 13.25, cuando el disparo de un fusilero del citado navío acababa con la vida del famoso almirante. Este buque francés, mandado por el aguerrido capitán de navío Lucas, acabó por arriar su bandera con incendio a bordo, cuando había sufrido 487 muertos y 81 heridos, el buque con más pérdidas sufridas en el combate. Por su parte, el Bucentaure acababa por arriar el pabellón frente al Conqueror. El almirante

Villeneuve era transbordado a su captor. Pero el buque francés era represado en las primeras horas del día siguiente por su dotación, que arrumbaba a Cádiz, donde varaba contra unos bajos de la entrada. Auxiliado por las embarcaciones del Indomptable, se salvaban 500 hombres de su equipaje y los 80 britanos de la dotación de presa, que en parte perecerían por el posterior hundimiento del salvador.

Además de estas informaciones, una pregunta saltó a la arena con fuerza. ¿Qué había sucedido con los buques de la división del almirante Dumanoir quien, tras la última virada, quedaba en vanguardia de la línea? La primera respuesta nos la ofreció el comandante del San Leandro, dada su cercanía al insignia francés en los primeros momentos.



Maniobra de la vanguardia

—Como saben, en la vanguardia había quedado la división de Dumanoir, más el Intrepide por la necesidad de ocupar su puesto en la línea. Cuando el buque insignia

francés izó la señal número 5^[77], no pareció afectarle y seguía a rumbo, al punto que el almirante Villeneuve ordenó directamente a la vanguardia que virara en redondo para invertir el rumbo y entrar en acción. Por fin viraron, hasta quedar a barlovento del centro y con rumbo al sur. Se trataba de una posición ideal para acudir a la zona de la línea que estimara oportuno. Pero para sorpresa de todos, el Formidable que izaba la insignia de Dumanoir, seguido por los navíos Duguay-Trouin, Mont-Blanc y Scipion, se mantenían a rumbo, mientras el Neptuno y el Intrepide se separaban de ellos y arribaban en dirección al centro de la línea de batalla.

—¿Y después? —preguntaba Antonio de Escaño con el rostro en rojo.

—Se perdió una ocasión extraordinaria porque, en ese momento, tanto el Victory como el Royal Sovereign y el Temeraire se encontraban desarbolados y sin posibilidad de moverse una pulgada. Era el momento de haberles dado el golpe de gracia. Sin embargo, tanto el Formidable como el Duguay-Trouin combatían de vuelta encontrada con dos navíos ingleses que acudían en auxilio de sus almirantes. Pero tras desembarazarse de ellos, Dumanoir y los tres buques que seguían sus aguas, permanecían con su proa hacia el sur, abandonando la escena del combate.

—¡Será posible! ¡Por todas las barraganas de Argel! —Escaño se movía en exceso, con peligro de que su herida volviese a sangrar—. No podemos decir que hayamos luchado 33 aliados contra 27 britanos, sino cuatro menos. Cómo es posible no acudir a la llamada de su almirante, comprometido en combate a muerte.

—Mucho presumía ese arrogante en los Consejos —me limité a comentar—. Me gustaría encararlo en estos momentos.

Como supimos más tarde, Dumanoir no sólo abandonó el combate, sino que hizo derrota hacia el cabo de San Vicente y luego al norte para ganar un puerto francés del Canal. No obstante y para regocijo de muchos, entre los que me incluyo, los cuatro desertores fueron apresados por un escuadrón inglés bajo el mando del comodoro sir Richard Strachan, cuando se encontraban tanto avante con el cabo Ortegale. Y aunque el almirante francés alegó para justificar su acción los daños recibidos en el ligero enfrentamiento con los ingleses, de ser cierto habría entrado en Cádiz a reparar sus averías, en lugar de entablar una derrota de cientos de millas. Todos optamos por considerarlo como un cobarde.

Como es lógico, intenté recibir noticias de mis hijos. Tan sólo pude saber que el Santa Ana era remolcado hacia Gibraltar con serios problemas, mientras el Trinidad también andaba en las mismas o peores cuerdas, aunque mucho más al sur y con peligro de hundimiento. Poco me aclaraban el espíritu estas informaciones, pero así es la vida en la mar y la Armada, por lo que debía esperar que la suerte y los dioses obraran en beneficio.

A pesar de las heridas, don Antonio de Escaño tomaba el mando de los buques restantes. Y auxiliados por jefes y oficiales en tierra, discutimos las posibles acciones a llevar a cabo. Porque, bien sabe Dios, que no dábamos el duelo por finalizado, ni mucho menos.

26. Un resto a muerte

Con Gravina malherido y elevada fiebre, incapaz de entender en asuntos de guerra, el general Álava herido y apresado a bordo del Santa Ana, tomaba el mando de la combinada, o sus precarios restos, el jefe de escuadra don Antonio de Escaño, también herido pero con sangre suficiente como para dar machaca a los cielos. Nos encontrábamos reunidos en la cámara del navío Príncipe de Asturias, una vez desalojada de algunos destrozos sufridos en el combate y estibada con un mínimo decoro. Aunque maltrechos de cuerpo y alma, intentábamos elevar vuelos con una frasca de aguardiente, tras haber ingerido alguna comida. Las primeras palabras de Escaño fueron con motivo de mi herida.

—El cirujano quiere sacarte esa metralla. Dice que cuanto más tardes en acudir a sus manos, más peligroso será.

—No hay prisa. Ya le dejaré hurgar cuando decidamos lo que se ha de hacer.

—Pues ese galeno espigado, don Fermín Nadal, me sacó el cortadillo de metralla en un santiamén, y con escaso láudano. Me siento cansado pero mejor, especialmente bebiendo este aguardiente que Setum saca de las tinieblas.

—Pero tu herida era clara y con un solo cuerpo. Me temo que a mí deberá sajar bien adentro y me alejará de prestar servicio. Nada sucede por esperar unas horas más. Quien parece sufrir mucho es don Federico.

—Terribles dolores y no quiere abusar del láudano, medida que no comprendo. Dice el galeno que esas heridas son un verdadero tormento. Y no me gusta el tinte de su rostro ni esa fiebre tan alta. Deberían haberle cortado el brazo desde el primer momento.

—Eso me comunicó el cirujano. Pero ya se encuentra en manos de los maestros del Real Colegio de Medicina, y con instrucciones especiales del príncipe de la Paz en nombre de Su Majestad. Creo que no se atreven a amputarle el miembro por ser quien es. Y esas dudas suelen acabar en el cementerio.

—Por Dios, Francisco, no seas pesimista. En caso de peligro acabarían por cortarle el brazo.

—Pero si sigue perdiendo sangre y debilitando el cuerpo, será más peligroso. Como dice don Fermín Nadal, esas decisiones hay que tomarlas desde el primer momento.

Hablando de heridas y aunque no lo mostrara a luces, la mía de la pierna dolía más por momentos e incluso me molestaba para respirar, aunque cueste creerlo. Pero decidí callar porque debía permanecer unas horas más lúcido de mente.

—Qué desastre, Francisco —Escaño mesaba el cabello con desesperación, al tiempo que movía la cabeza con pesadumbre, como si hubiese regresado a la realidad—. Una derrota absoluta, como era de esperar, aunque tampoco reconforte este pensamiento. Lo más triste es reconocer la tremenda diferencia existente, hoy en día,

entre un navío britano y otro español o francés. Conforme pasan los años, nos aventajan en progresión, tanto en el aspecto marineró como el militar. Y para colmo de males, como nada se construye en nuestros arsenales, poco a poco nos quedamos sin Armada.

—Éramos conscientes de que saliendo a la mar, con una escuadra poderosa en manos de Nelson esperando a las puertas, caminábamos hacia la destrucción y la muerte. Nada debe sorprendernos.

—¡Se podía haber evitado! ¡Por todas las putorronas de Estambul, se podía haber evitado! —me sorprendió la salida alborotada de Escaño, poco propenso a perder su habitual sosiego—. Y este desastre ha sucedido porque un fracasado almirante francés no deseaba ser relevado en su cargo. Parece inconcebible perder una escuadra por un motivo de orgullo personal.

—Con la colaboración de un general español que no se opuso a la salida, como era su obligación. También aquí entra el tema del orgullo y la irresponsabilidad.

—En esa cuestión prefiero no entrar, Francisco —me miró a los ojos con infinita tristeza—. Creo que podemos perder todo menos la lealtad, y es mucho lo que le debo al teniente general Gravina.

—Tienes razón y me cumple el mismo caso, porque estaré en deuda con él toda la vida. Sólo a ti elevaría tal comentario. Pero también él te debe mucho, si entramos en sinceros. Porque tú has conducido en realidad esta escuadra.

—Volviendo al tema del combate —Escaño pareció no haber escuchado mis últimas palabras—, aunque los ingleses dispararan con triple ritmo de fuego, tuvimos algunos de sus navíos a punto de caramelo. En casos similares, el buque español o francés arría el pabellón, mientras el britano sale de cuerdas una y otra vez.

—En primer lugar por el apoyo que reciben de sus compañeros, posible gracias al extraordinario manejo marineró de sus buques. Y no debes olvidar que un navío inglés es capaz de maniobrar, aunque le quede medio foque de trapo solamente. Y como un factor que solamente contigo expondría, sus comandantes son hombres de mar hasta la galleta y con mucha experiencia en mando de navíos integrados en escuadras, lo que no era nuestro caso. No creas que deseo criticar a nuestro general otra vez, pero no siempre los amigos o protegidos son los mejores comandantes.

—En ese aspecto te doy la razón hasta mil. Ya se lo expuse a don Federico en la lista que le preparé pero, como dices, siempre deseó proteger a los suyos. Algunos de los comandantes, como Flórez, Quevedo y Jado de Cagigal, se estrenaban en el mando de un navío, lo que no es admisible para un combate de esta categoría, porque frente a ellos estaban hombres con años de embarque ininterrumpido y gran experiencia de mando en escuadra y combate.

—En fin, de nada sirve lamentarse, aunque deberíamos aprender para el futuro. Hoy por hoy, sólo podríamos combatir contra el inglés a razón de dos contra uno, aunque no nos guste.

—También es un factor de peso que, cuando un britano arría su bandera en

rendición, tiene muchas posibilidades de acabar fusilado, que no se andan con chiquitas esos señores del almirantazgo. Este combate pasará a la Historia como uno de los más sangrientos e importantes de los acaecidos en la mar. Y es posible que la táctica del almirante Nelson sea alabada como la causa trascendental de su victoria, nada más alejado de la realidad. Sigo opinando que obró con una innecesaria temeridad. Por cierto, Francisco, también se comenta que el almirante Nelson cayó herido de muerte en el combate. Al menos, el almirante Collingwood acabó con el mando a bordo de una fragata.

—Ya he escuchado esa noticia. Lo siento por don Horacio, a quien mucho estimo como persona. Todo un caballero y un gran marino.

—Bueno, no es momento de andar en lamentos, sino de reaccionar.

—Por esa razón no he querido ponerme en manos del cirujano. Recuerda el combate de San Vicente y el de Finisterre, así como las acciones posteriores que tanto criticamos. No caigamos en el mismo error, por no darle otro nombre más contundente.

—Desde luego —Antonio parecía animarse—. Como la mar se ha abierto en temporal, debemos enviar los buques que se encuentren en disposición de navegar, para intentar represar el mayor número posible de unidades. Ya he ordenado que me informen del estado de cada uno y vayan acometiendo los problemas más urgentes. Comentan los vigías que los ingleses, muchos de ellos con graves problemas en casco y aparejo, sufren con la mar, especialmente los que llevan algún navío español o francés a remolque.

—Que salgan todos los que puedan navegar. Como primera misión, represar los navíos capturados, y si queda a mano algún britano, tampoco sería mala cosecha.

—Dejaría cortarme la pierna sana, si eso llegara a verlo con mis ojos.

En aquel momento escuchamos un ruido espantoso en cubierta, seguido de las pitadas de los contramaestres y pasos a la carrera. Avancé el resultado con seguridad.

—Hemos desarbolado de algún palo.

En efecto, en uno de los grandes balances con que nos obsequiaba la mar, porque en el placer de Rota nos entraba a rebufo de muerte, se habían venido abajo los palos mayor y mesana. La verdad es que demasiado habían aguantado esos árboles desde que aquel maldito britano chamuscara las jarcias. Pero quien casi perece con el accidente fue el general Gravina, con suerte de que un visitante, jefe de Ejército, mantuviera con sus manos el bao que se vencía sobre su cuerpo en el camarote. Debíamos entrar a resguardo de la bahía, lo que no sería posible hasta el día siguiente. Y al igual que nosotros, también el San Leandro desarbolaba de los mismos palos, como si quisiera rendir homenaje a la capitana.

Como ya poco importaba la maniobra y problemas del navío Príncipe de Asturias, Antonio y yo aprobamos la idea de desplegar los buques con rapidez. Y sin perder un minuto convocamos una Junta con los comandantes para exponerles nuestras ideas. Fue un Consejo glorioso porque todos, tanto franceses como españoles, estaban de

acuerdo y dispuestos a un nuevo sacrificio, y muy peculiar por encontrarnos Antonio y yo tendidos en un diván, con la pierna herida extendida. De esta forma, en las primeras horas de la tarde del día 23, salían a la mar los navíos Pluton, Indomptable, Rayo, San Francisco de Asís y Neptune, al mando del comandante más antiguo, el brigadier Macdonell, acompañados por las cinco fragatas francesas, dos de ellas dejadas la noche anterior en descubierta fuera de la bahía, unidades ideales para ofrecer remolque. Aunque achuchábamos con prisas, fue necesario esperar a que embarcaran armamento los que casi no disponían de pólvora, se repararan en fortuna las averías más importantes, se desembarcaran los heridos y el personal vacante fuese repuesto con voluntarios de otros navíos.

Tras el penoso combate, llevamos a cabo un gesto heroico del que me sentí orgulloso, porque no andaban los ánimos en los hombres para luchar ahora con la mar en ampollas y la escuadra británica en el escenario al completo. Pero de esta forma, consiguieron represar de las manos inglesas los navíos españoles Neptuno y Santa Ana, que fueron remolcados hasta Cádiz por las fragatas Themis y Hermione. Sin embargo, el temporal corría por barbas y en aumento, razón por la que los españoles Neptuno y San Francisco de Asís, ya castigados por el combate, varaban en la costa del Puerto de Santa María, mientras los franceses Indomptable, Aigie y Berwick eran empujados por las olas hasta la costa y allí destrozados contra las piedras, con gran pérdida de vidas humanas. Y para rematar las desgracias, el navío Rayo no era capaz de aguantar la mar, desarbolaba de los palos mayor y mesana, y era arrastrado hacia la costa. En dicha situación, imposibilitado de utilizar su artillería, era atacado por dos navíos britanos de refresco, los Donegal y Leviathan, acabando por arriar la bandera. Sin embargo, marinado por personal del primero, era incapaz de evitar la mar y varaba sobre torre Carbonera, siendo incendiado posteriormente por la fragata Naiadad. De esta forma, el abuelo, construido en 1749 en el arsenal de La Habana, acababa sus días de mar.

Como pueden suponer, gran alegría sentí al saber que mi hijo Francisco había llegado a bordo del navío Santa Ana con una herida en la pierna, aunque no corría peligro su vida. Al día siguiente también me informaban de que Gigante se encontraba en Gibraltar sano y salvo, tras haber sido rescatado del hundimiento del Trinidad, y que pronto se llevarían a cabo los intercambios de prisioneros, dado el elevado número de enfermos en la Roca. Las noticias, algunas buenas, seguían llegando con cierta regularidad. Por fin, el Príncipe de Asturias pasaba a fondear con seguridad de tablas dentro de la bahía, desembarcaba el general Gravina hacia su domicilio en la plazuela de Santiago para su convalecencia y, sin labor inminente a la vista, un par de horas después me ponía en manos del cirujano para que sajara de nuevo esta pierna, encabritada con la vida en más de una ocasión. Por si acaso, Setum se había agenciado láudano en cantidad suficiente como para dormir a un regimiento, lo que me hizo recordar el apresamiento del bergantín inglés en el puerto de Tinsuf. Soñé con aquellos tiempos de guardiamarina, cuando todo se abría en azul y repique

de gloria, esos sentimientos que no regresan.

La verdad es que nunca he temido las heridas ni las intervenciones de los galenos, aunque prefería las manos de Setum, cuya presencia en la sangría exigí al cirujano aunque no le gustara. Cuando me dirigía a la enfermería, ayudado por el africano, tan sólo pensaba en reunirme con mis hijos en los próximos días y reclamar la presencia de María Antonia, mi querida mujer, en Cádiz. Después de todo y a pesar de la terrible derrota, era necesario seguir viviendo y levantar el ánimo del personal de la Real Armada.

Epílogo

Mi padre, Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, primer conde de Tarfí, natural de Fuentelahiguera de Albatages, aunque ése fuera el gran secreto a guardar de por vida en la familia, no llegó a superar la herida de la pierna, muriendo a bordo del navío Príncipe de Asturias el día 29 de octubre de 1805, ocho días después de lo que acabó por llamarse como combate del cabo Trafalgar, una de las más luctuosas jornadas de la Real Armada. Aunque le aconsejaron desembarcar y ser intervenido en el Real Hospital de Marina, era tozudo como todos los Leñanza y no quiso abandonar el navío donde había combatido. Los trozos de metralla eran varios y entrados con profundidad por diversas direcciones. Según me contó el cirujano, don Fermín Nadal, fue necesaria una espantosa carnicería. Como ya la pérdida de sangre había sido mucha y retrasado en demasía la cura definitiva, murió desangrado. Gracias al láudano no sufrió y, según palabras de Setum, murió con una sonrisa en la boca.

Pero no acababan ahí las malas nuevas para la familia. Mi hermano pequeño, Francisco, también moría dos días después. Aunque mi padre no llegó a saber que le había sido amputada una pierna y le mentían sobre su estado de salud por su inminente intervención, el pequeño rapaz no sobrevivía a la terrible amputación aunque, según palabras del cirujano, moría sin dolor y con rostro sereno. Como es fácil comprender, tanto para mi madre María Antonia, que ya lo era por derecho propio y así la llamaba, como para mí fue un golpe inesperado y terrible, al punto de hacerme olvidar la espantosa derrota.

Los prisioneros habían sido canjeados sin merma de palabra, por lo que el teniente general Álava tomaba el mando de la escuadra o el remanente de la misma. Y aunque incorporado al servicio bajo las órdenes de don Antonio Escaño, que me reclamó para la mayoría general, marché hacia la hacienda de Santa Rosalía, donde dimos sepultura a los dos seres queridos, junto a mi madre de nacimiento y el querido tío Santiago. El último puñado de tierra sobre el féretro de mi padre fue lanzado por Setum, mientras pronunciaba extrañas palabras de su lengua tribal y las lágrimas corrían por sus mejillas sin descanso.

Me refugié en el trabajo y en Setum, quien no cesaba de hablar de mi padre como si todavía se encontrara vivo. Creo que hasta dos o tres semanas después de su muerte no comprendió que se había marchado para siempre, momento en el que pareció hundirse en la desesperanza. Y sin que nadie comprendiera el porqué, ese negro de fidelidad y cariño elevados hasta extremos difíciles de creer, moría un mes después, sin enfermedad aparente y sin entonar una sola palabra. Sinceramente, creo que murió de pena y dolor, como si la ausencia de su amigo y señor fuera la señal definitiva que lo reclamaba hacia el otro mundo. También sentimos su muerte como si se tratara de un miembro más de la familia, porque en realidad lo era. Y Okumé lo lloró como si hubiera perdido un padre, sin olvidar que a él le debía todo.

Las semanas siguientes al combate tuvimos noticias blancas y negras. Se intentó ayudar a los heridos y a las familias de los muertos o desaparecidos, estableciéndose un tercer hospital en el sitio que llamaban del Balón de Cádiz, se entregaban dos pagas suplementarias a los náufragos y se favorecía en lo posible a la gran cantidad de mutilados. El pueblo de Cádiz se portó como ellos saben, tan compenetrados con la mar y sus desgracias. Pero también ocurrieron actos de pillaje, incluso a bordo de navíos españoles apresados, y no por los ingleses, cuya mención avergonzaría a cualquiera.

Por parte de las más altas magistraturas, se procedió a un reparto de mercedes, comenzando con la promoción de don Federico Gravina al grado de capitán general de la Real Armada. El otro teniente general presente, Ignacio María de Álava, recibía la gran cruz de Carlos III. Los jefes de escuadra, entre los que se encontraba don Antonio de Escaño y mi padre, eran ascendidos al empleo de teniente general, aunque no llegara a saberlo mi progenitor, que moría antes de recibir tal merced. Pero continuaban los ascensos de toda la oficialidad en un grado más, aunque no fuera merecida por algunos, mientras que a las clases inferiores a la de oficial, se les entregaban tres meses de paga. Por último y como un detalle digno de ser señalado, a las viudas de los oficiales muertos en el combate, se les asignaba la viudedad correspondiente a dos empleos superiores al que ostentaban sus esposos en vida. Mucha gratitud aunque, en verdad, desproporcionada en cuanto a los verdaderos méritos. Por mi parte, ascendía a teniente de navío, noticia que, por desgracia, tampoco alcanzaba a mi padre en vida.

Muchos heridos se recuperaron, aunque otros cayeron en el camino. Don Federico de Gravina moría en su residencia gaditana el 9 de marzo de 1806. Y fue sorpresa porque lo había visitado en los primeros días del mes de diciembre, momento en el que parecía estar convencido de superar el bache. Como explicaba mi padre en los últimos cuadernillos que llegó a escribir, no siempre es bueno estar recomendado por las más importantes cabezas del Estado. Si se hubiera tratado de un sencillo oficial, el cirujano le habría amputado el brazo sin dudarle y habría podido sobrevivir.

En cuanto a los franceses, el almirante Rosily, por culpa de la malhadada avería sufrida en su carruaje, llegaba a la plaza gaditana el día 24, cuando ya se había consumado el desastre. Villeneuve, apresado y conducido a Gibraltar, fue puesto en libertad. Una vez de regreso en Francia, se suicidó en la ciudad de Rennes, antes de sufrir el Consejo de Guerra que debía examinar su conducta, incapaz de afrontar su destino.

En cuanto al número de bajas habidas en el combate de Trafalgar, por parte española se estimaron los muertos en unos 1100 y 1400 los heridos. A esta cifra se debían sumar los ahogados o desaparecidos en los navíos que naufragaron en los días posteriores, que también representaban un elevado número. Por parte francesa y según estimación de la plana mayor del almirante Rosily, el número de bajas, entre muertos y heridos, se elevaba a los 4500 hombres. Y como en ocasiones anteriores,

bajaba la moral comprobar que los britanos habían sufrido, según comentaban en una gaceta britana que llegó a mis manos, 450 muertos y 1200 heridos solamente. Pero así había sido la proporción en los combates de escuadra mantenidos en los últimos quince años, época de clara decadencia en nuestra Armada.

Era necesario elevar la moral, que un combate no supone el final sino el comienzo de una nueva etapa, si se sacan las enseñanzas convenientes. Tras haber perdido diez navíos en el combate, todavía la Real Armada contaba, cuando se cerraba aquel desastroso año de 1805, con 44 navíos, 32 fragatas y más de treinta corbetas. Tan sólo era necesario tomar de nuevo el ritmo de construcción naval en nuestros arsenales, como fue norma durante gran parte del siglo anterior. No quedaba más camino, a no ser que se decidiera que nuestra Marina dejara de contar en el concierto europeo. Y no debíamos olvidar que manteníamos un extraordinario imperio ultramarino, cuya conservación dependía en gran parte de disponer de una fuerza naval adecuada. Muchas voces clamaban en contra de la política de don Carlos IV y su valido, ese semental de Corte, como lo llamaba el tío Santiago de forma despectiva. Por el contrario, se depositaban muchas esperanzas en el príncipe de Asturias, y a esa figura nos aferrábamos como posible cambio, ese golpe de timón tan necesario.

Siguiendo los deseos de mi padre, pienso continuar con estos cuadernillos sin merma, narrar los principales momentos de nuestra Armada a través de las vivencias sufridas en nuestras carnes por las diferentes generaciones de los Leñanza. Y tomo el relevo con orgullo, tras leer los escritos de mi padre y mi abuelo, aquel galeote que con su empeño y generosidad dio comienzo a nuestra saga marinera. Intentaré continuar su misma línea con la moral en alto, aunque los años que vienen a continuación se presentan de regular cariz en la distancia. Sin embargo, por mucho que soplen vientos cruzados y la mar se levante en ampollas, la Real Armada sobrevivirá y cumplirá con su deber, aunque deba arrostrar un nuevo sacrificio como el padecido en las aguas cercanas al cabo Trafalgar. Decía mi padre que el amor a esta nuestra sagrada Institución se lleva en la sangre, y por ella deberíamos derramarla si era necesario, hasta la última gota.

Navíos españoles que tomaron parte en el combate de Trafalgar, con los principales acontecimientos sufridos

1. Navío Santísima Trinidad. 136 cañones. 1115 hombres.

Jefe de escuadra don Baltasar Hidalgo de Cisneros y de la Torre, herido. Brigadier don Francisco Javier de Uriarte y de Borja. Comandante. Herido.

Tras mantener un duro combate con diversos navíos, desarbolado de todos sus palos, con 64 balazos a la lumbrera del agua y estructura abierta en el combés, se rindió al navío Prince. Marinado en presa por los ingleses, intentaron remolcarlo a Inglaterra como el más preciado trofeo del combate. Debido a su lamentable estado y entrada de agua en la bodega, se fue a pique al sur de la bahía de Cádiz y 27 millas de distancia.

254 muertos y 173 heridos en el combate.

2. Navío Santa Ana. 120 cañones. 1053 hombres.

Teniente general don Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete. Segundo cabo de la escuadra. Herido.

Capitán de navío don José de Gardoqui y Jaraveitia. Comandante. Herido.

Completamente desmantelado, arrió la bandera. Marinado en presa por personal del navío Belleisle, fue represado dos días después por la división hispano-francesa salida de nuevo a la mar. Entró en Cádiz y siguió prestando servicios en la Armada hasta el año 1817, hundido en el arsenal de La Habana por falta de carena.

98 muertos, 141 heridos, 442 contusos en el combate.

3. Navío Príncipe de Asturias. 118 cañones. 1077 hombres.

Teniente general don Federico de Gravina y Nápoli, comandante general de la escuadra española y de la de observación conjunta. Muerto a resultas de las heridas recibidas en combate.

Jefe de escuadra don Antonio de Escaño y García de Cáceres, mayor general de la escuadra. Herido.

Brigadier don Ángel Rafael Hore y Dávila. Comandante. Ileso.

Entró en Cádiz en penosas circunstancias tras el combate, rindiendo los palos mayor y mesana en el fondeadero. Hundido en el arsenal de La Habana por falta de carena en 1814.

53 muertos y 114 heridos en el combate.

4. Navío Rayo. 100 cañones. 775 hombres.

Brigadier don Enrique Macdonell y de Gonde. Comandante. Ileso.

Entró en Cádiz tras el combate. Dos días después se hacía a la mar, mandando la división para el apoyo de los buques apresados. Con motivo del temporal, desarbolaba del palo mayor y mesana, siendo arrastrado contra la costa. Atacado por dos navíos británicos, acababa por arriar la bandera, imposibilitado de combatir.

Marinado por la dotación de presa del navío Donegal, varó en la costa sobre torre Carbonera, perdiéndose.

4 muertos y 14 heridos en combate. 18 ahogados.

5. Navío Argonauta. 92 cañones. 772 hombres.

Capitán de navío don Antonio José de Pareja y Serrano de León. Comandante. Herido.

Con su maniobra completamente destruida, mucha agua en la bodega y sin timón, se rindió al navío Belleisle. La dotación de presa comprobó que no podía mantenerse a flote, por lo que fue hundido.

100 muertos, 203 heridos, 276 contusos en el combate.

6. Navío Montañés. 80 cañones. 724 hombres.

Capitán de navío don Francisco de Alcedo y Bustamante. Comandante. Herido. Entró en Cádiz tras el combate. Dos días después se hacía a la mar. El día 27 tuvo que picar el palo de mesana para aguantarse en el fondeadero y al siguiente día moría su segundo comandante, capitán de fragata Antonio Castaños. El 7 de marzo de 1810, fondeado en la bahía gaditana para salir hacia Puerto Rico y trasladar prisioneros franceses, a causa del temporal sufrido y falta de los cables, se perdió en la costa del Río de San Pedro.

20 muertos y 29 heridos en el combate.

7. Navío San Agustín. 80 cañones. 699 hombres.

Brigadier don Felipe Antonio Jado de Cagigal. Comandante. Herido.

Tras cinco horas de combate, haber sufrido diversos incendios parciales, desarbolado del mesana, con mucha entrada de agua y casi todos sus oficiales heridos o muertos, arrió el pabellón ante el británico Orion. Una vez con dotación de presa inglesa, acabó por rendir el resto de los palos. Incapaces de mantenerlo, acabó por ser incendiado.

184 muertos, 201 heridos y 240 contusos en el combate.

8. Navío Neptuno. 80 cañones. 763 hombres.

Brigadier don Cayetano Valdés y de Flores. Comandante. Herido.

Navegando en la vanguardia tras los buques del almirante Dumanoir, separó su derrota para entrar en combate. En el momento que se rendía el palo de mesana, quedaba sin sentido su comandante, con heridas en cabeza y nuca. Continuado el combate y una vez desmantelado, retirados también del alcázar por diversas heridas el segundo y cuatro oficiales más, arrió el pabellón ante el navío Minotaur, que lo tomó a remolque. En la mañana del día 23, la dotación de presa se rindió a la división española. Remolcado por la iracunda Hortense y roto el cable, fondeó sus anclas, pero acabó por perderse contra las piedras cerca del castillo de Santa Catalina del Puerto de Santa María. Aunque fue auxiliado desde Cádiz, más de 20 hombres perdieron la

vida ahogados.

43 muertos, 48 heridos en el combate. 24 ahogados.

9. Navío Bahama. 74 cañones. 662 hombres.

Brigadier don Dionisio Alcalá Galiano y Alcalá Galiano. Comandante. Muerto.

Entrado en el combate desde el primer momento, a 1330 moría su comandante al recibir el impacto de una bala de cañón en la cabeza. Tomaba el mando el segundo, capitán de fragata don Tomás de Ramery. Una vez desarbolado de los palos mayor y mesana, con el trinquete a punto de rendir, mucho agua en la bodega, toda la maniobra destrozada y el timón partido, se rendía ante el Colossus. Represado por su propia dotación, se izó la bandera española e intentó su varada en la costa. Por fin, sin posibilidad de ser marinado y abandonado por su dotación, consiguió ser rescatado por el navío britano Donegal y la fragata Phoebe, que le dio remolque. Una vez reparado provisionalmente en Gibraltar, viajó al Reino Unido como HMS^[78] Bahama, siendo convertido en buque prisión en el Medway.

75 muertos y 67 heridos en el combate. 12 ahogados.

10. Navío San Juan Nepomuceno. 74 cañones. 675 hombres.

Brigadier don Cosme Damián Churruca. Comandante. Muerto.

Atacado sucesivamente por el Bellerophon, Dreadnought, Deftance, Belleisle y Tonnant, moría en primer lugar el segundo comandante, capitán de fragata don Francisco de Moyúa, y poco después su comandante recibía el impacto de una bala de cañón en la pierna, que la dejaba a medio amputar. Negándose a abandonar el alcázar y apoyado el muñón sobre un cajonete de arena, moribundo fue trasladado a la enfermería, donde expiraba. Tomado el mando por el teniente de navío don Joaquín Núñez, continuaba el combate. Una vez sin gobierno, con la maniobra desmantelada y gran número de bajas, se rendía al Dreadnought.

Reparadas sus averías en Gibraltar, sirvió en la Royal Navy como HMS Berwick y, posteriormente, como HMS San Juan, hasta su baja en 1818.

54 muertos, 243 heridos y 106 contusos en el combate.

11. Navío Monarca. 74 cañones. 642 hombres.

Capitán de navío don Teodoro de Argumosa y Monestrel. Comandante. Herido. Tras combatir con varios navíos y ser martilleado a corta distancia por el Tonnant, con toda la maniobra cortada, palos acribillados y sin obenques, gran parte de su artillería desmontada y elevado número de bajas a bordo, se rendía a este último. Pero una vez separado de su atacante, volvió a izar el pabellón, momento en el que el comandante pasaba a la enfermería, quedando al mando el capitán de fragata Vicente Francisco de Voz. Atacado de nuevo por dos navíos, acababa por rendirse al Bellerophon. Incapaz la dotación de presa de marinar el buque, se perdía contra la costa en Arenas Gordas.

101 muertos y 154 heridos en el combate. 62 ahogados.

12. Navío San Francisco de Asís. 74 cañones. 654 hombres.

Capitán de navío don Luis Antonio Flórez y Pereyra. Comandante. Ileso.

Sotaventeado en exceso y mal marinado, entró poco en combate. Regresó a Cádiz con el Príncipe de Asturias. El día 23 se incorporó a la división mandada por Macdonell, apoyando el represamiento de los navíos Santa Ana y Neptuno. Fondeado junto al Santa Ana, partió los cables de sus anclas, hasta el de la cuarta, a causa del temporal, acabando por varar y perderse en la punta del Salado. Con auxilio de tierra, consiguió salvar casi toda la dotación hasta la playa.

5 muertos y 12 heridos en el combate. 14 ahogados.

13. Navío San Justo. 76 cañones. 721 hombres.

Capitán de navío don Miguel Gastón de Iriarte y Navarrete. Comandante. Ileso. Por quedar sotaventeado y marinado con escaso acierto, no tomó parte en el combate con la dedicación necesaria. Por fin, observando al Príncipe de Asturias en situación comprometida, se dirigió hacia él para prestarle auxilio en compañía del navío Neptune, lo que consiguió librarlo de sus últimos enemigos. Entró en Cádiz sin novedad, con escasas averías en el casco y aparejo. Habiendo tocado en el bajo del Diamante tras el combate, salvó sus tablas milagrosamente con auxilio de tierra. Acabó sus días en el arsenal de Cartagena, deshecho por falta de carena en 1828.

7 heridos en el combate.

14. Navío San Leandro. 74 cañones. 580 hombres.

Capitán de navío don José Cayetano García de Quevedo y de Chiesa. Comandante. Ileso.

Trabó combate en apoyo contra los navíos Royal Sovereign y Victory, desarbolando a este último del mastelero del juanete de proa con uno de sus disparos. Acabó el combate en apoyo del navío Príncipe de Asturias. A causa de presentar la maniobra cortada, el velamen pasado a balazos y los palos en peligro de rendir, no pudo remolcar al buque insignia. Entró en Cádiz sin mayor novedad. Una vez en el fondeadero del placer de Rota y a pesar de habar asegurado los palos, desarboló del mayor y mesana, así como del mastelero de velacho, a causa de los pronunciados bandazos a que era sometido por la mar. Fue dado de baja para el servicio en el arsenal de La Habana en 1813.

8 muertos y 22 heridos en el combate.

15. Navío San Ildefonso. 74 cañones. 669 hombres.

Brigadier don José Ramón de Vargas Varáez y Vargas. Comandante. Herido.

Tras haber combatido con el Achules y el Revenge, el comandante cayó herido por un astillazo en el brazo izquierdo, así como un severo golpe en la cabeza, por lo que fue retirado a la enfermería, tomando el mando el capitán de fragata don Anselmo Gomendio. Siguió combatiendo, ahora con los navíos Thunderer y

Defiance. Consiguió apartarse para sofocar algunos conatos de incendios, así como reparar parte de la maniobra deshecha y tapar algunos de los numerosos balazos a la lumbre del agua. Vuelto a ser batido por el Defence, con peligroso aumento del nivel de agua en la bodega y quedar sin gobierno, acababa por arriar su bandera.

Una vez reparado en Gibraltar, pasó a Inglaterra, donde sirvió como buque de recepciones en Portsmouth, bajo el nombre de HMS San Ildefonso.

36 muertos y 152 heridos en el combate.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Debe aquí entenderse corbeta como un buque semejante en todo a la fragata, aunque de menor porte. <<

[2] En los buques, se entiende por gallera los discos redondeados que rematan los palos. Por extensión y en sentido figurado, se entiende por galleta del cuerpo humano a su cabeza. <<

[3] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[4] La Armadilla, compuesta por bores de navío con cañón de a 24, lanchas de fuerza, barcos del puerto con cañón, lanchas bombarderas, lanchas y botes de abordaje, botes de servicio y tartanas con cañón y hornillo de bala roja, llegó a sumar hasta 170 unidades. <<

[5] Los acontecimientos en las Altas Californias, y Nutka en particular, formaron el tema principal del volumen quinto de esta colección, La fragata Princesa. <<

[6] En la Armada se denominaba tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de galeras, constituía la dotación. <<

[7] Buque peculiar del Mediterráneo, de tres palos y vela latina, con remos auxiliares. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a aparejar velas cuadras, con lo que se denominaron jabeques redondos, chambequines o jabequines. <<

[8] Se denominaba puente, a las andanas o baterías donde se instalaba la artillería. El prototipo de buque de línea contaba con dos puentes y un porte aproximado de 74 cañones. De tres puentes se construyeron 12 en España en el siglo XVIII, con 112 cañones, aunque el Santísima Trinidad, tras embonar y correrse su batería de alcázar y castillo, llegó a montar 136 cañones, siendo considerado como el único cuatro puentes y, sin duda, el más armado y poderoso del mundo. <<

[9] Repuestos. <<

[10] Las charreteras se utilizaban en los uniformes de la Real Armada como distintivo del grado, a partir del empleo de alférez de fragata. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo. <<

[11] Una de las baterías flotantes que atacaron Gibraltar el 13 de septiembre de 1782, durante el Gran Sitio. <<

[12] Francisco Leñanza había servido en la cañonera 23 en el empleo de guardiamarina, que da título al segundo volumen de esta colección. <<

[13] Toda escuadra disponía de una Mayoría General, lo que hoy denominaríamos como Estado Mayor. <<

[14] Recipientes de vidrio rellenos de pólvora, a los que se amarraban en su parte central y más estrecha una larga mecha. Al impactar contra la cubierta, derramaba la pólvora que se inflamaba, ocasionando fuego sobre la unidad enemiga. <<

[15] Dicha publicación puede ser considerada como el Boletín Oficial de la época. <<

[16] Distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[17] A los brigadieres se les daba por divisa la misma que a los jefes de escuadra, pero con el entorchado de plata en la vuelta. <<

[18] Se refiere al nombramiento de Gentilhombre de Cámara con ejercicio. <<

[19] Se refiere a las dos guardias que, normalmente, se cumplían a bordo por la dotación. <<

[20] Se refiere a quien había sido magnífico Secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<

[21] Se refiere al Ecuador. <<

[22] Intervalo de veinticuatro horas de un buque en la mar, que comienza a contarse normalmente a las 00.00 horas. Antiguamente, también definía la distancia recorrida por un buque en un día, contada desde un mediodía al siguiente. <<

[23] La escala de los vientos en esos años, corría de menos a más por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina, fresco (de todas las velas), frescachón (sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[24] Se entiende por obra viva, la parte del buque sumergida en el agua, considerada exteriormente. También se denomina fondos, viva, vientre de la nave y, antiguamente, carena. <<

[25] También conocido en la época como bric o brig, era una embarcación de carga con dos palos, vela redonda en el mayor y cangreja en el mesana. <<

[26] Se entendía en los barcos como dar cañón, a la pena de azotes, por llevarse a cabo, normalmente, con el reo de bruces sobre uno de las piezas artilleras del alcázar.

<<

[27] Línea con rumbo de ceñida. <<

[28] Amurar consiste en llevar a su debido lugar a barlovento los puños de las velas que admiten esta maniobra y sujetarlos con la amura (mura), para que queden bien orientadas cuando ha de ceñirse el viento, bien sea por una u otra de las bandas (babor o estribor) del buque. <<

[29] A la lumbre, o a la lumbre del agua, debe entenderse como en la línea de flotación. <<

[30] Se refiere a Juan María de Villavicencio. <<

[31] El bizcocho de mar o galleta era la base de la alimentación en los barcos de la Armada. Se fabricaba con harina menos blanca, bien amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida, se retiraba del fuego y enfriaba progresivamente, dándole un poco de calor, hasta quedar seca, dura y frágil. Con esas masas se formaban bollos de más de quince onzas. Su gran ventaja era que no se pudría fácilmente y llegaba a ser comestible durante largos periodos de tiempo. <<

[32] Se entiende por embonar, agregar tablonés sobre el forro de un buque por toda la parte inferior de su cinta principal, con el fin de aumentar su manga y ofrecerle, de esta forma, una mayor estabilidad. <<

[33] Le había sido concedida la insignia de capitán general de la Armada. <<

[34] Antigua voz o tratamiento del contraamaestre. <<

[35] Pequeño molusco que perfora la madera sumergida en las aguas, causando graves daños en los buques. <<

[36] Fort de France o Fort Royal en la época. <<

[37] Nombre que recibe cualquiera de los 32 rumbos o vientos en que está dividida la rosa náutica. Una cuarta en rumbo consta de $11^{\circ},25$. <<

[38] Se entiende por orzar, meter la caña para que el buque caiga hacia barlovento. La acción contraria, caer la proa hacia sotavento, se conoce como arribar. <<

[39] Expresión por la que se ordenaba dejar todas las velas sin tensión y con extrema rapidez, largando escotas, escotines y todo cabo de labor de viento en función. <<

[40] A diferencia de otras marinas, en la Real Armada, salvo excepciones mínimas, los mascarones de proa presentaban la figura de un león rampante. <<

[41] Apodo con el que era conocido en la Armada el navío España. <<

[42] Bajamar. <<

[43] Se entiende por espigar, halar de un cabo firme a un ancla, boya, noray u otro objeto firme, para hacer navegar el barco en dicha dirección. <<

[44] Bandera británica. <<

[45] Para largar las velas llamadas alas y rastreras, es necesario el uso de sus botalones, que extienden las vergas correspondientes hacia fuera. <<

[46] Libro que contiene la situación geográfica de los puntos más notables de las costas y mares adyacentes, con todos los avisos necesarios para asegurar la navegación. Antiguamente se denominaba periplo. <<

[47] Los planos de diversos momentos del combate, así como el listado de buques y comandantes, aparecen al final de este capítulo. <<

[48] Las escuadras ligeras se formaban para ser usadas en descubierta y dar aviso de la escuadra enemiga al cuerpo fuerte, o repetir señales. Aunque en este caso la forman dos navíos, normalmente eran empleadas para tal misión las unidades de menor porte como fragatas, corbetas o bergantines. <<

[49] La legua marina equivale a la vigésima parte de la extensión lineal de un grado meridiano Terrestre, tres millas o 5555,55 metros. <<

[50] Navíos de escaso porte. En este caso, se trataba del Agamemnon y el Raisonable, de 64 cañones. <<

[51] 40 grados del norte hacia el este, es decir, al 040°. <<

[52] Movimiento o evolución que lleva a cabo una línea o columna de navíos, bien maniobrando todos sucesivamente en un mismo punto, bien virando en redondo o por avante. <<

[53] Oeste-sudoeste, rumbo intermedio entre el oeste y el sudoeste. <<

[54] Bala rasa, las redondas de más sencillo manejo. <<

[55] Se denomina *palanqueta* a una barra de hierro ochavada, que por uno y otro extremo remata en una base circular del diámetro de la pieza artillera. Se disparaba a corta distancia contra los aparejos del buque enemigo. <<

[56] Disminuir la distancia entre buques en la línea. <<

[57] Al igual que barlovento es el costado por donde entra el viento, se entiende por barlofuego la banda por la que se dispara, y sotafuego a la contraria. <<

[58] Una cuarta (11°,25) del sudeste hacia el este, es decir, al rumbo 123°,75. Pero deben tener en cuenta que, en aquellos años, el rumbo se ajustaba a la cuarta solamente. <<

[59] El almirante Calder fue acusado de haber manchado el honor de la marina británica, al rehusar un nuevo encuentro con la escuadra combinada. Celebrado el consejo de guerra pertinente a bordo del navío *Prince of Wales*, fue reprendido con severidad al considerarse que no había hecho todo lo posible por destruir al enemigo.

<<

[60] El almirante Villeneuve fue criticado duramente por el emperador Napoleón quien, al mismo tiempo, alababa por alto la conducta del general Gravina y sus hombres. En la Corte española fue muy criticado el almirante francés y sus comandante, al tiempo que se denostaba la alianza. <<

[61] Según expone don Antonio de Escaño en su *Cuaderno de Táctica Naval*, línea de convoy es aquella en la que se navega con viento largo. <<

[62] Navíos de dos puentes y 74 cañones de porte. <<

[63] Se entendía *cabo* como jefe. De esta forma, el *segundo cabo* de una escuadra era el que sucedía en el escalón de mando al comandante general. <<

[64] Jefe de Estado Mayor. <<

[65] Oficiales del Cuerpo General de la Armada. <<

[66] Las recibidas del emperador. <<

[67] A partir del empleo de alférez de fragata, inmediato superior al de guardiamarina, se usaban las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo. <<

[68] Medida de distancia utilizada en la mar, equivalente a la décima parte de la milla, unos 185 metros aproximadamente. Teniendo en cuenta la eslora de los buques y la distancia entre ellos, la longitud de la línea de batalla superaba los 6 kilómetros. <<

[69] Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber. <<

[70] Unos 58 metros aproximadamente. <<

[71] Vino reforzado con aguardiente. <<

[72] A muy corta distancia, se cargaban los cañones con dos y hasta tres balas, que se disparaban al tiempo. <<

[73] Garrotín de madera en cuyo extremo se emplazaba la mecha encendida para dar fuego, desde cierta distancia, a las piezas de artillería, si no disponían de llaves de fuego de chispa. <<

[74] En los buques de guerra, el porte designaba el número de cañones. En los mercantes, sin embargo, el de sus toneladas de desplazamiento. <<

[75] Dicha palanqueta se muestra en el Museo Naval de Greenwich. <<

[76] El navío que antecede y que sigue inmediatamente a otro en una línea o columna.

<<

[77] *Todos los navíos que por su posición actual no combaten, tomen una que les lleve a posición de fuego lo más prontamente posible. <<*

[78] *His Majesty Ship.* <<